





OBRAS EN PROSA Y VERSO

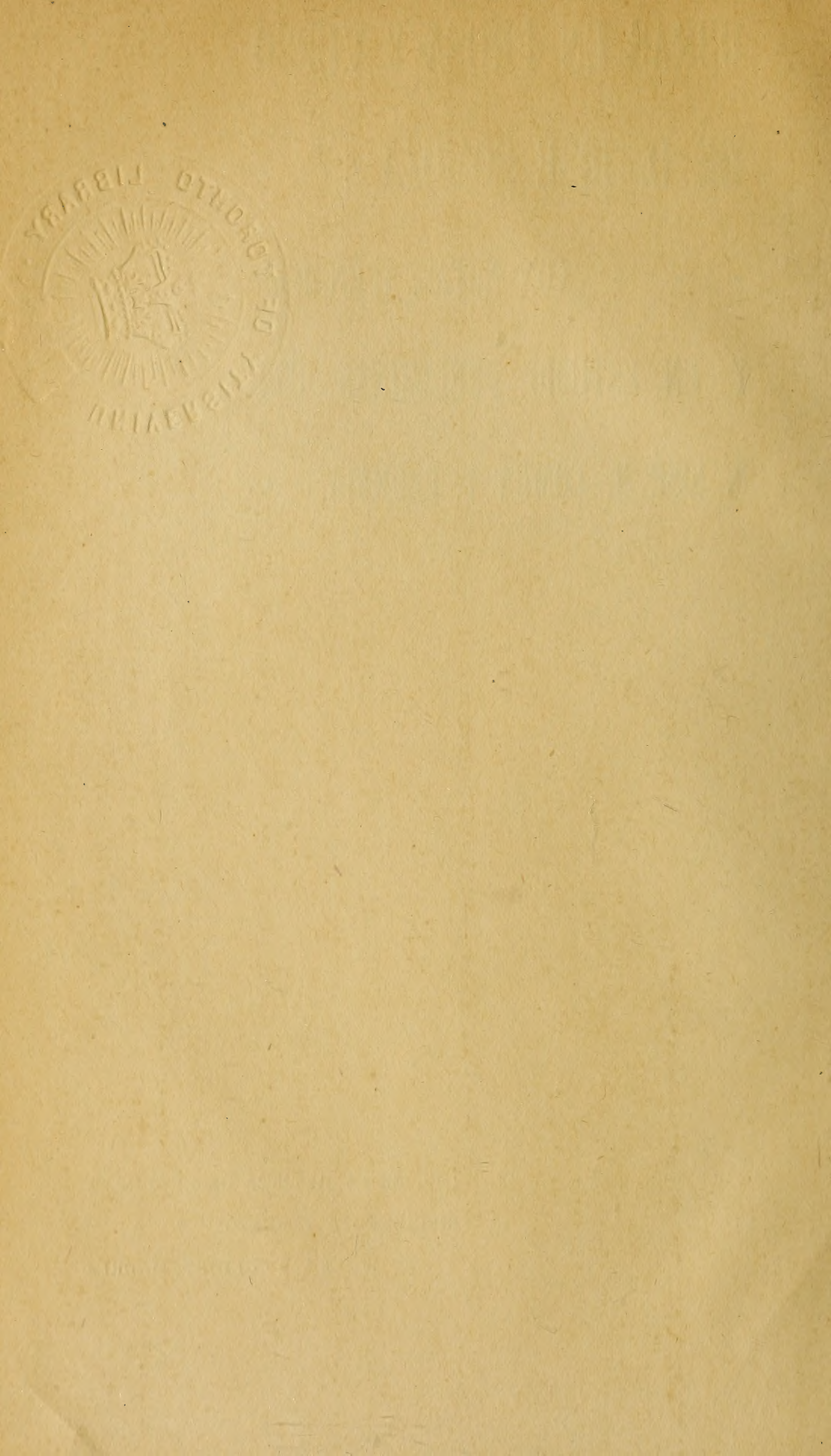
DE D. JOSÉ SOMOZA

CON NOTAS, APÉNDICES

Y UN ESTUDIO PRELIMINAR POR

D. JOSÉ R. LOMBA Y PEDRAJA

IMP. DE LA REVISTA DE ARCHIVOS,
BIBLIOTECAS Y MUSEOS
OLID, 8, MADRID



ADVERTENCIA SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

La presente edición de las obras en prosa y verso de D. José Somoza toma por base la de 1842 en dos tomos, publicada por el autor; pero aprovecha también las demás de que damos cuenta más abajo. Con ayuda de las anteriores á aquélla, se han corregido errores de imprenta y se han subsanado omisiones. De las posteriores tomamos todo lo nuevo que añaden. Hemos tenido, además, á la vista, gracias á la amabilidad de D. Pedro Lázaro Núñez, heredero de los papeles de Somoza, los manuscritos siguientes:

AUTÓGRAFOS

1.º *El Padre Daniel.*
2.º *El Duende filósofo.* Cuento.
3.º *La Moderación.* Cuento moral (fragmento).
4.º *Defensa de Barrabás.* (Fechado: *Piedrahita, 5 de Diciembre de 1835.)*
5.º *En la muerte de Cecilia.* Soneto. (Firmado y rubricado.)
6.º *En la publicación de un himeneo.* Soneto. (Fechado: *año de 1829.* Firmado así: *José S. m. z.)*
7.º *La luz eléctrica.* Soneto.
8.º *Epístola.* «Por más que sople favorable el viento...»
9.º *Elogio á la maestra de una niña.*
10. *Una lágrima de Emilia. Canción de José Somoza á la señora de Angulo.*
11. «Ocio y almo regalo — de monástica vida...» (Sin título.)

MANUSCRITOS DE LETRA DESCONOCIDA, PERO CON ENMIENDAS INTERLINEALES DE LA MANO DE D. JOSÉ SOMOZA

12. *El Capón. Novela histórica nacional.* (Lleva al fin, de la letra de Somoza, la fecha *Piedrahita, 1.º de Abril de 1843*, y la firma con la rúbrica.)

13. *El cuento que al rey de Argel contó un mesonero de Francia.*

14. *El Temístocles de Metastasio.* (Este ms. se halla en la Biblioteca del señor Menéndez y Pelayo en Santander.)

MANUSCRITOS DE LETRA DE JAVIERA NÚÑEZ, PROTEGIDA DE SOMOZA, ACOGIDA EN CASA DE ÉSTE Y HEREDERA DE PARTE DE SUS BIENES

15. *El Purgatorio. Argumento de novela.* (En este manuscrito la firma «José Somoza» se halla escrita de la misma letra que todo lo demás.)

16. *El árbol de la charanga.*

17. «La juventud, la gracia y la hermosura.» Soneto.

18. «Hallá en el bosque á Cintia acongojada.» Soneto.

19. *A cierta señorita previniéndola acerca del carácter de algún joven de la Universidad de Salamanca.*

20. *Elogio á la maestra de una niña.*

MANUSCRITOS DE OTRAS LETRAS DISTINTAS ENTRE SÍ Y DESCONOCIDAS

21. «A ruegos del Amor la idalia Diosa.» Soneto.

22. *El sepulcro de mi hermano.*

23. «A la fuente Inés volvió, etc.» (Segunda parte de *La sed de agua.* Dos copias.)

24. *Los faciosos. Tragedia* (1).

25. *El corregidor de ogaño. Sainete casero, compuesto y representado en 1811.*

Todas las composiciones que se incluyen en el Apéndice 1.º á este libro han aparecido asimismo en poder de D. Pedro Lázaro

---

(1) Que esta obra sea de Somoza lo afirma D. Benito Vicens (Vid., página 436, nota) y es creíble, así por el asunto como por el modo de tratarle.

Núñez, heredero de D. José Somoza. Son manuscritos también de letras desconocidas y distintas entre sí. No habiendo motivo alguno para atribuirlas al poeta de Piedrahita, si no es haber parecido entre sus papeles (donde han parecido también versos de Meléndez, de Quintana, de Lista, de Sánchez Barbero y otros) los hemos excluído del cuerpo de la obra.

EDICIONES CONOCIDAS HASTA HOY DE LAS OBRAS EN VERSO Y PROSA DE D. JOSÉ SOMOZA, Y PUBLICACIONES EN QUE HAN APARECIDO SUELTOS ALGUNOS DE SUS TRABAJOS

—Carta | contra el abuso de la imprenta | en España | y ensayos rítmicos del autor. | Publícalos J. N. | Nueva edición corregida y aumentada. | Sevilla: imprenta de D. M. Calero. 1832.

Cuadernito de 120 páginas. Contiene:

1.º *Carta contra el abuso de la imprenta en España.* (en prosa).
2.º Soneto. *Á la primera violeta de la primavera.*
3.º Idem. «Deslumbra al mundo el templo de la gloria.»
4.º Idem. «¿Quieres vivir por el placer mecido?»
5.º Idem. «Cuando en la siesta, sobre fresco estrado.»
6.º Idem. «Contemplo, Lesbia, y no me canso de ello.»
7.º Idem. «La que ha de enamorarme ha de ser bella.»
8.º Idem. *Al grabador Esteve, abriendo la lámina del cuadro de la sed, etc.*
9.º Idem. «No envidies la ventura del malvado.»
10. Idem. «¿Es infierno la vida ó limbo inerte?»
11. Idem. «Cárcel que opones inflexible reja.»
12. Idem. «Hoy la pobreza á caminar nos lleva.»
13. Idem. «La luna mientras duermes te acompaña.»
14. Idem. «Bendiga el cielo tu inocente vida.»
15. Idem. «El llanto de tus ojos abundante.»
16. Idem. «Llega, rayo de sol que lentamente...»
17. Idem. «Densas nubes vomita el Occidente.»
18. Idem. «Vagaba por el bosque Amor llorando.»
19. Madrigal. «¿Temes, pastor, la corte lisonjera?»
20. Romance. *A una extranjera.*
21. Canción. *A la cascada de la Pesqueruela.*
22. Idem. *A la laguna de Gredos.*
23. Idem. *A una desdeñosa.*
24. Idem. *La sed de agua.*
25. Himno fúnebre. *A un hombre de bien, muerto en 1811.*

26. Oda. *A Fr. Luis de León.*

27. Epístola. *A un amigo disgustado del mundo.* (1811.)

28. Drama. *El ayunque de las ciencias ó el colegial salmantino* (fragmento).

29. Escena sacada de los dramas de Shakespeare. *El perdonavidas ó el Capitán Juan Falstaff.*

—Obras poéticas | de D. José Somoza. | Cuaderno II. | Madrid. | Impreso y publicado por D. M. Calero. | Calle del Ave María, número 2, | 1834.

Cuaderno de tamaño igual al anterior, de 91 páginas. Contiene:

1.° *La minuta de comedia, escrita para leerse, no para representarse.*

2.° Soneto. *La libertad. A Horacio Cocles.*

3.° Madrigal. *A Lesbia.* «Sonrisa de la aurora es tu semblante.»

4.° Romance. *A D. José Mintegui, catedrático jubilado de la Universidad de Salamanca.*

5.° Canción. *A D.ª M.ª S.ª del A. de A.* «Una sola vez te ví.»

6.° Oda. *Al río Tormes.*

7.° Idem. *El sepulcro de mi hermano.*

—Obras poéticas | de | Don José Somoza. | Suplemento á los cuadernos 1.° y 2.° | Madrid. | Impreso y publicado por D. M. Calero. | Calle del Ave María, núm. 2, | 1835.

Cuaderno de igual tamaño que los anteriores, con 26 páginas. Contiene:

1.° *La renuncia de un sabio del Oriente en la corte del Mogol.* Trova en octavas reales.

2.° *El calumniador.* Cuento.

3.° Canción. *A Lesbia. El beso.*

4.° *A una novia en el día de su boda.*

—Obras | de | Don José Somoza. | Cuaderno 3.° | Madrid: | Imprenta de I. Sancha. | 1837. | A | La Señorita R. de Acebal | y Arratia.

Usted tiene la culpa de que salga á luz ahora este pequeño cuaderno, pase usted por la vergüenza de que se lo dedique su padrino por adopción, *José Somoza.*

Cuaderno de tamaño igual al de los dos anteriores, con 42 páginas. Contiene:

1.° *Memorias de Piedrahita* (fragmento).

2.° *Mi primera sensación benéfica* (fragmento).

3.° *Usos, trajes y modales del siglo* XVIII (fragmento).

—En el *Semanario Pintoresco Español* se publicaron sueltos los siguientes trabajos, con la firma de D. José Somoza:

Año de 1838.

La vida de un diputado á Cortes (pág. 476).
El pintor Goya y Lord Wellington (pág. 633).
La duquesa de Alba y fray Basilio (pág. 644).
El tío Tomás ó los zapateros (pág. 668).
Una conversación del otro mundo entre el español Cervantes y el inglés Shakespeare (pág. 700).
Costumbres de lugar. Un alcalde de este año (pág. 732).
Los charros de Salamanca. Usos y trajes (pág. 788).

Año de 1842.

Una anécdota de Pedro Romero (pág. 37).

Año de 1847.

Testamento público de un rico judío de Alba de Tormes, llamado Don Juda, otorgado en 1810 (pág. 173).

—Obras | de D. José Somoza. | Artículos en prosa. | Nueva edición corregida y aumentada. | Madrid. | Imprenta Nacional. | 1842. Tomo en 16 de 173 págs. Contiene:

1.° *Mi primera sensación benéfica.*
2.° *La oropéndola en la fuente de la dehesa de la Mora.*
3.° *Lección marcial.*
4.° *El pundonor.*
5.° *Usos, trajes y modales del siglo* XVIII.
6.° *Memorias de Piedrahita.*
7.° *La Duquesa de Alba y Fray Basilio.*
8.° *El retrato de Pedro Romero.*
9.° *La justicia en el siglo pasado.*
10. *La vida de un diputado á cortes.*
11. *Carta contra el abuso de la imprenta en España cuando no había libertad de imprenta.*
12. *Carta de un amigo á otro sobre el reto ó desafío, mejor dicho, sobre el duelo, porque puede haber reto ó desafío y no por eso haber duelo, como hemos visto recientes ejemplares; aquí de lo que se trata es del duelo y de sus leyes.*
13. *El bautismo de Mudarra.*
14. *Una conversación del otro mundo entre el español Cervantes y el inglés Shakespeare, en que intervienen otros personajes y se da una idea de nuestra poesía lírica en el siglo* XVIII.
15. *Conversación sobre la eternidad.*

—Poesías | de | Don José Somoza. | Madrid: | En la Imprenta Nacional. | 1842. | Tomo de 215 págs., de tamaño igual al anterior. Contiene:

1.° Soneto. *La libertad. A Horacio Cocles.*
2.° Idem. *A la primera violeta de la primavera.*
3.° Idem. «Deslumbra al mundo el templo de la gloria.»
4.° Idem. «¿Quieres vivir por el placer mecido...?»
5.° Idem. «Cuando en la siesta, sobre fresco estrado.»
6.° Idem. «Contemplo, Lesbia, y no me canso de ello.»
7.° Idem. «La que ha de enamorarme ha de ser bella.»
8.° Idem. *Al grabador Esteve abriendo la lámina del cuadro de la Sed, pintado por Murillo, que existe en la Caridad de Sevilla.*
9.° Idem. «No envidies la ventura del malvado.»
10. Idem. «¿Es infierno la vida ó limbo inerte?»
11. Idem. «Cárcel que opones inflexible reja.»
12. Idem. «Hoy la pobreza á caminar nos lleva.»
13. Idem. «La luna mientras duermes te acompaña.»
14. Idem. «Bendiga el Cielo tu inocente vida.»
15. Idem. «El llanto de tus ojos abundante.»
16. Idem. «Llega, rayo de sol, que lentamente.»
17. Idem. «Densas nubes vomita el Occidente.»
18. Idem. «Vagaba por el bosque Amor llorando.»
19. Madrigal. «¿Temes, pastor, la corte lisonjera?»
20. Idem. *Retrato de Lesbia.*
21. Canción. *A la cascada de la Pesqueruela.*
22. Idem. *A la laguna de Gredos.*
23. Idem. *A una desdeñosa.*
24. Idem. *La sed de agua.*
25. Idem. *A D.ª M. S. del A. de A.*
26. Idem. *El Beso. A Lesbia.*
27. Epitalamio. *A una novia en el día de su boda.*
28. Romance. *A una extranjera.*
29. Idem. *A D. José Mintegui, catedrático jubilado de la Universidad de Salamanca.*
30. Oda. *A fray Luis de León.*
31. Idem. *Al río Tormes.*
32. Idem. *El sepulcro de mi hermano.*
33. Himno fúnebre. *A un hombre de bien muerto en 1811.*
34. Epístola. *A un amigo disgustado del mundo.*
35. Cuento. *El calumniador.*
36. Epístola en estrambotes. *Sobre la felicidad.*
37. Trova en octavas reales. *La renuncia de un sabio del Oriente en la corte del Mogol.*

TEATRO

38. *La minuta de comedia.*
39. *El alcalde de este año.*
40. *El perdonavidas.*
41. *La Hecyra de Terencio*
42. *El ayunque de las ciencias.*

—*El capón.* Novela histórica y nacional, por D. José Somoza. Imprenta de Juan José Morán. 1844.

Cuadernito pequeño de 64 páginas.

—D. Eugenio Ochoa, en el tomo II de sus *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos* (París, Beaudry, sin fecha), incluye los siguientes artículos y poesías de Somoza (páginas 687-703):

ARTÍCULOS EN PROSA

1.° *Noticia autobiográfica.*
2.° *Memorias de Piedrahita.*
3.° *Mi primera sensación benéfica.*
4.° *Usos, trajes y modales del siglo* XVIII.

POESÍAS

1.ª Soneto. *A la primera violeta de la primavera.*
2.ª Idem. «Deslumbra al mundo el templo de la gloria.»
3.ª Idem. «¿Quieres vivir por el placer mecido?»
4.ª Oda. *El sepulcro de mi hermano.*
5.ª Canción. *La sed de agua.*
6.ª *A una novia en el día de su boda.*
7.ª Madrigal. *A Lesbia.*

—En la *Revista de España, de Indias y del Extranjero,* del año 1846 (tomo V, pág. 343), se incluyó suelto un artículo de Somoza, que se intitula:

Glorias de Piedrahita y averiguación de un punto histórico nacional.

—D. Sinibaldo de Mas, en el tomo II de la *Revista Peninsular* (Lisboa, 1856, págs. 390 y siguientes), incluye las siguientes piezas de Somoza:

ARTÍCULOS EN PROSA

1.º *Carta sobre el duelo.*
2.º *Usos, trajes y modales del siglo* XVIII.

POESÍAS

1.ª «Eres saga perancera.»
2.ª Soneto. *Vaticinio.*
3.ª Idem. «La esperanza acompaña á la inocencia.»
4.ª «No al dios del sueño implores.»
5.ª «Es agradable la sal...»
6.ª «¡Oh! si la armoniosa lira.»
7.ª «Con qué fulgor insólito.»
8.ª «Ya de Apolo el carro de oro.»
9.ª *Mis deseos.*
10.ª Soneto. «Rompe los lazos de prisión impía.»
11.ª «Afortunado papel.»
12.ª Epitafio. *A Cecilia.*
13.ª Soneto. *En la muerte de Cecilia.*

—En el tomo VI de la *Revista Ibérica* (Madrid 1863), D. Benito Vicens y Gil de Tejada publicó los siguientes artículos de Somoza:

1.º *El risco de la Pesqueruela.*
2.º *Elegía.*
3.º *El árbol de la charanga.*
4.º *Las funciones patrióticas en un pueblo de Castilla en el año de 1835.*
5.º *A Cecilia. Visita de tus amigas á un cuerpo de guardia.*
6.º *Barrabás.*

—El señor Marqués de Valmar, en su Colección de poetas líricos del siglo XVIII, tomo III (Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira, tomo LXVII), incluye los siguientes artículos y poesías de Somoza:

ARTÍCULOS EN PROSA

1.° *Noticia autobiográfica.* (Como apéndice una carta de Somoza á D.ª Paula de Acebal y A.)
2.° *Recuerdos é impresiones de Somoza. Una mirada en redondo á los sesenta y dos años.*
3.° *Mi primera sensación benéfica.*
4.° *Usos, trajes y modales del siglo* XVIII.
5.° *La duquesa de Alba y fray Basilio.*
6.° *El retrato de Pedro Romero.*
7.° *La justicia en el siglo pasado.*
8.° *La vida de un diputado á Cortes.*
9.° *El risco de la Pesqueruela.* (Un poco alterado al final, *pudoris causa.)*
10. *El árbol de la charanga.*
11. *Las funciones patrióticas en un pueblo de Castilla en 1835.*

POESÍAS.—SONETOS

1.ª *La libertad. A Horacio Cocles.*
2.ª *A la primera violeta de la primavera.*
3.ª «Deslumbra al mundo el templo de la gloria.»
4.ª «¿Quieres vivir por el placer mecido?»
5.ª «Cuando en la siesta, sobre fresco estrado.»
6.ª «Contemplo, Lesbia, y no me canso de ello.»
7.ª «La que ha de enamorarme ha de ser bella.»
8.ª *Al grabador Esteve, abriendo la lámina del cuadro de la Sed, pintado por Murillo, que existe en la Caridad de Sevilla.*
9.ª «No envidies la ventura del malvado.»
10. «¿Es infierno la vida ó limbo inerte?»
11. «Cárcel que opones inflexible reja.»
12. «Hoy la pobreza á caminar nos lleva.»
13. «La luna mientras duermes te acompaña.»
14. *A Cecilia.* «Bendiga el Cielo tu inocente vida.»
15. «El llanto de tus ojos abundante.»
16. «Llega, rayo de sol que lentamente...»
17. «Densas nubes vomita el Occidente.»
18. «Vagaba por el bosque Amor llorando.»
19. *Al Sr. D. Agustín Argüelles cuando al volver del destierro, le abrazó su amigo el autor.*
20. *A los dos Azaras.*

21. *A la Sra. D.ª Paula del Acebal de Arratia.*
22. *A la Excma. Sra. D.ª Paula del Acebal de Huet.*
23. *A mi señora D.ª Ramona del Acebal.*
24. *A la jura de la Constitución por S. M. la Reina en 18 de Junio de 1837.*
25. *Una hermosa á la luz de Himeneo.*
26. *En la muerte de Cecilia.*
27. *Vaticinio.*
28. *La luz eléctrica.*
29. *Al fanático sacerdote que atentó á la vida de S. M. la Reina D.ª Isabel II.*
30. *A la Magdalena.*

ODAS

31. *A fray Luis de León.*
32. *Al río Tormes.*
33. *El sepulcro de mi hermano.*

EPÍSTOLAS

34. *A un amigo disgustado del mundo.*
35. *Sobre la felicidad. En estrambotes.*

CANCIONES

36. *A la cascada de la Pesqueruela.*
37. *A la laguna de Gredos.*
38. *A una desdeñosa.*
39. *La sed de agua.*
40. *A D.ª María S. del Acebal de Arratia.*
41. *El beso. A Lesbia.*
42. *Al natalicio de la Sra. D.ª Paula del Acebal y Arratia.*
43. *Mis deseos. Al cumpleaños de la Sra. D.ª Paula del Acebal y Arratia.*

MADRIGALES

44. «¿Temes, pastor, la corte lisonjera?»
45. *Retrato de Lesbia.*

ROMANCES

46. *Al natalicio de la Sra. D.ª Paula del Acebal de Arratia.*
47. *A una extranjera.*
48. *A D. José Mintegui, catedrático jubilado de la Universidad de Salamanca.*
49. *Romance gitanesco.*

EPIGRAMAS

50. *La Caridad.*
51. *La codicia.*
52. *El monjío de Juana.*
53. *A un amigo indiscreto que le dijo un chiste desabrido.*

COMPOSICIONES VARIAS

54. Epitalamio. *A una novia en el día de su boda.*
55. Himno fúnebre. *A un hombre de bien muerto en 1811.*
56. Cuento. *El calumniador.*
57. Trova en octavas reales. *La renuncia de un sabio del Oriente en la Corte del Mogol.*
58. *A una señora que me consoló en mi infortunio.*
59. Epitafio. *A Cecilia.*
60. *Descansa en paz.*
61. *En el álbum de D.ª María S. del Acebal de Arratia.*
62. *A una coqueta.*
63. *Traducción de un fragmento del Orlando de Ariosto* (Canto XVI).

—Opúsculos de Somoza de que hay noticia y que no han podido ser hallados para la edición presente.

1.° *Reflexiones sobre el heroismo.* (Vid. pág. 9 de la presente edición).

2.° *Relación de la justicia que se hizo en los condes de Egmont y de Horn en Bruselas, en 5 de Junio de 1578.*

3.° *El amigo y el preso. Conversación á la reja de la cárcel.*

4.° *Sermón burlesco.*

5.° *Particularidad en el carácter del arcediano de Avila don Antonio de la Cuesta.*

6.° *Breve examen moral y político de las bofetadas últimas de la prensa periódica, 1846.*

7.° *Fragmento de Montaigne sobre las riquezas.*

8.° *El doctor Andrés Laguna y el tiempo de las brujas, 1846.*

9.° *La Ninfa del Tormes,* drama lírico.

A excepción del primero, todos son citados por D. Benito Vicens y Gil de Tejada en el trabajo que publicó sobre Somoza, reproducido en el *Apéndice 2.°* á este libro.

DON JOSE SOMOZA

ESTUDIO CRÍTICO PRELIMINAR

Don José Somoza—dice D. Juan Valera—fué un filósofo práctico, lleno de sencilla y espontánea originalidad.» Llámale después «hidalgo campesino, contemplativo y pacífico» y recuerda, para celebrarlos, «su amor á la paz, su pura y nada fingida filantropía, su absoluta carencia de ambición y de codicia y la afectuosa complacencia con que vivía en la soledad y se deleitaba admirando la natural hermosura de las cosas.» En efecto, este es el mayor encanto de la figura literaria de D. José Somoza: su retiro obstinado en las soledades de la sierra de Gredos, apacible y estudioso. Aparece en nuestra literatura del siglo XIX como una planta serrana, sola en la mitad de los campos castellanos, balsámica y saludable, no parecida á ninguna otra. Su autobiografía, que trazó fragmentariamente en varios de sus artículos, tiene un perfume silvestre que enamora. Respira la paz, la alegría tranquila y el descuido de su existencia campesina. Carece de toda aspereza y rusticidad; al contrario: un gusto delicado, exquisito, refinado casi, vela en aquella prosa risueña, familiar, modesta, de una claridad transparente. Nada se advierte allí de esa ruda limitación de espíritu que en la realidad suele ser la marca de los lugareños, aun de los «hidalgos». D. José Somoza, en contacto, por contínua lectura, con poetas y filósofos, con historiadores antiguos y modernos, alzó su corazón y su pensa-

miento á cien codos por encima de sus convecinos. Sus virtudes y sus defectos fueron precisamente la contradicción, uno á uno, de los defectos y las virtudes del hombre del campo. Fué benévolo en sus juicios, inclinado á descubrir en los hombres el aspecto noble y amable; fué generoso de sus bienes, constante amparador de los desvalidos; fué desinteresado laborante del pro común, á costa muchas veces de sus bienes propios; fué refugio, en circunstancias difíciles, de enemigos antiguos y fieros de su casa; no fué jugador de naipes, ni cazador, ni entendió palabra de agricultura ni de administrar sus haciendas; no fundó una familia, ni sintió ambición de perpetuar su nombre en su linaje; no anheló la vara de la autoridad; no fué cacique político.

El campo y el retiro fueron para él, por lo tanto, amores de poeta y de filósofo, platónicos y puros. Eran el adecuado ambiente para su alma reflexiva y dulce. En la calma de la Naturaleza, sin descender á los cuidados de la vida afanosa, en paz con todos sus convecinos, rodeado en su amplia casa mayorazga de la gratitud y el cariño de sus parientes, que todo se lo debían, su humor se conservó dichoso hasta la vejez y sus facultades en esa actividad placentera que es propicia al cultivo del arte. Su gloria más cierta, la seña más clara de la aristocracia y distinción de su espíritu fué ésta sin duda. El campo y el aislamiento, privando de ejemplos y de estímulos, adormecen á la larga la actividad de la mente. Un medio ignorante y rudo rebaja insensiblemente hasta su nivel al que mora en él largo tiempo. Muy pocos se eximen; naturalezas de privilegio y de elección; el fuego no las quema y el agua no las moja; hallan en sí mismas su mundo; son los fuertes y los dichosos.

Nos libraremos de hacer aquí la biografía de D. José Somoza. El lector debe gustarla en su propia fuente, de la mano del mismo poeta. No obstante, para más amplio conocimiento del carácter de éste, de los amigos y deudos que le rodearon, de los lugares en que vivió, de las cosas y los parajes á que se refiere en sus artículos, consignaremos algunos datos que hemos podido saber, relativos á estos extremos. Llevados de la afición que nos ha inspirado siempre esta amable y original figura del solitario de Gredos, hemos

visitado personalmente su pueblo de Piedrahita; hemos sesteado á la sombra de los robles de la Pesqueruela; hemos repetido sus acentos al pie del abrupto risco que él llamó del *sepulcro*, al murmurio de aquellas aguas frescas y claras que arrullaron sus pensamientos y dieron inspiración á sus poesías; hemos penetrado en la que fué su casa, en el cuarto en que vino al mundo, donde vivió después más de sesenta años, donde murió; en la galería en que fué lavado y envuelto recién nacido, según él mismo refiere... Notas, observaciones y pensamientos han surgido para nosotros del contacto con estas cosas tan caras y tan íntimas para el poeta. Algo tenemos que decir de ellas; no creemos que carezcan de precio para el público reducido que nos lea.

A la inspección de los lugares hemos procurado añadir los datos de la tradición. D. José Somoza fué una persona de viso en Piedrahita; le alcanzaron algunos de los que hoy viven; todos le conocen de oídas. De quien menos se piensa se oye una anécdota, un rasgo de carácter, un pormenor de su vida ó de sus costumbres, una frase que no se ha olvidado, cualquier menudencia gustosa que completa ó afina nuestro juicio. Como última fuente de información y la más valiosa, hemos tenido á la vista papeles del mismo Somoza que se conservan. A la afable condescendencia de D. Pedro Lázaro Núñez, heredero de la casa y bienes de Somoza, debemos esta ventaja, que nunca olvidaremos. De esos papeles hemos tomado para esta edición materiales nuevos; hemos sacado también noticias que añadir á la biografía del autor y toques con que acabar su retrato moral y físico.

I

La familia Somoza era oriunda de Santiago de Galicia; pero de cinco generaciones venía establecida en Andalucía, en Sevilla y en sus contornos. D. Ignacio Somoza y Carvajal, padre de D José, fué el primero que se avecindó en Piedrahita. El mayorazgo que disfrutó el poeta, las cape-

llanías y demás rentas vinculadas en su linaje, le vinieron por la rama materna. D.ª Juana Muñoz Barrientos, que fué su madre, perteneció á una familia antigua de Piedrahita, bien heredada y emparentada. D. José tenía dos hermanos: Juan, el mayorazgo, de carácter retraído y modesto, que murió en 1829 y María Antonia, que fué la única que dejó sucesión. Esta llevaba á su hermano el poeta quince años.

D. José Somoza asegura que él, de niño y de muchacho, fué un diablo; que sus travesuras eran poco inocentes; que cogía los nidos de los pájaros en el campo sin la menor compasión y no perdonaba á las golondrinas, como hacían sus camaradas. Un ayo que le pusieron para encauzar sus inclinaciones nada consiguió con él. En Salamanca, jamás ganó curso. Se acompañaba con gente perdularia; el juego de pelota y la esgrima le dominaban; huía de su casa y recorría otras poblaciones en compañía de estudiantes de la tuna; soñaba con ser torero, que era oficio de gente cruda. En vista de estos indicios, pronosticó Quintana tétricamente (aunque se reservó el decirlo para más tarde) «que había de concluir el Somoza en un cadalso.» La vanidad y el candor se mezclan en estas *confesiones* muy graciosamente. El anciano filósofo inofensivo recordando tan negras tachas de su «vida del hombre malo», acometido de compunción tan sincera, fuerza es que nos haga sonreir un poco.

A tan borrascosas mocedades puso fin la muerte del padre del poeta, ocurrida en 1797. Diez y seis años contaba éste; retiróse á Piedrahita, á vivir con su hermano, encerróse en la librería de su casa y se entregó al estudio con ahinco.

D. Ignacio Somoza, hombre culto, rico, influyente en Piedrahita, de un carácter recto y suave, alternó en amistad durante su vida con los varones más claros de su tiempo. Eran antiguas y estrechas sus relaciones con D. Juan Meléndez Valdés; se carteó con Iglesias; Jovellanos y Quintana le distinguieron con su aprecio. Varios de éstos, y otros en buen número, famosos en las letras ó en la política, fueron muchas veces en Piedrahita huéspedes de la duquesa de Alba, D.ª María Teresa de Silva. El palacio de Alba, obra

del abuelo de esta señora, alcanzó en los últimos años del siglo XVIII, en manos de la joven Duquesa, el más lucido período de su existencia efímera. Allí fué donde el niño José Somoza conoció y trató á muchos personajes cuya amistad conservó después toda su vida.

Entre los recuerdos que guardó Somoza de estos tiempos de juventud y de estos amigos y que dejó en sus obras, los que se refieren á la Duquesa de Alba tienen especial calor de simpatía. Aquella dama, tan célebre en su tiempo en la corte, dejó también en sus pueblos del valle de Corneja memoria duradera, no tan turbia ni discutida como en Madrid. Las anécdotas que se cuentan de ella por la comarca, no son ni delicadas ni ingeniosas, pero todas le son favorables. Revelan, á lo menos, que supo ganarse los corazones de sus vasallos. Unas se refieren á su largueza sin límites, otras á la llaneza de su trato, otras á su carácter infantil y aturdído. De todas nos dejó Somoza en sus artículos muestras escogidas. La ilustre dama, que pasó como un meteoro fugaz y brillante por la corte de Carlos IV, amada y aborrecida con exceso, ensalzada por sus más eminentes coetáneos, perseguida en cambio por lenguas malévolas, no ha tenido hasta ahora un biógrafo digno de ella que esclarezca algunos misterios que hay en su vida y el enigma no descifrado de su carácter. Somoza, á nuestro entender, da la llave que puede aclararlo todo. Creemos que, en su brevedad, los pasajes en que habla de la Duquesa son lo mejor, lo más cierto, lo más profundo y al mismo tiempo también lo más encomiástico que se ha escrito de la noble señora. Y no son sino el sencillo sentir del valle de Corneja, expresado por boca del más culto y sagaz de sus moradores.

Doña María Teresa de Silva, Duquesa de Alba, fué una figura femenina de gran relieve en la sociedad de su tiempo. Entre las grandes damas de la corte de María Luisa, descuella su personalidad original y pintoresca, que resume y caracteriza un período histórico. Arrogante, apasionada, pródiga; en su trato deliciosamente sencilla, cuando no daba en vulgar; amante del arte, loca por el bullicio, por la alegría expansiva y franca, no respetuosa de los límites del buen gusto; fanática, imprevisora; arrebatada en sus deseos, in-

constante en sus preferencias; de inteligencia no eminente ni cultivada, si bien de corazón infinito. Su educación había sido descuidada deplorablemente. «No había oído buenos preceptos—dice Somoza—ni había leído buenos libros, ni había visto sino malos ejemplos.»

En Madrid se mezclaba en tratos plebeyos con toreros y comediantes; en Piedrahita realizaba un tipo de patriarcado sentimental de su genialidad exclusiva. Se trataba tú por tú con los labriegos humildes de sus tierras. Sentaba á su mesa al último de sus vasallos. En una boda de sus gañanes ó en una fiesta, bailaba á usanza del país con un mozo cualquiera. Los más pequeños, los más toscos, la divertían y gozaban sus agasajos. *Pitafio*, aquel bobo de que habla Somoza, que era ahijado de la Duquesa, fué su bufón habitual durante largo tiempo; vino con ella á Madrid en ocasiones distintas. Sus zafias ocurrencias, sus modales hoscos y zurdos eran de un atractivo singular para su ilustre madrina. Hay quien asegura que, movida de un instinto semisupersticioso, llegó á pedirle consejo en asuntos graves, y se atuvo á él, despreciando otros de hombres de mérito. Lo que cuenta el mismo Somoza de la amistad estrecha y apasionada que manifestó la Duquesa por Fr. Basilio, aquel «religioso viejo, cojo, tartamudo, mal criado y tan ignorante, que no había podido hacer carrera alguna en la comunidad», no es menos expresivo de aquel carácter virgen, conjunto abigarrado de hermosas prendas, de burdas preocupaciones y de gustos chabacanos.

Muchos de estos defectos, á la verdad, para descargo de la Duquesa, hay que poner en la cuenta de la época en que vivió; muchos en la general de la aristocracia española, baja siempre de tono, escasa de cultura y de señorío, ayuna de ideales, inclinada perpetuamente hacia la plebe por temperamento. Aquellos infaustos días de Carlos IV, aquella alta sociedad inficionada de *majismo*, ásperamente reprendida en *El Pensador* por Clavijo y Fajardo y por Jovellanos en sus sátiras á Arnesto, abundaban en *manolas* aristocráticas. Estaban muy á la moda toda clase de alardes canallescos. Las señoritas de gran linaje lucían bravamente su *aire de taco*, que las ponía al nivel de las majas del Lavapies: sus

modelos (1). La semilla, por cierto, no se ha perdido: hoy la vemos renacer con fuerza nueva. La Duquesa de Alba, contagiada del mal gusto reinante, se halló por su alcurnia y por sus riquezas en puesto desde donde pudo hacerle visible. Su juventud, su carácter vivo y resuelto, se arrojaron á mil audacias que la dieron renombre; mas fué quizá mayor, como Somoza apunta, la imprudencia que la liviandad. Sus intimidades con Goya, que pasan para muchos como ciertísimas, son discutibles. Goya era viejo y sordo cuando viajó con ella á Sanlúcar; de allí trajo los apuntes que han dado más pie á las hipótesis atrevidas (2). Los cuadros de género del famoso pintor, los más ajenos á la Duquesa por sus asuntos, han sido después los más escandalosos calumniadores de su fama (3). Tal vez nunca se dió el gran aragonés cuenta exacta de este aspecto difamador de su obra. Allí han visto muchos á la Duquesa recibiendo una declaración amorosa del pintor; allí acudiendo á una cita con Costillares; la maja vestida y la maja desnuda no son sino la Duquesa... Descontemos la parte de la malicia; ¿á qué se reducirá la verdad?

Lo que nadie podrá discutir á la Duquesa de Alba es el alma generosa y compasiva de que se halló dotada,

«la bondad celestial, inagotable,
que su apacible corazón recrea»

como Quintana dijo. Era, sin duda, á su modo, un alma filantrópica y *sensible* del siglo XVIII; Madame Geoffrin y

---

(1) Véase *La satire de Jovellanos contre la mauvaise education de la noblesse* (1787), *publiée et annotée par Alfred Morel-Fatio* (Bordeaux, Feret et fils, editeurs, 1899), págs. 10 y siguientes.

(2) Véase *Goya*, por Ceferino Araujo y Sánchez (Madrid, *La España Moderna*, sin año), cap. VI; *Goya, su tiempo, su vida, sus obras*, por el Conde de la Viñaza (Madrid, 1887), págs. 57 y 58, y *Goya en la sección de estampas de la Biblioteca Nacional*, artículo publicado por D. Angel María de Barcia en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo IV de la tercera época, año 1900, páginas 196 y 197.

(3) *Goya, su tiempo, su vida, sus obras*, por el Conde de la Viñaza, págs. 287, 290, 306 y otras.

Rousseau no habían venido en valde á este mundo para ella; mas de su propia naturaleza era ella «respecto del bien lo que los metales respecto del imán»; Somoza lo dijo muy bellamente.

«Ella viviendo,
aherrojada en cadenas
en sus estados la opresión bramaba.
El huérfano afligido
su madre la llamaba,
su amparo el desvalido...» (1), etc.

Estos elogios y otros que no copiamos, no menos ardientes, distan mucho de ser un lugar común del repertorio trivial de las alabanzas. Su mejor comentario son las palabras de la vieja vecina de Somoza: «ella sería lo que quieran, Dios la haya perdonado, pero para sus pueblos no pudo ser mejor».

Su amor por el arte le heredaba D.ª María Teresa de Silva de su madre D.ª Mariana de Silva y Sarmiento, Duquesa de Huéscar y de Arcos. Esta señora, autora de apreciables poesías, traductora de tragedias francesas, fué directora honoraria de la Academia de San Fernando, con voz y voto y asiento en lugar preeminente. Perteneció también á la Academia Imperial de Artes de San Petersburgo (2). Todas las artes y todo género de artistas hallaron protección y acogida en la joven Duquesa de Alba: poetas, escritores, pintores, escultores, comediantes, toreros... Rival en rango y en lujo de la Condesa de Benavente, acaudilló en el teatro contra ella por largo tiempo el partido de la primera dama Rosario Fernández en frente del de *la gran Figueras*, y en los toros el partido de Costillares en frente del de Pedro Romero. Prestaba á la actriz á quien protegía sus propios trajes para que luciese más en la escena (3). La Duquesa, ella misma, fué muy gentil actriz.

(1) Sánchez Barbero: *Elegía á la muerte de la Duquesa de Alba.*

(2) *Iriarte y su época*, por Emilio Cotarelo y Mori (Madrid, 1897), pág. 234.

(3) *Iriarte y su época*, por Emilio Cotarelo y Mori, páginas 236 y 237.

Don Ramón de la Cruz escribió para ella su sainete *Los dos libritos* (1). Arriaza la alaba con entusiasmo por la interpretación que dió al papel de Zelmira en la tonadilla de *El Misántropo*, que representó en su palacio, en unión de varios amigos (2). Celebra en ella la propiedad y variedad en la expresión de la pasión amorosa, la gracia de sus palabras y el fuego de sus ardientes ojos.

Muy bien se avienen el retrato moral de la Duquesa, que trazó Somoza en sus artículos, y el físico que nos dejó Goya en sus telas. Ambos se completan recíprocamente. Era nerviosa y delgada, no alta, proporcionada y esbelta en su figura, de movimientos rápidos y airosos; las facciones del rostro menudas; ojos grandes y negros; tupida mata de pelo, que la cubría el talle si la soltaba. La viveza de sus gestos y de sus actos, la alegría de su risa, la sencillez afectuosa de sus palabras eran su gran encanto. La bondad de su alma se reflejaba en su rostro y le daba dulce atractivo.

Persona muy distinta de la Duquesa de Alba y no menos digna de atención fué otro amigo de D. José Somoza, á quien éste recuerda en sus escritos y á quien le unieron afecto y estimación muy sinceros. Colocado en modesta esfera, sus cualidades y sus méritos salieron bastante de lo vulgar. Fué un espíritu levantado, un corazón recto y noble, un sacerdote lleno de virtud y de candor: D. Antonio de la Cuesta, Arcediano de Ávila. Es sensible que no haya llegado á nosotros un opúsculo, que cita D. Benito Vicens, dedicado por Somoza á revelar cierto aspecto de la figura moral de su amigo. Llevaba por título: «Particularidad en el carácter del Arcediano de Ávila D. Antonio de la Cuesta». Le hemos buscado en vano. Se imprimió, á lo que parece, en el año de 1846; mas no sabemos de ningún ejemplar.

En dos ocasiones distintas, la amistad con el arcediano estuvo á punto de salirle cara á Somoza: una en 1801, y

---

(1) *Don Ramón de la Cruz y sus obras*, por Emilio Cotarelo y Mori (Madrid, 1899), pág. 212.

(2) *Poesías líricas*, de D. Juan B. Arriaza (Madrid, 1816) tomo I, pág. 173 y siguientes.

otra después de 1814. Gracias á sus amigos ó á su propia cautela, nada se probó contra él en ninguna de las dos veces. Existía entre Somoza y el Arcediano, además de amistad estrecha, coincidencia en ideas políticas. Sus ideas filosóficas y religiosas diferían sin duda más. Pero ambos, impuestos en las doctrinas de enciclopedistas y revolucionarios franceses, eran enemigos del régimen imperante y partidarios de las reformas. El carácter del Arcediano era resuelto y franco; sus convicciones se revelaban claras en sus palabras, no contenidas por la prudencia. Sus actos, inspirados en el deseo del bien común, no miraban á contentar egoísmos inveterados. Se creó enemigos sañudos, y de aquí las persecuciones de que fué objeto.

Cuesta era montañes; nació en Liérganes (Santander) y se educó con los escolapios de Villacarriedo. Estudió jurisprudencia en Valladolid. Obtuvo por oposición una beca en el colegio de Santa Cruz. En otras oposiciones que hizo más tarde á la doctoral de Sigüenza, á la de Santander y á la de Burgos, sus opiniones le perjudicaron; no obtuvo las plazas á pesar de brillantes ejercicios. Campomanes, sin embargo, gustaba de sus ideas y de su carácter llano y animoso. Por él obtuvo una ración en la catedral de Avila, y por él después el arcedianato. Con ánimo justo y entero, se opuso desde el primer día á los abusos que desmoralizaban la iglesia de Avila. Allí las dignidades y los conventos cobraban indebidamente rentas y diezmos en perjuicio de los curatos pobres de las aldeas; beneficiados que percibían pingües raciones se negaban á todo servicio en las parroquias. Todo lo corrigió Cuesta con mano firme; mas los perjudicados con sus reformas, acusándole ante el Obispo D. Rafael de Múzquiz de liberal y de afrancesado, lograron que éste le denunciara ante el tribunal de la Inquisición de Valladolid. Se dió auto de prisión contra él y contra su hermano D. Gregorio, Penitenciario de la misma iglesia. Éste, más cuidadoso de la suerte de su hermano que de la suya propia, púsole en salvo por una puerta falsa en la noche del 24 de Febrero de 1801. Saltó á un corral y de allí á la calle. Vestido de labriego, á pie, acompañado de un hombre del campo, sailó con dirección á Ma-

drid al rayar el día. D. Gregorio quedó preso y en cinco años no salió de la cárcel.

Empezó aquí para el Arcediano una curiosa y larga odisea, llena de sustos y de aventuras. La Condesa del Montijo le ocultó al principio en su casa; mas tuvo Cuesta que salir de ella y buscarse nuevos refugios, perseguido siempre de cerca por los agentes del tribunal del Santo Oficio. Un contrabandista, contratado por la Condesa, le sacó de Madrid disfrazado, y en nueve días, sin tocar en pueblo ni en villa alguna, le puso en Francia.

En tanto que él se entregaba en París á los estudios, que eran el gran amor de su vida, á las matemáticas, á las ciencias físicas y naturales, á la legislación y á la economía política, su hermano se defendía y le defendía ante el tribunal. Las acusaciones que contra ambos aparecieron en el proceso eran vagas y mal fundadas. Se atribuían á D. Antonio frases contra Godoy, encomios á la Revolución Francesa y aplausos á la libertad. El Fiscal, convencido de la mala fe de los testimonios, convirtió su acusación en un panegírico. El tribunal de Valladolid absolvió á D. Gregorio libremente. Solamente las intrigas del Obispo Múzquiz, confesor de la Reina, y de D. Vicente Soto Valcarce, maestre-escuela de la iglesia de Ávila, consiguieron alargar el proceso, esperando reformar la sentencia. El Rey hubo de intervenir en persona. Llamó á sí los autos y confirmó la sentencia del tribunal de Valladolid. Mas no sólo eso, sino que repuso en sus dignidades á los dos hermanos y ordenó que solemnemente se les dieran satisfacciones ante el pueblo entero en la catedral de Ávila; impuso al Obispo Múzquiz multa de 8.000 ducados, y á D. Vicente Soto multa de 4.000; á otros dignatarios de la catedral, canónigos y frailes que intervinieron en la causa, como acusadores y testigos, les impuso penas distintas.

D. Antonio de la Cuesta fué á Cádiz en 1810, y allí fué nombrado del tribunal especial de las Órdenes. Fué Diputado en las Cortes de 1812 (1), y perseguido, por consi-

(1) Existe en la Biblioteca Nacional, procedente de la de don Luis Usoz y Río, un pequeño libro fechado en Cádiz en 1811, cuyo título es: *Ensayo de constitución para la nación española, prece-*

guiente, en la reacción absolutista de 1814. Tuvo que huir á Francia de nuevo en 1819, y de nuevo fué Diputado por Ávila en el período constitucional del 20 al 23. En este año, huyendo de los furores del Rey despótico, pasó por última vez la frontera. Murió en Calais, de vuelta de Londres, en Julio de 1828 (1).

Sabemos del Arcediano que era en extremo sencillo y dulce en su trato; que era terrible hablador y que su conversación era viva, llena de erudición amena y de chiste. En la tertulia del Arzobispo Amat, en Cádiz, se arrebataba la palabra con Vargas Ponce, y hablaba siempre más que él. Su tema era la reforma de los abusos en la Iglesia y en el Estado. Hablaba de esto sin recatarse, con calor y con elocuencia, que sus persecuciones nunca mermaron. Muchos se lo afeaban; mas la condesa del Montijo lo celebraba sobre todas las dotes de su amigo, porque era ímpetu caluroso, no dominable, de su alma pura é intrépida. La anécdota que Somoza refiere del Arcediano, añade un rasgo á su retrato moral, que le hace favor y no deja de tener gracia. Revela que, absorbido por sus estudios y por sus planes, vivía por las nubes, ageno á los embustes de las gentes maleantes, como á la práctica de la vida y al valor del dinero. En estos hombres frugales, descuidados de sí mismos, entusiastas y candorosos, ha abundado la Revolución Española más de lo que piensan muchos. Han sido la legión esforzada, aunque modesta y desconocida, á que de-

---

dido de un discurso preliminar y seguido de un plan de educación nacional. Sobre una cubierta en blanco hay dos renglones manuscritos que dicen: «Por Don Antonio de la Cuesta, Arcediano de Avila». La noticia no es despreciable, dada la procedencia del ejemplar que la consigna. El escrito tiene 78 páginas; pero es notable en su brevedad por la alteza de miras, por la cultura que revela en su autor, por la elegancia y claridad del estilo. Tiene una carta dedicatoria dirigida así: S. D. M. A. L. T., fechada en Lebrilla, á 2 de Febrero de 1811 y firmada por *Un amante de la Patria.*

(1) Véanse la *Vida literaria de D. Joaquín Lorenzo Villanueva*, escrita por él mismo (Londres, 1825), págs. 82 á 84, y el apéndice á la *Vida del Ilmo. Sr. D. Félix Amat, Arzobispo de Palmira* (Madrid, Fuentenebro, 1838), págs. 318 y siguientes.

bemos lo poco que disfrutamos de adelantos y de mejoras en nuestra patria.

De otros amigos de Somoza, como Jovellanos, Meléndez, Quintana, etc., no hemos de detenernos á hablar, porque son harto conocidos de todos. Volvamos al mismo Somoza. Su vida se divide naturalmente en dos partes, y el punto de separación entre ambas puede fijarse en la muerte de su hermano mayor D. Juan, ocurrida en 1829. La primera etapa es la de los sustos y las persecuciones: la guerra de la Independencia, la reacción absolutista de 1814, el turbulento período liberal del 20 al 23, la segunda reacción, traída por la Santa Alianza. Aquí, en el peligro y en la desgracia, se formó su carácter cauteloso y prudente, que nunca se desmintió. Puede ver el lector en su autobiografía, á pesar del esmero que pone en disimularlo, con qué parsimonia procedió siempre en aceptar puestos ó favores que pudieran comprometerle en el porvenir. Por eso sus persecuciones fueron relativamente cortas y blandas. En este período primero de su vida, compuso algunas de sus breves farsas dramáticas, la mayor parte de sus sonetos, y varias de sus otras composiciones en verso; pero no se lanzó á la publicidad ni á la imprenta. Aunque en posesión de bienes que bastaban á su sustento, aunque más relacionado y más conocido que su hermano en Madrid y entre los primates de su partido, su posición entre los suyos era subalterna y dependiente. Su hermano, soltero como él, de carácter oscuro y positivista, aunque bondadoso y amigo del saber, le tenía consigo siempre en su casa de Piedrahita. Era este señor agricultor laborioso é inteligente. Se la daba también de progresivo. Introdujo en Priedrahita el cultivo de la patata, y éste se extendió tanto por la comarca en muy pocos años, que pudo decir D. Juan Somoza—y es frase que todos recuerdan en el país:—«el día en que vendamos las patatas á real la arroba, podremos empedrar con pesos duros las calles de Piedrahita». Es la única sentencia de este patriarca que ha conservado la tradición.

La muerte de D. Juan Somoza, y el naufragio definitivo del absolutismo en España, ocurrieron por los mismos años. Entró D. José Somoza en el período de libertad polí-

tica, cuando disfrutaba de una posición holgada y principal. Ésta, aunque fué la postrera, fué quizá la parte más feliz de su vida, en que pudo triunfar sin peligro en el palenque de las luchas públicas, en que pudo extender su protección bondadosa y delicada á más número de personas queridas, en que pudo profesar sin riesgo sus doctrinas un tanto heterodoxas, y comentar sin temor, entre sus amigos, la constitución y la enciclopedia. Su fecundidad literaria, que nunca fué asombrosa, fué mayor en estos últimos años. Lo mejor de su producción, lo más original, lo que conservará interés y frescura por largo tiempo, pertenece también á este período. Baste decir que todos sus escritos en prosa se comprenden en él.

Somoza profesaba en materias de religión ideas mucho más avanzadas de lo que puede inducirse por sus escritos. Era, según Usoz, un *free thinker*. Era un puro deista, irreverente con toda Iglesia constituída, con todo dogma y con todo culto. La risa irónica de Voltaire vagaba continuamente en sus labios. Tuvo el mal gusto de poner en Piedrahita cátedra de impiedad. En la iglesia no entraba nunca. Los domingos, en tanto que se decía la misa, se paseaba de largo á largo por el pórtico. Decía á los que le hacían observaciones, que padecía una dolencia interna rebelde, y nada más maligno para ella que el aire de una iglesia. Predicaba, en cambio, en su casa y en el corro de sus amigos de la tienda del Sr. Ruiz Zorrilla, bajo los soportales de la plaza, sus doctrinas de templanza, de beneficencia inteligente, de universal tolerancia con las opiniones agenas y de confianza en el progreso humano. De todo ello procuraba dar el ejemplo; de bondad y largueza con los desheredados de la fortuna, muy especialmente. Sostenía á familias menesterosas; ayudaba de mil modos á una muchedumbre de necesitados del pueblo y de los contornos que desfilaba contínuamente por su morada. Sus luces superiores, sus consejos, sus buenos oficios de toda clase, eran patrimonio común de sus convecinos, que usaban de él largamente. Enfrente de D. Roque García, administrador de la casa de Alba, que capitaneaba el partido local tradicionalista, formó un grupo numeroso de liberales, y leía en él diariamen-

te *El Clamor Público* á que estaba suscrito, ilustrándole con comentarios y explicaciones. En aquel tiempo, la balija del cartero de Piedrahita no introducía en el pueblo más que dos diarios: el tradicionalista de D. Roque García (que no hemos averiguado cual era), y *El Clamor Público* de Somoza. El primero daba la vuelta ordenadamente á todos los conventos de la comarca, á los eclesiásticos y personas piadosas que se interesaban en los asuntos públicos; el segundo, leído y bien explicado por D. José Somoza, en el corrillo de los soportales, emprendía su peregrinación de progresista en progresista. Y ambos tornaban negros y rotos á sus dueños, á la vuelta de muchos días.

Aunque su residencia habitual era Piedrahita, D. José Somoza hizo hasta el fin de sus días excursiones frecuentes á Sevilla, á visitar á parientes que allí moraban y á Madrid, á disfrutar del trato de sus amigos. Su ahijada Cecilia Núñez se había criado en la capital de Andalucía y conservaba viva afición por ella. En Madrid tenía Somoza relaciones extensas y elevadas; tenía, sobre todo, á las señoritas—después señoras—de Acebal de Arratia. Con ellas y con su hermano D. Francisco, le unió amistad cariñosa y larga, que ha dejado en sus escritos huellas numerosas.

En la historia sentimental de Somoza ocupa un lugar principal Cecilia Núñez, su ahijada. Trascendió no poco este afecto hasta á su producción literaria: artículos y poesías tiene dedicados á ella, y en otros la recuerda ó la nombra; pero llenó en su vida más espacio que en sus escritos. Entre las personas de su familia más íntima, D. José Somoza distinguió á Cecilia con su predilección notablemente: su muerte fué la gran pena de la vejez del poeta.

Fué padre de Cecilia D. Toribio Núñez, pensador distinguido, doctor en Leyes por Salamanca, que ilustró su nombre con la exposición fiel y clara que hizo, en dos libros diferentes (1), de la doctrina de Bentham, no conocida á la

---

(1) *Sistema de la ciencia social ideado por el jurisconsulto inglés Jeremías Bentham, y puesto en ejecución conforme á los principios del autor original por el Dr. D. Toribio Núñez, jurisconsulto español.* Salamanca, 1820. *Ciencia social según los principios*

sazón en España. Es sabido que el filósofo inglés rehusó siempre su aprobación á los libros de Esteban Dumont y de Jhon Stuart Mill, en que se expone su genial concepto del derecho y de la moral. En cambio, aprobó los escritos de Núñez, que tienen el mismo asunto. D. Eugenio Tapia y D. Joaquín Francisco Pacheco vieron las cartas autógrafas de Bentham; en ellas decía el grande hombre á su discípulo y expositor: «Habéis adivinado el verdadero espíritu de mis enseñanzas.» Núñez estuvo en correspondencia directa con su maestro y profesaba por él y por su doctrina admiración sincera y profunda. La personalidad científica de este jurisconsulto salmantino parecióle bastante considerable á don Luis Silvela para hacer de ella el asunto de su discurso de entrada en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Fué accidentada la vida de D. Toribio Núñez. Era hijo de un médico de Coca, pequeña villa de la provincia de Segovia. En sus mocedades se consagró algún tanto á estudios literarios en Salamanca. Fué amigo de Cienfuegos, de Meléndez y de Sánchez Barbero. Quintana, que le dedicó la primera edición de sus poesías, en 1802, le dice así en la dedicatoria: «Tú fuiste mi compañero en mis primeros estudios; tus consejos, dictados por el gusto fino y recto que te distingue, me han sostenido y dirigido en todas mis tareas» (2). Necesidades de la vida dieron rumbo distinto á

---

de Bentham, por el Dr. D. Toribio Núñez, bibliotecario de la Universidad de Salamanca y diputado á Cortes en las de 1822. Obra impresa de órden del Gobierno. Madrid, 1835 (Obra póstuma.)

(2) En la segunda edición de sus poesías, en 1813, Quintana sustituyó la dedicatoria á D. Toribio Núñez por otra á Cienfuegos. Habían surgido entre ambos antiguos camaradas, á lo que parece, serias causas de enemistad. En un ejemplar de las poesías de Quintana (edición de 1802) que adquirió en Madrid D. Víctor Balaguer y que se conserva en la Biblioteca-Museo de su nombre en Villanueva y Geltrú, hay intercalada una hoja de papel de cartas, entre el frontis y la dedicatoria, donde una mano desconocida explica así la razón del profundo cambio que sufrieron las relaciones entre Núñez y Quintana:

«D. Toribio Núñez, doctor en jurisprudencia y bibliotecario de la Universidad de Salamanca, era uno de los literatos que, como

los estudios posteriores de D. Toribio Núñez. Doctor en jurisprudencia, desempeñó varias cátedras en Salamanca, en concepto de sustituto. Tan pronto administrador en Sevilla de los bienes y casa de Alba, tan pronto dedicado al comercio; retirado en Piedrahita en días de trastornos ó de persecuciones; bibliotecario de nuevo en la Universidad de Salamanca, ó depuesto de este cargo por el Gobierno absolutista, ó reintegrado en él por los liberales en el período del 20 al 23; diputado á Cortes por Salamanca (1822) ó fugitivo por temor á la venganza del soberano, D. Toribio Núñez

---

Meléndez Valdés, Tineo, Cienfuegos y Quintana, se reunían en el palacio de Piedrahita á disfrutar del lujoso hospedaje de la duquesa célebre de Benavente. La invasión francesa disipó la reunión, siguiendo unos el partido del invasor y acudiendo otros á la sombra y defensa de la bandera nacional. De estos fué Quintana, que siguió hasta Cádiz los trances de la causa de su patria, dejando encomendada su joven y hermosísima esposa á su íntimo amigo don Toribio Núñez, pero éste se lanzó en tan pública y escandalosa amistad con su recomendada, que Quintana no quiso jamás reconciliarse con ella, aunque muy altas personas se atravesaron. Llegó al extremo de presentarse en casa la mujer y residir en ella algún tiempo, durante el cual no logró que su marido la hablase, ni aun la mirara, viniendo á morir oscuramente y despechada. Así se comprende la dedicatoria á Cienfuegos, ya difunto en 1813, de la edición hecha en la Imprenta Real; porque dice: «á lo menos de los »muertos no hay que temer, Nicasio, esta ingratitud escandalosa, »esta alevosía cruel que tan amarga y frecuentemente experimen»tamos en los vivos.» Y más adelante. «... los otros, destrozando »cruelmente los vínculos de una amistad antigua y jamás violada, »han profanado sin pudor ninguno los respetos todos de la hospi»talidad y de la confianza, y correspondido al afecto más tierno y »fraternal con la más negra ingratitud. ¡Ah! Puedan estas líneas, »si alguna vez llegan á sus ojos, presentarles la horrible diferencia »entre lo que ahora son y lo que antes parecían!»

D. Toribio Núñez, su esposa y dos hijas murieron en Sevilla del cólera morbo en 1834. Quintana falleció en 1857, asistido por una hermana y un hijo de su difunta esposa, que debieron heredarle.»

Lo transcribimos á la letra, y no le damos más importancia de la que merece un anónimo.

sostuvo con su trabajo en tan contínuas vicisitudes una numerosa familia, defendió intrépidamente la causa de las libertades políticas y halló tiempo además para sus estudios de filosofía del derecho. Tuvo más de seis hijos, hembras y varones. De ellos no fué la mayor Cecilia, ni la más jóven. Es todo lo que sabemos de ella. Nació en Piedrahita en 10 de Enero de 1809, según el marqués de Valmar (1).

Somoza, que la tuvo en la pila, se ocupó de su educación desde sus años más tiernos. Entretuvo muchos ratos en darla las primeras lecciones de lectura. Pronto la cobró afición, debido á la inteligencia viva de la niña, á la gracia de sus maneras y á su dulce carácter. Viviendo el padre de ella, llevóla á Piedrahita distintas veces, á pasar fiestas y semanas enteras en su casa. Cuando murió D. Toribio Núñez, la acogió generosamente, así como á sus hermanos. Estaban tan faltos de recursos, que no habían podido costear el entierro de su padre, y uno ó varios de los muchachos trabajaban en oficios manuales para procurarse el sustento. D. José Somoza se los llevó á todos á Piedrahita desde Sevilla, donde vivían á la sazón. Matías Núñez, hermano de Cecilia, casó luego con una hija de D.ª María Antonia Somoza, llamada D.ª Teresa Barcia. Otra hermana, Javiera Núñez, vivió con Somoza hasta la muerte de éste, y fué uno de sus herederos.

Cecilia Núñez era pequeñita y gruesa; tenía el rostro muy lindo y muy alegre, ojos negros y pelo oscuro, tez delicada y blanca. Gozaba de inalterable buen humor. Estaba dotada de sentido práctico y claro juicio; era hacendosa, y era al mismo tiempo dada á instruirse; era pronta y aguda en la conversación. Cantaba, pero con poca voz. Bailaba maravillosamente, y era su especialidad la jota. Cultivaba con cuidado é inteligencia el cariño de su padrino. Por sus cualidades y con sus gracias cuentan que le embobaba; ni era perdida en su boca la lisonja dulce y discreta. Todo lo conseguía de Somoza cuando quería. A Madrid y á Sevilla salía frecuentemente á pasar buenas temporadas. Vestía con costosa elegancia. Murió en Madrid en 15 de Febrero

(1) Vid., pág. 252, nota 2.ª

de 1839, de una pulmonía que atrapó á la salida de un baile de máscaras en el palacio de Villahermosa.

Mucho hubiéramos celebrado dar con alguna copiosa fuente de noticias acerca de las señoras de Acebal de Arratia, que mantuvieron tan constante y afectuosa intimidad con nuestro poeta; mas no lo hemos logrado. La sucesión directa de esta familia se ha debido de extinguir, como la de Somoza. Ignoramos por qué caminos llegó el solitario de Gredos á tan gran amistad con ellas; sentimos sobre todo que la colección de cartas de Somoza que guardaba doña Paula, según D. Sinibaldo de Mas, se haya extraviado ó se halle oculta. Lo que podemos suponer sin duda es que había entre estas señoras y D. José Somoza una estrecha afinidad de ideas é inclinaciones. Eran vascongadas y en aquellas provincias, según se sabe, habían penetrado las doctrinas enciclopedistas francesas más y primero que en otras partes, entre las clases pudientes (1). De D.ª María, que casó con Usoz y Río, bien conocido como bibliófilo y por sus ideas protestantes (era cuákero), sabemos que consagró su vida y sus caudales á obras benéficas. Alejada del mundo, á pié siempre, vestida con suma modestia, recorría infatigablemente en Madrid los albergues más negros de la miseria. Añade D. Sinibaldo de Mas, de quien tomamos estas noticias: «advirtiendo que no tiene nada de beata.»

Procedían estas señoras de Vizcaya. Eran de rancio linaje y ricas. Vivían en Madrid de ordinario, pero pasaban temporadas frecuentes en sus posesiones de las provincias. Entre Somoza y ellas mediaba gran diferencia de edades: á D.ª Ramona la trataba de ahijada; D.ª María, por quien sintió en algún tiempo inclinación muy viva, le halló siempre excesivamente machucho para sus años. A pesar de su mayorazgo, de sus versos y de su mucha filantropía, le dejó suspirar en balde. Debióla, en cambio, su composición *A una desdeñosa* que es tal vez la más original é ingeniosa que salió de su pluma. Si tal hubiera sido D.ª María del Acebal como nos la presenta una miniatura que hemos vis-

(1) Véase la *Historia de los heterodoxos españoles*, por el señor Menéndez y Pelayo, tomo III, pág. 226.

to de ella, tomada en sus verdes años, mucho excedieron los versos en gentileza á la persona que los inspiró. Es allí una abultada moza, mofletuda, sin expresión en el rostro, con dos ojos redondos y pasmados, cuello corto y talle subido, que no causa impresión favorable. Pero el artista deja traslucir muy bien su torpeza y preferimos representarnos á aquella dama tal como nos la da á conocer, ya en sus años cansados, una fotografía que conservan los herederos de Somoza: una señora de facciones nobles y regulares, gesto dulce, mirada tranquila, sencillísima en su tocado de mantilla, con el pelo partido sobre la frente en dos mitades, lustroso y tupido, aunque cano; tipo de la vejez saludable, caritativa y austera. La canción de su viejo amigo no hubiera ya causado en aquellos labios sino una leve y triste sonrisa.

Una gran afición de D. José Somoza fué el teatro. En Madrid y en Salamanca concurría frecuentemente á los espectáculos escénicos; pero donde él disfrutaba, donde concentraba su atención y sus facultades era en las comedias caseras que hacía representar en Piedrahita. Allí se le vió mil veces perder su placidez habitual y aun la paciencia. Las hijas de su hermana María Antonia tomaban parte principal en las farsas; concurrían también á su desempeño otras muchachas amigas, del pueblo ó de fuera, hasta de Salamanca, y mancebos de las familias acomodadas. Suponemos que Cecilia Núñez no faltaría del cuadro de las actrices. D. José Somoza era incansable en ensayarlos á todos, juntos ó separados, y tomaba en serio su lucimiento. Cierta vez que á una de sus figurantas, niña muy joven, se le trabó la lengua en un recitado, se atolondró, se olvidó de los versos y por último se echó á llorar, interrumpiendo allí la comedia, tomó Somoza una desazón de que no se repuso en muchos días. Las representaciones tenían lugar casi siempre en su casa (1); el escenario era un gabinete y el

(1) La casa que fué de Somoza es la designada con el núm. 5 moderno de la calle de Jesús, que es una de las que desembocan en la Plaza principal del pueblo. Está unida á otras casas, que son algo más altas que ella. Por fuera se singulariza por sus rejas cua-

público se acomodaba en la sala en sillas; las dos hojas de una puerta eran el telón. Pero alguna vez, para poder convocar más gente, trasladaron el espectáculo á la casa de Ayuntamiento. De las obras que puso en escena no tenemos noticia alguna; sabemos solamente—porque así se consigna en un manuscrito que hemos aprovechado para esta edición—que su sainete *Un correjidor de ogaño* fué representado en el pueblo en 1811. Entonces era corregidor en Piedrahita el mismo Somoza. Se propuso en la farsa, á lo que parece, quejarse burla burlando de las dificultades del cargo.

En los últimos años de su vida era D. José Somoza — según nos le ha descrito un paisano suyo que le alcanzó—un viejecito flaco y pequeño, encorvado hacia adelante, de movimientos inquietos, de mirada viva. Cuando andaba, llevaba la mano izquierda en la espalda y se asía de una cachaba con la derecha. Por las tardes, á la puesta del sol, acostumbraba á dejar sus libros ó sus trabajos y salía á la plaza solo, á pasear rápidamente, arriba y abajo, por unas filas de losas que hay enfrente de la casa de Ayuntamiento. Un dibujo de él que hemos visto nos le representa de cara aguileña, frente ancha y prominente, labios delgados, ojos menudos, rapado el rostro á navaja, de un gesto ligeramente burlón. Su carácter debe buscarse en sus obras, y prin-

---

dradas y salientes, adornadas con cruces y otras figuras toscas de hierro. Su interior es amplio y laberíntico. La planta baja, donde están la bodega, las cuadras y la cocina para los mozos de cultivo, es lóbrega y está cruzada de oscuros corredores empedrados de morrillo redondo, que van á salir al jardín interior de la casa. El piso principal no está todo á un nivel y de un trazado sin simetría. Dos galerías abiertas ó grandes balcones, una más ancha que otra, dan en escuadra sobre el jardín, al cual se desciende directamente desde ellas por una escalera muy mala de madera. Por debajo de estas galerías, una parra que alcanzó días mejores, ostenta sus racimos en el verano. El jardín no tiene más de ocho metros en cuadro y aun hoy se llena de flores, que crecen sin cultivo. Un zapatero y un curtidor se han repartido el viejo caserón y no reina en él el lujo. En la alcoba donde Somoza nació, donde vivió su tranquila vida y cerró, muriendo, los ojos, un gran montón de restos de zapatos es nido y sustento de ratones.

cipalmente en sus artículos autobiográficos. Por naturaleza alegre y sociable, por educación y por cálculo bondadoso; intencionado y epigramático en sus frases; de espíritu activo y abierto; llano en su trato, sencillo y austero en sus costumbres. Naturaleza tranquila, que sabía reservarse y sabía también darse á sus horas, con oportunidad, sin exceso, haciéndose valer. Variedad curiosa y poco estudiada del *filósofo moderno* español del siglo XVIII. Reflejo en la doctrina y en la vida de los filósofos de París. Por la doctrina, fué un discípulo, como probaremos más tarde, de Fontenelle; en la vida, fué una especie de Helvetius, retirado en sus tierras del Perche.

El obispo de Ávila, á propuesta del arcipreste de Piedrahita, prohibió en 1851 los escritos de Somoza publicados en 1842—«por contener proposiciones—decía—*falsas, temerarias, injuriosas á la autoridad de la Iglesia, escandalosas, contrarias á la palabra de Dios, sapientes hæresim, perniciosas, mal sonantes, é inductivas al materialismo y al panteismo*» (1). Somoza se defendió por escrito. Entre él y el prelado se cruzó una correspondencia que no hemos logrado ver, ni sabemos si se publicó (2). Por causa de esto y por sus ideas muy conocidas, hubo dificultades á su muerte para enterrarle en (sagrado 3). La familia puso empeño en ello y l oconsiguió. Reposa en un nicho, á la altura del suelo, que lleva esta inscripción tallada en un mármol:

Cedido á perpetuidad por el Ayuntamiento de esta villa

D. E. P.

á D. José Somoza y Carvajal. Falleció el 4 de Octubre de 1852.

Sus sobrinos.

---

(1) Vid. *Artes de la Inquisición española*... por el español Raimundo González de Montes, publicado por Usoz y Río, año de 1851; páginas 83 y 84 del *Apéndice* puesto por el editor.

(2) No se publicó en el periódico *La Nación*, como asegura el autor del comunicado á *El Clamor Público*, que copia D. Benito Vicens en una nota á su estudio sobre D. José Somoza. (Vid. página 438 de este libro.)

(3) Véanse los apéndices 2.° y 3.° al presente libro.

II

Casi todas sus obras las escribió Somoza en el siglo XIX, después del año 30; no pocas, y aun las mejores, llevan fecha posterior á 1840; y esto no obstante, es un autor del siglo XVIII. El Marqués de Valmar le incluyó con muy buen acuerdo en su colección de poetas de esta centuria. Es un rezagado de la generación enciclopedista. No es que se aislase del mundo: esto ni en sus últimos años; no es que recibiese hostilmente las novedades en arte ó en ciencia que iban transformando rápidamente á su alrededor así las ideas como las formas literarias: algunos de sus artículos prueban cumplidamente lo contrario; mas su naturaleza no se asimiló el espíritu nuevo. Conservaba en el fondo obstinadamente sus dogmas y sus gustos envejecidos. Filosofaba, *volterianizaba* y escribía farsas y versos en el espíritu del siglo anterior.

La vida de Somoza y su obra literaria en verso y en prosa presentan en sus partes distintas una unidad digna de notarse: una consecuencia, una lógica internas, propias de un poema didáctico en el gusto de su generación. Y es que era hombre de sistema. Su vida fué el desarrollo de su doctrina; sus obras la exposición y el comentario.

No hemos de insistir en hacer ver que la labor crítica, profundamente revolucionaria del pensamiento, que llevó á cabo el siglo XVIII, se refleja en Somoza y en sus escritos. No notaremos que toda la candidez optimista, idílica, superficial y un tanto soñadora de las teorías corrientes sobre el placer, la filantropía, el estado de naturaleza opuesto al de sociedad y el progreso indefinido de la especie humana halló un eco en su alma y en su obra. Esto no le individualiza, antes le confunde con todos los demás espíritus distinguidos de su tiempo. En la escuela de Salamanca, por ejemplo, á que él pertenecía, su maestro Meléndez, su gran amigo Quintana, Cienfuegos, el coronel Cadalso, rebosaban de las mismas ideas y resabios. Lo que distingue á Somoza es la singular aplicación práctica que halló para sí mismo de todas estas doctrinas generales.

Enhorabuena se alabe Somoza y le alabe su amigo Quintana del holocausto que supo hacer en ocasiones repetidas, en las aras del bien público, de su tranquilidad y de sus comodidades. Algo hemos dicho de esto, al pasar, en la parte primera de este estudio. Es indudable, no obstante, que el espíritu de sacrificio y de abnegación entró por poco en su concepto y plan de la vida. En 1811, cuando contaba treinta años de edad, escribía los tercetos de su epístola *A un amigo disgustado del mundo*, que son todo un programa:

«Por más que sople favorable el viento,
de hoy más entró en bahía mi navío
y yo á la orilla de la mar me siento

. . . .

Y ya que con pellejo hemos salido,
guardarle quiero verde desde hoy mismo
y para lo del mundo me despido.
Acúsenme en buen hora de egoismo,
treta que á más de un alma novatona
hacer puede volar al heroismo.

. . . .

Tiempo es de apeonar; me agaché al suelo
cauto, y el pico entre el alón metiendo,
me acurruqué en el nido y truene el cielo.»

Así empiezan. Es un momento de sinceridad paladina. El mismo poeta no se atreverá después á darlos á la estampa sin grandes correcciones. Crudamente se expone en ellos la doctrina del egoismo individual, que rehusa, calificándolos de *simpleza*, sacrificios al pro común.

Propónese, pues, para en adelante, consagrar sus conatos, en la obscuridad de su retiro, al cultivo de la planta delicada y modesta de su propia felicidad. ¿Y qué es la felicidad? He aquí lo que el poeta pasa á explicar; he aquí lo que pasa á practicar también sin tardanza y practicará hasta el término de sus días; he aquí, finalmente, la cuestión capital y constante de su doctrina y de su apostolado literario, de esa *filosofía práctica* que apuntaba D. Juan Valera como nota característica de Somoza.

La felicidad es, ante todo, la tranquilidad. Las pasiones que conturban el alma son enemigos suyos inconciliables.

Movido por ellas, se lanza el hombre á combates enconados en que no hay sino zozobra y sinsabores. La ambición de honores y de mando, la sed de riquezas, el anhelo de gloria, que pone al que le posee en lucha con la vanidad de sus semejantes, el deseo ardiente y activo del bien público, son estorbos para la dicha. También, por distinta causa, el hombre que tiene que bregar para abrirse paso y ha de postergar á otros mientras él sube, está excluído de la felicidad. La felicidad no se halla sino al fin de la *senda escondida* que indicó Fr. Luis de León, en la *aurea mediócritas* de Horacio, en la vida fácil y ociosa, en la salud, en la higiene, en la paz con los demás y consigo mismo.

Mas no basta con esto. La vida es desolada y vacía, si no se emplea en algo y si no se propone un fin. Es imprescindible, para llenarla, buscarse una labor placentera y sana, que recree y que no consuma; al contrario, que fortalezca y aliente para lo por venir, que dé titulos al aprecio de los otros hombres y eleve sobre el nivel de la muchedumbre al que la ejercita. Sin obligación, sin apremio, en las horas gratas, el cultivo de las facultades por medio de las ciencias y de las artes tiene estas ventajas y estos atractivos. Somoza es apóstol decidido de la cultura por esta causa. Canta sus alabanzas en verso y en prosa; la recomienda incesantemente con el ejemplo y con el consejo. Complácese en fomentarla en el seno de su familia. En el pequeño círculo femenino de que él es jefe, formado por su hermana, por sus sobrinas y por las hijas de D. Toribio Núñez, se cultivan el dibujo y la música, se leen buenos autores, se hacen versos, se representan comedias, se discuten familiarmente proposiciones sencillas de filosofía y de moral que entretienen y á la vez ilustran. Confiesa el poeta, por su parte, al fin de su vida, que en el curso tranquilo de ella «la poesía, la música y la pintura le han tenido en el paraíso.»

El complemento último de la felicidad es la beneficencia. Hacer bien y hacerle de balde, «no por deber, no por miedo, no por ostentación, sino por inclinación y por gusto, como gusta el ambiente de la primavera, como gusta ponerse ropa limpia» (son sus palabras), es fuente de goces íntimos que no debe despreciar el hombre discreto. El egois-

mo exclusivista es malsano; propende al aislamiento y á la misantropía. La simpatía humana es arrimo y sostén moral en la vida, estímulo y á la vez premio de nuestros actos. Por eso dice Somoza en su epístola ya citada:

«Tal es el vulgo y de él escarmentado,
no por eso, misántropo insociable,
á la beneficencia he renunciado,
virtud que, para el hombre razonable,
es (de la ingratitud en la certeza)
aforismo de higiene saludable.»

En sus rasgos capitales, tal es la doctrina de Somoza sobre la felicidad. Añádase la vida del campo, el encanto que tiene para el poeta la bella Naturaleza de su país, donde «no hay una sombra, un soplo de aire, un ruido de hojas ó de aguas que no sepa entender y apreciar.» Esta doctrina se halla como difusa por todas sus obras, pero principalmente se condensa en sus dos epístolas *Sobre la felicidad* y *A un amigo disgustado del mundo* y en su artículo que intitula *Una mirada en redondo á los sesenta y dos años*. Por lo que él mismo nos cuenta en su biografía, podemos apreciar cuán bien supo ponerla en práctica. Eludir todo cargo, todo deber legal, hasta el matrimonio, guardar su libertad obstinadamente y el retiro de su rincón y el dulce vagar que le permitiera entregarse á sus lecturas, á sus ejercicios literarios y artísticos, á sus tranquilos paseos á la Pesqueruela y al Berrocal; rodearse dentro de casa de personas amables, colmándolas generosamente de dones y de bondad; extender en derredor largamente, aunque sin esfuerzo, atenciones y beneficios; cultivar buenas amistades, distinguidas, provechosas y gratas, tal fué su labor en la vida. Ella le pinta de arriba á abajo. Lo que más la ennoblece á nuestros ojos es la convicción y el candor con que predicaba el poeta en todo momento sus máximas esenciales. El pensaba haber puesto mano en la piedra filosofal y procuraba comunicar á los hombres el importante secreto.

Está lejos de nuestro intento detenernos á hacer la crítica de esta doctrina sobre la felicidad profesada por Somoza. Tal vez es buena para los que nacen mayorazgos ó son,

por lo menos, ricos é independientes. No deja de ser en el fondo muy española: Fray Luis de León en su oda *A la vida retirada* y Andrada en la *Epístola Moral* proponen un programa muy semejante á éste. En pasajes distintos de sus obras la expone el P. Feijóo con más copia de erudición y más esfuerzo de análisis, y singularmente en su discurso *De humilde y alta fortuna*. Sin embargo, la fuente inmediata de las ideas de Somoza está fuera de nuestra patria. Es un librito pequeño: unas cuantas hojas. Se intitula *Du Bonheur;* es de Fontenelle. Por todas partes, en los escritos de Somoza, se hallan diseminadas las sentencias de este librito. Su epístola *Sobre la felicidad* es como un resumen de las más substanciales y sencillas.

Fontenelle y Somoza tienen, así por su temperamento como por su ingenio, puntos de semejanza indudables y no deja de ser curioso que el frío y elegante escritor normando viniese á sacar en Piedrahita un discípulo y un imitador tan aventajado. Profesaron ambos muy sabiamente sus doctrinas de tranquilidad y moderación. Si el maestro llegó á cién años y el discípulo no, á todo podrá achacarse menos á falta de buen sistema de vida en nuestro compatriota. Ambos se distinguieron como escritores por su ninguna imaginación, por la frialdad de sus temperamentos literarios, por su curiosidad de *dilettanti* en orden á teoremas y adelantos científicos, por la claridad en el exponer, por la amenidad del estilo. Y aunque se admita influencia del francés sobre el español, hay que admitir también coincidencia en inclinaciones y facultades. La huella literaria de Fontenelle es visible muy pocas veces en los escritos de Somoza, si se pone aparte su tratadito *Du Bonheur*. En la *Conversación sobre la Eternidad* de Somoza con su hermana, hay un eco de los coloquios con la marquesa del libro de Fontenelle *Entretiens sur la pluralité des mondes*. La doctrina de este tratado se resume en la oda *A Fr. Luis de León*. No hemos hallado más reminiscencias y tal vez no las hay. Somoza, por otra parte, no era hombre de un solo libro ni de un solo autor. Conocía especialmente muchos escritores franceses del siglo XVIII y vivía un poco, gracias á ellos, en un medio intelectual semejante al que Fontenelle frecuentaba con su persona.

La obra literaria de Somoza es fiel espejo de su alma y de su vida. Como siempre escribió por gusto y nunca por profesión ó por compromiso, los asuntos, las ideas, el tono, todo es allí genuíno; salen natural, reposadamente, de un rico fondo de cultura y de reflexión en que se nutre incesantemente el espíritu del autor. Todos sus escritos, aun los más largos, pueden considerarse fragmentos de una sola conversación familiar que entretuvo dichosamente su vida. La impresión que nos queda de ellos es que el hombre valió más que sus obras.

Para la edición que presentamos hemos hecho una clasificación de los artículos en prosa de Somoza, siguiendo un criterio externo, en autobiográficos, históricos, de costumbres, de crítica literaria y filosóficos y morales. Si hubiéramos atendido á su mérito literario, los hubiéramos dividido en dos clases tan sólo: hubiéramos colocado en la una los más breves, esas impresiones fugaces que consigna el autor sobre personas ó cosas que personalmente conoció, ó bien sobre actos ó coloquios en que tomó parte; en la otra hubiéramos puesto los artículos largos, compuestos sobre fuentes escritas. Estarían en la primera: *Una mirada en redondo á los 62 años*, *Mi primera sensación benéfica*, *El risco de la Pesqueruela*, *Memorias de Piedrahita*, *La Justicia en el siglo pasado*, *Usos, trajes y modales del siglo XVIII*, *La Duquesa de Alba y Fr. Basilio*, *El retrato de Pedro Romero*, *El Padre Daniel*, *Conversación sobre la Eternidad*, *La oropéndola en la fuente de la dehesa de la Mora*, etcétera, etc.; y en la segunda: *El bautismo de Mudarra, El Purgatorio, El Capón, Conversación entre Cervantes y Shakespeare* y *Carta sobre el duelo.* Entre los primeros los hay deliciosos; los segundos valen mucho menos.

Los artículos buenos de Somoza son breves, porque el aliento del escritor es corto. Se enciende su inspiración de improviso con el recuerdo de una escena apacible, de un rasgo de carácter, de una anécdota, de una fiesta; la luz brilla por corto rato en su mente, luego se apaga, y una vez muerta, jamás volverá á lucir sobre aquel asunto. Lo que pudo hacer el poeta aprovechando el rápido resplandor, hecho queda; pero no pasará de allí por años que co-

rran. En muchos de sus artículos, al publicarlos, puso á continuación de sus títulos respectivos: «fragmento». Quiso, sin duda, dar á entender que su plan literario era más extenso. Nótese que son los más bellos de sus retazos; nótese que jamás se extendieron ya en una letra. Allí la inspiración tiene la intensidad de un momento lírico; tiene también su condición fugitiva, sin retorno.

Los buenos artículos de Somoza son sobre cosas que pasaron en su presencia, ó bien entre gentes y en sitios de su más personal y directo conocimiento, porque Somoza no tiene imaginación absolutamente. La realidad se lo ha de dar todo: los personajes y la acción, el ambiente y los pormenores, la fecha, el sitio y los nombres propios. Otros ingenios contemporáneos trazaron, como él, cuadros de costumbres; mas procedieron de otra manera. De elementos reales, aportados por la observación, componían imaginarias escenas ó narraciones; buscaban la verdad literaria, desdeñando la histórica. Somoza, para alcanzar aquélla, busca ésta también. Anécdotas verídicas son elevadas por él á la categoría de cuadritos de género. «En la noche de año nuevo de éste, 1840, quiso mi hermana cenar á la mesa su sopa y su ensalada de apio, y mientras de sobremesa fumaba yo mi cigarro, la hablé del nuevo juez que había venido, etc.» Así empieza *La Justicia en el siglo pasado;* en este estilo sigue hasta el fin. En su artículo *Las funciones patrióticas en un pueblo de Castilla en 1835,* ni un nombre propio, ni un pormenor descriptivo, ni un dicho de los que allí se ponen en boca de las distintas personas que se enumeran tienen aire de estar imaginados con libertad en la intención de dar alcance ó profundidad ó verdad poética á la pintura. Están trasladados sencillamente del natural, tales como Somoza los vió y los oyó en aquella ocasión ó en otra. Existió el cabo Barra; existió con su nombre y con su apodo la tía Tomasa, *la Conejera;* la puerta y el mesón del Triste existieron igualmente en Piedrahita, y en medio de la plaza mayor, en el mismo pueblo, había y hay aún «una abundante fuente que arroja el agua desde una taza, copa ó urna de granito, colocada sobre una columna estriada, y vierte en un pilón profundo, espacioso y siempre

lleno». En este espíritu de estricta y puntual verdad están trazados los cuadros de Somoza. Deben á esto su gran encanto, una originalidad relevante en su sencillez y un interés no pequeño para el curioso de las costumbres de su tiempo. Revelan una disciplina de facultades en el estudio y traslado del mundo real, muy rara entonces entre nosotros. Si hubiéramos de ponerles defectos á estos artículos, notaríamos solamente en algunos de ellos la nota sentimental demasiado buscada y estudiada. *Sensibilidad* del siglo XVIII. Pero muchos hay que se libran también de esta tacha. Y esos cuentecitos, por desgracia muy pocos y muy breves, escritos para los niños, de intención educadora y moral, como *Lección marcial, El pundonor*, ¿no son en su género modelos? ¿Qué se podrá pedir al que se intitula *La oropéndola en la fuente de la dehesa de la Mora*? Es sencillo, delicado, gracioso; la ejecución literaria impecable; la moralidad transparente, llana y profunda. Corto, muy corto, pero primoroso y de precio.

Tanto como hemos dicho en elogio de estos cuadritos breves, miniaturas de raro mérito, tanto diremos ahora en anatema de las narraciones históricas largas del autor. Puede pasar Somoza en cualquiera parte por hombre culto; sus lecturas eran muy varias y habían abierto por todos lados á su inteligencia y á su corazón horizontes extensos. Su curiosidad se había dilatado en muchas direcciones. Era enciclopedista en el sentido genuino del vocablo. Mas en ningún ramo de los conocimientos humanos era maestro. En historia, como en filosofía, no pasaba de aficionado. Su erudición reducida y de segunda ó tercera mano no daba base para reconstrucciones poéticas del pasado, y á esto se añade que la imaginación le faltaba. De trazarse una acción novelesca, de infundir pasiones y vida á un personaje histórico, de animar una escena, de resucitar un medio social que no hubiese él respirado, era perfectamente incapaz. Lo demostró en *El bautismo de Mudarra;* lo volvió á demostrar en *El Capón*. Es difícil leer nada más glacial ni descolorido que estas *novelas*. Acción sin interés, personajes sin bulto ni carácter, escenas sin verosimilitud y sin vida, diálogos sin verdad, sin viveza, sin arte: he aquí las narracio-

nes históricas que nos dejó Somoza. Ofreció en ellas al público el modelo abstracto del hombre instruído, virtuoso, sensible y benéfico, tal como él le entendía y le veneraba. Contra toda oportunidad, contra todo sentido histórico, encarnó ese tipo en Mudarra, un moro de la Edad Media, un guerrero y un niño. Él, el *vengador* de nuestra más sangrienta y ruda epopeya, viene de Córdoba á Salas herborizando, estudiando la composición de las rocas, calculando las distancias á las estrellas fijas, trazando proyectos de paz universal. Aristóteles vestido de abate, con zapatos de hebilla y con alzacuello, como cuentan que salía en cierta comedia, en tiempos de Máiquez, dirigiendo la niñez de Alejandro, no era de una impropiedad más chocante.

La nulidad de Somoza para la narración histórica se prueba hasta la evidencia con su *argumento de novela* que tituló *El Purgatorio*. El asunto que propone es estéril y extravagante; el argumento ¿quién le vió? Una escena de caza, una comilona terminada en orgía, la descripción de un castillo gótico y la aparición de un difunto podrán ser cuatro bellos trozos de prosa; pero solos y yuxtapuestos no hacen novela. No sólo á ejecutarle, pero ni á trazar en líneas generales un bosquejo racional de novela llegó Somoza; ni se dió cuenta siquiera de que, si algo se echa de menos en su *argumento de novela* que propone, es cabalmente novela y argumento.

Por la calidad de su prosa, por el manejo de la lengua que escribe y la posesión de un estilo personal y cultísimo, Somoza debe contarse entre los mayores maestros de bien hablar de su tiempo. Tomó de los autores franceses, que tanto frecuentaba y sentía, las cualidades esenciales de su manera. Esto lo hicieron muchos entre los literatos de aquella generación por quien Quintana dice: «Comíamos, vestíamos, bailábamos y pensábamos á la francesa». Mas entre todos se distinguió Somoza, porque, siendo el que penetró más á fondo en el espíritu de la moderna prosa de la nación vecina, guardó, no obstante, los fueros gramaticales del español, y no enturbió la riqueza del diccionario. Tomó de los franceses la claridad de la exposición, esa arquitectura perfecta de la obra literaria que ordena menudamente las pro-

posiciones en el discurso, los párrafos en la proposición, los puntos, las frases, las oraciones y las palabras. Llevó á la lengua escrita la llaneza y la sencillez de la lengua hablada. Usó de frases breves yuxtapuestas, no incisas. Economizó las partículas, que retardan y debilitan la marcha del pensamiento. Redujo las palabras á las justas en cada oración; cuidó de la precisión del vocablo; buscó con afán constante la cadencia musical del período. La prolija labor que muchos de estos retales, tan modestos en la apariencia, costaron al autor, le aprecia solamente el que ha estudiado sus manuscritos, llenos de tachaduras y enmiendas. Paciente cincelador de frases, al modo de su contemporáneo Paul Louis Courier, llenó de versos, como este célebre *pamphletaire*, sus más bellos trozos. Véase este pasaje, por ejemplo, en el cual subrayamos los octosílabos:

«*Esta oropéndola, dije* | *se ha de volver á llevar* | *esta tarde á la dehesa* | de la Mora, donde hay aquella fuente.—*Sí, señor, interrumpieron* | de la mora encantada | *que la noche de San Juan* | *sale á peinarse á la luna.* | *Esta fábula, les dije,* | no es tan entretenida, ni con mucho, como la que voy á referir á ustedes. | *No era la mora encantada* | *sino encantadora y maga,* | y sólo dicen que se aparecía á los que se miraban en la fuente. Así es que | *los pastores y aldeanos* | *se guardaban de acercarse;* | *solo una pobre muchacha,* | *la más boba del contorno,* | *obligada de la sed* | *y ostigada del calor* | tuvo un día la temeridad de penetrar en aquellas deliciosas sombras y arrojarse de pecho á beber en aquellas frescas aguas. Miró en el terso espejo de la fuente y vió ¡qué portento! | *una angélica hermosura* | *de sonrisa irresistible,* | *y cuyos negros cabellos* | ondeaban en torno de un semblante | *y de un cuello de alabastro.*»

Así se esclavizaba el autor á las exigencias de su oído; así contaba su prosa por sílabas. Así también, mediante el trabajo y el estudio, llegaba á obtener en sus escritos la naturalidad seductora, que es el éxito supremo del esfuerzo y del arte. Rara prenda en aquel período de romanticismo turbulento en que escribía. Que entonces, poco menos que en los tiempos de Fr. Gerundio, se desmandó la prosa española fuera de todo cánon de sencillez y buen gusto. Hiper-

bólica, hueca, redundante, abusando de un vocabulario vago y abstracto, amontonando frases vacías, colores incongruentes, adjetivos y signos ortográficos, pretendía fascinar al lector, manejada por autores sin talento ni preparación literaria. ¡Qué raros á la sazón en España los escritores con estilo!

Pasemos á considerar al poeta. Si los versos no son el mayor título de Somoza á la estimación de la posteridad—que en esto podrá haber opiniones—son hasta hoy los que más le han dado á conocer. A juzgar por la cantidad, es en verdad más considerable su obra en verso que su obra en prosa, y á esto se añade que sus poesías se han visto juntas, gracias al marqués de Valmar, y no sus narraciones y sus artículos. La edición de 1842 ha corrido tan poco, que no debe tomarse en cuenta.

Hombre de naturaleza tan fría como Somoza, de imaginación sin vigor, educado además en la literatura del siglo XVIII, prosáica y analítica, no prometía elevarse á grandes alturas en las alas del númen lírico. No se elevó, con efecto. No figura siquiera en la primera fila de los poetas de su escuela y de su tiempo. El arranque inicial, la ambición y la fuerza le faltaban. Cultura, discreción, ingenio: tales eran sus dotes. Modestas como eran, acertó á hacerse con ellas un lugar distinguido entre los cultivadores de la poesía, un sitio aparte, con personalidad, con estilo propio, que no tuvieron en tanto grado poetas contemporáneos suyos, superiores por otros conceptos á él. Estuvo su nota distintiva en sus ideas filosóficas extensas y modernas, en un fondo austero y llano de su temperamento intelectual y poético, en la serena templanza de su carácter, en la sencillez y tersura de su expresión literaria. Ni heroico como Quintana, ni muelle como Meléndez, ni frívolo como Lobo y sus secuaces, ni hosco y áspero como Forner. Sus versos reflejan, por el contrario, un espíritu lúcido y seco, una vida de calma y meditación, un corazón optimista, alentado, alegre; bien que sensible y blando al dolor, no fácil á la concentración amarga ni á la queja.

Entre lo mejor y más característico de Somoza, contamos sus dos odas: *A fray Luis de León* y *El sepulcro de*

mi hermano, ambas en liras y en el estilo del gran vate salmantino. Contestando en cierta manera á la oda de León *A Felipe Ruiz*, Somoza se eleva á una descripción de la arquitectura dinámica del cielo, siguiendo el sistema copernicano. La fe viva y la llama de amor divino que encienden las estrofas de la oda leoniana, truécalas nuestro poeta en fría y serena contemplación de un infinito mudo é impersonal, que gira grandiosamente, silencioso y eterno, sobre nuestras frentes. La ciencia, sucediendo á la fe, comienza á levantar el velo que todo se lo ocultaba á fray Luis. Bien vemos á su luz—harto mejor que el humilde fraile—nuestra pequeñez y nuestra miseria. Nos suspende tanta grandeza, nos anonada, ¿y qué esperanza nos deja?

Somoza no era materialista. Como todos los organismos sanos y felices, era de un optimismo imperturbable que había erigido en doctrina. Creía en la bondad de la Naturaleza, que conduce á los seres todos, mediante leyes indeclinables, «al bien por el placer». No profesaba religión positiva; pero se había adjudicado la eternidad y pensaba disfrutarla adecuadamente alzándose de estrella en estrella y de perfección en perfección. Son repetidos los pasajes de sus obras en que afirma esta creencia; el principal y más largo se halla en la *Conversación sobre la eternidad*. «Como vemos que nada se aniquila—dice á su hermana—debemos inferir la eternidad, aun cuando ni Leucipo, ni Demócrito, ni Newton nos lo hubieran enseñado». Aduce en su apoyo un largo texto del alemán Carlos Bonet en su *Palingenesia*. Concluye diciendo: «Y sobre todo, hermana, lo consolador, lo bueno y lo indudable, es que tenemos por nuestra á toda la Eternidad.

«¿Y es del hombre la cuna
y el féretro este mundo limitado?
¿Vivir en forma alguna
de globo en globo alzado,
de perfección en perfección no es dado?
Sí; que alternando un día
con cuantos tienen en la luz su asiento,
la inmensa gerarquía
del bien recorrer cuento
y eterna escala ve el entendimiento.»

Tal es la terminación de su oda *A fray Luis de León*, muy semejante por cierto al final de la otra que hemos citado: *El sepulcro de mi hermano*. Esta aspiración á una eternidad de delicias intelectuales, recorriendo la extensión infinita de los mundos, es un punto capital de la lírica de Somoza. Afecta al fondo de sus convicciones más caras y más persistentes. Si no basta á comunicar á sus versos calor y arrebato, préstales elevación y nobleza cuando menos.

Es chocante á primera vista que un hombre que amaba el campo, como Somoza, con afecto vivo y constante, bien probado en el curso de su larga vida, no tuviera un sentimiento de la Naturaleza más comunicativo y ardiente que el que puso en sus poesías. «El campo—dice él mismo—ha sido y es mi íntimo amigo, y así no hay una sombra, un soplo de aire, un ruido de hojas ó de aguas que yo no sepa entender y apreciar.» Así se lo creemos sobre la fe de su palabra y sobre la del adagio que enseña que «obras son amores.» Si sólo conociéramos sus poesías, no hubiéramos inducido de ellas ciertamente esta inclinación acendrada. Falta en aquellas toda representación vigorosa y fresca de las bellezas ó atractivos de la Naturaleza; no hay variedad ni fuerza de sensaciones; no hay observación delicada; mucho menos éxtasis ó arrebatos de amante. Ni nunca es siquiera la Naturaleza en sus versos asunto principal. Es ilustración pintoresca; es adorno; es lugar común de comparaciones; es medio de demostración y de prueba. El fondo del asunto le hace siempre algún elogio abstracto del bien ó de la virtud, como se ve en las composiciones *A la cascada de la Pesqueruela* y *A la laguna de Gredos*. Y acontece que, llevado de su tesis, deforma el poeta caprichosamente los objetos naturales que celebra. Quien ha visto el ameno y grato rincón de la Pesqueruela, en que un hilo de agua mansísimo, deslizándose entre peñascos, forma lo que él llama cascada, se admira de la pintura que hace de ésta Somoza. Allí en verdad no hay lago, ni estruendo, ni cieno, ni género alguno de abismo; ni allí puede emboscarse el lobo entre los espinos; ni la fuente que nace al pie de la peña se alimenta de otra agua que de la que baja saltando de la cima. Todo es un embuste amañado y torpe. La belleza, la

verdad, el encanto de una risueña y graciosa Naturaleza se han sacrificado en el potro de la tortura á una moralidad fría y prosaica.

Sabemos bien que esta ausencia del sentimiento de la Naturaleza es común á casi todos los poetas del siglo XVIII, y asímismo este afán de filosofar y moralizar en verso. Pero Somoza conocía á Rousseau y á Chateaubriand, fue testigo de todo el movimiento romántico que transformó la literatura, abriendo de nuevo las fuentes cegadas de la poesía; ¿cómo permaneció insensible á estas influencias? Meléndez, su maestro, poeta es del siglo XVIII; Meléndez componía sus versos en Salamanca, en la calle de Sordolodo, al estruendo desapacible de muchas herrerías, y sus cantares tienen fragancia de tomillo y de hierbabuena. Somoza, habitante de la sierra fresca y agreste, oreado de sus libres perfumes, campesino de corazón, no halló un acento de poesía en aquella Naturaleza que tanto amaba. Contraste digno de nota.

A la Naturaleza se la busca en vano en los versos de Somoza; ¿puede pensarse que le ocurra al amor lo mismo, á este otro venero nunca agotado de inspiración? Diremos también algo sobre este punto. Las pasiones de la juventud del poeta, si las hubo, no dejaron en sus escritos huella sensible. Echanse en falta sinceridad y calor de afectos lo mismo en sus madrigales que en su soneto que empieza: «La luna cuando duermes te acompaña», que es el mejor de los que escribió. La canción *A Lesbia* es una imitación de Catulo. Todos estos son ejercicios de composición primorosos, de una perfección lapidaria: bellos, fríos y acicalados, como amorcillos esculpidos en mármol. Es de otro estilo su canción *A una desdeñosa*. De ésta juzgó D. Sinibaldo de Mas, tal vez con acierto, que era la más original poesía de nuestro vate.

Fué desdicha de D. José Somoza—ó fortuna si se quiere—que el amor se acordase de él en la tarde de la existencia y no en la ardiente mañana. No era un anciano, como dice D. Benito Vicens, pero contaba cincuenta años al menos cuando se halló cogido en aquellos lazos temibles que no respetan á hombres ni á dioses. D.ª María del Acebal de Arratia, según dijimos arriba, fué ocasión de tan fiero tran-

ce. Con sus gracias le robó el albedrío; luego le puso á distancia con sus tibiezas. Somoza recibió el contratiempo como hombre de mundo, con la sonrisa y la lisonja en los labios. La filosofía que profesaba le brindó la disculpa y á la vez el consuelo de su error. Sugirióle paradojas sutiles, en que tomase indemnización del fracaso. Intervino festivamente el numen poético, y he aquí la canción *A una desdeñosa.*

Pasión ¿cómo ostentarla en tal coyuntura? Se recata vergonzante y medrosa, protegiéndose del ingenio; resignada y modesta, como alguien que no ha llegado á su hora. Halaga sin exigir y casi sin mostrarse presente. Puesto que no ha de convencer, divierte, que es lo que le queda. Deja en su sitio la gravedad de las canas del poeta con la actitud retenida y amable en que se produce.

Discreta composición; discurso de hombre galante, que sabe efectuar una retirada garbosamente, con orden y con gracia. Y nada más. ¿Ni qué languidez ó ímpetu de afecciones sería del caso pedirle á un campesino filósofo, y filósofo del siglo XVIII, y discípulo de Fontenelle, que se roza con los cincuenta años de su vida?

Así, pues, nunca tampoco la pasión amorosa se dió curso franco en los versos de este poeta. Échese la culpa al ambiente literario en que se encerró, ó á su tranquilo temperamento, ó tal vez á su carácter cauto y reservado; á cierta timidez pudorosa de campesino, que oculta como flaquezas sus afectos íntimos y sinceros, temeroso de una sonrisa.

En efecto; no obstante lo que pueda pensarse de algunas composiciones que se incluyen en este tomo, libres ó maliciosas más de la cuenta, traducidas ú originales, Somoza era un espíritu austero naturalmente y en cierta manera pudibundo. Estas licencias á que aludimos significan muy poco en autor del siglo XVIII. Quedan, por de contado, á distancia larga de las de Samaniego, Moratín, Meléndez, Iriarte y D. Juan Nicasio Gallego, que sólo pueden correr en libros clandestinos. Del amor daba en cara principalmente á nuestro poeta el aspecto ridículo. Véase este pasaje, bien expresivo, de la *Conversación sobre la eternidad.* Habla el autor con su hermana:

«*Ella.*— Hombre, ahora que se me ocurre, en esos otros mundos más perfectos ¿habrá también, como por acá, eso que llaman amor? Porque va á ser un embrollo y un rabiadero continuo.

Yo.—Hablándote formal, siempre he creído que no ha de haber sexos.

Ella.—Siempre acá me ha parecido una cosa como algo burlesca, y que da un aire ridículo á los actos más graves y solemnes de la Naturaleza.»

Aunque puesta en boca de su hermana, no hay duda que la sentencia pertenece al autor y el sentir que ésta supone en orden á las relaciones entre los sexos. Encogimiento y pudor un poco rústicos, muy propios de los campos y de los lugares pequeños. No es cosa de insistir mucho en la influencia que pudieron tener en la lírica erótica de Somoza; mas no juzgamos vana del todo la observación.

Más sentidos y profundos acentos que el amor propiamente tal, arrancó á la lira de nuestro vate la afección paternal, honra de sus canas, que consagró á su ahijada Cecilia Núñez. Hablamos de esta muchacha con detención en la parte primera de nuestro estudio. Somoza había dirigido su educación; habíala formado según sus principios, en el amor de sus ideales de arte y de filantropía. Era para el viejo filósofo el tesoro de su ternura y de sus desvelos; era su hechura moral, su descendencia del corazón, la esperanza para sus últimos años. Honda y acerba herida le produjo su muerte, de que tardó largo tiempo en convalecer. Y en los versos que escribió á su memoria se halla lo que en vano se buscará por todos los demás que compuso: sentimiento, amargura, verdad de afectos. Estas quintillas, valgan lo que valieren como obra de arte, son peregrinas entre todas las obras líricas de Somoza:

«Como niebla perezosa,
al roble en invierno asida,
era mi vida enojosa,
hasta que alumbró mi vida
una mirada piadosa.
¡Oh bendecido momento,
de cuyo pasado encanto

el dulce estremecimiento
queda, y suspiros y llanto
me dicen que vivo y siento!
Recuerdos son mi existencia
de aquella fugaz ventura,
de aquel vivir en presencia
de discreción, de hermosura,
de virtud y de inocencia.
. . . .
¡Ay, aquel ser destinado
á infundir virtud y aliento,
desapareció antes que el hado,
mi ser, mi amor y mi acento
haya hundido en lo pasado!»

La poesía festiva y salpimentada cuadraba mejor que otra alguna al carácter de D. José Somoza y á la naturaleza de su ingenio. Esta fué su especialidad. En ella, entre tantos poetas agudos y primorosos como produjo el siglo XVIII, no desmereció de ninguno. *La sed de agua* puede dar testimonio y el epitalamio *A una novia en el día de su boda*, sazonados con sal picante. Su obra más perfecta en este género es quizá la *Renuncia de un sabio del Oriente en la corte del Mogol*. Don Tomás de Iriarte no hubiera cincelado con más gracia y más pulcritud estas esculturales estancias sobre asunto tan escabroso. Se advierte en ellas la influencia de los poetas italianos. El abate Casti, con sus pequeñas narraciones poéticas licenciosas, no andaba lejos de la mente de nuestro vate. La traducción, ó más bien imitación del cuento de Yocondo y el rey Astolfo de Ariosto, es un modelo en su género. Abrevió Somoza no poco el original y le alivió de inútiles pormenores lascivos. Conservó lo substancial: el arte y el donaire.

Pasemos por alto el teatro. ¿Puede siquiera afirmarse en serio que Somoza cultivase el teatro? *La minuta de comedia*, *Los facciosos en Castilla*, *Un alcalde de este año* y *El ayunque de las ciencias* (que solamente está comenzado) no son intentos formales de composiciones dramáticas; son chocarrerías ó juegos literarios con que el poeta divertía sus largos ocios del pueblo. Al buen sonar de las redondi-

llas, cuando estaba de este talante, sacrificaba caracteres, acción y moralidad de la pieza. Un chiste que le ocurría decidía del rumbo de las escenas. *Los facciosos en Castilla* es imitación de las parodias de D. Ramón de la Cruz, tales como *El Buñuelo*, *El marido sofocado* y *El Manolo;* pero tiene muy poca gracia. Las traducciones valen más. La de la *Hecira* de Terencio está hecha con discreción y buen gusto; no con tanto cuidado la del *Temístocles* del abad Metastasio; las dos bastante abreviadas. El arreglo de la escena del capitán Falstaff y el príncipe heredero, que sacó del *Enrique IV* de Shakespeare, es su esbozo dramático de más mérito. Lo que tradujo está muy bien traducido; lo que añadió no desdice; con muy buen tino se hallan escogidos los trozos y combinados; y el cuadrito resulta. Es acabado en su pequeñez; lo que ya no es, es muy shakespeariano.

Damos fin aquí á nuestro estudio. Más largo nos ha salido de lo que hubimos pensado hacerle y no hemos dicho todo lo que deseáramos. Falta, en particular, á nuestro trabajo—lo sentimos muy vivamente—una información menuda y completa acerca de la persona y vida del autor que nos ha ocupado. Y esto era lo importante tratándose de Somoza; de un hombre que desdeñó la publicidad y aun la fama, que no cuidó de su gloria literaria, que derramó el mejor jugo de su espíritu noble y esclarecido en conversaciones familiares, en cartas privadas, en el círculo breve de su familia y de sus amigos. Apóstol ferviente y modesto de la cultura europea en el duro riñón de la España vieja, su influencia se aprecia poco en la historia de la literatura; fué, no obstante, de las que penetran y perduran en la masa social. Militó en la legión ilustre de los educadores y transformadores de los pueblos; militó de simple soldado por inclinación al silencio y á la paz. Este aspecto de la figura de Somoza no es posible olvidarle. Es el principal, aunque es el menos visible. Autor no lo fué sino accidentalmente y en sus ocios. Fué en cambio constantemente el padre, el maestro, el amigo, el consejero y el amparo de muchos ignorantes y desvalidos. Fué luz brillando en la noche, alumbrando las vías del porvenir.

La labor del humilde pedagogo no es menos provechosa por más obscura que la del sabio que investiga las leyes de las cosas. Y hay pedagogos y pedagogos. ¿Ni qué empleo de la sabiduría más alto ó más augusto que dirigir y encauzar por el buen sendero á los seres que ha puesto la Providencia en torno á nosotros para andar el camino de la vida? Muchos pliegos de versos buenos no son obra más bella. Conviene no fiar de apariencias. En los destinos de un pueblo ó en los del mundo, no pesa más un rey que un obrero, ni un literato adulado por la fama vale más que un buen ciudadano. Todo lo que deslumbra no es oro; mucho yace en la sombra que es inestimable y sin precio. «Imperio del silencio—dice Carlyle—más alto que las estrellas, más profundo que el reino de la muerte! Dispersos viven aquí y allá, cada cual en su provincia, pensando en silencio, trabajando en silencio. Los diarios de la mañana no publican sus nombres... Son la sal de la tierra. El pueblo que no tiene hombres de estos ó que tiene pocos, no va por buen camino. Selva frondosa y verde tal vez, mas sin raíces.»

José R. Lomba y Pedraja.

Madrid. Mayo, 1904.

OBRAS EN PROSA Y VERSO DE D. JOSÉ SOMOZA

PARTE PRIMERA . . .

. . OBRAS EN PROSA

Somoza dedicó á Quintana la colección de los artículos en prosa que publicó en un tomo en 1842, (Madrid, Imp. Ñal.). He aquí sus frases: «Al Señor D. Manuel José Quintana. Dedico á usted este libro para darme honor á mí y para dárselo á usted, haciendo saber al público que dos autores y poetas han sido amigos sinceros y sin interrupción desde la juventud á la vejez. Piedrahita, 10 de Abril de 1842.»

ARTÍCULOS AUTOBIOGRAFICOS

• NOTICIA AUTOBIOGRÁFICA •

Don José Somoza nació en la villa de Piedrahita, provincia de Ávila, en 29 de Octubre de 1781.

Fueron sus padres D. Ignacio de Somoza Carvajal y doña Juana Muñoz Barrientos, los cuales, cuando su hijo llegó á la edad de seis años, fueron á establecerse á Salamanca para estar á la vista de la educación de aquél y de otro hijo mayor que estudiaba la filosofía en aquella Universidad.

Pero ni su virtuosa madre, que murió cuatro años después, ni el desconsolado padre, que le sobrevivió otros seis, pudieron ver fruto alguno de la educación esmerada que habían procurado á D. José Somoza: era desaplicado y aun vicioso; se acompañaba con la gente más perdida, vestía traje de torero, y sus menos culpables pasatiempos eran la esgrima y el juego de pelota: por fortuna no tuvo afición á los naipes, y hoy es el día que no conoce la marcha de ningún juego de cartas, pero había abandonado varias veces la casa paterna y aun corrido algunas ciudades de España en compañía de estudiantes de la Tuna. Nada le había aprovechado un instruído y virtuoso ayo que habían puesto á su lado, nada la sociedad más escogida que se reunía en casa de sus padres, ni la que por el verano traía la Duquesa de Alba al palacio de Piedrahita, y el recto y justo D. Manuel José Quintana, que le había conocido en Salamanca, ha confesado después que estaba persuadido de que perecería

en un cadalso el SOMOZA, á quien él hoy quiere tanto como se ve por la dedicatoria del cuarto tomo de las *Poesías selectas castellanas* (1). La orfandad en que se halló á los diez y seis años, cambió total y repentinamente sus costumbres. Dejó la Universidad, y se vino á vivir con su hermano á la casa paterna en Piedrahita. Se encerró en la escogida librería de su padre, donde, ayudado de lo poco que había aprendido de las lenguas extranjeras, se entregó á la lectura, á la meditación, al verdadero estudio y á la soledad, con tanto ardor y pasión como antes se había dado á los desórdenes.

Así vivió hasta la edad de veinte años, sin que turbase su tranquilidad otro incidente que la célebre causa que la Inquisición formó á los Sres. Cuesta de Ávila, en que le hubieran envuelto sin la actividad y protección de la Duquesa de Alba, que le quería extraordinariamente.

Entonces fué á Madrid y fué bien recibido de los antiguos amigos de su padre, que se complacieron en ver la diferencia y enmienda que había en su carácter y conducta, y no les pareció tan ignorante en las letras ni en las artes como le habían juzgado. Goya aplaudió alguna vez las caricaturas que hacía enredando con el lápiz ó la pluma en su estudio, y el severo Jovellanos soltó alguna vez la risa oyendo las canciones picarescas que cantaba á la guitarra,

---

(1) Merecen consignarse aquí las palabras que emplea Quintana para juzgar á SOMOZA, después de llamarle el discípulo más querido y de mayores dotes, de Meléndez:

«Hay en las sierras y soledades de Piedrahita un hombre que reune al corazón más afectuoso y sensible la razón más fuerte y despejada; que cultiva las Musas y la filosofía con ardor, y es dichoso con ellas, porque las cultiva para su propia felicidad, y no para la fama; que ha sabido despreciar los empleos y los honores por no dejar su retiro, y sacrificar este retiro al servicio público cuando ha sido menester; que sabe contemplar el espectáculo sublime que la naturaleza le presenta en su soledad, y sacar de esta contemplación pensamientos grandes y profundos, sentimientos elevados y generosos, que él expresaría, si quisiera, con la energía de Ossian y con la pluma pintoresca de Thompson.» *(Nota del Marqués de Valmar.)*

porque hacían un contraste singular con el sombrío y melancólico carácter que mostraba SOMOZA en su semblante. Lo que no pareció bien á ninguno fué su obstinada manía de no tomar carrera ni fijarse en Madrid, siendo su única pasión las letras y artes, y que prefiriese el campo un hombre á quien no gustaba ni la caza, ni la pesca, ni la agricultura, ni el manejo de su casa, ni los pleitos y chismes de lugar. Pero él, á pesar de todos, dejó á Madrid y volvió á Piedrahita para continuar viviendo como queda dicho, hasta el año de 1808, primero de la guerra de la Independencia. Entonces tomó las armas, y aunque tuvo que dejarlas pronto por no abandonar á su hermano enfermo y á su hermana viuda, eran tan conocidas sus ideas, que los franceses le atribuyeron la sublevación del país y del regimiento real extranjero, compuesto de suizos al servicio de España, que habían jurado á José, y después en Piedrahita se insurreccionaron, desertándose más de doscientos á Ciudad-Rodrigo. SOMOZA fué presentado al General gobernador de Ávila (el padre de Víctor Hugo), quien al verle herido de un bayonetazo en un muslo (porque en efecto había hecho resistencia), se contentó con exigirle palabra de no tomar las armas ni ausentarse de la provincia, la que cumplió fielmente; mas no por eso dejó de padecer persecuciones, prisiones y multas en toda la serie de la invasión francesa.

Meléndez, que había sido su maestro, y el Conde de Cabarrús, amigo de su padre, se empeñaron en favorecerle con la mejor fe del mundo.

Fué nombrado subprefecto, pero renunció, y el ministro Almenara, en el oficio de admisión de la renuncia, le dice: *Su Majestad espera de ustea que sea en adelante un súbdito tranquilo y obediente á los reales decretos.*

También le habían llamado los amigos que estaban en Cádiz, pero él no se movió del lado de su hermano enfermo, hasta que el Gobierno constitucional vino á Madrid; que entonces hizo un corto viaje á aquella capital.

Nada tuvo que sufrir en la reacción política de 1814, hasta que una carta que le dirigió el arcediano de Ávila, Cuesta, emigrado en París, fué interceptada y presentada á Lozano de Torres, ministro de Fernando el Séptimo. Su casa

fué allanada, sus papeles registrados y él llevado en arresto á Madrid; pero se sobreseyó en la causa por no resultar complicidad alguna de parte de Somoza.

En 1820, restablecido el régimen constitucional, fué nombrado jefe político de Ávila, y aunque renunció, S. M. le repitió la orden de ejercer el destino, al menos hasta que se verificasen las primeras elecciones de diputados á Cortes. Realizadas éstas á los seis meses, repitió la renuncia, y no siendo admitida, se trasladó á Madrid, en donde su dimisión fué al fin aceptada por el ministro Argüelles, que le condecoró, al admitírsela, con la cruz de Carlos III, la cual jamás quiso llevar, diciendo que le era vergonzosa una condecoración dada por un ministro que no tenía ninguna.

Al caer la Constitución en 1823, fué preso y llevado de Piedrahita á la cárcel pública de Ávila, cárcel que él había hecho mejorar siendo jefe político; pero eran tantos los presos cuando él y su hermano entraron, que no les tocó otro albergue que la carbonera del edificio. De allí salieron á los cuatro meses. Su hermano había cegado, y él había contraído un penoso mal de piedra; y no fueron por cierto de los peor librados entre los que salieron de las garras del cura Merino. Otra causa militar le formó posteriormente el general San Juan, de Badajoz, pero tampoco tuvo otras resultas que la de una prisión dilatadísima.

En 1834 fué nombrado procurador á Cortes por Ávila, y en 1836 diputado por la misma para las Constituyentes.

En 1838 no pudo ser senador porque no tenía la renta. Siempre ha vivido soltero, y no porque aborrezca á las mujeres.

Siempre ha estado en compañía de su hermano mayor D. Juan Somoza, que murió en 1829, y desde entonces sigue en la compañía de su hermana D.ª María Antonia, de edad de setenta y tres años. Reside y es vecino en Piedrahita, habitando la casa y el cuarto en que nació, cincuenta y ocho años hace, lo cual tiene él á gran felicidad y mira como prueba de que las revoluciones de este medio siglo no son tan destructoras como las de otros tiempos.

Tiene escrito bastante en verso y prosa, pero sólo se han impreso un cuaderno de poesías en Sevilla, publicado por

D. José Núñez en 1832; otro por D. Manuel Calero, en Madrid, en 1834, y un suplemento á los dos, por el mismo Calero, en 1835. En prosa sólo hay impresas las *Memorias de Piedrahita*, dedicadas á su ahijada D.ª Ramona del Acebal y Arratia, impresas en 1837, y repartidas á sus amigos, lo mismo que la *Carta sobre el duelo*, impresa en el presente año de 1839 (1).

---

(1) Como complemento de las noticias biográficas que anteceden, nos parece oportuno publicar la siguiente carta, de carácter íntimo, que honra las prendas morales de Somoza. A ello nos autorizó la Sra. D.ª Paula del Acebal y Arratia de Huet, á quien fué dirigida:

«*Septiembre* 25, 1847.

»Recibí la del 21, y autorizo á usted y á esos Sres. Pacheco y Masarnau para hacer lo que quieran con mi biografía, bajo la inteligencia de que los hechos son ciertos y hay testigos. Tampoco hay inconveniente en que ustedes añadan (con verdad) acciones que puedan servir de contrapeso á la vida del hombre malo. La primera fué ceder una capellanía de sangre, que yo poseía como segundo hijo, á un sacerdote pobre para que mantuviese á su madre, criada de casa en mi infancia. Otra y mejor, fué salvar la vida y dar asilo oculto en mi casa á un caballero maestrante con quien nuestra familia estaba en pleito y mortal enemistad desde el tiempo de mis padres, y á quien en el año de 1808 buscaba una partida de guerrilla en Piedrahita para asesinarle. (Nota: el abuelo de la Paz García, bien lo sabe ella.) Cuando, por muerte de mi hermano Juan, heredé lo vinculado, repartí entre mis sobrinas la mayor parte de lo libre, que consistía en una cabaña lanar, diciendo á los que lo juzgaban imprudencia, que el querer ser muy rico me parecía tan absurdo como el querer ser muy gordo el que tiene unas carnes regulares.

»Desde 1834, que salí de las cárceles y de las persecuciones, no sólo he perdonado, sino protegido, á todos mis delatores y dañadores, no sólo como alcalde, cuando lo he sido, sino como vecino influyente de Piedrahita, y esto quisiera yo que se estampase para que ellos lo leyesen, que á buen seguro que lo desmienta nadie.

»En fin, si quieren ustedes piropos, no hay más que copiar la dedicatoria del Sr. D. Manuel Quintana. Pero todo esto, en tal caso, no debía ser yo quien se lo dijese á Ochoa en las notas biográficas que me pide... — José Somoza.» *(Nota del Marqués de Valmar.)*

UNA MIRADA EN REDONDO • • A LOS SESENTA Y DOS AÑOS

¿QUÉ he visto? ¿Qué he aprendido? ¿Qué he hecho en este tiempo?

He visto variar de forma los gobiernos, las leyes, las ideas de casi toda la Europa, de la América entera, y del Africa y del Asia desde Argel hasta la China.

He aprendido que los hombres saben lo bastante ya para querer gobernarse, y pensar estar bien; pero no lo suficiente para verificarlo. Que en ciencias y en artes útiles han dado un vuelo asombroso sobre todos los siglos conocidos. Que en costumbres (por lo mismo) mejora la humanidad; que habrá en el mundo menos antropófagos, menos terrenos incultos, menos pantanos infectos, menos bosques desiertos y mares impracticables y desconocidos; menos causas, en fin, de inercia, de ignorancia, de miseria y mal. Viniendo ahora á tratar de lo que he hecho, tendré que extenderme mucho, porque no habiendo hecho nada, quiero dar la razón de no haberlo hecho. A pesar de que mis padres se esmeraron en darme una excelente educación, por cierto, tengo que confesar que les di chasco. Preferí los ejercicios de fuerza y de acción á los intelectuales. Ni aún siquiera gané ningun año cédula de curso en las escuelas públicas, y si me la concedieron, fué por no dar á mi padre pesadumbre. Á estas horas no he tomado ninguna carrera, ni he ejercido ninguna profesión. Quisieron que tomase la eclesiástica, y diéronme capellanías de familia; pero muertos mis padres las cedí. Pensé que para ser clérigo tenía que ser demasiado virtuoso, si había de vivir bienquisto. La ju-

risprudencia me pareció desde luego una ciencia tan oscura y tan incomprensible para mí, que juzgué una indignidad y una insigne mala fe el ponerme á ejercerla.

Una vez me vi tentado á ser negociante en grande, de resultas de una conversación que tuvo con mi padre el Conde de Cabarrús sobre su establecimiento de madera en Holanda. No me disgustaba el ser medio marino, el ser cosmopolita; mas cuando reflexioné que tenía que hacer cuentas, yo, que no he podido aprender la tabla de multiplicar, me negué á ser de los jóvenes empleados en la empresa. La carrera de las armas me deslumbraba á veces, y parecía ser la más conforme á mi vanidad pueril de valentía. Mi entusiasmo por esta cualidad fué tan desde niño, que preguntado por mi madre, á los cinco años, qué deseaba ser, respondí que torero, porque había visto á Romero en la plaza con la espada en la mano recibiendo aplausos, y no sabía yo entonces, como lo supe después, que el bueno del Sr. Pedro estaba pretendiendo renunciar la carrera de la gloria por una plaza de guarda de puertas.

No me deslumbró, por fin, la carrera militar, porque vi en ella luego una alternativa odiosa de obedecer sin pensar ó de mandar sin razón. Por supuesto, el mandar á los hombres me ha parecido siempre el oficio más tonto y más mezquino de la sociedad; sólo el ser indispensable le puede hacer ejercer, pero el mandar en la guerra lo he juzgado un tormento para la honradez.

En tiempos escribí unas reflexiones sobre el heroismo, y referí en ellas, hablando de Escipión, que es de los reputados por más justos y humanos (y literato además, que fué singularidad entre los antiguos héroes), una barbaridad de las que llaman un golpe de Estado. Supo Escipión que en la ciudad de Lucia, á una legua de Numancia, la juventud toda quería ir á auxiliar á los sitiados. Envía tropas para que se apoderen de cuatrocientos jóvenes inermes, y traídos á su presencia, ordena que se les corten las manos derechas. Y era el delito de estos españoles amar la gloria, la libertad, la patria, como Escipión mismo. Hay en la vasta ciencia de hacer mal, cálculos, pensamientos, invenciones más ó menos repugnantes á la humanidad.

El que ideó la guillotina bien pudo ser de corazón humano; pero el que inventó el potro de tormento era un malvado necesariamente. Si la mutilación de cuatrocientas manos inocentes fué un acto necesario al heroismo, ningún hombre de bien puede ser héroe. Ni á los ojos de la razón puede haber tal heroismo, es decir, grandeza y excelencia en virtudes cardinales, sino en guerra defensiva contra una agresión injusta. En Numancia, si hubo héroes, los ha habido en Zaragoza. A los que no reconozco es á los héroes de oficio. Si al meteoro de nuestra era, llamado Napoleón, en medio de sus triunfos y conquistas, todos los habitantes de la tierra le hubieran dicho simultáneamente: *Manda, y déjanos en paz*, estoy en que se hubiera disgustado. Cervantes, en el discurso de las armas y las letras, quiere dar á las primeras la preferencia de gloria, porque el fin de las armas es la paz, que es el mayor beneficio de la sociedad. ¡Ojalá esta solución fuese tan cierta como es ingeniosa! Mas creo que la preeminencia de las armas sobre las letras, y aun sobre la virtud, en el vulgar sentir, consiste en que á la idea de grandeza unimos comunmente la de poder destructor é irresistible. Por este cobarde modo de apreciar la grandeza, el león es el rey de los bosques, el águila el de los aires, y el cetro del supremo Dios del cielo era el rayo vengador. Los griegos alzaron estatuas hasta á los luchadores y las prostitutas, porque la celebridad daba el mérito; mas las virtudes modestas nunca tuvieron la gracia suficiente para ser miradas sobre un pedestal. Aun hoy estamos muy atrasados sobre el particular. Las acciones más grandes, las más útiles, las más difíciles, las del valor pasivo, son poco admiradas, y el perdón de las injurias, el luchar con las pasiones, el vencerse á sí mismo, ¡vive Dios que suponen más valor que el andar al morro con los doce pares!

Concluída esta difusa digresión (que no será la última), vuelvo á tomar el hilo de mi historia y digo: que no sólo se me pasaban los años sin tomar carrera, sino sin tomar estado. Pero esto sí, confieso francamente que era miedo y cobardía. ¡Veía tan pocos matrimonios que me pareciesen envidiables! ¡Veía tan pocos hijos que correspondiesen á la esperanza paterna! Y si todo ha de decirse, veía en mí tan

pocas prendas de las esenciales para ser un buen padre de familia, que nunca me atreví á serlo, más por no hacer desgraciados que por no serlo yo mismo. Además, la época no me fué favorable; á los veinticinco años de mi edad comenzó la guerra de la Independencia, á la que ha seguido la revolución y la guerra civil, y la han acompañado las emigraciones, los destierros, las prisiones, las pérdidas de bienes, que de todo me tocó algo. Si esta disculpa no es satisfactoria, aún tengo otra que dar. Un hermano enfermo, una hermana viuda, sus tres hijas aún sin colocar, formaban un grupo interesante, del que debía ser el centro y el punto de apoyo, por mi edad, por mi salud, por mi independencia misma, y así no quise separar entonces ni mi persona ni mi capital de esta amable compañía. Ella me lo ha agradecido, y el público de mi época también lo ha tenido á bien: prueba de que fué bien hecho. Pero como esta memoria que voy escribiendo debe ser franca y verídica, no quiero dejar de confesar aquí que, aun cuando no hubieran mediado ellos, para mí justos motivos de permanecer soltero, quizá no hubiera mudado de estado. Había yo tomado miedo y aversión al matrimonio porque recordaba el de mi maestro Meléndez, enlazado con una mujer de las que el público no puede juzgar malas y son, á pesar de esto, intolerables. Y vaya otra digresión sobre esta hembra singular que dominó á aquel célebre escritor y causó sus errores y desgracias.

Doña María Anchea de Coca fué de la noble familia de los Maldonados de Salamanca. Tuvo hermosura, y aun gracia hubiera tenido si hubiera estado dotada de mejor carácter. Las mujeres de mal genio necesitan belleza duplicada para no parecer monstruos.

El día en que Meléndez pidió consejo sobre esta boda al festivo Iglesias, al enérgico Cienfuegos y á otros amigos suyos, no tuvo uno de ellos que la aprobase, y cada cual hizo de la futura una descripción en diverso estilo, y á cual menos favorable; pero Meléndez les tapó la boca confesándoles que estaba ya casado de secreto. En efecto, era un enlace bien extravagante el del dulce Meléndez con aquel energúmeno. Demonio encarnado la llamaba su padre D. José de Coca.

¡Y créanme mis jóvenes lectores! de lo que constituye la virtud en su sexo, nada había que tachar; pero ¡qué virtud, Dios mío! altiva, intratable, hostil, como la de algunas damas de Calderón ó Moreto, á cuya lectura ella era muy aficionada. Es probable que jamás se atrevió ningún mortal á decirla un requiebro; mas si lo hubiera osado alguno, no se hubiera librado de una bofetada. Su talento é instrucción los pervertía un juicio estrafalario, y eran tan extremadas sus pasiones, que transformaban en vicios varias de sus buenas prendas. Por economía, ruin; por pundonor, ambiciosa; y por amor conyugal, intolerante y verdugo implacable del pobre hombre, y celosa de cuantos le estimaban, sin distinción de sexo. En vano discurrían los amigos trazas de hablar con Meléndez sin ser perturbados por este demonio íncubo. En vano era elegir horas, en vano subir de puntillas la escalera de su estudio. Decía que su *Monsiurito* era sólo para ella; que sus versos amorosos, para ella los había escrito, y que ella era la mujer del primer hombre de España, el cual debía ser primer ministro. Y lo gracioso del caso era que el buen *Monsiurito* no la desmentía á fe, ni de palabra ni en obras. Pero esta mujer, que fué la única causa de las debilidades de Meléndez, tenía cierta elevación de alma que la hacía honor. Siempre que en la última época se la hacían reflexiones contrarias á sus planes de ambición, decía que en un apuro sabría poner una tienda de aceite y vinagre para que su marido en el cuarto de arriba viviese y escribiese para su ingrata patria. Todo el mundo sabe que después de viuda sólo pensó en la gloria de su esposo. Que logró á duras penas que el gobierno costease la edición de sus obras. Y yo la he visto morir sobre un gergón, en casa de su lacayo, año de 1822, pensando todavía ahorrar para hacer venir á España el cuerpo de su marido, con ánimo por supuesto, de sepultarse con él y que fuese el epitafio:

MELÉNDEZ Y SU MUJER

Ya tendrán curiosidad de saber los lectores (se entiende los que gustaren de que les hable de mí) cuáles han sido las inclinaciones, las ocupaciones y las distracciones mias. Res-

pondo que las de todos los demás, excepto cazar, jugar y pretender. La poesía, música y pintura me han tenido en el paraíso. El campo ha sido y es mi amigo íntimo, y así no hay una sombra, un soplo de aire, un ruido de hojas ó aguas que yo no sepa entender y apreciar. Pero ¡cosa rara! el campo que no es de mi país, no es comprensible para mí, ni me da casi placer. En cuanto á ocupaciones económicas, mi capital, como el de mis hermanos, poca administración ha necesitado, como que ha consistido en ganados y rentas: mi buen hermano cuidó de él mientras vivió, y mi hermana ha tenido la misma bondad. Hasta ahora siempre he tenido personas que se interesen por mis bienes mejor que yo mismo. Codicia no he tenido todavía, ni tampoco he caído en el vicio contrario de apetecer para dar. Tuve ocasión, por fortuna, de convencerme con tiempo de que la enfermedad de la beneficencia llega á hacer la desgracia de mucha gente buena. La Duquesa de Alba la padecía, y era preciso ocultarla el dinero, como á los hidrópicos el cántaro del agua. No tenía fuerza bastante para reflexionar que todo el oro del mundo es insuficiente contra la multitud de males y calamidades que es preciso ver ú oir, y que no es con el oro solamente con lo que se pueden hacer beneficios. Una mirada, un saludo, una sonrisa, una lágrima suelen ser de un valor infinito en ocasiones. Conocí aquí á un buen hombre, el tío Morón, que no habría dado, ni podido dar nunca, una peseta, y era el emblema de la beneficencia, y me atrevo á asegurar que gozaba más que yo los placeres de ejercerla. Siempre que me le encontraba iba haciendo algún bien; ya cerrando una angarilla que se dejaron abierta, ya dirigiendo el agua al huerto de una viuda que estaba enferma, ya antecogiendo las reses que estaban haciendo daño en un sembrado, ya con un niño en los brazos que se había extraviado. Un día le ví venir por un arroyo arriba con unas telas al hombro, mientras que una jovencita corría hacia él llorando y repitiendo: «¡Dios se lo pague á usted, tío Morón!» A lo que la gritó él: «¡Mira que ya van dos, que también el otro día te recogí las madejas que te llevaba el río! ¡Tú, ó eres muy dormilona, ó traes quebradero de cabeza!» Y la chica cambió el llanto en una carcajada. Hay

que evitar en la virtud de la beneficencia el acaloramiento de la compasión, que no sólo expone á hacer inútil y estéril el bien, sino á ocasionar males de consideración. Ejemplo: el célebre arcediano de Ávila, D. Antonio de la Cuesta, era muy benéfico; pero su rectitud, y su talento, y sus profundos estudios no han evitado que sea más crédulo, inexperto y fácil de engañar á los sesenta años, que cualquier niño á los doce. Todas las mujeres públicas de París, Madrid ó Cádiz estafaban y sacaban protección á un hombre cuya pureza hubiera dejado mal á la cortesana griega que apostó á hacer pecar á todos los filósofos. Me contó su primo Serna que un día, estando de huésped en su casa el arcediano, solicitó hablarle cierta buscona, que se suponía viuda de un oficial de mérito. Entró el criado de Serna á avisar al arcediano, y éste, que no consentía que en su cuarto entrasen hembras, salió á hablarla á la antesala, diciendo al criado que les dejase solos. La señora, por supuesto, le declamó un patético romance que hizo derramar lágrimas á nuestro buen amigo. Echó mano al bolsillo para socorrer á esta nueva Lucrecia, pero el bolsillo de Cuesta estaba generalmente tan limpio como su alma. Por fortuna vió dos onzas que estaban sobre una mesa, las que la dió, disculpándose de la escasez del socorro, pero exhortándola muy elocuentemente á la perseverancia en la virtud. Cabalmente estas dos onzas las había dado Serna á su criado para el gasto de casa, y el honrado doméstico, que las estaba apuntando en su membrete de cuenta cuando llamó la dama, no creyó, ni por el pensamiento, cuando volvió á buscarlas, que el arcediano las hubiese tomado, ni la dama había entrado en dicha pieza hasta que estaba en ella el arcediano. Así el pobre muchacho, convencido de haberlas perdido, se lo confesó á su amo, pero éste no lo creyó, ni era fácil de creerlo cuando él mismo confesaba que no había salido de casa, por lo que Serna despidió al tal joven, que si no era ladrón, era incapaz. Pasados algunos días, preguntó Cuesta á su primo por aquél doméstico, á quien quería mucho, y no veía ya en la casa. No se le dé á usted nada, le dijo Serna, y le contó el motivo de haberle despedido. «Imposible, dijo Cuesta; aquella fisonomía no puede haberme engañado»; y

tomó su defensa con calor. En la conversación vino á aclararse que el suceso había ocurrido el día en que el arcediano había estado de visita con cierta señora viuda, y él entonces recordó que había tomado el dinero. Por supuesto que llamó al criado, le pidió mil perdones y volvió á colocarle en la casa; pero le decía Serna: «Yo quisiera, primo mío, que usted diese una disculpa que tenga visos de tal respecto de este lance. ¿No se le ocurría á usted que aquel dinero, pues que no era de usted, era de alguno? ¿Que aun suponiendo que nos hallemos en el siglo de oro, la comunidad de bienes no autoriza á coger, sin decir nada, lo que ya está destinado á otro objeto? ¿Que el orden público y la sociedad no subsistirían dos horas entre la especie humana, si el principio de usted se estableciese?» Y el buen primo decía avergonzado: *¡los acaloramientos de la compasión!*

Volviendo á hablar de mí propio, quiero satisfacer á mis lectores sobre una cuestión la más interesante á casi todos los que leen biografías. Es á saber: usted, señor Somoza, en resumidas cuentas, ¿ha sido feliz ó no? Y van á quedar pasmados cuando me oigan responder afirmativamente; que lo he sido y que lo soy. Señores, hablemos claros. Yo, porque ustedes no quieran creerme, no he de dejar de decir la verdad. Quizá nuestra divergencia consistirá en no entendernos; ustedes sin duda tienen más sublime idea de la felicidad, y la reconocen sólo en el estado de éxtasis, por ejemplo, de un novio enamorado en el día de la boda. Yo cuento por feliz todo momento en que puedo decirme: *no estás mal*. Digo, pues, que en mi vida han superado *los ratos no malos á los ratos malos*. Y cuenta que he sufrido dolores y que tengo achaques. Desde mi juventud, y de resultas de un juego de pelota, he padecido el mal que los facultativos denominan el cálculo ó la piedra. Me ha dado malos ratos en verdad, pero no los tormentos continuos que dicen que acompañan á este mal; y atribuyen los médicos esta fortuna á que la piedra es obtusa. Con las pesadumbres grandes que también me han afligido, también me ha sucedido lo mismo; el tiempo las ha hecho obtusas. Otra razón (quizá la principal) de no haber yo tenido *muchos malos ratos*, ha sido mi situación, y el haber nacido en aquella media-

nía, *ni envidiada ni envidiosa*, que dijo el poeta. En efecto, el que para vivir y para colocarse tiene que empujar á otros y arrojarlos de su puesto, ó arrostrar los peligros y los precipicios por donde se camina á la fortuna, ha de padecer muchas adversidades; y también, por otro estilo, el que para ser feliz necesita figurar, ostentar, ensancharse, encaramarse en alto, es decir, que no sabe ser feliz de incógnito, este tal, por lo mismo que excita la envidia general, tiene que acarrearse muchos adversarios. El que salve el tropiezo de la vanidad, cuente con que todo el mundo le dejará ir en paz por su camino. Los hombres, cuando no se les humilla, no exigen ni siquiera que se les haga bien; se dan por muy contentos de que no les hagan mal. Mas ¡ay del que se pone en guerra abierta con el amor propio de la sociedad, sea de obra, sea de palabra, sea con el buen fin de reformarla! El defecto mayor en mi carácter, el más perjudicial á mi felicidad, ha sido una inclinación irresistible á la burla y al epigrama en la conversación; pero protesto aquí solemnemente que cada chanza ó donaire que ha salido de mi boca, y que ha hecho reir á algunos á costa del inocente á quien he visto corrido y sonrojado en mi presencia, me ha privado de sueño y de sosiego por una ó por muchas noches, y que mi corazón y mi memoria han sabido vengar completamente al ofendido.

Tengan esto entendido mis amigos y mis conocidos, para quienes escribo esta memoria, que concluyo aquí, y que tal vez continúe si continúa mi vida.

Piedrahita 30 de Octubre de 1843.—José Somoza.

MI PRIMERA SENSACIÓN BENÉFICA . . . . FRAGMENTO

A los diez años daba yo malas muestras de mi persona, y mis travesuras eran menos inocentes que las de los otros niños. En el tiempo de los nidos corría los campos, trepaba á la copa de los más altos álamos, escalaba las puntas de los riscos cubiertas de yedra, penetraba los bosques más

sombríos; ni perdonaba, como los otros chicos, á la alegre golondrina que habita en el hogar del labrador; antes bien acechaba la ocasión en que éstos acudían á sus labores para abrir sus ventanas ó sus puertas, coger los pajarillos, ó quebrar los huevos y destruir el nido. Las mujeres me trataban de sacrílego, y sólo toleraban estos atentados por consideración á la bondad y á las virtudes de mi padre. Un día me fuí armado de un larguísimo varal á caer el nido de la golondrina que criaba en el techo del portal de la casa de Ayuntamiento; y para que la pájara no se me escapase, cerré, aunque con trabajo, las altas puertas de la calle; mas la pobre avecilla, despues de haber volado en torno de sus hijos, se me escapó por una reja baja, de donde salía un débil resplandor de luz artificial. Fuí á asomarme, alzándome en las puntas de los pies, y ví un lóbrego calabozo, de donde se exhalaba un olor fétido y se escuchaba ruido de cadenas, acompañado de bajos y lamentables suspiros. Sorprendióme esta triste mansión, y más cuando sentí una de mis manos, que tenía apoyada en la reja, cogida y apretada por otra mano áspera y sumamente ardiente. Quise huir, mas no pude desasir mi mano. Entonces se presentó á la reja un semblante descarnado y pálido, casi cubierto todo de una barba espesa y cana. Salieron de sus labios trémulas palabras, entre las cuales pude distinguir: «No temas, hijo; soy un pobre preso» (1). El temor, que me erizaba el pelo, no me impidió buscar en mis bolsillos, con la mano que tenía libre, un real de plata, que era mi caudal, y alargársele á aquel espectro. Pero él, asiéndome también de aquella mano, me dijo: «No.., no..., es menester que me salves la vida.» Mi situación no era muy cómoda, porque el buen hombre, tirando de mis brazos para acercarme á sí, me obligaba á apoyar la frente contra la reja; pero la curiosidad y la compasión me la hacían tolerable. «Soy un pobre anciano, abandonado en este calabozo por una muerte acaecida en un pinar de esa sierra, y mi inocencia sola no me librará á lo menos de perecer de frío y de mis acha-

(1) La cárcel de Piedrahita está en el piso bajo de la casa Ayuntamiento.

ques si me coge otro invierno en esta cárcel. Mira, hijo mío, en tu casa está, según he sabido, el señor don Juan Meléndez, fiscal de Valladolid; cuéntale mis miserias; que me atienda; que estoy con calentura hace seis meses; que me haga el favor, al menos, de que se me ajusticie prontamente.» El infeliz comenzó á sollozar, y yo igualmente, sin tener ya miedo ni acordarme de la golondrina. Eran cosas más serias las que debían ocupar á un hombrecito que podía ya salvar la vida á otro. Lleno de estas reflexiones, hablé, lloré, conmoví; me acuerdo que mi padre exclamó abrazándome: «¡Ay si viviera tu madre!» Don Juan Meléndez era muy sensible. Vió al preso, se informó de la causa, le halló inocente y le ofreció su apoyo. Yo no cabía de gozo, me veía acariciado y fuera de un pupilaje en que me habían metido por travieso. Pasmábame el que ser bueno fuese tan fácil y agradable. Tres meses habían pasado desde que Meléndez había llegado á la chancillería, y mi preso caía en una melancolía, de que ni mis socorros ni mis consuelos podían sacarle, cuando un día recibió mi padre carta con copia de la favorable sentencia.

¡Yo que lo oigo! sin decir nada á nadie, sin buscar el sombrero (nevaba fuertemente con ventisca), plántome en la calle, corro á la cárcel, me empino á la reja y grito como un loco: «Tío Moreno, ya está usted libre.» Esta imprudencia causó el efecto que era natural; el anciano cayó redondo en tierra, dando con la cabeza en el poyo de la ventana. Por fortuna mi buen padre, sospechando el motivo de mi salida, había venido á buscarme, y por su orden fué socorrido prontamente el preso. Este de allí á pocos días salió de la cárcel y pudo pasearse por el pueblo, llevándome en brazos siempre á la taberna, al juego de pelota, al tiro de barra, y á todos les decía: «¡Este es el ángel que me ha librado!» Yo le quise mucho, como que le debía los mejores ratos que había experimentado; y le socorrí hasta su muerte, que no sucedió sino algunos años después, sin que los muchos que han pasado hasta el día me le hayan hecho olvidar. Siempre que miro en un techo un nido de golondrinas suspiro por el tío Moreno; pero este suspiro mismo no carece de dulzura.

Cuando algún fatuo en Madrid me pregunta con desdén cómo puedo vivir entre las peñas, casi que me da gana de contarle este caso, y hacerle comprender que la felicidad no sólo habita allá en los coliseos, en las concurrencias ni aun en las bibliotecas espaciosas; se la suele encontrar, aun sin buscarla, ¡hasta en la reja de una triste cárcel!

EL RISCO DE LA PESQUERUELA (1)

El torrente ha callado. Una columna de hielo desciende desde lo alto de la roca hasta el profundo estanque, en que la luna refleja un momento, llevada rápidamente en un trono de nubes agrupadas como los precipicios que rodean la cumbre de *Peña negra;* el viento de cuando en cuando sacude las altas copas de los robles de *La Pesqueruela.* Las sombras que forman, se cruzan en el bosque como espectros amenazadores. El silencio de la noche reina melancólicamente, interrumpido sólo por el grito del cuervo, posado sobre un risco del bosque, el risco *del sepulcro,* el risco de las lágrimas. Allí es donde termina algunas veces el paseo del poeta solitario; al pie de aquel risco reposa y medita sobre la desgraciada suerte de su patria. *Patria*, voz funesta en las habitaciones de los hombres, y que el bueno, para pronunciarla, tiene que buscar el desierto ó las cavernas del monte de *la Jura.*

Ramona, Paula, María (2), ¿queréis saber mi historia en aquel risco? Escuchad; y cuando la juventud os pregunte

---

(1) Llámase *La Pesqueruela* la hacienda que Somoza prefería, en la cual fué enterrado por orden suya. *(Nota del M. de Valmar).*

Ha sido una equivocación extraña del Sr. Marqués de Valmar y de otros suponer que Somoza fué enterrado en *La Pesqueruela.* Su cadáver tuvo sepultura desde el primer momento en el cementerio de Piedrahita, donde reposa en el día de hoy. *(Nota del Editor.)*

(2) La señora doña María del Acebal de Arratia de Usoz, la excelentísima señora doña Paula del Acebal de Arratia de Huet y la señora doña Ramona del Acebal de Arratia de Muñoz y Larrainzar. *(Nota del M. de Valmar).*

cómo y por qué dificultades y amarguras se ha conseguido la libertad pública, contadla el cuento del risco de *La Pesqueruela*.

Es necesario que la memoria retroceda veinte años. Era el año de 1814, era un día de Mayo, y eran las seis de la tarde, cuando mi ahijada Cecilia (1), que apenas sabía andar, entró en mi cuarto llorando, y me dijo: «Esta carta de parte de mamá, que la ha escrito papá desde Madrid.» En ella se referían las prisiones de todos los buenos: el primer nombre que hirió mi vista fué el de Argüelles. No había acabado de leerla, cuando voces tumultuosas y tiros de fuego llamaron mi atención. La calle estaba inundada de pueblo, una procesión, dirigida por el clero, paseaba el retrato de Fernando VII gritando: *Viva la religión y mueran los impíos*. Cecilia, sobresaltada, se asía á mis rodillas, y mi pesadumbre misma me impedía levantarme. En medio del alboroto, se escuchaba una voz de mujer que decía: «Ingratos, infames, no entraréis; le defiendo yo, y daré de puñaladas al que llegue al umbral de la puerta.» Algunas otras mujeres defendían también la puerta á los que querían entrar en mi casa: se había hecho correr la voz por los clérigos de que Argüelles estaba oculto en ella. Quien se oponía era Leonarda, la mujer de un herrador del pueblo. Era joven y había servido en casa de mis padres. Yo la ví desde lo alto de la escalera, suelta la trenza del pelo, descubierta la espalda y el pecho, por haberla rasgado el vestido. Tenía un cuchillo en la mano, é insultaba á la canalla diciendo: «Bribones, el día de Pascua vendréis á recibir *el pan de la limosna;* pero hoy seré yo quien os reciba.» Y habiendo intentado algunos agruparse, cerró la puerta de golpe, y subiendo y abriendo un balcón de mi casa, dijo á las demás mujeres que estaban en la calle: «Id á tocar á fuego para que los hortelanos de *las huertas* acudan.» En un momento se oyeron las campanas, y la procesión siguió su camino. Ya había anochecido. Leonarda, por mi orden, tomó en brazos á la niña Cecilia

---

(1) Hija del diputado á cortes Núñez, muerta despés en Madrid, en los brazos de Somoza, y llorada amargamente por éste en varias poesías. *(Nota del M.*ˢ *de Valmar).*

para llevarla á su casa; los criados no se atrevían á salir; yo tampoco me atrevía á mandárselo, ni sabía qué resolución tomar, y me paseaba solo y pensativo por el corredor que da sobre el jardín. Pronto volvieron á escucharse gritos á lo lejos y tiros de salvas. *Viva la Inquisición y viva el Rey*, gritaban; pero otros gritos, también á lo lejos, les contestaban: *Viva Leonarda y don José Somoza*. Estos eran los vecinos de *las huertas*, que, habiendo acudido al pueblo y enterados del asunto, habían tomado sus escopetas para defenderme, y les acompañaban sus mujeres, y Leonarda al frente. Al cabo de algún tiempo, cesaron las voces y pude descansar. Al siguiente día monté á caballo y atravesé el pueblo para ir á *La Pesqueruela*. Todo estaba tranquilo en las calles y la plaza; todos me saludaron con respeto. Llegué al bosque de *La Pesqueruela*, y me senté al pie del risco, cuyo musgo verdegueaba ya por el rocío de la primavera. Al pie de este risco enterré el libro de la Constitución, que traía conmigo; lloré por mis amigos de Madrid, y me recosté sobre la capa para descansar. Allí meditaba sobre el destino de los hombres de bien, cuando una voz agradable de mujer, que venía cantando canciones del país, me obligó á alzar la cabeza. Era Leonarda, y parecía el genio del bien, que acudía al socorro del inocente desgraciado. Llegó á mí, y entregándome un bolsillo, me dijo: «Este es el dinero que entre mi marido y otros se ha podido juntar para usted; porque mi marido dice que debe usted marcharse, sí, señor, y buscar otra tierra donde no se persiga á los hombres como usted»; y lloraba y me apretaba la mano. Yo la obligué á sentarse á mi lado y la dije: «Pero, muchacha, ¿por qué te interesas tanto por mí? ¿Eres liberal? Yo apenas te conozco: ¿no eres recien venida de Madrid y estás casada con Pepe el herrador?—Sí, señor, me respondió; y yo le he querido á usted siempre, porque mi padre, el guarda del monte, nos contaba el bien que nos había hecho su padre de usted. Una vez, mi pobre padre estando en cama con un brazo roto, envió el señor D. Ignacio á un catedrático de Salamanca, que había venido á curar á su madre de usted, para que curase el brazo á mi padre. Desde entonces, siempre que usted pasaba por mi puerta, me llamaba mi padre

la atención y decía: *no negará la casta.* Me acuerdo que una tarde de verano, tendría usted nueve años, saltó usted por la cerca de nuestro huerto y se subió usted en el guindo; comenzó usted á echar abajo las ramas con las guindas, y luego se tendió usted á dormir debajo del árbol. Mi madre, que había conocido á usted, me dijo: «Él es travieso; pero anda, coge una rama del árbol y estate á su lado quitándole las moscas para que duerma.»—¿Pero después no me has vuelto á ver? dije yo. — Sí, señor, en Madrid, porque yo serví en casa de Berganza, el apoderado de la Duquesa de Alba, y le ví á usted en casa y en la de la Duquesa con su padre de usted.—Pero bien, ¿por qué me quieres ahora, que soy liberal? ¿Sabes tú si eso es bueno?—Sí, señor, porque veo que los malos no les pueden ver, y es liberal mi marido, y le quiere á usted tanto como yo. Mire usted lo que dijo mi Pepe el otro día, comiendo con su sobrino el cura de *Sebastián Pérez*, y con mi cuñada la molinera de *la Cañada:* dijo mi marido, hablando de usted: *Como ésta es gracia de Dios* (y cogió el pan de la mesa), *que me alegrara de que á don José le gustara mi mujer para tener un hijo de su sangre.—¿Y tú, qué decías? la dije yo.—Dijo el cura de Sebastián Pérez que me puse colorada.* Pero cásese usted, señor D. José, en pasando estas cosas, porque mi marido dice lo que todos, *que se van á acabar los Somozas y se pierde el pueblo.*» Entonces reparé que lloraba, y las lágrimas caían en mi mano, que tenía asida la suya.

LA VIDA DE UN DIPUTADO Á CORTES . . . .

Mi querida hermana: No extraño que en ese pueblo, de donde no sales, me creas feliz y contento, desempeñando el más honroso cargo que la nación pudo darme. Te equivocas, sin embargo, y para convencerte te diré por menor cuál es mi vida.

Cada día, al despertar, y mientras me desayuno, leo los papeles públicos, y suelo reparar que en la sesión de la víspera han equivocado el monosílabo de mi votación; y no

creas que es este pequeño disgusto, ni pequeña ocupación la de lograr que los taquígrafos rectifiquen la equivocación. Al fin á mí, que no he hablado, no me es imposible conseguir esta enmienda; pero ¡ay del triste orador cuyo discurso han cambiado totalmente, haciéndole decir tales simplezas, que cree oir el infeliz las carcajadas que sueltan doce millones de bocas al llegar el correo á las provincias!

Si es día de comisión, hay que vestirse de priesa, y á pesar de los lodos y del frio (soy legislador de á pie), acudir á la cita, donde, si se llega tarde, se sufren reconvenciones de los compañeros, y si temprano, se riñe agriamente con los que van llegando, y se sigue riñendo y renegando todo el tiempo que la comisión dura, que suele ser hasta la hora de abrirse la sesión del Congreso, adonde hay que ir á sentarse ya con la sangre quemada y la cabeza hecha un horno.

Lo que pasa en las sesiones todo el mundo lo sabe, y sólo te hablaré de algunos incidentes que no pueden estar al alcance del público, y que son inevitables en las grandes reuniones. Ya le ocurre á un compañero venir á comunicarme una nueva agradable, pero es reservadísima, y como él ignora el mal aliento que tiene, me suministra un emético con la mejor intención. Á veces otro, que pasa de pronto por detrás del banco mio, enredando un botón de su vestido en las greñas de mi pelo, me precisa á lanzar un grito agudo, que el Presidente ahoga con la terrible voz *¡orden!* No falta quien, pasando por delante, se para un momento á saludar á las damas de las tribunas, fijando gentilmente su bastón en mis encogidos piés y en el único clavo que en ellos tengo; las lágrimas se me saltan en tormento semejante, y tengo que gastar bota rajada por todo el tiempo que dure aquella legislatura. Salgo al salón de columnas para fumar y estar ancho, pero no bien me he sentado, se me acerca un buen patricio á leerme una memoria para acabar la guerra en tres semanas, sin pedir nada á nadie; yo, que procuro hacer más corto el rato, enredando con la regla de rayar papel que está sobre la mesa de escribir, en un rapto de impaciencia hago una carambola con la salvadera y la caja de rapé de un venerable prelado que está leyendo periódicos, y se la abro, y se la vierto, y tengo que pedirle mil perdo-

nes por mi mala crianza. Huyo hacia un grupo que se halla apiñado en un rincón oscuro, pero retrocedo al punto, porque están empollando una interpelación. Me paseo, pero tengo que parar, porque un celoso hidráulico explica á otros varios su plan de canales. Las baldosas del piso son provincias, y en un mar de saliva que hay en ellas, embarca con el pie las puntas de cigarro, que serán los buques que crucen el reino. Si voy á la chimenea, un jugador de tresillo, que disputa con los que le han ganado la noche antes, me hace juez de sus bien combinadas jugadas, y tengo que ocultar mi ignorancia en los naipes, á fuerza de arqueos de cejas y fruncimientos de labios. Por dicha, antes que llegue el último codillo, suena la campana que llama á votar, y todos acudimos al salón de sesiones. Concluída la de aquel día, salimos, no sin haber precedido cambios y recambios de capas y sombreros.

Si ha sido la votación interesante, es muy probable que algún conocido que ha estado en la tribuna me diga en la calle con voz severa y dándome en el hombro: *¡Hoy ha perdido usted á esta pobre nación!* En seguida de esta flor, se vino á mí cierto día un hombre como un gigante, moreno y velloso, á quien yo no conocía, y estrechándome en sus brazos, me levantó del suelo, haciéndome tres veces perder tierra, dándome otros tantos vivas, como á defensor del pueblo. Otra vez en lo alto de la calle, con un viento Norte que llevaba la cara, me agarró un malcontento de la capa, y sobre el cuello de ella se detuvo á escribir por su mano la proposición que debía yo formular para remediar en parte los males que había hecho con mi voto, hasta que al fin llegaron en mi auxilio los caballos del coche de un ministro, que le hicieron separarse, y yo logré escabullirme, llegando casi á gatas á mi casa.

En ella es muy frecuente estarme ya esperando algunos buenos vecinos de los pueblosde la provincia, que todos quieren enterarme de sus solicitudes para que las recomiende en los correspondientes ministerios. Es en vano quererles persuadir que un diputado á Cortes es un representante de toda la nación, no de una sola provincia, y no debe promover asuntos particulares: ellos, que han comido ya, aprovechan

el tiempo en que yo lo hago leyéndome ó refiriéndome sus exposiciones y los documentos en que las apoyan. Algunos otros no vienen á solicitar, sino que son electores que influyeron en mi nombramiento, y vienen á conocerme y á complacerse en su obra, ó al contrario á decirme: «D. José, seamos francos; usted no ha correspondido á los deseos del país: no le da usted esplendor; no parla usted, y estamos afrentados.» Yo procuro excusarme con mi falta de voz y de salud, y aún les enseño los dientes aportillados y cadaverosos, que dejan escapar el aire de mi boca cual de un fuelle. Nada les convence, ni me queda otro arbitrio que abreviar mi comida, y con ella en la boca despedirles en la calle y refugíarme en un café.

Allí busco una mesa solitaria, pero pronto me atisba algún político que caza de espera allí para saber por menudo todos los incidentes de la sesión del día. Mientras entre sorbo y sorbo procuro satisfacerle, llegan otros y otros y otros, y tengo que comenzar otras diez veces, y luego no me dejan proseguir, glosando cada cual las ocurrencias según sus diferentes opiniones, y la cuestión se acalora, y el codazo de un buen lógico echa á rodar la taza y el platillo ó el braserillo con lumbre. ¡Feliz quien logra salir sin manchas ni quemaduras!

Me voy á mi tertulia á buscar paz. Una señora de familia diplomática, á quien no esperaba yo encontrar allí, exclama viéndome entrar: «Me alegro que usted venga, padre de la patria. ¿A que no ha apoyado usted el disparate que han aprobado hoy las cortes?» En vano quiero excusarme, en vano mudo de conversación. No, no hay remedio, tengo que confesar cómo he votado. La reyerta que se me arma entre los concurrentes dura hasta más de las once. Obligado á tomar parte y deshacer mil equivocaciones, abandono, en fin, el campo, ronco, sofocado y ardiéndoseme las sienes. Ceno en silencio, sin gana y de priesa, y me voy á la cama.

Viene Farrancho á sacarme las botas, y le tienta el demonio de hablarme de la quinta, y se empeña en que su hijo no debe entrar, y que todos están mal con la ley de reemplazo, y que las Cortes no miran por los pobres. Mi irritación llega al colmo. La medida se ha llenado, y tengo la

barbarie de darle una patada, que le sienta en el suelo. Se levanta y se marcha, y yo me quedo al borde de la cama extático, aburrido, avergonzado de mi brutalidad. Me acuesto, pero no duermo. Las horas se me pasan dando vuelcos. Pienso en el último día de Catón (aunque sea mal comparado), y en la injusta puñada que dió aquel romano al fiel doméstico que le rehusaba la espada con que se quitó la vida.

MEMORIAS DE PIEDRAHITA

. . . . . FRAGMENTO

Hay en este pueblo un bobo que llaman Epitafio (1), parecido al *Quasimodo* de *Notre-Dame de París*, y es campanero también y enterrador además. Ayer, al ponerse el sol, le encontré en los cuatro arcos del convento de Santo Domingo, extramuros de esta villa. Me saludó y siguió su camino; pero diciendo en voz alta: «Los señores de la Junta quieren hacer cementerio la iglesia vieja de los dominicos... como se la quemó el techo cuando los franceses, y tiene buenas paredes... y está en alto... y la da bien al aire... dicen que allí se ha de hacer; pero no saben ellos como yo lo que pasa: está toda ella minada de conejos: la otra tarde el podenco de mi hermano entró tras uno, y se puso á escarbar debajo de los túmulos de los fundadores, y sacó una quijada de los señores duques.»

Esto me hizo recordar el tiempo en que yo solía ir á aquellos túmulos tan antiguos y tan prolijamente labrados, en particular las almohadas en que reposan los bustos de los primeros duques de Alba, con sus armaduras y ropas del siglo XIII. Quise, pues, ver lo que había quedado de aquellas esculturas después de tantos años de acontecimientos. Los arcos de las bóvedas del templo, que era espacioso y alto, se conservan. Atravesé por ellos entre escombros, y me acerqué á los sepulcros. El menos deteriorado es el de

(1) *Pitafio* dicen en Piedrahita muchos que le conocieron, y no Epitafio. Era ahijado de la Duquesa de Alba, D.ª María Teresa de Silva, que celebraba mucho sus boberías. (*Nota del Editor.*)

D. García Alvarez de Toledo, señor de Valdecorneja, anterior al primer duque. Con él está allí enterrada D.ª Constanza Sarmiento, su esposa; y la escultura que la representa se halla casi íntegra. ¡Qué soberbia! ¡qué orgullo manifiestan su traje y su semblante! ¡Pero... mentira todo!... Unas hojas de malvas que han nacido bajo de su cabeza azotan impunemente sus mejillas al soplo del viento!... ¡Una araña ha tendido su tela en medio de sus dos pechos!... Y mi mano ha medido su garganta, sin temer que el señor de horca y cuchillo mande clavar mi cabeza en el rollo que existe todavía sobre un alto peñasco del berrocal!... ¡Qué sosiego!... ¡Qué paz y qué silencio guardan hoy estos héroes de mármol, cuyas largas y toscas espadas otras veces oprimieron á los pueblos y á los reyes! Recorría en mi mente nuestra historia desde el primer señor de Piedrahita, don Alonso de la Cerda, el desheredado por el rey, su primo, que extinguió los templarios y que murió emplazado por los Carvajales. Veía luego pasar el señorío á poder de Fernando Alvarez de Toledo, entregando al rey Enrique la ciudad que tenía por D. Pedro. Su nieto era elevado á conde de Alba, y condenado luego á vivir en prisiones; mientras su hijo D. García se hacía fuerte en este castillo, declarando guerra al rey y á D. Alvaro de Luna. En fin, su descendiente D. Fadrique, sucesor del primer duque, sobreviviendo á su hijo, muerto en Jelves por los moros, educaba á su famoso nieto D. Fernando.

Porque el gran duque de Alba aquí nació. A este templo en que ahora estoy vendría él, hace trescientos años. Aquí vería estas mismas imágenes de sus ascendientes, guerreros todos, todos implacables. Desde esta ventana gótica, cuyos dos medios arcos puntiagudos sostiene una columna salomónica, vería el extenso valle de Corneja, donde es fama se ganó la batalla de tres días por el conde Fernán González contra Alhagib Almanzor, casi nueve siglos hace. Si volvía la vista á Mediodía vería el monte de la Jura, donde los caballeros pobladores de Avila hicieron el solemne juramento de no restituirse á sus hogares hasta haber arrojado á los moros de toda Castilla. Más acá, y dominando sobre el valle, la población de Piedrahita, con sus antiguas

murallas y almenas coronadas de oscura yedra. Su parroquia, palacio que fué, cedido por la reina Berenguela. Sus calles, por cada una de las cuales corre un abundante arroyo para regar los llamados verjeles, jardines interiores de las casas. Las casas espaciosas, aunque de piedra tosca, de los Pecellines, de los Vélez, de los Castros, de los Ivan-Grandes y otros nobles pobladores de esta villa, cuando lanzaron de ella á los árabes. Todo esto pudo mirar desde esta ventana el joven duque que aquí se criaba para ser el azote de los pueblos de Flandes. ¿No se puede ser grande y pacífico? ¿Ganar gloria sin ser conquistador?

Esto meditaba yo saliendo de aquellas ruinas y bajando la escalera de piedra que conduce á la villa. Llegué á casa de noche, y entrando en mi cuarto oí la voz de una vecina nuestra que estaba de visita con mi hermana en el cuarto inmediato. Esta señora, de mucha edad, que estimó mucho á mis padres y abuelos, existe de lo pasado, hablando mucho y siempre de sus tiempos. ¿Quién había de creer, decía, que durase tan poco este palacio, que el duque viejo construyó en nuestros días?... ¿Usted no alcanzó al duque viejo? ¡Qué genio tan maldito dicen que tenía! Y vea usted... Se viene aquí cuando cayó de la gracia de Carlos III; hace esa obra suntuosa para pasar el resto de su vida, y apenas le permite el rey volver á la corte, se marcha, y deja palacio, jardines y bosques de caza: ¡y creo que no volvió más!.. Oí contar á mi suegro, que Dios haya, que el padre del señor D. Juan Vinagre, cuando fué procurador general, defendió al pueblo contra las terquedades de S. E., y cuidado que Vinagre tenía el genio como el nombre; y dicen que le daba en la cabeza al duque si los vecinos le hubieran ayudado: pero sí... fíese usted de los pueblos... sucedió lo que siempre. La nieta, la duquesita era otra cosa. Esa sí que podía llamarse una señora. Aquí se crió desde niña; ¡pero qué corazón!... ¡Cuánto bien hizo á este pueblo!... Bien que en todos sus estados hacía lo mismo. Oí decir mil veces á su administrador Luna: «Si cualquier labrador la pone un memorial pidiéndola una res, es preciso decirla en el informe que no es muy necesitado para que no le dé una yunta entera.» ¡Y qué bonita moza la conocí yo! ¡Qué viveza! ¡Qué

alegría! Sobre todo, ¡qué pelo tan hermoso! El año después de haberme yo casado, fuí un día á visitarla y se estaba vistiendo...: no es ponderación, señora, á los pies la llegaba... Y como era tan afable y de tan buen humor, me acuerdo que me dijo: «Amiguita de mi alma, si escrupuliza usted de verme desnuda, con el pelo me tapo.» Ella sería lo que quieran, Dios la haya perdonado, pero para sus pueblos no pudo ser mejor.

La charla de esta vieja iba siendo para mí sumamente interesante; pero la interrumpió de repente, diciendo á mi hermana: «Usted, D.ª María Antonia, se enternece demasiado hablando de la duquesita... ¡Cuánto la quería á usted!... Pero hablemos de otra cosa. Me parece que he sentido á su hermano de usted en su cuarto.—D. José, venga usted á hacernos compañía.»

Fuí en efecto; pero no fué posible volver á meterla en la conversación. Comenzó á hablar de sus males: y que ella no había sido de provecho desde el año de ocho: desde el día en que entró el Empecinado con los primeros franceses presos, y luego cuando el saqueo de los dragones, y cuando ahorcaron al fraile; y cuando Soult puso aquí su cuartel general; y cuando llevaron en rehenes al que esté en gloria; y cuando la guinea de la Niña, y cuando cayeron la lápida. Yo la interrumpí diciéndola que estaba muy buena; y que si había pasado malos ratos, los habría pasado también buenos. Que si no había bailado con franceses, alemanes, italianos, ingleses y polacos, sería porque no habría querido. Y que podía alabarse de que había visto pasar por bajo de su balcón tres revoluciones íntegras. Y que todos habíamos padecido, y lo dábamos por bien empleado, pues podíamos contárselo á los nietos. Y que la revolución nos ha bía excusado el viajar por países extranjeros para instruirnos, puesto que en pocas leguas de circunferencia habíamos visto reunidos los principales personajes de Europa; á Napoleón, José, Murat, Wellington, Ney, Masena y por último al duque de Angulema. Mire usted, la dije, ha de saber usted que una vecina nuestra tiene hoy día á su ventana un tiesto de luisa que nació cuando la república francesa. Y cayó la república; pero la luisa, fresca. Mandó Napoleón, y

fresca la luisa. Se coronó emperador, apaleó al universo, perdió la corona, la volvió á agarrar, volvieron á quitársela y murió en un encierro; y el tiesto, con la luisa permanente. El famoso Alejandro de Rusia triunfó de Napoleón; pero hace días que se le llevó Dios; y el tiesto, con su luisa siempre en pie. Falleció Luis XVIII, y Carlos X ha perdido su trono; pero el tiesto de la luisa con más raíces que nunca. En fin, señora, estoy viendo que el tiesto de luisa de nuestra vecina dura más que la gloria de nuestros héroes y los imperios del mundo en el día. Entonces dijo mi hermana, volviéndose hacia mí: «Pues te sucede lo que al tiesto de luisa; en tantos años de revolución, no has mudado de sitio, y vives en el tiesto en que naciste. En ese corredor que da sobre el jardín te estuvimos lavando y envolviendo. Además, esta casa en que naciste y vives es la misma en que padres y abuelos vivieron, y la mesa en que comes, la misma en que comieron, de la misma cuchara y del tenedor mismo de que se sirvieron es del que te sirves.» Eso, la respondí yo, es muy consolador, hermana mía, y además prueba nuestra poca afición á las modas. A poco rato se despidió la señora, y yo me quedé pensando en su conversación y en la hermosa y benéfica duquesa de Alba, que á juicio de la vieja valía más que sus antepasados, y que yo había conocido venir tantas veces á este su palacio saqueado y destruído desde el tiempo de la guerra de la independencia. Me acuerdo que en el día 22 de Noviembre de 1811 entré en sus jardines por la puerta de hierro, que ya no existía. Por el puente elíptico llamado de las Azucenas bajé á la calle de los grandes chopos. Las fuentes ya no corrían; el grande estanque estaba encenagado, y había cesado el murmullo de la casa de agua. Subí las gradas, que no eran ya sino un montón de sillares desencajados, y me estremecí al hallarme en el salón del palacio. Allí donde habían sido los conciertos, las risas, la concurrencia de los mejores ingenios y talentos de España (1), ya sólo se escuchaba el roer

(1) Aquí estuvieron Meléndez, Bails, Condado, Iglesias y mil otros en vida de la duquesa y después de su muerte; pero antes de la destrucción del palacio estuvieron también Goya y Quintana, y aquí compusieron ó imaginaron algunas de sus obras.

de los insectos que carcomían los techos, y el bramido de los vientos que, entrando en los subterráneos, hacía retumbar bajo mis pies el pavimento. Este ruido se aumentaba con el de las aguas que de las cañerías reventadas corrían estrepitosamente á precipitarse al río por la ancha alcantarilla del dique. Al resplandor de la luna recorrí las demás habitaciones, todas desamuebladas. En una de ellas el busto del duque, derrocado de su pedestal, ¡tenía la frente en el polvo!!!... ¡Qué reflexiones excitaba este mármol desfigurado!... Mando, dominación, ruina, cadalsos de Flandes, lagos de sangre, sombras enlutadas de Egmont y de Horn, ¡sollozos ahogados de la multitud!... El cabello se me erizaba, y un impulso irresistible precipitaba mis pasos. Buscando la salida, atravesé la pieza del baño, y allí una idea más dulce sucedió á las anteriores. ¡Amable duquesa! ¡Jamás tu semblante inspiró sino placer!.. Tus manos se emplearon siempre en distribuir beneficios... ¡Belleza!... ¡Beneficencia!... ¡Qué títulos!... Y sin embargo no gozas el sobrenombre de grande como algunos de tus progenitores. La impresión del terror es duradera y profunda; la del bien en el vulgo y en la corte dura lo que el olor de las hojas de rosa arrojadas al cauce de un molino.

ARTÍCULOS HISTORICOS

EL BAUTISMO DE MUDARRA, SOBRINO DEL REY MORO DE CÓRDOBA, SEGÚN NUESTRAS CRÓNICAS . . . . . .

En el siglo IX ocupaban los árabes gran parte de nuestra patria. Castilla sacudía el yugo, pero sus fuerzas apenas bastaban á sostenerla en libertad. El rey Hiscen la amenazaba contínuamente desde el trono, asentado y consolidado por tanto tiempo en Córdoba. Esta corte era el centro del poder sarraceno. El resto de España y de la Europa entera reconocía su preeminencia y superioridad en las artes y en las ciencias. Allí resucitaban el saber y las letras de la antigua Grecia, olvidadas ya en todo el Occidente. A su universidad célebre concurrían de todas las naciones los hijos de los nobles que no se contentaban con ser únicamente cazadores y guerreros.

En esta brillante corte se educó el joven Mudarra (1). Llegaba apenas á los quince años, y ya las gracias habían hermoseado su persona, las musas su entendimiento, la virtud su corazón. Criábase como individuo de la familia real. La hermana del rey Hiscen (2) le amaba como á hijo suyo, mas no le confesaba que lo era. En vano el amable mancebo, echándose mil veces en sus brazos y nombrándola madre, cubría de besos su rostro. El rostro de la mora se inundaba en llanto, y el joven apartando el suyo, se retiraba también á llorar en silencio.

Pero llegó, en fin, un día en que el amor materno terminase aquel mutuo martirio. ¡Hijo mio eres! exclamó la In-

(1) Por los años de 994.

(2) Otros dicen hermana de Almanzor.

fanta abrazando á Mudarra; ¡pero no me maldigas! ¡Eres bastardo! Tu padre es un cristiano, un adúltero, esposo de otra cuando te dió el ser en mi seno. Tu existencia es un oprobio para tu débil madre, para ti mismo, víctima inocente de nuestra flaqueza. ¡Y me atrevo á esperar que no me odies! ¡Me atrevo á exigir que ames, que respetes, que obedezcas al cómplice de mi crimen y de tu ignominia si llegas á conocerle! ¡Tanto confío en tu virtud!—El generoso Mudarra volviendo en sí del proceloso abismo en que le habían hundido las palabras de su madre, la jura amor eterno y sumisión sin límites.

Es preciso separarnos, le dice ésta. Tu permanencia en la corte pudiera perderte. Si un día se divulgase la afrenta de tu nacimiento, si osase un insolente echártela en cara, tendrías que aplacar con sangre al ídolo inflexible del honor; otro destino te reserva el Cielo si favorece mis súplicas. La real sangre de los godos corre por tus venas, mezclada con la de los Monarcas africanos. Tal vez se te reserva la dicha de aplacar los odios de las dos naciones. Tal vez te deban un día los afligidos mortales una paz y un sosiego permanente. Todo está preparado. Sabes que el Rey mi hermano armándote caballero, armó doscientos nobles de tu misma edad, que han jurado seguir tu suerte. Marcha á su frente: busca en la tierra de los castellanos al caballero de quien eres hijo. Ampárale, defiéndele contra sus poderosos enemigos. Para que te reconozca, toma ese anillo partido, prenda de nuestros desgraciados amores. Besa la mano adornada con la mitad del anillo que falta, y ella te dé la bendición paterna. Así habló la ilustre mora, dejando á Mudarra conmovido y triste. Pésale abandonar á su adorada madre en el momento mismo en que la acababa de reconocer. Siente dejar su encantadora patria, cambiar sus dulces y urbanas costumbres por la vida errante y aventurera. Pero una lisonjera perspectiva le alienta: la idea de un padre á quien ama antes de conocerle; la de una madre consolada y feliz; la del bien general, sobre todo, que no duda conseguir, le anima, le inflama, y quisiera que ya el nuevo día no le hallara en Córdoba.

Entre tanto el rey Hiscen ordena lo necesario para que la partida de su deudo sea decorosa y magnífica. Luego le instruye sobre la conducta que debe observar en las tierras neutrales ó enemigas. Le da cartas y despachos que acrediten y caractericen su persona. Llegado el día y la hora, los doscientos nobles moros que han de acompañarle se presentan armados y montados gallardamente. Todos son bellos, diestros y discretos como el Dios de la luz y la armonía. Todos llevan en su seguimiento algunos escuderos y hombres de armas. El lucido escuadrón reconoce á su joven adalid y marcha á su voz.

¡Dichoso aquel mortal privilegiado que en los primeros años de su edad consiguió cultivar su entendimiento! Todas las situaciones de la vida le proporcionan placeres. Consigo lleva su felicidad. En medio de los páramos desiertos, sobre los vastos abismos de los mares, entre las selvas sombrías, allí goza. El hombre estúpido, el atrabiliario le envidian y se irritan contra él, é intentan degradarle, abatirle, rebajarle al nivel suyo; le persiguen, le atormentan, le empobrecen, le destierran, le sepultan en los calabozos. ¡Vana porfía! Allí es dichoso el sabio, meditando en los medios de mejorar la suerte de sus verdugos.

Mudarra errante por la triste España, compadece la suerte de sus habitantes, entregados á lides inútiles, divididos en fracciones insensatas, esclavos de pasiones frenéticas y de preocupaciones absurdas. No ve sino fortalezas rodeadas de fosos, ciudades encerradas dentro de sombríos muros, aldeas incendiadas, campos talados, ganados que huyen con sus conductores al aspecto del caminante. Suspira el moro; pero disipa su melancolía, embebido en ideas de esperanza y alivio para la especie humana. O estudia las virtudes de las plantas, ó el origen de los ríos, ó la dirección y ángulos de las montañas, ó la forma y materia de las rocas, por las cuales infiere los trastornos, los incendios, las inundaciones que ha padecido el globo, girando en torno del astro que le alumbra. En la tranquila noche contempla, mide y calcula los diversos planetas que describen su órbita reglada; los cometas, de forma extraordinaria, y que á pesar de su irregular giro, no pueden evitar que la mente del sabio sor-

prenda y averigüe su camino, y pronostique y fije su retorno. Las altas estrellas fijas, centro de infinitos orbes á que da vida su luz, y cuya vibración en el espacio emplea años enteros en llegar á la vista del mortal: del mortal, que se eleva á la contemplación de la inmensidad, despreciando entretanto los intereses y pasiones mezquinas, cual llama inútil de exhalaciones fétidas.

En una de estas noches, la oscuridad había separado al moro de sus compañeros, y vagaba sin camino por las márgenes del río Arlanza, cuando el viento trajo á su oído el sonido de una campana. Guiado por ella, llegó hasta un elevado y gótico edificio, monasterio solitario edificado por la piedad cristiana (1). Dirige sus pasos una débil luz hasta la entrada de un dilatado claustro. En el pórtico deja el caballo, y camina por las sombrías bóvedas, al fin de las cuales ardía una lámpara que alumbraba diferentes sepulcros. Una mujer sollozaba hincada de rodillas entre aquellas tumbas. Su traje y porte y el número de dueñas y criadas que la rodeaban, mostraban ser dama ilustre. El tiempo comenzaba á hollar su semblante en que parecían haber morado las gracias.

Alzóse sobresaltada cuando miró al guerrero; mas luego dirigiéndose á él con voz airada, le dijo: «¿Por qué turbáis la paz de los sepulcros y la soledad religiosa del asilo de la aflicción?»—El moro, desenlazando la celada que cubría su rostro, le pide perdón; la informa de que es un pasajero extraviado, y quiere retirarse; pero la dama le detiene. «¿Vísteis, dice, volviéndose á las que la asistían, retrato más parecido á mi Gonzalo? ¿al menor de mis hijos? ¡Su misma voz, su amable sonrisa, y el mirar encantador del malogrado Gonzalo! Caballero, si vuestra cortesía iguala á vuestra gentileza, confiadme vuestro nombre y el objeto de vuestro viaje.»— Enseguida manda á sus criadas que acerquen un estrado y se retiren. Mudarra se contenta con decirle que viene de Córdoba, con mensaje de su tío el rey Hiscen.—«Pues sois deudo del rey Hiscen, replica ella, por mí debe correr desde hoy vuestro hospedaje. Más he debido

---

(1) San Pedro de Arlanza, cerca de Burgos

á ese Monarca moro que á mis conciudadanos y parientes, que profanan el nombre de cristianos no teniendo más ley que la perfidia. Vuestro generoso tío me devolvió el esposo á quien mis deudos vendieron y le entregaron para que le mandara degollar. Me le devolvió ¡ay de mí! compadecido de nuestras horribles desventuras, y permitió que aquel infeliz padre volviese á sollozar entre los brazos de su esposa D.ª Sancha, de la madre de los Infantes de Lara!! Sí señor, yo soy esa miserable que, perseguida de tigres, me he refugiado á esta última guarida con los sangrientos restos de la presa que me devoraron. ¡En esas siete tumbas están los troncos de sus cuerpos sin cabezas, para oprobio de este bárbaro siglo, baldón eterno de la cristiandad, y escarmiento de humanas grandezas!» — Calla ahogada por el llanto. Mudarra no se empeña en consolarla, pero llora con ella, único medio que halla un corazón tierno de aliviar al afligido. Después de un largo silencio, el compasivo moro indica que desearía le contase sus degracias, si el renovar su memoria no agravaba su pesar.—«Os engañáis, le replicó la dama cortesmente, el doliente descansa cuando habla de su dolor. Pero la historia de mis infortunios está enlazada con la de mi patria y con la del benéfico gobierno de Nuño Rasura, tío de mi esposo Gonzalo.

Castilla estaba alterada desde que sus cuatro Condes habían sido degollados en León por orden de su tío el rey Ordoño, y se aumentó el descontento en el reinado del sucesor Fruela, que también mandó matar á los hijos de Olmundo, principal caballero, sin que de unas ni otras muertes se haya sabido el motivo. Este Rey se hallaba enfermo y malquisto en León, y de esta circunstancia se aprovecharon los castellanos para alzarse abiertamente. Resolvieron nombrar dos varones que con el nombre de Jueces les gobernasen en paz y en guerra. No recayó la elección sobre los más principales y poderosos caballeros, sino sobre los más prudentes y esforzados. Nuño Rasura, era hombre de gran juicio, sufrido, modesto, diligente y recatado (1). Así era amado de todos, y apenas se hallaba quien se quejase de

(1) Así se expresan las crónicas.

lo que juzgaba, aunque muy pocas veces daba sentencia en los pleitos y diferencias, concertando las partes con afabilidad y discreción. El yerno de éste, Laín Calvo, era el otro Juez, electo tan sólo para negocios militares, á que era aficionado. Entonces fué cuando tuve la dicha de ser elegida por Nuño Rasura para esposa de Gonzalo, su sobrino, á quien él educaba en su palacio con toda la nobleza de Castilla. Quería preparar á la nación por medio de esta noble juventud otro siglo de honradez, previendo que su edad no le daría tiempo para consolidar por sí la felicidad de la patria. Fué así: pereció con él á poco tiempo: ¡tanto importa á las naciones la vida de un justo! Fernán González, su nieto, amaba la falsa gloria, lisonjeado por un pueblo que adoraba en él la memoria de su abuelo. Mas ¿qué mucho si ya entonces la ambición se tenía por virtud, y ningún delito lo era, como se cometiese por mandar y se lograse? Ramiro había inhumanamente sacado los ojos á su propio hermano y á sus tres sobrinos. En fin, señor, el reino de Castilla fué puesto en venta, y el premio en que se tasó, ¿cuál os parece que fué? Un caballo y un alcón, propios de Fernán González, los cuales codiciaba el rey Don Sancho! ¡No valía más Castilla, pues por tal precio se daba! Mostró el cielo desde entonces abandonar esta tierra degradada. El árabe volvió á invadirla. Mis siete Infantes, en edad ya de manejar las armas, corrieron á tomarlas. Mi esposo Gonzalo, al frente de sus hijos, vió las primeras pruebas de su valor; pero fué más el mío, pues toleré su ausencia sin morir. ¡Cuánta menos fortaleza necesita el guerrero que marcha al combate que la esposa ó la madre que le ve partir! Inmóvil la cuitada en el recinto estrecho de su estancia, su corazón sensible es el campo en que pasan los combates; en él se lidian todas las batallas; en él se clavan todos los aceros. Por fin volví á abrazar á mis hijos y esposo. Volvieron estos á la corte de Burgos, á las bodas de mi hermano Rui-Velázquez, que casaba con D.ª Lambra, dama de gran distinción, pero de carácter orgulloso y vengativo, y origen de todas mis desdichas. Un primo de ésta tuvo un altercado con el más pequeño de mis hijos en el torneo que se celebró para solemnizar el casamiento. Medió el Conde

de Castilla, y la disputa quedó olvidada por todos menos por mi cruel cuñada. Ni sosegó hasta lograr hacernos á todos odiosos para con su esposo, ciego, crédulo y alucinado por ella. Un día que uno de mis hijos se hallaba en sus jardines, mandó á un esclavo que le insultase y se acogiese á las rodillas de ella (1). Allí fué muerto por mi ofendido hijo, como era de creer, y ella esperaba sin duda, para quejarse al marido de tal desacato. Este juró la ruina de sus sobrinos, comenzando por el padre de éstos, por mi esposo Gonzalo. Por medio del valimiento que con el Conde tenía, logró mi pérfido hermano que Gonzalo fuese á Córdoba como embajador de paz al rey Hiscen; mas reservadamente pedía al Rey le prendiese y matase como sospechoso, ofreciéndole en premio parte de Castilla. Para facilitar su entrada en ella emprendió luego mi hermano una jornada sobre la frontera del moro, y no contento aquel monstruo con privarme del esposo, se llevó consigo todos mis hijos. ¡No sé qué presentimiento de que no volvería á verlos me oprimía el pecho al despedirme de ellos! Los abrazaba alternativamente, besaba sus semblantes inocentes, y hacía responsable de sus días á su ayo Nuño Salido, á cuyo cuidado iban (2). Marchan en fin, y llegan al castillo de Alvacar, adonde les destinaba su aleve tío Velázquez, cual víctimas entregadas al cuchillo agareno (3). Diez mil lanzas cercaron en el campo á doscientos caballeros que iban con mis hijos. Tres días enteros mantuvieron su honor los de Lara, retirándose al fuerte y esperando socorro, hasta que el hambre, el cansancio, las heridas y el despecho les hicieron rendir las vidas. Las cabezas de los siete Infantes fueron con inhumana diligencia remitidas á Córdoba á su padre por el vengativo tío!!!

---

(1) Le arrojó un cohombro empapado en sangre, grande ofensa en aquel tiempo.

(2) Nuño Salido murió como caballero, defendiendo á los Infantes, á quienes había dado excelente educación.

(3) Trescientos de la gente de Velázquez no obedecieron la orden de éste, y fueron á socorrer á los Infantes.

Yo ignoraba que había hombres, caballeros, cristianos, sedientos de la sangre de su propia especie. ¡Repugna el lobo hambriento verter la de su familia! El Rey moro se horrorizó del espectáculo detestable. Lloró á mis hijos, compadeció la miseria del padre. Dióle la libertad, dióle su poderosa protección para volver sin riesgo á su patria, á gemir con su esposa. Aquí me había retirado yo, habiendo conseguido trasladar los restos de los Infantes para sepultarlos. Aquí vino mi esposo, y en él miré lo que no creía posible, un ser más digno de lástima, porque yo era inocente y él se hallaba culpable. Además de nuestras penas mutuas, se hallaba oprimido de otra que no admitía consuelo, porque era incomunicable á su esposa. Logré sin embargo sondear su llaga, verter en ella el bálsamo de la esperanza, y disipar la corrosiva caries del remordimiento. No es un secreto en la corte de Castilla el que voy á confiaros, ni vos una persona vulgar para que os le reserve.

Mientras mi esposo estuvo preso en Córdoba, se dignó visitarle en su prisión una sensible mora del más alto carácter. La compasión y el agradecimiento produjeron una pasión violenta en ambos. Uno y otro se olvidaron de sí. Hubo un momento culpable, pues que las leyes crean los delitos, los del amor, ¿quién no los disimula y los perdona? ¿quiénes son inflexibles contra ellos? ó los hipócritas, ó los egoistas insensibles. Mi religión exige el perdón de las injurias, y mi índole las de aquéllas que lo son sólo para el amor propio. Conseguí que Gonzalo creyese mi indulgencia y mi perdón sinceros, pero me fué imposible averiguar si existe el fruto de su debilidad. Lo ignora Gonzalo. Quince años hace que volvió de Córdoba: quince años que la triste mora, al dejarla su amante, partió un rico anillo que ceñía su dedo, le entregó la mitad y reservó la otra, ofreciendo enviársela por una cara y suplicante mano, si daba á luz y el cielo conservaba la víctima inocente que llevaba en su seno.

A estas palabras, el joven Mudarra no es dueño de sí mismo. Arrójase á los piés de doña Sancha. La muestra en sus manos juntas y elevadas al cielo el materno y roto anillo, ocultando su rostro cubierto y abatido de rubor, doña San-

cha sorprendida, cerciorada, conmovida, toma en las palmas de sus manos trémulas la sonrosada faz del mancebo, la observa atentamente, contempla una por una sus facciones y besa en fin su frente, nombrándole hijo suyo. El moro en seguida satisface la curiosidad de ésta, circunstanciándole su nacimiento, educación y venida en busca de la paterna bendición. Doña Sancha le ofrece conseguirla, presentándole á Gonzalo, retirado en su castillo de Salas, á corta distancia.

Entretanto los compañeros de Mudarra, inquietos por la falta de su jefe llegaban al monasterio, doña Sancha les recibe, cuida de su regalo, y les proporciona un asilo cómodo. Sólo Mudarra no descansa ni se entrega al sueño. La esperanza y el temor agitan su ánimo y suspira por el día que ha de decidir de su futura suerte. Llegado éste, D.ª Sancha le conduce al castillo de Salas. El escuadrón del moro le sigue.

La habitación de Gonzalo era cual la de todos los grandes de Castilla: una fortaleza erizada de almenas cubiertas de centinelas armados. El puente levadizo da entrada solamente á doña Sancha, que se anticipa á informar á su esposo, y disponerle á recibir al hijo. Vuelve ésta al cabo de algún tiempo con la sonrisa del bueno que acaba de ejercer un acto benéfico. Entrad, le dice, que os abrace Gonzalo vuestro buen padre. Mudarra guiado por ella, cae á los piés de un venerable anciano. Sus desgracias estaban grabadas en su rostro, y éstas más que los años habían debilitado sus miembros. Examina con ojos enternecidos las facciones del moro, ve el anillo, lo toma, lo acerca á sus labios, alza la vista y las manos al cielo, é incapaz de soportar la conmoción de su ánimo, se retira apoyado en su hijo y en su esposa. Pero el alma violenta de Gonzalo, aun más exasperada que abatida por el largo padecer, recobra pronto toda su fiereza. La agitación de su ánimo amenaza una horrible explosión. Así el antiguo monte de Sicilia tranquilo por mucho tiempo, truena repentinamente, arroja el fuego á torrentes y destruye cuanto la mano del hombre benéfica y activa había edificado alrededor de él.

Había poco tiempo que Mudarra bajo el paterno techo, con sus compañeros, gozaba su dichosa situación, cuando un

día Gonzalo le llama y le dice: «El cielo es justo, le pedí un vengador y me envía un hijo en la flor de la edad y de la fuerza. ¡Que perezca, hijo mio, por tu mano el vil Velázquez y la indigna Lambra, asesinos aleves de tus siete hermanos! Pero no me descubras, oculta, yo te lo mando, este secreto á mi esposa. Su débil sexo, su piedad religiosa, su antiguo afecto hacia el único hermano, se opondrían á una resolución que juro por mi honor se ha de cumplir. Juro tener por enemigo eterno á todo el que se oponga á mi venganza.»— Gonzalo se retira. Su hijo horrorizado queda inmóvil. Erizado el cabello, pálida la frente. Las pupilas de sus ojos sin pestañear están fijas en tierra cual si mirasen un profundo abismo, cual si viese humear la sangre que se quiere que vierta su inocente mano, cual si el remordimiento del crimen despedazase ya su corazón. «¡Oh virtud! exclamaba, ¿será imposible ser feliz contigo? ¿te habré yo consagrado inútilmente por templo mi corazón? Esperanzas de paz y reconciliación ¿dónde habéis ido? ¿El torbellino de las pasiones os habrá disipado en un momento? ¡Padre adorado é injusto! yo que por vuestro amor agotaría mis venas; que por vuestra defensa exterminaré huestes de enemigos, ¿no he de osar aplacar vuestro furor, combatir y disipar una preocupación de pundonor funesto? Tú, sensible y benéfica cristiana, esposa generosa, que has extendido el velo de la religión sobre un esposo criminal contigo, tú apoyarás mis débiles palabras, tú auxiliarás mis suplicantes voces. Mas ni aun esto me es lícito. El paternal precepto me prohibe revelar este secreto horrible.»

Así se atormentaba el virtuoso Mudarra, cuando doña Sancha, que venía de orar y ofrecer á su Dios la felicidad suya y la de su familia, se acerca al moro, le estrecha en sus brazos, le sienta á su lado. «Dios me ha inspirado, le dice: el Dios que te ha dado un padre y que te da en mi otra madre (porque la que te tuvo en sus entrañas no te ama más que yo), ese Dios, hijo mio, ha de ser el Dios tuyo, si te interesa la felicidad de la que solo anhela por la tuya. No: yo no disfrutaré un momento tranquilo mientras no te abra el camino de la eterna dicha. Si te cegare tu fatal error, ¡me estremezco al pensarlo! yo moriría, porque no me sería per-

mitido, ¡oh hijo mio! darte este nombre, ni tenerte á mi lado. ¡Yo en comunicación con un infiel! ¡Mas apartarme de mi único apoyo de la vida, imagen del malogrado Gonzalo! Moriría de la muerte más infausta, desesperada aun de vivir contigo en la mansión eterna de la vida. Pero si abres los ojos á la luz del cielo, la ilustre casa de Lara renacerá en ti, serás el fundador del vínculo de paz entre dos grandes y devastadas naciones á quien tal vez tu raza dará reyes justos (1).

El llanto inundaba las mejillas del moro, postrado á las rodillas de su nueva madre. «Haced, la dice al fin, que vuestro esposo, que mi amado padre, me conceda volver con vos al solitario asilo donde os encontré; que me permita meditar allí y hallar los medios de que sean felices las únicas personas por quien amo la vida.»—D.ª Sancha se da por contenta. Pide y alcanza el permiso de este retiro, grato á su piedad. Gonzalo le concede con repugnancia y sólo por respeto al religioso objeto de su esposa, pero señala á su hijo un breve plazo para la ejecución del deber que en secreto le ha impuesto. El atribulado y confundido Mudarra, llegando al monasterio solitario, suelta la rienda á su melancolía. Las arboledas de tristes cipreses, los hondos valles, la silenciosa luna ó los sepulcros de sus hermanos, son los únicos testigos de sus penas. «¡Oh lecciones! ¡oh maestros, exclamaba, de la moral y la sabiduría! ¿por qué no estáis de acuerdo con las leyes, las costumbres y las opiniones de todos los hombres, de todos los pueblos? ¿Por qué la especie humana está más dividida entre sí misma que las demás especies? Nazco, y mi nacimiento es un oprobio inevitable en mí. Encuentro un padre, y no me reconoce sino con la condición de cometer un crimen que juzga obligación. Me ordena que asesine á su propio cuñado, á mi tío, al hermano de esta mujer benéfica que me adopta por hijo, pero cuya inflexible religión exige decidida y absolutamente que abandone y abjure la religión mía, la religión de la que me dió á luz, la religión de la patria que me adoptó al nacer. ¿Y yo cometería tan fea ingratitud? ¡Primero morir!

(1) Los de Portugal, según las crónicas.

Pero morir y dejar en la desolación y el abandono aquella misma madre; y esta madre adoptiva que me anuncia su muerte si no la complazco. Mi padre entonces maldeciría con razón mi existencia y mi muerte. Conmigo bajarían á la tumba las esperanzas de dos nobles familias. Las esperanzas que yo propio alimento de dar la paz al afligido pueblo. ¡Oh Dios! ¿por qué permite tu justicia que tan difícil sea ejecutar el bien?» — Así pasaba los días el desgraciado mancebo para quien era otro tormento nuevo la presencia y mirada suplicante de D.ª Sancha. Terminó tan penosa situación la venida de Gonzalo.

«El Conde de Castilla, les dice, quiere conocer á mi hijo. Yo mismo voy á presentarle en su corte. En término de tres días se le devolveré á mi esposa, que juzgará entonces por su sumisión, si merece que le adopte por hijo suyo.»—Mudarra se prepara á obedecer, y D.ª Sancha, al despedirse de él, rompe el silencio que había guardado por tantos días. «No prolongues, hijo, las angustias de tu segunda madre. Los doctos religiosos que aquí habitan me aseguran que estás instruído en los augustos misterios; que tu consentimiento sólo falta para que recibas el agua saludable. Yo he respetado hasta hoy tu silencio á costa de mi sosiego y mi salud. Mira este semblante pálido, estas lívidas mejillas, efecto son de mi inquietud por ti. Así me tiene tu ingrata obstinación. Que no dure más tiempo este martirio. Si es necesario me postraré ante ti para alcanzarlo. Abrazaré tus rodillas y besaré tus pies.» — Diciendo esto cae arrodillada. Su hijo también se arrodilla, la abraza, la sostiene, la ruega que no abuse de su amor. Pero D.ª Sancha se alza. Se desprende de sus brazos. Le aparta de sí, diciendo: «Aléjate de mí, desventurado infiel. Tu ceguedad y mi condescendencia están escandalizando esta religiosa casa. La religión me prohibe en adelante toda comunicación contigo. Déjame descender en paz y en inocencia, si es posible, al sepulcro de mis padres.»—Gonzalo llegaba entonces á despedirse de ella. Gonzalo, que ha escuchado las últimas palabras de su esposa, la ruega que se calme, que no precipite la obra del cielo. Lleva consigo á su hijo, y juntos toman el camino de Burgos.

Entonces es cuando Gonzalo participa á su hijo que ha retado en su nombre al bárbaro Velázquez, y que debe prepararse al mortal duelo. «Padre, exclama el mancebo, ¿para qué pedís víctimas á vuestro hijo inocente? ¿por qué exigís que vuelva á los brazos de su madre adoptiva, de vuestra esposa, manchado con la sangre de su hermano? ¿Debo prepararme por un parricidio al sacramento augusto y primitivo de vuestra religión?» — «Los delitos contra el cielo, replica Gonzalo, admiten expiaciones. Los del honor ninguna.» — «Pero ese honor, señor, ¿no exigiría después otra venganza de parte de la raza de Velázquez contra la raza vuestra? ¿Por qué hemos de dejar tan triste herencia á nuestros descendientes? Si no es dado á los buenos cortar alguna vez esa horrible cadena de rencores, ¿cuál ha de ser el último eslabón?»—«Los débiles arguyen y los fuertes vencen, interrumpe Gonzalo. Tu padre sostendrá el duelo. En él serás espectador cobarde de mi venganza ó mi muerte. Arrojaré sobre ti algunas gotas de mi última sangre con mi maldición.»—Mudarra se estremece de la alternativa horrenda, y no encuentra esperanza sino en su destreza. Combatirá, desarmará al contrario, satisfará á su padre y á la humanidad.

Al día después de haber entrado en Burgos, Gonzalo, llevando á su lado al moro gallardo, se le presenta al Conde de Castilla y á los Grandes que le acompañaban. Velázquez estaba entre ellos. Velázquez osa escarnecer al bastardo; pero éste entonces le recuerda el reto y exige la hora. Los Grandes murmuran entre sí, y deciden á una voz que Velázquez está obligado al duelo. El Conde, á pesar suyo, señala el día siguiente para el combate y los despide cortesmente. Pero cuando la noche ha tendido sus sombras, Velázquez reune todos sus parientes y parciales, hace que le abran una puerta de la ciudad y huye en silencio hacia su fortaleza de Barbadillo, llevando á su esposa, la culpable Lambra, en medio de un escuadrón de caballeros. Gonzalo había espiado todos los pasos de su enemigo, como el lebrel á su presa, para, en viéndola fuera de su asilo, salirla al encuentro y lanzarse sobre ella. Nada quiere decir á su hijo, que descansa retirado en otra estancia; pero en

nombre suyo marcha, reune los guerreros moros que habían quedado en su castillo de Salas, y se oculta con ellos en un bosque sobre el mismo camino por donde ha de pasar Velázquez con los suyos.

Ya la estrella precursora del día centelleaba sobre el horizonte, cuando el vigilante Gonzalo siente y descubre la marcha de la enemiga hueste. «He aquí nuestros enemigos, les dice á los moros. Estos son los asesinos de los Infantes de Lara, hermanos de vuestro jefe.»—La lid se traba á pesar de la oscuridad. Los de Velázquez combaten como caballeros enlazados por el parentesco; los moros como mancebos á quienes ha hermanado la virtud.

Mudarra entre tanto permanecía en Burgos. Después de una inquieta noche sobre un lecho en que su padre le había ordenado permanecer, se levanta con el día, busca á su padre; nadie le responde. Toma su caballo y armas; averigua en una de las puertas que por ella han salido gentes armadas; toma aquel mismo camino, le sigue á todo correr de su caballo, y, al fin, descubre... ¡cielos! su anciano padre en desigual combate con el robusto Velázquez. Grita, se acerca, se pone delante del fatigado Gonzalo, recibe los golpes que Velázquez redobla, y con más certero brazo, traspasa el corazón de aquel malvado. Mas apenas lo ha visto expirar, cuando un sudor helado corre por sus miembros. «¡No evité mi destino!, exclama desesperado. La sangre del hermano de mi madre es la que humea en mi espada.»—Su razón se turba; su cerebro arde; en sus entrañas hacen presa las furias. Agitado por ellas acomete frenético al escuadrón cristiano. Le atropella, le hiere, le desune y le ahuyenta hasta que las fuerzas le faltan, y cae sin sentido. Cuando volvió en sí se halló entre los brazos de algunos de sus compañeros. Los demás, con el implacable Gonzalo, se habían alejado persiguiendo el resto de los de Velázquez, que con su viuda Lambra procuraban salvarse en Barbadillo. Mudarra tiende la vista por el campo. Treinta caballeros de Castilla están allí sin vida. Le horroriza esta escena, y un torrente de llanto viene á su socorro. Pregunta á sus amigos, se informa de las circunstancias, del mo-

tivo de aquel desastre, y pide que le conduzcan á la morada y á los pies de su madre D.ª Sancha.

El monasterio no estaba distante. Los amigos de Mudarra respetan sus lágrimas y sus órdenes. Cerciorados de que no está herido, le presentan su caballo y dirigen la marcha por el camino que ya conocen. En breve llegan. Mudarra quiere al punto presentarse á su madre. Algunos religiosos que arrodillados en la estancia oraban al resplandor de varias antorchas, le impiden la entrada, y le dan á entender que su angustiada madre se hallaba enferma peligrosamente desde el día mismo en que él se ausentó. Mudarra insiste, suplica y porfía. La enferma conoce su voz y quiere cerciorarse de quién es. «Vuestro hijo, exclama Mudarra, vuestro hijo desventurado á quien ya no le falta otra desdicha que la de vuestra muerte».—«Mi muerte es obra tuya, responde la débil madre; tú me obligas á bajar al sepulcro para separarme de ti eternamente.» — «No, madre mía, vivid, no rechacéis los abrazos de vuestro hijo. Si vos no debéis vivir, ¿quién es acreedor á la vida, ni quién sobre la tierra merece ser feliz?»—«No puede ser feliz tu infeliz madre si su hijo no es cristiano.» — «Lo será, madre mía. ¡Oh, si supiéseis el estado de mi corazón!..:» Recuerda entonces, mas no se atreve el moro á revelar un crimen que quitaría la vida á D.ª Sancha. Esta se incorpora en el lecho al escuchar la oferta de su hijo. El celo de la religión la da fuerzas. Mudarra la reitera su promesa, la abraza, la suplica que repose. Ella cede, se apodera de la mano de su hijo, la pone bajo su rostro, sobre la cabecera que la sostiene, y se entrega á un sosiego restaurador. El mancebo, sentado á su lado, la observa en silencio. Advierte que se disminuye por grados el ardor de sus mejillas; la oye respirar en un sueño pacífico, y se entrega á la meditación de su propia suerte. — «Al fin, dice, salvé otra víctima, la más inocente, la más digna víctima de una pasión benéfica. Me llamarán perjuro mis compañeros, tendré que renunciar para siempre á su amistad. Tendré que renunciar para siempre á mi patria, á la amable mansión de mi niñez. ¡Oh Dios de los cristianos! Si ves el triste estado de mi alma, ¡qué intentas, qué dispones de tu criatura! Tú sufres

que mi mano parricida sirva de almohada al sueño del justo.

Tales eran sus varios pensamientos durante el sueño de D.ª Sancha. Despertó ésta, y mirando á su hijo, «no dilatemos, dice, el acto augusto. Yo quiero presenciarle, me hallo restablecida, y mientras los sacerdotes preparan lo necesario, retírate, hijo mío, dispón tu entendimiento y tu voluntad. Serías un sacrílego abominable si así no lo hicieses.»—Mudarra se retira, pero apenas ha dado algunos pasos fuera de la estancia, se presenta á él su padre. «Nuestra venganza no es completa, dice éste: la perversa Lambra escapó de mis manos, perdí la esperanza de poderla alcanzar: mis fuerzas no bastan para perseguirla, pero tengo las tuyas.»—«¡Oh padre mío!, le responde su hijo, ya que logré salvaros de un peligro, y ya que me complazco en miraros ileso, no me queráis lanzar sobre una presa débil é indigna de nuestra atención. Vos no sabéis sin duda que vuestra esposa, mi adorada madre, enferma desde el día de nuestra ausencia, ha tenido la vida en peligro. Que vuestro hijo llegó dichosamente á tiempo de salvarla, y para obedecerla se dispone ahora mismo á recibir el sacramento que ha de reconciliarle con vuestra religión. Venid, padre mío, á dar á vuestro hijo obediente y sumiso la bendición de la mano que debe sostenerle en la presencia de vuestro Dios.» —A estas palabras Gonzalo enmudece, inmóvil y reflexivo por algún tiempo.— «Tendrás mi bendición y la del Cielo, pero júrame antes que si ese mismo Cielo, por sus altos decretos pusiese algún día en mi poder á la pérfida Lambra, á la mortal enemiga de mi familia, no la protejerás ni la sustraerás á mi justa venganza. Esto sólo exijo, no que la persigas, no que me la entregues, no que jures ponerla entre mis manos.» Mudarra intenta en vano distraer y disuadir al obstinado Gonzalo. El anciano se irrita y le aparta de sí con indignación.—«Conozco que estoy vendido, exclama, que mi pérfido hijo es un traidor, que ha revelado el secreto que le confié, que unido con mi esposa contra mí, conspiran juntos con mis enemigos; que todos se conjuran, se rebelan contra mi autoridad, que soy un tirano odioso á mi familia, y que debo abandonarla y morir.» Di-

cho esto, vuelve la espalda y sale precipitado. Su hijo se adelanta, se arroja á sus pies, abraza sus rodillas, le promete sumiso obedecerle en todo. Le jura no oponerse á su venganza.— «No me contento con el juramento, replicó Gonzalo; exijo un documento; sobre el papel y con la pluma que te presento, firma *no protejer á D.ª Lambra ni oponerte á mis órdenes.*»—El hijo obedece y firma. Gonzalo se retira con la fatal cédula.

No era cierto que á Gonzalo se le hubiese escapado su perseguida presa. D.ª Lambra y sus secuaces se habían acogido al fuerte, mas los moros le habían asaltado. Lambra estaba en su poder, pero estos nobles guerreros se habían opuesto á Gonzalo que intentaba darla muerte. En vano había el vengativo anciano exigido y reclamado su obediencia. Los moros se la negaban, y le habían contestado que su jefe era Mudarra, y que sólo por su orden entregarían una débil mujer á su espada. Entonces el cruel Gonzalo vió necesario exigir de su hijo y arrancar de su mano el escrito funesto. Este es el que entregado por Gonzalo á un escudero suyo para que se le muestre á los guerreros moros, va á terminar la vida de la mísera Lambra. Mas la venganza es una desdichada pasión. El placer de su logro es momentáneo. La agonía de la víctima le termina. Así Gonzalo después que ha despachado al bárbaro satélite, ve terminada su funesta obra, y vuelve melancólico é inquieto á la presencia de su hijo.

D.ª Sancha se hallaba con él. D.ª Sancha que había dejado el lecho para presenciar en el templo la solemne ceremonia, exhortaba á su hijo á lanzar de su alma toda duda y no abrigar en ella criminales pasiones, ni siniestras ideas de violencia contra sus semejantes. D.ª Sancha saluda y abraza con ternura á Gonzalo: «conduzcámosle, dice, guiemos, esposo mío, á vuestro hijo obediente hasta el altar del verdadero Dios, que se digna cumplir en este día todos nuestros deseos y proyectos.» — Gonzalo la sigue turbado, ve á su hijo ya entregado en manos de los ministros del templo. Le mira arrodillado sobre las gradas del baptisterio, le contempla entre el humo del incienso. Le parece que oye en las palabras del sacerdote un terrible anatema que

escucha el trueno sobre su cabeza; que ve el abismo abierto para recibirle. Su razón se turba, lanza un lúgubre grito y cae en espantosas convulsiones. La ceremonia cesa. Gonzalo es llevado al lecho de que su esposa no quiere apartarse por más que su afligido hijo se lo suplica. Allí el delirio de una fiebre ardiente hace revelar á Gonzalo lo que la triste D.ª Sancha ignora: lo que ignoraba su hijo todavía. ¿Quién puede describir la situación de esta mujer sensible al saber que su hermano pereció por la mano de Mudarra? ¿Quién el horror de este virtuoso joven al saber que por su fatal firma ha sido D.ª Lambra entregada á las llamas? Tal había sido la orden de Gonzalo, y en aquella hora estaba ejecutándose (1). «¡Dios, exclamaba el moro torciéndose las manos, cada acto de virtud y sumisión filial, me cuesta un delito y un delito inútil! ¡mi padre espira desastrosamente! ¡su esposa va á seguirle detestándome! ¡lo perdí todo sin salvar mi inocencia! Amando la virtud, he tenido que optar entre los crímenes.»

Mudarra perdió sus padres. Pero el huérfano cristiano, fué siempre honrado y benéfico, y en él tuvo principio la ilustre casa de Amalarico ó Manrique de Lara (2).

Nota.—Es digna de notarse una antigüedad que refieren las crónicas respecto á la adopción de Mudarra. El día que se bautizó, teniendo su madrastra D.ª Sancha vestida sobre sus ropas una camisa muy ancha para este efecto, tomó por la mano á su alnado y le metió por la manga de aquella camisa, y lo sacó por el cabezón y lo besó en el carrillo, y con esto quedó por hijo suyo y fué heredero en el señorío de Lara y en toda su hacienda.

Así se entiende el origen del proverbio usado en Castilla: *Metedle por la manga y salirse ha por el cabezón.*

---

(1) Fué apedreada y quemada D.ª Lambra por orden de Mudarra: pero entre su muerte y la de su marido Velázquez hubo más intervalo que el que aquí se supone.

(2) Véase á Mariana y las nónicas.

EL PURGATORIO • ARGUMENTO DE NOVELA • • •

HAY en las partes de España (es quien habla Pedro Venerable, Abad de Cluni) un notable y famoso castillo, el cual por el buen sitio y comarca fértil y abundosa, y gran población en que se aventaja á los demás lugares que le rodean, entiendo verdaderamente que se llama Estella. Vivía en este lugar un ciudadano llamado Pedro Engelberto, natural de Burgos, el cual, por ser muy principal y tener mucha hacienda, moró la mayor parte de sus días en el siglo. Finalmente, tocado de aquél que donde quiere inspira, renunciando al siglo, recibió el hábito de monje en el monasterio que está fundado en Nájera. Éste, delante de los venerables obispos de Bearne y Osma, y de otras personas de mucha religión y ciencia, preguntado por mí, dijo:

«Esto que me preguntáis no lo oí á otro, sino que con mis propios ojos lo ví.

»En el tiempo en que el rey D. Alonso de Aragón tenía el reino de D. Alonso *el Mayor*, Rey de las Españas, ya difunto, sucedió que fué con su ejército contra unos que, en la región que se llama Castilla, le resistían.

»Mandó por público edicto que todos los de su reino, de á pie y de á caballo, fuesen á esta guerra. Echado este bando, hube de enviar en mi lugar á la guerra á uno de mis criados que se llamaba Sancho. Al cabo de pocos días, volviendo á sus casas todos los que habían ido en esta jornada, volvió también Sancho á la mía. De ahí á poco enfermó, y muy en breve murió de este mal. Pasados cuatro meses después que murió, estando en Estella en mi casa á la lumbre, que era invierno, echado en la cama, cerca de media noche, estando despierto, súbitamente el dicho Sancho se me apareció desnudo en carnes, y sentándose á la lumbre y revolviendo las brasas como que se quería calentar ó que diesen

luz para que mejor le viese, conocí y ví claramente que era él.

»Estaba desnudo en carnes, salvo un pequeño y vil trapo con que cubría sus vergüenzas, y como yo le viese así, preguntele: ¿Quién eres tú? él, con voz baja y triste, dijo: Yo soy Sancho, vuestro criado. ¿Qué quieres aquí? le dije: Voy, respondió, á Castilla, y llevo en mi compañía un gran ejército de gentes que me acompañan, para que donde pecamos paguemos las penas que nuestros delitos merecieron. Díjele, ¿pues para qué vienes por aquí? Aun tengo, dijo, lugar de salvarme y alcanzar perdón, y si te quieres apiadar de mí, puedes muy en breve darme descanso.

»Díjele, ¿de qué modo? Respondió: cuando fuí, como sabes, á aquella jornada con la libertad y osadía que dan las armas, entré con otros compañeros en una iglesia y robamos todo lo que en ella hallamos. Traje conmigo los ornamentos, por lo cual particularmente con horribles penas soy atormentado; y así cuanto puedo te suplico como á mi señor me remedies, porque está en tu mano darme descanso, si quieres ayudarme con beneficios espirituales. Demás de esto, te pido que en mi nombre, de mi parte, ruegues á mi señora, tu mujer, que ocho sueldos que me debe de mi soldada me los pague luego, y como sin duda me los diera si fuese vivo para cubrir mis carnes, los dé ahora para remedio de mi alma que sin comparación tiene más necesidad dándolas á los pobres. Y como yo fuese perdiendo el miedo y con deseo de saber otras cosas mayores, añadí preguntándole: ¿De nuestro rey D. Alonso, que ha pocos años que murió, has sabido algo? No sé quien estaba en una ventana, cerca de mi cabecera, que respondió esto: No preguntes eso á ese porque no lo sabe, que ha poco que vino á nuestras partes y no se le ha permitido que sepa ese secreto. A mí sí, que ha ya cinco años que estoy en semejantes espíritus y sé mucho más que ese, que ha poco que vino, y sé lo que preguntas del rey D. Alonso, que como ha tanto tiempo que estoy con ellos, no se me ha encubierto nada.

»Quedé atónito oyendo esta nueva voz, y queriendo y deseando ver quién era el que hablaba, volví los ojos á

la ventana ayudado con la luz de la luna que alumbraba todo el aposento, y vi estar sentado un hombre en el borde de la ventana, de la misma manera y traje que el primero.

»Díjele: ¿Tú, quién eres? Respondió: yo soy compañero de ese que ves ahí, y voy á Castilla con él y con otros que allá van. Díjele: ¿Y tú sabes algo de nuestro rey D. Alonso? Sé, dijo, donde estuvo, pero ahora no sé donde está; porque un poco de tiempo fué atormentado fuertemente entre los reos, después vinieron monjes de Cluni y no sé donde lo llevaron, ni qué se haya hecho de él. Y diciendo esto, volviose al compañero que estaba sentado á la lumbre, y díjole: Levántate de ahí y sigamos nuestro camino: mira que todos los caminos, dentro y fuera del lugar, tienen llenos los ejércitos de nuestros compañeros y han pasado otros con grandísima velocidad: démonos prisa á caminar para seguirlos.

»A esta voz se levantó del asiento Sancho, y con lágrimas volvió á decir lo que primero me había rogado, diciendo: Ruégoos, señor, que no os olvidéis de mí y que á mi señora, vuestra mujer, exortéis que lo que se debía al cuerpo, se restituya luego á la miserable de mi alma. Y en diciendo esto, desaparecieron luego ambos.

»Al punto desperté á mi mujer que junto á mí estaba durmiendo en la cama, y antes que la dijese lo que había visto, la pregunté si debíamos algo de su soldada á nuestro criado Sancho. Respondió ella lo que á nadie yo había oído, sino al mismo Sancho en la visión: que se le debían ocho sueldos; y luego me persuadí ser sin duda verdadero lo que acababa de ver. Y en amaneciendo, me levanté y pedí á mi mujer los ocho sueldos, y añadiendo algo de lo que yo tenía, lo dí á los pobres por el alma de aquél que así se me había aparecido, y mandé decir misas por las ánimas del Purgatorio.»

Esta maravillosa visión fué causa de que, muriendo dentro de pocos días la mujer de este hombre, disponiendo de lo que tenía, dándolo á los pobres y parientes, tomó el hábito de monje en el monasterio de Santa María la Real, de Nájera, que era de la orden de Cluni, que es lo mismo que

San Benito, y allí acabó sus días santamente. Tales esperanzas podemos tener de haberse salvado el alma del rey D. Alonso el Sexto.

Testimonio notable y verdadero que sucedió por los años de 1116, vuelto fielmente de latín en romance por Sandoval, crónica de D. Alonso el Sexto (1).

Este sería el asunto que elegiría yo, entre los infinitos que se encuentran en las crónicas de España, para una novela que pudiera competir en interés y originalidad con la del *Hijo del Diablo* misma.

Pero pues que mi edad y mis achaques no permiten que intente hacer este servicio á la literatura y á mi patria, á lo menos recomiendo esta idea y pensamiento á los ingenios contemporáneos.

En efecto, aquí tenemos cuanto podemos desear.

Tenemos castillo famoso y antiguo; tenemos fértiles y amenos campos; tenemos caballero principal y rico, viviendo conforme al siglo XI; tenemos aparecidos; tenemos dama que se muere de susto; y tenemos, en fin, al caballero viudo y penitente que se mete fraile.

Con tales elementos no se necesita, á mi corto entender, sino un tanto cuanto de imaginación para escribir cuantos tomos se quieran dar al público.

Yo comenzaría la obra por la descripción campestre de una gran cacería en una tarde de otoño. Se oirían las bocinas, ladrarían los sabuesos, y se atropellarían los caballos por una parte del bosque, mientras que por la otra los alconeros al son del cascabel lanzarían el Neblí y el azul Gerifalte, tenderían las redes y sutiles arañuelos de unos árboles á otros y con este motivo trataría á fondo y detenidamente la olvidada ciencia de la cetrería. Aquí también

---

(1) Fr. Prudencio de Sandoval. *Historia de los reyes de Castilla y de León D. Fernando I, D. Sancho, D. Alonso VI, doña Urraca y D. Alonso VII.* En Pamplona. Año 1615. Folios 153 y siguientes. Somoza abrevia y corta el original con frecuencia. Establece algunas variantes ligeras, que dejamos porque son intencionadas. *(Nota del Editor.)*

puede hacerse la pintura de la dama señora del caballero, que ha de ser una hermosa cazadora, con el azor en el puño; pero su belleza (esto es indispensable) ha de ser enfermiza y vaporosa, ha de ser melancólica y amable, ha de tener la sonrisa en los labios y las lágrimas en los ojos, y sus mejillas cuidado que si han de tener color ha de ser color de caña, único color de moda, y aun sería mejor que consultasen ustedes un libro de medicina, al artículo *Clorosis* y trasladasen los síntomas de las *flores blancas*.

Al contrario, el caballero debe de ser la misma robustez, aunque enjuto de carnes, y estas carnes de la que llaman carne de valientes, hombre de pelo en pecho, color de aceituna, mirada rápida y torva, porque debe tener mucho blanco en los ojos, que pueden ser garzos, y con esto y unas cuantas cerdas que salgan de la nariz y con una barba azul y una nuez prominente en el pescuezo, tenemos un perfecto caballero.

Concluída la cacería y al primer claro de luna, que debe tener tres cercos, nos vamos hacia el castillo.

Aquí es de todo rigor una descripción artística, arquitectónica, técnica, del edificio, que constará á lo menos de tres diferentes géneros, porque construído en varias épocas, tiene arquitectura gótica, participa de la arábiga y alcanza á la romana del imperio. Después de reconocido, medido y registrado por dentro y por fuera, desde las almenas á los subterráneos y cisternas, ha de tratarse de reconocer á los habitantes de él, que todos son dependientes de nuestro poderoso castellano.

Aquí hay que clasificar, como en una obra de Historia Natural, diferentes especies y familias: los juglares, los enanos, los bobos, los trovadores, las dueñas, los adivinos, astrólogos, alquimistas y empíricos judíos y otras mil clases de bichos que ya no se usan, y que por lo mismo son sus descripciones de muchísima instrucción y de no poco recreo. Ya estamos en el salón y ya hemos descansado.

LA CENA.

Gran banquete en que deben hallarse reunidos las damas y caballeros que han sido convidados á la cacería, que son los de diez leguas en redondo. Aquí mucha algazara, mucha broma y mucho requiebro, y también muchos celos, mucha envidia y muchos altercados, porque entonces, como ahora, todo esto es, ha sido y será inherente, propio é indispensable á la pobre humanidad cuando se halla en numerosas reuniones. La fiesta debe de concluir por una gran borrachera y aquí dificulto yo que puedan alcanzar nuestros ingenios á la perfección y al gusto de los franceses y alemanes, pero en fin, modelos tienen, procuren imitarlos aunque les cueste un viaje por todo el Norte de Europa, que es en donde esta materia puede estudiarse y poseerse.

Llegamos, en fin, á la parte esencial y al asunto importante del proyecto de novela, porque después de la fiesta que se ha referido, y cuando ya el castillo está en silencio, es decir después de media noche, es cuando debe poner la aparición de las ánimas al caballero Engelberto, que está acostado al lado de la dormida esposa. Esta escena, totalmente histórica, se presta no obstante extraordinariamente á la amplificación y puede sacar de ella infinito partido una imaginación novelesca.

Dice el texto de la crónica que cuando el caballero Engelberto preguntó á una de las ánimas por la del rey don Alonso el Sexto, ésta le respondió: «sé donde estuvo, pero ahora no sé donde está, porque un poco de tiempo fué atormentada fuertemente entre los reos.» Con esta respuesta basta para que, acudiendo nosotros á la historia, y sin faltar á ella en lo más mínimo, presentemos al lector todas las culpas, faltas y pecados por los cuales se vería atormentado el rey D. Alonso.

Podemos suponerle atormentado por la presencia del Cid Ruy Diaz *el Campeador*, que le acusa del odio, enemistad y perjuicios notables con que le persiguió desde el punto de su coronación, solo porque le obligó á jurar su ino-

cencia en el asesinato de su antecesor. Desde entonces, el buen Cid salió desterrado de la Corte, por señas que diz se vió precisado á engañar á unos ricos judíos que comerciaban en Burgos, tomándoles el dinero que necesitó en cambio de unas arcas que les dejó en prendas y que resultaron llenas de arena. Que los héroes por más héroes que sean, también tienen sus tretas. Puede ser atormentado el Rey por la presencia de su propia hija doña Urraca, á quien hizo infeliz casándola contra su inclinación con el enorme animal del rey D. Alonso de Aragón que, como ella misma dice, era un fantástico y cruel tirano, que no solo la había quitado la honra, sino que la abofeteaba y daba de puntapies y que era sacrílego y supersticioso, que creía en adivinanzas y agüeros de los cuervos y cornejas y que huía avergonzado de tratar con hombres sabios, y con este motivo pueden tratar á la larga los interesantes amores de esta reina con D. Gómez Camp de Espina y con el conde don Pedro de Lara, amores tan aciagos como públicos, que si se han de contar con todos sus incidentes de prisiones, combates, traiciones, intrigas y partos, hay para muchos volúmenes, que concluirían muy románticamente con la horrible catástrofe de esta joven reina, que reventó, según dicen, al salir de la iglesia de San Isidro de Burgos, cargada con el robo de los vasos sagrados, aunque esto se contradice por documentos que prueban su muerte natural y pacífica, pero como el novelista en tales casos puede escoger lo más moral y patético, estoy porque reviente de una vez con un pie dentro y otro fuera del umbral de la iglesia, según fué voz pública.

También puede venir á atormentar al rey D. Alonso el Sexto la presencia de la hermosa Zaida, hija del rey moro de Sevilla, á quien burló y engañó D. Alonso, haciéndola convertirse á la fe y cederle muchos pueblos de Castilla, que la dió su padre en dote para casarse con el Rey cristiano, y con quien casó en efecto y aun tuvo de él un hijo, pero el Rey, por consejo de sus obispos y monjes, no la reconoció luego sino por su barragana ó concubina, aunque crió y amó mucho á su hijo D. Sancho, que murió de once años en la batalla de Uclés, y aun le lloró amargamente en

presencia de los cortesanos: «¡Ay meu fillo, meu fillo! ¡Dadme meu fillo, condes!»

Pero lo que más que todo debía de atormentar al Rêy entre las penas de su purgatorio era el lamentable estado en que había dejado el reino de Castilla, puesto por él en manos de un yerno, el de Aragón, llamado *el Batallador,* y que mereció este nombre, destruyendo más el reino que llamaba suyo, que lo habían hecho los moros. Parecería increíble la ferocidad salvaje de este verdugo de su esposa D.ª Urraca, así como de todos los buenos de Castilla y de León, si no se hubieran conservado en Ávila irrefragables testimonios de aquella época de horror.

Mandaba el castillo de Ávila Ximena *la valerosa,* que había adquirido este nombre y este mando defendiendo la ciudad contra los moros en una ausencia de los caballeros, armando á todas las mujeres de éstos y colocándose con ellas sobre las murallas. Su sobrino Blasco Jiménez era el jefe, no sólo de las tropas de Ávila, sino de Salamanca, Segovia y Talavera, que de todos estos distritos era cabeza aquella ciudad fuerte. Y á imitación de este caballero y de su tía y del Consejo de Avila, se refugió á ella el rey niño de Castilla D. Ramón Alonso, huyendo del usurpador padrastro. Éste vino con su ejército é intimó á los caballeros de Ávila que le entregasen el niño; pero ellos le respondieron que le habían alzado por su Rey legítimo. Fingió el tirano aplacarse y solicitó saludar en la ciudad al Rey niño con tal que le diesen rehenes. Los leales caballeros consintieron y dieron cien hijos suyos para que permanecieran en el Real de Aragón mientras él estuviera en la ciudad. Pero al llegar á las puertas significó que no quería entrar, sino que le trajesen allí al Rey niño. Desconfiaron los caballeros de Ávila, y en lugar de traerle, se le mostraron sobre la muralla para que le viese y saludase. El Rey de Aragón saludó desde la puerta y sobre su caballo al niño rey de Castilla y se volvió á sus Reales.

Llegado á su campamento, aquel monstruo, mandando traer á su presencia los cien mancebos ilustres, hijos de los nobles de Ávila que se le habían dado en rehenes, ordenó que á su presencia los hicieran pedazos, complacido él y su

corte en jugar con las cabezas de los degollados, y después los mandó hervir en aceite para mostrarlos é imponer pavor á los pueblos de Castilla. Esta barbarie fué ejecutada en el sitio que hoy llaman Las Fervencias, á la vista de Avila.

Cual fuese el furor y la aflicción de aquella ciudad en vista del acto no es menester decirlo. Blasco Ximénez, el gobernador, se decidió á salir solo á desafiar al rey de Aragón como á traidor y perjuro, sin permitir que los demás caballeros le siguiesen. Sólo el doncel Lope Núñez, hijo de Fernán Núñez, de la noble familia de los Guzmanes, de León, consiguió por favor acompañarle, como paje de sangre, al caballero Ximénez. No alcanzaron al rey de Aragón sino al llegar á Ontiveros, pues había levantado su campo y marchado con su ejército.

Al avistarle, mandó Blasco Ximénez al joven Lope Núñez que se adelantase y le dijese al Rey que un caballero le traía una embajada de parte del Concejo de Ávila. El Rey se detuvo, y Blasco Ximénez se presentó ante él armado sobre su caballo, y en alta voz, que todos le entendieran, retó al Rey en nombre del Concejo de Avila, ofreciendo probarle dentro de estacada «ser alevoso é traidor é perjuro é non merecedor de haber corona é nombre de Rey». En vez de aceptar el duelo, el Rey mandó á grandes voces á los suyos que hiciesen pedazos á Blasco Ximénez, que fué cercado y embestido al punto. Pero él, como extremado caballero, se defendió y revolvió, hiriendo de tal manera, que no había lanza ni espada que consiguiese tocarle, y sólo los ballesteros, lanzándole de lejos muchas jaras, consiguieron acabarle, aunque vengando su muerte cuanto pudo, así como el leal Lope Núñez, y aun parece que mató al hermano del rey de Aragón, según una lápida que se alzó después en aquel sitio, que llamaron el *Hito del Reto*, y en la cual se leía: «Aquí murió Blasco Ximeno, uno de los caballeros serranos de Ávila, el cual, defendiendo su persona, mató hazañosamente á un hermano del rey D. Alonso de Aragón, que tuvo cercada la ciudad y al rey D. Alonso de Castilla, nieto de D. Alonso que ganó á Toledo en ella; (faltan letras,) que con grande lealtad le fué defendida

siendo niño, sufriendo que el rey de Aragón le matase sesenta caballeros que le dieron en rehenes, hervidos en aceite, porque le entregasen al Rey, según más largamente consta por escrituras.»

Esta piedra habla sólo de los caballeros que eran naturales de Avila, y no de los demás muertos, que eran criados del rey de Castilla. Tales eran los horrores en que se veía envuelto el Reino y la familia del difunto rey D. Alonso el Sexto, y que podían en verdad atormentarle, si de ellos era sabedor en el otro mundo.

Pero volviendo á la parte fantástica y visionaria de la novela en cuestión, opino que debiera concluir, después de dar todo el vuelo posible á la imaginación, por la traslación del alma del rey D. Alonso, llevada en procesión por los monjes de Cluni, no sabemos dónde, pero piadosamente debe suponerse que á la gloria eterna, y con esto y el entierro de la dama á quien tan caro costó lo que debía á las ánimas (1), y por remate de drama la toma de hábito de su esposo Engelberto, me parece que no tendría que envidiar el autor ningún último acto de comedia moderna.

Si el autor quiere añadir algún otro episodio sobre aparición de ánimas, puede tomar del mismo cronista Sandoval, y en la crónica misma de D. Alonso el Sexto el siguiente:

En Santo Domingo de Silos, monasterio de San Benito, hay un señalado entierro de los caballeros Hinojosas y una tabla que dice así:—«Era 1108 y en tiempo del Emperador de España, fallamos en Coronica de los reyes que son pasados de este mundo al otro, cuales fueron é qué batallas ficieron por sus manos. Fallamos un rico home, que el dixeron

---

(1) Véase la soberbia descripción de funerales antiguos que hace el académico D. José Amador de los Ríos, no en su célebre obra de su *Historia de los judíos en España*, sino en una impugnación con que se sirvió honrar al autor de estas líneas con motivo de un artículo que éste escribió, publicando en 1841 el testamento de un judío de Alba de Tormes, inserto en el «Semanario Pintoresco Español» del mes de Mayo de 1841.

Munio Sancho de Finojosa, que era señor de setenta caballos en Castilla, en tiempo del Emperador sobredicho é porque foi muy bono é de bon sentido é bon guerrero de sus armas contra los moros, é bon cazador de todos benados. Fallamos que él andaba con so gente á correr monte é ganar algo; que fallaron un moro que había nome Abaddil é con una mora que habia nome Allifra, que eran de alto linaje é muy ricos, é traian muy gran compaña, los cuales iban á facer sus bodas de un lugar á otro, é iban desarmados, porque había paces é obolos de prender á ambos á dos é á toda su compaña é todo cuanto levaban. E como se vieran presos, preguntó el moro que quién era aquel caballero que lo mandara prender. Dijéronle que D. Munio Sancho de Finojosa. E luego vino el moro ante él é díjole: D. Munio Sancho, si tú eres noble, pídote de merced que no me mates ni me deshonres. Voy á facer mis bodas con esta mora. Si lo haces, tu lo habrás, porque por ventura no te pesará.

Cuando esto oyó D. Munio Sancho, plúgole mucho de ello y envió luego á decir á D.ª María Palacín, su mujer, como vaya aquel moro y aquella mora con sus compañas que los acogiese muy honradamente, que quería que hiciesen sus bodas. E D.ª María Palacín mandó parejar muy bien todos sus palacios é recibiolos muy bien, é don Munio Sancho fizo allegar mucho pan é vino é carnes é facer tablados é correr toros é facer grandes alegrías, así que duraron las bodas más de quince días, é después le mandó D. Munio Sancho é toda su compaña muy ricamente é envió al moro é á la mora con toda su compaña, é salió muy honradamente fasta su lugar. E después desto, á cabo de muy gran tiempo, D. Munio Sancho ovo de haber contienda con un moro muy poderoso en los campos de Almenara, cerca de Uclés, é lidiando los unos con los otros muy fuertemente, y matándose y firiéndose de un cabo y de otro, ovieron de cortar el brazo diestro á D. Munio Sancho. Entonces dijéronle los suyos que se saliese fuera del campo y se diese á guarir. E dijo D. Sancho: «Non será así, que fasta aquí me dijeron D. Munio Sancho, de ¡aquí adelante no quiero que me digan D. Munio Manço.» Entonces comenzó de esforzar á los suyos e díjoles: «Ferid, caballeros, é muramos

hoy aquí por la fe de Jesucristo,» é tornaron muy recio en la batalla. Ellos hiriendo é matando en los moros, ovieron de crecer en tanto grado, que los cogieron en medio é mataron á D. Munio, é setenta de sus caballeros é á toda su gente. E en aquel día que ellos murieron fallamos que aparecieron las sus almas, de D. Munio Sancho é de sus compañeros é caballeros, é de toda su gente en la casa santa de Jerusalem, los cuales habían prometido de ir en vida al sepulcro do estuvo nuestro Señor Jesucristo. E un capellán que era del Patriarca, era de aquí, de España, que había conocido antes á D. Munio Sancho, conocióle allá, é díjole al Patriarca cómo era hombre muy honrado de España. El Patriarca con muy gran procesión honrada saliólos á recebir y acogiólos muy bien. E entraron en la iglesia, é ficieron su oración ante el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo.

Fecha la oración, cuando los quisieron preguntar, no vieron ninguno de ellos. Maravilláronse todos qué podría ser é entendieron que eran almas santas, que venían allí por mandado de Dios padre, é el Patriarca mandólo escribir el día que allí aparecieron é mandó á saber á Castilla esto cómo fué é sopieron de cómo murieron aquel día. É en todo esto, el moro á quien don Munio Sancho había honrado en su casa, así como habéis oido de suso, oyó decir de cómo don Munio Sancho de Finojosa muriera en una batalla que oviera con los moros en los campos de Almenara, é vino con toda su compaña muy bien aderezado allí donde fuera la batalla y entre todos conocieron las armas de D. Munio Sancho de Finojosa, é descubriole toda la cara é mandole desarmar, é fallole el brazo diestro cortado é fizole muy bien amortajar é meter en un paño rico é muy preciado, é metiéronle en un muy honrado ataud cubierto de un guadalmecí muy preciado con clavos de plata. É tomolo con toda su compaña á su costa é mesión é trájolo á su mujer. Doña María Palacín é el moro sobredicho trujeron aquí, al monasterio de Santo Domingo de Silos á D. Munio Sancho de Finojosa é enterráronlo en el campo de la Claustra donde está hoy día, en el derecho do fué primeramente el glorioso y bienaventurado cuerpo de Santo Domingo enterrado é el moro fízole facer muy honrrada sepultura, así como es hoy

en día, por la honra que fizo á sus bodas. E de este D. Munio Sancho, padrino de D. Muñoz, fué compadre el glorioso Santo Domingo. Después murió doña María Palacín é su hijo Domingo Muñoz, é enterráronlos con D. Munio Sancho, é después fallamos que Fernando Muñoz fué mayordomo mayor del Emperador D. Alonso de gloriosa memoria, que fué en la era de 1145.

E cuando finó enterráronlo en par de ellos. Sobre la una sepultura están cabalgaduras y gente que las lleva, y en la otra unos bueyes y un caballero que tiraba á un jabalí, del cual está asido un perro. En una piedra de un arquillo, dice: «Hic jacet Maria Palatin, uxor Munionis Sanci de Finojosa.» (1)

COSTUMBRES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XV • TESTAMENTO PÚBLICO DE UN RICO JUDIO VECINO DE LA VILLA DE ALBA DE TORMES, LLAMADO DON JUDA, Y QUE ESTÁ OTORGADO EN EL AÑO DE 1410 (2) • •

YACENDO dolente en el primero punto de su postrimería: Yacendo en su lecho, y cabe él faciendo gran duelo doña Sol, su mujer, fija de Mosen Tuisillo: y junto á su alfolla (3), doña Jamelica, niña de diez años andados de su infancia, y Sadoy y Benxamin, sus fijos. Los ollos del honrado

(1) Sandoval. *Op. cit.*, fol. 101 y siguiente. *(Nota del Editor.)*

(2) Dejamos este documento tal como lo transcribe Somoza; pero recomendamos á los lectores la reproducción más exacta que trae del mismo D. José Amador de los Ríos en su *Historia de los judíos de España y Portugal*, tomo II, apéndice XVIII, página 615. El Sr. Foulché Delbosc trae un texto distinto del mismo testamento, hallado por él en la Biblioteca Nacional de Madrid, en la *Revue Hispanique*, año de 1894, pág. 197. *(Nota del Editor.)*

(3) e junto la su filla. *Amador.*—*(Nota del Editor.)*

viejo puestos en ellos, dijo: Fago mi testamento en señal: fecho valga como cosa fecha en el mundo para el siglo que nos ha de tener.

La muerte non la niego pues tan cierta es. Mi consejo en mis postrimeros días tomaréis, y tomándolo *mando:* que entre vosotros no haya riñas ni maldichos, y vos mando que mantengades buena hermandad y parentesco no postizo, ca mis fijos sodes, si no dígalo la vuestra madre que lo bien sabe. A la cual se de toda credulia como buena que ella es: tál sea mi fin!

Yo doy gracias al alto señor Adonay que fizo todo el mundo que nos mantiene, é que no me fizo bruto y me ha mantenido hasta agora en sus manteneduras: que bueno es é noble el baron que en sus postrimerías é senetud muere para vivir, que ansí lo querrá el Dios, que la mi esperanza siempre fué en el su amor. E pues tierra soy é á la tierra vuelvo, mando que no sea llorado, é que no sea quebrantado. Por mi, vos doña Sol non fagades malandanza por mi, ca yo vos tengo por tal, que aunque vos diera el libelo del repudio non le quisiérades y ansí me lo dijiste *magüer me lo diesedes, non lo tomare que el vuestro zapato es firme porfía de mi corazon.* E yo vos dije: *ansí lo quiero* é lo quiere el Dios, que marido é muger somos, é tres veinte años ha que face agora que nos gozamos é yacemos en uno é muero en el tiempo agradado á todos.

Mi cuerpo sea sepultado y puesto en mortaja y ansí me entierren en el campo dinado do yacen mis antepasados que el Dios buen siglo de, en tierra tiesta ni tañida ni tocada. No me pongan ni de pie ni echado, será fecha en la fuesa una selleta firme donde asienten mi cuerpo y cara puestos á Oriente (1), inclinante al sol y su salida. Siéntase mi muerte por las tres Aljamas, Bonilla, Segovia, Alva (2): bien quisto fuí de mi parentela, y ansí espero ser en el

---

(1) Donde asienten mi cuerpo y, cara puesto á Oriente. *Amador.—(Nota del Editor.)*

(2) Por las tres aljamas de Bonilla, Segovia e Alva. *Idem.—(Nota del Editor.)*

siglo venidero. Digan todos guay guay, que ya murió el que bien facía.

Llevará el Jabulí Namisanto y Mosen Jurisillo y su fijo y á todos les ayudará Samuel, ca mis parientes son. Darles han sendas Aljubas en señal que no se ha olvidado el parentesco; y cantarán el Saum (1) en remembranza del Arca del Testamento de los fijos de Israel porque no se ponga en dudanza que fueron sacados de la catividad terrible. Farán bien á todas las sinagogas y dirán dichos temerosos, tristes de tristeza y con gran gozo, y con gran duelo, á manera de los que dijeron los fijos y fijas de Israel de nuestra ley, que ansí muero en ella como bueno y honrado. Fago mejora á mi fija doña Jamelica, de las manteneduras fasta otros siete años sobre los que hay (2). Quien lo tocare y dijere mal por si lo vea! Ternanla sus hermanos en toda honra porque se vean honrados, fasta que la den marido de nuestra generación; el cual la señalará mayor pariente que sea hermano ó primo: y además de su herencia igualada con mis fijos, llevará de mejora en dote como lo mandan los establecidores de las leyes, cincuenta mil maravedís de la moneda de nuestro Rey D. Juan que el Dios guarde; mas las Alfollas apodadas por los apodadores.

E si el Dios no la diera fijos no es mi intención que lo quiten á Sadoy, ca bueno y cómodo me fué. El cual se aventaje en ello, porque lo quiero yo, que lo merece, que le firieron en Toledo en una pierna con un cuchillo de carnicero é non se querelló de bueno. E quien pasa mal y derrama sangre, que le fagan bien, que pudiera morir é non murió, que el Dios le guardó para hacer bien.

Mis casas en que yo vivo con las Alfollas que en ella son, llevará mi muger y más su dote que nada le falte de ello, y pues es suyo ello la valga.

Hayan todos mis bienes, Sadoy, Benxamin, Doña Jamelica, asegurados por personas de quien los han de tomar, sin reyerta ni engaño, que no es bien, ni el Dios lo quiera.

---

(1) *Jamul. Amador.—(Nota del Editor.)*

(2) Sobre los que ha. *Idem.—(Nota del Editor.)*

Nos Juce, Acebi, Sevi (1), hacedores de esta escritura, le dijimos: el Dios nos lleve por buen camino Don Juda, é vos dé buena postrimería, que habéis hecho como bueno, y sin codicia agora lo dejáis: y él dijo: si dejo, que el mundo faga como mundo; y volvió la cara facia la pared con gran ansia, non lloró que esforzado era, el Dios lo haya en su guarda que muerto es. En el año de mil cuatrocientos y diez años, en la villa de Alva de Tormes. Testigos, Josile, Galga, Lain Navi, Mosen Casa, Sozal Faya, vecinos del testador, y firmámosle con nuestra señal, Juce, Acebi, Sevi.

Este documento me parece curioso, no solo porque declara varias costumbres y ritos judáicos, sino porque manifiesta la libertad y la publicidad con que se permitía el ejercicio de aquella religión en Castilla, y la consideración que disfrutaban varios de sus individuos.

El título de Don que en una escritura pública se da al judío testador y á su mujer y á su hija, título que muy pocos obtenían sino el Rey y la grandeza, prueba que era persona de importancia.

Prueba su mucha riqueza, la suma de maravedises en que mejoró á su hija, porque aunque exactamente no se sepa el valor de esta moneda entonces, se infiere que era muy grande, pues la infanta doña Blanca lega en su testamento á la hija del infante D. Felipe, como legado digno, la suma de dos mil maravedís.

La pompa y solemnidad del entierro del Judío, llevado en el Tabuli, por los cuatro enlutados con aljubas: los cánticos del Tamu y los llantos de Israel y los gritos de guay, guay, formarían aquel día una greguería tal en la villa de Alba, que no la hubiera llevado en paciencia la población si no hubiera sido el muerto persona muy respetable, y si las leyes no hubiesen autorizado semejantes funerales.

Por de contado que él hace su protestación pública de fe judáica, y se recomienda á todas las Sinagogas en general, y en particular á las tres (que llama Aljamas) de Segovia, de Alba y de Bonilla. Esta última villa, que está á una le-

(1) Jucé, Acebí é Leví. *Amador.—(Nota del Editor.)*

gua de la de Piedrahita, era entonces de señorío de los obispos de Ávila, y ni el que entonces lo era, ni el sucesor suyo, que lo fué el Tostado, el más ardiente teólogo de la Cristiandad, escrupulizaban, por lo visto, en tolerar Sinagoga en el pueblo de que eran señores.

Es de notar, en apoyo de la dignidad del difunto y en honor de las leyes ó costumbres de Castilla entonces, que la familia del judío, tenía sus enterramientos propios, comprados, donde reposaban pacíficamente sus antepasados, lo mismo que los tenían las más nobles familias cristianas.

Confirman, en fin, las buenas prendas del israelita varias cláusulas de su testamento, en especial el elogio de su hijo por sus virtudes pacíficas, y aquel tierno recuerdo de amores que dirige á su esposa. Hay en este pasaje, sin embargo, una figura retórica, que además de no ser del mejor gusto, parecerá algo oscura, y es la de los zapatos de D. Juda, tras los cuales se va constantemente el corazón de su fiel D.ª Sol. Yo lo interpreto por un equivalente de irse tras las pisadas del marido y seguir siempre sus huellas aunque éste la repudiase. Sublime encarecimiento después de sesenta años de matrimonio y de una fecundidad tan patriarcal como se ve por la edad de su hija, niña de diez años.

GLORIAS DE PIEDRAHITA Y AVERIGUACIÓN DE UN PUNTO HISTÓRICO NACIONAL • •

El canónigo D. Ramón Cabrera, sabio y laborioso Académico, á quien se debe en gran parte el Diccionario de la lengua y otras obras no menos útiles, se hallaba en Sevilla en el año de 1829, y habiendo sabido que yo había llegado á aquella ciudad, me buscó y me dijo: Quiero valerme de usted, que parece regresará en breves días á Madrid, para que se sirva entregar al amigo D. Manuel José Quintana este libro, que no quiero fiar á los ordinarios ni á los correos y que importa que llegue á sus manos para cuando publique la vida del gran Duque de Alba.

Usted debe saber que se ha ignorado hasta el día dónde nació este célebre genio militar y político. En vano sus descendientes han procurado averiguarlo. En vano, por espacio de treinta años, he hecho yo registrar todos los archivos de la casa de Alba, todos los libros parroquiales de todos los pueblos de sus estados. En balde se ha escrito á Flandes y á Italia para lo mismo, hasta que días pasados la casualidad me ha proporcionado este hallazgo.

En el baratillo de Sevilla, registrando libros viejos, he encontrado éste. Es una obra de medicina escrita por un tal doctor Juan Bravo, natural de Piedrahita y que dedica á dicha villa.

En esta dedicatoria, como usted verá, cuenta entre los blasones de Piedrahita el haber sido cuna del gran Duque de Alba; y este es un documento *fehaciente* en buena crítica, porque no es posible que á los diez años de muerto el gran Duque, hubiese quien se atreviera á imprimir y publicar tal cosa, siendo falsa. Porque el libro está impreso en Salamanca en 1592, es decir, cuando había gentes que habían visto nacer al Duque, y cuando seguramente había de existir en Piedrahita su fe de bautismo.

Así que, Sr. Somoza, puede usted felicitarse, y yo felicito á usted de ser paisano de ese héroe, y de ese genio reconocido por tal en la Europa. Y dicho esto, me dió el libro don Ramón.

Yo en cuanto leí el título, le respondí: creo poder felicitarme de ser paisano de otro genio más; porque el autor de este libro debió ser el genio de la beneficencia. Con sólo haber leído el título, soy ya amigo sincero del doctor Juan Bravo, mi paisano; porque un médico, que empleó su saber y su tiempo en escribir esta obra, debió ser el amigo de la humanidad, el consolador de la indigencia y el enemigo declarado de los embaucadores. Prescindo de si ha desempeñado bien ó mal su objeto, porque no le he leído ni lo entiendo; pero el pensamiento es grande, y debió ser preciosísimo y sumamente oportuno en un tiempo en que la medicina en España tenía, entre otros defectos, el de ser escandalosamente cara.

Los farmacéuticos más célebres eran los que tenían más caudales invertidos en oro y piedras preciosas, que molidas ó calcinadas, ó como mejor podían, hacían tragar á los pobres enfermos, ó más bien dicho, á los enfermos ricos, que los que no lo eran, no tenían que esperar consuelo de la medicina. Y mientras tanto, mi virtuoso paisano recorría herborizando los prados, las fuentes, los bosques y las montañas de Piedrahita, para buscar, recoger y analizar plantas salutíferas y medicinales con que aliviar los padecimientos de sus pobres convecinos. ¡Estas sí que son, á mis ojos, heroicas y gloriosas campañas!

¡A dos dedos veo á usted, Sr. Somoza (interrumpió Cabrera), de poner los emplastos del doctor sobre todas las hazañas del Duque!

Y ¿quién duda, repliqué, que supone igual ó más valor el haber contrarrestado á empíricos avaros, que el haber combatido á los herejes?

Muy bien, dijo D. Ramón al despedirse sonriéndose, tenga usted esa doble satisfacción, y deme á mí la de entregar el libro en mano propia al amigo Quintana.

La dedicatoria de dicha obra á la villa de Piedrahita por mi paisano el doctor Juan Bravo, dice así: «Esta obra dedico á Piedrahita, de cuyo lustre diré algo. Se extiende en término de Oriente á Occidente, desde el Pimpollar á la Avellaneda, y de Norte á Mediodía, desde el río Corneja á las muy altas cumbres de la sierra de Gredos, sobre la que dominan los dos riscos elevadísimos que llaman los Dos Hermanos. En tan dilatado espacio de término se encuentran muchas aldeas, abundantes en cosas necesarias á la vida humama. Hay grandes piaras vacunas y caballares, las hay de cerda, cabrío y de ovejas, de lana sumamente fina, que dan leche de que se hace el exquisito queso que llaman de yerba, así como de la leche de las vacas se hace excelente manteca. Produce Piedrahita frutos de varios géneros y muchas aves silvestres, entre ellas las perdices llamadas de pinillo. Tiene muy dilatados pastos (y montes poblados de pinos, que dan abundantes maderas para la edificación de casas á Salamanca y á otros muchos pueblos); tiene bosques en que se crían y mantienen animales de caza,

conejos, liebres, gamos, ciervos, jabalíes, tejos y cabras monteses.

Tiene ríos de veloz corriente y muy cristalinos, que abudan en truchas: el Corneja, el Alberche, el Tormes; omito otros varios.

El Corneja corre casi por todo el valle del que ha tomado el nombre de valle de Corneja: este río entra en el Tormes cerca del puente de Congosto. El Alberche, en el distrito de San Martín de la Vega, donde nace de una fuente en la vega de Cortos, llamada la fuente de Alberche, de la que toma su nombre, corre hacia el Oriente por dicho término de Piedrahita; y después á poca distancia de las faldas de la montaña del Pico, corre largamente al Mediodía, y más arriba de Talavera, como á media legua se junta con el río Tajo. El Tormes ha tomado este nombre por correr por peñascos y rollos grandes y redondos que los habitantes llaman *tormos*. Nace de tres lagunas una gran fuente cerca de Navarredonda, aldea de Piedrahita; de allí sigue por otros muchos pueblos, recibiendo en sí otros muchos arroyos y gargantas hasta llegar á Salamanca, y por último sigue corriendo hasta entrar en el Duero por bajo de Ledesma. Es Piedrahita fértil, rica de fuentes, abunda en saludables yerbas, y no es frecuentada de animales dañosos. Está fundado el pueblo al pie del monte llamado *de la Jura;* mira al Norte con exposición á los vientos regañones, de que resulta no sentir nunca la peste, batidos por estos vientos los efluvios infectos que pudieran ocasionarla.

Está rodeada de amenísimas huertas que producen esquisitas frutas, y también de verdes prados; defiéndela un castillo y una gruesa muralla; la distinguen dos conventos y una célebre iglesia. Está hermoseada con anchurosas plazas adornadas de muy hermosas fuentes con estendidos barrios y edificios construídos con el mejor orden; los que son en tanto número que no en todas partes han dado lugar á la muralla. Tiene dicha villa sujetos inclinados á todo género de ciencias, y á propósito tanto para las artes de la paz como para la guerra, de los que bastará citar solamente uno: D. Fernando de Toledo, Duque de Alba y señor de Valde-Corneja, que nació en Piedrahita, de D. García de Toledo,

hijo del duque D. Federico y de doña Beatriz Pimentel, hija del Conde de Benavente. Sus hechos ilustres son tan conocidos, la dignidad y la grandeza de ellos tan á la vista de todos que no necesitan de alabanzas mías; pero debemos, sí, congratularnos con la patria Piedrahita de haber producido semejante hijo y señor.»

El doctor Juan Bravo, en la dedicatoria á Piedrahita de su obra «*Simplicium medicamentorum præparatione,* impresa en Salamanca, año de 1592.»—Es copia del ejemplar que obra en poder del señor D. Manuel José Quintana á que me remito.

EL CAPÓN • NOVELA HISTÓRICA Y NACIONAL • • • (1)

Á mediados del siglo pasado, en una noche de la Primavera, se paseaba en el Retiro la camarera de la reina María Bárbara con el Marqués de la Ensenada, primer Ministro de Fernando el VI. Ni uno ni otro se alejaban del Real Palacio por si preguntaban por ellos los Reyes, que se hallaban en la ópera. Ejecutábase ésta en el gran teatro contiguo al mismo Palacio, que estaba suntuosamente iluminado como todos los contornos.

—¿Canta Farinelli? (2)—preguntó el Ministro.

—Sí—dijo la camarera,—y por eso me he salido.

---

(1) La edición de Salamanca de 1844, lleva la siguiente dedicatoria:

AL SR. D. SALUSTIANO RUIZ

Piedrahita 26 de Agosto de 1844.

Pues que desea usted, amigo mío, que ese manuscrito se publique y venda á beneficio de la Escuela de párvulos de mi madre Salamanca, imprímase á ese fin enhorabuena, pero con ésta al frente como dedicatoria, para que el público vea que no soy yo, sino usted, quien juzga que merece la luz pública semejante impertinencia.

Es de usted siempre amigo B. S. M.—JOSÉ SOMOZA.—*(Nota del Editor.)*

(2) Farinelo le llama Samaniego en la fábula del Ruiseñor.

—¡Cómo, señora! ¿No os gusta oir la mejor voz de todo el universo, según voto general de españoles y extranjeros?

—Me enfada, Marqués, me irrita—dijo la camarera;—la profusión, los gastos, las locuras que ocasiona este hombre que..., ¡ni aun hombre merece ser llamado! sino como le llama por ahí todo el mundo.

—Tenéis manía al pobre Farinelli—dijo el Ministro,—que no es culpable en ninguna manera de que SS. MM. tengan pasión por la música, y hayan formado el empeño de dar tan á menudo estas funciones magníficas, que en efecto salen caras. Yo que veo, y que tengo que pagar las cuentas, sé lo inmenso de los gastos de las iluminaciones, de los helados que se distribuyen á todos los espectadores, de los fuertes asignados de las cantarinas, que se traen de Italia á peso de oro.

Pero hay que hacerse cargo de que esta monarquía es la más rica hoy día de toda la Europa, porque ninguna tiene ciertamente cinco mil millones de reales en Tesorería, como hay en la nuestra, y no es de extrañar, por tanto, que sus reyes absolutos quieran mostrarse magníficos. No es culpable, repito, el pobre Farinelli, y digo más, que sería difícil encontrar un privado como él, que no hubiera abusado del favor en dos reinados, porque sabéis que en el de Felipe V privó Farinelli, como en éste, y Farinelli, hoy día, es meramente un músico, sin más honores ni condecoraciones, y sin que los reyes y reinas, sus admiradores, hayan seguido el ejemplo de Felipe IV, que dió al célebre pintor Velázquez la llave dorada y el hábito de Santiago.

—Idea feliz, Marqués—exclamó la camarera,—y ofrezco promoverla. Quiero ver cómo la corte y la nobleza española sufre el último golpe de degradación, y que el reino vea armado caballero á un... En esto los clarines dieron señal de que la guardia hacía movimiento.

Las puertas del teatro comenzaron á arrojar grupos apiñados de espectadores.

Las carrozas y sillas de manos circulaban á la luz de las hachas de viento, y el Ministro y camarera entraron en palacio por una puerta excusada.

Esta tal camarera referida estuvo para casarse de joven con el ministro Marqués de la Ensenada, galán que entonces no era ni ministro, ni marqués, por lo cual los parientes de la novia no habían permitido tal enlace, y para separarla totalmente la habían puesto en Palacio. En efecto, el amor es como el hipo, que se suele curar con un susto, y así en una gran borrasca, ó en un combate de mar, nadie piensa en sus amores; por lo tanto, esta señora logró curarse en la corte, que es una borrasca y combate perpetuo. A su amante le sucedió otro tanto con otra medicina, que fué poner tierra al medio, pues pasó á Italia de Secretario del Almirantazgo, que obtuvo del infante D. Felipe cuando iba á posesionarse del Estado de Parma y Plasencia. Pero en el año de 1743, habiendo muerto D. José del Campillo, Ministro de Hacienda, Guerra, Indias y Marina, y no sabiendo los reyes de quién echar mano para reemplazarle, la ocurrió á la camarera proponer en conversación á su antiguo amante, y no fué este pensamiento sugerido, en verdad, por el amor, sino por el orgullo. Quiso que sus parientes, acatasen, admirasen de ministro al que habían despreciado de escribiente; y la mera insinuación de aquella camarera bastó á hacer un Ministro universal, porque entonces aún no había el engorro y cabronada de tener que andar á caza de mayoría en las Cortes. Convertido en ministro el amante, no le volvió á mirar como tal la camarera, porque, desengañémonos de vulgaridades, en la corte el amor es la divinidad más subalterna; le miró como su criatura, como su obra, como baluarte y máquina de guerra para imponer, vencer y destruir al enemigo. Ella le hizo Marqués de la Ensenada; ella logró que obtuviese la gran cruz de Malta; ella, en fin, consiguió condecorarle con el Toisón de Oro; porque pensar que el mérito, aunque grande, del ministro, bastó para escalar este estrellado cielo fuera otra vulgaridad. Los grandes, ya se ve, se pusieron furiosos, pero tanto mejor; ¿de qué sirven las honras y las distinciones, si no hacen reventar de envidia y de despecho á los demás? Para lograr este dulce placer, y humillar más y más á la grandeza, adoptó la camarera la idea de elevar á caballero al músico Farinelli, aunque le aborrecía, ó, más bien dicho, porque le aborrecía.

Este había tenido la fortuna, no obstante su favor y su influencia, de no excitar la envidia ni la malevolencia general, fuese por no juzgarle digno de ella, ó fuese porque él había acertado á evitarla.

Porque había la singularidad de que Farinelli era filósofo, y de la escuela de Sócrates, por temperamento. Jamás había querido alternar con los altos señores. Jamás habían logrado éstos que se sentase á su mesa, aunque habían formado empeño en ello. ¡Dudábase si esta resistencia era dignidad propia ó humildad! Una vez oyó decir á un oficial de la guardia al entrar en el cuarto del Rey: para este histrión es el favor, y yo me veo sin premio con treinta años de servicio.

Volvióse hacia él Farinelli, y le dijo: —Nos veremos esta tarde, porque he oído lo que habéis dicho.

El oficial le aguardó, esperando una querella, ó temiéndose un arresto; mas Farinelli le presentó el diploma del grado superior que le correspondía (1).

Tal era el sujeto con quien la camarera tenía antipatía, y no era de extrañar, porque la filosofía no es la más amable y seductora prenda para agradar á una dama de corte, sobre todo en un sujeto como Farinelli.

Ello es que tanto instó la camarera á su ama, y tanto ésta dijo al Rey sobre lo conveniente que sería al decoro del trono que fuese el favorito caballero, que á los pocos días la Comendadora de las Calatravas recibió por un alabardero de medias encarnadas una real orden, en la que se la prevenía hiciese preparar lo necesario en la nave de la iglesia para recibir y armar caballero de la Orden al Sr. Brosquio de Farinelli.

Sorprendida la celosa superiora, que sabía, aunque por alto, la calidad del neófito, cometió la imprudencia imperdonable de comunicar el oficio á todas las señoras de la casa y reunirlas para oir su consejo, manifestando, desde luego, su opinión de que se representase luego, luego á S. M. la incompatibilidad é incompetencia del agraciado. Abrióse la sesión sobre el asunto, pero como la mayoría de las freiras

(1) Véanse los Diccionarios Biográficos.

no conocía á fondo el motivo esencial en que la superiora fundaba su oposición, sucedió lo que en los Parlamentos, cuando un ministro presenta su proyecto de ley, del cual no puede dar al público el motivo, y cada orador divaga y se extravía miserablemente, dándose una en el clavo y ciento en la herradura. Suponían que la dificultad consistiría en las pruebas de nobleza, y que de lo que en esto se trataba era de conservar el decoro de la Orden, como en los primeros tiempos. Mas este motivo loable no las pareció á muchas suficiente, y esto decían aquéllas en quienes más que un noble orgullo dominaba actualmente la curiosidad de ver celebrar una función concurrida y magnífica de recepción en que hacía el primer papel el sujeto más célebre del reino; pero otras en quienes dominaba la pasión no menos fuerte de la vanidad, estaban firmes, tercas y tenaces en rechazar á un miserable músico extranjero. La superiora, en fin, creyó fijar la cuestión diciendo, aunque con suma repugnancia, congoja y empacho:

—Señoras, no hay que cansarnos, es *irregular*. Y se cubrió con el manto, como el gran Pompeyo, porque el color del semblante no la hiciese traición en aquel trance.

—¿Irregular?—exclamó una imprudente joven.—¡El dulcísimo nombre, y qué gran testimonio! Le he visto yo de Aquiles, con tonelete y vestido de punto de color de carne, y es un mozo completo que parece hecho de cera; por señas, que primero salía de mujer, con su querida y las demás mujeres entre quienes vivía disfrazado, porque es muy bonita idea la de aquella ópera, y si bien parecía de princesa, mejor parecía de héroe cuando tenía que separarse de su enamorada, que todas las señoras que le vimos y le oímos nos desgarrábamos á llorar á gritos!

—Niña, bajo el precepto de obediencia os prohibo decir más tonterías—exclamó la presidenta;—y crea la comunidad que tan incapaz es él de ser caballero, como el gato que yo tengo en la falda: y tomó el gato irregular en brazos y levantó la sesión.

Pero aquella sesión acalorada, con todos sus incidentes, no era, digámoslo así, sino como una charada propuesta á la imaginación, á la curiosidad, á la combinación de jóve-

nes inexpertas, mientras que las señoras ya maduras se retiraron deplorando en silencio el compromiso de las circunstancias y las consecuencias lamentables que podría originar, porque evidentemente había un pronunciamiento general á favor del novicio caballero. Hubo al anochecer corros y grupos en los claustros, hubo carreras, chillidos, pellizcos y abanicazos; cerráronse las puertas de las celdas, los faroles se apagaron, las patrullas de porteras tuvieron que retirarse y fueron, en fin, chicheadas y llamadas viejas todas las autoridades en esta criminal noche. Sólo la sacristana se mostró serena, decidida y firme, y empuñando el cordel de la campana, dijo: *De aquí no pasa la revolución;* voy á tocar, y todas nos perdemos. Así aquel almirante, cuyo nombre no tengo presente, salvó el honor de su tripulación amotinada, amenazando dar fuego al almacen de pólvora. Porque á los grandes genios les es dado el conocer que para dominar la multitud (las turbas) en sus grandes disparates, el remedio es oponer, en lugar de la razón, un disparate mayor.

Pero la superiora al día siguiente dió á este grave negocio otro giro más fino y diplomático, que fué copiar la orden de S. M. en oficios dirigidos á los comendadores de la Orden, *para su inteligencia y efectos consiguientes.* Esto sólo fué bastante para que se levantase una tempestad deshecha. Se escandalizó la España; en Madrid hubo juntas, discursos, protestas, exposiciones de los caballeros, y canciones y pullas, y pasquines de los que no lo eran.

A estos les contestaron los alguaciles y los mosqueteros. A los primeros impuso silencio el Rey, diciéndoles que él era el gran Maestre y que se conformasen con su voluntad, pues se habían conformado con la de un grande de España que cruzaba caballeros á todos sus pajes, aunque fuesen hijos de sus aperadores.

Cesó así la oposición, pero no el descontento. Se dividió la corte, el clero, la nobleza y el palacio. Sólo la camarera se aplaudía y triunfaba, porque había conseguido malquistar á los grandes con el Rey y hecho odioso al privado con el público, y el tramar dos enredos á la vez es la obra maestra de la intriga.

Por lo que hace á Farinelli, se ha dicho que era filósofo; pero no precisamente de la secta de Epicteto, que advertía á su contrario no le rompiese la pierna, y cuando se la había roto le hacía ver claramente lo justo de su advertencia. Farinelli creía lícito evitar que le rompiese los huesos la señora camarera, á la que conocía como á las teclas mismas de su clave. Y conocía que le odiaría siempre. Por otra parte estaba muy cansado de la vida de la corte, y más de la corte aquella, en la cual cada día que pasaba era su cargo más dificultoso, pues era el de divertir á dos reyes enfermos y aburridos, é incapaces de gozar ningún humano contento. Así podía decir como Platón, cuando dejó á Dionisio: voime porque no puedo hacer de un rey un hombre. Desde la muerte de Felipe V había solicitado su retiro en vano; en vano había suspirado por su país nativo; pero hoy que comenzaba á ser aborrecido del país en que se hallaba, y al que no le ligaba ninguna obligación, creyó que se debía aprovechar de la ocasión que se le presentaba y sacar para su libertad todo el partido que la antipatía misma de la camarera le podía facilitar, si él tenía sagacidad para darla dirección. Hecho su plan, buscó á la camarera, y la dijo:

—Señora; sé muy bien cuánto debo agradeceros por haber conseguido que SS. MM. me honren con el hábito de Calatrava; mas para que esta honra tenga efecto, falta una circunstancia indispensable en ley y conciencia, que es obtener una dispensa que me habilite en forma para recibir la Orden. No se ha tenido presente semejante requisito, que nos expondría á un desaire á vos y á mí y aun á SS. MM. á quienes he resuelto pedir la licencia para ir á impetrar yo mismo el breve; y como pudieran tener alguna repugnancia en concederme el permiso, desearía vuestro favor é influjo para conseguirlo. Quiero confidencialmente manifestaros toda mi intención. Conseguida la dispensa, os la remitiré y os suplicaré tengáis la bondad de presentarla para que se me reciba caballero, á despecho y pesar de todos los comendadores del reino, y me cruzaré en Italia, porque quiero deciros en secreto que jamás volveré á España. Estoy decidido á vivir y morir en mi país, y depende de vuestro favor que yo logre este objeto, que ya comprendéis se

debe reservar, y que no os descubriera si no concibiese el interés que tomáis por mi felicidad.

Atenta y silenciosa escuchó la camarera esta confidencial exposición en que vió el cielo abierto para sus propias miras, y la costó trabajo contenerse en demostrar su alegría.

En efecto, librarse para siempre del odioso favorito que la había quitado á su entender la privanza absoluta, á ella y al caro Marqués, era el acontecimiento más dichoso de su vida, y por colmo de ventura su enemigo mortal tendría que quedar agradecido y confiado en su amistad. Así es que, después de las generales protestas de dolor, persuasión, reconvenciones y otra andanada de embustes, cuyos fuegos apagó él con redobladas instancias, se dió por convencida la astuta camarera de las razones del solicitante aún más astuto que ella. Separáronse pues, para ir á trabajar los dos á una, pero la camarera se propuso hacerlo sin dar noticia la más mínima de ello á su amigo el Marqués, de cuya honradez y buena fe desconfiaba en sus intrigas. Esto era lo que había previsto Farinelli, que por su parte reservó este secreto al Marqués, temiendo de su amistad que se opusiera á su ausencia. Esta era la vez primera que el bueno de Farinelli usaba de estas reservas, dobleces y reticencias tan agenas del carácter con que le hemos delineado, y no se creyó culpable en su moral y en su filosofía, pues que se hallaba en la situación crítica de verse expuesto á la burla, y aun al odio público en el acto de admitir una condecoración ridícula para él, y que no podía excusar sino fugándose. El amor se vence huyendo, decía Mentor á Telémaco, y yo digo lo mismo de la corte, y la diosa de la sabiduría creyó lícitas las tretas y aun los chismes para salvar á su héroe de la corte de Calipso. Queda por tanto asentado que se puede usar á veces de la intriga defensiva; ¡pero cuenta! que el permiso se limita únicamente á aquellos casos extremos en que tiene que salvarse el honor ó libertad.

Salvó uno y otro nuestro héroe logrando, aunque á duras penas, permiso temporal para marchar á Italia, y púsose en camino al día siguiente.

Entrando aquel día el Ministro á despachar con el Rey, le halló de muy buen humor, cosa notable, atendida su habitual hipocondria, y dijo S. M.:

—Marqués, si hubieras venido antes, te hubieras divertido. Estaba aquí Farinelli, cuando ha entrado el padre Puga á hacerme presente que esperaba se suspendiesen las funciones de ópera, en atención á haber comenzado el tiempo cuadragesimal, y como es tan opuesto á estas fiestas profanas, nos lanzó una filípica contra ellas y sobre sus perjuicios en la Cristiandad.

A mí se me ocurrió decir á Farinelli, que por qué no salía á la defensa de su profesión y de los poetas dramáticos tan mal parados por el padre Puga. Farinelli, á quien no falta presencia de ánimo, talento é instrucción, dijo:

—Si su reverencia dirigiera tan sólo contra mí sus invectivas, nada tendría que decir; pero ha denigrado á hombres y escritores respetables, entre ellos á mi amigo Metastasio, autor de las grandes óperas que V. M. oye y yo ejecuto.

De aquí entabló un discurso en defensa del teatro y de la música que le hizo sudar al padre; entre otras cosas le dijo: que la moral de las óperas de Metastasio era tan pura como la de los mismos Santos Padres, y que era la Atalia de Racine tan religiosa y tan edificante como las meditaciones de Fray Luis de Granada. El padre se atrincheró en lo absurdo de la mitología, mas le desalojó mi Farinelli, probándole que si tales fábulas eran perjudiciales y pecaminosas, se debían quemar los cuadros que hay en este gabinete, como la mayor parte y los mejores de mi Real Palacio, y derrocar las estatuas más célebres de Roma y de la Europa.

Pero replicó el padre, que ese era un grande abuso de las artes, y que quien había abusado más era la poesía y la música; mas le tapó la boca Farinelli diciéndole que quien más abusaba de la música eran ellos, reduciendo á los hombres al estado de no serlo; que suya había sido la invención de este obsceno sacrificio de sangre humana en la Europa, y añadió S. M.:

—Debo confesar, Marqués, que tú has hecho grandes cosas en los diez años de tu ministerio. Desde la paz de 1748, se ha creado una marina de cuarenta y cinco navíos de lí-

nea, veinte fragatas y otros buques de guerra con materiales en los Astilleros para otros treinta navíos con artillería y jarcia, y 40.000 marineros matriculados.

Se ha construido el gran camino de Guadarrama y el de Santander aún más dilatado. Se edifica la gran plaza de Figueras.

Se han concluido siete leguas del canal de Castilla: se forman los suntuosos Arsenales del Ferrol y Cartagena. Se han llevado á cabo empresas científicas, cual la de Ulloa y de D. Jorge Juan. Se ha concluido otra obra aun más difícil y útil que todas las otras, el gran concordato, en que se ha conseguido lo que no esperó ni logró todo un Fernando el Católico, ni todo un Carlos V.

Y se trabaja en la alta empresa de la única contribución, y no se han aumentado para hacer todo lo dicho las contribuciones existentes, antes se han disminuido.

Pues bien, Marqués, escucha un gran secreto: todos tus proyectos, tu celo y tus desvelos hubieran sido inútiles, porque los envidiosos é ignorantes me los desfiguraban, me los convertían en irrealizables ó perjudiciales, si no hubiera existido y estado á mi lado el amigo Farinelli. El, á quien yo preguntaba, porque sabía su probidad y buen juicio, me los aplaudía, me los aclaraba, me los persuadía con una convicción tan elocuente, tan acalorada, tan decidida por el bien público, que superaba y vencía mi irresolución.

Porque ese monaguillo es una gran cabeza y un corazón grande, y la menor de sus prendas es la excelencia en su arte.

Ya en tiempo de mi padre, que le amaba como yo, hizo grandes servicios, y vez hubo que solo él logró sacar á aquel Rey de sus negros accesos de melancolía, y reducirle á asistir al consejo y al despacho (1). ¡Quién diría que el celo cívico por la felicidad pública se halla en el favorito, en el Capón de mi real capilla y cámara! Y se rió S. M. que estaba de buen humor como se ha dicho.

---

(1) Véanse los diccionarios biográficos.

El Rey dijo además al Marqués que Farinelli marchaba á Italia aquel día en virtud de permiso que con mucha repugnancia le había concedido, sólo por complacer á la Reina su esposa, á quien se había pedido con instancia este favor.

Sospechó al punto el Marqués que en esto podía haber intervenido la camarera, y así, en la primera ocasión que la habló procuró averiguarlo, diciéndola que en el viaje de Farinelli había perdido el mejor amigo y el principal apoyo de su ministerio.

—Vuestro mejor amigo y principal apoyo—dijo la camarera,—ha sido y será siempre la persona que os hizo ministro.

—Vos, señora, me hicisteis ministro, pero no buen ministro como él me ha hecho apoyando mis ideas por la felicidad pública.

—Reparad, Marqués, que cuanto mas agradecido os manifestéis á él, tanto más ingrato os descubrís conmigo, que me he ocupado y me ocupo tan exclusivamente de vuestra fortuna y gloria.

—No soy ingrato, señora, soy sincero y franco; á vos os agradezco mi fortuna, á él le agradezco mi gloria.

—Pues sabed, hombre ciego y desaconsejado, que por vuestra gloria misma me era odioso el favorito á quien se atribuía una gran parte de vuestros pensamientos y de vuestros actos en el ministerio. Quiero que sólo vos tengáis la gloria de vuestros aciertos.

—Yo agradezco, señora, ese deseo si no pasa de tal, pero si habéis influído para proporcionarme ese aumento de gloria que vos suponéis, permitidme que os prevenga que me será imposible conseguirla, porque es imposible que haya buen gobierno si toman parte en él las camareras.

—No lograréis irritarme, Marqués, y aunque debiera ofenderme ese lenguaje, sólo os diré en buena paz y amistad que los más gloriosos de nuestros reinados son aquéllos en que las camareras han intervenido. Decidme: ¿qué hubiera sido de la gran Isabel la Católica, á no ser por el influjo de doña Beatriz de Bobadilla, su camarera? Ni aun hubiera sido Reina, ó al menos no se hubiera realizado la reunión

de Castilla y Aragón; pero aquella camarera, que amenazó coser á puñaladas al gran Maestre de Calatrava con quien iban á mal casar á Isabel, fué quien deshizo la trama urdida por sus contrarios. Ella (porque debió ser un demonio en intriga y osadía) fué quien salió de Segovia disfrazada de aldeana, y montada en un borrico para decir á Isabel que viniese de secreto para reconciliarse con el Rey, su hermano.

—Cierto—dijo riéndose el Marqués,—y aun pudiérais añadir una travesurilla más de la tal camarera, y es lo que pasó el día de la reconciliación, en que el Rey con Isabel comió en casa de D. Andrés de Cabrera, marido de la tal doña Beatriz, pues desde aquel momento el rey D. Enrique no volvió á ser de provecho, muriendo á poco tiempo, y las sospechas de envenenamiento sabéis que fueron vehementes.

—Eso no está probado,—dijo la camarera algo cortada,—además de que el tal rey D. Enrique se había hecho acreedor á cualquier cosa, por lo malo y por lo tonto. Su mujer era mala, malísima, pero estoy en que no la merecía. Y luego aquel engorro de la Beltraneja, tan pronto hija legítima como adulterina, y por añadidura el D. Beltrán, que tan pronto cortejaba á la Reina como al Rey... ¡Digo, que era una familia que me río yo de la de los gitanos en las noches de ferias!

—Sabéis la historia—dijo el Marqués despidiéndose,—pero estudiad en la contemporánea de la Princesa de Ursino, y hallaréis el paradero de la más influyente y diestra camarera.

Mientras esto pasaba en palacio, y apenas se publicó que había salido de Madrid Farinelli, cuando los embajadores extranjeros, y al frente de ellos el de Austria, determinaron aprovechar la oportuna ocasión de su ausencia para lograr la caida del ministro Marqués de la Ensenada, que por espacio de diez años, les había impedido disponer de la España como era costumbre. Suponían que el favor de Farinelli sería quien hubiese sostenido al ministro, y esto era de inferir en buena diplomacia, en el mero hecho de ver que no habían sido enemigos el ministro y el privado.

Para dar fuego á la mina que cargaban era menester buscar un personaje que en la monarquía española tuviera re-

presentación, carácter y decisión, y evitar que llegase á sospechar que iba á ser el instrumento de intereses extranjeros.

El Duque de Alba, fué el que les pareció más apropósito, y esto por la razón especialísima de que era enemigo declarado de los jesuítas. Estos padres, según las últimas nuevas, se aseguraba haber insurreccionado el Paraguay y levantado ciento y cincuenta mil neófitos armados. Esta alarmante noticia, llevada al Duque de Alba por un conducto nada sospechoso, le hizo presentarse al Rey, y decirle franca y enérgicamente el estado de aquellos dominios y el de su corona. Para convencimiento y prueba irrefragable, puso en manos de S. M. una moneda con el busto y nombre de Nicolás I, y en el reverso el bonete jesuítico.

La impresión que esta novedad causaría á un monarca ya débil y enfermo, es fácil de suponer; pero aun fué mayor la impresión que causó á la reina María Bárbara, no sólo por su carácter, sino porque sabía ésta que contra su hermano el rey de Portugal se estaba predicando el regicidio por el padre jesuíta Malagrida, que anunciaba en el Rey al Ante-Cristo; en cuya virtud fué después el monarca acometido á balazos en su coche, á cuya rapidez debía sólo el no ser asesinado.

Creyéronse pues los Reyes vendidos y destronados, y creyeron primer cómplice á su primer ministro, como es uso constante y general en todas las monarquías de países civilizados. Así fué que el Marqués de la Ensenada se vió al entrar en su coche cercado entre bayonetas, y llevado á una prisión públicamente; en tanto que su casa, rodeada de centinelas, era allanada y todos sus efectos registrados é inventariados.

Inútiles fueron todos los pasos, todos los manejos de la infatigable camarera á favor de su querido Marqués; lo que consiguió su celo fué que se la creyese sospechosa, y que su ama, en un acceso de cólera, la mandase prender é incomunicar. Y esta pobre señora aunque inocente sufrió no sólo las penalidades anejas á una prisión, sino las del amor propio que debe padecer todo intrigante que se ve envuelto entre sus propias redes, el despecho que da el convencimiento de

no saber el arte en que uno ha colocado toda su vanidad, la eterna y roedora humillación de un autor silvado ó de un orador que se queda sin gente. ¿Cuál era el efecto de la maquinaria, empleada sólo para elevar á su ídolo? Haberle hecho caer en tierra por haber removido y separado el pedestal en que se sustentaba. Y este ídolo ya caído iba á ser hecho pedazos por el hacha del verdugo.

La causa que se formaba activamente al Ministro presentaba un aspecto fatal. El Marqués de Valdelirios, que mandaba las tropas españolas en el Río de la Plata, acababa de llegar á Madrid y declaraba que los sublevados en el Paraguay habían acometido y derrotado á las escasas fuerzas que se les pudieron oponer, y de este azar se hacía un cargo al Ministro, que en vano había aconsejado la expulsión de los jesuítas.

Además se le acusaba de haber dado orden al jefe de escuadra D. Pedro de la Cerda para apresar los buques extranjeros que cruzasen por nuestras colonias, aunque lo que se les impedía era sólo el ilícito comercio.

Se le acusaba de haberse enriquecido á costa del Estado, aunque todo el inventario de sus bienes sólo ascendió á doscientos mil pesos, y de esto mucha parte eran diamantes que le había regalado la Reina.

Se le acusaba, en fin, de irreligioso; este era el cachetero de rematar entonces, aunque el cura de su parroquia publicó después los inmensos socorros que daba á muchas familias, y que cesaron con su caída.

Su sentencia de muerte era una cosa que nadie dudó, ni en Madrid ni en todo el reino, aun antes de ser pronunciada, y se creía que Farinelli había huido por ser cómplice y merecedor de la misma pena; así decía un pasquín:

Volaverun, el Capón,
Requiescat por D. Cenón.

Así se llamaba el Marqués de la Ensenada, el cual en su prisión, y envuelto en su inocencia, esperaba resignado el término de su causa y de su vida.

Una noche, á deshora, llegó á los oídos del preso una melodiosa voz que cantaba estos versos:

A ritorna etá dell' oro,
Alla terra abbandonata,
Se non fosti immaginata
Nel sognar felicitá.
Non é ver, quel dolce stato
Non fuggi, non fu sognato,
Ben lo sente ogni innocente
Nella sua tranquillitá.

El correrse los cerrojos, abrirse las puertas y encontrarse el preso en los brazos de un angel, fué un momento; y este angel era el mismo Farinelli, que venía á ponerle en libertad. Farinelli, á quien se suponía en Italia, no había salido del reino, porque había querido despedirse antes de la reina madre D.ª Isabel Farnesio, viuda de Felipe V, que desde la muerte de su esposo vivía retirada en el real sitio de la Granja. Allí se detuvo Farinelli á instancias de aquella Reina que le había estimado tanto.

—Mirad—le decía Isabel,—cómo una Reina puede ser feliz sin estar en el trono, y mucho más feliz que cuando estaba en él. A mi afición á las artes y á las letras debo en parte la felicidad que disfruto en esta soledad.

Pero las artes y las letras ya eran mis conocidas y amigas, y me habían dado placeres en mi anterior situación. El placer que yo no conocía bien, el que no había saboreado hasta ahora, era el placer de la beneficencia. Sobre el trono, sin duda, se puede hacer mucho bien, pero no se está seguro de haberlo hecho, no se ven por vista de ojos, no se gozan los efectos de él. Así como una persona aficionada á cultivar las flores, no puede disfrutar de ese placer creador si toma á su cargo los inmensos jardines de Aranjuez. Quien goza real y verdaderamente de él, es el que se reduce á cuidar las macetas de su azotea. Ese es el que se apasiona, el que toma cariño por cada clavel que ha escardado, regado, defendido del hielo y presentado al sol. Ese es el que día y noche ve su trabajo premiado, su esperanza realizada, su amor propio satisfecho, el que cuenta por minutos en cada botón que se abre las hojas que se despliegan, las gotas de rocío que le bañan, los matices que se avivan, la fragancia que se aumenta. Nuestro corazón no

se puede afectar intensamente sino por individuos, no le es dado abrazar la inmensidad para enamorarse de ella, y yo, convencida de esto, me contento con el bien que hago en el pequeño círculo de pueblos que recorro en mis paseos. Les proporciono granos, reses, vestidos y asilos, y sobre todo, en el modo de proporcionárselo les proporciono consuelo, virtud y alegría, y así nos ayudamos mutuamente á la felicidad ellos y yo.

Tales eran las conversaciones de Isabel con Farinelli, que la entendía y contestaba, cosa poco común en esta clase de conversaciones, y que cuando se logra es el placer grande y puro del razonar de los buenos.

A este tiempo llegó la noticia de la prisión del Marqués de la Ensenada. Farinelli, que conocía su inocencia, interesó á Isabel, que también había conocido su celo por el bien público y sus grandes servicios á la monarquía en el anterior reinado, y se aprestó á escribir en su favor á Fernando el VI.

—Tened presente (le decía en la carta), que á ese ministro debéis el haber encontrado á vuestro advenimiento al trono, apuntalada la Tesorería, y no olvidéis que el portador de este pliego es su amigo y el nuestro Farinelli que prolongó y dulcificó los días de vuestro padre. Dióle además Isabel á Farinelli (que se empeñó en ir él mismo á salvar al Marqués), carta para el príncipe de Yaci, embajador de Sicilia, donde reinaba Carlos, el hijo de Isabel, y sucesor de Fernando en el trono de España.

El Embajador, en virtud de estas cartas que Farinelli llevó á Madrid en posta, presentó una protesta que desde luego causó el gran efecto de consternar á los enemigos del Marqués, que temieron irritar al que había de ser su soberano, como en efecto lo fué Carlos III. Y el embajador de Austria vió dispersa y deshecha su falange cual si se la hubiera tragado la tierra. En seguida Farinelli se presentó al Rey, á quien halló agravado en sus dolencias, y que le dijo casi sollozando:

—Me consuela tu venida porque al cabo de ti no me hablan mal como de cuantos han tenido mi confianza. No caben en mi cabeza tantos horrores, tanto infierno como han metido en ella!

Farinelli le consolaba diciéndole cómo las cartas de la Reina viuda de su padre le sacarían de dudas, y le volverían su tranquilidad.

También se echó á los pies de la reina María Bárbara pidiendo justicia para un inocente, y fué escuchado más favorablemente que lo que era de esperar del genio de aquella Reina, pero por casualidad había Farinelli elegido un momento el más oportuno para encontrarla accesible y piadosa como va á ver el lector.

La reina María Bárbara construía por entonces con gran magnificencia el real convento de la Visitación, llamado de las Salesas, para cuya fundación había conseguido que viniese á Madrid desde Saboya la madre Ana Sofía de Rochebardaul, del convento primitivo de la ciudad de Annesy, y á esta señora de la alta nobleza saboyana, visitó la Reina en el beaterio de San José, donde se hallaba hospedada con otras tres religiosas de Annesy que la habían acompañado. En esta visita, dispensando la Reina á la abadesa del ceremonial, la dijo suspirando: ¡demasiado, señora, he disfrutado de esas vanidades; demasiado he abusado de las humanas grandezas! En mí veis la criatura mas orgullosa, soberbia y altiva que han producido los siglos.

Yo exigía como un deber la humillación, la adoración de todas las criaturas, hasta de las de mi sexo, y desdichada de aquella mujer, por mas noble y digna que fuese, que, al pasar yo por las calles, no descendía de su carruaje, y no se prosternaba en mi presencia; veces hubo en que no admití la escusa de hallarse la delincuente embarazada ó enferma.

Pero este desenfreno, este delirio de la soberbia, está hoy tremendamente castigado, y la mujer, la Reina de los dos mundos, que se gloriaba, no sólo de su poder, sino de la hermosura de su tez y de sus carnes, mirad lo que es en el día, y descubriéndose el seno, se le mostró á la abadesa cubierto todo y comido de piojos.

Iba á caer sollozando en los brazos de la religiosa, pero volvió en sí y la dijo:

—Ni aun ese consuelo me permite el Cielo; debo evitar, debo huir las caricias de la compasión, soy un objeto de horror, mi cuerpo es un muladar hediondo y pestilente que

será necesario alejar de las poblaciones; y aún encuentro personas compasivas, caritativas, intrépidas que me asisten y me cuidan. ¡Oh! cómo cada atención, cada servicio suyo me reconviene y me acusa de mi dureza anterior, con ellas mismas; ¡oh! cómo la desgracia y las enfermedades hacen buenos á los malos. Necesario ha sido este horrible pero justo suplicio para que la reina Bárbara sea humana y agradecida.

Rogad, señora, al Dios de misericordia por esta desgraciada, rogad más bien por mi afligido esposo, culpable sólo por haberme amado, por no haber corregido severamente mi perverso carácter y que me seguirá prontamente al sepulcro, si el Cielo abrevia mis días. La abadesa procuró consolarla llorando con ella, la exhortó á la humildad y aun la insinuó, respecto á esta virtud, que redugese y moderase el plan del convento de fundación, pues más que de Monasterio era de Palacio real. Y sin duda fué útil este aviso á la nación, pues dice el maestro Florez, hablando de aquella obra, que tuvo la Reina que vencerse á sí misma para no aumentar magnificencia. Sin embargo, á pesar de la abadesa, conservó el nombre de real que merece el edificio. Y San Francisco de Sales si le viera, dudaría que se había construído para su humilde instituto, formado (según el santo) para sacar del lodo algunas almas, que si no quedarían encenagadas en el trampal de las ranas (1), es decir en mundana vanidad. Al volver á Palacio la Reina habiendo hecho á la madre Ana Sofía esta visita, ó esta confesión contrita y penitente, fué cuando Farinelli se la presentó suplicando en favor de su inocente amigo; por eso he dicho que aquel momento fué el más oportuno. En efecto, la Reina se conmovió, conferenció con el Rey, leyó los pliegos de la Reina viuda y el resultado fué que á las veinte y cuatro horas tenía ya Farinelli entre sus manos la real orden de libertad del Marqués de la Ensenada. Con ella corrió Farinelli á la cárcel y sacó al preso, y le dejó en su casa, diciéndole:

—Amigo, marcho á Italia con el gusto de haber salvado el honor y la vida á un hombre grande, que no ha tenido otro error que el de pensar ser capaz de hacer el bien en

(1) Véanse las cartas del Santo.

esta Monarquía. Al fin, para vuestra gloria, ahí quedarán los libros del Catastro, cual trozos del camino de la plata que atestiguan la grandeza de las empresas romanas.

Y se marchó Farinelli á Bolonia, en donde ha muerto estimado de todos en el año de 1782.

También dejó la corte el Marqués de la Ensenada, y se retiró á Granada, y es muy de notar, por cierto, en honor del Marqués de la Ensenada, que casi todos los Grandes que tenían estados en Andalucía, incluso el Duque de Alba, causa inocente de su desgracia, dieron orden á sus administradores de librarle ó de ofrecerle cuantos fondos tuvieran de sus rentas. De Cádiz le remitió el comercio letras por valor de un millón y setecientos mil pesos, á fin de que viviese con toda comodidad y esplendidez. Y si se añade á esto que en las cortes extranjeras se celebró como una gran victoria la retirada de este Ministro, habremos dado una idea del mérito y los servicios del Sr. D. Cenón Somodevilla, Marqués de la Ensenada, que está enterrado en Medina del Campo.

Pero ¿y la camarera? La camarera, al fin, tuvo que agradecer al favor de Farinelli que se la permitiese retirar á un convento, donde pudiese enredar, intrigar y chismear sin perjuicio del público, y dicen que se la oía exclamar muy á menudo: «No pensé que tuviese alma tan grande un filósofo capón» (1).

Piedrahita, 1.º de Abril de 1843.

---

(1) Esta voz era de uso corriente en aquel tiempo, y aun lo ha sido hasta este siglo para nombrar á los cantores tiples y capas de coro que había en las catedrales. Aún en el año de 1813 se cantaba en Salamanca un himno patriótico que tenía una estrofa en honor del Diputado á Cortes Muñoz Torrero, profesor que había sido de aquella Universidad, y decía la tal estrofa:

Torrero hará liberal
con su virtud é inocencia,
patriotismo y elocuencia
al Capón de San Boal.

Si lo fué Farinelli en efecto no está averiguado; lo que sí consta es haber sido armado caballero en el Convento de las Calatravas, habiéndose hecho las pruebas necesarias.

LA JUSTICIA EN EL SIGLO PASADO . . . .

En la noche de Año Nuevo de este, 1840, quiso mi hermana cenar á la mesa su sopa y su ensalada de apio, y mientras de sobremesa fumaba yo mi cigarro, la hablé del nuevo juez que había venido, y que me estaba temiendo (como temo siempre que viene una autoridad nueva) que fuese para turbar la tranquilidad del pueblo.

—Ve ahí lo que á mí no me quitará el sueño,—contestó mi hermana, que estaba medio dormida.

—Y ¿por qué, María Antonia?

—Porque á quien conoció al corregidor Grima, que es el primer juez que yo ví en este pueblo, nada puede asustarla en la materia. Tú no le alcanzaste,—continuó mi hermana, despabilándose y entrando en materia.—Pues era un corregidor de gorro blanco, cogote y cara de salmón cocido, vestido de terciopelo leonado y zapatos de castor. Le llamaban el *Duque mi señor*, no solo porque siempre llamaba él así al Duque de Alba, que le había dado este corregimiento de su señorío, sino porque era más déspota y más endiablado que el mismo Duque viejo *D. Fernando de Silva*, y no deja de ser ponderación. Tan fanático, que no quiso dar cumplimiento á la órden del Consejo suprimiendo las procesiones de disciplinantes, que tú tampoco alcanzaste, y en que todos los borrachos, asesinos y perdidos, vestidos de penitentes, cubierto el rostro y ensangrentada la espalda, en las noches de Semana Santa insultaban, robaban y forzaban impunemente. En Salamanca la marquesa de Almarza, al entrar en la iglesia, fué manchada de sangre por ellos, y un militar que tiró de la espada para reprimir tan asqueroso insulto, fué arrestado y castigado. Por repetidas quejas se prohibieron, pero en Piedrahita duraron un año más, merced al señor Grima.

Era tan preocupado é ignorante, que formó causa á un mozo de caminos que llaman Pepe el Andarique, de extraordinaria agilidad é incansable en el andar, por lo que el

vulgo decía que tenía pacto con los espíritus malignos, y el licenciado Grima por tal delito lo iba á poner preso, si el muchacho no se hubiera amparado de padre, quien se lo recomendó al obispo de Avila, Merino, noticiándole la ridícula causa de su inquisitorial persecución.

Otra vez una vieja, á quien de puro fea, flaca y pobre, la perseguían por bruja los muchachos, fué á pedirle justicia al señor Grima, y él la echó de su casa á bastonazos, y de uno de los golpes que la alcanzó el bestia, quedó tuerta la tía Andrina, que así se llamaba.

Pero cuando la ferocidad de este animal llegaba á su colmo, era cuando se trataba de los privilegios del *Duque mi señor*. Tenía éste aquí un coto de conejos, los cuales devoraban lindamente los frutos de las huertas inmediatas. Una noche un labrador, careando de su garbanzal una banda de conejos, tiró un palo y acertó á uno de ellos, que fué á morir dentro del coto, y el labrador se atrevió á entrar por él; pero el guardabosque, que se le echó encima, le denunció ante el tribunal de Grima. Pues señor, *embargados sus bienes y á presidio,* de donde no volvió; he conocido á sus hijos pidiendo á nuestra puerta.

Así se administraba la justicia en aquel tiempo, que algunos elogian, no sé si á fuer de tontos ó de pícaros.

¡Me estremezco todavía cuando me acuerdo del día en que dieron tormento al tío Cortijo! — Javiera, vete á acostar, que esto no es para tus nervios.

Voy á contarte aquel caso repugnante, pero útil para tus cuadros morales.

Aquí interrumpí á mi hermana, diciéndola:

—Conocí al tío Cortijo ya muy viejo, y como había oído decir que le habían dado tormento, le rogué más de una vez que me enseñase los pies, que le habían descoyuntado, y me horrorizaba al verlos.

—Pues bien, continuó mi hermana, era él joven y buen mozo y trabajador, que andaba á cargas de leña, cuando se le formó causa por la muerte del guarda del monte de la Jura. Es de advertir que no le mató él; quien le mató fué un compañero suyo, á quien él nunca quiso descubrir, y que lo ha declarado al morir en Zamora, muchos años hace.

Los había cogido el guarda cortando en el citado monte público, y mientras dicho guarda contaba los pies para hacer la denuncia, y decía: «no pagáis con cuanto tenéis vosotros y vuestros padres», el compañero de Cortijo, indignado, descargó el hacha sobre su cabeza.

Cortijo, encausado y preso (el reo se había fugado), no estaba ni convicto ni confeso, aunque había varios indicios contra él, y Grima falló *tormento*. Que se figure cualquiera la consternación del pueblo al ver entrar por la plaza al verdugo de Salamanca, precedido de la cruel máquina llamada potro. Muchas gentes se ausentaron, y cuando llegó el momento de la cruel ejecución, los vecinos cerraron todas las puertas y ventanas, y aún creían oir por los cañones de las chimeneas los alaridos del atormentado. Una hermana y la novia de Cortijo (estaba amonestado) tuvieron el valor y la ternura de asistir á enjugarle el sudor y darle agua, que no sé cómo Grima se lo consintió, porque aquel monstruo, al ver que el inocente Cortijo había sufrido el tormento sin declarar á su gusto, quiso que se repitiese. Entonces se vió un fenómeno bien raro (todas las gentes de mi edad lo saben): el verdugo abogando por la humanidad, por la justicia, que hollaba aquel mal juez, mal letrado, mal hombre, y resistiéndose valiente y victoriosamente á repetir la ejecución. En vano Grima quiso que los cirujanos declarasen por el pulso del paciente, que podía sufrir más. El verdugo se negó, y pidió testimonio á los escribanos, é intimidó al tigre.

Todas las mozas del pueblo con panderos, con vendas, con licores y conservas fueron á la cárcel, y Cortijo les decía:

—Chicas, si esta lengüecita hubiera dicho hoy un *sí*, no pudiera mañana dar el *sí* delante del altar á la mi rubia; ella y Dios son quien me han dado el valor en la agonía.

Tales eran las leyes, las costumbres de mi tiempo, y en el tiempo del rey Carlos III, que en verdad él por sí no fué un tirano, pero el pueblo, sí, era esclavo.

USOS, TRAJES Y MODALES DEL SIGLO XVIII • FRAGMENTO

El siglo xix, en que hoy vivimos, ha ocasionado tal revolución en nuestros trajes, usos y costumbres, que es necesario para comprenderla haber visto ú oído muy por menor el método de vida que observaban las gentes en el siglo anterior, que tuve la fortuna de alcanzar.

Apenas un caballero se levantaba del lecho, ya se le estaba esperando para hacerle la barba (porque ningún español se afeitaba á sí mismo); esta operación era entonces más dilatada que en el día, en que dos tercios de cara se quedan sin rasurar. En seguida de este afán comenzaba su oficio el peluquero, que no empleaba poco tiempo en batir, ensebar, freir y empolvar la cabeza. Acto continuo principiaba el prolijo trabajo de vestirse, que no le finalizaban los más diligentes en menos de tres cuartos de hora; tantas eran las piezas de sus atavíos, y tantas las hebillas con que se ajustaban, desde la que apretaba el corbatín hasta las que sujetaban el calzado. Terminada, por fin, esta faena, nuestro hombre ceñía su espada, tomaba bajo el brazo su sombrero y se encomendaba á Dios para arrostrar la intemperie á cuerpo gentil y la cabeza descubierta. Si caminaba á pie, era con suma precaución y tiento, para librar del polvo ó de los barros la media de seda blanca y el zapato á la mahonesa. Conocí un militar que adquirió extraordinaria consideración y fama porque atravesaba á Madrid en invierno sin enlodarse. Y no era extraño que tal cualidad fuese envidiada, porque el correr las calles no era empleo limitado, como ahora, á los que tienen agencias ó negocios. El más independiente de los hombres tenía los indispensables deberes de un ceremonial distribuído con tal exactitud y precisión, que no había días de holganza. Se daban pascuas tres veces al año; se felicitaba á todos en el día del santo de su nombre y en el aniversario de su nacimiento. Faltar á una enhorabuena ó á una misa de parida era bastante para que dos familias se enconasen. El más corto viaje no podía emprenderse sin una despedida general, que tenía su paga al

día siguiente, y se repetía á la vuelta con nombre de bienvenida. En las festividades de los santos cuyo nombre más abunda, un extranjero que entrase en cualquier ciudad ó villa la hubiera juzgado envuelta en una conmoción política ó en un incendio. Las gentes todas, corriendo azoradas, se encontraban, se impelían, gritándose y estorbándose. Había infelices que se caían muertos de cansancio y despecho por faltarles el tiempo para acudir á peinar, calzar, afeitar y vestir á sus parroquianos. Tal era la sociedad en estas solemnidades. Pero hablemos de los días ordinarios. Á la una se comía, y se comía más que ahora, pero era necesario más habilidad para saber comer que para saber ganarlo. Había unos cucuruchos de cartón para adaptarse encima de los vuelos, porque era cosa sentada que el uso de las manos era nulo mientras estaban rodeadas de tales adornos. Se habían inventado otras máquinas y preservativos para librar de manchas el bordado de la chupa y las vueltas del pecho de la camisola; pero ninguna de estas invenciones era tan complicada y singular como las que había que usar para dormir la siesta, costumbre general y tal vez útil en nuestro clima. Yo ví al célebre Jovellanos boca abajo, sin tocar en la almohada sino con la frente, para no descomponer los bucles.

Porque sólo á las personas que no habían de concurrir después á grandes tertulias, les era lícito prescindir del peinado y recogerse el pelo en una redecilla. Éstos salían embozados en una capa de grana, pero no más aptos para pasear en el campo, porque la media de seda y el escarpín no permitía salir de los caminos reales. Al fin, los hombres sentaban el pie, pero las damas, elevadas sobre dos tacones, daban pasos peligrosos y parecidos á los de la gallina cuando escarba. Oprimidas, además, por una cotilla cruel, ¿qué ejercicio podían hacer, ni qué agitación eran capaces de resistir? Tan perpetua era en ellas la cotilla, que había madres de familia que criaban á sus hijos dándoles el pecho por una pequeña trampa ó portezuela practicada en el peto de la cotilla misma, mientras las infelices criaturas, apretando su rostro inútilmente contra las inflexibles ballenas, buscaban el calor del seno maternal.

Había día de tres metamórfosis en los caballeros. Capa y cofia á la mañana, á lo militar después, y á la tarde de majo para ir á los toros. Para tan dulce recreo mezclában-se entre la plebe los más graves personajes con montera malagueña. Y allí se divertían á silbar ó se desgañitaban á pedir perros. Los teatros (llamados corrales con mucha razón) no ofrecían mayor moralidad ni menos alboroto. El silencio, decoro y compostura lo tenía reservado la gravedad española para las tertulias. Nada en efecto más grave y patético que un *refresco*. Las damas en el estrado formaban una batalla inflanqueable, que no daba otro signo de sensibilidad que el movimiento acompasado de los abanicos. En otra paralela, se hallaban los señores, también colocados por el orden de clases, dignidades y méritos, como si allí se hubiesen reunido, no á solazarse, sino á escuchar la tremenda sentencia del valle de Josafat. Nada de música, nada de baile, nada de conversación festiva ó interesante. Sólo los jugadores de naipes, colocados en medio de la estancia, tenían derecho á gritar y decirse baldones, ó marcar á porrazos en la mesa el número de sus triunfos. Pero estos eran pies fijos, que jamás cedían su puesto, y cuya vida había sido un revesino de medio siglo. Concluída esta función, retiradas las familias á sus casas, empleaban tanto tiempo para despojarse de sus complicadas galas, como el que habían gastado en adornarse de ellas. Mientras que se desarmaba la cabeza de la dama, abatiendo el enorme erizón y escofieta, en la frente de su esposo se destruían baterías de rizos, que se envolvían en algodones. ¡Cuántas de estas nocturnas sobremesas presencié siendo niño, admirado y afligido al ver disminuirse, aniquilarse la estatura, la forma y el volúmen de los autores de mi existencia, cuyas facciones y fisonomías quedaban para mí desconocidas!

La última de las diarias ocupaciones ostensibles de nuestros mayores era la de dar cuerda á los relojes de faltriquera; y no era éste pequeño ejercicio, porque cada individuo usaba dos, y cada uno con dos sobrecajas. ¡Todo era duplicado en aquel feliz tiempo! Dos muestras, dos pañuelos y dos cajas para el polvo.

Tal es el bosquejo de aquellas costumbres, inocentes cuanto se quisiere, pero formularias. El propietario, el mercader, el artesano, el pobre, el rico, el noble y el plebeyo, por fórmula entregaba su hijo al dómine; por fórmula se matriculaba el gramático; por fórmula emprendía una carrera; por fórmula se graduaba; por fórmula tomaba un uniforme; por fórmula se embarcaba para América, de donde volvía sin saber que había antípodas; y por fórmula, en fin, el mayor número de los hijos de familia se dedicaba á la profesión vitalicia de pretendiente en la corte, gastando, encaneciendo y meditando la *Guía de forasteros*. Pero la profesión más formularia en trajes, usos y modales ha desaparecido como el nenúfar y plantas agáricas por el cultivo. Tales eran los abates, objeto de tonadillas, de sainetes, de países de abanicos. Objeto de curiosidad, de admiración y de entretenimiento para el bello sexo, como lo son las mandrágoras para los aprendices de Botánica. El que quiera conocer á fondo las costumbres españolas en el siglo XVIII, estudie el teatro de don *Ramón de la Cruz*, las poesías de *Iglesias* y los caprichos de *Goya*.

LA DUQUESA DE ALBA Y FRAY BASILIO . . . .

La persona de quien hablo es la última heredera de los estados de Alba, *María Teresa de Silva,* en quien la naturaleza había personificado tan hermosamente la beneficencia; y digo la naturaleza, porque el arte nada había hecho en su favor. No había recibido educación alguna, ni había oído buenos preceptos, ni había leído buenos libros, ni había visto sino malos ejemplos. Mas la naturaleza de este ser era respecto del bien, lo que la de los metales respecto del imán.

La primera vez que después de casada vino á Piedrahita, distinguió entre las gentes que la visitaban á un *fray Basilio*, viejo, cojo, tartamudo, mal criado, y tan ignorante, que no había podido hacer carrera alguna en la comunidad, y le habían enviado de procurador al convento de monjas de

este pueblo. El buen religioso era tal, que la más refinada malicia y la calumnia, que ya se aprovechaba de las imprudencias de aquella amable joven, no pudo atribuir su familiaridad con aquel fraile sino al extraño capricho de reirse de sus simplezas, y todos le miraban como al Sancho de esta nueva Duquesa, de cuyas faldas era inseparable, y que, para que la acompañase en sus paseos á caballo, le había regalado una mula muy mansa y andariega.

En una de estas cabalgatas echó de ver la Duquesa que fray Basilio se había quedado atrás y aun perdídose de vista, por lo cual se paró y mandó á algunos criados que corriesen á saber qué le había sucedido, y aun á poco rato, viendo que no parecía, marchó ella misma á galope en su busca, seguida del resto de la comitiva. Era el caso que el buen fray Basilio había visto, no lejos del camino, un ternerillo atollado en una zanja, á quien la madre no podía socorrer, y bramaba alrededor suyo. El caritativo fraile había dado voces á los lacayos para que volviesen á sacar el animal, que perecía; pero ó no le habían oído ó no habían hecho caso, y fray Basilio había tenido la bondad de apearse y meterse en la zanja y sacar al becerro en brazos con harto trabajo, porque ya he dicho que era cojo, que gastaba muleta. No le había costado menos fatiga después el volverse á subir al borde de la zanja, y lo peor de todo fué que cuando ya estaba arriba, la vaca, que le vió asido al ternero, corrió á quitársele, y á testeradas volvió á arrojar al fraile de cabeza en la zanja.

A esta escena del drama habían llegado los criados, y aún la estaban celebrando con carcajadas malévolas, que resonaban por el valle de Corneja mientras el fraile perneaba en el fango, cuando llegó la Duquesa. Un grito de ésta hizo cesar la algazara de aquella gente soez, y entraron y orillaron y pescaron al caritativo padre, que en estando fuera contó el caso, añadiendo:—«¡Cuerno, señora Duquesa, y lo que cuesta hacer un beneficio!»—La Duquesa estaba frenética contra todos, y á un *bello espíritu* madrileño, que en hora menguada le ocurrió glosar el lance chocarreramente, le hizo enmudecer diciéndole: «que el lodo del semblante de aquel fraile valía más que sus epigramas y que su persona»,

y comenzó á llorar, y abrazó á fray Basilio, y le daba mil besos, y replicó al Duque porque le rogaba que se serenase:—«Cuidado, Duque, con ponerse de parte de los malos; que seré capaz de creer que no hay aquí más buenos que fray Basilio y yo. No nos entienden, fray Basilio. Yo, sí, le conocí á usted desde el primer día, y vi un alma á la manera de ésta con que Dios me ha dotado y de que le doy gracias.» —Se empeñó en volverse con el fraile á casa, y no hubo remedio, aunque el Duque proponía seguir el paseo y que al padre se le llevase al pueblo por los domésticos.—«De tales domésticos, replicaba la Duquesa, ni mi marido, ni el fraile, ni yo debemos servirnos: ¡canalla, que es capaz de persuadirnos que somos mejores que ellos!»

Nada he añadido: Fontenelle ha dicho, con relación á un ósculo dado por una gran dama á un hombre de letras, que tales recompensas no son las destinadas á las ciencias; yo no sé si deben serlo á la bondad maltratada, pero siempre he creido que la admirada, envidiada, murmurada, y quizá poco conocida Duquesa de Alba, hubiera sido capaz de repetir en sí misma la acción que cuenta Mariana de doña María Coronel, si posible hubiera sido convencerla de que el alivio de la humanidad se conseguía por tal medio.

Por esta clave tal vez debiera estudiarse la aparente discordancia de sus costumbres.

• • EL RETRATO DE PEDRO ROMERO • • • • • •

SIEMPRE que miro el retrato de Pedro Romero pintado por Goya, admiro el ingenio de este artista, que en un retrato de medio cuerpo ha encontrado medios de caracterizar á aquel torero célebre y singular. Su semblante, que está muy parecido, respira honradez y aun sensibilidad, sin que se advierta nada que indique la ferocidad desalmada de las costumbres gladiatorias. Sólo una de sus manos, que está abierta y apoyada sobre el otro brazo, es la que manifiesta la profesión del personaje. Esta mano de atleta se presenta en primer término, y llama la atención de los espectadores

para que no duden respecto al ejercicio y fuerza del que miran. La primera vez que vi este retrato en el estudio de *Goya*, recordé una conversación de mi padre relativa á Pedro Romero.

Se trataba de la inmoralidad de las corridas de toros, y conviniendo mi padre en todas las invectivas triviales y repetidas contra este espectáculo, decía que sin embargo había él recibido una lección de moral muy fuerte y profunda en la corrida de toros en que murió un hermano de Pedro Romero. El lance sucedió en la plaza de Salamanca, como saben todos los aficionados. Apenas Pedro Romero, joven entonces, vió á su desgraciado hermano caer mortal, se dirige á la barrera, toma una espada, y corre hacia el toro sin pedir licencia á la autoridad, sin escuchar las súplicas de su anciano padre que, traspasado de dolor por la pérdida de un hijo, veía probable la de este otro; que amarillo de cólelera, erizado el cabello, con sola la espada, sin capa en la otra mano ni ninguna otra defensa, corre hacia la fiera, y para llamarla la atención y separarla del cuerpo de su hermano da un grito espantoso. Cuando oí aquel grito (decía mi padre), no tuve por increibles aquellos gritos que en las batallas de Homero dan los guerreros, y son oídos en medio del combate. Este grito produjo un general silencio; el interés de los espectadores mudó de objeto; ya no es el héroe de la función el animal perseguido injustamente, y que se venga de gentes asalariadas y de poca importancia que le persiguen. En efecto, ¡qué escena! un padre arrodillado en medio de la plaza, y que pide al cielo le conserve un hijo, al tiempo que acaba de ver espirar el otro. Todo el mundo se interesa ya por esta desgraciada familia. El terror y la compasión en el más alto punto se han apoderado de todos. En este intervalo de silencio trágico, Pedro Romero y el toro se arrojan uno contra el otro, y este último cae muerto de una sola estocada de aquella mano diestra y firme, dirigida por la vista más certera que hubo entre lidiadores. Las voces y palmadas de aplausos resuenan por todas partes; pero ¡oh naturaleza! el sensible Pedro Romero no las escucha ni contesta á ellas; el público y la gloria le es indiferente; no es aquel Pedro Romero airoso y gallardo que concluída la

estocada se solía congratular con el anfiteatro de un modo tan halagüeño é inimitable, con aquel movimiento circular del brazo y de la espada, y aquellos pasos apresurados y cortos sobre la punta del pie; es un desgraciado hermano, es un individuo de la humanidad que pasa por la rueda de pasiones y dolores que ocasiona un desastre, y que desde la altura de la ira y venganza cae desmayado entre los brazos de un padre. Los otros lidiadores rodean llorando al padre y al hijo, y los sacan de la plaza. La función no prosigue; el espectáculo se da por concluído con este acto; los espectadores bajan de sus asientos, convencidos de que no puede ofrecérseles ya escena que interese. Cada uno quiere ir á meditar en silencio ó á comunicar con sus familias la sensación que ha experimentado, y á gozar de la seguridad de no haber perdido desastrosamente un hijo ó un hermano.

• • EL PADRE DANIEL • •

En el año de 1810, el gobernador francés de Ávila, que se honraba con el título de terror de la Calabria, y el general Goudinot, que, derrotado después ignominiosamente por Ballesteros, se mató en Sevilla de un pistoletazo, quisieron hacer un ejemplar en Piedrahita, cuando recorrían este país con una brigada, y en la villa del Barco eligieron para víctima á un monje de San Jerónimo, hombre de poca reserva, gran noticiero y de ninguna malicia. Mandó el general á algunos de sus soldados que le sondeasen y le pidiesen auxilios para desertarse, y cuando lo hubiesen logrado, le delatasen. Todo se consiguió según el pérfido general lo había imaginado. Se oyó la delación de los soldados en presencia del general Goudinot, se arrestó al acusado y tomaron con su presa la vuelta de Piedrahita. Antes de llegar al pueblo, en la fuente Feliciana, se mandó hacer alto á la tropa, se la forma en círculo y con grande aparato se representa la farsa de un consejo de guerra, en que el supuesto reo es sentenciado á muerte de horca, en medio de la plaza de Piedrahita. Poco antes de anochecer entró la tropa en la villa, trayendo entre sus filas al sentenciado, que arrojaron

en un calabozo. Figúrese cualquiera la consternación de un pueblo de aldeanos al divulgarse esta noticia, ver distribuir guardias, marchar piquetes á diversos puntos y oir el horroroso grito de *¿quién vive?* que penetra hasta los más cerrados aposentos. El golpeo de las puertas que hacían abrir los soldados para alojarse; los gemidos de las mujeres maltratadas, que abandonaban sus casas y pedían justicia al Ayuntamiento; el redoble de las cajas y los toques de clarín completaban el horror de aquella fatal noche. No me olvidaré jamás de que, siéndome preciso hablar al general, estuve en la única habitación que se habían reservado los dueños de la casa: allí senté en mis rodillas á una criatura que había sido preciso despertar y sacar de la cama para dar el colchón á los alojados. Estaba la infeliz trémula, yerta, con las gotas de lágrimas sin enjugar en las mejillas, y cuando se dormía por cansada, los sollozos la despertaban. Su aflicción me afectó más que todo. Y aquel momento, sin duda, hubiera sido feliz para la especie humana, si en mi sangre, vertida gota á gota, hubiera habido virtud para librar la tierra de tiranos.

Pero nada tan horrible como la situación del preso á aquellas horas. Un ayudante del R. extranjero, á quien las gentes llamaban Panza, á causa de su monstruoso vientre, se encargó de intimar la sentencia al desgraciado. Pero el inocente preso estaba dotado del valor pasivo que, tanto ó más que el de los guerreros, burla á los usurpadores, inutiliza sus victorias, lima sus grillos y asegura independencia á los pueblos. Arregló su testamento de memoria, diciendo al párroco qué cantidades existían en su poder de un beneficio que administraba, en dónde se hallaban los recibos, qué personas le debían y á cuáles debía él. En seguida tomó algún alimento y se retiró á descansar á uno de los rincones del calabozo; pero el infame ayudante había resuelto que este infeliz no gozara un momento de reposo. Había reunido á los carpinteros, les había trazado la horca y les obligaba á labrar los palos cerca de la cárcel. Los golpes de las azuelas y de los martillos llamaron la atención del preso: preguntó qué ruido era, y comprendiéndolo por el semblante de los circunstantes, dijo: «penosa noche me es-

pera». Para hacérsela más insufrible sucedió que la guardia encendió lumbre en el zaguán, y el humo que se entraba por la reja llenaba de tal modo el calabozo, que quitaba la vista y la respiración, y los que acompañaban al monje tenían que salir á tomar aire de tiempo en tiempo.

Entre tanto, se hacían todas las diligencias imaginables para salvarle la vida. El ayuntamiento se reunió, habló al general, ofreció dinero y aun le insinuó los perjuicios que resultarían á la causa del conquistador. Las señoras principales fueron á arrojarse á los pies del general y sólo consiguieron que la ejecución se hiciera fuera del pueblo. Pero esta pequeña gracia no deben agradecerla estas damas á la cortesía de Goudinot, sino á otro principio menos generoso. Se le había antojado un juego de cartas geográficas y el dueño de él se le concedió con condición de que no se verificase la sentencia en Piedrahita.

A la mañana del siguiente día, se presentó el fatal ayudante al preso con los cordeles en la mano. Se los estuvo acomodando al cuello, haciendo los nudos y lazadas convenientes, manifestando en este ejercicio una experiencia consumada, no obstante que se jactaba de haber pertenecido á los ejércitos de la República. Porque estaba reservado al emperador de Francia convertir en sayones sus republicanos y los frailes de España en patriotas. En efecto, el monje permanecía con la tranquilidad de Régulo á la vista de los instrumentos de su destrucción, y habiendo reparado que al pregonero del pueblo, por falta de ejecutor, le querían obligar á serlo, dijo en voz muy entera y clara:—«ese pobre hombre no es para el caso; me va á hacer padecer inútilmente; ni tiene fuerza ni peso para la operación.»—Entonces, uno de los coroneles de la brigada, indignado con el ayudante del R. extranjero, é interesado por el valiente fraile, mandó que una compañía se preparase á hacer fuego para fusilarlo y concluir aquella inicua y asquerosa farsa, y porque el bestial ayudante aún insistía en que la orden era ahorcarle, le gritó:—«apartáos ó se hará fuego á un tiempo sobre un bribón y sobre un inocente.»

Así murió el padre Daniel, y en prueba de que el valor y la virtud se comunican por el ejemplo, conviene saber lo

que ocurrió en seguida. El general, de acuerdo con el gobernador, dieron parte á la corte del suceso, pero añadieron que el monje había confesado al arcipreste, cura párroco de Piedrahita, para que se hiciese público, que él había sido el autor del asesinato, precedido de estupro, acaecido años antes en un monasterio. Este parte se insertó en la *Gaceta de Madrid*, y la chancillería de Valladolid, que entendía en la causa que se mencionaba, mandó al momento una orden á las autoridades competentes, á fin de que el arcipreste de Piedrahita declarase legalmente si era cierta dicha confesión, para cerrar el proceso. D. Miguel Navedo, que era un buen hombre, pero de cascabel gordo, que había leído más el *arte de jugar á las damas con espada y broquel* que los preceptos de la escuela estoica, declaró firme y redondamente que era falsa la relación dada, impresa y circulada por el general y el gobernador de Avila, y es de advertir que el tal gobernador era hombre que tenía la fachada de su casa adornada de cabezas cortadas, y obligaba á los paisanos á llevar á cuestas y de pueblo en pueblo los cadáveres decapitados de sus convecinos. Y es de advertir, finalmente, que cuando daba esta declaración dicho arcipreste aún bamboleaba el cadáver del monje en la horca, donde le hizo colgar el gobernador, sin permitir sepultarle en ocho días.

• EL PINTOR GOYA Y LORD WELLINGTON • • • • •

El célebre pintor Goya era uno de los hombres más coléricos de la Europa, y tenía valor, fuerza y destreza en las armas. Desde muchacho había dado pruebas de su carácter aragonés, y tenía el cuerpo cosido á estocadas. En Roma se había empeñado en pasear la cornisa del templo de San Andrés *della valle* y dejar su nombre escrito más adelante que los demás que habían tenido este arrojo. En Madrid, el sabio Mengs estuvo expuesto á ser muerto por él, porque se puso un día á corregirle un cuadro.

Lord Wellington hallándose en Madrid en el año de 1812 quiso tener su retrato hecho de mano de Goya. Este

le hizo, y se esmeró en él y quedó muy satisfecho de su obra. Vino el Lord al estudio de Goya, acompañado de un oficial general español; el hijo de Goya, D. Javier, estaba con su padre por fortuna. Wellington comenzó á poner defectos á su retrato y se empeñó en que necesitaba corrección, principalmente respecto del talle, diciendo que le había puesto más grueso y pesado de lo que era; D. Javier Goya le disputaba que esto consistía en la actitud de la figura, y que ponerlo cual él quería era ridículo y contra el arte. Goya el viejo, como era sordo que no oía un cañonazo, se mataba á preguntar de qué se hablaba y principiaba á ponerse de mal gesto. El Lord echaba pestes en inglés, y aun en francés con el general español, sin sospechar que el hijo de Goya sabía las dos lenguas. Instaba al general español á que dijese á Goya que no le acomodaba semejante mamarracho, pero el general no podía hacerse entender del sordo Goya sino por medio de su hijo, que era allí el único que sabía el alfabeto de los dedos; y el prudente hijo no quería decir al padre lo que se trataba, y hacía muy bien, porque el viejo tenía las pistolas cargadas sobre la mesa, así como el Lord la espada á su lado. El pintor preguntaba á su hijo con mil imprecaciones. El Lord con no menores gritos instaba al general á que explicase su descontento. Ya el viejo Goya con aire y tono de desafío había tomado un papel y una pluma y se la presentaba á Wellington, diciéndole en francés que así podían entenderse los dos sin necesidad de intérprete; pero el hijo se opuso, persuadiendo al general español á que procurase sacar de allí al inglés si no quería que hubiese un lance serio, y que le asegurase ó que se haría la corrección ó se quedaría en casa el retrato; y á su padre le sosegó diciéndole que el mal humor del Lord era por otros asuntos. Seguramente aquel día se hubiera perdido un gran general ó un célebre artista, ó el uno y el otro, si Wellington hubiera entendido las señas de la mano ó si Goya hubiera sido menos sordo, ó si su hijo hubiera tenido menos prudencia. Quizá no hubiera habido Wartelóo, ni santa Alianza, y quizá la Europa entera sería diferente de lo que es hoy día.

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES

LOS CHARROS DE SALAMANCA

El campo de Salamanca es célebre desde el tiempo de nuestras más oscuras tradiciones: prueba de ello es la cantiga vulgar, que dice:

> Bernardo estaba en el Carpio
> Y el moro en el *Arapil;*
> Como el Tormes va por medio
> No se pueden combatir.

También en nuestra época es famoso por la batalla de *Los Arapiles*. Los moradores de todo este campo no tienen ó no han tenido hasta hoy propiedad territorial, que todo ha sido de corporaciones ó de mayorazgos, pero son propietarios en ganados, principalmente vacunos. Viven por lo general en casas aisladas y solitarias, llamadas *Montaracias,* en medio de aquellas dilatadas y montuosas dehesas de pasto y labor que traen en arrendamiento. Sus costumbres, aunque rústicas, porque son campestres, no son feroces, sino honradas y benéficas. Sus personas son agraciadas en la juventud, enérgicas y fuertes en la virilidad, venerables y nunca ridículas ni aun en la decrepitud. Ejercitan sus fuerzas los mancebos en la lucha, en la carrera, en el tiro de la barra, y en la equitación que les es indispensable para guardar, conducir y manejar sus vaquerías, que son de ganado sumamente bravo. Un buen vaquero, además de ser diestro en dirigir la piedra con la honda á una res entre doscientas, ha de saber agarrochar á caballo al toro que se obstina en talar los sembrados; ha de tener además la fuerza y la destreza suficientes para asirle cuerpo á cuerpo por

las astas y sujetarle estando á pie y dentro de un corral para castrarle ó domarle.

Los *Herraderos* son fiestas á que se reunen las familias de muchas Montaracias, y en que ostentan su valor é inteligencia los que quieren agradar á las hermosas, las cuales también muestran su gracia y gentileza, ya en el baile de *las habas verdes,* ya en el canto por la noche. En estas ocasiones gastan mucho, porque gustan de ejercer la hospitalidad con profusión y hasta con demasiada ceremonia. Por tarde que un huésped llegue á una Montaracia, y por más que proteste que no quiere cenar por disfrutar del sueño que le oprime, le han de entretener al menos todo el tiempo necesario para cocer y guisar un ave ó un animal doméstico, pavipollo en pepitoria, recental cochifrito, ó cochinillo tostado, amén de ordeñar las cabras, aunque estén á media legua. La cama es de etiqueta indispensable que tenga muchos colchones, de modo que ha de ser ágil y tomar carrera el que se lance en ella desde el suelo; y como las almohadas han de estar bordadas en realce de estambre negro, saca el huésped al siguiente día en una mejilla un águila estampada y un león rapante en la otra. Las sábanas además tienen al medio una randa, entre cuyos enrejados suelen estar enredados los dedos de los pies, con no pequeña pérdida de tiempo al quererse levantar el huésped.

La honradez de los charros de Castilla es proverbial, igualmente que su sencillez. En la ciudad son objeto de la burla de la gente soez. Sabida es la inocente exclamación de un charro en el teatro al ver que al que hacía de rey le engañaba el que hacía de traidor. *Señor, no crea usted á ese.* También cuentan de otro que, habiendo asistido á un grado de pompa en la Universidad, y preguntándole alguno qué juzgaba de aquel acto, respondió: *Que tendrán estos señores pocas obligaciones en sus casas cuando pasan el tiempo en estas cosas.*

Tienen fama las charras de Castilla, no sólo de buenas mozas, sino de enamoradas y sensibles en sus sombrías soledades. En virtud de este concepto y por exageración, cuentan (y será cuento estudiantino), que en tiempo de la guerra de la Independencia, cuando los lanceros de D. Ju-

lián Sánchez, todos mozos del país, defendían la provincia contra los franceses, refería lamentándose una madre al fraile de cuaresma los devaneos de una hija con los dichosos lanceros, para que reprendiese á la muchacha. Pero el fraile exclamaba á cada paso: *¡cuánto me alegro yo de eso!* Tantas veces exclamó, que le preguntó la madre por qué razón se alegraba, á lo cual contestó el fraile: *porque no sabía yo que tenía tanta gente D. Julián.*

El campo de Salamanca es de los pocos distritos en España donde no se ha alterado el orden público en la época presente.

• • EL TIO TOMÁS Ó LOS ZAPATEROS • • • • • •

ESTANDO ayer la señora de A... en casa de su zapatero, preguntó por la Pepa, la ribeteadora, aquella muchacha tan aseada, tan dispuesta, tan sana, y aun con apariencias de sensibilidad en su fisonomía.—«¡Ay, señora! dijo el maestro zapatero limpiándose una lágrima que se le deslizaba involuntariamente—¡ni polvo hay de la Pepa!»—Los oficiales y oficialas suspendieron su trabajo; todos en sus ademanes hicieron el elogio fúnebre de la Pepa, silencioso pero sincero. El maestro Tomás prosiguió:—«¿Se acuerda usted, señora, de haber leído en los papeles públicos, hará como año y medio, el suicidio de un joven bien portado que apareció á espaldas del cementerio, muerto de un pistoletazo?» —aquí otra lágrima que se limpió el tío Tomás, sin dársele nada de que la señora de A... viese la mugre del codo de su manga.—«Pues bien, señora, ese fué el primer novio de la Pepa y ojalá que sus padres no se hubieran opuesto al casamiento; pero no era maestro... ni tenía nada ahorrado..., además pretendió á la muchacha un heredero de unos treinta mil reales, hijo del oficio..., usted, señora, debe conocerle, *Cogote* le llamamos por mal nombre... Pues señor, que los padres comienzan á atormentar á la chica, y que sí... que ha de ser... y que no se ha de casar con otro..., y la prohibieron

á ella que hablase, que mirase, que dejase pasar por delante de su puerta al otro pobre muchacho... Dió gusto á sus padres... casose en efecto.»--«La Pepa tenía mucha *fantesía* (dijo Juana la ribeteadora), llevaba blondas á todos los días.»— «Calla, que aquello era aseo (interrumpió el tío Tomás), me parece que la estoy viendo!.. lo que hubo, señora, verdaderamente es que aquel ángel era de carne, y cuando estuvo en su casa propia, no pudo resistirse á las instancias de su primer amante... y no arquees las cejas, Juana, que yo quisiera ver á la más pintada, puesta en semejante caso; porque el marido salió un calavera. Cuando abrió la tienda la estrenó con orquesta; se hizo unos botines de cuatrocientos reales para ir al arroyo y hombrearse con los hijos de los grandes de España; compraba caballos por tres, que luego vendía por uno; en fin, que ahí le tiene usted ahora de criado de los cómicos de la calle de la Sartén desde que ha enviudado, porque la pobre Pepa se murió... Se murió, señora, y á fe que pocos días antes su madre vino aquí y se sentó donde usted está sentada, y me dijo:--Tío Tomás, se me muere la Pepa, y si se me muere, me tiro al canal... aquel bribón de marido la tiene perdida, plagadita tío Tomás...— y era verdad. Pero escuche usted, señora: el día que á la Pepa en su enfermedad la dieron lo bueno, se presentó el muchacho, el primer novio, y la dijo:—dos pistolas he comprado, si tú te mueres, me mato.--Parece que lloras, Juana, ¿dónde está ese genio tan descontentadizo, esa lengua que á ninguno deja?... Llora, Juana, y que te haya perdonado la Pepa la envidia que la tuviste. Señora, encomiende usted á Dios á la Pepa. Se murió, pero siempre queriendo; sin querer decir nunca á *naide* la pobrecita... El que ella quiso bien lo merecía: el día que la enterramos asistió al entierro... yo le dije al paso:—¡Joaquín! ¡¡quién lo dijera!!...--No me contestó ni esto. Pero á media noche, según ha dicho el guarda del campo santo, vió un hombre embozado que rondaba las tapias y que gritaba: «Pepa, Pepa, Pepa»: oyó un tiro, y por la mañana se le encontró muerto.»

Cuando concluyó el maestro Tomás esta historia, ya no había casi ninguno de los oyentes; los oficiales jóvenes se habían ido saliendo sollozando en silencio, las mujeres llo-

rando en alta voz. El tío Tomás concluyó diciendo: «señora, no se puede ser bueno: parece que este mundo es de los malos, según los padecimientos que hay para los que no lo son.»—¿Qué tal? dije yo al salir á la señora de A... ¿Sabe sentir la gente baja, ó no? ¿Pudiera hacerlo mejor una familia de duques?

• EL ARBOL DE LA CHARANGA •

Quien haya estado en Sevilla sabrá que, saliendo de ella por la puerta de Triana y dirigiéndose á la orilla del Guadalquivir, se encuentran algunos álamos, de los cuales uno se llama el de la *Charanga*. Bajo su sombra, y en algunos asientos de piedra que le rodean, se reune en las tardes hermosas, que lo son casi todas las del año, una tertulia, de conversación variada y curiosa. La situación y las vistas no pueden ser más graciosas. El río corre por delante; á la izquierda está el Arenal, paseo siempre concurrido; á la derecha el puente de barcas y un dilatado horizonte azul, en que se oculta el sol en su occidente por entre una multitud de palos y velachos de embarcaciones ancladas. El motivo de reunirse es el de beber agua de la alameda con anises, por un ochavo, en un puesto que allí hay.

Los personajes que concurren no son notables por su jerarquía ni por sus riquezas, sino por su poquísima aprehensión sobre el día de mañana. Algún oficial *de francos*, otro que ha servido en la marina de suplente de piloto, algún exclaustrado ó un actor desechado por viejo, algún dependiente de la Carraca *cuando Dios quería,* con otras varias gentes, cuyo modo de vivir es un problema que no puede resolverse sino por el general de que, en *la tierra de Dios*, ni es grave asunto comer, ni necesario abrigarse, ni tampoco encender lumbre. El clima cuida del pobre, y el sol suple las faltas del Gobierno. Así es que la misma miseria no tiene allí ese aspecto lúgubre, feroz, desesperado que en *Los misterios de París* lastima intensamente nuestra vista. En la reunión de que trato reina generalmente el buen humor, se habla de todo, se gobierna el mundo, se disparata

en grande, y también se razona muy lógicamente más de cuatro veces.

Esta tarde de que hablo, tenía la palabra en la sesión un hijo de la tierra, sargento retirado, entrado en días, y que acababa de llegar de Londres, donde había permanecido desde el fin de la guerra de la Independencia. — «Señores, decía, desengañémonos; el inglés tiene mucho saber. Yo me he convencido de ello en cerca de treinta años que he vivido (¡cuidado!) entre todo el señorío de *Ingalaterra*, porque ya he dicho á ustedes que me llevó consigo un general de *Welintón*, por una humorada de las que suelen, porque le gustaba oirme tocar la guitarra y cantar la cachucha y el jaleo *probe*, etc. Y allí hubiera dejado los huesos, porque le tomé ley; pero el amor de la patria arrastra al hombre en llegando á mi edad; y su *mercé* se hizo cargo; ¡y Dios se lo pague! me ha señalado un *diario* en *un comercio* para mientras viva. Pues, como digo, allí los ricos, los señores, los grandes, no son holgazanes. ¡Cá!..... Estudian y se aplican más que los demás, si cabe. Solo he conocido un señorito (sobrino de un lord por cierto) haragán y dejado. Pero verán ustedes: el tío era mucho de casa, y yo le oía varias veces quejarse á mi general del abandono del sobrino.— «¡Quién había de creer, decía, que un muchacho que prometía tanto, que ha hecho tan buenos estudios, que debe, por pundonor y hasta por obligación, sostener y aun aumentar el esplendor, la nobleza de mi casa y de mi nombre, al llegar á la mayor edad se haya hecho indiferente é insensible á todo? En vano le estimulo hacia el honor por todos los caminos. Le indico la carrera militar. *Los héroes no son de moda, ni necesarios*, responde. Pues, si no, la diplomática. *Soy demasiado claro de color para no sonrojarme*. Pues bien, la legislación, la defensa de las libertades de tus conciudadanos te pueden dar celebridad y honor. *Como á O'Conell, que á estas horas, ni se sabe, ni él sabe lo que quiere*. Norabuena; no seas tribuno ni agitador; pero siquiera escribe, publica el resultado de tus meditaciones en política, en moral, en bien de la humanidad. *Se ha escrito todo, y hay que pensar sobre la ejecución*. No le he podido sacar otra palabra del cuerpo, y me tiene aburrido.

«Mi general le procuraba consolar al tío, haciéndole ver que, al fin, su sobrino no sólo tenía talento é instrucción, sino muy buenas costumbres; ni era dado á las bromas, ni á los juegos, ni á las hijas de Adán. Pero no se tardaron muchos días sin que el tío viniese á casa, apesadumbrado el hombre, que se le podía ahorcar con un cabello, á decir al general que el chico se había largado de la noche á la mañana, después de haber empeñado ó vendido todo su patrimonio (era rico por su padre é independiente del tío), dejándole una carta, que decía: *Tío, si no volviésemos á vernos, se habrá usted librado de un inútil sobrino.* Pues señor, oigan ustedes la mayor calaverada que se ha hecho en el universo, desde nuestro padre Adán. En un demonio de un globo, hecho á su costa y misión, se había soplado de un vuelo en los Estados Unidos en término de tres días.

La carcajada de los concurrentes, al oir semejante especie, retumbó en la torre del Oro.

—«Echa pólvora á esa *bomba*, ó que la quiten plomo, que se cae», decía uno; y contestaba otro: — «Es que se acuerda el compadre, aunque viene de tan lejos, dónde tiene la pila del bautismo.» Cuando hubieron cesado los apóstrofes al orador, que, cruzados los índices de sus dos manos, juraba por *el Señor del gran poder* ser verdad lo que había dicho, tomó la palabra un fraile trinitario, que había sido de la *redención,* y dijo á la concurrencia:

—«No hay que reirse ni chancearse. Yo confirmo lo que ha dicho el señor, porque lo han publicado los periódicos. El sobrino de lord Bentinck, en efecto, ha tenido el arrojo de meterse, con otros seis ú ocho pájaros, de esos que llaman filósofos, en un globo aerostático, al cual se da dirección con tanta facilidad como un calesero guía su calesa á la plaza de toros. La perfección de la máquina se debe á haberla aplicado el llamado *tornillo Arquímedes.*

—»Pero ¿qué es el *tornillo de Arquímedes?* preguntaron algunos concurrentes.—No es muy fácil explicarlo: es, acabando en pocas palabras, la jeringa con que Inglaterra administra los *clisterios* á la Europa. El *tornillo de Arquímedes,* que aplicaron los ingleses hace veinte años á la navegación por el vapor, neutralizó enteramente las serias

medidas coercitivas y reaccionarias de la Santa Alianza; y hoy, que ya por fin la Europa conoce y adopta el uso de la navegación por el vapor, que tan inmensas ventajas ha proporcionado á la nación inglesa, como prueba claramente el Príncipe de Joinville en su Memoria (que es también un *clisterio* á su padre), salimos con esta nueva maula y artimaña del *tornillo de Arquímedes*, para que los señores inglesitos se suban á pasear por encima de nuestras cabezas. Así puede decirse, por desgracia, que la gente de aquella tierra siempre se halla con un sentido más que los demás.

—»Por de pronto, lo que á mí se me ocurre, dijo un cesante de aduanas, es que ya es excusada é inútil toda nuestra oposición al tratado de comercio. Porque excusado será que se multipliquen ejércitos de carabineros en las costas y fronteras: en una sola noche Gibraltar nos vaciará más fardos algodoneros que pueden fabricarse en este siglo. Y no sólo las costas serán inundadas por el contrabando; lo serán las provincias interiores. Había que poner resguardo sobre las azoteas y tejados, para impedir que los géneros entrasen por las buhardillas.

—»Todo eso es cierto, señores, dijo un patrón de barco; pero también lo es que el tal descubrimiento puede ser muy útil á la humanidad. Si se atraviesa el Atlántico en tres días, en quince se dará la vuelta al globo, y el globo, así cruzado en todas direcciones, llegaría á ser muy pronto como la habitación de una sola familia; seríamos todos unos en lenguaje, en costumbres y aun en opiniones. Los tesoros del saber humano circularían, se propagarían por todo el universo como los rayos de la luz solar. ¡Qué adelantamientos no resultarían para la geografía, para la astrononía, para todas las ciencias, para todos los artes, para las letras todas! Resultaría, además, por precisa consecuencia, minorarse ó extinguirse las aversiones, los odios, las desavenencias, las guerras, y aumentarse en la proporción misma y prodigiosamente los medios de subsistencia para todos los pueblos, para todos los hombres.

—«Eso pido,—exclamó otro.—¡Caramba!..: que está uno aquí como el animal de América, que llaman el *perezoso*, que tiene que vivir y que morir en el tronco en que nace; porque

si los frutos de él no son bastantes para mantenerse, perece de extenuación antes de tener tiempo suficiente para arrastrarse á otro árbol. No, señor; que haya medios de moverse y trasladarse y buscar la subsistencia en todos los países habitables. Esto es bueno para el pobre, y para el rico también es conveniencia poder pasar la mañana en Valencia, el mediodía en París, y la noche en la ópera de Londres. Es cosa sumamente saludable poder mudar de clima y de temperatura á discreción; ir á invernar á las tierras meridionales y pasar el verano en las del Norte; en fin, no tener uno envidia á los chorlitos.»

Y se rieron y se levantaron todos, porque obscurecía, y cada cual se retiró embozándose y encendiendo el cigarro á la candela del puesto de agua, que ya enviaba su reflejo al río y al *árbol de la Charanga.*

LAS FUNCIONES PATRIÓTICAS EN UN PUEBLO DE CASTILLA EN 1835 . . . .

En la plaza, delante de la casa del Ayuntamiento, está un piquete de milicia urbana, que tiene los fusiles en pabellón. Es la hora de los novillos, y sólo se espera, para comenzar, al señor Gobernador civil, que debe presidir en el balcón del Consistorio. El cabo Barra, cruzado de brazos y con la cabeza baja, silva el himno de Riego, sin mostrar la impaciencia que sus compañeros. —«¿Qué dice usted á esto, señor Félix?»—le preguntan algunos.—«¿Quién, yo? dijo el cabo Barra, con una sonrisa amarga, que prolongó sus bigotes hasta las orejas: desde que le vi ayer al Gobernador este, en la otra villa, dar los vivas, cuando recibimos al Gobernador de la otra provincia, dije: *No serás tú el Dios que me ha de salvar á mí.* ¡El otro que le vino á visitar sí que puede ser templado! Sin fantasía ninguna y como si fuera un naide, con su sombrero blanco y su pantalón de lienzo (aunque es urbano), nos dijo nada más: *Ciudadanos, se trata de ser libres; ¡viva la libertad!...*»—«Cabo de escuadra,

gritó el comandante entonces, vaya usted con cuatro hombres á ver qué riña es aquella, á la puerta del Triste.»

Era la tía Conejera quien gritaba en un gran corro de hombres y mujeres, que aplaudían con grandes carcajadas los denuestos que estaba vomitando contra el secretario del Ayuntamiento.—«Sí, pícaro, lo digo, que es un pícaro; que ahora da los novillos suyos, para que los corran y hacer el obsequio al señor Gobernador, porque éste no le quite la secretaría; y cuando cayó la lápida, echó todo el tintero sobre el renglón del índice donde rezaba que había sido nacional voluntario, ¡el bribonazo!»—«Vamos, tenga usted prudencia, la dijo el cabo Barra, y vea usted el sitio donde estamos. No es regular, tía Tomasa, aguarnos la función que hacemos á nuestra Reina.»—«¿Y á mí qué me importa, gritó la Conejera, que mande Perico el de los...» y no dijo *Palotes*, sino otra desvergüenza. Ni es fácil inferir las desvergüenzas que hubiera ensartado, si no hubiera tenido que separarse el grupo que la rodeaba, para dar lugar á que entrase, por la puerta del *mesón del Triste*, una partida del resguardo, que venía preguntando por el herrador. El herrador, que estaba ya colocado sobre un poyo del mostrador para ver los novillos, se hacía el sordo.—«Venga usted, señor mariscal, gritaba el comandante de la ronda, á echar á mi caballo algunos clavos.»

«Los clavos, ¡qué compasión!

(cantaba el herrador esperezándose),

Y espinas que le sacaron,
Segunda vez traspasaron
De María el corazón.»

Pero, poniéndose en pié sobre el poyo, exclamó en alta voz el herrador:—«¡Calle... el Administrador convidado al balcón de Ayuntamiento!»—«¡El Administrador!...», repitieron en otro ángulo de la plaza, y cundió la palabra por el circo entero, encarándose todos los espectadores al balcón de Ayuntamiento. En efecto, á la izquierda del Gobernador se veía una gran cara, adornada con una peluca bermeja.—«El que echó tantas firmas contra los liberales, decían; el que nos robó en el año 23 y echó la culpa á los

negros.» Y cuanto más impertérrito permanecía el hombre en su asiento, más tenaz y más terco estaba el público en gritar: «Vaya fuera del Ayuntamiento.....» Y hubiera pasado á más el alboroto, si una buena alma no hubiera tenido la buena ocurrencia de hacer echar á la plaza el primer campeón.

Hay en medio de la plaza una abundante fuente, que arroja el agua desde una taza, copa ó urna de granito, colocada sobre una columna estriada, y vierte en un pilón profundo, espacioso y siempre lleno. Sobre el alto pretil de este pilón, se había subido un pobre forastero, huyendo del novillo que acababa de salir, y que, en su primer carrera alrededor de la plaza, la había dejado barrida de gente. El carnicero del pueblo, que sabe sacar la capa, echó la primera suerte; y para dar diversión al señor Gobernador y á todos los espectadores, fingiendo que el novillo le seguía, partió á toda carrera hacia la fuente, y dió un fuerte empujón al pobre forastero, haciéndole caer y zambullirse en el agua del pilón. La general carcajada fué estrepitosa y seguida de palmadas de aprobación, y una y otra fueron repetidas cuando se vió salir al desdichado, transido, trémulo y aturdido con el peso, no sólo del agua que empapaba su ropa, sino del escarnio público.

Mil gentes se descuelgan de los tendidos, y le cercan y le silban, y le echan aire con los sombreros. De todas partes gritan:—«Será un vago, un faccioso, algún espía. ¿A que no trae pasaporte? ¡A la cárcel!..... Echarle un par de grillos, para que declare.» — No era un vago, ni un espía, ni un faccioso. Era un joven extremeño, que había venido buscando jornal. Tenía diez y seis años, y era muy agraciado de semblante y de muy gentil cuerpo, hermosos ojos y cabello rubio suavemente rizado; pero estaba ojeroso, y caídas sus negras y largas pestañas sobre los cárdenos párpados. Un Páris ó un Adónis con cuartanas, porque cuartanas tenía, sin duda ocasionadas por la miseria y la fatiga. Yo le ví, y yo contemplé la aflicción profunda é intensa de aquel amable ser, igual mío por la ley (irrisoria igualdad), abandonado en medio de la creación, sin que nadie le ofreciera una mano compasiva en que apoyar su cabeza, ni

una camisa para enjugar sus carnes, ni una voz, ni un suspiro de consuelo. ¿Y ésta es la sociedad perfeccionada, la civilización europea? Este hombre, entre los salvajes, hubiera poseído y gozado, ó hubiera perecido en la caza ó en la pesca; en los gobiernos griegos y romanos hubieran podido ahogarle sus padres, si no podían mantenerle. Pero aquí no, ni aún suicidarse puede; se lo prohibe la religión, que cree y debe creer, porque así se lo enseñan y mandan las leyes y las costumbres. La perfección social es tal, respecto á este individuo, que le precisa indispensablemente á prolongar su mísera é inútil existencia, sin poseer ni gozar nada ni nunca. Envuelto en melancólicas ideas, abandoné la función patriótica, y retireme, casi arrepentido de contribuír á lo que llaman bien público.

CRÍTICA LITERARIA

UNA CONVERSACIÓN DEL OTRO MUNDO

Cervantes.—Lástima ha sido por cierto, señor inglés, que no nos conociésemos y tratásemos allá en el mundo. Lástima que las alas de la imprenta fuesen de tan corto vuelo todavía en nuestro siglo, que no pudiesen traerme vuestros escritos, como ni probablemente llevarían los míos á vuestra noticia.

Shakspeare.—Señor, esa misma falta de comunicación quizá era muy favorable á la originalidad del genio. Quizá la comunidad de bienes intelectuales que después se ha establecido con gran provecho de la humanidad, se opone á que haya grandes propietarios en ingenio ó cuando menos impide acumular aquel inmenso capital de reputación y gloria que vos y yo recogimos y que ambos conservamos todavía.

Cervantes.—Y que yo por mi parte espero conservar eternamente. Porque de las pocas cosas en que se hallan acordes los mortales es una, según me han dicho, la de honrar mi memoria y mis escritos.

Shakspeare.—Sin embargo no hay que fiarse. Vuestros escritos y vuestra memoria solo han sufrido hasta el día el fallo de la envidia que supone mérito y el de la parcialidad que le asegura. Os falta sufrir aún el examen frío y neutral de algún siglo que gradúe el mérito de las obras humanas por la utilidad real que produzcan á la humanidad. Ese siglo que no llegará nunca para la reputación de los llamados héroes, cuyos hechos están ya consignados, con razón ó sin ella, por una oscura y ciega tradición, llegará, sin duda,

para cada escritor, porque sus hechos son sus pensamientos y éstos están al alcance del lente de la razón de las edades. Este lente no ve claro sino á cierta distancia. Quizá doscientos y veinte años no es distancia suficiente para veros bien á vos.

Cervantes.—Ni á vos tampoco en tal caso, pues que en un mismo día fué cortado, según dicen, el hilo de nuestras vidas: y es una de las muchas circunstancias en que nos asemejamos.

Shakspeare.—¿Luego hay entre nosotros semejanza?

Cervantes.—Sí, porque ambos fuimos pobres, ambos lisiados, ambos tuvimos por maestro al mundo, y ambos nos elevamos á la inmortalidad sobre las alas de nuestro solo genio.

Shakspeare.—Pero vos fuisteis soldado, y yo fuí cómico. Vuestra vida fué errante, y la mia quieta. Aun nuestra singular habilidad en pintar locos y en mostrar á la pobre humanidad su desdichado retrato, fué diferente y opuesto en los medios. Vos hacíais reir, y yo llorar; yo logré por mis versos la inmortalidad, y vos no acertásteis á escribir sino en prosa.

Cervantes.—Pero mi prosa vale al menos tanto como vuestros versos. Si me citárais otra diferencia, diríais mucha verdad, y es que yo escribí para la razón, y vos para la ignorancia. Y que en mi D. Quijote satiricé, sin pensarlo, vuestros dramas, zurcidos así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Este es sin duda el motivo por el cual mis obras van ganando en opinión, tanto como el mundo en juicio.

Aquí llegaba este diálogo en tono ya tan alto y descompuesto que acudió otro difunto á poner paz.—«Miren Ustedes—les dijo—el sitio en que nos hallamos, y que á la eternidad no se viene á dar ruídos. A más que no hay motivo para ello. Créame usted, señor de Cervantes, que soy su paisano, y cuando yo he venido de la tierra tenía usted su baza bien sentada. Al que se hubiera atrevido á impugnar una tilde de sus obras, le hubieran apedreado como á iconoclasta. Respecto al señor inglés Shakspeare, baste decir en su

honor, que el inflexible tirano del teatro y de las letras en el siglo XVIII sólo osó designarle con el nombre de *San Cristobal de la tragedia*, apodo envuelto en elogio y en veneración. Así que pueden ustedes darse por contentos con el dote de gloria que les ha tocado, y si supieran lo que á mí me pasa, con mucha más razón se tendrían por dichosos; y no porque yo quiera comparar mi corto mérito con el de ustedes, sino porque en verdad no he merecido (aunque me esté mal decirlo) tanta mal andanza y tanta desventura como me ha cabido. Yo para lo que ustedes se sirvan mandarme, soy *D. Ramón de la Cruz*, poeta moral y dramático, aunque de *sainetes*. Cuando entré en la carrera, hallé el teatro algo cansado de Calderón y demás grandes genios de la antigua comedia española, porque hasta lo bueno cansa desgraciadamente. Observé los progresos y buen éxito de la escuela de Moliere en Francia, calculé la diferencia de costumbres de las dos naciones; me pareció que la España no se hallaba en estado de adoptar de repente toda la delicadeza de la comedia moderna.

Vi su afición decidida á los bailes de candil, á los purchinelas, á los ahorcados, á las jácaras y pullas cantadas en las calles por los ciegos. Miré al grande, vestido de gitano; al militar, recostado sobre la mesa de la castañera; al abate, manteando peleles entre las mozas de los barrios bajos. Me dediqué á estudiar las obras del paisano que está presente, analizando el efecto de su lectura en el común de sus lectores. Hallé que en lo que en ellas más gustaba no era la sátira fina de las aventuras del castillo del Duque, ni el discurso de Don Quijote en respuesta al capellán, ni su diálogo con el caballero del Bosque, ni los encantos de la cueva de Montesinos, ni las tribulaciones de Sancho, ni su diestro manejo, cortes, quites y salidas en la afanosa brega del gobierno; ni la catástrofe de su ambición, en cuya última escena el beso de paz al rucio me parece la imagen más patética de la aflicción y abandono en que deja á la inocencia, la insensibilidad pérfida de la malicia del poder y del orgullo ocioso. El pueblo prefería á estas bellezas otras que lo son también, pero de otra especie. El cuadro de Maritornes con todas sus nocturnas travesuras de duende súcubo, la

aventura del rebuzno, los hechos de Ginesillo y compañeros galeotes, y las truhanadas y torniscones con que los caballeros disputan por la albarda y la bacía contra la gente baja en la caballeriza de la venta. Ahora bien, dije yo entonces: presentando en mis sainetes el lenguaje, los modales y los sentimientos de estas mismas clases; enseñando á vuelta de algunos donaires una moral pura y sociable no abstracta ni metafísica, sino natural y de uso para todo el mundo, y descubriendo entre los toscos vicios de los artesanos y las fingidas virtudes de los usías la honradez, la inocencia y la sinceridad para hacerla triunfar, habré dado ya un paso hacia el objeto de la comedia moderna. Si lo he cumplido, si he sabido tomar la embocadura, si he conocido el genio de los espectadores, si mi lavandera de *La casa de tócame Roque* es ejemplo interesante del individuo á quien la sociedad no ofrece ningún bien, y que, por consiguiente, ningún interés tiene en contribuir al orden, díganlo todos mis contemporáneos: vieron, aprendieron y aprobaron, hasta que algunos dogmatizadores en el arte de gozar pronunciaron anatema al que se divirtiese en mis sainetes. El público obedeció, por no incurrir en la pena más temida de él, que es la de ser tachado de ignorancia. *Y hoy es el día*, señores, *en que se necesita más valor para aplaudir un pensamiento mío*, que para reprobar uno del Sr. Cervantes. Las parodias de Mr. Vadé son los cantos de Homero en comparación de mis pobres sainetes. ¿Es posible, decía yo, que la nación inglesa escuche las tragedias de Shakspeare en que Falstaff y el Príncipe heredero se injurian, blasfeman y se roban, en tabernas y entre bandoleros, mientras mis compatriotas no pueden soportar la representación del *Careo de los Majos*? ¿Será que los ingleses sepan menos, ó que no se han dejado despojar del derecho de elección en sus propios placeres? Pero, por otra parte, ¿cómo, si son consiguientes mis paisanos, no se desdeñan de leer la novela de la Gitanilla, la de la ilustre Fregona, Rinconete y Cortadillo y el Coloquio de los perros? Lo más particular en el asunto es que los literatos, mis paisanos y contemporáneos, dieron en despreciarme como el público, y apenas me dejaban escupir en corro. Ahí han venido *Cienfuegos*,

Moratín y *Meléndez*, y no me atrevo á irles á saludar, sin embargo que acaso alguno de ellos me deba parte de su aureola poética.»

Así dió fin D. Ramón á su discurso que aplaudieron sus dos oyentes por cortesía, y por la misma razón le dieron á entender al despedirse que respecto á su anterior disputa, quedaban, si no acordes, al menos sosegados.

Otros dos difuntos que habían escuchado, aunque de lejos, la conversación, comenzaron otra también literaria. Y eran la poetisa monja americana *Sor Juana de la Cruz* y el maestro *León Marchante,* comisario del Santo Oficio, racionero y también poeta en Alcalá.

M. L.—Esos sainetes de cuya mala suerte se lamenta tanto ese pobre autor que acaba de marcharse, supongo que serían unos dramas cortos y graciosos, muy semejantes á mis entremeses.

Sor J.—No deben ser semejantes, porque, según parece, aquellos sainetes tienen intención moral, mientras que los entremeses vuestros fueron unas farsas ridículas é insignificantes, sin más gracia en el diálogo que la de los equívocos más absurdos y disparatados.

M. L.—No fué ese el juicio que hicieron de ellos mis contemporáneos, y cuenta que entre mis contemporáneos era uno Calderón, con quien rivalicé en el teatro.

Sor J.—Pero ved la diferencia: los dramas de Calderón han llegado á la posteridad y corren traducidos en todas las lenguas, mientras que ni en vuestra patria hay apenas quien tenga noticia de *Los pajes golosos, El Abad del Campillo, El refugio de los poetas, El día de los compadres, La hora de la estafeta, Las barbas de balde, El gato y la montera,* que son los títulos de vuestros entremeses. No han sido más felices vuestras loas y comedias.

M. L.—Loas y comedias compusisteis y publicasteis vos, hermana Juana, por aquel mismo tiempo, y no me parece que tienen mayor mérito que las mías.

Sor J.—Hay diferencia: yo era una mujer, una pobre americana á quien no dieron educación científica. Si á la edad de tres años aprendí á leer y escribir, fué sin licencia. Si en veinte lecciones aprendí el latín, fué á escondidas. Si

quise que me permitiesen algunos momentos, alguna independencia para entregarme al estudio, tuve que meterme monja. Tuvo otro obstáculo grande que vencer mi entendimiento, que fué el del amor propio que debía inspirarme mi hermosura y el del amor ajeno que se empeñaban en inspirarme los que la miraban. Porque una muchacha pobre con buena cara, es una fachada nueva en un sitio excusado, sobre la cual no hay necio ni atrevido que no venga á estampar el borrón torpe y sucio de su mano y pluma. Ya veis que era preciso gran talento y magnanimidad de corazón en tales circunstancias para no entontecerme, apasionarme y desvanecerme. Diez y seis años tenía yo cuando me comparaba el virrey de Méjico, en su estilo marino, á una fragata de la Real Armada perseguida de infinitas chalupas, y que se defiende de todas ellas sola.

M. L.—Vuestra afición á las letras tuviera alguna disculpa si se hubiera limitado á las profanas. Pero os engolfasteis imprudentemente en las sagradas, y aun escribisteis impugnaciones y criterios de proposiciones teológicas predicadas por padres graves.

Sor J.—Esas impugnaciones las escribí por obediencia, como debéis saber. No usé de la teología voluntariamente sino para mi gobierno, y, sobre todo, no abusé como vos de ella en jácaras y coplas de villancicos que se cantaban al órgano en las catedrales. Por ejemplo:

AL NACIMIENTO

«El alcalde de Alcorcón,
misterioso en Navidades,
al niño ofreció pucheros,
viendo á Dios que tomó carne.

María lloviendo mayos
nos dió un sol con unas flores,
ella parió sin dolores,
pero tuvo muchos rayos.

Dos brutos en cabecera
estaban, que en casas grandes
los más bien acomodados
son siempre los animales.»

Á SAN FELIPE NERI

«El diablo que divisaba
la caridad que tenía,
estorbársela intentaba,
y cuanto más le atizaba,
tanto más Felipe ardía.

Con una mujer urdir
quiso al santo cierta trama;
pero el santo supo huir,
y no la pudo mullir
por más que le hizo la cama.

En la oración maravillas
hizo, y también en las dietas;
porque, á pesar de patillas,
supo mucho de rodillas,
y poco de servilletas.»

A SAN FRANCISCO DE BORJA

A Borja que ¡estrella rara!
nació un nieto como un cielo,
y al paje que albricias haya,
dijo la comadre: «Vaya
y cuénteselo á su abuelo.»

Oraciones quiso dar
Borja, pero no dineros.
Como santo hizo en rezar,
y en no quererle pagar
hizo como caballero.

Llamó luego el Duque al tal,
y preguntóle en su cuarto:
«¿Qué tenéis que estáis mortal?»
Y el paje dijo: «Es un mal
que me ha quedado de un parto.»

Á LA SANTA CRUZ

Dicen que eres santa y pura,
y yo sé que un Viernes Santo,
á vista de todo el mundo,
tuviste un hombre en los brazos.

M. L.—No fué singular en mí este estilo: entre otros mil que le usaron, citaré al poeta Cáncer que me precedió y á quien Calderón elogia en la censura que está al frente de sus poesías en estos términos hablando con el Consejo: «Muy poderoso señor: Por mandado de V. A. he visto este libro que su autor D. Gerónimo Cáncer, intitula *Poesías varias*. Y aunque el ingenio de su autor (tan célebre en España) es su más segura aprobación, con todo eso le he leído con cuidado, y no hallo en él inconveniente que reparar, antes bien mucho que agradecer al estilo, en quien se hallan usados con agudeza y donaire los primores de la lengua castellana. Este es mi parecer, salvo, etc. Madrid y Noviembre 20 de 1650.— D. Pedro Calderón de la Barca.» Pues bien, este mismo D. Jerónimo Cáncer, en este mismo libro así aprobado, dice hablando del nacimiento:

Viendo el Padre divinal,
En quien todo el bien se encierra,
Que su hijo natural,
Por redimir nuestro mal,
Bajar quería á la tierra;
Dijo con saber profundo
Que es bien que á todos asombre:
«Aunque no es hijo segundo,
Vaya y ruede por el mundo,
Porque así vendrá á ser hombre.»

A SANTO DOMINGO

De alto linaje y lustroso,
Por noble y antiguo fuero
Fué nuestro Santo glorioso,
Pero Dios como piadoso
le libró de caballero.

Diéronle con gran cuidado
El bautismo consagrado
Donde la gracia se fragua,
Y al irle á pasar por agua
Vieron que estaba estrellado.

Aquí por hazaña nueva
Hay un pozo muy sencillo,

Que da vida á quien le prueba
Y es tan divino que lleva
Milagros por culantrillo.»

Y este mismo estilo y gusto le siguieron los poetas un siglo después, y así es que D. José Villarroel, cuyas poesías están aprobadas para la impresión en 1761, se explica así en la vida de Santa Teresa:

«Es Jesús de Teresa,
Y ella de Jesús;
Y quedaron casados
Por Dios y una cruz.
En la confesión que hizo
Luego la santa
De corazón decía
Que fué robada.
Y que él era casado
Con más de once mil,
Y la vida de todas
Nunca tendrá fin.
Que matrimonio eterno
Es fuerte caso,
Y basta el matrimonio
Por solo un rato.
Mira, dijo el esposo,
Que en ser mi esposa
A ti te va la vida,
Y á mí la honra.
Amorosa no obstante
Aun cuando esquiva,
por no hacerle mal de ojo
le daba higas.
Era de su abstinencia
Tan grande el rigor,
Que la santica nunca
Llenaba el gergón.»

Y en la de San Francisco Javier, en estos términos:

«Hizo cosas tan raras,
Que el mundo todo,
Le tenía por santo
Como el demonio.

Ya supo con tullidos
Este santazo,
Por bajo de la pierna
Hacer milagros.
Humillando coronas
Al riego sacro,
Decía á Reyes topos:
«Al agua, patos.»
La preñada que le hace
Su rogativa,
Dice á primera carta
Paro, y sin pinta.
Solo á comadres este
Santo desplace,
Y es que este santo nunca
Tuvo comadres.
Llega luego, y usando
De sus primores,
A la preñada dice:
«¿Pares ó nones?»

Sor J.—La mayor extravagancia de esos cuitados ingenios en esos dichosos siglos, era su extraordinaria presunción. Los españoles más doctos en aquel tiempo estabais en la íntima persuasión de que el entendimiento de los americanos era inferior al vuestro incomparablemente; y así el juicioso Feijóo empleó muchas páginas y razones en persuadirnos que del mar allá podía haber algunos vislumbres de racionalidad, y en verdad que no cambio la poca que Dios me ha dado por la vuestra y la de esos señores de esas coplas.

M. L.—Aun cuando se os concediese que los americanos tengan tan despejado entendimiento como los españoles, no debían tenerle tan cultivado, porque no tenían tantas escuelas, tantas universidades, ni tantos maestros.

Sor J.—Si las escuelas, universidades y maestros formaban semejantes escritores, desde luego se puede asegurar lo que decía un discreto, «que un majadero sin grados, no era completamente majadero.» Confieso la utilidad de ciertos establecimientos científicos, y aun convendré en la necesidad de vuestras universidades para los talentos medianos

que, como los bajeles defectuosos, no pueden navegar sino en conserva: ¿pero juzgáis que Homero hubiera sido Homero en la universidad de Salamanca?

M. L.—Yo supongo que en vuestra charla habrá cosas muy buenas, pero yo me he quedado en ayunas. Digo que deseaba ya que hicieseis punto final. Y digo que cuidaré de que no vuelvan á darme otro solo filosófico, por los siglos de los siglos de toda la eternidad. Buenas noches.

CONVERSACIÓN SOBRE LA ETERNIDAD

AYER, día en que mi hermana cumplió setenta y seis años, tuvimos después de cenar el diálogo siguiente:

Yo.—Me parece que estás de mal humor.

Ella.—No me gusta ser tan vieja, y las enhorabuenas que me dan me suenan á gori, gori.

Yo.—Pues te he tenido hasta ahora por persona de razón.

Ella.—Y porque sea persona de razón, ¿no he de sentir dar con mi cuerpo en la caja mortuoria?

Yo.—Eso que llamas tu cuerpo ha muerto ya varias veces en tus setenta y seis años, y la naturaleza, que hace y calla, ha sabido ejecutar tales renovaciones en tu cuerpo, que no es el mismo cuerpo, sino otro adquirido nuevamente en virtud del alimento con que te sustentas y del aire con que respiras. De esta verdad se convence cualquiera que medite un poco ó que lleve un diario de entrada y salida.

Ella.—Esas renovaciones, si las hay, ni se notan, ni se sienten, ni tienen nada que ver con esto otro que llamamos muerte.

Yo.—Esto que llamamos muerte será una crisis un poco más notable en tu existencia; pero por ser notable no es funesta sino para los circunstantes y los conocidos. El difunto es quizá quien mejor libra en semejantes lances.

Ella.—¡Es decir, si se va al cielo! Pero entretanto el desdichado cuerpo no puede evitar el convertirse en tierra.

Yo.—El convertirse en tierra cuéntate que no es tanta desgracia como se supone; en cada acto agradable de la vida estamos continuamente convirtiéndonos en tierra; en

tierra se convierte una parte de tu cuerpo cada vez que te lavas, ó te bañas, ó te limpias el sudor, ó te peinas ó te mudas de ropa.

Ella.—Bien; pero por esos actos no pierdo la memoria de mi estado anterior como por el de la muerte.

Yo.—A saber si esa muerte es aparente cual lo es la de la lombriz, que hecha pedazos retoña; cual lo es la del caracol, que decapitado renueva sus órganos tan perfectamente como antes los tuvo; cual lo es la del más triste gusano, que pasa á ser larva y luego á ser crisálida, y luego á ser mariposa que va por los aires.

Ella.—¿Pero en nosotros vemos nada de eso?

Yo.—Como vemos que nada se aniquila, debemos inferir la eternidad, aun cuando ni Leucipo, ni Demócrito, ni Newton nos lo hubieran enseñado.

Ella.—De modo que cristianamente hablando, también yo pienso vivir eternamente en la gloria; sino que como aquéllo es para siempre, nadie tiene prisa.

Yo.—Priesa no, pero curiosidad confieso que la tengo de ver los habitantes de otros mundos.

Ella.—Eso ya no es hablar cristianamente ni con formalidad.

Yo.—¿Cómo que no?... Te voy á leer un párrafo de un autor muy cristiano, y muy formal, tan físico como teólogo, y cuya buena fe se advierte en cada página de los diez y ocho tomos que escribió como buen alemán; oye pues al señor Carlos Bonet:—«Me complazco en mirar la multitud innumerable de mundos como otros tantos libros cuya colección compone la inmensa biblioteca del universo, ó la verdadera enciclopedia universal. Concibo que la graduación maravillosa que hay entre estos diferentes mundos, facilita á las *inteligencias superiores* á quien ha sido dado recorrerlos, ó más bien leerlos, adquirir las verdades de todo género que encierran. *Pero estos enciclopedistas celestes* no poseen todos en el mismo grado la enciclopedia del universo, aunque todos tienen la eternidad para aumentar y perfeccionar sus conocimientos y desenvolver todas sus facultades. ¡Cuál no debe ser el placer de los espíritus celestes, cuando recorren los mundos que Dios ha sembrado

en el espacio! Habitantes de la tierra que habéis recibido una razón capaz de comprender la existencia de esos mundos, ¿no los habitaréis nunca?

»El ser infinitamente bueno que os los muestra á lo lejos, ¿os rehusará por siempre la entrada en ellos? No: llamados á alternar un día con las jerarquías celestes, volaréis como ellos de planeta en planeta, y cada instante de vuestra duración será marcado por nuevos conocimientos. Todo lo que ha sido rehusado á vuestra perfección terrestre lo obtendréis bajo esta economía de gloria. *El hombre ha sido sembrado corruptible, pero resucitará incorruptible y glorioso.* Estos son los términos del apóstol filósofo. La cáscara del grano perece, el germen subsiste y asegura al hombre la inmortalidad.

»El hombre no es, pues, en sí lo que nos parece ser. Cualesquiera que sean las opiniones de los fisiólogos, siempre resultará que hay en alguna parte del cuerpo un órgano que es el instrumento inmediato de las operaciones intelectuales.»

De aquí el autor pasa á explicar el cómo puede ser esto físicamente, y dice: «La instantaneidad de la propagación de las impresiones sensibles, y algunos otros fenómenos, indican que hay cierta analogía entre el fluido nervioso y la materia del fuego ó de la luz. Se sabe que todos los cuerpos están impregnados de fuego. No hay seguramente ninguna imposibilidad en concebir que el grande obrero haya construído una pequeña máquina orgánica con los elementos del fuego, de la luz ó del éter; que haya unido desde el principio á esta máquina el ser capaz de sentir y de pensar; y que haya encerrado en la máquina misma los elementos de este cuerpo futuro y glorioso que la fe espera y que la razón ilustrada está tan dispuesta á admitir. Y suponiendo conmigo que esté formada de los elementos de la luz ó del éter, se comprenderá bien cómo la muerte, que destruye la corteza, no podrá destruir la máquina etérea ó el germen del cuerpo futuro. El germen de este cuerpo *espiritual y glorioso* que la revelación opone al cuerpo *animal y grosero.*

»Las impresiones más ó menos durables que los nervios y los espíritus producen sobre esta pequeña máquina, y que

son el origen de las sensaciones, de la reminiscencia y de la memoria vendrán á ser el fundamento de la personalidad, y unirán el estado presente al estado futuro.

»La *resurrección* no sería entonces sino el desarrollo prodigiosamente acelerado de este germen oculto actualmente en el cuerpo.

»El autor de la naturaleza que ha preordenado desde el principio todos los seres, que ha encerrado originariamente la planta en la grana, la mariposa en el gusano, las generaciones futuras en las generaciones actuales, ¿no habrá podido encerrar el cuerpo espiritual en el cuerpo animal? Un cuerpo organizado formado de elementos análogos á los de la luz ó del éter no exige sin duda ninguna reparación, y el cuerpo espiritual se conservará por la sola energía de su mecánica; y si la luz ó el éter no pesan, el hombre glorificado se trasportará al arbitrio de su voluntad en todos los puntos del espacio, y volará de planeta en planeta, de sistema en sistema, con la rapidez del relámpago.»

Ella.—¿Y de dónde me has dicho que era ese hombre?

Yo.—De Ginebra.

Ella.—¡Eso es decir que sería republicano y hereje!

Yo.—Pues vaya un realista muy católico. El señor Chateaubriánd dice entre otras bellezas del cristianismo: «Este dulce calor que la caridad derrama en las pasiones virtuosas, las da un carácter divino. El goce de los sentimientos honestos sobre la tierra no es más que el principio de las delicias de que seremos colmados. El principio de nuestras amistades no está en este mundo. Dos seres que se aman acá abajo, llegarán juntos si la virtud les dirige.»

Y en otra parte de la misma obra:

«Nosotros sabemos que nuestra felicidad acá abajo está coordinada con la felicidad general en una cadena de seres y de mundos que se ocultan á nuestra vista. Que el hombre en armonía con los globos, marcha con paso igual al suyo, al cumplimiento de una revolución que Dios cubre con su eternidad.

Lo maravilloso del cristianismo de acuerdo con la razón, con la astronomía y con la expansión de nuestra alma, se sume de mundo en mundo, de universo en universo, por

sucesiones de espacios en que la imaginación asustada tiembla y retrocede.»

Ella.—Aun eso puede pasar por entusiasmo poético-religioso de ese buen señor. Pero, ¿á que no se enseña esa misma doctrina en los escuelas de Europa? ¿Qué se dice de todos esos mundos? ¿Qué se dice de este nuestro y de sus habitantes?

Yo.—Pues mira, de este mundo y de los seres que le habitan se dice hoy en Europa lo siguiente:

Primera época de la tierra. Fué ésta gas, agua ó fuego alternativamente.

Segunda. Formáronse las rocas.

Tercera. Plantas acuáticas y cañas enormes, diversas de las que hoy crecen en nuestro planeta.

Cuarta. Los animales más sencillos; pólipos fijos en el suelo y que sólo parece que vegetan, tales son las madréporas y los corales.

Quinta. Moluscos que en nada se parecen á los que viven hoy en nuestros mares.

Sexta. Enormes cañas que son una prueba de que aquel suelo en una época estuvo libre de aguas, y tuvo una fortísima vegetación. Se descubren ya pescados y anfibios.

Séptima. Peces, lagartos de estructura rara y gigantesca, cocodrilos y tortugas.

Octava. Delfines y algunas aves.

Novena. Ya en la última de las grandes formaciones calcáreas, que parece haber sido producida en un mar tranquilo, hay animales mamíferos, pero siempre marinos, como las focas.

Décima. Cuadrúpedos terrestres que en nada se parecen á los actuales.

Undécima. En fin, los semejantes á los de hoy, elefantes, rinocerontes, leones, hienas, que hoy sólo viven en la zona tórrida, con otros animales ya perdidos, se hallan sepultados hasta en la fría Siberia y parece que dichos animales vivieron pacíficamente en aquel suelo, cuando alguna inundación los enterró y destruyó su especie.

Duodécima. El hombre, que hasta entonces no aparece.

Ella.—¡Somos de ayer, según eso! ¡Y qué genealogía tan brillante puede ostentar la vanidad humana! Pues y á las presumidas de hermosura, ¡qué cuesta arriba se les ha de hacer el haber de admitir por abuelo á un lagarto, y por origen de su linda cara las quijadas de un caimán! Pero verdaderamente que, mirándolo bien, se ven muchas personas que aún conservan el aire de familia; vemos por ahí hombres ostras y hombres tortugas, y también hombres hienas. Pero alcemos la vista y veamos esos mundos, esos globos de que me has hablado.

Yo.—Pues de esos globos celestes, es decir, de astronomía, se enseña que nuestro globo da vueltas sobre sí alrededor del sol; que los planetas son como la tierra con sus sierras, sus valles y sus nieves. Que cada una de esas innumerables estrellas es ella un sol que alumbra muchos mundos y que á este enjambre de mundos hay que añadir los cometas que son planetas menos arreglados, es decir, algo anarquistas.

Ella.—Ve ahí por lo que tanto se les teme cuando se presentan.

Yo.—Hay opiniones: ciertos astrónomos los juzgan útiles, y que es posible atraerlos y sacar partido de ellos, y opinan que la luna fué un cometa que, atraído por la tierra, la sirve hoy de satélite y la alumbra.

Ella.—¿Y es verdad eso que dicen de que es posible que venga un cometa y nos pegue un colazo que no hemos de quedar para contarlo?

Yo.—Imposible no es, según la astronomía; pero es mucho más difícil que el que te encuentres tú con el Emperador chino en el Sacro Colegio ejerciendo uno y otro funciones de Cardenal.

Ella.—Sin embargo yo he leído en el Buffón que quizá fué un cometa la causa del diluvio.

Yo.—Esa opinión se ha refutado hace tiempo; lo que sí está hoy muy en boga es el juzgar que un planeta ha debido reventar entre Júpiter y Marte, y que los cuatro pedazos Juno, Ceres, Palas y Vesta giran allí desde entonces, cual debajo y cual encima, como nuestras provincias de ultramar, desde su desmembramiento. Hay otra novedad más;

hay planetas ó partes de planetas que han caído sobre la tierra, que puedes verlos, palparlos y tomarlos á peso á algunos de ellos, porque otros pesan bastantes arrobas. Estos son los llamados aereolitos, y han dado bien que hacer á los astrónomos hasta que al parecer han convenido ya en que son por sí planetas desperdigados, digámoslo así, ó son partes de la luna, arrojadas acá por los grandes volcanes que hay en ella.

Ella.—Bueno es que nos acerquemos y nos vayamos tratando, y para bien seamos todos unos.

Yo.—El cuento es que los hay tan apartados, que cuando nos hayamos de visitar tardaremos la friolera de veinte mil siglos, y esto yendo por la posta en que camina la luz que corre en cada minuto cuatro millones de leguas.

Ella.—¡Excelente montura para mi genio! Me plantaría sobre un rayo de luz, y no paraba hasta encontrar con un mundo sin tontos.

Yo.—No pienses que así de un salto se llega á la perfección. Te habrás de ir perfeccionando gradualmente, subiendo la inmensa escala de saber, de placeres y de bienes.

Ella.—Vamos, es para el caso, como dicen que pasaba en la sociedad secreta de los apostólicos, á cuyos iniciados no se revelaba sino es aquella parte del misterio correspondiente al grado y al oficio que tenían en la orden. Pero en fin, me contento con ir del primer vuelo á un mundo que esté exento de bribones por afición mera.

Yo.—Tienes mucha razón, hermana mía, en desear un mundo sin pasiones malévolas, y sin inconsecuencias sobre todo.

¡Cuántas veces en éste que habitamos me he sorprendido á mí mismo dividido en dos ó en tres pareceres y deseos! Uno era el de mi cabeza, otro el de mi corazón, y otro, en fin, del busto abajo.

Ella.—Hombre, ahora que se me ocurre, en esos otros mundos más perfectos, ¿habrá también como por acá, eso que llaman amor? Porque va á ser un embrollo, y un rabiadero contínuo.

Yo.—Hablándote formal, siempre he creido que no ha de haber sexos.

Ella.—Siempre acá me ha parecido una cosa como algo burlesca y que da un aire ridículo á los actos más graves y solemnes de la naturaleza.

Yo.—Como esa naturaleza es tan variada y tan omnipotente, es de esperar que serán infinitos los medios de que se valga para las resurrecciones de los seres, y sobre todo, hermana, lo consolador, lo bueno y lo indudable es que tenemos por nuestra á toda la eternidad.

Ella.—Y pues que has concluido como el credo con su artículo de fe, *resurrección de la carne y la vida perdurable,* no hay más que decir, *Amén*, y acostarnos que ya es hora.

Piedrahita, fin de Diciembre de 1841.

CARTA DE UN AMIGO Á OTRO SOBRE EL RETO Ó DESAFÍO, MEJOR DICHO SOBRE EL DUELO, PORQUE PUEDE HABER RETO Ó DESAFÍO Y NO POR ESO HABER DUELO, COMO HEMOS VISTO RECIENTES EJEMPLARES: AQUÍ DE LO QUE SE TRATA ES DEL DUELO Y DE SUS LEYES • • • • •

Muy señor mío: Estimo á usted como debo el favor que me dispensa consultándome las dudas que le ocurren sobre las leyes del duelo, que no están, por desgracia, reducidas á código, pero que se conservan por la tradición. Otro tanto sucede, á la verdad, con las leyes de los naipes, y no por eso dejan de observarse religiosamente por los aficionados: tanto, que si un jugador se empeñase en sostener en juegos de espada y basto, que el basto gana á la espada, sería mayor escándalo que el ponerse á defender que los derechos de la fuerza bruta son superiores ó iguales á los de la sublime inteligencia.

Viniendo pues al asunto, diré á usted el resultado de mis investigaciones. El duelo en toda la Europa y en toda la cristiandad ha tenido tres épocas diversas: en la primera,

que alcanza hasta el undécimo siglo, no sólo estuvo el duelo permitido, sino autorizado y tenido por el *juicio de Dios;* y así, no solamente las injurias y los lances de honor, sino los de interés, se fallaban frecuentemente por tal medio. Se desafiaban los reyes, se desafiaban los nobles y se desafiaban los plebeyos; sólo los clérigos estaban exentos, pero otros lo hacían por ellos, como sucedió acá con el duelo celebrado sobre el misal muzárabe.

En la segunda época ya trataron los concilios y los reyes de evitar y contener tanta efusión de sangre, no precisa ni expresamente prohibiendo y condenando el duelo, sino limitando la autorización á una mitad de los días del año. Esta es la *tregua de Dios*, en la que se ordenó en el año de 1041, *que desde el miércoles por la tarde hasta el lunes por la mañana de cada semana, nadie había de tomar nada por fuerza, ni se había de vengar ninguna injuria, ni pedirse gaje de caución ó de fianza, bajo pena de destierro ó excomunión.* Por supuesto que en cuaresma la veda era rigurosa, y caballeros hubo que guardaban las témporas y adviento, y no faltó alguno que otro que se abstenía de desenvainar la espada en días en que se sacaba ánima. Sin llevar yo el escrúpulo tan adelante, sería, sin embargo, de opinión de que no se hiciesen armas en los días que se canta la Pasión, porque está tan expresa y terminante allí la prohibición respecto al rifirrafe de San Pedro y Malco, que no deja motivo de dudar. Y desengañémonos, amigo mío, que nuestra escuela, si ha de prosperar, ha de fundarse sobre el cristianismo. Ya el Sr. Chateaubriand, á quien debemos mirar como á nuestro fundador, nos dice expresamente: *conviene demostrar que las virtudes de los caballeros, que elevaban su carácter hasta lo bello ideal, eran virtudes verdaderamente cristianas;* y en seguida describe al caballero, que no parece sino que retrata á alguno de nuestros compañeros y cofrades; oiga usted: *El caballero jamás miente: he ahí el cristiano. El caballero era pobre y el más desinteresado de los hombres: he ahí el discípulo del Evangelio. El caballero se va por el mundo socorriendo la viuda y el huérfano: he ahí la caridad de Jesucristo. El caballero era tierno y delicado en amor y, ¿de quién hubiera él*

recibido esta dulzura sino de una religión que inspira respeto siempre hacia la debilidad?

Tales eran en efecto los antiguos caballeros y no como algunos de ahora. En el año pasado, nada menos, sé yo de un duelo en España que se verificó en Semana Santa, y debieran saber estos señores que todo un emperador Carlos V aguardó al lunes de Pascua, día 17 de Abril del año 1536, para desafíar solemnemente á Francisco I, rey de Francia, delante del mismo papa Paulo III, y presente todo el cónclave de Cardenales; reto que pronunció en estas palabras: *de su persona á la mía, en el campo, armado ó desarmado, en camisa, con espada y puñal, en tierra ó en mar, en puente ó en isla, en campo cerrado ó delante de nuestros ejércitos, á donde quiera ó como quiera que él quiera y bien visto sea, dándole veinte días para responder.*

A cuyo reto ni el Papa ni los Cardenales opusieron ninguna censura eclesiástica, antes bien respondió el Papa: *Tutte le vostre parole sonno estate tanto ben dette che nihil sopra delle qualli ad una sola voglio rispondere: in quanto quello che avete detto, che per scusare piú danni, volete condurre la vostra persona in campo con quella del ré de Francia, io dico che quando la tal cossa fosse, che aspetto ben che non sará, manco danno saria perdere la di tutti vostri vasalli e servitori, che condurre la persona vostra in tale estremo.* Palabras muy lisonjeras, á las que el Emperador debió quedar muy agradecido, aunque no tanto los cortesanos y caballeros suyos.

No sé si habrá usted leído los hechos de Diego García de Paredes, escritos por él mismo. Allí es donde se estudia, amigo mío, allí es donde se aprende la materia, allí tiene usted duelos de todas especies; y no de estos duelos á primera sangre que ahora se han dado en usar, más bien para cumplir con el mundo que con la obligación, sino duelos formales y completos, en que á todos sus contrarios los apercollaba vivos, como lo verificó con un capitán del Papa á quien cortó la cabeza, no *queriendo entender que se rendía*, como dice él mismo. Al coronel Palomino le sucedió para el caso otro tanto; Paredes se tiró de un puente á un río con cuatro hombres de armas que le llevaban prisione-

ro, y los ahogó á todos cuatro y salió á nado armado de todas armas. A esto dijo Palomino que más que valentía era locura, y Paredes le probó que se engañaba pública y solemnemente, derribándole el brazo de la espada de la primera cuchillada, y de la segunda un muslo, por lo que cayó en tierra, y yéndole á cortar la cabeza, se lo pidió por hombre muerto el Gran Capitán, y el buen Paredes se lo concedió, que no dejó de ser condescendencia; y note usted de paso que presidían este duelo nada menos que todo el Gran Capitán y Próspero de Colona.

Allí encuentra usted también un desafío con porra, en que el retador, que era un francés, no quiso recibir la que Paredes le daba, y arremetió á estocadas con el dicho, haciéndole una herida por entre la escarcela; mas Paredes de un porrazo le hundió el almete en el cráneo, y se acabó la fiesta.

El reto que más me gusta es el que Paredes hizo delante del mismo Rey á todos los caballeros de la corte, porque murmuraban del Gran Capitán; sin que ninguno se atreviese á alzar el guante que les arrojó Paredes, y que el Rey le devolvió con la razón.

Á fe que si hubiera siempre semejantes tapabocas, habría menos chismes en las cortes.

Con quien Paredes no gastaba cumplimientos era con la gente baja, y así en el mesón de Coria, donde había unos rufianes con unas mujeres públicas y unos bulderos (véase el Diccionario), que se empeñaron en saber quién era, porque traía cubierto el rostro con un papahigo, asió del banco en que estaba sentado y arremetió con ellos de tal modo, que los arrojó á todos en la lumbre; y la una de las mozas murió quemada, y los que á medio quemar pudieron escaparse, llamaron á la justicia; pero ni por esas, porque con la tranca de la puerta dejó muertos á cuantos entraron, y concluye él su aventura diciendo: *al ruido y alboroto vino el obispo, que era mi deudo y lo sosegó todo.*

Lo que me encanta más son las palabras con que concluye su obra, que son éstas: «Dejo esta memoria á Sancho de Paredes, mi hijo, para que en los casos que se le ofrecieren en defensa de su persona y honra haga lo que se debe

á sí como caballero, poniendo á Dios delante de sus ojos, y procurando tener razón en lo que hiciere para que le ayude.»

Pero tales caballeros se acabaron al principiar el siglo XVI; siglo que trajo consigo un trastorno general en todas las ideas de la sociedad. En las de religión, por el luteranismo; en las de las fortunas, por el descubrimiento de América; en las del buen gusto, por las bellas artes; en las del amor y hasta en las del himeneo, por el mal venéreo. Entonces fué la verdadera revolución de Europa, no la que hoy se llama tal, y no es sino consecuencia natural de aquélla para el observador de buena fe.

En el Concilio de Trento, y en su última sesión, fué donde se prohibió el duelo, definitiva y absolutamente, llamándole artificio del demonio, imponiendo excomunión á duelistas y padrinos, con pérdida de sus bienes, y condenándolos á perpetua infamia, como homicidas, con privación de sepultura eclesiástica.

Esta es la tercer época en la cual ya los duelos dejaron de ser públicos en toda ó en gran parte de la Cristiandad. No por eso diré yo que no haya habido algunas excepciones, y aquí hubo una muy notable. En el año de 1641 puso carteles un Grande de España, desafiando nada menos que al duque de Braganza, coronado por rey de Portugal, diciendo: «desafío á Juan de Braganza, que fué duque, como á fementido, aleve á su Dios y á su rey, á singular batalla cuerpo á cuepo, con padrinos ó sin ellos», y añade (que esta es más negra): «si no sale á batalla, ofrezco á quien le matare la mi ciudad de San Lucar, con licencia de S. M.» Tal licencia no hay monarca que se atreviese á concederla hoy día. Así el tiempo quita y pone, no tan sólo en lo político, sino en lo moral también. Pero tales infracciones han sido poco frecuentes, y los duelos que se han verificado y que se verifican son á sombra de tejado. En honor de la verdad debe decirse que si hay duelos todavía no es porque los caballeros no tengan miedo y respeto á las excomuniones, sino porque en ciertos casos no las creen tan fulminantes como el cólera, y así esperan tener tiempo para reconciliarse con la Iglesia.

Pero no sería yo el que me fiase, ni aun con el reciente ejemplo del ex-obispo, célebre por sus años y saber, que pasó poco hace á mejor vida. Ese, en efecto, logró la fortuna de plantarle al demonio una tostada, muy semejante á la que le plantó en tiempos nuestro marqués de Villena, que cuentan rescató su alma y su cuerpo vendido al maestro infernal en la cueva de magia en Salamanca. Pero es de advertir también que el ilustrísimo Q. S. G. H., no estaba censurado por duelista, sino meramente por la muchachada del campo de Marte, y aquel traspié que dió deslumbrado por la antorcha del seductor himeneo.

Volviendo á nuestro asunto de los desafíos, es menester conocer que falta que arreglar mucho antes de que lleguemos á la perfección, y uno de los puntos más interesantes es determinar hasta qué edad obliga el desafío. Yo sería de opinión (salvo siempre mejor parecer) que los inválidos debieran darse á los cincuenta años; y no es sólo el haberlos yo cumplido la razón que me mueve á fijar esta edad para la jubilación, ni tampoco me fundo únicamente en el refrán castellano vulgar, aunque muy cierto por desgracia,

De cincuenta el caballero
excuse mujer y acero;

sino porque á esa edad la ley exime ya no sólo del servicio militar activo, sino aun de la milicia ciudadana; y parecíame á mí, que al que se le supone legalmente incapaz de defender á su patria, y que por consecuencia se encargan los demás tácitamente de defenderle á él, no se le debería creer en obligación de andar á chincharrazos por su honra. Otra excepción que hay que hacer es á favor de los débiles, aunque no sean ancianos. Pongo por caso: un caballero raquítico (que hay muchos y muy ilustres) no debía estar obligado á aceptar el desafío de un gigante. Convengo en que el valor y la destreza compensan alguna vez las ventajas de la fuerza. Goliat, pongo por ejemplo, fué vencido por David, pero aquello lo hizo Dios para abatir la arrogancia del enorme filisteo, valiéndose de la humilde y débil mano, no sólo de un rapaz sino de un poeta. Y no por eso aconsejaré yo á ninguno de nuestros ingenios, sea en verso, sea en

prosa, que vaya á cruzar armas, por ejemplo, con el primer granadero de la milicia nacional hoy día.

Pero me dirá usted, ¿quiénes han de ser jueces de esa desproporción incompatible con la igualdad que exigen las leyes del duelo? Respondo que los padrinos. Los padrinos son el tribunal sin apelación; son el jurado que debe decidir no sólo de estas desigualdades físicas, sino de las morales. Verbi gracia: suponga usted un perdido, un calavera, cargado de delitos y de trampas, sin casa, sin familia, sin salud, en fin, uno de estos hombres que un día ú otro se tiran al canal por no poder tolerarse á sí mismos; pues ahora bien, ¿hemos de permitir que este desesperado venga á desafiar antes de suicidarse á un hombre honrado, bien establecido, útil y necesario á su familia y á la sociedad? No señor; los padrinos deben de impedir que tenga efecto una desigualdad tan monstruosa, en la que el retador nada aventura, y el retado nada menos que la felicidad propia y agena.

Otra excepción debe hacerse en favor del caballero pobre, que tiene desventaja conocida respecto del poderoso en ciertas situaciones, porque no hay comparación entre el valor, serenidad y frescura con que debe batirse un hacendado que no deja lástimas, y la angustia y congoja de un triste pelón que prevé tras de su muerte el abandono y miseria de su posteridad. Y es muy de admirar por cierto, que en un siglo y en una época en que á todos por todo y para todo se exigen lo que llaman *garantías*, no haya de exigirse alguna para ejercer el derecho de apiolar al prójimo: por lo que deberían, á mi juicio, estar autorizados los padrinos, no sólo para exigir fianzas y cauciones y saneamiento, sino para fallar en ciertos casos que por instrumento ante escribano público y para siempre jamás, cediese el retador rico una renta equivalente á la que el retado obtiene por su industria ó empleo ó modo de vivir, y que hasta verificarse dichas diligencias no hubiese lugar al duelo.

Otra excepción que hay que hacer indispensablemente, es sobre enfermos é inutilizados. ¿Con qué justicia, con qué ley de Dios se le obliga á un hombre de honor, manco, cojo ó inutilizado (y más si por honor se encuentra así) á que acepte un desafío? Yo padrino suyo, no consentiría tal des-

igualdad, y diría al retador: mientras usted no se presente aquí con los mismos achaques y mutilaciones que tiene el retado, es ilusoria la igualdad de medios; con que así, señor mío, vaya á ponérseme en igualdad exacta, ojo por ojo y diente por diente.

Dejo para otra ocasión algunas advertencias sobre armas y municiones, y si son ó no admisibles en el duelo las navajas de Albacete y trabucos naranjeros.

Besa la mano de V. S. S. S.—José Somoza.

LA OROPÉNDOLA (1) EN LA FUENTE DE LA DEHESA DE LA MORA

La dehesa de la Mora, situada cerca de la Pesqueruela, tiene como ésta una pradera sombreada de un bosque de robles con varios manantiales y arroyuelos que se deslizan por aquella colina

con un manso rüido,
que del oro y del cetro pone olvido,

como dijo Fr. Luis de León.

En tiempo que la dehesa de la Mora pertenecía á un amigo mío, y en un día en que yo me hallaba en casa de éste, dos niñas, de doce años la mayor, hijas suyas, me mostraron dos plumitas, una de hermoso verde y otra del amarillo más brillante.—«¿Y quién ha dado á ustedes estas plumas?»—pregunté:—«El chico del guarda de la dehesa de la Mora,»—respondieron.—«Como su padre es tan buen cazador, ha cogido la pájara, pero sin herirla, que no la tiró, y el chico nos la ha traído; pero dice que no canta, y que estas

(1) Ave quizá la más hermosa de nuestro suelo. Tiene el pico encarnado, el cuerpo manchado de amarillo, verde y negro, negras también las alas y la cola, y amarillas las extremidades de sus plumas. Se mantiene de insectos y bayas.

aves no saben otra cosa que silbotear, y como tiene unas plumas tan bonitas, dijimos nosotras que habíamos de hacer con ellas un volante, porque cuando jugásemos con las raquetas estaría muy vistoso. Entonces el chico la arrancó estas plumas antes de que la metiésemos en la jaula.»

Las familias de los cazadores, siempre feroces (dije para mí) á fuerza de mancharse con sangre, se hacen insensibles. La agonía y el dolor de la inocencia les es indiferente. Meten en el morral al ave aliquebrada, y á la liebre la cuelgan de la pierna rota. Conocí un joven cazador de hurón, que solía traer veinte conejos vivos, y se entretenía en soltarlos dentro de su cuarto, y ver cómo aquel bicho sanguinario los acometía y les roía los sesos. Así tal vez se ensayaba el joven Heliogábalo para después reunir á su mesa á sus desgraciados súbditos, haciendo arrojar fieras contra ellos para que á su vista los despedazasen.

—¿La habrá dolido á la pájara el arrancarla estas plumas?—preguntaron las niñas viéndome silencioso.—Mucho,—les respondí;—tanto como si á nosotros nos arrancasen el pelo del cráneo, como si nos arrancasen las uñas de los dedos, como si nos arrancasen la piel que nos cubre los miembros.

—¡Qué horror!—exclamaron ambas,—y marcharon; y volvieron con la jaula en la mano y las lágrimas en las mejillas.

—¡Cúrenosla usted! ¡Que sane! ¡Que no se muera! ¡Que no tenga dolores la pobrecita!

Miré á la pobre oropéndola, que estaba anhelosa, con las alas en arco, y abría y cerraba el pico como para dar gemidos. La cogí, la registré, encontré la gotita de sangre de las dos heridas.—Que traigan agua,—dije,—en una taza grande; que beba, que se bañe: el agua es la primera necesidad en el dolor.—Mientras la una corrió á buscar agua, la otra me arrebató el ave y con sus labios la enjugaba la sangre y la ofrecía saliva por el pico; pero dando sollozos que la ahogaban.

Cuando hubimos vuelto á meterla en la jaula, y hubimos logrado verla bañar, sacudirse y sosegarse un poco, me ocurrió distraer á las niñas con un cuento.—Esta oropén-

dola, dije, se ha de volver á llevar esta tarde á la dehesa de la Mora, donde hay aquella fuente.—Sí señor (interrumpieron), de la Mora encantada, que la noche de San Juān sale á peinarse á la luna.—Esa fábula, les dije, no es tan entretenida ni con mucho como la que voy á referir á ustedes.

No era la Mora encantada, sino encantadora y maga, y sólo dicen que se aparecía á los que se miraban en la fuente. Así es que los pastores y aldeanos se guardaban de acercarse; sólo una pobre muchacha, la más boba del contorno, obligada por la sed y ostigada del calor, tuvo un día la temeridad de penetrar en aquellas deliciosas sombras y arrojarse de pecho á beber en aquellas frescas aguas. Miró en el terso espejo de la fuente, y vió, ¡qué portento! una angélica hermosura de sonrisa irresistible, y cuyos negros cabellos ondeaban en torno de un semblante y de un cuello de alabastro.

—¡Ay! ¡Quién fuera tan hermosa!—exclamó la muchacha.

—Tú tienes esa dicha y esa suerte,—respondió la encantadora presentándose. Soy la maga del placer, y quiero que el mundo te admire y te goce.—En aquel mismo instante se encuentra la muchacha en un jardín de embalsamado ambiente, rodeada de caballeros que la acatan, la siguen y enamoran. Una deliciosa música la conduce hasta el salón de un suntuoso palacio donde le espera un delicado festín, y en él consumen el día. La noche se pasa en danzas, juegos y escénicos espectáculos.

Tal era la vida de la joven feliz, y las horas, los días y los años se deslizaban sobre ella sin sentirlos. Pero su robustez y su salud comenzaron á debilitarse. Su pulso era frecuente, y sus sienes estaban como comprimidas. Siempre un tedio insoportable la acometía, la ahogaba y no la dejaba gozar. Suspiros involuntarios y lágrimas indiscretas salían de sus labios de clavel y de sus luengas pestañas. — ¡Ay, quién se viera pobre y con salud! — exclamó aburrida un día. Al momento la maga se lo concedió. Volvió á hallarse en el corro de sus compañeras, espadando lino y cantando al compás de la espadilla en tono alegre las tonadas del país; comiendo las sopas de ajo de pan de centeno y bailando al pandero los domingos.

En uno de estos días bajó de su aldea á coger zarzamoras y se halló cerca de la fuente encantada. Quiso mirarse en sus aguas, pero se horrorizó al verse. Su cara estaba cubierta de pecas pardas, su frente y su garganta tostadas y despellejadas por el sol y el aire, y su cabeza toda cubierta de tamo y tascos de estopa.

—¡Ay!—gritó la desdichada,—¡yo lo renuncié todo, pero no el ser hermosa!

Al instante la maga se la apareció y la dijo indignada: puesto que no te bastan la salud y la paz de la vida ganada con la espadilla, ve á ser la más hermosa, como la más estúpida de las aves que cruzan los aires. Tu hermosura será tu desgracia; los hombres te cazarán para su diversión, lo mismo que cuando eras cortesana. Y dándola con su vara la convirtió en oropéndola.

Feliz hubiera vivido en el bosque sombrío á la orilla de la fuente, picando zarzamoras y frambuesas, y silboteando, en fin, como las de su especie. Pero ¿para qué había ella ansiado la hermosura, sino para ostentarla, para ser admirada, envidiada y aplaudida? Se balanceó en las copas más altas de los álamos, fué vista, espiada, cogida en una red, llevada á la ciudad y vendida á unos niños muy antojadizos y muy mal criados.

Estos se divertían en hacer mal, no sólo á los animales repugnantes á la vista, como acostumbra desgraciadamente todo muchacho, toda mujer ó todo hombre vulgar, para quien el murciélago inocente tiene pena de ser crucificado, y el lagarto inofensivo es reo del suplicio de horca, sino que estos señoritos se complacían en atormentar hasta á los animales á quienes tenían cariño. Á un doguillo muy pequeño, á quien habían quebrado la nariz para que no creciese, le pusieron un día un cohete atado en el lomo, para que, dándole fuego, fuese á estrellarse contra la pared. Tardes enteras pasaban en el corral de su casa, administrando al gallo lavativas. Á un asno que toleraba que montasen todos (eran tres los chicos) sobre su lomo en pelo, y caminaba con ellos adonde y como querían, le metieron debajo de la cola un puñado de moscas de caballo; esto ya aquel estoico animal no lo sufrió sin levantarse en coces, y dejó

sin un diente al mayorazgo. Á tales manos vino la oropéndola.

Fué extraordinario el cariño que la tomaron los tres. No había de comer ni de beber cuando quería, sino cuando querían ellos; no de lo que á ella le gustaba más, sino de lo que á ellos mismos les gustaba, y como eran tres, había de comer tres veces: uno la daba crema y café, otro prefería las pastas y vinos, y otro estaba por la pesca y los helados. La desgarraban el pico para engargantárselo, y no le daban tiempo para hacer la digestión. La interrumpían el sueño entre la noche para enseñarla á sus amiguitos, y aun fué la admiración de la tertulia muchas veces en que graves personajes y viejas del otro hemisferio la prefirieron á sus guacamayos.

Pero como ni hablaba, ni cantaba, ni tenía ninguna habilidad, cesó el entusiasmo, y vino de repente la catástrofe. Habían visto los chicos (por desgracia) un loro disecado, y me cogieron á la desgraciada, la abrieron de arriba abajo, la arrancaron las entrañas y, atravesada de alambres, sirvió de adorno en una rinconera, con aplauso del padre que creyó ver en cada uno de sus hijos otro conde de Buffon.

Tal fué la suerte de aquella hermosura; y así concluyó mi cuento, al cual habían estado las dos niñas sumamente atentas, sin dejar de mirar á menudo á su oropéndola.— ¡Pobrecilla! — exclamaron una y otra: — ¡mejor ha de ser soltarla en la dehesa de la Mora, donde nadie la vea ni la inquiete!

Así lo hicimos, encargándola mucho las dos niñas con lágrimas en los ojos «*¡que no volviese á ser boba! ¡que no volviese á remontar el vuelo! ¡que no volviese á mirarse en la fuente!*»

LECCIÓN MARCIAL

En el año de 1815, célebre por la catástrofe de Napoleón, estaba yo en casa de mi amigo N... una tarde de verano, tomando el fresco, á un balcón que daba sobre el jardín.

En el jardín una hija de este amigo, niña de ocho á nueve años, con otras niñas de su misma edad, se entretenía vistiendo y desnudando sus muñecas pacíficamente, cuando un hermanito suyo, también de su edad, entró capitaneando una tropa de muchachos que venían á golpe de tambor á hacer el ejercicio en el jardín. Al mandar desplegar la batalla, vió que le estorbaba el corro que formaban sentadas las niñas, que ocupaban el espacio que necesitaba él; y sin piedad ni conmiseración á las quejas y á las lágrimas de su hermanita y de las otras chicas, las mandó ceder el puesto y dió de puntapiés á toda la visita de muñecas, con lo que consiguió que la afligida reunión huyese aterrada, recogiendo y salvando como la troyana gente, sus dioses Penates.

Tanto al padre como á mí nos indignó esta violencia, y dispusimos dar en la siguiente tarde una lección á este prematuro héroe. Presentóse en efecto en el jardín seguido de su hueste, á repetir su marcial ejercicio; pero á muy poco rato se presentó otra falange de niños más robustos y de más edad, capitaneada por el más atrevido y travieso del pueblo, que era además zurdo y vizco.

Este insinuó á pescozones al señorito y su gente que desalojasen el puesto, sin consideración á las sentidas quejas y razones del vencido, que llamaba á su papá pidiendo justicia.

Entonces me asomé yo al balcón y le dije:—«Tenga usted resignación, amiguito. Ayer hizo usted de Napoleón proclamando la ley de la fuerza. Hoy por esa misma ley es usted Napoleón en Waterlóo, ó por mejor decir en Santa Elena; pues lo más que puede hacerse es el interceder con el general zurdo para que conceda á usted por asilo el gallinero.»

EL PUNDONOR

El pundonor es como la corbata, un atavío sin comodidad, pero de deferencia hacia los otros, y una protesta de no ser del vulgo. Vario como las opiniones de los hombres, ocasiona los absurdos y ridiculeces más extravagantes y contradictorios en la sociedad.

Un niño de nueve años que pudiera nombrar, porque el caso que voy á referir es verdadero, se hallaba una tarde en la casa paterna jugando con otros niños de la vecindad.

Estos, al anochecer, se despidieron para retirarse; pero el *pundonoroso* señorito en cuya compañía se hallaban, no podía permitir que se marchasen sin obligarles á aceptar el obsequio que otras veces había él recibido de las familias de cada uno de ellos. Logró, pues, que consintiesen en quedarse á merendar sin prever el compromiso en que se iba á encontrar el desdichado. Era el caso que su madre no se hallaba en casa, ni tampoco ninguna persona que tuviese una llave de despensa, alacena, armario, ni aun desván frutero.

La vieja cocinera, á quien acudió en tal conflicto, únicamente se ofreció á auxiliarle con los ingredientes para una ensalada, un gazpacho, unas sopas de aceite, ó unas migas rodaderas; ¡pero ni un huevo! ¡ni un vaso de leche! ¡ni un terrón de azúcar! En vano instó á la criada á ir á la tienda á traerlo fiado; ella le contestó que su señora mamá prohibía una cosa tan contraria al pundonor de la casa. Por pundonor de la casa hubiera el señorito ido en persona á buscarlo, si hubiera creído que el tendero se lo diera: ¡qué digo! en aquel momento hubiera robado, hubiera asesinado: ¡tal era y tan acendrado el *pundonor* de aquella criatura! Desesperado y frenético se asomaba á los balcones á ver si venía su madre, y maldecía su tardanza. Corría por todas las habitaciones determinado ya á descerrajar puertas, cuando vió sobre una mesa del cuarto de su papá nada menos que una orzuela de conserva de las que hacían las Ur-

sulas de Salamanca. Corre, se apodera de ella, pide platos, los llena de aquel dulce, y manda á la criada que le sirva á sus amigos, tomando muy poca parte en el festín, aunque completamente satisfecho de haber salido tan airosamente de aquel apurado lance de honor.

Pero aún no eran las once de la noche cuando comenzaron á venir recados de las casas de los niños obsequiados, preguntando qué les habían dado á merendar, que había indispuesto su estómago tan lastimosamente.

El delincuente se hallaba con sus padres, que pronto se convirtieron en sus acusadores y sus jueces. La madre, á pesar del silencio del reo, comprobó el delito trayendo la orzuela ya casi vacía, y diciendo á los vecinos: «Lo que han tomado esos chicos, es el purgante de rosas de las madres Ursulas.»

En seguida, irritada con su hijo, le pidió razón de tan mala acción, hecha á sabiendas, que ni aun por necedad podía pasar.—«¿Con que si hubieras hallado rejalgar (decía) les habrías hecho el cumplido de darles veneno? Danos alguna razón aunque sea mala.»—Pues bien, mamá,—dijo el chico retirándose detrás de la silla del padre,—el día último que vinieron huéspedes, mandó usted asar un pavo; replicó la cocinera que no había tiempo bastante para que el tal asado pudiera estar comible. — «Tú ponme el pavo en la mesa; y cumpla yo, y tiren ellos;»—¡le respondió usted, mamá!—Una gran carcajada involuntaria de aquel indulgente padre, fué seguida de otra igual de la bondadosa madre, y ambos convinieron en que la ostentación no era hospitalidad y que el falso pundonor era capaz de hacer cometer crímenes.

Á CECILIA • • VISITA DE TUS AMIGAS Á UN CUERPO DE GUARDIA • • • • • • •

La milicia nacional, entre otras muchas ventajas para la sociedad, tiene la de acercar y reunir las diferentes clases de los ciudadanos. Allí forma el rico con el pobre, el grande con el artesano, el ignorante con el hombre instruído que, sin querer, enseña y rectifica la razón del otro, porque nada hay más injusto que echar en cara al hombre del trabajo su estupidez y su grosería, sus vicios, sus preocupaciones, cuando hasta ahora no le hemos admitido en nuestra compañía, en nuestra conversación, en nuestras diversiones. El otro día se hallaba nuestro amigo Masarnau de jefe de la guardia del cuartel de Avapiés, y fueron á visitarle por la tarde Paula y Ramona con su hermano Pacho (1). Yo no sé si tú conoces á Vicente Masarnau (2); si has podido notar su honradez de temperamento, su sensibilidad oculta y su instrucción vergonzante. Pues bien: este tal les dijo á las dos hermanas que reparasen en dos chicos casi desnudos que estaban sentados en la ceniza de la lumbre de la guardia, donde habían permanecido todo el día yertos, sin que nadie los reclamase, y sin otro alimento que las sobras que les daban algunos milicianos de su almuerzo ó comida. En efecto, eran dos niños de cuatro á cinco años, hermanos, varón y hembra; pero tan agraciados, tan robus-

---

(1) El Excmo. Sr. D. Francisco de Acebal y Arratia, grande amigo de Somoza y sus dos hermanas, Paula y Ramona, solteras aún, cuando éste contaba su obra de misericordia, y esposa hoy (1563) la primera del Excmo. Sr. D. José M.ª Huet, y la segunda de D. Esteban Muñoz y Larrainzar.—*(Nota de D. Benito Vicens y Gil de Tejada.)*

(2) El Ilmo. Sr. D. Vicente Santiago de Masarnau, celoso propagador de la ilustración en España, posteriormente Consejero de Instrucción pública, é individuo de número de la Academia de Ciencias.—*(Nota de D. Benito Vicens.)*

tos y sanos, que Paula y Ramona se abrazaron con ellos á pesar de los andrajos asquerosos que les cubrían en parte. Porque el niño no tenía otro vestido que una levita abierta de cúbica que habría sido encarnada y desechada sin duda por otro chico de más edad. La niña tenía una ropa tan llena de remiendos y girones, que no se podía saber de qué color y tela habría sido; y se tapaba la cara (por el pudor que al sexo le es innato) con un trapo que cubría su cabeza. — «¿Cómo te llamas?»—«Enrica.»—«¿Y tu padre?» — «Por allá.» — «¿Tienes madre?» — «Está en la cama.» — «¿Dónde vive?»—«En la casa de al lado.»—Este fué el diálogo de la niña con Ramona, mientras el niño, puesto sobre una mesa por Paula, que estaba admirando su blancura y sus formas, á nada respondía y se entretenía en enredar con los rizos de aquélla. — «Informémonos y veamos á su madre,» dijo Pacho: y entonces un galopín de doce años (que se conoce que se había dedicado al oficio de pillo de ordenanza en el cuartel) dijo:—«Vengan ustedes conmigo; pero hay que subir á la bohardilla, y cuidado con la escalera, que á la hora que ya es, ni yo mismo sé si podré subirla sin rodar.» — «Vamos allá», dijeron las hermanas, (nada más intrépido que las mujeres cuando les aguijonea la curiosidad ó compasión); y se pusieron en marcha. Habían subido una docena de escalones por una escalera que no daba lugar á dos personas, cuando se le ocurió á Pacho que el pillico fuese á comprar una vela y la trajese encendida. En este intervalo pudieron oir las hermanas una conversación entre dos vecinas de diferentes cuartos de la casa. — «¿Ha visto usted la infeliz cómo me apretó la mano? Pero, con una onza de chocolate ¿qué se remedia? Ella no ha tomado nada; y ¡qué calentura tiene! ¡qué sequedad en los labios! Se conoce el trabajo que la costaba despegarlos y mover la lengua para darme gracias.» — «Una lástima muy grande, señora Andrea, muy grande; y que ni usted ni yo podemos remediar. Si no estuviera atenida á ir á comer en casa de mis amos, si yo tuviera un caldo de ajo que arrimar á la lumbre, se lo subiría. Pero oigo á sus dos niños que suben la escalera. ¿Dónde habéis estado, que venís á esta hora? En esto salió un candil, y repararon las vecinas en las

señoras, las cuales preguntaron por el cuarto de la enferma. —«¡Ay! no suban ustedes;» dijo una: «no han de poder ustedes soportar el mal olor, y ella se avergonzará, porque no tiene cama, para el caso.» — «¡Déjelas usted, mujer, si las señoras tienen esa caridad!»—En efecto, subieron precedidas del candil, á cuya iluminación se había ya añadido la luz del cabo de sebo elevado en la mano del pillo. Abrióse la puerta de un camaranchón, de donde salió un hedor que hizo detener un rato á los que entraban, menos á los dos niños que se arrojaron al borde de un jergón en que yacía vestida su mamá. Esta era joven aún, de buenas facciones, tendido y revuelto el pelo por el cuello y los hombros. Lenta y difícilmente levantó los ojos; dió una mirada á las señoras y sus acompañantes; y sin sorpresa ni admiración alguna, fijó la vista en sus niños.—«¿Dónde habéis estado, hijos míos? ¿Quieres mucho á tu madre, Pepito?»; y le tendió una mano. Pero Pepe se deslizó por debajo, y se fué á echar á pecho un jarro de agua que había en el rincón. Entonces Pacho averiguó de boca de la madre llamarse Bernarda de L...—«¿Y su marido de usted?»—«Está en la tierra.»—«¿Se ha separado de usted?»—«Si señor.»—«¿Por su mala conducta?»—«¡Ay! no señor, la pobreza es quien le tiene lejos de su mujer y de sus hijos.» — No quiso Pacho molestarla más, y la encargó hiciese vestir á los niños y se alimentase, entregando una cantidad á la vecina que la enferma le indicó. Al salir, gran cuchicheo detrás, entre las dos vecinas; y todavía la beneficencia tuvo el placer de advertir una sonrisa del cielo en el semblante de la enferma balbuceando en voz baja: «¡bendita sea la hora en que naciste!» y en voz más perceptible: — «Pepito, dale un beso á esas señoras.» — Cerrada la puerta, hubo un breve consejo entre los tres hermanos, la vecina y el pillo de la vela. —Señor, dijo la más razonada de las dos vecinas, sacando con un alfiler la torcida del candil, que se apagaba: «esta es una mujer de buena conducta, que nada ha tenido que decir de ella el barrio, y nosotras, si pudiéramos, no la hubiéramos dejado en ese estado, ni entre aquellas pajas, ni con aquella podre amontonada; pero no tiene una ni lugar, ni satisfacción, para entrar á barrer. Ella, la pobre, vivía de guisar en el

figón de enfrente, y el marido creo que es *un hombre terrible,* un hombre trabajador, y muy buen mozo. ¿No han visto ustedes al niño, con aquellos ojazos, y aquel pelo rizado, y aquel pecho tan blanco?: un retrato del padre. Pero muy desgraciado, nada le ha salido bien; y sin duda por eso, porque lo que es quererla, él quiere á su mujer, está siempre enojado y anda cavizbajo, y cuando viene á casa no habla cuatro palabras; siempre suspirando, maldiciendo su pobreza. Y un día que tenía á su Pepito sentado en las rodillas, dió una mirada terrible á su escopeta que lleva consigo, y dijo á su mujer: *dos tiros de ésta sacaban de trabajos á estas criaturas.* Yo, señoras, me quedé heladita, y su mujer también; y vino y le cogió la criatura; y el hombre entonces comenzó á llorar que le corrían las lágrimas por la mano en que tenía apoyada la mejilla. Y lloraba su mujer; lloraba yo, señoras. ¿Y quién no había de llorar, cuando le oíamos decir: *Soy desgraciado desde que nací: me arrojaron á una puerta, me criaron por caridad; ¡nunca un triste techo bajo el cual abrigarme; nunca un pedazo de tierra sobre qué tenderme; jamás un árbol que me diera sombra sin que su dueño pueda arrojarme de allí! ¡Sólo en los caminos públicos me es permitido vivir, pero insultado, registrado, preguntado por los que cuidan de la seguridad de los que poseen; pidiendo, suplicando á los ricos que me den trabajo como si pidiera limosna!* ¿Quién no había de llorar, señoras?

Al concluir este diálogo, el muchacho pillo en cuatro saltos había ya bajado la escalera y había dado parte de las ocurrencias al cuerpo de guardia. Así, cuando las señoras entraron á despedirse de Masarnau, todos los milicianos, apoyados sobre sus fusiles y con los semblantes inclinados y atentos, estaban apiñados alrededor del muchacho que tenía una fiambrera de campaña en la mano y recibía limosnas para la madre enferma.

Y esto fué lo de menos importancia que en favor de aquella madre hizo el diablo del muchacho. Se han sabido después, por Masarnau, el cual quedó encargado por los tres hermanos de averiguar las resultas de aquel acontecimiento, los siguientes pormenores:

En una conversación que la enferma había tenido con la vecina encargada de emplear el dinero que se la entregó, y que el pillo había escuchado, porque se descalzaba para subir y bajar, entrar y salir en el camaranchón, había ya llegado á averiguar que el marido había sentado plaza; pero la mujer ignoraba si con los facciosos ó con los de la Reina. Creía lo primero, porque el cura de... la había entregado ciento veinte reales, diciendo que su marido se los enviaba desde *las provincias*. Esto había pasado un mes antes; desde entonces no había vuelto á saber de él, ni él la escribía. Pero la enferma cuidaba mucho de ciertos papeles que tenía debajo de la cabecera. También había hecho á la vecina algunas otras confianzas. Resultaba de ellas que el tal hombre era un hijo natural y no reconocido de cierto señor que le había hecho criar en un lugar, y que se había empeñado después, porque era muy fanático, en hacerle profesar en un convento; que él se había resistido y ausentado, sin que desde entonces su padre hubiese vuelto á interesarse por él: que en el Puerto de Santa María se había enamorado de una huérfana pobre (esta era su mujer), hija de un oficial muerto en la guerra de la independencia, y que estaba sirviendo de doncella de labor en casa de un comerciante. Que viéndose con dos hijos y sin ningunos medios, habían ensayado mil medios de vivir. En fin, que él se había echado al contrabando y había herido á unos guardas defendiéndose, teniendo después que huir.

Pues señor, *nuestro Rinconete*, con estas noticias, se fué á buscar al cura de los seis duros, después de haberse informado de su carácter y haber averiguado que era hombre de bien.

Supuso que iba de parte de la enferma, que se hallaba muy necesitada desde que su marido estaba *en la facción*. —«Eso no es cierto, niño—dijo el eclesiástico;—su marido es sargento en las tropas leales y está sirviendo en Bilbao, donde se ha distinguido.»

El eclesiástico que así respondía, había formado muy mal concepto de la mujer del sargento cuando había ido á llevarla los seis duros; y no era extraño, al ver una muchacha de no mal parecer, sirviendo en una taberna, rodeada

de caleseros que, mientras bebían ó fumaban, contaban y celebraban los más asquerosos lances. Así es que, ni había creído que fuese madre de familia, ni qué tuviera otra casa que la taberna misma de donde él se había apresurado á salir, creyendo inoportuno y aun expuesto para él, informar á la mujer de las noticias que le dió del marido un chapelgorri, que fué quien le entregó el dinero para ella. Había dicho el chapelgorri: que el tal sargento lo era por haberse distinguido en varias ocasiones; que en una había librado á su capitán, herido y cercado de un grupo de facciosos, cargándoselo al hombro hasta ponerle salvo en el cuartel general. Añadía que el sargento *Mal Humor* (que así le llamaban en el regimiento) era temido y respetado de todos, siempre triste, siempre silencioso, jamás en juegos, jamás en tabernas, jamás en devaneos. Todo esto pudiera haber contado el eclesiástico á la mujer, si no hubiera formado mal concepto de ella. Ni quiso volver á verla, ni á contarla lo que posteriormente había averiguado por los recién venidos de Bilbao, á saber: que el sargento *Mal Humor* había quedado herido en el puente de Luchana, y que ya estaba fuera de peligro y que sería propuesto para oficial. Tampoco dijo nada de esto al muchacho que le suplicaba fuese por caridad á ver y consolar á aquella enferma. Condescendió, sin embargo, y se dejó guiar.

En una conferencia larga y sin testigos que con la enferma tuvo, averiguó que el padre del referido sargento era un hombre de la corte, viejo y rico: y resolvió dirigirle una carta pidiéndole día y hora para tener con él una conversación, en que le presentase, tanto la fe de bautismo de su hijo como los documentos que acreditaban la honrada familia de su esposa, que era quien había entregado estos papeles al eclesiástico. No fué muy prudente en éste el hacer portador de aquella carta al muchacho mismo que le había guiado, aunque le enteró muy bien de las señas de la casa del señor, y de que sólo á él entregase la carta y le pidiese respuesta.

El muchacho, después de sustraerse á las cuestiones de varios criados, que no querían dejarle subir, hubo de tropezar con el mayordomo, á cuya presencia, en fin, le llevaron.

Este mayordomo se hallaba sentado delante de un pupitre. Era rechoncho y corto de pescuezo, de semblante macilento y arrugado: sus cortas palabras salían de una boca inmensa, por entre dientes amarillos y labios jaspeados como las encías: sus ojos eran, aunque pequeños, vivos, cuando los abría, porque generalmente los tenía cerrados, y encima de ellos echadas dos grandes cejas de color bermejo: cubrían, en fin, su trémula cabeza, algunas hebras de pelo natural, semejante á la estopa de una rueca cuando están acabando ya de hilarla. Díjole que no podía ver al amo, porque se hallaba enfermo y de peligro, y que le entregase á él la carta, pues que era su apoderado general. Se resistió el muchacho, diciendo que era asunto reservado entre el cura de..... y su señoría, y que corría más prisa, por lo mismo que estaba de peligro, para descargo de su alma. Aumentóse la alarma en el apoderado, siguió la obstinación en el muchacho, que ni por halagos ni por amenazas quiso soltar el papel, hasta que, irritado el viejo, se empeñó en agarrársele: en fin, que al cabo de una larga brega, logró el muchacho conservar su carta y plantarse en la calle, pero á costa de varios puntapiés y una descalabradura hecha por mano del viejo con la regla de alinear el papel.

En tal estado se presentó el portador al eclesiástico, que le esperaba en casa de la enferma; pero es de advertir que el pícaro había tenido la malicia de dar cuenta antes al alcalde de barrio, diciendo quién y por qué le había hecho aquella herida; así es que, apenas el eclesiástico se enteraba del suceso, ya estaba un alguacil en busca del pillo, á quien hizo comparecer ante el alcalde, acompañándole el eclesiástico, por creer de su obligación el hacerlo. Allí estaba el hebreo mayordomo; allí hubo de dar palabra, por buena compostura, de señalar un diario al pillo hasta que se curase, y además á la enferma y los niños (esto con mucha reserva al eclesiástico) una pensión decente hasta que se ventilase el asunto de la paternidad y hubiese una transacción ó un litigio, del cual te diré, Cecilia, para concluir, que no tendrá lugar, porque los documentos son concluyentes y el carácter del eclesiástico muy á propósito para convencer al abuelo moribundo; y sobre todo, porque el

sargento *Mal Humor*, que se presentará muy pronto aquí, hará entrar en razón al Judas del mayordomo, único interesado en disfrutar los bienes de esta virtuosa familia.

Y aquí tienes cómo la sensibilidad de Masarnau excitó la compasión de las dos hermanas, y ésta la generosidad del hermano Pacho, y ésta la curiosidad de las vecinas, y ésta la actividad del pillo, y ésta la caridad del eclesiástico, cuya autoridad y celo arrollaron, finalmente, la codicia del apoderado y ablandaron la dureza del señor. Ahora, ¿cuál fué la causa ó la casualidad que puso en juego estas diversas ruedas, felizmente movidas para el bien? No más que una visita de unas señoritas á un hombre de bien en un cuerpo de guardia.

CARTA CONTRA EL ABUSO DE LA IMPRENTA EN ESPAÑA, CUANDO NO HABÍA LIBERTAD DE IMPRENTA . . . .

Lea usted enhorabuena, amigo mío, mis pobres ensayos rítmicos, y haga de ellos lo que guste, menos darlos á la prensa en un país donde la prensa ha sido siempre el vehículo de esta peste asquerosa é incurable que llaman coplas. En las naciones en que sin licencia previa se puede publicar cualquiera obra, celan los magistrados incesantemente respecto á los folletos de pocas hojas. Los libros voluminosos son costosos y difíciles de componer, de imprimir, de circular, y de esconder; pero aquí, estando prohibida la publicación de libros, se ha permitido impunemente la circulación de hojas sueltas henchidas de máximas destructoras de la sociedad.

Desde las *coplas de Mingo Rebulgo* exclusive, hasta el *memorial presentado por las señoras mujeres*, no hay curioso romance, relación ó jácara de los que los ciegos publican por calles, plazas, ferias y romerías, que no sea una lección de atrocidades, una escuela de torpeza ó una alarma de insurrección. Contra estas inmorales producciones del *Poeta de*

los pícaros, clamaron Quevedo, Lope de Vega, Jacinto Polo y mil otros en los siglos anteriores y en nuestros días alzó el grito contra ellos en las salas del consejo el malogrado discípulo de Jovellanos D. Juan Meléndez Valdés (1).

Los héroes que se celebran en algunos de dichos himnos líricos son caballeros, aunque en otros son rufianes; pero todos igualmente ladrones, asesinos, incendiarios y raptores que jamás reconocen á la autoridad sino para insultarla.

Tales son los amables caracteres de estos bárbaros jayanes, dotados de grandes fuerzas de destreza y de fortuna, y estos habían de ser irremediablemente los modelos por donde se formase la juventud española. Ni el público sospecha que dichos personajes son fingidos. Más fácil es convencerle de que nunca existió Guzmán el Bueno, que de que fué fabuloso el andaluz más valiente. ¿Y quién no ha presenciado serias discusiones en posadas ó caminos, sobre la patria y años en que florecieron aquellos perillanes?

La propagación de estas fábulas se facilita extraordinariamente por su composición métrica, adecuada á grabarse en la memoria, por el auxilio y realce que le presta la voz y la guitarra de los ciegos, y por la baratura de su precio. Si á esto se añade la dificultad de proporcionarse otra clase de lectura, no deberá extrañarse que yo mire á las coplas de los ciegos como base de la educación del pueblo español.

Ninguna nación salvaje me parece que tendrá una poesía tan perjudicial, porque las arpas de los bardos de Fingal, divinizando nubes y fantasmas, inspiraban virtudes, y no provocaban al vicio vil como las jácaras.

En estas encuentra cada individuo del vulgo el camino de hacerse célebre satisfaciendo todas sus pasiones maléficas; y el patíbulo, que es el único tropiezo en su carrera, se le pinta como el puesto de honor de los esforzados. Tal vez las autoridades no han juzgado tan nocivas á las dichas coplas porque casi todas ellas comienzan devotamente; por lo

---

(1) Discurso sobre la necesidad de prohibir la impresión y venta de las jácaras y romances vulgares, por dañosos á las costumbres públicas, *etc.* Discurso forense, fol. 167.

cual era preciso recorrerlas hasta el fin para ver los atentados, las venganzas, las liviandades y las alevosías que se celebran en ellas. Es de advertir también que el fin de todas suele ser piadoso. El bandido se arrepiente, pero sólo en los pasos de la horca, ó en los últimos días de una larga vida, ejemplo que le da al vulgo una fatal confianza para ser gran pecador sin aventurar el cielo. Dos glorias llama él á esto.

Pero aunque no contuviera principios tan peligrosos, debería prohibirse su lectura por la vejez de los usos que recuerdan, tan opuestos á los del día, con quienes es indispensable que el pueblo se conforme. Las charpas y los coletos, las dagas y papahigos se acabaron, y no conviene que el pueblo apetezca costumbres que (prescindo yo de su comparación con las del día) no las puede conservar, porque no puede dejar de formar una parte de la Europa. En vano será empeñarnos en presentar en nuestros muebles, trajes y modales una vasta galería de antiguallas á las demás naciones que nos cercan; nuestra vana inmutabilidad sería la de la ostra en el Océano.

Omito la censura del lenguaje de dichas composiciones, tachado de ruin y tosco por la Academia Española en su sabio diccionario: ¡ojalá que así como esta respetable corporación ha desacreditado las expresiones, otros gremios no menos interesados en la educación y buenas costumbres hubieran acertado á destruir sus brutales máximas.

Sin embargo ya hemos visto abolido el famoso paseo del Rector de la Universidad de Salamanca, donde la juventud literaria se creía en obligación de sostener á palos la preeminencia de su grosero estandarte á presencia de las damas.

Y ya en honor del sexo amable podemos asegurar que no es mérito exclusivo para la galantería el título de torero ó espadachín de oficio; y que no siempre es cierto el *ferrum amant* de Juvenal.

No es ya de moda afortunadamente entre los españoles de la clase media ó alta aquel aire feroz de guapos, matones, jaques, majos, manolos y perdonavidas (más nombres hay para designar esta profesión que para distinguir las útiles y honradas); ni se halla tan amenudo el fiel traslado de un *Francisco Esteban* en la persona de un curial, tendero ó

mayorazgo sedentario. Hipócritas de la valentía, á cuyo gesto insultante y mirar provocativo debería contestarse lo que á cierto duelista: *no admito el reto porque no es igual el riesgo; yo expongo la persona de un hombre de bien, y usted la de un majadero.*

Pero subsiste en el vulgo el carácter jacaresco y desalmado. La insubordinación, la violencia y el desorden de vida es una especie de mérito entre esta gente.

Llámase hacer una hombrada acometer á la ronda que cuida de la tranquilidad nocturna, dar una puñalada á la vuelta de una esquina al competidor en cualquier derecho: y se tiene por acto de valor toda venganza, no sólo entre el pueblo bajo de las grandes poblaciones, sino entre los habitantes de las sencillas aldeas, donde los vecinos diariamente se talan, queman y destruyen mieses y ganados por la más ligera desavenencia.

Bien conozco que no debe pensarse en que todo un pueblo adquiera las virtudes de Arístides ó Sócrates; sería un delirio esperarlo (aunque delirio honradísimo); pero entre aquellos justos y estos foragidos hay un término medio que debe caracterizar al público, si ha de continuar formando parte de la sociedad europea.

Si el pueblo oyese ó leyese cosas buenas y decentes, sería tal vez más honrado y más feliz. No sé qué genio sombrío nos arrastra á perpetuar la memoria del mal únicamente, y á poner en olvido la del bien. Se marca con una cruz el sitio donde sucede una calamidad, pero no se señala el lugar en que se ejerce un acto de beneficencia; y no me parece menos digno de nuestras preces y benevolencia el hombre virtuoso que socorre á su prójimo, que el desgraciado que perece violenta ó repentinamente. Así el uno como el otro nos le recomienda nuestra religión cuando nos muestra cuáles son las obras de misericordia.

Además de los romances destinados á celebrar los atentados de los bandoleros, hay otros consagrados al dios Momo; pero compuestos con tal desgracia, que más que á risa provocan á náuseas. Las ideas más hediondas expresadas con las más asquerosas palabras, se hallan perifraseadas en diversas estrofas á cual más insulsa, y que sólo ofrecen á la

imaginación un revolcadero de inmundicias. Convengo en que en todas partes y en todos tiempos ha habido grandes talentos, que en sus sátiras, alegorías y moralidades han abusado del favor del público, que siempre está en el caso de decirles lo que el amo al escudero en la aventura de los batanes: *ten más cuenta con tu persona y con lo que debes á la mía.* Pero al menos este abuso lo amenizaba el chiste y el donaire. Si Callot se atrevió á dedicar á un ilustre prelado su estampa de las tentaciones, pudo servir de disculpa la admirable ejecución de aquel ingenioso capricho. ¿Mas qué disculpa tiene el autor que ha podido imprimir y dejado vender, pregonar y glosar á los ciegos la licencia de... producir el estrépito soez ofensivo á dos sentidos? Conocí á un personaje respetable hacer públicamente uso de dicha licencia presentando el impreso en abono de su descortesía.

El despacho de coplas es prodigioso, y si por los escritos que están más en boga se ha de juzgar de las luces y costumbres de los pueblos, triste idea formará el universo de las nuestras, y tan desventajosa como la que podrá tomar de nuestro garbo y talle, por los retratos grabados que sirven de portada á estos poemas. B. L. M. de usted su seguro servidor.

DEFENSA DE BARRABÁS • •
ARTICULO DE SEMANA SANTA

Un hecho, de los que prueban, á mi juicio, la falta de equidad á que suele arrastrar, sin conocerlo, el espíritu de partido, es el odio de las gentes piadosas contra Barrabás. Su nombre está proscripto y execrado desde el tiempo de la redención y la mayor maldición de Altisidora al caballero manchego, fué: *Barrabás te acompañe*. Pero cuál es la causa, el fundamento de esta animadversión á Barrabás? Tan sólo el haber querido el pastelero de Poncio Pilato, con la muerte de aquél, salvar la vida al Redentor del mundo; y no haberse prestado á esta fusión el pueblo hebreo, siempre ciego, siempre ingrato, y faccioso y tragalista alternativamente. ¿Pero de todo esto tuvo culpa el preso Barrabás? Consta que interviniese en la persecución contra el hijo de Dios, ó que se presentase como candidato ante el pueblo reunido á ejercer el derecho (hoy reservado al trono) de indultar delincuentes; que después, en el resto de su vida, le hayan formado causa criminal? Nada de eso; todo lo contrario. Lo que consta es que fué absuelto por aclamación, y que quedó tan legalmente libre de culpa y pena, como ha podido quedarlo, en virtud de ejecutoria, el más estirado procer á quien hubiesen osado arrojar del estamento. ¡Señor que los antecedentes no se olvidan! Esa es la falsedad, ese el error, la inconsecuencia, la parcialidad. Tan malos antecedentes eran los del Buen Ladrón, y en verdad que por ellos no se le ha juzgado. Comparado con él, ya Barrabás tiene por decontado á su favor el que su causa incoada fué meramente política, reducida á una muerte ejecutada en una sedición; y en estos lances es precisamente en los que es aplicable la amnistía, salvo siempre el perjuicio de tercero. Pero, bien que le hubiese perdonado la parte, como suele en tal caso suceder por no meterse en bromas; ó bien que no hubiese parte, como cuando las muertes de los frailes en Madrid, ó bien que mediase un tratado como cuando Elliot, ó bien porque

el difunto fuese negro, como en la época de Calomarde, ó bien porque fuese blanco como en la que la ha seguido, lo cierto es que ya el gobierno y la opinión pública le habían echado la capa, como se hizo y se hace y es preciso hacer con muchos otros desde la sentencia de Poncio Pilato hasta la amnistía del ministerio Thiers y desde el garrotazo dado al príncipe de la Paz hasta la pedrada asentada en la frente coronada del rey de la Gran Bretaña, donde rige la ley del *Habeas corpus*. Y quizá Barrabás fué en adelante buen padre de familia, buen vecino, buen patricio; y quizá hizo servicios eminentes á la causa pública como los hizo un San Pablo, aunque antes hubiera sido de la bullanga contra San Esteban (por no citar recientes ejemplares) mientras que el buen Ladrón murió y murió confesando ser ladrón, y tenía merecido el patíbulo, sin que haya acto anterior á su última hora que le haya hecho acreedor á la apoteosis del calendario. En esta última hora, si se hizo de nuestro partido, fué por consiguiente acreedor á cualquier honra y consideración; y yo soy el primero que conozco y confieso y participo de esta simpatía justa y natural, así como detesto y abomino al otro picarón su compañero de la mano izquierda (y no porque la izquierda le tocase en el Calvario, que ésta no fué elección suya, ni allí era un signo de las opiniones, como no lo es tampoco en nuestros estamentos ni quiera Dios que lo sea, á lo menos hasta el día del juicio, en el que dicen que efectivamente habrá izquierda y derecha); sino porque el mal ladrón, á mi juicio, fué un danzante de la partida del trueno para el caso, que vivió mal, murió peor y que nunca fué voto de conciencia.

Pues ahora bien; mientras que del absuelto Barrabás no se sepa otro tanto, me parece que debiéramos abstenernos de calificarle, y ya que no rogásemos por él, siquiera con la piedad con que rogamos por cualquier malhechor ajusticiado, al menos le colocásemos en una categoría indiferente: por ejemplo, como á Salomón. Sino que ¡ya se ve! el concepto de Rey, para los unos, y el de hombre de talento, para otros, que á Salomón le ha quedado le da mucho mas prestigio; y aunque él fué malo y remalo, se le tiene una especie de respeto por sus sentencias, como á Napoleón

por sus victorias. No señor, no saldremos de pasiones; y la malísima lógica que tenemos, decidirá de todo por algún tiempo.

P. D. No haga usted la tontería de publicar estas cortas reflexiones, si no quiere que me llamen defensor de Barrabás (1).

EL DUENDE FILÓSOFO

En mi juventud eran de moda los duendes, y no dejaba de sacarse partido de ellos en varias ocurrencias de galanteos, contrabandos y pendencias. Apenas tuve quince años, cuando se me antojó ser filósofo, ó por mejor decir, creer que lo era, manía que muchos tienen á esta edad. Engolfado en el estudio del sistema moral del Universo (nada menos), se me apareció un duendecito como del codo á la mano, pero serio en su aspecto, rostro venerable y traje científico.—«Joven presumido—gritó— ¿entiendes lo que dice el ruiseñor en sus gorgeos, la tórtola en sus arrullos ó la mosca en su zumbido? De hoy en adelante, quiero que comprendas el lenguaje á lo menos de los seres que te rodean.» Dijo y fuese. Desde aquel momento ¡qué algarabía! Figúrese el lector toda la naturaleza gritando á mis oídos. Unos seres se quejaban de su suerte, otros solemnizaban su dicha, pero tan al revés de lo que suponemos, que el hurón se jactaba de benéfico, el lobo apostrofaba á los mastines y las palomas se llamaban el nombre de las pascuas. Un asno, al parecer humilde, modesto y resignado con la servidumbre, peroraba elocuente á una manada de yeguas.—«Sed complacientes—decía— sed virtuosas, si no queréis turbar

(1) Esta graciosa paradoja, invectiva discreta y oportuna sobre los juicios apasionados de los partidos políticos, entonces muy separados por profundo encono, fué dirigida á una persona con quien unían al autor lazos de íntima amistad y semejanza en los sentimientos imparciales y conciliadores. *(Nota de D. Benito Vicens.)*

el orden de la naturaleza entera; habéis sido creadas para distraerme, como los hombres para servirme; ya veis como éstos cumplen su deber; unos se afanan en arar, sembrar, recoger, trillar y limpiar la cebada para mi sustento; otros en fabricar establos para mi habitación y serrallos con el nombre de paradas; éste me trasquila en verano, aquél me enmanta en invierno, y si alguno me monta y apalea, es un infame vicioso que falta al orden, á la graduación general de que resulta una subordinación admirable de criatura á criatura, y procura romper la cadena admirable de seres que se extiende desde mí hasta el más mínimo insecto é intenta destruir el sistema universal, como vosotras si os abandonáis á los caballos, en cuyo caso la naturaleza misma se venga de vosotras, haciéndoos procrear monstruos semejantes á ellos, y no crías mulares.»—Entre tanto, dos jóvenes amantes se deshacían en lágrimas, culpando la crueldad de sus parientes, que se oponían á su himeneo, y bajo las faldas de la triste dama gritaban las pulgas, quejándose de que no las permitían un momento de reposo los injustos dedos, mientras que el perdiguero del mancebo y la faldera de la señorita, enlazados por las ancas, pugnaban por separarse, maldiciendo tan larga y dolorosa unión. Vi un congrio furioso contra el pescador que le clavaba, mientras que en la barriga del pescado varias sardinas cantaban idilios celebrando su salud, paz y sustento. Vi al sesmero de lo llano desvelado en su cama por organizar un sistema de contribuciones por utilidades, mientras las chinches sobre él, en sesión permanente, trataban de repartirse su pellejo equitativamente y cada cual mostraba un desinterés fingido para tener su parte en el cogote. En otra alcoba, un fraile se desvergonzaba contra los mosquitos, tratábalos de inútiles y se daba ruidosos bofetones, mas en su alforja un ratón juicioso le roía sus mendrugos y vivía de la Providencia. Entre los brazos de un oso que llevaba al arroyo una colmena, qué discursos tan sabios no tenía la reina á sus abejas, exortando al trabajo, á la fraternidad, á la justicia, al bien común, que infaliblemente haría duradera su república. Sobre la cabeza de un diarista, que calculaba en ayunas la balanza política de la Europa, una nación inmensa

de vivientes preponderaba hacia la anarquía por falta de leyes que arreglasen la propiedad de la caspa. ¡Y con qué elocuencia no peroraban aquellos revolucionarios sobre el lujo! Lo que más me embelesó fué una sesión que tuvieron las víboras en un morral de lienzo sobre este tema: *no quieras para nadie lo que no quieras para ti*. En fin, sería muy largo contar todo lo que oí; basta decir que las mariposas se preciaban de eternas, las ranas de concisas y los puercos de filósofos. El duende no dejó de volverme á visitar y me preguntó: *¿has sacado algo en limpio?*—«Dejadme, le dije, que tengo la cabeza como un tambor.»—«No lo extraño—me replicó—, pero á lo menos creerás que hay duendes», y dando una carcajada descomunal, como si hubiera dicho un chiste muy fino, desapareció.

• • LA MODERACIÓN • CUENTO MORAL • • •

En la terrible revolución que de seis años á esta parte abrasa nuestra península, todos los españoles honrados han perdido á lo menos las dos terceras partes de su haber, y sin embargo, se ven pocos ejemplos de moderación. Todo el mundo conviene en que esta virtud es hoy más necesaria que nunca; pero cada cual espera á que el vecino comience á practicarla. Una sola familia he conocido que haya sacudido esta preocupación. El padre de ella, hombre sensato y de una honradez á toda prueba, pocos días después del *dos de Mayo* dijo á su esposa:—«Amiga mía, preveo una larga guerra y una serie de calamidades que arruinarán las familias más opulentas; como yo amo tanto á la mía, quiero libertarla de la indigencia absoluta, para lo cual es indispensable que ciñamos nuestro gasto desde luego; es necesario dejar la ciudad, en donde el trato con las gentes de viso es incompatible con nuestro plan de economías. Nos retiraremos á la villa de P. en cuyos contornos tenemos nuestras rentas y allá dejaremos pasar la furiosa tempestad que amenaza á los pobres españoles. Salvaremos nuestro honor y evitare-

mos á nuestros hijos la desnudez y el hambre. Espero, querida esposa, que contribuirás á este plan como buena madre»—y diciendo esto, la apretó en sus brazos y la dejó abandonada á sus reflexiones. Bien conocía él toda la amargura de estas pocas palabras y Dios sabe cuánto trabajo le costó el proferirlas. Adoraba á su mujer y jamás la había dado un disgusto. Es verdad que lo merecía: juiciosa y razonable, aunque joven y bonita, jamás había preferido los bailes de máscara al cuidado de sus hijos. Ya conocen mis lectoras todo el peso de este encarecimiento. Sin embargo de su virtud, la horrorizaba la idea de sepultarse en un villorrio, y la chocaba esta proposición hecha en tono tan absoluto y sin consultarla antes. Es de suponer que su esposo no sería muy bien recibido á su vuelta; ceño, silencio... (1)

• • • ELEGÍA • • •

Cuándo será que vuelva á vuestras sombras, robles antiguos de La Pesqueruela? ¿Cuándo será que pueda reposar á la amable sombra de los bosques que me han visto nacer? Los hombres son injustos: y la soledad es el único refugio del hombre sincero. Ellos, en nombre del deber y de la obligación, me arrancaron de mi pacífico y modesto hogar. Ellos gritaron: «serás un cobarde y merecerás nuestra maldición si no acudes á la voz de la patria.» Y obedecí; y abandoné el ambiente puro de mis campos por el infecto ambiente de la capital. Acudí á trabajar en los escombros del santuario de las leyes: mas cuando de entre las ruinas y escombros del templo comenzaron á alzarse las llamas que amenazaban, al parecer, incendiarle, entonces los hombres, entonces los amigos mismos, con ceñuda frente, con ásperas reconvenciones, reprobaron mi trabajo: «tu imprudencia nos pierde», me decían; «tu hacha corta donde debe apuntalar; tu mano inconsiderada da pábulo al fuego que debes extinguir».

---

(1) El ms. autógrafo de donde trasladamos este fragmento se interrumpe aquí bruscamente. *(Nota del Editor.)*

«¡Oh amigos inconsecuentes!», les decía yo, «cuando acudí al fuego como buen vecino, no me preguntásteis si era inteligente, si confiaba en mi ciencia, si juraba concluir el edificio á despecho de los hombres y de los elementos. Si el templo perece, yo, sobre el techo incendiado, seré de los primeros á quienes la llama devore ó el humo sofoque. Vuestras desgracias, vuestras calamidades, no podrían ser mayores que las mías. Esperad siquiera á ver el éxito de mi sincero afán y el de otros buenos, que trabajan en el mismo sentido que yo mismo y que tampoco podéis acusarlos, ni de mala intención para el bien público, ni de interés personal y mezquino.»

Y tú, amable mujer, que debías enjugar el sudor de mi frente y acercar á mis labios el agua del consuelo, ¿por qué me rechaza tu mano y tus ojos se apartan de mí? Antes me conocías, antes me conocía todo el mundo; y todo el mundo y tú sois injustos conmigo. Nada reclamo, sino es que me ayudéis á descender en paz al sepulcro de mis antepasados. Bien pueden, sin deshonor (me atrevo á decirlo), mezclarse mis huesos con los de mis mayores; ni, encima de mi tumba, podrá ningún mortal poner la marca de la ignominia.

PARTE SEGUNDA . .
. . OBRAS EN VERSO

El segundo de los dos tomos que publicó Somoza en 1842, en que se contienen sus poesías y sus comedias, está dedicado *Al establecimiento general de inválidos* con estas palabras: «Juventud española: siempre que mires las mutilaciones de esos hombres estropeados, respétalas y bendícelas, que á ellas debes tu honor, tu libertad, tu despreocupación. Piedrahita, 10 de Abril de 1842.»

• • SONETOS • •

• • LA LIBERTAD • •

Á HORACIO COCLES

Horacio, solo, en el angosto puente
que entre la infamia y la virtud había,
detuvo el carro de Mavorte un día,
y á la injusta victoria osó hacer frente.
Su fatal rueda opuso inútilmente
la ciega diosa que los hados guía;
contra ella un pecho en que el honor ardía
fué á la salud de Roma suficiente.
Muestran las ondas su profundo abismo
en vano; de las líquidas mansiones
sale y sostiene al héroe el dios del Tibre.
El justo, el bueno, el dueño de sí mismo
contra la adversidad y las pasiones
así lidia, así vence y así es libre.

Á LA PRIMERA VIOLETA DE LA PRIMAVERA

Naces de planta inculta, flor modesta,
con la viciosa zarza confundida,
por el ingrato cierzo sacudida,
á la inclemencia del invierno expuesta.
Solitaria, olvidada, humilde, honesta,
entre lóbregas nieblas escondida;

nueva esperanza, empero, y nueva vida
va en tu aroma al desierto, y es floresta.
 A tu fragante olor ríe natura,
huye el genio del mal del yerto suelo,
torna Céfiro, Amor, Pomona y Céres.
 Anuncio de bonanza y de ventura,
de la aterida humanidad consuelo,
y amable imagen de la virtud eres.

 Deslumbra al mundo el templo de la gloria
do mil héroes contempla colocados,
que en el bronce y el mármol entallados,
le presenta la fábula ó la historia.
 Carros de triunfo, palmas de victoria,
trofeos sobre tumbas levantados
son los funestos timbres destinados
á recordarnos su fatal memoria.
 No allí el genio del bien á ti propicio
¡oh humanidad! se adora; en el olvido
yacen, sin ser de reverencia objeto,
 los fuertes, que, invencibles contra el vicio,
en la humildad ó sobre el trono han sido,
Sócrates, Marco Aurelio y Epicteto.

 ¿Quieres vivir por el placer mecido?
¿Ver sentada á tu mesa la alegría?
¿Gozar, cuando en el mar se apaga el día,
lecho que el Dios del sueño haya mullido?
 ¿Que arregle la salud cada latido
de tu pulso, y conserve su armonía?
¿Que contra el tedio y la melancolía
tu pecho de Minerva esté asistido?
 ¿Quieres clavar la rueda á la fortuna?
¿La fama hacer volar de gente en gente?
¿Dar á la envidia el tártago amargoso?
 ¿Quieres, en fin, sin miedo á ley alguna,
en leda holganza y con serena frente
del mundo disfrutar? Sé virtuoso.

Cuando en la siesta, sobre fresco estrado,
sombra y reposo á Lesbia da su estancia,
un dichoso clavel le da fragancia,
entre el desnudo seno colocado.
Mécese el verde vástago, inclinado
hacia la luz con singular constancia,
por más que se la oculte la distancia,
ó cancel persa y árabe entoldado.
Busca y sigue el reflejo vacilante,
y del cáliz en púrpura teñido,
aroma delicioso ofrece al día.
Flor en tu pecho, Lesbia, semejante
á la virtud del pecho bien nacido,
á quien verdad alumbra y honor guía.

Contemplo, Lesbia, y no me canso de ello,
tus ojos, donde duerme Amor armado;
tu boca, en que las Gracias han besado,
después de modelar tu rostro bello.
La cabeza elegante, el albo cuello,
el seno blandamente acariciado
por las alas del céfiro, que osado
vaga entre las madejas del cabello.
Inclinación á la virtud me infunde
cada acción tuya, en cada movimiento
celeste beatitud contemplar creo,
ó luz que inunda y en placer confunde
del fanático el torvo pensamiento
y el espíritu fuerte del ateo.

La que ha de enamorarme ha de ser bella,
pero sencilla, afable, bondadosa;
no altiva ni crüel, como la diosa
que cuesta vidas acercarse á ella.
Dríada agreste, y no gentil doncella,
es la que al hombre como en selva umbrosa
al tigre acecha en caza peligrosa
para ofenderle ó evitar su huella.

Risa en los labios, paz en las miradas,
dulzura en las razones, y en la frente,
como en el pecho, honestidad sin arte,
son las gracias con Venus adoradas,
y las que acompañándote igualmente
he de ver, oh virtud, al abrazarte.

AL GRABADOR ESTEVE, ABRIENDO LA LÁMINA DEL CUADRO DE LA SED, PINTADO POR MURILLO, QUE EXISTE EN LA CARIDAD DE SEVILLA

En templo humilde, en lienzo oscurecido,
el numen de Murillo es admirado
por el de Esteve, que medita osado
robar su presa al tiempo y al olvido.
«A la inmortalidad restituído
el bello original, multiplicado
irá, y á las edades consignado
en el metal de mi buril herido.»
Dijo; y luego á la empresa generosa
aplicará la mente y diestra mano,
su genio á honrar el genio consagrando.
Así Platón, la ciencia más preciosa
benéfico legó al género humano,
las lecciones de Sócrates copiando.

No envidies la ventura del malvado,
aunque en torno danzar las Gracias veas,
ni entre nubes de incienso dios le creas,
cuando en olas de pompa va anegado.
Sus crímenes perennes á su lado
mira alumbrados de infernales teas,
y de Medusa las culebras feas
en la frente del bueno que ha insultado.

De Baco el brindis ledo le enfurece,
de Venus le parece amargo el beso,
veneno en el placer le ofrece el vicio,
la péndola del tiempo le estremece,
gime de la mortal segur al peso,
ve en la tumba la escala del suplicio.

¿Es infierno la vida, ó limbo inerte?
Hoy estúpido el hombre, ayer aleve,
frenético mañana, sandio en breve
ya en lela infancia, ya en caduca muerte.
Es falso el débil, es injusto el fuerte,
sólo malignidad ó error le mueve,
en pasiones tenaz, en juicio leve,
siempre en contradicción, que nunca advierte.
Cadalso inmenso el mundo me parece,
donde el género humano condenado
á errar, gemir y atormentarse creo;
mas la virtud mi engaño desvanece,
y me demuestra que el mortal honrado
no es verdugo jamás, ni jamás reo.

Cárcel, que opones inflexible reja
á la inquietud siniestra del bandido,
que, en pavorosa soledad hundido,
consigo mismo á su pesar le deja;
tras cien rastrillos al delito aleja
de la vista del bueno, y de su oído
prolongado sollozo, hondo gemido,
desesperada y blasfemante queja.
Salve, ¡oh mansión de tantos maldecida!
yo te bendigo, y veces mil contemplo
la oscura hiedra que tu muro viste,
un tiempo recordando de mi vida,
en que asilo sagrado y santo templo
contra la envidia á la inocencia fuiste.

Hoy la pobreza á caminar nos lleva
por senda que á escarpada cumbre guía,
do la virtud á la sabiduría
llama, y el temple de las almas prueba.
Terror vence al mortal, si en región nueva
por incógnito mar y zona fría,
á penetrar do no penetra el día,
entre sierras de hielo el ferro leva.
Tal al verte, oh pobreza, se apodera
del vil que merecerte así acredita;
el fuerte, el sabio, sin pesar, sus dones
devuelve á la fortuna que los diera,
y que al quitarlos solamente quita
vicios al malo, al bueno obligaciones.

La luna mientras duermes te acompaña,
tiende su luz por tu cabello y frente,
va del semblante al cuello, y lentamente
cumbres y valles de tu seno baña.
Yo, Lesbia, que al umbral de tu cabaña
hoy velo, lloro y ruego inútilmente,
el curso de la luna refulgente
dichoso he de seguir, ó amor me engaña.
He de entrar cual la luna en tu aposento,
cual ella al lienzo en que tu faz reposa,
y cual ella á tus labios acercarme;
cual ella respirar tu dulce aliento,
y cual el disco de la casta diosa,
puro, trémulo, mudo retirarme.

Á CECILIA (1)

Bendiga el cielo tu inocente vida,
en cultivar las artes empleada,
placer honesto en paternal morada
goces y des, por buenos aplaudida.
La perfección, á pocas concedida,
logres, al clave y bastidor sentada,
do tu voz por Euterpe es modulada,
por Minerva tu mano dirigida.
Si aprovechas, Cecilia, el don amable
con que el numen del bien te favorece,
dedicada á tan nobles ejercicios,
ni serás juego de fortuna instable,
ni víctima cual mil que el mundo ofrece
del tedio, del pesar y de los vicios.

Septiembre de 1807.

---

(1) A este soneto contestó la interesada con este otro, que insertamos aquí como una curiosidad:

CECILIA NÚÑEZ, CONTESTANDO AL SONETO QUE SU PADRINO LA ENVIÓ EN 15 DE SEPTIEMBRE DE 1807 . . . . . .

Dulce soneto de alabanza mía,
¿quién pudiera inspirarte que no fuera
amistad, compasión ó placentera
musa, que instruye con su melodía?
Sí, numen de bondad, con alegría
mi espíritu se ufana y te venera,
y grato aprecia la lección primera
que me diera tu amor en poesía.
¡Minerva! ¡Euterpe! bien: serán mi encanto,
llenarán mis instantes de dulzura,
y si no llego al templo de la gloria
por mi clave, mi aguja ó por mi canto,
probarán mis anhelos con usura
ocupándome siempre en tu memoria.

Sevilla 29 Septiembre de 1807. (*Nota del Editor.*)

El llanto de tus ojos abundante,
que las luengas pestañas humedece,
es la lluvia de Mayo, que oscurece
la luz del sol, y pasa en breve instante.
Es el iris que en bóveda brillante,
vida, abundancia y paz al mundo ofrece,
mientras el cáliz de las flores mece
blando beso de céfiro fragante.
Así tu llanto al infeliz recrea,
anuncio fausto de beneficencia,
de consuelo, de alivio, de contento.
Nunca tu llanto menos dulce sea,
ni te le arranque la infernal violencia
de oprobio, envidia ni remordimiento.

Llega, rayo de sol, que lentamente
vienes á esta prisión todos los días,
ciñes mis sienes pálidas y frías,
y el ósculo de paz das á mi frente.
Llega; mas ¡ay, que alejas prontamente
tu lumbre de estas bóvedas sombrías,
donde ese dulce rayo que desvías
me enlaza al universo únicamente!
Sol, cuya universal beneficencia,
por el inmenso espacio difundida,
no agota el bien en tu fecundo seno,
¡Salve! y goza la excelsa preeminencia,
al mísero mortal no concedida,
de ser impunemente recto y bueno.

Densas nubes vomita el Occidente,
la noche en carro de ébano se sienta,
vuela en alas de fuego la tormenta,
hierve el rayo en la espuma del torrente;
la selva tala el huracán mugiente,
tronchada cruje el haya corpulenta,
rueda el risco al barranco y le acrecienta,
los montes en el mar hunden su frente;

la luna en olas de tinieblas nada,
es trono del relámpago la esfera,
y el imperio del mal anuncia el trueno;
la luz y paz, que en hora bienhadada
el cielo al angustiado mundo diera,
huye y se acoge al corazón del bueno.

Vagaba por el bosque Amor llorando,
perdido el tino, como niño y ciego;
Silvia, compadecida y á mi ruego,
los brazos le tendió, pero callando.
El conocerla procuró, tentando
rostro y cuello, y al seno tocó luego,
que dócil Silvia se prestaba al juego,
mil ímpetus de risa sofocando.
Mas la divina mano que indecisa
entre las perfecciones vacilaba
de tal belleza, á tal examen puesta.
Tropezó en dos hoyuelos que la risa
en torno de sus labios dibujaba,
y entonces dijo Amor: «Mi madre es ésta.»

AL SR. D. AGUSTÍN ARGÜELLES, CUANDO, AL VOLVER DEL DESTIERRO, LE ABRAZÓ SU AMIGO EL AUTOR • • • • •

Huyó el invierno, perezoso y lento,
y cadenas de hielo echó al torrente;
miróle un día el sol piadosamente,
y al campo dió esperanza, espuma al viento.
Llevó en sus alas aquilón violento
las nieblas del Océano inclemente,
y alzó la luna su serena frente,
y en las ondas refleja el firmamento.
Semejante á la luz en la pureza
vuelve, y al firmamento semejante,
el pecho de invencible fortaleza,

que hoy contra el pecho mío palpitante
late, pues hoy en amistosos lazos
el honor de mi patria está en mis brazos.

Á LOS DOS AZARAS (1)

En alas de su genio conducidos,
á la inmortalidad son elevados,
como Cástor y Pólux abrazados,
de Febo en las mansiones admitidos.
No fueron héroes para el mal nacidos,
ni doctos, en el aula ejercitados
de Jehová el velo á levantar osados,
ni empíricos, de pueblos aplaudidos.
Fueron la gloria de la patria mía,
los que al culto del bien se consagraron
para felicidad de los mortales;
y el sacerdocio en la sabiduría
ejercieron los dos, pues enseñaron
ciencia del mando y ciencias naturales.

Á LA SEÑORA DOÑA PAULA DEL ACEBAL
DE ARRATIA, (1830) • • • •

Rompe los lazos de prisión impía
el pardo ruiseñor, y el bosque umbroso
torna á alegrar su cántico armonioso
en el horror de la tiniebla fría.
Yo, así venciendo con tenaz porfía
el rigor de un decreto poderoso,
vuelvo libre á gozar vida, reposo
en este asilo grato al alma mía.

---

(1) *D. José Nicolás de Azara,* diplomático y hombre de estado; *D. Agustín de Azara,* naturalista. *(Nota del M. de Valmar.)*

Y complacido en el murmullo blando
del raudal de esa fuente (1) cristalina,
que la acacia (2) de Mila va ocultando,
humilde imploro á la piedad divina,
que, este día mil veces renovando,
siembre de flores tu vivir, *Paulina*.

Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA
PAULA DEL ACEBAL DE HUET

La esperanza acompaña á la inocencia,
por la esperanza la virtud existe,
cuando su fuerte mano el mal resiste,
cuando la tiende á la beneficencia.
Tú, esperanza del bien, la inteligencia
de la santa equidad al bueno diste,
como á Colón los mares sometiste,
y los cielos de Newton á la ciencia.
Tú das vida y calor y movimiento
al mundo, á mundos mil, al universo,
á cuanto en el espacio á ver se alcanza.
Si en la profundidad del firmamento
un infierno ha de haber para el perverso,
será la eternidad sin esperanza.

Piedrahita, 28 de Abril de 1833.

LA DUDA (3)

Á MI SEÑORA DOÑA RAMONA DEL AGEBAL

A ruegos del amor, la idalia diosa
sus gracias prestar quiso á la hermosura
de una mortal sensible, amable y pura,
y en el regazo maternal dichosa.

---

(1) y (2) Alude á una fuente y una acacia del jardín de la casa paterna de la señora D.ª Paula. *(Nota del M. de Valmar.)*

(3) Parece que este soneto fué escrito de primera intención para celebrar los desposorios de los reyes D. Fernando VII y doña

Con su divina mano, poderosa,
se desciñó la mágica cintura,
que el universo en llama de ternura
funde, y del cielo la mansión gloriosa.

María Cristina de Borbón. Lo comprueba una copia autógrafa que hemos hallado de él entre los papeles que fueron de Somoza, fechada en 1829, que dice así:

A ruegos del Amor, la idalia diosa,
benéfica una vez bajó del cielo,
favor de una mortal, devolvió al suelo
la sacra huella en que nació la rosa.
La mano de Citéres poderosa,
que sombras disipó de luto y duelo,
entre las ondas del purpúreo velo
recogió á la doncella venturosa.
Sentóla en su regazo, y desciñendo
su propio ceñidor, el pecho ileso
fué de la tierna virgen envolviendo.
Cuando en brazos de fuego le vió preso
el beso del placer la dió, diciendo:
lleva la paz á un reino en este beso.

Somoza no se cansó nunca de corregir y transformar este soneto, acomodándolo á diferentes personas y asuntos, como se ve por la muestra que va en el texto, y por estas otras dos que ponemos á continuación. La una la hemos hallado también entre los papeles del autor, aunque no es de su letra, sino una copia en limpio; la segunda la dió á conocer D. Sinibaldo de Mas y el marqués de Valmar la reprodujo. Se ve, por la fecha, que es de los últimos años de Somoza.

A ruegos del Amor, la idalia diosa,
benéfica otra vez, bajó del cielo
en bien de una mortal, dejando al suelo
la sacra huella en que nació la rosa.
A ruegos del Amor, más generosa
descendiendo esta vez, de nuestro duelo
las sombras disipó, y alzado el velo,
recogió á la doncella venturosa.
Sentóla en su regazo, y desciñendo
Venus su ceñidor, el talle ileso
fué de la tierra virgen envolviendo.

En este ceñidor iba envolviendo
de la tierna doncella el pecho ileso
la maliciosa Venus sonriendo,
y después que en sus lazos la hubo preso,
el beso del placer la dió, diciendo:
no sé si *te doy paz* en ese beso.

Piedrahita y Abril 21 de 1833.

Á LA JURA DE LA CONSTITUCIÓN POR S. M.
LA REINA, EN 18 DE JUNIO DE 1837 •

Yo vi á Cristina en el solemne día
que cual reina la ley del bien juraba,
donde senda de flores la guiaba
y aura de bendiciones la seguía.
El beso de Dione aparecía
en su boca gentíl si saludaba
al pueblo, que por madre la aclamaba
y de amor homenaje la ofrecía.

Cuando en lazos de fuego le vió preso,
el beso del placer la dió, diciendo:
lleva la paz á un reino en este beso.

VATICINIO

De himeneo á la voz, la idalia diosa
benéfica desciende ya del cielo,
y aplaude Mantua, y ve en el patrio suelo
la sacra huella en que nació la rosa.
De Citéres la risa poderosa
sombras disipará de llanto y duelo,
la cipria mano entre el purpúreo velo
recogerá la prenda venturosa;
la pondrá en su regazo, y desciñendo
su propio ceñidor, donde está impreso
de las gracias el dón, la irá envolviendo,
y al amor español que así haya preso,
el beso maternal dará, diciendo:
«La paz y libertad va en ese beso.»

Piedrahita 30 de Julio de 1850. (*Nota del Editor.*)

¡Salve!.. ¡que el cielo en maldición confunda
al infractor del pacto soberano,
del trono y de la ley firme cimiento!
Entre la madre de Isabel segunda
y el presidente del honor hispano
un ángel escuchaba el juramento.

UNA HERMOSA Á LA LUZ DEL HIMENEO

Fué un tiempo tu beldad tan poderosa,
que llegó á disculpar tu tontería;
la sandéz en tu boca se aplaudía
por salir entre el nácar y la rosa.
Cuando la edad á tu cabeza hermosa
la interior hermosura dar debía,
amor me aseguró llegado el día
de hallar en ti mi suerte venturosa.
Obedecí á su voz, rogué impaciente
que tu destino á mi destino unieses;
mas cuando me alumbró la nupcial tea,
cuando entre lo pasado y lo presente
me pongo á comparar, ¡dudo que fueses
tan necia entonces como luego fea!

EN LA MUERTE DE CECILIA, (1839)

«Cede en tu terca lid, débil anciano»,
gritó la muerte en el funesto día
en que su amable víctima me asía;
«eres más ciego y más que yo inhumano.
»Hoy la eligió mi inexorable mano,
porque serás mañana presa mía,
y en mísero abandono gemiría
la cuitada á que asido estás en vano.»
Dijo; y hundió á la huérfana en la tumba,
adonde el paso trémulo dirijo,
donde en torno de mí la voz retumba

que de muerte me anuncia el plazo fijo.
¡Oh soledad! sepúlteme clemente
el musgo y sombra y llanto de tu fuente.

LA LUZ ELÉCTRICA

Á Prometeo Alcídes ha vengado
del negro buitre que sobre él tendía
el ala, y garra y pico hundido había
en el gigante al Cáucaso amarrado.
El genio se levanta, y denodado
su antorcha agita, y luz al mundo envía,
y el mundo admira, y duda y desconfía,
que siglos de tinieblas le han cegado.
Hijos de la verdad, que en la alta ciencia
de la naturaleza estáis leyendo
la ley que dicta y guarda el cielo mismo;
Númenes de la eterna omnipotencia
sois, como Prometeo, conduciendo
luz, electricidad y magnetismo.

AL FANÁTICO SACERDOTE QUE ATENTÓ Á LA VIDA DE S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II . . . .

La juventud, la gracia y la hermosura
vi de una madre que en el templo oraba,
y el fruto de Himeneo presentaba
al cielo, agradeciendo su ventura.
La lealtad española ingénua y pura
sus votos une, y al Eterno alaba,
por el dichoso instante que anhelaba,
do Reina y pueblo mutuo amor se jura.
Pero un sér por las furias arrojado,
entre la pompa, el fausto y galas y oro,
quiso que el llanto y que la sangre brote.
¡En la inocencia se vengó del hado!
«¿qué víctima más grata al dios que adoro?»,
dijo, y clavó el puñal el sacerdote.

A LA MAGDALENA

Unxit pedes Jesu, et extersit capillis suis
Et domus impleta est odore unguenti.

Á la virtud, cuando habitara el suelo,
su imperio la belleza sometía,
la faz encantadora que atraía
el mundo al sonreir, lloró ante el cielo.
Calmóse el huracán que en raudo vuelo
el mar de las pasiones embestía;
fué la tiniebla luz, la noche día,
alzando la verdad su eterno velo.
La paz logró en la tierra una victoria,
y á las plantas del Justo por trofeos
se vieron los placeres, los amores;
Las insignias del triunfo de más gloria,
las armas de la lid de los deseos,
suspiros, besos, lágrimas, olores.

Hallé en el bosque á Cintia acongojada,
entre los brazos de un pastor violento
cual palpitante víctima, al momento
que va á ser sobre el mármol inmolada.
La sangre en mis arterias coagulada,
de los miembros detuvo el movimiento;
quise lanzar un grito y no hallé aliento.
. . . .
Por dicha, mi mastín, que iba á mi lado,
se arroja al forzador, le atemoriza
y hubiérale en verdad despedazado;
. . . .
mas al fiel animal mi fiel pastora
le dió con el cayado una paliza (1).

(1) El aspecto de este fragmento es de un soneto no concluído. *(Nota del Editor.)*

A FRAY LUIS DE LEÓN

Al cielo, en fin, te alzaste,
y en luz resplandeciente convertido,
verás, cual anhelaste,
Lo que es y lo que ha sido,
Y su principio propio y ascondido (1).
Allí tu mente admira
la inmensidad de la celeste esfera,
que en el espacio gira,
y mole inútil fuera
si en globos dividida no estuviera.
Cada astro luminoso,
en su nocturno brillo innumerable,
rueda majestuoso
en zona invarïable,
separado á distancia incalculable.
¡Oh altura inconcebible!
cada rayo de luz de allá enviado,
cuando es acá visible,
mil días ha empleado
en descender desde que fué lanzado.
Un ámbito profundo
equilibra su peso y movimiento;
es de un mundo otro mundo
contrapeso y cimiento,
que al universo entero dan asiento.

---

(1) Versos de la oda de León á Felipe Ruiz.

Diferente y constante
destino á cada globo le ha cabido,
es fijo ó es errante,
atrayente, atraído,
impulsor de otro globo ó impelido.
Ya solitariamente,
Ya marcha de satélites cercado,
ó de faja esplendente,
ó en círculo ignorado,
de tenebroso manto rodeado.

Ya cometa encendido
por los desiertos del espacio vaga,
ó en mar de luz hundido
su lumbre, que se apaga,
renueva, y abrasar al mundo amaga.

De catástrofes tales
el teatro es el ámbito del cielo,
mientras que á los mortales
en el oscuro suelo
natura tiende de ignorancia el velo.

Un astro que perece,
y mundos desquició en el firmamento,
cuál fósforo aparece,
que ardió, corrió un momento,
se apagó al horizonte ó llevó el viento.
Que es á nuestra flaqueza
el orbe de la tierra que habitamos,
un mundo de grandeza,
y único le admiramos,
y los mundos cual átomos miramos.
Así nos envaneces,
átomo imperceptible, opaco y leve,
globo un millón de veces
menor que el que te mueve,
¡oh del humano orgullo cárcel breve!
Calcinado planeta,
¿qué antiguo cáos te agitó en su seno?
¿qué funesto cometa?

¿por qué, de escombros lleno,
eres ceniza, escoria, vidrio y cieno?
¿Y es del hombre la cuna
y el féretro este punto limitado?
¿vivir en forma alguna,
de globo en globo alzado,
de perfección en perfección no es dado?
Sí; que alternando un día
con cuantos tienen en la luz su asiento,
la inmensa jerarquía
del bien recorrer cuento,
y eterna escala ve el entendimiento.

AL RÍO TORMES

Tus márgenes en fuego
vi y en humo infernal envuelto el día.
Mavorte, en furor ciego,
¡oh, Tormes! detenía
tus ondas, que de víctimas henchía.
De Arapiles famoso
vi el campo de batalla, hoy convertido
en yermo silencioso,
donde el ala ha tendido
el tiempo, que los males da al olvido.
Tu vega es hoy hollada
por la raza que ignora lo pasado,
y como sepultada
otra raza ha quedado
en este cementerio dilatado,
donde dió paz la muerte
á las contrarias huestes y naciones,
donde juntó la suerte
en pálidos montones
cráneos de opuestas sectas y opiniones.
¡Ay! que no sólo al crimen
y á la demencia este sepulcro encierra,
ni á los que al bueno oprimen,

ni á los que le hacen guerra,
ni á los dominadores de la tierra.
Blanquean, olvidados,
honrosos huesos de españoles brazos,
contra el orgullo alzados,
y que los viles lazos
hicieran de los déspotas pedazos.
Despojos barre el viento
de juventud y gracia y hermosura,
que el error de ùn momento
á eterna desventura
trajo, de amor siguiendo la ley dura.
En pos de sus amantes
las olas de la lid las alcanzaron,
y cuellos y semblantes,
y miembros que encantaron,
al buitre del desierto abandonaron (1).
Guarda, piadoso río,
sus restos... grato á la virtud sincera
no fuera el canto mío
si en él no maldijera
á esos que un vil error héroes creyera.

EL SEPULCRO DE MI HERMANO

Del tiempo la corriente
los años y los siglos precipita;
mas ¿dónde está su fuente?
¿En qué mar deposita
los años y los siglos que nos quita?
Si al hombre fuera dado
hundir su vista en la caverna oscura
que tragó lo pasado,

(1) ¡Qué de españolas jóvenes, esposas ó amantes de oficiales franceses, perecieron en la retirada!

desde allí, por ventura,
lograra ver la eternidad futura.
La misteriosa esfera
del saber y virtud abarcaría,
y el término midiera
de la encantada vía
que hacia su perfección los seres guía (1).
¿Por qué este marmol frío
no me muestra la huella silenciosa
del caro hermano mío?
¡Con mano poderosa
la muerte entre los dos echó esta losa!
En ella suspiraba
mientras la noche el manto tenebroso
sobre mí desplegaba,
y el viento quejumbroso
dejaba los cipreses en reposo.
La luna que se alzara,
un débil rayo entonces enviando,
el sepulcro alumbrara,
las sombras alargando
y luz á mis cansados ojos dando.
Vi alzar su incierto vuelo
á una pintada mariposa en tanto,
cual si para consuelo
viniera, en mi quebranto,
á darme aliento y enjugar mi llanto;
como si me dijera:
«quien muertes llora, admire mi alegría;
vencí á la Parca fiera

---

(1) En un ms. que hemos visto (no autógrafo) entre los papeles de Somoza, hallamos esta variante que nos parece digna de notarse:

El fin y origen viera
de la virtud y la sabiduría;
y el término midiera
de la encantada vía
que al bien por el placer los seres guía.

(Nota del editor.)

como á la noche el día;
tres vidas cuenta ya la vida mía.
«Era gusano inerte,
y hoy vuelo ante la luz como la aurora;
que en la tumba la muerte
mi existencia mejora,
me da vida de amor, mis alas dora.»
¡Ay, mariposa bella,
guíame por la escala de esperanza,
que á la más alta estrella
desde la tierra alcanza,
y los seres de un mundo en otro lanza!

Á CIERTA SEÑORITA, PREVINIÉNDOLA ACERCA DEL CARÁCTER DE ALGÚN JOVEN DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA •

La salud, de las Gracias compañera,
el Abril de tus años prolongando
y Amaltea su copa derramando
en tu regazo hasta la edad postrera
no te hicieran feliz si á dones tales
el don de la razón no se juntara
y el goce de los otros razonara.
Sin este don, serán dones fatales
los demás dones y tu triste suerte
correrá arrebatada por el vicio,
dando de precipicio en precipicio
ó yaciendo en letárgica indolencia
estólida é inerte

. . . .

Tal es, si se examina,
de un holgazán la inútil existencia,
aunque sea holgazán matriculado
desde el húmero al Aula entre cecina,
á despecho de Céres porteado.
Entra en cátedra, siéntase, bosteza,
ronca, se rasca, silba y se espereza,
apoyando con ímpetu violento
sobre el banco anterior los calcañales
y el lomo en el respaldo de su asiento.
Rechinan las maderas
á impulso de sus miembros colosales,

las tablas se desunen y las vigas,
ceden las clavos, saltan las espigas,
los pies derechos faltan las solivas
y el banco, de filósofos cargado,
sobre el padre Joaquín se ha desplomado.
¡Allí de piernas, brazos y costillas
allí de las tonsuras abolladas
y nucas desahuciadas de golillas!
Sálvase el catedrático en sotana
por su jubilación á Dios rogando
y en calle de Libreros envidiando
ayunque, fuelle y tizne á Malagana (1).
Pero y nuestro Paredes ¿qué se ha hecho?
¿á dónde irá cargado con su tedio?
porque el peso del tiempo
le condena de Sísifo al tormento.
¿Qué hará para llenar el intermedio
que señala el cuadrante todavía
hasta cubrir su sombra el mediodía?
Hele allí puesto al sol de pie derecho,
y en verdad, que quien no le conociera
juzgaría que estaba meditando
y que se enajenaba á la manera
de Arquímedes, que estándose bañando,
le fué en cueros al Rey con un problema.
La Fontaine, hasta tanto que cenaba
con muchísima flema,
jamás se le ocurría que ayunaba.
Pero son distracciones más felices
las de nuestro escolar: en las narices
para hacerse cosquillas, moja y mete
un papel retorcido, y es billete
en el que de su casa la criada
reclama en cinta la palabra dada.
Ya estornuda, ¡Jesús! Dios le haga un santo
y aleje de él la tentación maldita
de entrarse por las casas de visita.

---

(1) Célebre herrero de Salamanca, que vivía en aquella calle.

Causa su aparición pánico espanto
en cualquier concurrencia;
todos van desfilando en su presencia,
sola dejando al ama de la casa
que angustias y mortales tragos pasa
en poder de aquel oso,
porque á más de pelmazo y majadero,
maligno, preocupado y embustero,
es bellaco y vicioso
como un orangután con las mujeres.
Ni entretenerle esperes
con pláticas sabrosas,
instructivas, agudas, sentenciosas.
Sordo y sin voz, con la cabeza baja,
sacando del bolsillo la navaja,
se dedica á grabar en la madera
más fina, sobre el mueble más lucido,
de la pasión el gallo y la escalera
ó un víctor con su nombre y apellido.
Si un libro, aunque enemigo de lectura,
encuentra allí, le agarra y ver desea
los santos (llama así á las grabaduras)
y en contemplarlos del revés se emplea.
Mas como alguna mosca aun más pesada
encima de la lámina se plante,
cierra el libro de recio en el instante
y se ríe mostrándola aplastada.
También gusta de flores, y si advierte
en manos de la dama alguna rosa,
se la pide ó la pilla, y se divierte
en pelarla y las hojas va plegando
con gracia primorosa
y cuando están plegadas, alargando
el brazo hacia la dama, de repente
se las estrella á golpes en la frente.
Tal es de las mañanas el empleo.
La tarde ó es al jarro consagrada
ó á la brisca, y tal vez sale á paseo
del Tormes á la margen celebrada,

de Meléndez cantada
la lira anacreóntica pulsando;
las zagalas en torno de él sentadas,
y sus grutas las Náyades dejando
verdes guirnaldas en su honor tejían,
y besos por canciones le ofrecían
los céfiros y amores,
meciéndose á su voz entre las flores.
Pero nuestro mancebo
que se ríe de líricas patrañas
y para quien las Musas, Pindo y Febo
son gazapas tan fútiles y extrañas
como el andar el mundo á la redonda,
tomar del sol su resplandor la luna,
preservar de viruelas la vacuna
y en medio de la mar, siendo tan honda,
morir de sed la gente en un navío,
solo va al Tormes á capar el río.
En este pasatiempo le anochece
y yo que de seguirle estoy cansado,
dejar quiero al menguado
que á la ciudad se vuelva y allí empiece
su nocturna carrera
de una Aspasia al candil por dos pesetas.
Le dejo columpiando en dos muletas
hasta la primavera,
que un récipe de Alcántara en un sorbo
libre á la sociedad de tal estorbo.

Á UN AMIGO DISGUSTADO DEL MUNDO (1)

Quien desde su agujero ve riendo
cual mundo nuevo la mundana bola,
ese solo es el sabio, á lo que entiendo.
No le hará la fortuna la mamola,
por querer, en su rueda encaramado,
asir la mecha de su calva chola.
Ni rodará, de allí precipitado,
en honra, en fama, bienes y persona
para siempre jamás descalabrado.
Todo el que sobre cívica corona
saltar ha visto el popular chinarro,
que vayan, dice, y busquen una mona;
por arrimar el hombro coge el carro
al que, más generoso que prudente,
logró sacarle del inmundo barro.

---

(1) Nos parece interesante esta otra redacción de la misma epístola, que creemos anterior á la que va en el texto. La hemos hallado en un manuscrito autógrafo, entre los papeles que fueron del autor.

Por más que sople favorable el viento,
de hoy más entró en bahía mi navío
y yo á la orilla de la mar me siento;
que la muela del juicio, amigo mío,
si al cabo de mis treinta navidades
no apunta ya, en verdad que desconfío.
Esta edad equivale á dos edades,
pues, por fortuna la que me ha cabido
es un siglo completo en novedades;
y ya que con pellejo hemos salido
guardarle quiero verde desde hoy mismo
y para lo del mundo me despido.
Acúsenme en buen hora de egoismo,
treta que á más de un alma novatona
hacer puede volar al heroísmo.

«El brazo se partió, grita la gente
que dentro va; *mas ¿quién le mete al necio
En arrimar el hombro de repente?»*
Para no agradecer, rebaja el precio
el vulgo al beneficio, cuya suma
con suma igual cancela de desprecio.
Pero apartemos pensamiento y pluma
de rancios apotegmas y triviales,
más repetidos que del mar la espuma.
Supongo tus agravios sin iguales,
cual los del estrujado entre paveses,
por chiste de señores y juglares;
supongo que de paz el beso dieses
al rucio, en cuya albarda caballero,
del mundo huyendo vas y sus reveses.
Mas de la soledad en el sendero
una sima oscurísima se ofrece,
á la incauta virtud despeñadero;
antro fatal, que el ánimo entorpece,

Mas yo, que sobre cívica corona
saltar he visto el popular chinarro,
que vayan, digo, y busquen una mona;
por tirar de la rueda coge el carro
al desdichado que oficiosamente
logró sacarle del inmundo barro.
El brazo se partió, grita la gente
que dentro va, *¡animal! ¡bien empleado!
¿quién va á meter el hombro de repente?*
Tal es el vulgo, y de él escarmentado,
no por eso, misántropo insociable,
á la beneficencia he renunciado:
virtud que para el hombre razonable
es (de la ingratitud en la certeza)
aforismo de higiene saludable.
Mas juzgo, por ejemplo, una simpleza
el que la cara saques por la villa
contra los de la cola en la cabeza
cuando vienen buscando á la guerrilla,

es la profundidad del egoismo,
do el corazón helado se endurece.
Ni basta que te libres de este abismo,
pues hay otro más hondo todavía,
boca funesta del infierno mismo.
Allí la criminal misantropía
entre fantasmas lúgubres cavila,
y acecha y aborrece y desconfía.
Y el centelleo del puñal que afila
la estremece, y su sombra teme armada,
y en delirante fiebre se aniquila.
Una senda aparece poco usada
que á la felicidad puede llevarte
de la agradable condición privada:
No temas, si la emprendes, fatigarte;
hallarás en pisarla complacencia,
ni querrás luego de ella desviarte.
La senda, en fin, de la beneficencia;
por ella, en medianía deliciosa,

---

y á sablazos la bula repartiendo
ó birlando á los clérigos la cilla;
el pueblo, que tu celo está aplaudiendo,
aplaude si los nuestros te acocean,
traición tu patriotismo suponiendo.
Nada exagero, y los que no me crean
bárbara cicatriz de injusta espada
sobre mi cuerpo por sus ojos vean.
Una lección, amigo, tan bien dada
puede acortar su generoso vuelo
al pájaro del ala más osada.
Tiempo es de apeonar; me agaché al suelo
cauto, y el pico entre el alón metiendo,
me acurruqué en el nido y truene el cielo.
Sabré, con mi amor propio transigiendo,
cual mundo nuevo la caduca bola
reir de balde, por el lente viendo.
Hacer á la fortuna la mamola
resolución, por cierto, es más honrosa

útil harás y grata tu existencia.
  Pero esta *medianía* misteriosa
dorada en balde Horacio nos presenta,
pues la encontramos píldora amargosa;
  píldora que al tragarla se revienta,
y es porque el paladar está obstruido,
y en estómagos débiles no asienta.
  «*¡Medianía!* ¡oh placer! clama un perdido,
¡cuán dichoso contigo yo viviera,
á quinientos ducados reducido!»
  Mas téngalos por una vez siquiera;
hétele en el garito: *Copo y gano*,
grita, fulla, provoca una quimera,
  dánle de palos, llega un escribano,
va en una cuerda y en Melilla para,
donde á la *medianía* invoca en vano.
  ¿Pues aquel mayorazgo? ¿con qué cara
á graves cargos bajamente aspira,
y en hacer antesalas no repara?

---

que asir la mecha de su calva chola.
  Mas, ¡oh tú, medianía deliciosa!
dorada en balde Horacio te presenta,
pues píldora te encuentran amargosa;
  píldora que, al tragarla, se revienta,
por cuanto el paladar está obstruído
y en débiles estómagos no asienta.
  ¡Medianía, oh placer! clama un perdido,
¡cuán dichoso contigo yo viviera
á quinientos ducados reducido!
  mas téngalos por una vez siquiera:
¡á Dios! marchó al garito; copo y gano,
grita, fulla, suscita una quimera,
  dánle de palos, llega un escribano,
pónenlo en cuerda y en Melilla para,
donde á la medianía invoca en vano.
  ¿Mas y aquel mayorazgo? ¿Con qué cara
á graves cargos bajamente aspira
y en hacer antesalas no repara?

Con renta y sin afanes, ¿qué suspira?
la dulce *medianía*, según dice.
—¿Has visto otra chulada?... pero mira;
la belleza que adora el infelice
desmáyase cual flor del cierzo ajada,
en viendo una berlina, y le maldice.
Olla española en fuente abigarrada,
que la mesa del Cid honrar solía,
no la puede arrostrar la desdichada.
Así el buen hombre á la tesorería,
en tren corriendo de caballos píos,
va á buscar la dorada *medianía*.
«*Allá se avengan con sus desvaríos*,
dirá con gravedad cierto sujeto,
que yo he dado de mano ya á los míos.»
En vida independiente, ocio completo
logro, de afan y de cuidado exento;
mi única ocupación, mi único objeto
es el de cultivar mi entendimiento;

---

con renta y sin afanes, ¿qué suspira?
la dulce medianía, según dice:
¿has visto otra chulada? pero mira:
la belleza que adora el infelice
desmáyase cual flor del cierzo ajada
en viendo una berlina y le maldice;
olla española en fuente abigarrada
que la mesa del Cid honrar solía
no la puede arrostrar la desdichada.
Así el buen hombre en la repostería,
y en tren llevado de caballos píos,
quiere hallar la dorada medianía.
Allá se avengan con sus desvaríos,
dirá cierto sujeto gravemente,
que yo he dado de mano ya á los mios.
Hállome con salud, independiente,
con hacienda bastante á mi sustento;
tengo amigos, me quiere bien la gente,
procuro cultivar mi entendimiento;

en verano el nativo campo gozo;
en el invierno la ciudad frecuento;
y para ser feliz, pues aún soy mozo,
lo que me falta conseguir espero,
sin que presuma ser de ciencia un pozo:
Pasar por la capilla es lo que quiero,
y doctor salmantino he de firmarme.
«¿Quién es ese pedante majadero,
»de risa muerto, vas á preguntarme,
cuya felicidad dèl grado espera?
nómbramele, que quiero, por holgarme,
»la borla tremolar en su mollera
con que Almagro á sus recuas condecora
á golpes de tambora titerera.»
¡Mas cuál te santiguáras si yo ahora
callandito al oído te dijese,
bajo el sigilo que el pudor minora:
«Pues, amigo del alma, yo fuí ese!!!»

---

en verano, el nativo campo gozo;
en el invierno, la ciudad frecuento,
y para ser feliz, pues aún soy mozo,
lo que me resta conseguir espero,
sin que presuma ser de ciencia un pozo.
Pasar por la capilla es lo que quiero
y doctor salmantino he de firmarme.
¿Quién es ese pedante majadero
(de risa muerto vas á preguntarme)
cuya felicidad el grado espera?
Nómbramelo, que quiero, por holgarme,
la borla tremolar en su mollera
con que Almagro sus recuas condecora
á golpe de Panzorra titerera.
Mas cuál te santiguaras si yo ahora,
callandito al oído te dijese,
bajo el sigilo que el rubor minora:
Pues, amigo del alma, yo soy ese.
Año de 1811.

(Nota del Editor.)

SOBRE LA FELICIDAD • EN ESTRAMBOTES • • • • • • • •

Dícesme que te parece
cosa imposible decir:
¡vi un dichoso!
mas es porque le oscurece
su retirado vivir
silencioso;
mientras que los descontentos
de su suerte en inquietud
continua están.
Su afán en sus movimientos
y ruidosa multitud
diciendo van;
y juzgan falso y forzado
y aparente aquel sosiego
envidiable
del sabio que no es llevado
en un torbellino ciego
y mar mudable.
Al débil su estolidez
felicidad no consiente
disfrutar,
ni al soberbio su altivez,
ni el atrabiliario intente
á ella aspirar.
La felicidad no habita
en alma que estas pasiones
aposenta.
Limpia mansión necesita
y que de preocupaciones (1)
esté exenta.

(1) El que cree á Dios un tirano, ó que el honor se cuelga de una cinta, ó que la pobreza es afrenta, ó que las riquezas aumentan los goces hasta el infinito, etc., ha de pasarlo mal precisamente.

Las preocupaciones son,
en poética figura,
las Arpías,
que tienen el fatal dón
de tornar hiel la dulzura
de tus días.
Á estos monstruos infernales
pocos osan ausentar
ni hacer frente,
é intrépidos á los males (1)
verdaderos, despreciar
los aparentes.
La pompa, la elevación,
dignidades y opulencia
es la ventura
en la vulgar opinión,
que juzga por la apariencia,
y es locura.
¡Loco será el que se siente
en rueda que ha de volver
fortuna instable!
¡Locura será que aumente
su circunferencia un ser
tan vulnerable!
Guarde el lidiador el pecho,
puesto en perfil de tal suerte,
que la espada
de adversidad menor trecho
hallar pueda en que le acierte
la estocada (2).

---

(1) No negaremos que hay males reales; no diremos, como los estoicos, que no es mal el dolor; pero queremos que el dolor real no sea agravado por la imaginación, y que una pisada de un tonto en una controversia no duela más que la dada por la querida en un baile.

(2) El que para ser feliz necesita ser muy rico, estar muy condecorado, ocupar los puestos de más autoridad, ser el querido de las más hermosas, y que éstas le sean las más fieles, es difícil que

Las artes y la lectura,
los campestres ejercicios
provechosos,
son de posesión segura,
no caros como los vicios,
ni azarosos.
Dado es al sabio un placer
de más estima, nobleza
y calidad:
el estudio de su ser,
el de la naturaleza
y la verdad.
Así, en las alas del genio
del bien Sócrates llevado,
elevó el vuelo;
de Newton así el ingenio,
hasta la luz trasportado,
midió el cielo.
Y aunque no á todo mortal
dado sea conseguir
tal beatitud,
existe un bien sin igual,
no imposible de adquirir,
que es la virtud (1).

---

logre tantas cosas, y una sola que le falte es suficiente para hacerle infeliz. El mundo es como un teatro, en que el más gordo se halla más estrechado en el asiento y suda más que el delgado.

(1) No se habla aquí de la virtud heroica, sino de la probidad, de la honradez, de la beneficencia, ejercida, no por deber, no por miedo, no por ostentación, sino por inclinación y por gusto, como gusta el ambiente de la primavera; como gusta ponerse ropa limpia.

Á LA CASCADA DE LA PESQUERUELA

Cómo te precipitas,
de peña en peña dando,
torrente, y vas gastando
en espuma el raudal?
El cieno impuro agitas
del lago, en que cayendo,
le rompes con estruendo
al ronco trueno igual.
Tu curso estrepitoso
un insondable abismo
cava para ti mismo
con terco frenesí;
y al fondo cavernoso,
ciego, contigo lanzas
cuanto en tu curso alcanzas,
cuanto se acerca á ti.
Desnuda tu ribera
de trébol, musgo y flores
dejas, y los amores
turbas del ruiseñor.
Su nido en la bardera,
sus polluelos alados
son ¡ay! arrebatados
de tu embate al furor.
La tórtola otros ecos
busca á su tierna queja,

busca lejos la abeja
sombra, silencio y paz:
se ve de espinos secos
tu contorno erizado,
do el lobo está emboscado
y el alcotán voraz.

Á la hiedra que cerca
tu roca trepar quiere
la inquieta cabra, y muere
devorada, al subir.
¡Ay! del pastor que acerca
á tu sombra el ganado;
su imprudencia el cuitado
tiene que maldecir.

Ese orgulloso salto,
ese continuo ruido,
¿á qué va dirigido?
¡á perderte en el mar!
donde, de juicio falto,
tu desvanecimiento
corre á merced del viento,
para siempre á vagar;

mientras la humilde fuente
al pie tuyo formada,
benéfica y callada,
regando el prado va;
su trenzada corriente
oculta en la verdura,
y abundancia y frescura
al valle y selva da.

Si un tronco, si una peña
su camino embaraza,
les huye ó les abraza,
burlando su intención:
no en penetrar se empeña
la escondida maleza;
sabia naturaleza
guía su inclinación,

Ya por anchos canales,
ya por rústica zanja,
frutos dando á la granja,
dando pompa al jardín;
y en secos arenales
de yermos, que ameniza,
su cauce se desliza,
benéfico hasta el fin.
Su fin, tan apacible
como el azul del cielo,
que mientras regó el suelo
se reflejaba en él;
el fin apetecible
de la vida del bueno
de quien fué aquel sereno
arroyo imagen fiel.

Á LA LAGUNA DE GREDOS

Entre escarpadas puntas
de una sierra nevada,
sobre otra sierra alzada,
el hondo lago vi:
vi el lago en que sepultas
¡oh Gredos! mil torrentes,
que elevadas pendientes
hunden por siempre en ti.
Ruedan las olas dentro,
la salida buscando,
y en derredor bramando
de su eterna prisión;
pero luego en su centro
cesa el ruido espantoso;
silencio pavoroso
sigue á su agitacion.
Tendió el ala en el polo
el viento del desierto,
y el lago, al soplo yerto,

es hielo inmóvil ya.
El cardo triste y solo
en su orilla nacido,
de Bóreas al silbido,
sobre él huyendo va.
Densa niebla oscurece
su cumbre, asiento eterno
del trono del invierno,
hijo del Septentrión.
Entre ella resplandece
nevado el ventisquero,
vuela en su reverbero
deslumbrado el halcón.
Busca incierto su nido,
y del etéreo cielo
la alba nieve del suelo
no acierta á distinguir.
La escarcha el pino erguido
sacude inútilmente,
sus ramas tristemente
hace el peso crugir.
El águila despierta
sobre el césped marchito
de la roca, y su grito
vaga en la soledad.
¡Ay laguna desierta!
ese témpano helado
semeja del malvado
la insensibilidad.
La congelación fría
del corazón humano,
que el huracán insano
del vicio endureció,
luto y melancolía
cubre el antro insondable,
que en yermo inhabitable
el tiempo trasformó.
Muro de rocas cerca
la inaccesible orilla,

14

do el rayo jamás brilla
de benéfica luz.
Jamás allí se acerca
céfiro puro y blando,
en sus alas llevando
esperanza y salud.
  Su estéril aspereza
venenos da homicidas,
que á las entumecidas
víboras den vigor.
Plegue á Naturaleza
en un temblor horrible
hundirte, ¡oh insensible
páramo de terror!

Á UNA DESDEÑOSA

  No extrañara ¡oh desdeñosa!
el que mi amor te ofendiera,
si yo la culpa tuviera
de que tú fueras hermosa.
  Cuenta de mi inclinación
pide á la Naturaleza,
que es quien te dió esa belleza,
bajo de esta condición.
  Como al sol le dió su lumbre,
no para que á él le adornase,
sino para que enviase
luz que al universo alumbre;
  así el cielo á ti también
te dió beldad para mí,
sin que dependa de ti
el que goce yo ese bien.
  Sé yo gozar la fragancia
de las flores sin cogerlas,
sin ajarlas, ni ponerlas
en mi seno ni en mi estancia.
  Sé la frescura gozar
de las ondulantes fuentes,

sin bañarme en sus corrientes
ni su pureza enturbiar.
Y sé yo gozar del sueño
entre alamedas amenas,
sin pensar que son ajenas,
ni curar quién es el dueño.
Sueñe mi temeridad
ser dueño de tu hermosura,
goce de ella mi ventura,
y ten tú la propiedad.
Si á pocos satisfaría
soñada la posesión,
ilusión por ilusión,
menos molesta es la mía.
Molesta el niño llorando,
si no alcanza, si no toca,
ó si no lleva á la boca
la cosa que está mirando;
y no hay forma de acordarse,
cuando suspira por ella,
de cómo es la llama bella,
y que el asirla es quemarse.
¿Quién sabe si yo también
hubiera la llama asido,
si no me hubiera tenido
lejos de ella tu desdén?
Te debo esa obligación,
aunque sé que no lo has hecho
por mirar á mi provecho
ni tenerme compasión.
Mas déjate de guardar,
como el avaro, el tesoro,
que estando á la vista el oro,
alguno le ha de robar.
Ni esperes que el amador
te pida de amar licencia,
mientras la correspondencia
no sea una ley de amor.

LA SED DE AGUA

De la fuente Inés volvía,
y el peso la fatigaba
del cántaro que llevaba,
pues quince años no tenía.
Contra su seno agitado
su blanco y desnudo brazo
ceñía con dulce abrazo
aquel cántaro envidiado.
Descargóle, y tomó aliento
sobre una florida alfombra,
bajo la sonora sombra
de un olmo que mece el viento;
cuando acertara á pasar
por aquel sitio Lisardo,
el mancebo más gallardo
de todos los del lugar.
Él llevaba sed, y al ver
el cántaro, le dió más,
y díjola:—«Inés, ¿me das
de ese cántaro á beber?»
Ella los ojos alzó,
y mirando su semblante
halagüeño y suplicante,
respondióle:—«¿Por qué no?»
Y con su mano graciosa
la punta del delantal
pasaba por el brocal
del cántaro, vergonzosa.
«Excusado es tanto esmero
en limpiar el borde, Inés,
—dijo el zagal,—si no es
que otro ha bebido primero.»
Ella dijo:—«En el vasar
siempre por mi madre ha estado
este cántaro guardado,
sin dejármelo estrenar.»

Bien lo conoció el mancebo
cuando comenzó á beber,
que es fácil de conocer
Agua de cántaro nuevo.
Y como mientras bebía,
á la zagala miraba,
su boca se refrescaba,
pero su pecho se ardía.
«No bebas tanto, zagal,
—decía Inés, retirando
el cántaro y suspirando:—
hacerte pudiera mal.»
Lisardo, por el contrario,
se empeña en beber sin tasa,
y el cántaro por el asa
arrebata temerario.
Pero lo que sucedió
con semejante violencia
fué que en la fatal pendencia
el cántaro se rompió.
El grito más doloroso,
por la cuitada lanzado,
á los ecos fué llevado
por el viento vagaroso;
y de color y sentido
privada, al suelo viniera,
si el mancebo no la hubiera
en sus brazos recibido.
«¡Ay, triste de mí! exclamaba
cuando, en su acuerdo volviendo,
los bellos ojos abriendo,
en llanto los inundaba;
»mi madre bien me decía
que el cántaro no expusiera;
mas yo, que tan frágil era
el cántaro no creía.
»¿Quién había de negar
una sed de agua, ni quién

pensara que el hacer bien
tan caro suele costar?
»—No lo hice á mal hacer,—
dijo el mozo á Inés;—perdona
si las quiebras mi persona
te puede satisfacer.
»Dame la mano, y de aquí
los dos á tu casa iremos;
á tu madre la diremos
cómo el cántaro rompí;
»que yo de barro tan tierno
no le juzgué ciertamente,
mas, pues fué un día á la fuente,
no había de ser eterno.»

A la fuente Inés volvió
pero con cántaro usado
y en un olmo recostado
á su Lisardo encontró.
Bajó los ojos al verle,
vergonzosa del fracaso
y él la dijo,—«¿Inés, acaso
no me expusiste á romperle?»
—«Yo no, que tú le cogiste,»—
dijo sonrosada Inés
y él replicó:—«verdad es,
pero tú el agua me diste.
¿Ni cómo podría ser
que del agua yo probase
si el cántaro no agarrase
para poderla beber?
Mil veces mal haya, amén
no se ha hecho de manera
que aunque ayer roto estuviera
hoy se rompiera también.
Mas pocas podrán contar,
como del tuyo has contado,

estar quince años guardado
sin romperse en el vasar.»
  Mientras hablaba el mancebo
la tierna Inés que le oía
jugando se entretenía
con la punta del pañuelo.
  —«Mi madre me regañó
porque beber te dejé—
díjole al fin,—y porque
el cántaro se rompió.
  Dijo que sois muy villanos
los mozos de este lugar,
que no se puede fíar
un cántaro en vuestras manos.
  Dijo que con solo verlos
hay mozo que por merced
pide agua sin tener sed
por el gusto de romperlos.
  De modo que no confío,
Lisardo,—continuó Inés,—
si habrás roto dos ó tres
antes de romper el mío.»
  Ni dijo más Inés, ni
aun cuando ella lo quisiera
el zagal lugar la diera,
quien la satisfizo así:
  —«Si he roto más, vida mía,
no vean mis ojos la luz
por esta...»—y besó la cruz
que Inés al cuello traía.
  —«¿Qué haces, Lisardo?»—asustada
ella le gritó al instante,
poniéndosela el semblante
como una rosa encarnada.
  —«En todo eres extremado,
en jurar como en beber
y pudiera acontecer
que alguien lo hubiese notado.»

Y el seno le palpitaba
y el rostro se la encendía
y el mozo que la veía
de ardiente sed se abrasaba.
Dame el cántaro, Inés bella,
á ver si templo mi ardor;
y mudada de color,
—«toma y bebe,»—dijo ella.
Y el cántaro abandonó
á aquel zagal imprudente
que, como ciervo á la fuente,
al agua se abalanzó.
¡Pobre Inés! ¿Cómo podría
no socorrer al mancebo?
¿la que ayer ofreció el nuevo
el usado negaría?
A ambos en tan tierno paso
dulce desmayo oprimía
Lisardo, porque bebía,
Inés porque daba el vaso,
mientras entre las frondosas
ramas del árbol erguido
les enredaba Cupido
una cadena de rosas,
diciéndoles: «quiere Apolo
que dicha tan singular
no le sea dado contar
al que tenga un ojo solo» (1).

(1) Creemos que el autor hubiera corregido este verso si hubiera destinado á la imprenta esta segunda parte de *La sed de agua.* O tal vez no la sacó á luz porque no halló una agudeza conveniente para ponerla remate digno. (*Nota del Editor.*)

• Á DOÑA MARÍA S. DEL ACEBAL DE ARRATIA • • • • • • •

Una sola vez te vi
y aunque tan de paso fué,
escucha si aproveché
la mirada que te di.
Vi en tu porte gentileza
y en tu gesto y apostura
garbo, aseo, compostura,
y en tus modales nobleza.
Vi que el mirar penetrante
negras pestañas templaban,
y en oscuras sombras daban
honestidad al semblante.
Vi tu boca sonreirse,
y sentí lo que sintiera
piadoso mortal que viera
el Paraíso entreabrirse.
Vi la nieve acumulada
en torno al airoso cuello,
vi entre el rizado cabello
al cándido seno entrada.
Y allí yo, por la apariencia,
de amor juzgué el templo ver;
pero me dijeron ser
el de la beneficencia.

UNA LÁGRIMA DE EMILIA • CANCIÓN Á LA SEÑORA DE ANGULO (1) • •

Ví una lágrima correr
por tu angélico semblante
y en él brillar un instante
para en tu seno caer.

(1) Música del Sr. Eslava, maestro de capilla en la catedral de Sevilla. Año de 1834.

Y aquel seno vi agitarse,
como cuando el viento mueve
de cumbre en cumbre la nieve
que comienza á deshelarse.
Tu cándida mano, en tanto,
los bellos ojos cubría
y en vano enjugar quería
aquel compasivo llanto.
Así al regar los jardines
una bullidora fuente
salta, inunda osadamente
valladares de jazmines.
Y así una nube ligera,
la luz de Mayo encubriendo
y en blanda lluvia cayendo,
anuncia la primavera.
Primavera de consuelo,
para bien de los mortales
anuncian lágrimas tales
á quien contempla tu cielo.

EL BESO • Á LESBIA

Si tus dos labios un día
á mis dos labios unieras,
todo el placer que me dieras
para tu gloria sería.
Cuanto sentir y gozar
me concediera el amor,
tanto en tu gloria y honor
me concediera cantar.
Cantaría el dulce aliento
que tu boca respiraba
cuando á la mía tocaba
con trémulo movimiento;
La ambrosía más sabrosa
que la hebea para mí,
si ofrecida era por ti
entre el azahar y la rosa;

y aquel ruido delicioso
que tus labios susurraron,
mientras los míos libaron
aquel bálsamo precioso.
Ruido grato y lisonjero
más que el de sonora fuente,
en la canícula ardiente,
al sediento pasajero.
Así mi lira sonara,
y tu beso y mi canción
en toda edad y región
se aplaudiera y se cantara.
Ni amante había de haber
que el beso de amor sentir
lograra, sin bendecir
al dios autor del placer.

ELOGIO Á LA MAESTRA DE UNA NIÑA (1)

Niña del Guadalquivir,
bien haya la discreción
de la que tu educación
se complace en dirigir.
Por ella gozará el suelo
el placer y la ventura
de adorar en la hermosura
la inteligencia del cielo.
Como en el cielo la luz,
en tu halagüeño semblante
ofrecerá á cada instante
un matiz cada virtud.
Del alba el candor tendrá
ó de la aurora el rubor,

---

(1) Doña Ana María de Espinosa, cuya instrucción en las lenguas, en las artes y en todas las materias de buen gusto, es tan á á propósito para la educación de las señoritas de Sevilla.

ó el benéfico fulgor
que vida á los mundos da.
  Será tu sonrisa un día
iris de serenidad,
y en tus ojos la piedad
rocío que Abril envía.
  ¡Cuán bendecido ha de ser
entonces de los mortales
ese numen, por quien tales
encantos en ti han de ver!
  ¡Ay! Bien haya veces mil
su ciencia, por quien ver creo
el fuego de Prometeo
en la estatua más gentil.

AL NATALICIO DE LA SEÑORA DOÑA PAULA DEL ACEBAL Y ARRATIA (1827)

  Con qué fulgor insólito
veo brillar la aurora;
nuevo matiz colora
su cándido arrebol;
  el cielo más espléndido
se arma de lumbre pura,
su carro hoy apresura
más refulgente el sol.
  Todo rebosa júbilo
en este fausto día,
todo inspira alegría
en cielo tierra y mar;
  Y por la vaga atmósfera
oigo clamar: «*Paulina*,
la rubia, la divina,
la bella del lunar;
  »que el coro de las náyades,
cantando sus loores,
anuo tributo en flores
ofrece al día natal.

»Deja, Ramona (1), el mórbido
lecho que te empereza;
disfruta la belleza
y gozo universal.
»Ven, y con pecho férvido
tal día celebremos,
á *Lina* consagremos
nuestro fraterno amor;
y pues tal dicha ¡oh númenes!
nos concedéis propicios,
cual hoy mil natalicios
denos vuestro favor.»

MIS DESEOS • CANTILENA • AL CUMPLEAÑOS DE LA SEÑORA DOÑA PAULA DEL ACEBAL DE ARRATIA (1829) (2)

Si el cielo á mis deseos
benévolo accediera,
yo no le pediría
ni mando ni riquezas,
ni regir ostentoso
en rauda carretela
de caballos de Arabia
la rápida carrera;
ni en palacio de mármol

---

(1) D.ª Ramona, hermana de D.ª Paulina. (*Nota del Marqués de Valmar*).

(2) Sospechamos de la autenticidad de esta composición. Doña Paula del Acebal se la comunicó á D. Simbaldo de Mas como de Somoza; pero véase que las circunstancias del autor no convienen á éste, cuya niñez transcurrió en Piedrahita y en Salamanca, y no coincidió en el tiempo con la de D.ª Paula, ni ambos eran de la misma progenie. En el mismo caso que la presente, se hallan tal vez otras poesías, como por ej., la anterior (p. 220), el romance de la pág. 225 y el que empieza: «Ya de Apolo el carro de oro» (p. 229). Todas ellas deben de ser de alguna persona de la familia más íntima de D.ª Paula; quizá de su hermano D. Francisco. (*Nota del Editor.*)

espléndido viviera,
si émulas en su ornato
las artes compitieran;
y despreciar sabría
el poder y las rentas,
el comercio y las naves
de Francia y de Inglaterra;
más humildes mis votos
otra ventura anhelan;
tornar, Lita, á mi infancia
al cielo yo pidiera,
y vagar por los campos
de la progenie nuestra,
y subirte en mis hombros
hasta la cumbre enhiesta
del peñascoso Unguino,
y enseñarte la sierra,
y la cántabra costa
do el bravo mar se estrella;
mientras tú silenciosa,
con tus manitas tiernas
cruzadas en mi frente,
vas segura y contenta.
Si tal vez fatigado
te sentara en la hierba,
tu angelical sonrisa
la gratitud expresa;
y apenas tu boquita
de rosa medio abierta,
balbuciente, mi nombre
á pronunciar acierta.
¡Ay, años infantiles!
¡Cuán dulce impresión dejan
los goces inocentes
con que la vida empieza!
Lita, seamos niños,
torne la infancia nuestra,
olvida el cumpleaños,
mas nunca á tu poeta.

Temes, pastor, la corte lisonjera,
cual halagüeño viento que engañoso
precede al torbellino pavoroso?
Mas si la corte por ventura fuera
como la del palacio de la Aurora,
cuando entre el oro y púrpura del día
sobre el trono de Mayo reina Flora;
si en medio de las Gracias descendiera
la más gentil, la que su coro guía
y las horas del bien al suelo envía;
si con ledo semblante á ti volviera
los ojos que en el pecho encienden llama,
la sonrisa que en puro amor le inflama,
y á tus trémulos labios ofreciera
benéfica la nieve de tu mano,
¡zagal! ¿no te tornaras cortesano?

RETRATO DE LESBIA

Sonrisa de la aurora es tu semblante,
que anuncia el puro día,
mientras Venus el rayo vacilante
entre las sombras de la selva envía.
Tan dulce tu mirada
entre oscuras pestañas centellea,
cual por frondosos álamos templada,
la estiva luz febea;

pero la sombra para mí más grata
es la de tu cabello,
cuando sus trenzas céfiro desata
y tiende por el cuello,
que del cisne en candor vence á la pluma;
aunque maldigo sombra que oscurece
los dos globos de espuma
que en raudal de alabastro amor ofrece.

• • ROMANCES • •

AL NATALICIO DE LA SEÑORA DOÑA
PAULA DEL ACEBAL DE ARRATIA (1826)

Oh! si la armoniosa lira
tuviera yo de Cienfuegos,
no tan medroso mi labio
sofocara sus acentos
sino que con voz robusta
cantara los altos hechos
de Almanzor, y las batallas
y las justas y torneos
de los moros de Granada,
amantes y caballeros.
Mas no; motivo más dulce
y más agradable empleo
fuera cantar de tu Oriente,
Paulina, el fausto suceso,
y aunque por mis rudos sones
no has de medir mis deseos,
halle disculpa en la causa
la liviandad del obsequio.
Viniste al mundo; las gracias
tu blanda cuna mecieron;
Céres, que en tu mes preside,
te dió sus blondos cabellos,
y al besarte sus aristas,
tu suave cutis hiriendo,
señal sangrienta estamparon,
lunar gracioso imprimieron.

Creciste, y la amable rosa
y los inocentes juegos
yo vi de tu edad primera,
yo tu andar guié el primero.
No más lindo de Citéres
fuera el rapaz, ni más bello,
con boca de rosa y nacar
y sus azules ojuelos;
cual fueras, *Paulina*, entonces,
ni menos bella te encuentro;
que si ángel fuiste en tu infancia,
ahora inmortal te deseo,
para que como hoy mil siglos
cumplas, de ventura llenos,
siempre en juventud hermosa,
y de la tierra ornamento.

Á UNA EXTRANJERA

Aura leve y blandas olas
la nave impelen y halagan
de la Extranjera que el cielo
conduce á española playa.
Así, al nacer la de Gnido,
mecen su cuna las aguas,
y en cerco sonoro hierven,
y en cándida espuma saltan.
Iris por el viento vuela,
Flora por el campo vaga,
y el placer ciñe la tierra
en benéfica lazada.
Placer benéfico ordena
también tu voz en las almas
sensibles, honestas, nobles,
¡oh Extranjera bienhadada!
Si tus armónicos ecos
de polo á polo llegaran,
el genio del mal huyera,
y el siglo de oro tornara,

Virtud respiran tus labios,
difúndenla tus miradas,
tus movimientos la llevan
adonde pones la planta.
Su ceñidor te dió Venus,
su casto velo Diana,
la esposa de Jove el cetro,
su egida invencible Palas.
El niño Amor te precede
con sus fuegos y sus armas,
pero sin venda en los ojos,
ni sobre los hombros alas.
¡Salve! oh numen que en el templo
de las Musas y las Gracias,
al culto del bien convidas
la juventud castellana!

Á DON JOSÉ MINTEGUI, CATEDRÁTICO JUBILADO DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA (1828) . . . . . .

Cuatro lustros han pasado
desde que dió el primer trueno
la maldecida tormenta
que vomitó el Pirineo.
Cuatro lustros se han cumplido,
¡y qué de estragos en ellos!
¡Qué pocos han resistido,
cual tú, al huracán violento!
Así en la talada selva
un roble firme y derecho
la destrucción atestigua
á los siglos venideros,
y á su solitaria sombra
descansando el pasajero,
la desolación contempla
que corrió por el desierto.

Al soplo de la borrasca
desapareció del suelo
la generación entera
que nacer tus ojos vieron;
y el mismo imprudente Eolo,
el mismo dios de los vientos,
que los lanzaba á la tierra,
arrebatado por ellos,
sobre una roca africana
fué de miserias ejemplo.
Tú, en tanto, en el torbellino
de la tempestad envuelto,
mostrabas que sólo es fuerte
y sólo inmutable el bueno.
Ni el rayo de la calumnia
halló en qué cebar su fuego,
y resbalóse apagado,
sobre tu virtud cayendo.
¡Feliz patria si sus hijos,
de quienes fuiste maestro,
la ciencia de tu conducta
estudiaron y aprendieron!
¡Feliz yo si al lado tuyo
alcanzo del bien el tiempo!
El tiempo del bien, que entrambos
pronosticado tenemos,
en que un benéfico ambiente
la oscura nube rompiendo,
bajas pasiones disipe,
y puro descubra el cielo.
Ni el justo se verá entonces
al peligro de no serlo,
ni la honradez será insulto
á los demás hombres hecho,
que cual público delito
persiguen con odio eterno.

Á DOÑA PAULA DEL ACEBAL Y ARRATIA

Ya de Apolo el carro de oro
con infatigable rueda
un círculo describió
por los signos de la esfera,
y otra vez el can ardiente
la hidrópica sed violenta
del Manzanares humilde
las claras ondas amengua;
ni su abrasador influjo
perdona la verde hierba
que en lo intrincado del soto
la suave sombra alimenta.
Todo el verdor desparece;
todo en torno amarillea
y al leve soplo del aura,
con afanosa tarea
las remolinadas mieses
se ven limpiar en las heras,
mientras la vid y la oliva
la mustia campiña alegran.
De los rigores de estío
sola una flor se liberta
y su púrpura y sus galas
con nuevo esplendor ostenta.
Jamás el Austro inclemente
marchita sus hojas bellas
ni la voladora planta
del tiempo su cerviz huella;
próvida al sustento atiende
la aurora en líquidas perlas
y en su más brillante ornato
Flora gentil se recrea.
Así creces, Paula mía;
tú eres la flor predilecta,
y ya que en tu cumpleaños

es indispensable ofrenda
regalarte con mis versos,
perdona mi torpe vena,
que el labio expresar no sabe
cuanto el corazón desea.

(1828.)

ROMANCE GITANESCO

¡Con que, es fijo, chaira mía,
que tu gracia he camelado,
que al cielo subí en presona
y al sol detuve en mis brazos!
¿A que ahora, fortunilla,
te burlas de un desdichado?
Si no puedes sostenerme,
¿por qué me subes tan alto?
El triunfo de las morenas,
de los cuerpos el dechado,
y un alma... que Dios en prueba
de su poder ha formado,
todo fué de este *ganchoso:*
yo amarinaba aquel barco,
entre borrascas de dichas,
un mar de gracias surcando.
A escuras las tres potencias,
y todo el juicio murciado,
suspiro lo venidero,
y no gozo lo pasado.
¡Qué estrella tan desdichada
lucirá sobre tu chairo,
si le faltan las *carañas*
y el columpio de ese garbo!
No hay más muerte que una muerte,
el *churí* de tus agravios;
mi condenación eterna,
chaira mía, está en tus manos.

LA CARIDAD

Á la puerta de Tomasa
vino un galán á llamar,
muy ajeno de pensar
que estaba el marido en casa.
Este á responder salía,
cuando ella en el pasamano
gritó: «Dios le ampare, hermano,
que se le dará otro día.»

LA CODICIA

Negocia, gana, atesora,
economiza, aprovecha,
gasto y deseos estrecha,
deja el gozar por ahora;
que el premio de tu cordura,
aunque hoy pases vida amarga,
será tenderte á la larga
mañana en la sepultura.

EL MONJÍO DE JUANA

Á todo perro cristiano
su mano y dote ofrecía
Juana; mas nadie, hasta el día,
admitió lo que es la mano.

Y para dejar bienquisto
su honor, quiere la dichosa
que la trague por esposa,
á falta de bobos, Cristo.

Á UN AMIGO INDISCRETO, QUE LE DIJO UN CHISTE DESABRIDO . . . .

Es agradable la sal,
y es saludable también;
mas se ha de conocer bien
el gusto de cada cual.
Amargo podrás hacer
lo que quieras sazonar;
que suele hacer rechinar
solo un grano sin moler.

COMPOSICIONES VARIAS

Á UNA NOVIA EN EL DÍA DE LA BODA •

• • • • • • EPITALAMIO

Delante del señor cura
diste la mano y el sí!
¡lástima tengo de ti,
inocente criatura!
 ¿Sabes, niña, lo que das?
¿Sabes que te estremecieras
si lo que das hoy supieras
cual mañana lo sabrás?
 Mañana, con lento paso,
irás en vano á buscar
á tu madre y á llorar
en sus brazos el fracaso.
 No esperes, cuitada mía,
en tu madre compasión;
que es de bronce el corazón
de las madres aquel día;
 y te ordenará severa
que cumplas como deber
lo que por delito ayer
su merced juzgado hubiera.
 Transformó aquel negro instante
en que cediste tu mano,
á tu madre en un tirano,
y en un verdugo á tu amante.
 Hoy te vas á someter
al inhumano rigor

que te condena á un dolor
por cada ajeno placer;
hoy por la senda caminas
que sembraron los amores,
para tu amante de flores,
pero para ti de espinas.
Es de néctar para él
el cáliz que á ofrecer vas;
pero tú no libarás
hoy sino tragos de hiel.
El cielo te dé, señora,
en el trance sufrimiento,
y la rueda del tormento
pare el dedo de la aurora.
¡La aurora de la experiencia,
y el día de reflexión,
en que la meditación
infunde á la mujer ciencia!
Pues la permiten subir
al tálamo sin saber
ni lo que la toca hacer,
ni lo que ha de recudir (1).

Á UNA DONCELLA ENAMORADA • •
• • • • • • FRAGMENTO

No al dios del sueño implores
en solitario lecho,
cuitada, si tu pecho
es fragua ya de amor.
En rueda de dolores
tus miembros retorciendo,
vas de la llama huyendo
y haciéndola mayor.

---

(1) *Recibir* decía en la primera edición de 1835.—*(Nota del Editor.)*

HIMNO FÚNEBRE • Á UN HOMBRE DE BIEN MUERTO EN 1811 • • • •

Nobles hijos del bien, si al sendero
camináis del honor y la gloria,
escuchad en mi canto la historia
de un antiguo español caballero.

Á vivir condenóle fortuna
entre guerras civiles y bandos;
cual de Alcídes los mónstruos nefandos,
los rencores cercaron su cuna.
La desgracia, en su escuela severa,
le mostró de la sabiduría
las lecciones, que nunca sabría
de doctores que en aulas oyera.
Á la sombra de rústico techo
gozar quiso existencia ignorada,
á la santa verdad consagrada,
siendo templo del culto su pecho,
¡Ay qué poco duró su ventura!
De la patria la voz le reclama,
á los puestos de mando le llama,
y le impele y le lanza á la altura.
«Obedece, le dice Minerva;
los que culto en mis aras rindieron,
sacerdotes y víctimas fueron:
tal honor la virtud te reserva.
La virtud inflexible te ordena
que, las riendas del carro tomando,
la carrera del público mando
acometas con frente serena.
No la altura en que vas elevado
desvanezca tu vista y tu mente;
no atosigue tu pecho el ambiente
entre nubes de incienso mezclado.
Lucha, emprende el combate tremendo,
en que domes, sujetes, destruyas
las pasiones de todos, las tuyas,
en dos lides contínuas venciendo.

Amor mismo, que paz venturosa
antes fué, guerra es ya á tus deberes,
triunfa de él si por ti ver no quieres
de otros buenos la suerte afrentosa.
Del olímpico atleta la palma
es la dicha suprema inefable;
¡alta dicha, mayor, más durable,
recompensa la fuerza del alma!
¡Por ti solo, delicia del fuerte,
nunca en pechos vulgares sentida,
de Epicteto fué dulce la vida
y de Sócrates dulce la muerte!»
Dijo Palas; su alumno animoso
en el público estadio se arroja,
y entre polvo y sudor y congoja
toca el término y meta glorioso.
¡Salve! y dadme guirnaldas de rosas
para el bueno que al mal combatiera,
y á la envidia y calumnia venciera
al impulso de acciones honrosas.

Nobles hijos del bien, que al sendero
camináis del honor y la gloria,
bendecid y llorad la memoria
del antiguo español caballero.

EL CALUMNIADOR • CUENTO

Érase un ermitaño,
ó por mejor decir, era un santero;
pues el uno, según el Diccionario,
hablando del primero,
es un contemplativo solitario
dado á la penitencia:
Estotro, vagamundo todo el año,
por huir del trabajo y la abstinencia,
de su demanda y de su alforja hacía
la copa de Amaltea,
con variedad y profusión colmada
en la despensa y troje de la aldea,
en el tarro y zurrón de la majada.

En una de éstas un mastín había,
la envidia y el honor de las cabañas:
nacido, cual Pelayo, en las montañas,
gesto audaz, torvo ceño, fosca vista,
gran garra, ronca voz, cerviz enhiesta;
el animal, en fin, más quimerista
del honrado concejo de la Mesta.
Pero su aceda condición nacía
de lealtad: sobre el hato se tendía,
sin desplegar su boca en todo un año
si no le alborotaban el rebaño.
Este desde cachorro tamañito
tomó tal ojeriza, encono y tema
con el de la demanda,
que le puso en la extrema
alternativa de perder la tanda
cuotidiana, dejando aquel distrito,
ó sufrir cada día un fiero asalto,
que á ser zamarreado le exponía.
El hombre, que, en contínuo sobresalto,
con la vida jugada se veía,
se acordó, en fin, piadosa y felizmente
de que la caridad bien ordenada
le mandaba evitar cualquier perrada.
«Si yo, dijo entre sí, fuera valiente,
con el chuzo en que el báculo remata
le pudiera esperar tras de una mata
y envainársele todo á espeta-perro;
pero ¿y si el golpe por desgracia yerro?
No señor: es mejor darle zarazas;
mas seré sospechado: ¡majadero!
Quedar bien con el mundo es lo primero.
Pero ¡válgame Dios! ¿No he de hallar trazas
para quitar la piel á este demonio?...
Levantémosle un falso testimonio...»
Dicho y hecho: al aprisco se encamina;
El perro, que le siente,
sale en su busca, pero inútilmente;
porque ya encaramado en una encina

halló al siervo de Dios, que de repente
exclamó en alta voz: «¡Hijos!... ¡Cuidado!...
¡Guárdense del mastín, que va rabiado!»
Con esta breve plática la gente
se conmueve, se agita, se convoca,
cunde la voz fatal de boca en boca,
y el animal, proscrito y acosado
del fuego, plomo, acero, piedra y palo,
espiró en opinión de perro malo.
Y si en esto se hubiesen acabado
los males, ¡vaya en gracia!
Mas, ciegos, como suelen por desgracia,
los inconsiderados aldeanos
cuando tienen las armas en las manos,
tras de la raza de los perros dieron,
y sicilianas vísperas hicieron.
Luego se amplió á los gatos la sentencia
por los peritos en jurisprudencia,
diciendo ser el mal comunicable
por mordedura, y ésta inevitable
entre perros y gatos, mayormente
cuando, para vestir el expediente
anterior, el derecho lo exigía,
pues el no condenarles argüía
tal ilegalidad en el asunto,
que anulaba la muerte del difunto.
Así en aquel concejo se fallaba;
pero en los de otros pueblos, alarmados
del supuesto peligro de la rabia,
providencia se daba,
no menos general ni menos sabia,
contra todas las bestias y ganados
del pueblo referido,
vedándoles la entrada en sus mercados
y en los pastos comunes del partido;
de modo que las reses perecieron,
no pudiendo en su egido mantenerse,
ni tampoco salir para venderse.
Item, sus dueños confinados fueron,

y dentro de su término encerrados
hasta el año y el día,
por si estaban ó no del mal tocados;
pasado cuyo tiempo, en romería
ir á Valdegimena (1)
libremente pudiesen,
y á soplos saludarse, si quisiesen.
Pero no llegó el caso, porque antes
de cumplir la penosa cuarentena,
la miseria barrió los habitantes.
En el lugar ni en sus inmediaciones
no quedó cosa viva, ni ratones,
para los cuales es fatal estancia
donde falta el roer en abundancia:
y aun por lo mismo nuestro anacoreta
el de marras, dobló la servilleta.
Dios le haya perdonado y nos defienda
de la infame calumnia, peste horrenda,
que las naciones tala y extermina
cual amarilla fiebre ó levantina.

LA RENUNCIA DE UN SABIO DEL ORIENTE EN LA CORTE DEL MOGOL (2) • TROVA EN OCTAVAS REALES • • • •

Es en el laberinto de la vida
hilo precioso el claro entendimiento.
Sin él, al hombre el tino y la salida
faltará á cada paso, á cada intento.
Beldad, riqueza, cuna distinguida,

---

(1) Valdegimena, santuario de la provincia de Salamanca, donde acuden los hidrófobos.

(2) Esta composición fué remitida á don Juan Meléndez Valdés en el año de 1811, con la siguiente carta:

«Mi estimado amigo y maestro: Con mucho gusto complazco á usted, escribiéndole francamente mi opinión sobre su situación actual.

»Es necesario que conozca usted que no es á propósito para esa corte. Tampoco lo fué usted para la de Godoy; debiera ya ha-

¿qué vale, de qué sirve, sin talento?
¿qué es el poder sin la sabiduría?
¿qué es la virtud si el juicio no la guía?
Esta verdad un sabio del Oriente
procuraba grabar en la memoria
de Corán, Gran Mogol, que atentamente
la escuchaba. Yo dudo si esta historia,
singular y admirable ciertamente,
al sabio ó al Mogol da mayor gloria.
Un sabio al gran Mogol amonestaba,
y un Gran Mogol al sabio no empalaba.
Pero de este prodigio que refiero,
hace larga mención, en su viaje,
Mandesto, un alemán y caballero,
que del Duque de Holstein fué un tiempo paje.
este del indio mundo con esmero
estudió las costumbres y el lenguaje,
y en virtud de su larga residencia,
merece alguna fe, en mi inteligencia.
El dicho autor de dicho sabio cuenta
que fué por el Mogol rajá nombrado,
título por allá de honor y renta;
mas que el sabio, no obstante, retirado
trataba de vivir, haciendo cuenta
de que en los tiempos que hemos alcanzado

---

ber escarmentado. Doce años tenía yo cuando usted me recitaba, dándome con su dedo en la mejilla:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruído! etc.

»Estos eran los principios de usted, que hubiera seguido siempre, si á mi señora doña Andrea (sabe usted que se lo he dicho á ella) no se la hubiese antojado ser *Excelencia*. Dice que nadie quiere, como ella, á su *monsiurito*. Pero no sabe quererle si no le aconseja que deje al instante destino y honores. Y con este motivo, y porque también me encarga usted procure alegrarle el ánimo, me ocurre el caso acaecido en una corte de Oriente, como usted habrá leído en los viajeros, y he de tener la osadía de enviársele en verso.

»Medite usted mi carta, y quiera á J. S.»

es mar la corte, y de privanza el viento
seguro anuncio de huracán violento.
Mandó, empero, el Mogol llamar al sabio,
cual otras, una vez á conferencia,
y éste, por evitar hacer agravio
á mil quejosos de esta preferencia,
por excusar el desplegar su labio
en asuntos de grave trascendencia,
fingióse enfermo, se metió en la cama,
y una ayuda se echó, que así se llama.
Cuando el Emperador noticia tuvo
de la dolencia y de la medicina,
después que un rato meditando estuvo,
tomó una providencia peregrina,
y que el concepto de chistosa obtuvo
en la elegante corte mogolina;
sucediendo en un viernes este paso,
que, como al punto se verá, es del caso.
Los viernes besamano extraordinario
hay de rameras; veinte mil y pico
Tavernier cuenta; ¡vaya un seminario!
á bien que el nombre del testigo indico,
que este veraz y noble lapidario,
barón en Francia y negociante rico,
desnudas dice que las vió y despacio,
haciendo habilidades en palacio (1).
«Vayan, dijo el Mogol, por orden mía,
ciento de éstas al sabio en comitiva,
y ante él hagan lo que una vez al día

(1) En la capital (dice Tavernier) se cuentan más de veinte mil mujeres públicas. No pagan contribución, pero se las obliga todos los viernes á presentarse con su rectora y música delante del balcón del monarca, para danzar en su presencia, á no ser que un eunuco las haga señal de retirarse. Estas mujeres tienen cuerpos tan flexibles, que cuando el monarca entró en Musulipatan, nueve de ellas representaron perfectamente la figura de un elefante. Cuatro figuraban las piernas, cuatro el cuerpo, y una la trompa del animal. El Emperador iba encima, sobre una especie de trono.

hago yo sin usar de lavativa;
¡funesto dón el de sabiduría,
si del dón de regir al mortal priva!
Sús, díganle que van porque contemplo
lo que en su situación mueve el ejemplo.»
¡Dulce, preciosa, amable independencia
tú inspiras, tú conduces, tú acompañas
á la virtud y verdadera ciencia!
á ti la historia debe mil hazañas
de valor, de constancia y de paciencia.
Por ti ruge una purga en las entrañas
de un sabio, en lecho de dolor postrado
y de cien prostitutas asaltado.
Ya inundan del rajá los aposentos
con disoluta risa y torpes gritos;
huellan, triscan con pasos turbulentos
ricas alfombras, vasos exquisitos.
Ni los libros respetan, ni instrumentos
científicos, ni doctos manuscritos,
y sobre ellos ¡qué horror! como en cloaca,
van ya á evacuar su comisión bellaca.
Oyó el sabio el decreto, y de rodillas
postrado, tocó el suelo con la frente;
después, vuelto á las damas que en cuclillas
le cercaban: «Cumplid, dijo, fielmente,
y haced de vuestros cuerpos maravillas,
según la letra del decreto y mente
del Gran Mogol, señor de los señores;
mas cuenta con hacer aguas menores;
»que pues la imperial munificencia
tuvo á bien omitir tal circunstancia,
no infringiréis su ley, ni la decencia,
ante un rajá encargado en su observancia;
y al indicio menor de incontinencia,
por mis eunucos, y en mi propia estancia,
cien azotes daré á cada ramera,
para ponerla sal en la mollera.»
Cual trueno en petulante locutorio,
cual hueca voz de pedagogo adusto

en aula de gramático auditorio
silencio general produce y susto,
así en el deshonesto consistorio
el comentario del decreto augusto,
que somete al rebenque sanguinario
el tornátil marfil del tafanario.
Por la primera vez se abate y calla,
avergonzada, pálida y corrida,
la canalla, á quien cerca otra canalla
de sexo y condición meretricida,
que el vapulante látigo restalla.
Á su vista la grey de mala vida
huye, y huyendo se llevó consigo
lo que vino á soltar y yo no digo.
Vuelven al trono y dan del sabio queja,
plañen, cuentan el chasco por despique;
la boca abrió el Mogol de oreja á oreja,
y á imperial carcajada soltó el dique;
y para eternizar la moraleja,
mandó que la ocurrencia se publique,
notorio haciendo así de gente en gente
lo que vale el ingenio en el Oriente.
No faltaron bracmanes, sin embargo,
que en forma silogística impugnaron
al sabio: otros tomaron á su cargo
defender las rameras, y graznaron
en un acto pedante, oscuro y largo,
ó en tafetán impreso deliraron,
y á gritos y patadas se carpían
que las aulas abajo se venían (1).
Tal bregan los carneros en la brama
cuando un ímpetu ciego los anima;
un animal en otro se encarama,
y en el lomo de aquél otro se empina;
otro aquel grupo que el furor inflama

(1) La ciudad de Benáres es la universidad de la India, donde concurren los bracmanes, que al cabo de diez ó doce años de carrera obtienen la cualidad de doctores.

tumba con testerada repentina;
y el tope que te tope menudean,
y sus frentes estúpidas humean.
Mas Corán, de argumentos enemigo,
mandó coser la boca á los doctores;
pena ordinaria y oriental castigo
que allí dan á importunos charladores (1);
y aun yo, si mogol fuese, también digo
que á más de cuatro bocas de censores
un hilván á lo menos echaría;
pero, pues no lo soy, cierro la mía.

EL PENITENTE

Ocio y almo regalo
de monástica vida,
único ya en tu especie,
gozaba un cenobita.
Los decretos del siglo,
que su regla extinguían,
en olvidado yermo
santamente eludía.
Ni del Señor, en tanto,
descuidaba la viña,
sino que cultivaba
su almáciga florida

---

(1) Los castigos ordinarios, dice el caballero Forbin, son coser la boca á los que hablan demasiado, y desgarrársela á los que no hablan bastante. Por muy ligeras faltas se cortan las piernas ó se arrancan los dientes. Es necesario que sea muy venial para no ser condenado más que á una paliza, ó á sufrir entre las uñas cañas metidas á golpe. Apenas hay señor de la corte á quien esto no haya sucedido. Sorprendido yo, continúa Forbin, pregunté á Mr. Constance (un francés favorito del Emperador) si me hallaba expuesto á semejante trato; díjome que esto no se entendía con los extranjeros, pero mentía, porque supe después que él mismo había sufrido una paliza en el anterior ministerio.

de un femenino claustro
que, al abrigo hasta el día,
del huracán mundano
en el yermo existía.
Las tiernas religiosas
su celo agradecían,
y premiar procuraban
tan místicas fatigas.
Ni el torno resonante
su giro interrumpía
de sus cóncavos senos
lanzando golosinas.
Á los fibrosos huevos
que en hilos mil se agitan,
la orbicular toronja
nevada sucedía:
á la melosa ojaldre
la cándida rosquilla,
y á las redondas tartas
las trémulas natillas.
Por botes el tabaco,
por orzas el almíbar.
A cántaros el suero,
el soconusco á libras.
Fortuna, ¡quién creyera
que el peso de tal dicha
el curso á tu voluble
rueda no detendría!
Era noche. Morfeo
tomado el cetro había
del mundo, y los mortales
su imperio obedecían.
Cual el inmundo socio
de Antón el eremita,
así roncaba el padre
y el eco repetía
la celda embovedada
en torno estremecida.
¡Ay! ¡Despierta, prelado,

pues tal vez se avecina
el San Martín funesto
de tus prósperos días!
Ya la demandadera,
en tribulada cuita,
está á tu cabecera,
del convento venida,
donde en aquel momento
la más joven novicia
hecha un ovillo queda,
cruelmente acometida
de dolores al vientre
y echando mil por vidas.
Lector, suspende el juicio
y la irónica risa
que en torno de tu labio
dibuja tu malicia.
Causa de este accidente,
como tú te imaginas,
no fué Amor, fué un ahito,
que virtud y acedía,
ni en estrados ni en claustros
contradicción implica.
Práctico el sabio monje
era en la medicina,
por afición tan sólo
y por filantropía;
de modo que las madres
por una voz decían
que con él excusaban
de médico y botica.
Yerbas mil que en manojos
de su techo pendían,
para el presente caso
machaca, pulveriza,
cuece, decanta, cuela,
bate, trasvasa, enfría,
y sobre una gaceta
que en su bufete había,

extiende cataplasma
que á la doliente envía.
La fiel demandadera,
por las puntas asida,
la lleva, cual la bula
en Carnaval publican,
y el benéfico emplasto
pone á la dolorida
sobre el circular punto
que es nudo de la vida
para la especie humana,
aunque hay sabios que privan
(y es cuestión peliaguda,
teológico-obstetricia)
de este apéndice inútil
á Adán y á su costilla.
Estaba, como he dicho,
la puchada extendida
sobre un papel impreso.
Éste al momento excita
la atención de las madres
que á la enferma asistían.
No en balde, pues de molde
allí estampado miran
un decreto que á todas
libertad concedía;
decreto que el prelado
callado las tenía,
por cuanto el gallinero
alborotar temía.
No es tan pronto el efecto
de la eléctrica chispa,
cuando por el alambre
su fuego precipita.
Cunde de celda en celda
el chisme, y se publica
del mirador al torno,
del patio á la gradilla,
del sótano á la torre,

del coro á la cocina.
La comunidad santa,
en Babel convertida,
se agolpa al noviciado,
donde, como en berlina,
la enferma, ya curada,
en pelota yacía,
so pena de obediencia,
en la actitud supina
que el volatín flexible
cuando á la araña imita,
y en la emplastada parte,
cual si fuese tablilla
de indulgencias, expuesta
al público, leían
mil ojos que dudaban
lo mismo que veían.
Allí fué el calar gafas
con que aumentar la vista,
el alargar el cuello
y alzarse de puntillas.
Se empujan, se atropellan,
se arañan, se pellizcan,
charlan, disputan, lloran,
ríen, patean, chillan.
Así en la claustral sala
dislatan y deliran
mil testas penachadas
de borla salmantina
cuando el error en ellas
estalla sus vejigas
de ergótica bambolla
y pedantismo henchidas.
Abadesa y cabildo,
la cabeza perdida,
y á pájaros el juicio
con la nueva tenían.
Ya en balde la campana,
mil veces maldecida,

los maitines anuncia
y á la oración convida.
Todo es desorden, zambra,
profanación impía,
y el adufe retumba
y el crótalo repica
do el órgano entonara
la nasal letanía.
¿Quién las varias locuras,
las extrañas manías,
las frenéticas temas
recopilar sabría,
que en aquellos cerebros
produjo la alegría?
Una da en el antojo
de recibir visitas;
los muebles de su celda,
como cortejos mira,
y entabla un galanteo
de cortesana intriga
entre las cuatro efigies
de los evangelistas.
Al uno escribe cartas,
al otro da una cita,
á quien ofrece el brazo,
á quien el ojo guiña,
y á las damas del mundo
exactamente imita.
Otra el carácter toma
de madre de familia,
y envolviendo á la gata
en lienzos y mantillas
protesta que no quiere
aguantar más nodrizas,
y en vez de mamaderas,
solideos se aplica.
Á silla de la Reina,
llevada por novicias,
cierta anciana clavaria,

histérica y tullida,
creyendo que va en coche,
por los claustros camina,
haciendo besamanos
á postes y cornisas,
y trazando los chismes
con que lograr podría
desbaratar diez bodas
y embrollar veinte amigas.
Á una lega la ocurre
entrar en la milicia
jura que es voluntario
con bigote y perilla;
las faldas se arremanga,
cuádrase, marcha, gira
canta el trágala, fuma
y hace guardia, metida
en un confesonario
como en una garita.
Mas tales sacrilegios
que la noche encubría
el prelado ignoraba
hasta ya entrado el día.
Al desayuno entonces
en paz se disponía,
limpiándose la boca
con magras de Galicia.
Entonces en su oreja
la fama el clarín fija
y de una trompetada
le sopla la noticia.
Queda escandalizado
el monje, se santigua,
y embrazando la estola
con lustral calderilla,
armado del hisopo,
marcha á la portería.
Preséntanse los vasos
de elección á su vista,

mas ¡ay, cuán diferentes
de lo que antes solían!
En balde las exorta,
en balde las predica,
en balde las conjura,
en balde las rocía.
Unas le llaman novio,
de amor le solicitan,
ó bien le piden celos
y al pelo se le tiran.
  Decrépitas y mozas,
le besan, le acarician,
le toman y le sueltan,
le acosan y fatigan.
Muchas que de escaparse
la ocasión solicitan,
juzgan ser el prelado
mular caballería
y al lomo se le suben,
le aprietan las rodillas,
á la cerviz se agarran,
los talones arriman,
y con cien alfileres
en las ancas le pinchan.
Muriera en congojosa
prolongada agonía
cual la res calidonia
cercada en la batida
ó Anteón, entregado
á la rabia canina,
ú Orfeo, á la envidiosa
venganza de las ninfas,
ó un marido á la eterna
conyugal gurrumina.
Mas á las castas siervas
sosegó la justicia,
que en orates las puso
y al prelado en Melilla.

Á UNA SEÑORA QUE ME CONSOLÓ EN MI INFORTUNIO (1) • • • • •

Aposento que asilo has dado á un triste,
jardín que con tus auras le halagabas,
fuente que en su llorar le acompañabas,
árbol que acento á sus suspiros diste,
decid á quien, de mí compadecida,
su mano me tendió piadosamente,
y el sudor ha enjugado de mi frente,
que la desgracia es siempre agradecida.

Á CECILIA (2) • EPITAFIO

Ninerva meció su cuna,
de las artes rodeada,
por ellas vivió encantada,
sin amor y sin fortuna.
Fortuna y amor también
quisiéronla hacer dichosa,
fatal juzgó el dón la diosa,
y dijo á la muerte: «Ven.»

DESCANSA EN PAZ • QUINTILLAS

Como niebla perezosa
al roble en invierno asida,
era mi vida enojosa,
hasta que alumbró mi vida
una mirada piadosa.

---

(1) «Jamás contrajo Somoza matrimonio; pero había recogido á una niña (Cecilia), huérfana de un compatriota suyo (el diputado Núñez). Le había dado esmerada educación, y la quería como á hija. Murió ésta, joven todavía, lo cual fué para él causa de gran sentimiento. Una distinguida señora se lo llevó á su casa (calle de Embajadores, núm. 22), para consolarle y distraerle. En esta ocasión le dedicó Somoza estos versos.» (*Don Sinibaldo de Mas.*—Revista Peninsular, t. II.)—*(Nota del Marqués de Valmar.)*

(2) Murió en Madrid, á 15 de Febrero de 1839. Había nacido en Piedrahita, el día 10 de Enero de 1809. Yace en el cementerio de la Puerta de Toledo, nicho 373. *(Nota del Marqués de Valmar.)*

¡Oh bendecido momento,
de cuyo pasado encanto
el dulce estremecimiento
queda, y suspiros y llanto
me dicen que vivo y siento!
Recuerdos son mi existencia,
de aquella fugaz ventura,
de aquel vivir en presencia
de discreción, de hermosura,
de virtud y de inocencia.
Recuerda el alma y admira
los ardides generosos
que el genio del bien inspira,
para tornar venturosos
cuantos desgraciados mira.
Tal vez la mansión pisando
del triste, veló el semblante,
como la luna, en guiando
al perdido caminante,
se va en nubes ocultando.
Ya, cual águila en su vuelo,
la luz arrastra, y no teme,
si el trueno estalla en el cielo,
que el fuego sus alas queme,
y el rayo la clave al suelo.
¡Ay! aquel ser destinado
á inspirar virtud y aliento
despareció antes que el hado
mi sér, mi amor y mi acento
haya hundido en lo pasado.

EN EL ÁLBUM DE DOÑA MARÍA S. DEL ACEBAL DE ARRATIA • • • •

«¡Afortunado papel,
que vas á ser hojeado
por dedos que ha suavizado
el rocío del clavel,

«mil veces te acercarás
á unos halagüeños ojos
sin que desdenes ni enojos
te nublen su luz jamás;
»ó á la boca deliciosa,
tus sílabas pronunciando,
como el céfiro sonando
entre el jazmín y la rosa;
»y estarás cerca también
de aquel seno encantador,
donde, si no late amor,
arde la fragua del bien!»

Á UNA COQUETA (1)

Eres saga parancera,
y dejan enteleridos
tus ojos paradisleros
los pájaros en los nidos.

---

(1) Somoza escribió en un momento de buen humor estas cuartetas ininteligibles. Dice en una carta á una señora, amiga suya (28 de Octubre de 1844), que las escribió «para estudiantes de Salamanca, excitándoles á estudiar nuestro Diccionario.»

Debajo de los versos escribió Somoza las siguientes líneas: «He aquí un romance en que no hay una palabra que no se halle en nuestro Diccionario. Su asunto es una *Coqueta*, y así lo entenderán todos; pero cabalmente esa voz no es castellana ni en tal sentido está en el Diccionario; es decir, que es preciso hablar francés para ser inteligible. Y es, por cierto, gran miseria, tener la casa llena de riquezas y echarse á pedir limosna.»

Nos ha parecido oportuno poner aquí una traducción de estos versos, la que, aunque no enteramente literal, basta para dar idea del sentido que aquéllos encierran:

Eras bruja cazadora,
y dejan sobrecogidos
tus ojos acechadores
los pájaros en los nidos.

El oto perchado cae
y el altanero que pasa;
que es tu balcón arañuelo,
y cetrería tu casa.
Son tus labios ababoles
de tanta noxa ocasión,
cual hoja de matarife
ó abocardado cañón.
No valen los paradigmas,
y el regate es por demás,
ni nosomántica cura
ni se da recle jamás.
Ni del burdo dallador
es tan ingrato el trabajo
cuando en calina bracea
con obrajero á destajo;
pues los que, orzando, marean
de tu inconstancia en el mar,
cual chusma á gúmena asidos
no dan tregua al salomar.

El que está en las ramas, cae,
y el de alto vuelo que pasa;
que es tu balcón red sutil,
y cetrería tu casa.
Son tus labios amapolas,
de tanto daño ocasión
cual de un matadero el hacha
ó de un trabuco el cañón.
De nada sirven ejemplos;
el escape es por demás;
remedio, ni aun por ensalmo,
y no hay respiro jamás.
Ni del rudo segador
es tan ingrato el trabajo
cuando en Agosto bracea
con mayoral á destajo;
pues los que, orzando, navegan
de tu inconstancia en el mar,
cual chusma, á maroma asidos,
bregan, gritan sin cesar.

Repartes matreramente
el perfunctorio rigor,
y en tu nefaria onomancia
mueren semaxios de amor.
Pero, anáglifo, tu pecho
de algún recoquín será,
y amante de paletoque
la pancarpia ganará.

TRADUCCIÓN DE UN FRAGMENTO DEL «ORLANDO» DE ARISTO (CANTO XVI)

Graves y muchas son de amor las penas,
de las cuales probé la mayor parte,
y á mi costa lecciones harto buenas
que aprendí, puedo dar como de un arte;
de ellas, por tanto, están mis trovas llenas,
sin que de la verdad nunca me aparte,
que si un mal grave juzgo, otro ligero,
cuenten con que mi juicio es verdadero.
Digo y dije, y diré mientras viviere
que quien se mira en digno lazo preso,
aunque el rigor de la esquivez sufriere,
aunque le abrume del desdén el peso,
aunque su bien el tiempo detuviere,
aunque el mal se prolongue con exceso,
con tal de que el objeto lo merezca,
llorar no debe, aunque de amor perezca.

Hábil y astuta, repartes
el aparente rigor,
y con tus artes malvadas,
mueren mártires de amor.
Mas, vaso tosco, tu pecho
de algún mascarón será,
y amante zafio y palurdo
la corona ganará.
(*Nota del Marqués de Valmar.*)

Llore el que vive encadenado y siervo
de halagüeño mirar ó gentileza,
en que se oculta un corazón protervo,
á perfidia inclinado y á vileza.
Huyera en vano, y cual herido ciervo,
aumenta de su llaga la crudeza,
y de sí y de su amor avergonzado,
ni osa quejarse, ni sanar le es dado.

Esto al joven Grifón le sucedía,
su error, sin enmendarse de él, miraba,
el vil é inícuo proceder veía
de Oricilia sin fe, que le burlaba;
pero su amor á su razón vencía,
el apetito al juicio dominaba.
Su dama es criminal, pérfida, infame;
fuerza es, con todo, que la busque y ame.

• EL CUENTO QUE AL REY DE ARGEL CONTÓ UN MESONERO DE FRANCIA •

OCTAVAS IMITANDO LAS DE ARIOSTO (1)

Bellas damas y nobles caballeros
que á las damas amáis, por gracia os pido
que no á calumniadores ni embusteros
contra el honor del sexo deis oído.
Nunca en la lengua vil de hombres groseros
vuestro decoro respetado ha sido,
que el ignorante vulgo habla y se ofende
y murmura de aquello que no entiende.

Pase en blanco este cuento el que quisiere
y el que tenga en leerle complacencia
hágalo, mas no crédito le diere;
que yo, si beneplácito y licencia
el auditorio darme á bien tuviere,
diré de qué manera en la presencia
del incógnito moro caballero
dió principio á su cuento el hostelero.

(1) Canto XXVIII del *Orlando Furioso. (Nota del Editor.)*

Astolfo, que fué rey de Lombardía
luego que entró su hermano en un convento,
era de tal belleza y gallardía
cual no hay ejemplo ni encarecimiento;
ni á pintarle más bello acertaría
el pincel del pintor de más talento.
Mucha, en efecto, su hermosura fuera,
pero su presunción aún mayor era.

Entre los cortesanos, muy honrado
estaba por el Rey un gentilhombre
que en Roma fué nacido y educado
y Fausto de Latini era su nombre.
A este tal fuele un día preguntado
por el Rey, si creía hubiese un hombre
que superior le fuese en la belleza;
Fausto que sí le dijo con franqueza.

Pero el Rey, imposible suponiendo
cosa tal, exigió que le dijese
quién era hombre tan bello, y añadiendo
le presentase si posible fuese.
A lo cual Fausto respondió diciendo:
que era su hermano, y que si el Rey le viese,
se diera por vencido, mas tenía
por cierto que á la corte no vendría.

Insistió el Rey en que á buscarle fuera
y Fausto partió á Roma. Allí habitaba
Yocondo, que éste el nombre del tal era;
recién casado en Roma el tal se hallaba,
y como enamorado aún estuviera
de su mujer, por esto sospechaba
su hermano Fausto no poder sacarle
de casa, ni en la corte presentarle.

En efecto, le fué dificultoso
reducirle, y lo fué más todavía
obtener de la esposa el doloroso

consentimiento; al fin se fijó el día
de la marcha; mas antes fué forzoso
jurar que ausencia tal no duraría
sino dos meses, plazo indispensable
y á juicio de ella y de él, interminable.

Del cuello se quitó la triste esposa
una preciosa cruz, que un peregrino
trajo, y era reliquia milagrosa,
la cual para memoria en el camino
dió al esposo, abrazándole llorosa
y lamentando su fatal destino.
Tal fué su último adiós, tal su despecho
la última noche y en el nupcial lecho.

Partió Yocondo al despuntar el día;
pero á la media legua de jornada
ve con asombro que olvidado había
la cruz dichosa por la esposa dada,
que la noche anterior, mientras dormía.
puesto hubiera debajo de la almohada
y teme que á desprecio atribuido
será por su mujer este descuido.

Vuelto, pues, á su hermano de repente,
no me esperes, le dice, ve adelante;
volver á Roma indispensablemente
necesito, es asunto interesante
que no puede evacuarse por agente,
pero seré contigo en un instante.
Dijo, y parte á galope, llega á casa,
se apea, sube y á su cuarto pasa.

A su esposa en su lecho ve dormida
y dormido un mancebo ve á su lado,
persona de Yocondo conocida
para afrenta mayor, que era un criado.
Pensó en quitarles á los dos la vida;
mas teníale amor en tal estado

que porque la mujer no se asustase,
calla, les echa la cortina y vase.

Volvió á juntarse con su hermano en breve
mas él y los criados conocieron
que algún pesar el ánimo conmueve
de Yocondo, tan pálido lo vieron.
Mas nadie á preguntárselo se atreve.
Ser penas amorosas supusieron;
mas cuál fuese la pena y de qué clase
no era fácil que nadie adivinase.

Yocondo taciturno y cejijunto
camina; el apetito huye y el sueño.
De cabilar no ceja ora ni punto,
por más que en conseguirlo forma empeño:
y cuanto da más vueltas al asunto
más es su palidez, más es su ceño;
más cada día enferma y enflaquece,
que ya el bello Yocondo no parece.

Los halagüeños ojos se han hundido,
la perfecta naríz se ha prolongado;
su morbidez y formas han perdido
las facciones del rostro descarnado,
y su hermano, que al Rey ha prometido
el joven en beldad más consumado,
una figura ofrecerá que aún sea
entre las de la corte la mas fea.

Al Rey previno anticipadamente
Fausto del triste estado y la dolencia
en que Yocondo desgraciadamente
se hallaba, y la real munificencia
determinó, en obsequio del doliente,
que haciéndosele honor y reverencia
en su propio palacio le alojasen
y como á su persona le tratasen.

El Rey en su salud se interesaba,
porque á su insinuación venido hubiera
y más cuando el disgusto no le daba
de ver que en hermosura le excediera.
Y tanto más afecto le cobraba
cuanto mejor sus prendas conociera;
pero todo el favor de la privanza
ni á divertirle ni á curarle alcanza.

Entregado á mortal melancolía,
y en un rincón oscuro de su estancia
retirado las horas que podía,
lloraba su desdicha y malandanza
hasta que el tiempo y el acaso un día,
por la más impensada extravagancia
lograron disipar ¡quien lo creyera!
el mal que ya incurable pareciera.

Vió en el muro del cuarto una hendidura
que al gabinete de la Reina daba
y por allí la real sacra hermosura,
que abrazada con un enano estaba;
y vió que la ridícula figura
que con su majestad alli luchaba,
tanta destreza en el luchar tenía
que á la Reina debajo puesto había.

Quedó Yocondo atónito y pasmado
creyendo ser un sueño lo que viera;
pero de ser verdad asegurado
para consigo mismo así dijera:
¿es posible que á un monstruo haya entregado
su afecto la que augusta esposa fuera
del Rey de más poder, de más belleza
y de más discreción? ¡ay que rareza!

Hallaba, comparando y discurriendo,
el error de su esposa disculpable,
por ser éste, según estaba viendo,

fragilidad del sexo irremediable,
y pues con solo un hombre estar viviendo
á ninguna mujer le fuera dable,
la mujer suya, en fin, si le ofendía,
con un jimio la ofensa no le hacía.

Consiguió de este modo consolarse;
transformó en risa el llanto, el ceño en gozo;
llegó á restablecerse y hermosearse;
más agraciado fué, fùé mejor mozo
y el Rey que no acababa de admirarse,
saber quiso la causa; él sin rebozo
se la dice, habiendo antes exigido
jurar no darse el Rey por entendido.

Más, ¿qué debo de hacer? ¿qué me aconsejas?
dijo el Rey á Yocondo suspirando;
ya que tomar venganza no me dejas.
Señor, le dijo el tal: que abandonando
nuestras malas mujeres, sin más quejas
vayamos á ver mundo, y que probando
las agenas, desquite nos den otros
de lo que ellas han hecho con nosotros.

Pareció bien al Rey el pensamiento
y enseguida por obra le pusieron,
de las demás logrando acogimiento
por cuantas tierras y regiones fueron.
Eran mozos y hermosos, y sin cuento
buenas fortunas á cual más tuvieron,
á sus ruegos las más no se negaban
y hubo muchas también que les rogaban.

El Rey, en fin, de enamorar cansado,
á Yocondo propuso otro proyecto.
Sobradamente, dijo, hemos probado
lo que son las mujeres en efecto;
más cómodo será, más acertado,
poner los dos en una nuestro afecto

pues ninguna con uno se contenta,
ser socios uno de otro es mejor cuenta.

Una, sin que las fuerzas apuremos,
cuando lo tenga á bien naturaleza
en buena paz y unión los dos gocemos
y pues vemos del sexo la flaqueza,
sus infidelidades evitemos,
su volubilidad, su ligereza,
que tal vez las mujeres fieles fueran
si en lugar de un marido, dos tuvieran.

De Yocondo el partido fué aceptado,
y hallándose en España, y en Valencia
pudieron realizar lo proyectado
con toda brevedad y conveniencia.
El objeto á sus miras adecuado
fué una muchacha de gentil presencia
de poca edad y en humildad criada
hija del huésped que les dió posada.

Que el padre la cediese consiguieron
mediante algún dinero que le dieran;
de allí luego con ella se partieron
y á caminar por toda España fueran,
pues detenidamente ver quisieron
las ciudades que más lo merecieran
y el día que su marcha comenzaron
desde Valencia á Játiva llegaron.

A una posada fueron á apearse
y cuando un rato hubieron descansado,
salieron por el pueblo á pasearse
los dos, habiendo en el mesón dejado
la muchacha, que en él quiso quedarse.
Conocido la había ya un criado
que al padre de ella habiendo antes servido
galan suyo antes fué y favorecido.

Preguntóla el por qué y con quién venía
y ella al punto del caso le dió cuenta,
¡Ay de mí! dijo el mozo, que creía
que de mi estado y de mi amor contenta
hubieras con el tiempo de ser mía!
De mesón en mesón, de venta en venta,
serví para ganar con que pudiese
casarme y á tu padre te pidiese.

A tal reconvención, ella que es tarde
le responde, los hombros encogiendo,
y que no es culpa suya que él aguarde
á solicitar hoy, tiempo no siendo.
Tiempo es de que palabra y fe se guarde,
replica el mozo, lágrimas vertiendo,
y si amor y piedad de mí tuvieras
aún era tiempo que feliz me hicieras.

La imposibilidad é inconvenientes
intenta ella mostrarle y que observada
estaba todo el día entre sirvientes,
de noche entre dos amos acostada;
más él, á estas razones convincentes
la llama ingrata, cruel y desalmada,
y la cuitada, en fin, palabra dando,
por compasión le indica el cómo y cuando.

Media noche era ya (y era verano)
cuando en un lecho habiéndose acostado
el favorito ya y el soberano
en medio á la muchacha han colocado;
y ánimo haciendo de partir temprano,
la luz para dormir han apagado.
El momento aplazado entonces era
para que el mozo á ser feliz viniera.

Viene y la puerta impele blandamente;
entra, y con ambas manos tanteando,
camina por la estancia lentamente,
con prolongados pasos asentando

las plantas de los pies únicamente
y el extremo del lecho al fin hallando,
por entre los dos pies va de su amante
trepando, asido de ella, hacia adelante.

Cuando á su gusto colocado estuvo,
bien el Rey y Yocondo le sintieron;
mas ni el uno ni el otro duda tuvo
que el compañero fuese y se encogieron
y silencio por parte de ambos hubo
y ambos del otro lado se volvieron,
pues ni aun por el espacio se infería
que un cuarto huésped en la cama había.

Hasta el amanecer duró la fiesta
y el mozo se volvió por donde vino.
El Rey, que jamás noche igual á esta
tenido hubiera, así le reconvino
á Yocondo, con fisga manifiesta:
hermano, andado habéis mucho camino;
pensad en descansar de la jornada
más bien que en que hoy dejemos la posada.

Vos me decís lo que á deciros iba,
le responde Yocondo incomodado;
si el ser vuestro vasallo así me priva
del derecho á la ley que habéis jurado,
ley en que nuestro mutuo pacto estriba,
bien pudiérais habérmelo avisado
diciéndome: esta noche, compañero,
yo sólo festejar la mujer quiero.

Picado el Rey de tales expresiones,
replica en tono no menos vehemente;
en fin, que de razones en razones
y á punto de romper abiertamente,
dijo el Rey: evitemos desazones
y diga ella quién fué sinceramente,
y ella, que juzgó el fallo averiguado,
humildemente confesó el pecado.

Uno y otro á la cara se miraron,
labios frunciendo y cejas arqueando,
de la astuta invención se santiguaron;
después entrambos á la vez soltando
carcajadas de risa, se tiraron
en el lecho, el aliento no alcanzando
y sin cerrar la boca se estuvieron
hasta que los hijares les dolieron.

Con este desengaño convencidos,
seguir en su designio no quisieron,
conformes con la suerte de maridos,
á buscar sus mujeres se volvieron;
de ser todas iguales persuadidos,
la buena valenciana despidieron,
y antes honradamente fué dotada
y con el mozo del mesón casada.

Así dió fin el huésped á su cuento,
pero un señor de edad que le escuchaba,
con gravedad le desmintió al momento,
y añadió, que según él opinaba,
no hay de infidelidad un hombre exento,
y en el hombre mayor delito hallaba,
pues rara vez el hombre era rogado,
como son las mujeres, ni apremiado.

Y que una ley hiciera si mandara
para que á la mujer que adulterase
únicamente se la castigara
si al marido adulterio no probase,
y que no infamia en ella resultara
de lo que en él por chiste se alabase;
dijera más si el moro, ya cansado,
no hubiera á este señor callar mandado.

LA MINUTA DE COMEDIA, ESCRITA PARA LEERSE, NO PARA REPRESENTARSE •

PERSONAS

DOÑA PRÁXEDES, *viuda.*
DOÑA PEPITA, *su sobrina.*
DON SERAFÍN, *primo de ésta.*
DON PEDRO DE CARVAJAL.
DON JUAN DE CARVAJAL, *su sobrino, militar.*
UNA CRIADA.

La escena es en una ciudad de Castilla.—Salón corto.

Doña Práxedes aparece sentada á una mesa con muchos papeles. Don Serafín, su sobrino, estará á su lado en pie, sosteniendo en la mano un mapa mundi.

D.ª PRÁXEDES. Atrasadísimos son
de América los papeles,
y escasas y poco fieles
las noticias de Cantón.
Los periódicos del Rhin
nada dicen de importancia,
ni de Londres, ni de Francia,
ni de Austria, ni de Berlín.
Correo insignificante,
que no ayuda á despejar
la incógnita singular
de esta crisis importante;
si bien confirmado veo
por cartas y por impresos
mi cálculo en los sucesos
del continente europeo.

Dame el compás; mediré
las marchas que han de emplear
los panduros para dar
la acción que pronostiqué.

(*Entra* doña Pepita.)

D.ª PEPITA. Tía, en la ropa de mesa
que á la lavandera doy,
¿se ha de apuntar la de hoy?

D.ª PRÁXEDES. Mujer, ¿qué embajada es esa?
¡Cuando me ves ocupada
en leer la correspondencia
vienes con impertinencia
tan necia y tan excusada!
Más te valiera en verdad
haberte acercado á ver
la cosa pública, y ser
útil á la sociedad.
Pero para quien no toma
interés por el Estado,
tratar de él es excusado
y la política es broma.
Pues mira, la lavandera
que espere, y tú estate aquí.

(*Entra* D. Juan.)

D. JUAN. Felices, señoras: vi
al cartero en la escalera,
y subo con una sed
hidrópica de noticias,
que hoy deben de ser propicias
ó yo mal sastre: leed.

D.ª PRÁXEDES. Déjeme usted, porque estoy
disgustada hasta no más.

D. JUAM. ¿Se os vuelve la Holanda atrás?
¡Fuera chasco, como soy!

D.ª PRÁXEDES. Ni aun me tocan el asunto.
¿A usted algo no le apuntan
de si las Dietas se juntan
y el contingente está á punto?
¿Del sanedrín general,

del veto en Ingalaterra,
del presupuesto de guerra,
ó sistema federal?
¿De mil negocios, por Dios,
que hay aquí que amalgamar?

D. JUAN. ¿Se va usted á acalorar
para que le dé la tos?
¿Para cuándo es la prudencia
que la ha dado á usted el cielo?
Tienda el misterioso velo
la diplomática ciencia;
se ocultará inútilmente
á ese ojo penetrador,
á ese tacto superior,
á ese estadístico lente.

D.ª PRÁXEDES. Eso es otra cosa; yo
puedo decir con razón,
que en nuestra revolución
ni un cálculo me falló.
Mi marido, que Dios haya,
por ellos se dirigiera
hasta hoy, si no le barriera
un cañonazo en la raya.

D. JUAN. Sí por cierto; el que esté en gloria
pagó el pato; en un gran plan
mil pormenores no van;
y usted es como la historia.
Cuando yo reconocí
las faldas de Santa Elena,
ni alcé el plano en luna llena
ni el reducto en cola vi,
ni fué posible evitar
el piróscafo perder (1)
y dí gracias de poder
en una tabla escapar.

D. SERAFÍN. ¿Los piróscafos no son
como una silla curul?

---

(1) *Piróscafo*, barco de vapor.

¿O á manera de un baul
sin tapa ó de un carretón?

D.ª PRÁXEDES. A lo menos este chico
aclimatándose va;
atiende, pregunta ya
lo que ignora, y pronostico,
aunque sea vanidad,
que el tiempo que esté á mi lado
no ha de ser peor empleado
que en una universidad.

D. JUAN. Eso afirmarlo podéis
sin que hipérbole se crea.

D.ª PRÁXEDES. No espero que como él sea
su prima, la que aquí veis.
(Como de casa es usted,
hablo con toda confianza),
tengo muy poca esperanza
en esta sobrina: ved
ese continuo callar
tan obstinado y constante,
su charla insignificante
si se la precisa á hablar.
Señor, que las rentas cobra...
que lleva la casa y cuenta...
que al clave ó labor se sienta
en el tiempo que la sobra...
Pero en fin, ¿es esto todo?
Usted debe conocer,
que hoy no brilla una mujer
de circunstancias y modo,
sino cuando se la ve
en la mano la *Gaceta;*
cuando atinada y discreta
comenta, explica y prevé.
Ayer tarde... ¡qué paciencia
no tuve yo que tener
mientras la obligué á leer
La Crónica en mi presencia!
Pues cuando se la enmendó

porque *Castelric* dijera
donde *Castlereagh* viera,
¿sabéis lo que respondió?
«Para los aficionados
la salsa es indiferente,
y á huéspedes de buen diente
no hay que variar los guisados.»
Pero has de considerar,
hija mía, yo soy clara,
que en el palmito de cara
no te tienes que fíar.
Eres huérfana y sin bienes:
si no te haces acreedora
á mi cariño, desde ahora
te abandono y nada tienes.

D.ª PEPITA. Seré como la que más
falta de juicio y talento;
pero de agradecimiento
para con usted, jamás.

D.ª PRÁXEDES. Eso creo yo también.
Vamos; ¿á qué es ese llanto?
Yo no lo digo por tanto,
dígalo á fe por tu bien.
Sal, y en el despacho ponme
el pupitre con cuidado;
tú, Serafín, el recado
de escribir vete y disponme,
que aún hoy plumada no he dado
siendo las nueve del día,
y aun sin firmar todavía
tengo el correo pasado.

(Vanse los dos sobrinos.)

Señor don Juan, esta chica
va á hacer un buen casamiento;
espero á cada momento,
según carta que lo indica,
de la corte un caballero;
la pide para un menor
de una familia de honor,

joven y rico heredero.
Yo apetezco colocarla;
mas tan sin formar está,
que á mí vergüenza me da
el tener que presentarla.
¿Podréis, don Juan, convenceros
de que veinte años cumplió?
¡Ya explicaba á su edad yo,
la «Guía de forasteros»!

D. JUAN. El nombre del pretendiente
decid, por si es conocido.

D. PRÁXEDES. Viene ella; por entendido
no os deis, que no es conveniente.

(Vase Doña Práxedes, *y entra la sobrina.)*

D. JUAN. En nombre de nuestro amor
que está expuesto á una desgracia,
Pepita, os pido una gracia
leve, un ligero favor.
Es preciso, indispensable,
que os finjáis necia, parlera,
pedantona, novelera,
fastidiosa, intolerable.

D.ª PEPITA. ¿Y á qué fin esa ficción?
Basta, don Juan, lo fingido,
y el haberos consentido
fingir nombre y profesión.
Basta el estar tolerando
que esta casa frecuentéis,
y al dueño de ella engañéis
sus caprichos adulando.
Si al amor dais por disculpa
desta ficción indecente,
no quiero por consiguiente
ser cómplice de esta culpa,
ni que me comprometáis
de embolismo en embolismo,
pudiendo decir hoy mismo
á mi tía si me amáis:
«Señora, edecan no soy

de Ipsilanti en la Morea,
ni de Abbas Mirza albacea,
ni al Divan con pliegos voy;
soy don Juan de Carvajal,
capitán que en la campaña
fué, y al servicio de España,
prisionero en Portugal;
mis padres han muerto, y vengo
con el fin de recoger
su herencia, y á conocer
á un tío que en Madrid tengo.
Si este tío, mi tutor,
que es don Pedro Carvajal,
que ha cuidado mi caudal,
que es caballero de honor,
me da su consentimiento,
y usted, señora, permite,
que la mano solicite
de su sobrina, esto intento.»
En suma, señor don Juan,
la que améis para mujer
el honor os debe hacer
de hallar indigno otro plan.

D. Juan. Usted es únicamente
quien condenar no debiera
con sentencia tan severa
una ficción inocente,
usted que sabe que llego
al pueblo, y porque la veo
casualmente en un paseo,
siento el campo desde luego,
una marcha suspendiendo
que tanto me importa hacer
para darme á conocer
al tío de quien dependo
que no me ha visto jamás,
(pues yo en Madrid no he nacido);
pero á quien tanto he debido
como á mis padres ó más;

que á la posada de enfrente
por hablar á usted me vengo
y que la fortuna tengo
de entrar aquí finalmente;
que á echarla de noticiero
me fuerza el primo y la tía,
que me obligan noche y día
á ensanchar su tragadero.
¿Qué culpa tengo yo, pues,
de que sea necesario
que se finja visionario
el que aquí ponga los pies?
Compadeced mis martirios,
ya que vengo á tolerar,
los ergos del escolar
y de tía los delirios.
Desde la primera vez
que miro á usted, que la entrego
mi voluntad, que me ciego,
que me endiablo por usted,
debieran hallar favor
en usted mis disparates,
mis ficciones, mis dislates,
como ofrendas al amor;
al amor, que en este día
va un rival á destruir,
porque está para venir,
según me ha dicho la tía...

D.ª PEPITA. Saber ridiculizar...
D. JUAN. Llegará en este momento.
D.ª PEPITA. Es indicio de talento...
D. JUAN. Lo acabo de averiguar.
D.ª PEPITA. Pero abusan de él las gentes...
D. JUAN. ¡Escúcheme usted, por Cristo!...
D.ª PEPITA. Y en usted no está bien visto
hablar mal de mis parientes.
D. JUAN. Diga usted... ¡me desespero!
¿La van á usted á casar

por fuerza? Me voy á ahorcar...
y otro morirá primero.

(*Entra la* criada.)

CRIADA. Está un forastero aquí
que pregunta por el ama;
no dice cómo se llama,
pero que es de Madrid, sí.

D.ª PEPITA. Dile que pase adelante.

D. JUAN. Ya está el suegro al casamiento.

D.ª PEPITA. ¿Sin dar yo el consentimiento?

D. JUAN. Le dará usted al instante:
tía se le exigirá
con lágrimas, con razones,
á gritos, á bofetones,
y usted la obedecerá.
Si usted quisiera seguir
el consejo que la daba,
sin desazón se lograba
al buen señor despedir.
Si una de las educandas
de doña Práxedes viera
él en usted, prefiriera
ver su pupilo en las andas.
Desistiera, en fin, no obstante
la favorable influencia
de esa angélica presencia,
de ese encantador semblante.

(*Entra* D. Pedro.)

D. PEDRO. Con el permiso de ustedes...
Perdón por el traje y hora
en que busco á mi señora,
su tía doña Praxedes;
pues supongo, señorita,
que á su sobrina me ofrezco.

D.ª PEPITA. Sí, señor; y yo agradezco
el honor de esta visita.

D. PEDRO. Tomar asiento al brasero
usted me permitirá,
que el tiempo de hielo está,

D. JUAN. Bajó el termómetro á cero.
D. PEDRO. Aun tanto no he reparado;
pero puedo asegurar
que he conseguido atrapar
un valiente resfriado.
D. JUAN. Con gran peligro hoy se debe
por Guadarrama venir.
D. PEDRO. Le tuve ayer que subir
con buena manta de nieve.
D.ª PEPITA. Debiera allí una sección
de cosmógrafos celosos,
dar corolarios curiosos
de su conmesuración.
D. PEDRO. Fresca la sección quedara
en la ventisca de ayer,
y el corolario, á mi ver,
de la eternidad hallara.
D.ª PEPITA. Quien, como don Jorge Juan,
ama las ciencias, ni aun siente
ir á dar diente con diente
de Pichincha en el volcán.
D. JUAN. Cuente usted, amigo mío,
que el buen Jerez y la ciencia
así templa la influencia
del calor como del frío.
D. PEDRO. Ni yo á usted ni á esta señora
contradeciré una coma,
aunque la ley de Mahoma
me prediquen desde ahora.
D.ª PEPITA. Pues Mahoma dijo usted,
¿qué se sabe de la Puerta?
¿Su declaración es cierta
contra el Monarca de Fez?
Supónese inevitable
por los de mejor nariz,
y aun de la Arabia Feliz
se habla en tono lamentable;
que están muy acaloradas
las cabezas fihelenas

sobre la plaza de Atenas,
dándose de testeradas.
¡Pero lo que he dicho yo!...
¿Qué significa, señor,
esa pelliza de honor
que al de Egipto se le dió?

D. PEDRO. Pues yo fuerzas suficientes
no tengo para sacar
á usted del paso, y templar
las cabezas de esas gentes;
y así á retirarme voy,
con la licencia de ustedes;
pues para doña Praxedes
es día ocupado hoy.

D.ª PEPITA. No, que la voy á llamar.

(*Vase* Doña Pepita.)

D. PEDRO. No por cierto... ¡qué bobada!
mi asunto no importa nada,
ni merece incomodar.

D. JUAN. ¿Ha visto usted? ¡Qué portento!
¡Qué consumada instrucción!
¡Qué expedita explicación!
¡Qué precoz entendimiento!
Mi lengua jamás adula,
y digo á no poder más,
que esta niña deja atrás
los Picos de Mirandula.

D. PEDRO. No hay duda, estoy aturdido;
sorprendido me ha dejado,
y un concepto bien errado
de sus prendas he tenido.

D. JUAN. Pues en oyendo á las dos,
va usted á ver que la tía
es más locuaz todavía.

D. PEDRO. ¡Misericordia de Dios!

(*Entra* doña Práxedes *tomando un caldo*; *trae alzados los anteojos sobre las cejas: entre la oreja una pluma, y la sigue su sobrina.*)

D.ª PRÁXEDES. Ustedes perdonarán:
estaba numerotando
y los paquetes cerrando
de Esmirna que á salir van;
y era el momento cabal
que el caldo á tomar venía,
mi alimento único en día
de correo general.

D. PEDRO. ¿Usted se quiere matar?

D.ª PRÁXEDES. Y aun no es bastante, señor:
aun es amenazador
el aspecto de Ultramar;
aun las cábalas del Norte
muestran un ceño siniestro
en el horizonte nuestro;
ustedes sí que en la corte,
estarán de datos llenos.

D. PEDRO. Los que el cargo tengan, sí;
mas no me matan á mí
nunca cuidados agenos.

D.ª PRÁXEDES. ¿Por qué agenos han de ser?
Ved aquí lo que me irrita,
lo que me exalta y me excita
sin poderme contener.

D. PEDRO. El amar la patria es prenda
propia del hombre de honor;
y aun conviene que ese amor
á la humanidad comprenda;
pero las buenas acciones
lo deben de comprobar,
no el subirse á declamar
sobre los guardacantones;
no, en fin, tomar por empleo
adivinar y zurcir,
despachar y recibir
gazapas por el correo.
Los negocios familiares
exigen mucha atención,

ni prospera una nación
sin gobierno en los hogares.

D.ª PRÁXEDES. Así es como el egoismo
disfrazando su existencia,
con máscara de prudencia
nos conducirá al abismo.
Pero no permita el cielo
que á mi sobrina del alma
toque un hombre de tal calma,
sin opiniones ni celo.

D. JUAN. Alma grande, pura y neta,
tu gloria será inmortal
en el juicio universal,
y yo seré la trompeta.

(*Vase* D. Juan.)

D.ª PRÁXEDES. Ese es un mozo completo
y en mil negocios cocido,
que en Tonquín ha establecido
telégrafo y lazareto.
Fué internuncio en Basilea,
de allí al Cáucaso pasó
donde patines corrió
con el gran Kan de Crimea.
Naufragó sobre las rocas
de Tongatavo, en Brabante,
conoció al judío errante,
y entró del Nilo en las bocas;
con él comerá usted hoy.

D. PEDRO. Señora, no puede ser.

D.ª PRÁXEDES. ¿Y por qué no ha de poder?

D. PEDRO. Porque hoy á Madrid me voy.

D.ª PRÁXEDES. Antes tenemos que hablar.
Ve á dar una vuelta, Pepa.

(*Vase* doña Pepita.)

Para que ella nada sepa
no he querido á usted nombrar;
pero si no juzgo mal
creo que tengo el honor
de estar hablando al señor

don Pedro de Carvajal;
y omito por excusados
los cumplimientos... la chica
la vió usted... ser ó no rica-
con cuarenta mil ducados,
es cuestión de nombre... yo
con dicho caudal dotada
la entrego, si colocada
va á mi gusto; y si no, no.
Por mi parte necesito
que usted mencione el caudal
del don Juan de Carvajal,
su querido sobrinito.
Estas piedras angulares
son las que se han de asentar
para sobre ellas pasar
á fijar preliminares;
quedando á la discreción
de los novios contratantes,
que han de verse y tratarse antes,
el dar ó no la sanción.

D. PEDRO. Ya se ve... usted dice bien...
pero á mí... se me ocurría...
que suspenderse podría
el preliminar también.
El muchacho en Francia está:
de un día á otro va á venir
según me envía á decir;
¡quién sabe cómo vendrá!
¡si allá se habrá apicarado!
¡si será algún calavera,
disipador y tronera,
que tal vez haya enfermado!

D.ª PRÁXEDES. A esas tergiversaciones
(que ruptura no supongo)
un *ultimatum* propongo
para obviar las discusiones.

(Entra don Serafín *dando gritos y caminando de espaldas, mirando á la puerta, como que riñe con alguien de afuera.)*

D. SERAFÍN. Enhoramala marchad:
veros en casa no quiero.
D.ª PRÁXEDES. Saluda á este caballero.
D. SERAFÍN. Conozca su incongruidad.
D.ª PRÁXEDES. Cumple con este señor.
D. SERAFÍN. ¡Ariete de impertinencia!
D.ª PRÁXEDES. ¿Mas con quien es la pendencia?
D. SERAFÍN. ¡Catapulta del error!
Vuestra inepcia confesando,
silogístico infeliz,
per plateas et vicos id!
la palinodia cantando.
¡Quererme el sandio negar
de que el *Máscara de hierro*
fué sacado del encierro
la víspera del Pilar!
¡Y que la ruleta de hoy
no fué juego consular!
pero tras él á buscar
las efemérides voy.
(*Vase* don Serafin.)
D.ª PRÁXEDES. ¡Chico!... muchacho!... sobrino!...
Con el pasante vocea,
y corro tras él, no sea
se cometa un desatino.
(*Vase* doña Práxedes.)
D. PEDRO. Señor: yo estoy en orates,
¡busqué linda coveniencia
á mi sobrino en su ausencia!
¡Qué gentes! ¡qué disparates!
(*Entra* don Juan.)
D. JUAN. Amigo, estalló la guerra;
el Norte arma; el Occidente
bufa; reniega el Oriente,
y el Simplón las fauces cierra.
D. PEDRO. Por las llagas de Jesús
déjeme usted ir de aquí.
(*Vase* don Pedro.)
D. JUAN. Oiga usted cómo el Muftí
se convirtió en Emaus...

Ya está en la calle: ¡cuál va!
hasta el puente de Segovia
no para; ni á buscar novia
vuelve el hombre á salir ya.
Esta treta salió bien;
muy bien esforzó la idea
Pepita; bendita sea
por siempre jamás amén.
Si escrupulizó algún tanto
fué hasta saber que el pecado
iba á serla perdonado
por el matrimonio santo.
Y era forzosa la liga
contra un enemigo tal.
No tiene la vida sal
sin un poquito de intriga.

(*Entra* don Serafín.)

D. SERAFÍN. No he podido en todo el día
verle á usted solo, y hablar
de si me puedo casar
sin licencia de mi tía.

D. JUAN. Por la edad bien puede usted;
pero será muy mal hecho.

D. SERAFÍN. Es que estoy ya satisfecho
de aguantar á su merced.
Siempre me está regañando,
como á un niño de la escuela;
como con una tachuela
me está siempre sujetando;
ni aun me deja sosegar
después de estar en la cama;
á todas horas me llama;
siempre tiene que mandar.
«Serafín, la ratonera
cayó, mira la tablilla;
Serafín, la lamparilla
apesta, sácala fuera.
¡Ay! que por el cielo raso
va una araña, Serafín,»

y debe saber al fin
que ya de chiquillo paso.

D. JUAN. La querida, por supuesto,
consiente en el matrimonio.

D. SERAFÍN. ¡Toma! pues si es el demonio,
Y ella es quien me mete en esto.
Desde antes de vacaciones
palabra nos hemos dado
y después la he dedicado
mas de cuatro conclusiones.
Le voy á usted á leer
esta misiva amatoria
que la dí cuando la historia
del grado de Bachiller.

(Lee.) «Costumbre fué (aquí el anagrama) del igneo paganismo el ofrecer sus vidas los esclavos en el anfiteatro de las fieras para congratular á sus tiranos, y yo al símil de aquéllos me presento en el circo de doctores para captar benevolencias tuyas. ¡Ojalá esa crueldad tirana mía, como la de un Nerón entre los gladiadores, se dignase perseguirme en la arena, desnuda, á la manera del *retiarius!* Mas ¡ay! que ya, homicida, has echado la red de tu hermosura sin decir *piscem peto* á este tu mirmilón, amante y capellán que tu pie besa.»

D. JUAN. A eso no hay fuerzas humanas,
amigo, en una mujer,
sopena de no saber
antigüedades romanas.

D. SERAFÍN. Y ella que es lista y ladina
lo mismo que una centella,
como que me metió ella
en la boda clandestina,
y al cabo me echó la red...
como es moza de provecho,
y habitamos bajo un techo...

D. JUAN. ¿Conque es su prima de usted?

D. SERAFÍN. Ya eso es mucho averiguar;
el pecado al confesor

se dice, y del pecador
el nombre se ha de callar.
(*Vase* don Serafín.)

D. JUAN. ¡Qué iniquidad y que horror!
¡Estarle á él solicitando,
y á mí falsas muestras dando
de modestia y de candor!
(*Entra* doña Pepita.)

D.ª PEPITA. Don Juan, ¿está usted contento?
¿A darle gusto he acertado?
He mentido y engañado
con todo envilecimiento?
¿He logrado parecer
á ese anciano respetable,
en tal grado despreciable
como lo debo de ser?

D. JUAN. ¡Despreciable!... sí, en verdad;
pero es ya más que insultarme
el venir usted á hablarme
cuando sé su falsedad.

D.ª PEPITA. ¡Hombre! ¿está usted en su juicio?
¿Ese insulto, ese mirar
es el premio que esperar
debo de mi sacrificio?

D. JUAN. Es el premio merecido;
no hable usted nunca á don Juan,
y busque al orangután
por quien usted me ha vendido.
(*Vase* don Juan; *entra* doña Práxedes.)

D.ª PRÁXEDES. Niña, ¡dos noticias buenas!
Pero, ¡estás toda inmutada!
¡trémula y acongojada!...
Ni oye ni respira apenas...
¡Serafín!,.. ¡Chicas!... ¿No hay gente
(*Entran* don Serafín *y la* criada.)
que á don Juan vaya á buscar
que sabe magnetizar?..
¡Y es nervioso el accidente!...

D. SERAFÍN. Dos clases de magnetismo
hemos de diferenciar.

D.ª PRÁXEDES. Buena hora es de disertar;
corre á buscarle tú mismo.
D. SERAFÍN. El que llaman animal...
D.ª PRÁXEDES. Este eres tú, por supuesto.
D. SERAFÍN. Y en la virtud está puesto
de individuo tal ó cual.
Mas los magnéticos polos...
D.ª PRÁXEDES. ¡Pelmazo! ¿quieres callar?
D. SERAFÍN. De la semicircular...
D.ª PRÁXEDES. ¡Maldito! déjanos solos.
D. SERAFÍN. Son astas (1) que yo sabré
adaptar á la doliente
sin auxilio de otro agente
quod erat probandum, ¿eh?
D.ª PRÁXEDES. ¿Cómo estás, querida mía?
dame el brazo y vente á echar
un rato: esto es por andar
en ayunas todo el día.
(Vanse tía y sobrina.)
D. SERAFÍN. Chica, ya he averiguado
que si alguna vez queremos
casarnos los dos, podemos.
LA CRIADA. ¿No hay más que eso adelantado?
Con tener menos lugar
yo á un escribano he pedido
el papel, y lo ha extendido;
con que ¡más vivo! á firmar.
D. SERAFÍN. Y si entra alguien ¿qué dirá?
LA CRIADA. Cerraré la puerta bien.
D. SERAFÍN. ¿Y echas la llave también?
LA CRIADA. Mucho. Así nadie entrará.
D. SERAFÍN. Si llaman ¿qué has de decir?
LA CRIADA. ¡Bravo apuro! que el hurón
que está allí en aquel rincón
quiso del corcho salir.
D. SERAFÍN. ¡Es que tengo que ceder
luego la capellanía!...

(1) Asta: los extremos de la vara magnética.

¡Cuánto mejor te estaría
ser ama que no mujer!...
Y hay también sus matrimonios
para ellas... ó ya un salmista,
ó un sochantre, ó un bajonista...

LA CRIADA. Firme usted, con mil demonios.

D. SERAFÍN. Ya está, y mi tía llamando.

LA CRIADA. Voy, señora, á abrir corriendo.

(*Entra* doña Práxedes.)

D.ª PRÁXEDES. ¿Pues qué estábais aquí haciendo?
bribón, ¿por qué estás temblando?
Tú, moza, sal de mi casa.

LA CRIADA. Sí, señora, está entendido;
y que venga mi marido.

D.ª PRÁXEDES. ¿Qué dices? ¿qué es lo que pasa?

LA CRIADA. Que semos hombres; que ahorcó
los libros el señorito;
que es mi marido, clarito:
que es su gusto; y se acabó.

D.ª PRÁXEDES. Tú ¿qué dices? ¡animal!

D. SERAFÍN. Que hicimos una simpleza
en no andar con la cabeza,
que es siempre lo principal.

D.ª PRÁXEDES. Vete; marcha; quítate,
indigno, de mi presencia,
tu ignominia, tu indecencia
jamás aquí sufriré.

(*Lo echa á empellones.*)

LA CRIADA. La ley de Dios no se excusa:
lo que ha comido ha pagado;
y en fin, no se ha desgraciado
con ninguna de la inclusa.

(*Vase la* criada *con* don Serafín.)

D.ª PRÁXEDES. Si le hubiese hoy una bala
llevado, más le valía.
¡Jesús! ¡qué infierno! ¡qué día!...
¡Y esperando ya la Mala!

(*Entra* don Juan.)

D. JUAN. De usted vengo á despedirme.

D.ª PRÁXEDES. ¡Ay don Juan de mis entrañas!
¡qué ocurrencias tan extrañas!
venga usted á dirigirme...
El bestia de mi sobrino
se casó con la criada,
sin querer decirme nada
antes de hacerlo el pollino!

D. JUAN. ¿Don Serafín se casó?...
¡desventurado de mí!
¿Doña Pepita está aquí?...
es preciso hablarla yo.

D.ª PRÁXEDES. ¡Otra! Así que usted se fué
se desmayó, y al momento
le dió un temblor tan violento
que aún con él pienso que esté.

D. JUAN. ¡Qué bárbaro soy! ¡qué injusto!
Permítamela usted ver
al punto: he de merecer
de usted, por Dios, este gusto.

D.ª PRÁXEDES. Sosiéguese usted: ¡qué vivo!
¡Con que está bueno!... En lugar
de venirme á consolar...
pero comprendo el motivo;
comprendo el sumo interés
con que usted mira mi pena;
¡cuánto lo estimo! cuán llena
de gratitud!... razón es
que yo en algo corresponda.
Don Juan, mi agradecimiento
forma un magnánimo intento;
oigame y no me responda.
Mi sobrino resolvió
perderse, precipitarse;
ya no puede remediarse,
y ya para mí acabó.
Mi sobrina, ya usted ve,
tiene un novio de su clase;
hoy la doto, y que se case
al momento dispondré.

Lo demás de mi caudal,
con mi mano y con mi amor,
á usted lo cedo... El rubor
invencible y natural
me obliga á salir... Suplico
calme usted la admiración
de esta varonil acción
del buen tiempo romantico.

(Vase.)

D. JUAN. La trama oscura y secreta
que me complací en tejer,
me envolvió ya: esta mujer
por mí pierde la chaveta...
Á su sobrina inocente,
que á mi amor correspondía,
perdí en este mismo día...
¡Será de otro injustamente!
Y de este día la luz
me mostrará, cual he sido,
vil, ingrato, fementido,
verdugo de la virtud.

(Entra don Pedro.)

D. PEDRO. Nadie sale á responder.
¿Puede pasarse adelante?
D. JUAN. Señor, tiene usted delante
el más desgraciado ser.
Mi muerte está decidida
por la desesperación,
si por conmiseración
usted no salva mi vida.
D. PEDRO. ¿La vida de usted, señor?
D. JUAN. Adoro á esta señorita
que usted casar solicita
con un deudo ó un menor.
No soy un aventurero,
don Juan Carvajal me nombro.
D. PEDRO. ¡Cómo!... el sobrino... ¡qué asombro!
D. JUAN. De un don Pedro, caballero,
que usted conoce tal vez,

D. PEDRO. Mire usted lo que va á hablar...
D. JUAN. Acreditarlo pudiera.
D. PEDRO. Conmigo difícil fuera.
D. JUAN. Con quien lo quiera negar.
D. PEDRO. Conozco á don Pedro, y sé
que su sobrino carnal
no está en España; ¿qué tal?
D. JUAN. ¿Y si usted su firma ve?
D. PEDRO. Conozco su firma bien.
D. JUAN. Pues carta suya presento.
D. PEDRO. Reconozco el documento,
mas se interceptan también.
D. JUAN. ¿Estos despachos, mi firma,
las señas de mi persona,
que este pasaporte abona,
quien soy, señor, no confirma?
D. PEDRO. Sí, y me confunde estar viendo
al sobrino de tal hombre,
ocultando aquí su nombre
y á una joven seduciendo.
D. JUAN. Esa amable joven es
la virtud misma; no ignora
quién soy, y que quien la adora
su mano aguarda hace un mes.
D. PEDRO. Nunca el tío ha de acceder
á que usted case con ella,
siendo aún más tonta que bella,
como hoy he podido ver.
D. JUAN. Es que hoy, señor, se trataba
de equivocar su opinión,
y evitar la pretensión
que usted para otro entablaba.
D. PEDRO. ¡Qué intriga! ¡Qué picardía!
¿Con que la niña, guiada
por usted y aconsejada,
me engaña á mí y á su tía?
D. JUAN. Si usted así lo supone,
debe también inferir
que yo no debo sufrir

que á otro su mano abandone,
ni el que amigo se apellida
de don Pedro Carvajal,
ser al sobrino fatal,
quitándole amor y vida.

D. PEDRO. No lo será ciertamente;
usted sí que, en mi opinión,
afligirá el corazón
de ese tío complaciente.

D. JUAN. ¿Con que á usted le deberé?...

D. PEDRO. Toda su felicidad,
si ha dicho usted la verdad,
como lo averiguaré.

D. JUAN. Luego ¿yo no soy creído
en el momento actual?

D. PEDRO. Pena justa y natural
del que una vez ha mentido.

(*Entra* doña Práxedes.)

D.ª PRÁXEDES. Caballero, no sabía
que usted estuviese aquí.
¡Quién me hubiera dicho á mí,
señor, lo que hoy pasaría!

D. PEDRO. Yo, señora, á su sobrina
tengo precisión de hablar.

D.ª PRÁXEDES. La infeliz rompió á llorar,
que bien me temí una ruina.

D. PEDRO. No obstante, importa que venga;
nos interesa á los dos.

D.ª PRÁXEDES. ¡Pero usted, señor, por Dios,
así en brasas no me tenga!
¡Pepa! ¡Niña! sal aquí.

(*Entra* doña Pepita.)

D. PEDRO. Señorita, saber debo
de usted si es este mancebo...

D.ª PEPITA. Un pérfido, á quien creí.
Señor, pido á usted perdón,
y que suspenda le ruego
la opinión que, desde luego,
formará no sin razón;

alucinar procuré
á un hombre que me estimaba,
pero alucinada estaba
por el ingrato que amé.

D.ª PRÁXEDES. No entiendo esta algaravía.
¿Qué es lo que pasa entre ustedes?
tú, ¿explicármelo no puedes?

D.ª PEPITA. *(Arrodillándose.)* Soy culpable, amada tía,
por haber á usted callado
que este joven no es quien dice,
y porque estimación hice
del que en premio me ha ultrajado.

(Entra don Serafín *y se arrodilla.)*

D. SERAFÍN. Sed la madre de los Gracos:
sed Niove fabulosa:
sed pelícano y piadosa
para vuestros hijos flacos;
un lugar ocuparéis
de Alciato en los emblemas
y á nuestras culpas extremas
el arco de Iris seréis.

D.ª PRÁXEDES. ¡Ay! que toda me revuelvo,
y el flato me quiere ahogar.

(Se sienta y se abanica.)

D. PEDRO. Si se me dejara hablar
yo este ovillo desenvuelvo.

D.ª PRÁXEDES. Yo estoy haciendo un papel
muy airoso en esta escena!
¡A fe mía, que está buena
la insolencia de ella y de él!
¡Esto faltaba por cierto!
Si en treinta años de casada
vivir logré respetada,
pregúntenselo al que es muerto;
y una vez que me alzó el grito
si no le hize emparedar
las gracias tuvo que dar
al abad de San Benito.

D. PEDRO. ¡El abad!... Oiganme al fin;
no hace falta por fortuna
para evitar la tontuna
que iba á hacer don Serafín.
Yo á despedirme venía,
y del portal á la entrada
vi al sobrino y la criada
que usted despedido había;
del motivo me informé,
al capellán reprendí
y á la moza convencí,
y que cediese logré
del novio larga la mano,
en cambio de una talega,
á cuyo garbo no llega
el del buen misacantano (1).

D. JUAN. Don Serafín me perdió...
La consulta misteriosa
de su pasión amorosa
fué la que me alucinó.
Juzgué prendada del tal
á su prima, y me abrasé
de celos, y deliré
de una manera infernal.

D. PEDRO. Todo se ha de remediar
si no interrumpen ustedes.
Ahora bien: doña Praxedes,
yo vine á solicitar
la mano de su sobrina
para la de mi sobrino;
á éste y á aquélla el destino
al propio objeto encamina.
Dé usted su consentimiento,
y está la cosa acabada,
y su sobrina casada,
y mi sobrino contento.

(1) Véase esta palabra en el Diccionario y en su tercer significado.

D. JUAN. ¿Para su sobrino, pues,
es para quien solicita
usted á esta señorita?
¡Y usted tan inícuo es
que así me niega y desmiente
la palabra que me dió!...
pero mientras viva yo
lograr su traición no cuente.
Aquí se ha de realizar
la oferta que usted me ha hecho,
ó mi espada en su vil pecho
la verdad ha de encontrar.

D. PEDRO. ¿Qué dices? ¡desventurado!
Yo ¡infeliz! tu tío soy...
(Aquí pausa.)
Contempla el abismo en que hoy
tus pasiones te han lanzado.
*(*Don Juan *se arroja á sus pies.)*
Apenas abandonaste
de la honradez los caminos,
en el de los asesinos
parricidas te encontraste.
¡En qué situación te ve
tu tío que viene aquí
á proporcionarte á ti
el bien que á su alcance esté!
te ve abusando y riendo
ó de la imbecilidad,
ó de la hospitalidad,
y la virtud corrompiendo.
Señorita, aunque tal digo,
sé que es usted virtuosa
á pesar de la alevosa
intención de un enemigo,
para el cual solicité
de vuestra mano el honor,
y á quien no juzgo acreedor
de tanta ventura á fe.
Pero aún le amo como á hijo,

lo confieso en su presencia,
y por lo mismo indulgencia
de parte de usted exijo.
Que no quede abandonado
á su desesperación
ni del desprecio al baldón
por usted sea entregado.
Y que si un día volver
logra de honor á la senda,
una mano usted le tienda
que le pueda sostener.
Doña Práxedes desde hoy
perdonará á sus sobrinos,
y al huésped sus desatinos
y á mí lo que á decir voy.
Culpa es de doña Praxedes
si en su palacio encantado
todos hoy hemos andado
dándonos por las paredes;
pues mientras equilibraba
las cuatro partes del mundo,
desde el Olimpo al profundo
caos, la casa entregaba,
dentro de ella consintiendo
aventureros truhanes
que eran ocultos galanes,
ser oráculos fingiendo.
Formaba en don Serafín
un dómine empalagoso,
imbécil, presuntuoso,
mujeriego y parlanchín,
docto, sin saber sumar,
creyéndose, y desde el grado
la columna del Estado
ser, para en quinta no entrar;
y esta farsa acabar debe:
si un poco de priesa va
como el siglo en que se da,
es gracia en moral ser breve.

Nota. Lo de ir el siglo de priesa se entiende cuando el drama se compuso, que ya hace días.

TRES PROTESTAS DEL AUTOR

Protesto solemnemente que no ha sido mi ánimo distraer ni separar á mis lectores de la atención é interés que el bien público exige de los que sinceramente saben amar y servir á la patria. Ridiculizo la pedantería política y la curiosidad sandia de los noveleros que fué ridiculizada por Demóstenes mismo en la tribuna de Atenas antes que se dejase sobornar el pobre.

Protesto igualmente que no quiero excluir ni retraer á las damas de ese justo interés y atención por el bien público, y aun no dejó de darme que pensar la queja de mi madre, que dijo oyendo el elogio de Santa Teresa: «Los hombres tienen á bien citarnos y darnos culto como escritoras y santas, pero no nos permiten ser alcaldes». Si el personaje ridículo de mi drama es hembra, consiste en que le compuse para corregir un poco á una mujer á quien estimé mucho.

Protesto, en fin, que este drama no lo presume de comedia en regla, para lo cual le falta, entre otras muchas cosas, la extensión en caracteres, lances y afectos. Conténtase con que se le coloque en el humilde andén de los sainetes. Sin embargo de que hay algún sainete que es (aunque mal comparado) como la quinina, mejor que la quina misma.

Hechas estas tres salvas ó protestas, creo haberme conciliado la indulgencia de los políticos, damas y poetas, individuos tan recomendables como necesarios en la sociedad, y malos para enemigos.

LOS FACCIOSOS

TRAGEDIA MUY CORTA; DECLAMACIÓN DE VERSOS ENDECASÍLABOS, ES DECIR, DE ONCE SÍLABAS

PERSONAS

Un Comandante.	Una vecina suya.
Su tío.	Un soldado.
Un fraile.	Comparsa de guerrilleros.
Estefanía.	

La escena es en cualquier lugar. El teatro puede representar zaguán, cocina ó puerta de calle; trajes los del Avapies. No hay mutación en las decoraciones, porque se guarda la unidad de lugar como en todas las otras.

Estefanía y su vecina.

Vecina. Dame albricias, dichosa Estefanía,
por las alegres nuevas que te traigo;
hoy mesmo el Comandante con su gente
en alas del amor vuelve á tus brazos.
Pero ¿qué turbación veo en tu rostro,
de lágrimas y mocos inundado?
Cuando el héroe chispero de Castilla,
á impulsos de la fe que te ha jurado,
la carrera suspende de sus triunfos
por gozar de una noche en tu regazo
y ofrecer á tus plantas las pesetas
que en buena guerra ó mala ha conquistao,
recibirle de hocico y con pucheros
es propiamente vocación de palos.

ESTEFANÍA. Ojalá en el momento en que me viese,
me dejase estrellada de un guantazo.

VECINA. ¡Cielos, cuán poco dignas son de envidia
las dichas de los míseros humanos!
No me ocultes la causa de tus penas
que mi penetración discurre en vano,
pues mi curiosidad comprometía
las ha de descubrir tarde ó temprano;
el sagrado derecho de vecina
sabes que me autoriza á averiguarlo,
y una vecina en lances amorosos
puede hacer mucho bien ó mucho daño.

ESTEFANÍA. Perdone tu amistad este silencio
del natural pudor ocasionao.

VECINA. Sé lo que puede el natural decoro
en hembras de tu esfera y de tu estao;
pero las cercustancias del objeto
de tu amor, basta y sobra á disculparlo,
que el que ocupa un lugar en las gacetas
en tu pecho también puede ocuparlo.

ESTEFANÍA. Este pecho es indino de tal gloria
desde que un nuevo amor lo ha profanao

VECINA. Luego ¿ha perdido el héroe el dulce imperio
que sobre tus potencias ha gozao?

ESTEFANÍA. No ha perdido ese imperio; mas lo ocupa
con otro emperaor por asociao,
y de mi condición el fatal sino
me fuerza á obedecer dos soberanos.

VECINA. En los vulgares y mezquinos pechos
bastar suele un amor para llenarlos;
pero en los elevados, como el tuyo,
caben no sólo dos, mas tres ó cuatro.
Dime, por fin: ¿á qué mortal dichoso
la mitad de tu afecto has entregao?

ESTEFANÍA. ¿Te acuerdas del intrépido corista
que las alforjas y sayal ahorcando,
el trabuco embrazó, ciñó el cuchillo,
y en la guerrilla entró de voluntario?

VECINA. Sé que tu Comandante desde entonces,
á su esfuerzo y prudencia confiando
las más arduas empresas de la guerra,
por su lugar-teniente le ha nombrao.

ESTEFANÍA. En buen hora, si hubiera el Comandante
puesto sólo las huestes á su cargo;
pero hacerle edecán de sus amores
no fué, como verás, muy acertao.
El héroe ausente que la dama fía
al ingrato cordón de un franciscano,
sobre su frente temeraria excita
todo el furor de los malinos hados.
Sabes lo que ellos son: dió en perseguirme,
me aplicaba reliquias contra el flato,
y veces mil á escátula mis faldas
iba pliegue por pliegue conjurando.
Baste decirte, en fin, que de sus uñas
dos años defendí mi aquél en vano.

VECINA. No se defendió tanto Zaragoza,
y su valor la fama ha eternizado.
Mas ¿cuál es tu temor, si el Comandante
ignora todavía ese fracaso?

ESTEFANÍA. ¡Ay, que muy breve le dirán sus ojos
lo que ocultan mis sayas y mi labio!
Pero él llega sin duda. ¡Santos cielos,
el inmundo clarín ha resonao!
(Suena el cuerno.)

VECINA. Disponte á recibirle, que este lance
pide serenidad, maña y descaro.

(Los dichos, el Comandante, *su* Tío *y el* Fraile, *precedidos de parte de la guerrilla, y éstos se retiran á los primeros versos.)*

COMANDANTE. Que todas mis guerrillas se retiren
y alerta estén al pie de los caballos.
Vos, padre mío, y vos, querido tío,
permaneced entrambos á mi lado.
(*A* Estefanía.)
Maldito yo por siempre, Estefanía,
si un momento de gusto he disfrutado

desde que las urgencias de la Patria
de tus gachones ojos me apartaron.
En vano la fortuna, precediendo
la rápida carrera de mis pasos,
constantemente me ofreció la gloria
que busca un héroe en los marciales campos.
Pero tú en ese tiempo, ¿qué te hacías?
Vamos á cuentas, dueño idolatrado;
¿de tu fiel Comandante la memoria
suspiros te arrancó de cuando en cuando?
¿Ó en tejerle guirnaldas te empleabas
para ceñirle del laurel sagrado?

ESTEFANÍA. No os engañáis (por cierto) en persuadiros
que he perdido en llorar bastantes ratos,
habiendo aprovechado los restantes
magnífico señor, en coronaros.

COMANDANTE. A pies juntillos lo que dices creo
á pesar que en tu gesto he reparado
un no sé qué de extraño y desabrido
como de quien está jurando en falso.

ESTEFANÍA. ¿Y quién ha visto principal doncella
que en público su afecto haya mostrado?

COMANDANTE. Ó eres ya más doncella que eras antes
ú ocultas sentimientos reservados.
Si son celos, mi bien, échalos fuera,
porque te juro á fe de partidario
que desde que me fuí de tu presencia
la gracia bautismal he conservado.
¡Qué de bellas cautivas extranjeras
á mis plantas postradas he mirado!
¡Qué de rancheras, qué de aplanchadoras!
¡qué de revendedoras de cigarros!
Mas este corazón donde tú reinas
fácilmente triunfó de sus encantos.
Y *á efecto* (1) de quitar las diferencias
de si anduve ó no anduve en malos pasos

(1) Las palabras subrayadas se han sustituído á una sola del manuscrito que no hemos podido descifrar. *(Nota del Editor).*

con la mayor solemnidad te ofrezco
mi encallecida, victoriosa mano.
Vacilas, titubeas, palideces...
¿es este ¡oh, cielo! de mi ardor el pago?

ESTEFANÍA. Perdonad si á los lazos de himeneo,
mi nueva vocación prefiere el claustro.

COMANDANTE. ¡Pues con la gente mona y zalamera
cómo se me revuelve el estomago!
Mas me apostaré que soy un héroe
cuya conducta el orbe está acechando.
Vos, padre nuestro, ¿no decís qué es esto,
pues fuiste de mi amor el emisario?

EL FRAILE. Del alto cielo los ocultos fines
si por otro camino la han llamado,
mi conciencia y la vuestra nos ordena
obedecer, callar y jeringaros. *(Vase.)*

COMANDANTE. En una pieza me ha dejado el hombre,
como es lumbre de Dios este cigarro.

EL TIO. La orgullosa, fanática sandalia
permitís que os pise los zancajos.
¡Ah! ¡que no fueran de mis humos todos
para enseñarles á bajar el gallo!

COMANDANTE. Ya comienza mi tío, como suele,
á maldecir del monacal estado.

EL TIO. La manía mortal que les profeso
no es odio, sino amor al suelo patrio.
Antes que hubiera fraile en la partida,
la gente toda estaba como hermanos,
más después todo es chismes y camorras
robo, estupro, violencia, asesinato,
siendo de naturales y extranjeros
el nombre de faccioso detestado.

COMANDANTE. Perdonad, señor tío, que os desmienta
y os aconseje hablar más reportado
del digno y respetable religioso
cuya gloria tal vez os ha picado,
cuyo celo y consejos nos sostienen,
que excita nuestro bélico entusiasmo,

y por quien, finalmente, en la partida
se pasa los domingos el rosario.

EL TÍO. Más valdrá, Comandante, que yo mienta,
y que no llegue el día desastrado
en que frailunamente levantarse
quiera con la limosna y con el santo. *(Vase.)*

COMANDANTE. ¡Oh desvelos! ¡oh intrigas! ¡oh congojas
que circundáis los puestos elevados!
poder que á tantos place y de quien todos
en hermosas sentencias blasfemamos.
¿Luego á un héroe de bien le es imposible
consagrar al amor un dulce rato?
¿Luego él solo, entre todos los mortales,
echar á espadas no podrá su cuarto?
á espadas, fementida, como algunos
en mi ausencia contigo le han echado!

ESTEFANÍA. Verme de vos quisiera pateada
y no estilo escuchar tan condenado.
Mas el desvanecer esas sospechas
que al verme de perfil os han entrado,
echando al guarda-pies la culpa toda,
por faltarle de vuelo algunos paños,
no es mi objeto. Señor, soy desdichada;
traidora á vuestro amor lo fuí un rato,
mas no habiendo intención, puede llamarse
traición no más de medio cuerpo abajo.

VECINA. Á más de que cualquiera un desliz tiene
y en todo juego por primilla es dado.

COMANDANTE. No más filosofar, porque es negocio
que nada se adelanta en menearlo;
mi furor, mi venganza sólo exige
saber quien pudo ser el arrastrado...

ESTEFANÍA. Primero me cosiera los hocicos;
por mí no ha de perder el desdichado.
Soy hembra, pero tengo la reserva
que les suele faltar á muchos machos.

VECINA. Os debéis contentar con que yo afirme
que sobre esta vestal se han aplicado
medios de seducción los más horribles;

artes de enamorar endemoniados,
vuestro rival logrando persuadirla
estábais ya con otra acomodado.

COMANDANTE. Tal estilo en amor es imposible
usarlo ningún otro que un descalzo.

DICHOS Y UN SOLDADO

SOLDADO. Mi Comandante, todo está perdido;
la fuga sola puede libertarnos;
al terrible escuadrón de vuestra tropa
apenas vuestro tío hubo llegado,
cuando la multitud de descontentos,
por el santo varón acaudillados,
á descarga cerrada le embistieron,
cercándole después con sable en mano.
En vano fué el valor, en vano el arte;
el número y perfidia triunfó al cabo;
no fué combate ya, sino matanza
de que pocos conmigo han escapado.
Los caudillos, valientes y leales,
todos quedan tendidos en el campo,
el sabio Zurdo, el viejo Corachines
con el Aragonés desorejado
Cuchara, el Verde, Mata-siete, Bubas
con los cinco sargentos presidiarios.
Por última desdicha, vuestro tío,
cansado de luchar, muerto el caballo,
falto de sangre ya y hecho una criba
á puñaladas y carabinazos
yo mismo vi llevarle en gori, gori,
cogido de las patas y las manos.
El fraile victorioso y sus secuaces
por calles y plazuelas derramados,
el resto de los buenos persiguiendo,
os buscan por doquier para colgaros.
Salvad, señor, vuestra preciosa vida:
ahí tenéis mi trabuco y mi caballo.

COMANDANTE. ¿Y qué es la vida si ha de libertarse
la vida y el honor sacrificando?

No; quiero presentarme á los traidores
y con una mirada desarmarlos.

ESTEFANÍA. ¡Ay! que no entienden ellos de miradas,
y os quitarán el hipo sin miraros.
No abandonéis (mal alma) á Estefanía
que se muere (bribón) por tus pedazos,
á tus pies (renegado) arrodillada
y expuesta (hereje) á reventar de un cuajo.

COMANDANTE. Endina, quítate de mi presencia;
cuéntame muerto ya y amortajado,
que es el haberme dado calabazas
haberme las estopas arrimado.
En guerrilla dirígeme al combate.
(Vase con el Soldado.*)*

ESTEFANÍA. Adiós y la del humo, desalmado.
¡Qué situación tan trágica, vecina!
Vuestra experiencia aquí será del caso.
¡Hallarse de mi pecho la ternura
dividida entre un fraile y un soldado!
¡Con uno de los dos la ya jurada
matrimonial palabra haber violado!
¡Sentir en mí matrimoniales obras
del otro, que no puede ser casado!
¡Estar ambos á dos competidores,
sin saber que lo fuesen, regañados!
¡Verme en la precisión de vestir luto
por uno de los dos ó por entrambos!
Honor, vida, conciencia, amor y patria
á la taba este día hemos jugado.

VECINA. Prudencia angelical es necesaria
para anudar tan diferentes cabos.
Y entre tanto, la lid arde de nuevo
y el estruendo de ternos y de tacos
y el crujir pavoroso de las armas
más y más cada vez se va acercando.
En tal conflicto, opino que debemos,
por pronta providencia, desmayarnos.

ESTEFANÍA. No me gustan las damas que en las tablas
su debilidad muestran y sus bajos.

He de tenerme (contra la costumbre)
firme hasta que el telón haya bajado.

EL FRAILE Y OTROS.

FRAILE. Bella causa y disculpa de mis yerros,
vencido estoy, se me persigue, huyamos;
quitar quiero la moza al Comandante,
á quien quitar no puedo vida y mando.
ESTEFANÍA. Eso será si á mí me da la gana;
por fuerza á Estefanía es excusado.
FRAILE. Los frailes cuando quieren no consultan
su voluntad con el objeto amado.
Entrad, fieles guerreros, ved la infame
con quien el Comandante amancebado
ha vivido hasta aquí; su ilegal fruto
á los meses mayores ha llegado.
Quitemos el escándalo; prendedla
y vaya donde purgue sus pecados.
(*Se la llevan y se va el* Fraile.)
ESTEFANÍA. ¡Qué seráfico enbuste tan endino
urdió el siervo de Dios en poco rato!
VECINA. ¡O dolor! No más frailes en mi vida
mientras Dios no me deje de su mano!

COMANDANTE Y LA VECINA.

COMANDANTE. Enjugad vuestras lágrimas, vecina,
el traidor á mi vista consternado
huyó sin esperar á que este acero
en su cerquillo vil se haya manchado.
Y salvarse ha podido con los pesos
que, abriendo mis maletas, ha robado;
mas ¿por qué no parece Estefanía?
¿siente que mi rival la haya dejado?
VECINA. A seguir ¡oh dolor! la fatal suerte
de vuestros pesos la condena el hado.
COMANDANTE. ¡Desdichada belleza! quien dijera
que te dieras á frailes tan temprano!

VECINA. No es culpable, y tened el gran consuelo
que del moño la llevan arrastrando.

COMANDANTE. Mixtos de ximio y tigre con capilla,
os veré de una vez exterminados?
Hércules he de ser, que de alimañas
libre por siempre el continente hispano.
(Vase.)

LA VECINA SOLA.

Fraile, moza, guerrillá y Comandante
temo que de esta vez se lleva el diablo;
pero aún más desgraciada soy yo mesma
pues del drama el autor desapiadado
á un soliloquio quejumbroso y frío
perdóneselo Dios, me ha condenado.
Tal vez el cielo ya mi llanto escucha
porque á todo correr viene un soldado
y logrará sacarme del apuro,
la trágica catástrofe narrando.
¡Oh nuncio del dolor! vamos por partes,
¿fué su reverendísima atrapado?

SOLDADO. Y por su mano mesma el Comandante
le colgó de la pértiga de un carro.

VECINA. Es opinión común en este siglo
que iguales somos de corona abajo;
mas ¿qué es de la inocente Estefanía?
¿ha padecido mucho su recato?

SOLDADO. Mucho, pues ha movido á mi presencia
de resultas sin duda del mal rato.

VECINA. Pues ya, si la experiencia no me falta,
está segura para siempre y cuando.
En fin, del Comandante ¿qué nos cuentas?
¿vive el triste después de tantos tragos?

SOLDADO. Vive para secarse poco á poco
y sin poder entrar nunca en sagrado.

VECINA. ¿Conque tras de robado, perseguido,
ser cornudo y vivir descomulgado?
¡Oh espantosa lección para los héroes
que se meten en gromas con donados!

UN ALCALDE EN ESTE AÑO DE 1838 (1) • LOA PARA UNA FUNCIÓN DE CARNAVAL •

VECINOS. ¡Que viva el Alcalde nuevo!
ALCALDE. Gracias, vecinos honrados,
pues se han dignado elegirme
sin querer hacerse cargo
de que yo, que fuí en tiempos
cofrade mayor un año
y en la procesión del Corpus
llevé una vara del palio,
para la de la justicia
estoy en que seré un asno.

---

(1) La primera redacción de este sainete es sin duda la que va en esta nota. Somoza le rehizo en 1838 para publicarle en el *Semanario Pintoresco*, y este arreglo fué el que incluyó después en su edición de 1842.

EL CORREGIDOR DE OGAÑO • SAINETE CASERO, COMPUESTO Y REPRESENTADO EN EL CARNAVAL DE 1811 • • •

La escena es en la sala del concejo, donde estará sentado el corregidor y varios vecinos en pie.

CORREGIDOR. Conque ustedes, caballeros,
como vecinos honrados
se empeñan en elegirme
por juez, sin hacerse cargo
de que yo, aunque fuí en tiempos
cofrade mayor un año
y en la procesión del *Corpus*
llevé una vara del palio,
para la de la justicia
estoy en que seré un asno.

VECINO 1.° Por sublime inteligencia,
el pueblo que le ha nombrado
á su merced le respeta
y le pide á ojos cerrados,
además de que en aquello
en que nosotros podamos
dar á su merced alivio,
no tiene más que mandarnos.
VECINO 2.° Y á su merced le es más fácil
hacer respetar el palo
de la justicia, que el pueblo
por aclamación le ha dado.
VECINO 3.° Y pues que el público todo
le dispensa honor tan alto,
á su merced no le queda
más arbitrio que aceptarlo.
De no, sobre su conciencia
corra todo el mal y daño
que á la patria sucediere
por culpa de un hijo ingrato.

UN VECINO. Pues el pueblo no está en eso;
sumerced, á ojos cerrados
tiene más reconocencia
que todos los que aquí estamos;
además de que en aquello
en que nosotros podamos
dar á sumerced auxilio
no tiene más que mandarnos.
OTRO VECIN. Y á sumerced le es muy fácil
hacer respetar el mando
de la gente, por lo mismo
que la gente se le ha dado.
OTRO VECIN. Y pues que el público todo
le dispensa honor tan alto
á su merced no le queda
otro arbitrio que aceptarlo.
De no, sobre su conciencia
corra todo el mal y daño
que á la patria sucediere
por culpa de un hijo ingrato.

ALCALDE. Pues yo cargos de conciencia
no los quiero, y, por lo tanto,
admito con la protesta
dicha de ser un naranjo.
VECINOS. ¡Que viva el Alcalde nuevo!
ALCALDE. Gracias, vecinos honrados.
Mas la abacera en concejo
entra, y, sin duda, anda en pasos
de justicia, porque viene
de mantellina y llorando.
Vamos, hija, ¿qué hay de nuevo?
ABACERA. Señor, ¿qué ha de haber? quebrantos...
Su merced y todo el mundo
bien sabe cómo me hallo:
que vivo de la pobreza;
del sudor de mi trabajo;
que tengo siete angelitos,
y en vísperas del octavo;
que baldado mi marido,

CORREGIDOR. Pues yo cargos de conciencia
no los quiero, y por lo tanto
acepto con la protesta
dicha, de ser un naranjo.
TODOS. ¡Viva el corregidor nuevo!
CORREGIDOR. Gracias, vecinos honrados.
Mas la avacera en concejo
entra y sin duda anda en pasos
de justicia, porque viene
con mantellina y llorando.
Vamos, hija, ¿qué hay de nuevo?
LA AVACERA. Señor, ¿qué ha de haber? Quebrantos.
Su merced y todo el pueblo
bien saben cómo me hallo,
que vivo de la pobreza,
del sudor de mi trabajo;
que tengo siete angelitos
y en vísperas del octavo;
que el pobre de mi marido

por el lugar arrastrando
anda como la culebra,
con muletas todo el año;
que como suele privarse,
en cuanto le dan un trago,
y por más que le castigo,
él, vamos, tiene el trabajo
de ser afeuto á bebidas,
rodó la escalera abajo,
y desde entonces, ¡Dios sabe
lo que yo tengo gastado
en botica solamente!
Y sin hacerse este cargo
los señores de justicia,
quieren que pague el reparto
que les ha dado la gana
de hacer cuatro pelagatos
sin ley de Dios ni conciencia,
que porque se ven sentados

---

por el lugar arrastrando
anda como la culebra
con muletas todo el año;
que, como suele privarse
en cuanto le dan un trago,
y por más que le castigo,
él, vamos, tiene el trabajo
de ser afeuto á bebidas,
rodó la escalera abajo
y desde entonces, Dios sabe
lo que yo tengo gastado
en botica solamente,
y sin hacerse este cargo
los señores de justicia
quieren que pague el reparto
que les ha dado la gana
de hacer cuatro pelagatos,
sin ley de Dios ni conciencia,
que porque se ven sentados

en concejo, les parece
que han de poder desollarnos
á todos con petitorios
¡para ellos los bribonazos!
¡Ya están por allá dos pollos
que para Dios me llevaron!
¡Mentira, que vi yo luego
el plumero en el tejado
del sacristán, que á Dios nada
dicen que le toca ogaño!
Apenas se cumple el tercio
del dinero del abasto,
cuando ya tengo al menistro
en mis umbrales plantado.
¡Tras de que pierdo los ojos!
Que fué manifiesto engaño
la obligación, porque estaba,
la tarde que remataron
los abastos, mi marido,

---

en concejo, les parece
que han de poder desollarnos
á todos con petitorios
para ellos, los bribonazos.
Ogaño ya van dos pollos
con que para regalarlos
á un mandón y con el conque
de que eran sólo prestados;
mentira, que vi yo luego
el plumero en el tejado
de un regidor, y ¡voto á!...
sin mis pollos me he quedado.
Mal haya, amén, el indino
que puede caberle tanto
en el buche y no revienta
y luego los arrastrados,
no bien ha cumplido el tercio
del dinero del abasto,
cuando ya tengo al menistro

como suele el desdichado.
No, pues los catorce reales
que dicen que me han tocado
en la de la extraordinaria,
que los pague el condenado
que los repartió, ¡clarito!
No, yo por mí no los pago.

ALCALDE. ¡Calla esa lengua maldita
que tiene escandalizado
el lugar! Yo no sé nada
de lo que te se ha cargado.
Para eso hay repartidores
de quien puedes reclamarlo.

ABACERA. Pues todos dicen lo mesmo,
y todos están pringados.

ALCALDE. ¡Hola! ¿Qué manera es esa
de hablar á los magistrados?
La insolente, deslenguada,
que la pondré en San Fernando.

---

en mis umbrales plantado,
tras de que pierdo los ojos
que fué manifiesto engaño
la obligación, porque estaba
la tarde que remataron
los abastos mi marido
como suele el desdichado.
No, pues los catorce reales
que dicen que me han tocado
en este repartimiento,
que los pague el condenado
que los repartió, ¡caramba!
no, yo por mí, no los pago.

CORREGIDOR. Calla esa lengua maldita
que tiene escandalizado
el lugar: yo no sé nada
de lo que te se ha cargado;
para eso hay repartidores,
de quien puedes reclamarlo.

ABACERA. ¿A mí? Pues mas que me cuelguen
(*Tirándose á las greñas del* Alcalde.)
mañana del campanario,
no se ha de alabar nenguno
de haber mi aquél empañado.
(*Los vecinos la cogen y la echan fuera.*)
ALCALDE. ¡Eh, digo! ¿No ven ustedes
con qué buen pie comenzamos?
VECINO 1.° Cierto que nadie tuviera
con su merced tal descaro.
Y si hubiéramos creído
que hiciese tal desacato,
no hubiéramos permitido
que en concejo hubiese entrado.
VECINOS. No; de ninguna manera.
ALCALDE. Gracias, vecinos honrados.
Pero si no me equivoco,
un tambor está sonando,

AVACERA. Pues todos dicen lo mismo,
y ninguno está culpado;
pero á mí no hay quien me saque
que todos están pringados.
CORREGIDOR. ¡Ola! ¿qué manera es esa
de hablar con los magistrados?
la insolente pendonota!...
que la pondré en San Fernando.
(*La* Avacera, *tirándose á las greñas del* Corregidor.)
AVACERA. ¿Á mí? Pues aunque me cuelguen
he de vengar por mis manos
mi estimación, que ninguno
hasta aquí se ha propasado...
(*Los vecinos la cogen y la echan fuera.*
CORREGIDOR. ¡Eh! digo, ¿no ven ustedes
con qué buen pie comenzamos?
UN VECINO. Cierto que nadie tuviera
con su merced tal descaro,
y si hubiésemos sabido
que hiciese tal desacato,
no hubiésemos permitido
que en concejo hubiera entrado.

y son facciosos que tocan
La marcha de San Ignacio.

TODOS. Aquí del valor pasivo
que triunfa de los tiranos.

(El general Tutarrase.)

GENERAL. ¡Oh miembros municipales!
¿Cuál aquí ser el alcaldo?
E bien, allon, dona é pronta,
mil raciones, treinta carros,
doscientos bestias, cien guidas,
dos mil pares de zapatos
y ciento cientas doblones.

ALCALDE. ¡Por Cristo crucificado!
señor, que repare usía...,
Su Excelencia se haga cargo...,
que pedimos á su alteza...
que Su Santidad ha entrado
en este corral de vacas
que fué hace un mes saqueado.

TODOS. No, de ninguna manera.

CORREGIDOR. Gracias, vecinos honrados.
Pero si no me equivoco,
un tambor está sonando
y toca marcha francesa;
no hay duda; ya están entrando.

UN OFICIAL. O miembros municipales
¿Cuál aquí ser el alcaldo?
He bien, pronto, pronto, pronto,
mil raciones, treinta carros,
cien borricas, veinte guías,
dos mil pares de zapatos;
cinco cincuenta pesetas.

CORREGIDOR. Por Cristo crucificado,
Monsiur, que mire su Usía
Su Excelencia se haga cargo
que imploramos á Su Alteza,
que Su Santidad ha entrado
aquí en un corral de vacas
que fué hace un mes saqueado.

GENERAL. Mi solo faser la guerra,
mais non voler hacer daño,
é no ser mi como muchos
que batir á los paisanos.
¡Me que demoño de bestia,
ancora se estar sentado!
Mi, bastonar á justicia;
justicia es del rey vasallo.
A la mañana el pedido
ó finir tutto rasado.
(Da de bastonazos al Alcalde *y vase.)*

ALCALDE. ¿Conque mi oficio no es otro
que servir al vecindario
de trinchera en que se embacen
las injurias y trompazos?

VECINO 1.º Pero su merced advierta
que siempre el haberle hablado
con firmeza fué oportuno,
pues el francés se ha largado,

OFICIAL. Mi solo facer la guerra
mi sostener al soldado
vin, pan, muton y legumes
mais no voler facer daño
é no ser mi como muchos
que batir á los paisanos;
me que dimoño de bestia
ancora estar asentado!
mi bastonar á justicia
sacre nom! futro carraco.
(Da de bastonazos al Corregidor *y se va.)*

CORREGIDOR. Conque mi aficio no es otro
que servir al vecindario
de trinchera en que se embasen
las injurias y trompazos?

UN VECINO. Pero su merced advierta
que siempre el haberle hablado
con firmeza hizo su efecto
pues el francés se ha largado

y según las cajas suenan
la tropa ya va marchando.
¡Salvó su merced el pueblo!

ALCALDE. Gracias, vecinos honrados.
Mas un nuevo personaje
nos viene, y en lo portado
parece de forma, que entra
con el sombrero en la mano.

(*Entra un* Comisionado.)

COMISIONADO. Noble y sabio ayuntamiento,
tengo á honor muy señalado
el de presentarme á usía
por haberme destinado
la super-archi-excelencia
electricidad de Cuacos,
para que recoleccione
en desiertos y poblados
de la España y de las Indias
cuantas carnes, cuantos granos,

---

y según suenan las cajas
la tropa ya va marchando.
Salvó Su Merced al pueblo.

CORREGIDOR. Gracias, vecinos honrados.
Pero guerrillas tenemos
porque el cuerno ha resonado.

UN GUERR. El corregidor del pueblo
¿dónde está? que ha de ir atado
por traidor, que es un endino,
que por no haber avisado
de hallarse aquí el enemigo
entrábamos descuidados
y por un tris no nos cortan
enmedio de esos cercados;
y juro á Dios que ha de hacerse
un ejemplar con los malos
españoles, que se sabe
dan avisos reservados
al francés para cojernos.

cuanto paño, cuanto lienzo,
cuanto arroz, cuantos garbanzos,
aceite, manteca, vinos,
vinagre, cebollas, ajos,
verduras, frutas, legumbres,
fieras, aves y pescados
encuentre por las provincias
que el enemigo ha ocupado;
como también los dineros,
hasta el más oculto ochavo,
que tengan los habitantes,
recibiendo y custodiando
después de todo lo dicho
donativos voluntarios
de cualquiera buen patricio,
dando recibos firmados
de cuantos efectos entren
en cualquiera de mis manos,

CORREGIDOR. ¿Y quién es el deslenguado
que tales chismes inventa?
Y á ti quien te ha autorizado
para atar corregidores
siendo teniente de cabo?

GUERRILLO. Pues maldiga Dios el alma
de su merced, ¿qué cristiano
se me pondrá por delante
si se me planta en los cascos
el abrasar la asadura
aquí mesmo de un balazo
á un corregidor de mierda?
Si lo he dicho! En no colgando
un par de corregidores
en cada lugar, me cago
en la patria y en mí propio.
Apuesto que están pensando
que un guerrillero no es naide,
y hoy las guerrillas mandamos.

CORREGIDOR. Ya no basta el sufrimiento!
un testimonio, escribano

pena de ser responsable
á pagar yo el cuatro tanto.

ALCALDE. Pues, señor, llega usía tarde,
pues ya otros comisionados
de otros pueblos de otros nombres
la palmeta se han ganado
siéndole al pueblo imposible...

COMISIONADO. ¡Permítame decir, santo!
yo que conozco la infausta
situación y el triste estado
de los pueblos, conmovido
al punto he representado
en favor de la provincia,
y vivo muy engañado
si no logro redimirla,
pues sin vanidad me alabo
de que sus archi-excelencias
me estiman más que yo valgo;

---

para dar de este canalla
cuenta al general Castaños.

GUERRILLO. Si, pues ya que usted se queja,
barajo! ¡ha de ser por algo!

(Le da de sablazos y se va diciendo.)

Desde aquí voy á quitarle
todas las yeguas del prado,
luego á quemarle la casa
y después á fusilarlo.

CORREGIDOR. Señores, yo no prosigo;
que tome quien quiera el mando
y la patria me perdone,
que no puedo con más palos.

UN VECINO. Su merced no hará tal cosa,
pues estamos cerciorados
que si su merced suelta
la jurisdicción, quedamos
como huérfanos sin padre.

CORREGIDOR. Gracias, vecinos honrados.
Mas un nuevo personaje
nos viene y en lo portado

pero, amigos, no hay remedio;
es necesario esforzarnos,
y al menos, al menos, menos
juntar quinientos ducados,
para quedar yo cubierto
y el pueblo con su resguardo.

ALCALDE. Ya se ve; pero es preciso
porque todos nos cubramos,
muestre usía los papeles
con que vendrá autorizado,
para que quede una copia
en poder del escribano.

COMISIONADO. ¡Á mí! ¡pues, cómo se entiende!
¡Decir que vengo engañando!
¿Usted sabe con quién trata?
¡Que soy individuo nato
de la cruzada de Usagre!
¡Que tengo un primo casado

---

parece sujeto que entra
con el sombrero en la mano.

UN COMIS. Noble y sabio ayuntamiento
tengo á honor muy señalado
el de presentarme á Usía
por haberme destinado
la super superatoria
junta equinocial de cuacos
para que recoleccione
en desiertos y en poblados
de la España y de sus indias
cuantas carnes, cuantos granos,
cuanto paño, cuanto lienzo,
cuanto arroz, cuantos garbanzos,
cuanto vino, carne, sebo,
manteca, chorizos, pavos,
gallinas, frutas, legumbres,
fieras, aves y pescados
encuentre por las provincias
que el enemigo ha ocupado,
como también los dineros

con una prima segunda
del padrino del cuñado
de un general de los nuestros
que me quiere como hermano!
Si el difunto comandante
viviese, y fuera enterado
de este exceso, á la hora de esta
ya estaba usted empalado,
y el bastón que usted empuña
le hubiera ya trasladado
á la persona ó sujeto
que fuera más de mi agrado.

ALCALDE. ¿El bastón? pues desde luego
le renuncio y se le alargo.
¡Digo, pues poquita gana
tenía yo de soltarlo!

(Comisionado *tomándole y dándole con él.*)

---

hasta el más oculto ochavo
que tengan los habitantes,
recibiendo y custodiando
después de todo lo dicho
donativos voluntarios
de cualquiera buen patricio,
dando recibos firmados
de cuantos efectos entren
en cualquiera de mis manos,
haciéndome responsable
á pagar el cuatro tanto.

CORREGIDOR. Pues señor, llega Usía tarde
pues ya otros comisionados
de otras pintas, de otros nombres,
la palmeta le han ganado.
Con ese honor á otra parte.

COMISIONADO. Permítame decir, Santo.
Yo que conozco la infausta
situación y el triste estado
de los pueblos, conmovido,
al punto he representado
en favor de la provincia

COMISIONADO. De esta manera escarmienta
á todo mal ciudadano
don Hilarión Picatoste,
chapelchurri voluntario.

(Vase.)

ALCALDE. Señores, hago renuncia
de este honorífico cargo,
y la patria me perdone,
que no puedo con más palos.

VECINO 1.° Pensar su merced en eso,
es pensar en lo excusado,
y á buen tiempo, mi señora,
la nueva Alcaldesa, ha entrado
en la sala de concejo;
intercesora la hagamos.

ALCALDESA. Señores, sírvanse ustedes
de pasar á estotro cuarto
á celebrar la loable
y tomar un agasajo.

---

y estoy casi cerciorado
de que he de ser atendido,
pues sin vanidad me alabo
de que sus archiexcelencias
me estiman más que yo valgo;
pero, amigo, no hay remedio;
es necesario esforzarnos
y al menos, al menos, menos,
juntar quinientos ducados
para quedar yo cubierto
y el pueblo con su resguardo.

CORREGIDOR. Ya se ve! pero es preciso,
porque todos nos cubramos,
muestre Usía los papeles
con que vendrá autorizado
para dejar una copia
aqui como está mandado.

COMISIONADO. ¿A mí? ¿pues cómo se entiende?
¡Decir que vengo engañando!
¿Usted sabe con quien trata?

ALCALDE. Déjate de enhorabuenas,
mujer, pues ya es excusado,
mediante á que tu marido
el bastón ha renunciado.
ALCALDESA. ¿Cómo es eso de renuncia?
¡Pues no faltaba otro paso
de entremés, por vida mía!
¡Tras de que están murmurando
ya más de cuatro envidiosas!
No, señor; no han de lograrlo.
Y sólo porque se pudran,
al alguacil he mandado
ir á la confitería
por torta y bizcochos largos
para con la limonada
que ha compuesto el boticario.
ALCALDE. Pero mujer ó demonio,
¿sabes que estoy quebrantado,
y desde el triste momento

¿que soy individuo nato
de la cruzada de usagre?
¿que tengo un primo casado
con una prima segunda
del padrino del cuñado
de un general de los nuestros
que me quiere como á hermano?
¡Un alcalde monterillo
osar pedir mis despachos!
Si el marqués de la Romana
viviese y fuera enterado
de este exceso, á la hora de esta
ya estaba usted empalado.
Y el bastón que usted empuña
lo hubiera yo trasladado
á la persona ó sujeto
que fuese más de mi agrado.
CORREGIDOR. El bastón! ¡pues desde luego
lo renuncio y se lo alargo;

que tengo del pueblo el mando,
todo ha sido insultos, golpes,
y repelones y araños?

ALCALDESA. Hacen bien, ya que consientes
en que te pongan la mano
sin plantarles en el cepo
á todos cabeza abajo.
¡Pero si eres un bragazas!...
¡Jesús, señor, qué zanguango!
¡Nadie, sino Dios del cielo,
sabe lo que yo he pasado
con este bestia en el tiempo
que llevamos de casados!
¡Perdido que está de trampas
hasta el pescuezo atrancado!
Y hoy que se le proporciona
el poder ir navegando
con la ayuda del empleo
y derechos del juzgado,

---

digo, ¡pues poquita gana
tenía yo de soltarlo!

(*El* Comisionado *toma el bastón y le da con él, diciéndole al salir.*)

COMISIONADO. De esta manera castiga
corregidores osados
don Ilarión Picatostas
ex-misionero descalzo.

CORREGIDOR. A Dios todopoderoso
y á los bienaventurados
San Miguel, San Juan Bautista
y demás santas y santos
de la corte de los cielos
confieso, juro y declaro
que no es posible, ni quiero
corregimiento ni cargo
de justicia en adelante,
aunque me cuelguen de un palo,
y aunque al pueblo y los vecinos
y aun á mí me lleve el diablo.

¡dejas el bastón, maldito
de Dios! No, pues excusado
te es atestar la cabeza,
que has de volver á tomarlo.
¡Bueno fuera que la gente
me mordiera los zancajos,
diciendo que mi marido
no es sujeto para el caso!

ALCALDE. Pues mira: mas que te muerdan;
mas que yo mismo á bocados
me coma de hambre los codos,
y á ti, por no haber logrado
tu gusto como otras veces,
te dé el patatús, lo hago.

ALCALDESA. Pues ¿no soy capaz yo misma
de ahogarte aquí entre mis manos?
(Le da de golpes y se va diciendo:)

UN VECINO. Pensar su merced en eso
es pensar en lo excusado
y á buen tiempo mi señora
la corregidora ha entrado.

CORREGIDORA. Señores, sírvanse ustedes
de pasar á esotro cuarto
á celebrar la loable
y tomar un agasajo.

CORREGIDOR. Déjate de enhorabuena,
mujer, pues ya es excusado
mediante á que tu marido
el bastón ha renunciado.

CORREGIDORA. ¿Cómo es eso de renuncia?
¡Pues no faltaba otro paso
de entremés! ¡Por vida mía!
Tras de que están murmurando
ya más de cuatro envidiosas!...
¡No, señor, no han de lograrlo!...
Y solo porque se pudran
al alguacil he mandado
ir á la confitería
por torta y bizcochos largos

¡Yo quiero irme con mi tío,
el capellán de Rondajos,
que me has de quitar la vida
á pesadumbres, brutazo!

ALCALDE. Este golpe me faltaba
para ser acogotado
de una vez; ni ¿cómo puede
quedar vivo un desdichado
contra quien en este día
y á un tiempo se han conjurado
naturales y extranjeros,
militares y paisanos,
vecinos, deudos, amigos,
chicos, grandes y medianos?

TODOS. Tiene razón el Alcalde.

---

para con la limonada
que ha compuesto el boticario.

CORREGIDOR. Pero mujer ó demonio,
¿sabes que estoy quebrantado
á golpes? que en diez minutos
que he sido juez, no han cesado
de darme puñadas, coces,
repelones y arañazos
y empellones y guantadas
y varadas y sablazos?

CORREGIDORA. Hacen bien, ya que consientes
en que te pongan la mano
sin plantarles en el cepo
á todos cabeza abajo.
¡Pero si eres un bragazas!
¡Jesús, señor, que zanguango!
¡Nadie, sino Dios del cielo
sabe lo que yo he pasado
con este bestia en el tiempo
que llevamos de casados!
Perdido que está de trampas,
hasta el pescuezo atrancado
y hoy que se le proporciona
el poder ir navegando
con la ayuda del empleo

ALCALDE. Gracias, vecinos honrados.
Pero por la honra postrera,
que me lleven entre cuatro
al cementerio en las andas
el gori gori cantando.
(Se queda desmayado en la silla.)

ALGUACIL. Señor, que piden bagajes
las partidas del resguardo;
que han dado por decomiso
los géneros del mercado.

OTRO. El repartidor de bulas
viene á trabar los embargos.

OTRO. Exorto para dar presos
novecientos presidiarios.

---

y derechos del juzgado
dejas el bastón, maldito
de Dios? no, pues excusado
te es atestar la cabeza,
que has de volver á tomarlo.
Bueno fuera que la gente
me mordiera los zancajos
diciendo que no es sujeto
mi marido para el caso!

CORREGIDOR. Pues mira, más que me muerdan,
mas que yo mismo á bocados
me coma de hambre los codos
y á ti, por no haber logrado
tu gusto como otras veces
te dé el patatús, lo hago.

CORREGIDORA. ¿Pues no soy capaz yo misma
de ahogarte aquí entre mis manos?
(Le araña y se va diciendo.)
que me has de quitar la vida
á pesadumbres, trastazo.
Yo quiero irme con mi tío
el capellán de Rodajos.

CORREGIDOR. Este golpe me faltaba
para ser acogotado
de una vez; ni ¿cómo puede

Otro. Caballos, silla y escolta
á un correo extraordinario.

Otro. Los prisioneros de Negri
quieren ración y calzado.

Otro. Las víctimas de Gandesa
excitan vuestro entusiasmo.

Otro. Las ánimas de la Mancha,
que sólo exigen sufragios.

Uno. ¿Cómo ha de dar cumplimiento
el Alcalde, si ha espirado?

Todos. ¡Pueblo feliz, si su Alcalde
(que Dios haya perdonado),
como lo ha sido tres horas,
hubiera cumplido el año!

---

quedar vivo un desdichado
contra quien en este día
y á un tiempo se han conjurado
naturales y extranjeros
militares y paisanos,
vecinos, deudos y amigos,
grandes, chicos y medianos?

Un vecino. Si á su merced le parece,
pues que está desazonado,
mejor será que á la cama
vaya su merced un rato
y que su merced descanse.

Corregidor. Gracias, vecinos honrados;
mas ya solo necesito
que me lleven entre cuatro
en las andas á la iglesia,
el gori-gori cantando.

Todos. Sin duda espira y perdemos
el corregidor más guapo,
que desde que el mundo es mundo
hubo de estrellas abajo.
Dios le de su santa gloria
y vámosle acompañando
hasta que le demos tierra.

Corregidor. Gracias, vecinos honrados.

EL AYUNQUE DE LAS CIENCIAS Ó EL ESCOLAR SALMANTINO • TRAGEDIA EN UN ACTO

Es muy singular y digno de la historia de la poesía que el dulce y anacreóntico Meléndez compusiese sus mejores versos en una casa de la estrecha calle de Sordolodo, en Salamanca, calle en que todos los vecinos eran herreros, cruzándose las chispas de las fraguas, y machacando día y noche veinte mazos. Tal era la campestre perspectiva y los melodiosos ecos de que gozaba el cuarto de estudio del amable poeta, que llamaba él la Caverna de los Cíclopes.

Esta incomodidad que presenciaba el autor del referido drama, siendo niño, excitó su indignación contra aquellos herreros, y la idea de esta composición.

PERSONAS

El tío Bigornia, *herrero.*
El Escolar, *su hijo.*
El Dómine, *su tío, hermano de* Bigornia.
Juana, *su hija, amante del* Escolar.
Comparsa *de aprendices de cerrajería y de niños del aula de gramática.*

La escena es en Salamanca, calle de Sordolodo.

El teatro representa la fragua del tio *Bigornia.*

ESCENA PRIMERA

El tio Bigornia, *el* Escolar *y* Juana.

Bigornia. Refleja el Tormes de la Aurora el manto;
las tres torres de la alta Compañía
apenas dora el sol, ni aún de mi fragua
el inflamado soplo se respira,
ni el sueño á los vecinos interrumpe
sonoro mazo y rechinante lima:
¿qué motivo á mis plantas paternales
hoy tan de madrugada te encamina?

Escolar. La gloria que á las nobles almas mueve
y al templo excelso de Minerva guía,
do en cambio al hierro y fuego de Vulcano,
muceta y borla ofrece á mis fatigas.

Nacido en el recinto de esta fragua,
cercado de relámpagos de chispas,
el sístole y diástole del fuelle
meció el columpio de la cuna mía;
y sin la protección de vuestro hermano,
que de padrino me sirvió en la pila,
á la sombra creciera del ayunque,
y entre mocos de herrero yacería.
Mas el que sobre el trono ya de una aula,
intérprete del arte de Nebrija,
la férula de dómine empuñaba
y un muneroso general regía,
tomó á su cargo el corregir mi estrella,
bajo el restrallo de su disciplina.
Así Esparta á sus héroes educaba
y al oso el titerero así adoctrina:
así en la escuela del dolor y el susto
me formé de azotina en azotina.
En fin, á decurión (1) me vi elevado
cuando mis cuatro lustros se cumplían,
mientras que al propio tiempo la parroquia
de monago la ropa me vestía.
Aún me falta, señor, matricularme,
y bajo la escolástica loriga,
sudar, lidiar, vencer y en doce triunfos
ver de cátedras doce la conquista.
Así Alcides domando doce monstruos
se elevó á la apotéosis divina.

BIGORNIA. ¡Ay, si la que esté en gloria de tu madre
tu pico oyese! ¡Cuál bendeciría
el fruto sazonado de su mimo!
¡Cuántas veces me dijo en profecía:
«Ese vástago tierno, amado esposo,
que ves envuelto en fajas y mantillas,
le verás en sotana y en manteo
con los doctores disputando un día!»

---

(1) No todos están obligados á saber que decurión en las aulas de latinidad es el que toma la lección á otros.

Yo no le replicaba una palabra,
¿ni qué Dios se atrevió á contradecirla
mientras vivió? El acero en mis tenazas
no resiste cual ella resistía
al vigoroso impulso de este brazo;
mas ya que en paz reposan sus cenizas,
y la usurpada autoridad paterna
he vuelto á recobrar en mi familia,
has de saber, mancebo, que tu patria
industria, no argumentos, necesita.
Esos fornidos brazos y ancho pecho,
esas aventajadas pantorrillas
no te las concedió naturaleza
para inútiles lides sabatinas.
Quiero, pues, que al trabajo el hombro arrimes
que encorves al oficio la costilla,
y al golpe acompasado de los mazos
forjes el hierro y la ambición reprimas.
(Vase.)

JUANA. Si una débil mujer de un docto amante
merece en su aflicción ser atendida,
dime: ¿qué negra trama, fementido,
qué atroz proyecto es ese que meditas?
¿Olvidaste tal vez los juramentos,
las palabras de esposo repetidas?
¿Quieres tirando, ingrato, por la Iglesia
evitar el empeño de cumplirla?

ESCOLAR. Al réspice colérico de un padre
seguir plañendo un treno la querida,
es para darse un sabio á más demonios
que en el desierto tentaciones pintan.
Si entre los juegos de inocente infancia
Amor el alma tuya unió á la mía;
si de velo ha servido á mi ternura
el achaque dichoso de ser prima;
si este importuno misterioso velo
no puede descorrerse todavía;
si el Dómine, mi tío y padre tuyo,
era capaz de desollarte viva;

si yo por la carrera literaria
no pretendo trepar con otra mira
que ofrecerte un marido empenachado
de roja, azul ó bicolor divisa,
¿á qué santo en tu boca ese puchero
los pliegues de la angustia multiplica?

JUANA. ¡Ay, perdona en tu amante estos temores!
¡Mi corazón desgracias pronostica!
Y al acordarme del funesto sueño
que anoche tuve, el moño se me eriza.
Por un palacio gótico encantado
vagar me pareció que te veía.
Tristes fantasmas de los hondos átrios
á recibirte en procesión salían,
y en torno á tu persona gravemente
mil ceremonias mágicas hacían.
Entonces una música discorde
comenzó, y una horrenda gritería;
sonajeros, silbatos y zambombas,
rugidos y baladros mil se oían.
Luego un combate bárbaro se traba;
espectro contra espectro brama y lidia.
Largo tiempo te busco en la refriega,
hasta que te presentas á mi vista;
pero ¡en qué estado, cielos! sin cabeza,
y en su lugar inflada una vejiga,
que, dando un estampido, en humo denso
envuelve el mundo y oscurece el día.
Al despertar aún el hedor de azufre
mis turbados sentidos ofendía.

ESCOLAR. Los sueños son ahítos declarados,
por más que Homero lo contrario diga,
y agüeros tales la razón destruye,
ó una taza de anís con manzanilla.

. . . .

NOTA. Lo restante de este drama no ha llegado á manos del Editor (1).

(1) Esta nota viene desde la primera edición de 1832. *(Nota del Editor.)*

LA HECYRA DE TERENCIO[1] • • COMEDIA EN CINCO ACTOS • • • • • •

PERSONAS

Lacis, *viejo, padre de*
Panfilio, *joven.*
Fidipo, *viejo.*
Parmenio, *criado de* Panfilio,
Sosia, *criado.*
Sostrata, *mujer de* Lacis.
Mirina, *mujer de* Fidipo.
Baxidia, *cortesana.*
Filocia, *ídem.*
Sira, *vieja, confidenta de ésta.*

El teatro representa una plazuela delante de las casas de los interlocutores.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

La joven Filocia *y la vieja* Sira.

Filocia. ¡Qué pocos enamorados
guardan á sus damas fe!
¡Cuántas veces no escuché
juramentos reiterados
á Panfilio, y protestar
á su Baxidia querida
amarla toda la vida,
jamás esposa tomar!...
Á pesar de esto, casó,
á Baxidia abandonando.

---

(1) En el año de 1828, y estando en la cárcel, me ocurrió hacer esta traducción para que los que no han malgastado el tiempo en aprender el griego ó el latín puedan formar una idea del teatro romano y griego. Elegí esta comedia de Terencio, por ser la menos libre y licenciosa, aunque intervienen en ella, como en casi todas las de aquellos tiempos, mujeres de mala vida. Pero las costumbres de éstas también se hallan retratadas por los modernos poetas y prosistas de nuestros mejores siglos, como los Argensolas, Quevedos y Cervantes, cuyas obras todos leen sin escrúpulo ni inconvenien-

SIRA. ¿Por qué te estoy predicando
incesantemente yo?
¡Engaña, pela, desuella,
arruina sin compasión!
FILOCIA. ¿Y á todos sin excepción?
SIRA. ¿Cuál es acreedor á ella?
Todos por un fin proceden
con vosotras, en verdad,
que es lograr su liviandad
lo más barato que pueden.
¡Ay de ellos si yo lograra
que el cielo pusiera un día
en ti la experiencia mía,
ó en mí tu edad y tu cara!

ESCENA II

DICHAS *y el criado* PARMENIO.

PARMENIO. Si viene el amo mayor
y preguntase por mí,
decidle que en busca fuí
de Panfilio, mi señor.
(Al salir de su casa.)
¡Oh Filocia, bien venida!
Mas dime: ¿cómo y por qué
tiempo hace no te se ve?
¿Dónde has estado metida?
FILOCIA. Á Corinto un militar
me llevó, donde he pasado
lo que un genio condenado
hace en dos años penar.

---

te; y si hay padres de familia que prohiban á sus hijos la lectura del *Quijote*, porque no vean en camisa á Maritornes, no lograrían su fin con tan necia prohibición, si no les prohibían también leer nuestro Diccionario de la Lengua y los diez mandamientos de la ley de Dios en nuestro Catecismo. La inconsecuencia de todos los siglos es el campo más vasto y más curioso para la meditación.

PARMENIO. De Atenas te acordarías
más de una vez, á mi ver.

FILOCIA. Suspiraba por volver
mil veces todos los días.
Aquel tiempo recordando
que en alegre libertad
gocé vuestra sociedad
en la mesa bromeando,
porque con el militar
ni abrir el pico podía.

PARMENIO. Pues eso á ti te sería
bien difícil de llevar.

FILOCIA. Mas dime: ¿qué hay por acá?
Pues Baxidia me ha contado
que ya el amo se ha casado.

PARMENIO. ¡Casarse el amo! ¡Pues ya!

FILOCIA. ¿Que no es cierto que casó?

PARMENIO. Aún no es la cosa segura.

FILOCIA. ¡Plegue al cielo y dé ventura
á Baxidia! pero yo
no lo puedo comprender:
acábate de explicar.

PARMENIO. Excusado es preguntar.

FILOCIA. No lo deseo saber
para hacer conversación
sobre el asunto, á fe mía.
Averiguarlo quería
para mi satisfacción.

PARMENIO. Por sólidas y sencillas
razones que puedas dar,
no me resuelvo á fiar
de tu lengua mis costillas.

FILOCIA. Pues yo comienzo á inferir,
aunque lo quieras negar,
que aun más que yo el escuchar,
lo deseas tú decir.

PARMENIO. ¡Me ha calado esta mujer!
¡Es el defecto que tengo!

Á decirlo me convengo,
pero en secreto ha de ser.

FILOCIA. ¡Se supone! Empiece el cuento.

PARMENIO. Cuando más enamorado
el amo Panfilio ha estado
de Baxidia, fué el momento
en que al padre le ocurrió
que el hijo esposa tomase,
diciendo considerase
mil razones que le dió;
siendo éstas, en conclusión,
que por su vejez, del chico,
único heredero y rico,
quería ver sucesión.
No pudo al hijo vencer,
que indeciso se veía
el muchacho cada día
entre el amor y el deber.
Pero la tenacidad
del viejo logró ablandarle,
y se apresuró á casarle
aquí en nuestra vecindad.
Cuando él con la novia en casa
se halló, fué tal el despecho
del disparate ya hecho,
que es toda expresión escasa.
¡Baste decirte que creo
que si Baxidia le hubiera
visto, le compadeciera!
«¡Ay, Parmenio, ahora lo veo!
(me decía el desdichado
siempre que á solas me hablaba):
¡Me he perdido! ¡No miraba
la sima en que me he lanzado!»

FILOCIA. ¡Mal haya quien le ha metido
en ese despeñadero!

PARMENIO. En fin, él vivió soltero;
con la novia aún no ha dormido.

FILOCIA. Cosa es esa harto notable
y extraña á mi parecer,
pero hacérmela creer
aún fuera más admirable.

PARMENIO. Que fuera creíble á ti
también admirara yo.

FILOCIA. Mas luego ¿qué sucedió?

PARMENIO. Panfilio me dijo así:
«Abusar de la inocencia
de mi esposa, no es razón,
ni ofender su estimación.»

FILOCIA. Digo que tiene conciencia.

PARMENIO. «La vida que hago con ella
tampoco es bien publicar,
ni es bien divorcio intentar
contra la amable doncella.
Por lo tanto, sólo cuento
para la separación,
con lo que al fin su aversión
haga, ó su convencimiento.»

FILOCIA. ¿Y á Baxidia visitaba
mientras esto sucedía?

PARMENIO. Por supuesto; ningún día
de ir á su casa dejaba.
Mas con ella sucedió
lo que de presumir era:
hízose maligna y fiera
cuando casado le vió.

FILOCIA. Eso no era de extrañar.

PARMENIO. Pues consiguió únicamente
que de ella insensiblemente
se llegase á fastidiar.
Sus costumbres comparaba
procaces y descompuestas,
con las amables y honestas
de la que en casa encontraba;
cuyo porte decoroso,
tanta afrenta tolerando,
estaba siempre ocultando

la conducta de su esposo.
La virtud, por precisión,
quedar triunfante debía,
por el contraste que hacía
el vicio en su inmediación;
pero sucede la muerte
de un pariente de la casa
en Tracia; su herencia pasa
al amo, es herencia fuerte;
por tanto, el viejo encargó
á Panfilio esta incumbencia,
que sólo por obediencia
bien á su pesar marchó.
Y desde tal incidente,
su esposa aquí con la madre
de Panfilio quedó; el padre
lo más del tiempo está ausente.
Tal afición ha tenido
mi amo el mayor á la vida
del campo, que se le olvida
volver siempre que se ha ido.

FILOCIA. No advierto en lo que has hablado
lo ambiguo del casamiento.

PARMENIO. Déjame acabar el cuento:
no bien solas se han hallado
y juntas la suegra y nuera,
cuando ésta de tal manera
con la otra se ha enemistado,
que ni se hablan ni se ven;
no porque se haya advertido
en casa que hayan reñido,
pero se conoce bien;
pues cuando el ama mayor
á la nuera quiere hablar,
ésta se suele escapar
llorando ó de mal humor.
Finalmente, se ha marchado
con pretexto ú ocasión
de no sé qué devoción,

y en su casa se ha quedado.
Y á pesar que mandó el ama
por ella, no ha parecido;
antes bien, han respondido
que está indispuesta en la cama.
Ya con ocasión tan grave
la suegra á verla pasó,
mas ni aun se la recibió.
El amo viejo lo sabe,
y del campo se ha venido,
y al momento que ha llegado
al padre de ella ha buscado;
no sé en qué habrán convenido,
ni hay más, con que hasta después.

FILOCIA. Yo de un forastero estoy
citada, y también me voy.

PARMENIO. ¡Buena manderecha pues!

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

LACIS, *viejo, y* SOSTRATA, *su mujer.*

LACIS. ¡Válgate Dios por mujeres!
¡Intrigas, conspiraciones,
y sólo contradicciones
en la menos mala esperes!
En todas ellas verás
odios de suegras á nueras,
de esposa á esposo quimeras,
y en cuanto á ceder, jamás.
Todas el brío ejercer
en tan maldita palestra
saben, y si es que hay maestra,
debe serlo mi mujer.

SOSTRATA. Pues ¡desventurada yo
que ignoro por qué razón

es esa reconvención
tan violenta!

LACIS. ¿Cómo no?

SOSTRATA. ¡Tan cierto el cielo á los dos
en unión, prosperidad
nos conceda y larga edad!

LACIS. ¡Eso no lo quiera Dios!

SOSTRATA. Te convencerás muy presto
de que sin causa me acusas.

LACIS. Pero bien: ¿cómo te excusas
De un hecho tan manifiesto
con que nos has deshonrado
á todos, y por el cual
el disgusto más fatal
á tu hijo has preparado?
¿No es preciso que esto aflija
á los deudos, que sentidos
estarán, y arrepentidos
de habernos dado á su hija?

SOSTRATA. ¿Y yo la culpada soy?

LACIS. Tú, que sin duda has creído
que es un leño tu marido,
y porque en el campo estoy
debo ignorar lo que pasa;
y entendido has de tener
que no dejo de saber
todo cuanto hacéis en casa.
En ello el honor me va,
y por lo mismo hace días
supe cómo aborrecías
á la pobre chica ya.
Esto en ninguna manera
admiración me ha causado;
antes me hubiera admirado
que otra cosa sucediera.
Pero nunca presumí
que la casa abandonara,
porque entonces lo evitara
sacándote de ella á ti.

Que no he de estar yo viviendo
en el campo únicamente,
porque más holgadamente
puedas tú estarlo luciendo;
sin que por ti, ni aun siquiera
haya la correspondencia
de tener condescendencia
con las gentes que yo quiera.

SOSTRATA. Digo que no es obra mía
ni culpa lo sucedido.

LUCIS. Sí tal; pues sola tú has sido
quien con la nuera vivía.
¿Y vergüenza no te da
de estar en continua riña
con una inocente niña,
siendo tú una vieja ya?
aunque á la niña la culpa
echar tu malicia quiera...

SOSTRATA. No es culpable nuestra nuera,
ni busco yo tal disculpa,
ni es posible imaginarse
en ella otro fin en esto
que el de tener un pretexto
para con su madre estarse.

LACIS. ¿Pues por qué no te dejaron
entrar cuando á verla has ido?

SOSTRATA. Que se había recogido
fué lo que me aseguraron.

LACIS. La enfermedad que ella tiene
son tus malos tratamientos;
porque hacéis los casamientos
según el antojo os viene.
¿Y para qué los hacéis?
Para que si se os antoja,
y la elegida os enoja,
por la escalera la echéis.

ESCENA II

DICHOS *y* FIDIPO, *viejo.*

FIDIPO. Conozco mi autoridad *(Al salir de su casa.)*
para obligarla á lo justo,
y si la doy ese gusto
es pura benignidad.
LACIS. El consuegro viene allí;
quiero hablarle francamente:
Fidipo, aunque hay ciertamente
bondad excesiva en mí,
no para perjudicar
á los otros, y si fuera
tal tu conducta, no hubiera
males que hay que remediar.
Pero tú estás entregado
al arbitrio enteramente
de otros, y completamente
por tu familia mandado.
FIDIPO. ¡Cómo! ¿Yo estoy en el caso?...
LACIS. Ya te he hablado del asunto
de la nuera, en cuyo punto
no adelantamos un paso.
No es regular ni acertado
entre parientes haber
quejas ocultas: saber
quiero en lo que hemos pecado.
O te desengañaremos,
ó pediremos perdón,
y en cualquiera acusación
que haber pueda, juez te hacemos.
Si á la chica retenéis
por causa de enfermedad,
no hay motivo, y en verdad
notable injuria me hacéis:
no ha de estar mejor cuidada
la muchacha entre vosotros
que lo será por nosotros;

y no te pondero nada
si te digo y si te juro,
que tu que su padre eres,
no la estimas ni la quieres
más que yo, y aun te aseguro
que el bienestar de mi hijo
conozco que en ello va;
ni sé lo que de él será
si con tal nueva le aflijo.
Ella, pues, que se resuelva
ó á trasladarse al momento,
ó á dar un gran sentimiento
al marido cuando vuelva.

FIDIPO. Lacis, conozco y confieso
vuestra honradez y bondad,
y que dices la verdad,
y que es justo todo eso.
De instar á que vuelva cuido,
si es que lo puedo lograr.

LACIS. ¿No se lo puedes mandar?
¿Acusa ella á su marido?

FIDIPO. No por cierto; diferente
es su ánimo pues su instancia
es no dejar nuestra estancia
mientras su esposo esté ausente.
Otro es el autor del mal;
yo, incapaz de hacer violencia,
tengo esta condescendencia.

LACIS. ¡Digo, Sostrata, qué tal!

SOSTRATA. ¡Cuán desventurada soy!

FIDIPO. Ved lo que es más conveniente
en el asunto presente,
y pues ya es hora en que hoy
debo un asunto evacuar
con precisión en la audiencia,
me voy con vuestra licencia.

LACIS. Yo te quiero acompañar.

ESCENA III

SOSTRATA *sola.*

¡Es fuerte cosa en efecto
que en cualquier lance ha de ser
la culpada la mujer
del marido en el concepto!
Y aunque haya alguna acreedora
á tan inicua opinión,
lo que es yo, bien sin razón
me veo acusada ahora.
Pero ¿quién de la mollera
saca á mi esposo la idea
de que toda suegra sea
enemiga de su nuera?
Tan al revés sucediendo
con la que nos ha tocado,
que más no la hubiera amado
hija mía propia siendo.
Ni yo de donde provenga
el disgusto suyo veo,
y así lo que más deseo
es que mi Panfilio venga. *(Vase.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

PANFILIO *y* PARMENIO.

PANFILIO. No es posible se haya dado
un hombre á quien el amor
haya tratado peor
que á mí, mal aventurado!
¿Por qué yo no conseguí
la vida en el mar perder?
¿Por qué á mi casa volver
con tal ansia apetecí?

¿No hubiera sido mejor
un naufragio y un desierto,
que hallar en seguro puerto
un infortunio mayor?
Todo el tiempo que ha tardado
en saberse una desgracia,
es para el hombre una gracia
que el cielo le ha dispensado.

PARMENIO. Antes, señor, el saber
que hay esta desavenencia
conduce á que tu prudencia
logre remedio poner.
A más pudiera llegar
si tardaras en venir;
mas tu vuelta en mi sentir
las ha de tranquilizar.
El mal ya sabes cual es,
sabes de donde proviene,
sabes cual remedio tiene;
¿por qué te acongojas, pues?

PANFILIO. ¿Qué consuelos bastarían
á vencer tanto pesar?
antes de esposa tomar
otros lazos me envolvían.
Los tormentos padecidos
¡quién los puede encarecer!
ni lo que es lazos romper
al corazón tan asidos!
De mi padre respeté
la lección, obedecí:
y así que un lazo rompí
y apenas otro formé,
cuando repentinamente
me obligan á destrozar
el que debiera enlazar
mi existencia eternamente.
O á mi madre ó á mi esposa
es fuerza que halle culpable:
es fuerza ser miserable

en la alternativa odiosa.
Por el deber dirigido
soy al respeto filial:
por el amor conyugal
opuestamente impelido.
Mi esposa nuevos derechos
á mi afecto está ganando,
mis liviandades callando
y tantos desaires hechos.
¿Por qué separó el rencor
personas que debo amar?
¿Cómo se puede inflamar
incendio de tal furor?

PARMENIO. No tanto como tú piensas
será tal vez, pues bien sabes
que no siempre enojos graves
suponen graves ofensas:
tal vez cosa que no altera
al que tiene buen humor,
á otro de genio peor
lo exalta y lo desespera.
Los niños para enojarse
leve causa han menester,
y al niño con la mujer
puede en genio compararse;
quizá una palabra sola
todo el mal ha producido.

PANFILIO. Entra á decir que he venido.
(A la casa de su mujer.)

PARMENIO. Se escuchan lamentos... ¡hola!

PANFILIO. ¡Calla! y subir y bajar...

PARMENIO. Más cerca puedes venir.

PANFILIO. ¡No chistes! oigo gemir.

PARMENIO. Hablas tú, y mandas callar.

PANFILIO. De la madre de mi esposa
es la voz: no estoy en mí.

PARMENIO. Pues ¿qué infieres tú de ahí?

PANFILIO. ¡Qué aprensión tan horrorosa!

PARMENIO. No comprendo este suceso.

PANFILIO. ¡Misteriosa cosa es esta!
PARMENIO. Que tu esposa está indispuesta
se ha sabido, y será eso.
PANFILIO. ¿Y no decirlo, por qué?
PARMENIO. Porque tiempo no me has dado.
PANFILIO. ¿Y qué mal es?... ¿han llamado
algún médico?
PARMENIO. No sé.
PANFILIO. Pero ¿por qué me detengo
en irlo yo á averiguar?
(*Entra* Panfilio.)
PARMENIO. Entra solo: que el yo entrar
por inoportuno tengo.
No nos miran bien aquí,
ni admitida mi señora
fué, y si la enferma empeora,
(¡no lo quiera el cielo así,
por bien del amo también!)
quizá digan que el criado
algún tósigo ha dejado.
Reviente con uno quien
sea de tal chisme autor,
antes que llegue á lograr
al ama que sentir dar,
y á mí con cosa peor!

ESCENA II

SOSTRATA, PARMENIO, *y luego* PANFILIO.

SOSTRATA. He notado rato ha
extraordinario bullicio
en la casa, y hago juicio
que peor la enferma está:
resuélvome á entrarla á ver.
PARMENIO. Señora, ¿á qué quieres ir
otro desaire á sufrir?
SOSTRATA. ¡Ay Parmenio! ¿qué he de hacer,
cuando del hijo la esposa,

enferma de gravedad
está, y en la vecindad?

PARMENIO. No hacer semejante cosa.
¡A quien nos odia, buscar!
dos simplezas juntas son:
una, ir á dar desazón;
otra, el tiempo malgastar.
Además, tu hijo entró allá
al instante que llegó.

SOSTRATA. ¿Panfilio vino? ¡así yo,
comienzo á respirar ya!

PARMENIO. Entrar con él no he querido
para que puedan hablar
á solas, y ella contar
todo cuanto aquí ha ocurrido.
Pero ya salir le veo,
y muestra estar afligido.

SOSTRATA. ¡Hijo mío! bien venido.

PANFILIO. ¡Madre! salud os deseo.

SOSTRATA. ¿Y cómo se halla tu esposa?

PANFILIO. Aliviada en algún tanto.

SOSTRATA. ¿A qué es pues, ese tu llanto?

PANFILIO. Con causa bien poderosa.

SOSTRATA. ¿Algún síntoma peor?

PANFILIO. Túvolo efectivamente.

SOSTRATA. ¿Hay fiebre? ¿es intermitente?

PANFILIO. Se juzga. Hacedme el favor
de ir á casa, al punto os sigo.
Tú, Parmenio, ve al paraje
donde cargan mi equipaje,
y haz que se vengan contigo.

PARMENIO. ¿Pues qué falta hago yo allí?
Tus criados que allá están,
¿el camino no sabrán?

PANFILIO. ¿Qué? ¿aún te detienes aquí?

(*Vase* Parmenio.)

ESCENA III

PANFILIO, *solo.*

¡Ni aun cuenta me sé yo dar
de lo que mis ojos vieron,
estos oídos oyeron,
y no me es dado dudar!
lo que en salirme tardé
de aquella odiosa mansión,
¡ay! para mi confusión,
para mi oprobio harto fué.
Aunque alegres las criadas
gritaron al verme «¡él es!»
sobrecogidas después
vi quedarse y demudadas.
A la que corrió á avisar
en hora mala seguí,
y así tiempo no la di,
para el crimen ocultar.
La escandalosa dolencia
de la culpable doliente
y el fruto de ella igualmente,
vi para más evidencia.
De la criminal mujer
la madre desventurada,
á mis pies arrodillada
me impidió retroceder.
¿Quién no compadecería
Una tan noble señora,
que tan abatida ahora
por la suerte se veía?
Con notable variación
somos humildes ó altivos,
según nos cercan motivos
de angustia ó satisfacción.
Referirme la escuché,
que su hija antes de casada
sorprendida y violentada,

sin saberse por quién fué.
Y habiendo después temido
su embarazo publicar
se resolvió á abandonar
la casa de su marido:
á quien hoy la suerte trae,
en la hora más fatal,
á descubrir todo el mal
que sobre su honor recae.
«¡Ay Panfilio!» me decía
esta madre en su aflicción:
«tuya es ya la estimación
de esa infelice, y la mía.
Si ella antes manifestarte
supo indulgencia y bondad,
manifestar la piedad
puedes sin perjudicarte.
No exige habitar contigo,
ni que del niño te encargues,
sino que un secreto guardes
de que eres sólo testigo.
El tiempo que en apariencia
ha durado vuestra unión,
da suficiente ocasión
para salvar su inocencia (1).
Mas Parmenio vuelve ya:
si no le alejo de aquí,
el secreto que ofrecí
en mucho peligro está.

---

(1) Este soliloquio, aun más largo en el original, no es muy conforme á las reglas y práctica del actual teatro. — *(Nota del traductor.)*

ESCENA IV

PARMENIO, *criado*, SOSIA, *idem*, PANFILIO.

PARMENIO. ¿Con que tan incomodado
has venido en el viaje?
SOSIA. No hay palabras ni lenguaje
con que sea ponderado.
PARMENIO. ¿Y cual era la razón?
SOSIA. Por supuesto has de contar
que ya por sí el navegar
es detestable invención.
Bienaventurado, á fe,
llamarte puedes, si el cielo
lograr te deja el consuelo
de ir á morir por tu pie.
Pues para mi en treinta días
que rodé entre olas y vientos,
fueron todos los momentos
otras tantas agonías.
PARMENIO. Mal rato es preciso fuera.
SOSIA. Tan malo, que si embarcar
me volvieran á mandar,
primero de aquí me huyera.
PARMENIO. Eso lo sabes tu hacer
con menor causa antes de hoy:
mas ve adentro, que á ver voy
si algo el amo ha menester.
Señor, ¡qué! ¿aun estás aquí?
PANFILIO. Sí, porque enviar es preciso
al puerto, á dar un aviso.
PARMENIO. ¿Y á quién envías?
PANFILIO. A ti.
PARMENIO. ¿De aquí hasta el puerto he de ir?
PANFILIO. A Calidemo, mi amigo,
busca: él hoy llegó conmigo.
PARMENIO. Sin duda el amo al venir
de naufragio amenazado,
hizo una promesa al cielo

en pisando el patrio suelo,
de reventar un criado.

PANFILIO. Echa á andar ¿qué te detiene?

PARMENIO. ¿Ningún recado he de darle?

PANFILIO. Sí: que yo no iré á buscarle.

PARMENIO. Díme las señas que tiene.

PANFILIO. Alto y obeso bastante,
bermeja la cabellera,
ojos verdes, y á manera
de calavera el semblante.

PARMENIO. En hora mala viniese!
y ¿espero hasta que parezca,
si no está allí, aunque anochezca?

PANFILIO. Sí, corre.

PARMENIO. ¡Ojalá pudiese!

PANFILIO. Ya marcho: yo ahora ¿qué haré?
veo á mi padre venir
con el suegro: qué decir,
ni cómo portarme sé.

ESCENA V

LACIS, FIDIPO *y* PANFILIO.

LACIS. Pues tu hija se convino
en que á casa volvería,
en sabiendo que venía
mi hijo, venga, que ya vino,
según acabo de oír:
pero él mismo es el que veo.

PANFILIO. A los dos salud deseo.

LACIS. ¡Ya era tiempo de venir,
hijo! y en primer lugar,
¿cómo queda nuestro asunto?
¿qué deja el primo difunto?

PANFILIO. Supo vivir y gastar,
y los sabios verdaderos,
tras buena vida en mil modos,
mueren bien quistos de todos,

menos de sus herederos:
sentencia al primo aplicable.
LACIS. ¿Con que tú por toda herencia
nos traes una sentencia?
Pero antes que otro te hable,
aquí el suegro te dirá
cómo se empeñó en querer
consigo á su hija tener;
pero hoy la devolverá.
PANFILIO. Sé todo lo que ha pasado,
y de qué modo pasó:
todo se me refirió
al momento que he llegado.
LACIS. ¡Maldición en el chismoso
que ni le va ni le viene,
y en este asunto interviene,
de nuestra paz envidioso!
PANFILIO. Yo, padre, tengo el consuelo
De que motivo no he dado
para ser así tratado:
de esto al testimonio apelo
de la misma interesada.
Ella que injusta es conmigo,
á confirmar lo que digo
es por conciencia obligada.
Mas pues la es intolerable
de mi madre la presencia,
y que tal desavenencia
reconciliar no es probable,
yo, pues vivir me es forzoso,
ó sin madre ó sin mujer,
no á mi gusto he de atender,
sino á ser hijo piadoso.
LACIS. Compláceme y te hace honor
ese modo de pensar;
pero dejarte llevar
tal vez puedes del rencor.
PANFILIO. Rencor no es posible en mí,
que ella no lo ha merecido

de mí, ni á mí me ha ofendido
mientras con ella viví.
Confieso tenerla amor,
y que si seguir pudiera
unido con ella, fuera
para mí el placer mayor,
y toda felicidad.
Y más que hasta hoy la deseo
libre de un lazo que veo
roto por necesidad.

FIDIPO. Impedirlo está en tu mano.

LACIS. Hijo, si en tu juicio estás,
ve y tráela, y no hablemos más.

PANFILIO. Ya no hay remedio en lo humano. *(Vase.)*

LACIS. ¿A dónde vas? ven aquí:
estáte aquí: ¿á dónde vas?

FIDIPO. El es terco hasta no más.

LACIS. ¿Por qué yo tanto insistí
en que la chica volviera?
¿lo ves? yo bien conocía
cuánto él se resentiría.

FIDIPO. ¡Tal manía no creyera!
¿piensa que le he de rogar?
se engaña muy neciamente.

LACIS. También tú excesivamente
te comienzas á irritar.

FIDIPO. ¡Vaya que el mozo ha venido
orgulloso hasta lo sumo!
mucho esa herencia, presumo,
á entrambos os ha engreído.

LACIS. ¿También la tomas conmigo?

FIDIPO. En fin, ó se ha de juntar
hoy, ó se ha de divorciar
al punto, y nada más digo. *(Vase.)*

LACIS. Fidipo, aguarda, oye, ¡pues!...
¡Se escapó también! ¡hay tal!
mas también yo hago muy mal
en tomar tanto interés.
Riñan ellos entre sí,

que harto tengo yo que hacer
en reñir con mi mujer,
y á buscarla desde aquí
voy, y no me ha de quedar
tempestad que no la diga,
que ella es causa de esta intriga,
y yo me he de desahogar.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

MIRINA *y* FIDIPO.

MIRINA. Sálgome por si evitar
puedo hablar á mi marido
que al niño recién nacido
oyó sin duda llorar.
Si se empeña en preguntarme,
qué responderle no sé,
y al cabo no lo evité
pues aquí viene á buscarme.
FIDIPO. Escucha, atiende, mujer.
MIRINA. ¿Quién me grita? ¡ah! es mi marido.
FIDIPO. Sí, marido tuyo he sido,
ya un muñeco debo ser,
un mueble, una baratija
inútil, un nadie en casa,
que ignora cuanto aquí pasa,
hasta el parto de su hija.
¿Por qué le habéis ocultado?
¿A qué ese misterio ha sido,
cuando derecho ha venido
y á su tiempo señalado?
Por voluntariosa y dura
de cabeza, por tenaz,
de dejar eres capaz
perecer la criatura,

cuyo nacimiento viene
á ser feliz ocasión
de una reconciliación
que á tu tema no conviene.
Eché la culpa hasta aquí
de esta intriga á la otra casa:
pero al ver ya lo que pasa
echártela debo á ti.
Tú, pues, que me estás haciendo
más tonto de lo que soy,
oye si en el hito doy
y si tus maulas entiendo.
Desde luego te opusiste
á casar á la muchacha;
por tanto al novio la tacha
de disipado pusiste,
y que estaba amancebado,
y que en casa no dormía:
yo antes que tú lo sabía,
pero no tuve cuidado.
Vicio es de la mocedad,
cuya corrección comienza
luego, y de que se avergüenza
uno mismo con la edad.
Pero tú siempre en tus trece,
no has parado hasta lograr
á tu hija descasar
como ya claro aparece.

MIRINA. Lo que aparece es que yo,
que entonces de boda tal,
como madre, opiné mal,
soy la única que acertó.

FIDIPO. ¿Quién te mete en opinar
lo que es mal, ni lo que es bien
en casa? ¿No soy yo quien
la debe de gobernar?
Y en cuanto al mal, no hay tal cosa:
pues nadie puede decir
que le ve entrar y salir

ya en la casa sospechosa.
Y si claro te he de hablar,
sábete que aunque lo hiciera,
si cauta y rara vez fuera,
era de disimular.
El hombre de bien tolere
á otro una debilidad,
por no dar publicidad
y gusto á quien mal nos quiere.
Ni aun buen juicio hiciera yo
del yerno, si de repente
olvidara totalmente
lo que tanto tiempo amó.

MIRINA. Excusado es disculparle,
ni el culparme á mí es del caso:
si quieres salir del paso
debes á solas hablarle:
proponerle que en unión
continúe con su esposa,
y si se niega á tal cosa,
claro es que tengo razón.

FIDIPO. Aunque él eso llegue á hacer
y tú lo hayas advertido,
decidirte no has debido
sin pedirme parecer:
y el juicio de indignación
pierdo al ver tu atrevimiento,
que sin mi consentimiento
pasó á tal resolución.
Y desde ahora te prohibo
sobre el niño disponer...
pero yo haré obedecer
las órdenes que prescribo.
Voy ahora mismo á enterar
á la familia de casa
de lo que en el caso pasa,
y que al niño han de cuidar. *(Vase.)*

MIRINA. ¿Más infeliz situación
que la mía, se dará?

Si tan irritado está
por tan leve presunción,
¿qué hará si llega á saber,
como es fácil, todo el mal,
queriendo con tema tal
al niño reconocer?
Del cual, aun su madre ignora
el padre que tal maldad
cometió en la oscuridad
con resolución traidora.
Y el infame tan sin miedo
de ser conocido huyó,
que á robarla se atrevió
un rico anillo del dedo.

ESCENA II

Sostrata *y* Panfilio.

Sostrata. No dejo de conocer
las presunciones funestas,
que aunque no me manifiestas
contra mí debes tener.
Y debes de sospechar
que mi trato desabrido,
ó mal humor, ha debido
de casa á tu esposa echar.
Pero puedo asegurarte,
que ni con el pensamiento,
á tal aborrecimiento
causa he dado por mi parte,
y que no he desmerecido
la piedad que me has mostrado,
pues tu padre me ha contado
que á tu amor me has preferido.
Quiero mostrarte también
yo mi maternal afecto,
ejecutando un proyecto
que á todos nos está bien.

Al campo á permanecer
con tu padre he de marchar,
á fin de facilitar
que vivas con tu mujer.

PANFILIO. Madre, ¿qué proyecto es ese?
¿por adular sus manías
así te desterrarías?
si yo en eso consintiese,
diera motivo á decir
que no tu mucha bondad,
sino mi perversidad
te había obligado á huir,
forzándote instancias mías
á dejar tus diversiones,
visitas y conexiones
en tus avanzados días.

SOSTRATA. Para mí todo el placer
de esa vida se ha acabado;
¡bastante la he disfrutado!
Ya debo solo atender
á que mi edad avanzada
obstáculo no se crea
al bien de alguno, ni sea
de él mi muerte deseada.
De estorbo aquí estoy sirviendo;
marchándome hago favor
á los demás y á mi honor,
la calumnia desmintiendo.
Voy, pues, hijo mío, á huir
por siempre de una ciudad
donde es virtud y equidad
de nosotras maldecir.

ESCENA III

LACIS, SOSTRATA *y* PANFILIO.

LACIS. Pude oir con claridad
cuanto has hablado, mujer,
y cómo sabes hacer
virtud la necesidad.
Marchémonos, pues, de aquí,
que allá nos toleraremos
lo menos mal que podremos.
SOSTRATA. Espero que será así.
LACIS. Lo que allá quieras llevar
sácalo y ve á disponerte.
SOSTRATA. Voy al punto á obedecerte.
PANFILIO. Padre, lo puede excusar.
LACIS. ¿Por qué se ha de suspender?
PANFILIO. Porque aún yo no he decidido
vivir á mi esposa unido.
LACIS. Pues ¿qué otra cosa has de hacer?
PANFILIO. La unión, aunque la deseo,
no me atrevo á realizar,
porque no se ha de lograr
jamás paz, según preveo.
LACIS. ¡Previsión intempestiva!
Ni al fin caso debe hacerse
de que ellas no puedan verse,
cuando estotra aquí no viva.
Para los mozos, los viejos
son la más empalagosa
compañía y fastidiosa,
y así deben estar lejos.
Tu madre y yo, en realidad,
la fábula y la irrisión
somos ya por precisión
de toda la sociedad.

ESCENA IV

LACIS, PANFILIO *y* FIDIPO.

LACIS. Pero aquí oportunamente
veo á Fidipo venir:
á tu hija puedes decir
que no tenga inconveniente
en volver con su marido,
pues la suegra se ha de ir
por siempre al campo á vivir,
según hemos convenido.

FIDIPO. ¡Ay, Lacis, no es tu mujer
quien este embrollo ha causado!
la mía es quien le ha tramado
y nos trae á mal traer.
Yo, Panfilio, convencido,
la paz quiero establecer;
por tanto, reconocer
la criatura te pido.

LACIS. ¿Qué criatura hay allá?

FIDIPO. Un nieto que hoy nos nació,
pues de tu casa salió
mi hija embarazada ya.
¡Y yo sin haber sabido
una palabra hasta el día!

LACIS. No puedes darme alegría
mayor que en lo referido,
mas, ¡qué especie de mujer
la tuya tan singular,
que en tal noticia ocultar,
se ha podido complacer!
Lo que es tú, Panfilio, ahora
vacilar no puedes ya:
de nueve meses acá,
deseábamos la hora
de ver prole á luz salir
que padre, en fin, te llamase:
quiso el cielo que llegase,

debémosla bendecir.
Ni tienes que replicarme:
júntate con tu mujer.

PANFILIO. Si ella quisiera tener
sucesión mía, ocultarme
que la tiene no debiera:
en hacerlo así, ha querido
renunciarme por marido,
y de todo cargo fuera.

LACIS. ¿No has escuchado que fué
la madre quien la engañó,
y todo el enredo armó
lo cual bien claro se ve?
Que la niña seducir
se dejase, ¿es de admirar?
¿ó quieres mujer hallar
incapaz de delinquir?

FIDIPO. Determínese qué hacemos
de la criatura, pues.

LACIS. Pregunta excusada es:
dádnosla, y la criaremos.

PANFILIO. ¿Yo me tengo de cargar
con un hijo, cuya madre
no confiesa ser yo el padre?

LACIS. ¿Lo quieres al pozo echar?
¡Vaya que es fuerte demencia!
Y pues me obligas á hablar
lo que he querido callar
de tu suegro en la presencia;
yo tus lágrimas advierto,
y el motivo y la razón
de tu terca obstinación
no se me oculta por cierto.
Al principio te negabas
á recibir la mujer,
con pretexto de saber
que á tu madre incomodabas.
Tu madre á marchar se presta,
y ahora la excusa has buscado

de que el hijo te ha ocultado
la madre, por salir de ésta.
Harto tiempo toleré
que amancebado vivieses
y enormes gastos hicieses:
entonces te perdoné;
pero veo con dolor
que ya después de casado
sigues embarraganado
con insolencia mayor.
Testigo de ello es tu esposa,
que te abandonó por eso.

FIDIPO. Cierto: tal es el suceso.

PANFILIO. Yo juro que no hay tal cosa.

LACIS. Pues únete á tu mujer,
ó da una excusa plausible.

PANFILIO. Uno y otro es imposible
en este momento hacer.

LACIS. Pues bien, aún menos exijo:
á un pobre niño inocente
de todo indudablemente,
reconócele por hijo.

PANFILIO. Padre, márchome de aquí;
que es infeliz situación
oir vuestra reconvención,
sin poder volver por mí. *(Vase.)*

LACIS. ¿Qué, te vas sin responderme?
¿estás en tu entendimiento?
pues bien, Fidipo, al momento
el niño quiero traerme.

FIDIPO. Luego te será entregado
pero á fe que no me admira
ya el sentimiento y la ira
que mi mujer ha mostrado.
No toleran con paciencia
tal agravio las mujeres,
sin duda estos procederes
motivaron la pendencia;
siempre ella tuvo estas quejas,

pero yo no la creía.
LACIS. Y bien, Fidipo, en el día
¿qué es lo que tú me aconsejas?
FIDIPO. Que llames á esa bribona,
la ruegues, y aun la amenaces
en términos eficaces
si ese trato no abandona. *(Vase.)*
LACIS. ¡Mozo! aquí en la vecindad
una tal Baxidia habita:
di que se la necesita
á la mayor brevedad.

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

BAXIDIA *y* LACIS.

BAXIDIA. Asunto grave será
el que le obliga á llamarme;
y creo no equivocarme
en el motivo que habrá.
LACIS. Á no dejarme llevar
de mi genio he de atender,
que puedo echar á perder
lo que no pueda enmendar.
¡Baxidia, muy bien venida!
La causa habrás inferido
por qué llamarte he querido,
pues no te es desconocida.
BAXIDIA. Si temí venir acá
es por la mala opinión
que mi nombre y profesión,
no mi conducta, me da.
LACIS. No temas, si eso es verdad:
ni los nombres ni las cosas
que llaman escandalosas,
lo son ya para mi edad.
Prescindiendo de opiniones,

el compás de la prudencia
fijar quiero en la experiencia
para medir las acciones.
Sin saber si lo mereces,
ofenderte injusto fuera,
y á saber mi juicio espera
si eres buena y serlo quieres.

BAXIDIA. Esa es justicia derecha,
pero muy de agradecer;
que otros la suelen hacer
despues de la ofensa hecha.
Ea, ¿qué quieres de mí?

LACIS. Que mi hijo de ti se aparte...
¡no empiecés á acalorarte!
tu amistad le permití...
¡déjame hablar! se ha casado,
y á ti te es ya indispensable
buscar trato más durable,
cuando aún estás en estado;
pues ya ves que esta amistad
con el tiempo has de perder,
y encontrar no has de poder
otra entonces por tu edad.

BAXIDIA. ¿Mas quién decirlo ha podido?

LACIS. El suegro, que incomodado
ni la hija nos ha entregado,
ni al nieto ha reconocido.

BAXIDIA. Falso es, y haré juramento,
y si otra fórmula hubiera
que fe á mi dicho añadiera,
usara de ella al momento.

LACIS. Me das suma complacencia,
y te creo desde luego;
pero para mi sosiego
conviene otra diligencia.
El favor te he de deber
de en aquella casa entrar,
y á suegra y á nuera hablar
y hacer tu inocencia ver:

esto las ensanchará
á entrambas el corazón,
y á ti de una acusación
tan grave te librará.

BAXIDIA. Voy; mas ninguna en mi juicio
á dar satisfacción fuese
á la mujer que la hubiese
en amor hecho perjuicio.
Mas Panfilio, á quien amé,
verá la familia entera,
verá mi amistad sincera,
que injusta conmigo fué.

LACIS. Baxidia, ese ofrecimiento
me pone tan de tu parte,
que quisiera pruebas darte
de nuestro agradecimiento.
Ve, pues, y haz como te digo:
verás tú también desde hoy
como para amigo soy
mejor que para enemigo. *(Vase* Baxidia.)

ESCENA II

FIDIPO *y* LACIS.

LACIS. Por cuanto hay santo ha jurado
Baxidia inocente estar.

FIDIPO. Estas se saben burlar
de todo lo más sagrado.

LACIS. Mira, Fidipo, supuesto
que equivocarnos pudimos
cuando culpables creímos
á nuestras mujeres de esto,
también equivocación
puede haber tal vez ahora,
creyendo á Baxidia autora
de toda la desazón.

FIDIPO. Contigo habla eso: que á mí
tales cargos no hay que hacer,

pues no me han hecho creer
los disparates que á ti.

ESCENA III

PARMENIO *y* BAXIDIA.

PARMENIO. Conozco en esta ocasión
el poco aprecio que hará
de mí el amo, pues me da
tan inútil comisión.
Hasta el puerto me hace ir
corriendo, por no perder
la ocasión de al hombre ver,
que á tal punto ha de acudir.
Allí sin pestañear,
y dando gritos me estoy:
«¿sois de fuera? ¿llegáis hoy?
¿queréis á Panfilio hablar?
¿Calidemo es vuestro nombre?»
todos me echan á paseo,
ni yo por lo visto creo
que hay en el mundo tal hombre.
BAXIDIA. Tu llegada, amigo, ser
más á tiempo no pudiera:
ve al amo de una carrera.
PARMENIO. ¿A que me manda correr?
BAXIDIA. A que venga al punto aquí.
PARMENIO. ¿Y no le digo otra cosa?
BAXIDIA. Dile tambien que su esposa,
á quien en su casa vi,
conoció inmediatamente
el anillo que él me dió,
por ser el que ella perdió.
PARMENIO. ¿Sin darle otro antecedente?
BAXIDIA. Para él es demasiado,
tú no debes saber más;
pero ¿parado te estás?
PARMENIO. No: porque á estarme parado

se opone la estrella mía,
que es andar hoy en un pie,
yendo sin saber á qué
donde cualquiera me envía. *(Vase* Parmenio.)

BAXIDIA. ¡Qué de bienes ocasiona
á Panfilio mi presencia!
corta la desavenencia,
la unión y paz proporciona;
un hijo le restituyo
al oprobio abandonado,
ó á la muerte destinado
por el mismo padre suyo;
le devuelvo una mujer
á quien con furor amaba
y que el honor le obligaba
á odiar y no poseer.
Le libro en fin del ultraje
y el concepto deshonroso
de mal hijo y mal esposo
por vicio y libertinaje.
Tan benéfico influyó
el talismán favorable
de este anillo inapreciable
que hoy en mi mano brilló.
No hace diez meses (me acuerdo
como de lo que ahora pasa)
llegó Panfilio á mi casa
sólo, y no muy en su acuerdo.
Era de noche; noté
hallarse sobrecogido,
y como estaba bebido
á confesar le obligué
que había al venir entrado
en un jardín cuya puerta
por descuido estaba abierta,
y allí una mujer hallado:
que hora, sitio y soledad,
y el vino, que da insolencia,
le provocó á una violencia,

que logró en la oscuridad.
Esta era tal que impidió
conocerse mutuamente;
mas Panfilio felizmente
este anillo la robó,
y éste la suegra y la esposa
ser el suyo han conocido,
y el robador su marido,
de que estoy harto gozosa.
Si bien para otras sería
de poca satisfacción
ver con su esposa en unión
al que amádolas había,
en un desdichado amor
yo, por último consuelo,
ver la dicha pido al cielo
de mi amante, sin rencor.

ESCENA IV

PANFILIO, PARMENIO *y* BAXIDIA.

PANFILIO. Mira, Parmenio, otra vez
no te hayas equivocado
en lo que me has anunciado.
PARMENIO. No me equivoco pardiez.
PANFILIO. Con que Baxidia te dijo
que apenas su anillo vió
mi esposa, reconoció
ser suyo, ¿no es esto?
PARMENIO. Fijo.
PANFILIO. El anillo que yo dí
á Baxidia, y esta es
quien viéndote á ti despues
te dió el recado?
PARMENIO. Es así.
PANFILIO. Si es así, soy el mortal
mas feliz que el cielo ve;
ni qué premio darte sé

por nuncio de nueva tal.
PARMENIO. Poco premio espero ó nada,
si éste ha de ser regulado
por quien es el enviado,
ó por lo que es la embajada;
la cual no encuentro á fe mía
en que te es fausta á ti mismo.
PANFILIO. En que del profundo abismo
me saca á la luz del día.
Pero Baxidia está aqui,
causadora de mi bien.
BAXIDIA. Yo participo también
del que te resulta á ti.
PANFILIO. Tu conducta es prueba clara,
y aun prueba tu noble acción
también que no sin razón
Panfilio á Baxidia amara.
BAXIDIA. Hoy Panfilio, vi á tu esposa
y convencida quedé
de cuan necesario fué
amar mujer tan hermosa;
pues nunca mirar creí
en humana criatura
la idea de la hermosura
realizada como vi.
PANFILIO. Me honras juzgándola bella,
y ese juicio honor te da;
más ¿mi padre sabe ya
por ti, mi lance con ella?
BAXIDIA. Nada de eso le conté.
PANFILIO. Ni hacerlo era conveniente,
que ese error únicamente
en las comedias se ve,
en donde á todos se entera
de todo. Aquí procuremos
que al que enterar no debemos
ni lo sepa, ni lo infiera.
BAXIDIA. Dalo ya por consentido,
pues tu suegra, ni tu esposa

no han dicho al suegro otra cosa,
sino que se han convencido,
en virtud del juramento
y prueba que en su presencia
hice yo, de mi inocencia
y de tu procedimiento.

PARMENIO. Yo, señor, saber deseo
qué bien nos ha sucedido,
y al cual yo he contribuído
sin saberlo, según veo:
házmelo al punto saber.

PANFILIO. No es lícito descubrirlo.

PARMENIO. Pues al menos inferirlo
lícito debe de ser.
¿No es cierto que te he sacado
del profundo del abismo,
y que esta verdad tú mismo
á mí me la has confesado?

PANFILIO. Si, Parmenio, y que sospecho,
que jamás has de lograr
todo el bien averiguar
que sin saberlo me has hecho.

PARMENIO. ¡Dichoso el que se complace
en el bien, y en ejercerle
cual yo, y en saber hacerle
sin saber lo que se hace.

EL PERDONAVIDAS Ó EL CAPITAN JUAN FALSTAFF • • ESCENA SACADA DE LOS DRAMAS DE SHAKESPEARE (1)

PERSONAS

EL PRÍNCIPE DE GALES, *que luego fué rey con nombre de Enrique V.*
EDUARDO POINS, *joven caballero, favorito.*
SIR JUAN FALSTAFF, *caballero de malas costumbres.*
LA TABERNERA DE CATSCHEAP (2).

El teatro representa la taberna.

ESCENA

Salen el PRÍNCIPE *y* EDUARDO.

EDUARDO. Príncipe, el lance ha salido
conforme se imaginó.

PRÍNCIPE. Sí, Eduardo, y jamás yo
tan de veras he reído.

EDUARDO. Cuando el bribón de Sir Juan
nos juzgaba decididos
á ser de los foragidos,
de quien él es capitán,
no malició el miserable
que ibais con él á robar,
para el robo castigar
á palos en el culpable.

PRÍNCIPE. ¿Viste con qué cobardía
á indefensos pasajeros,
tras de dejarles en cueros,
asesinarlos quería?
¡El vil que en su infame empresa

---

(1) El drama de donde está sacada esta escena es *Enrique IV*, parte primera. *(Nota del Editor.)*

(2) De los gatos baratos.

teniendo á tres de su gente,
de ti y de mí solamente
se deja quitar la presa!

EDUARDO. Y eso que les embestimos
los dos sin desembozarnos,
y así mejor recatarnos
de su vista conseguimos,
si bien en la oscuridad
de la noche aún fué excusado
el habernos disfrazado
con tanta prolijidad.

PRÍNCIPE. Lo mejor de la función
nos falta, que es el oir
al gordo Sir Juan mentir
cuando nos cuente la acción.

EDUARDO. Eso, Príncipe, será
si el cansancio y mala andanza
y el volúmen de su panza
le dejan llegar acá.

PRÍNCIPE. Pudieras tener razón
en dudar que acá viniera,
si la taberna no fuera
el punto de reunión.

(*Entra* Sir Juan.)

EDUARDO. ¡Hola! Sir Juan, buenas tardes;
ya estábamos con cuidado;
¿dónde bueno habéis estado?

SIR JUAN. ¡Maldiga Dios los cobardes!
Saca vino, tabernero; (*Le traen vino.*)
Dios los cobardes maldiga;
vino, mozo, y nadie diga
que hay honra en el mundo entero;
todo es infamia y traiciones (*Le traen vino.*)
¡Este vino tiene yeso!
pero aún más infame que eso
son los infames collones.
El honor acabó ya,
muerto se debe caer
quien le tiene, por no ver

ir el mundo como va.
Ya, Sir Juan, puedes morir:
no á más deshonras aguardes;
maldición en los cobardes,
es lo que vuelvo á decir.

PRÍNCIPE. ¿Qué anuncia ese gesto y tono?

SIR JUAN. ¿Tú has de ser mi soberano?
con un látigo en la mano
me atrevo á echarte del trono.
Sabéis, Príncipe, correr
con notable agilidad;
sólo en tal habilidad
Eduardo os puede vencer.
Los dos guardar no sabéis
las espaldas á los otros;
pero las vuestras vosotros
muy bien mostráis y volvéis.
¡Un vaso de vino al punto! *(Le traen vino.)*
Negad vuestra cobardía
si os atrevéis todavía;
pero vamos al asunto.
Yo en el bosque estaba ya
con tres, y á vosotros dí
orden de marchar de allí,
y hacer alto más allá,
porque si algún caminante
de nuestras manos huyese,
en las vuestras luego diese;
¿no fué la orden terminante?
Bien: marcháis y antes del día
los pasajeros que llegan,
que los atamos, que entregan
toda su tesorería.
Pues eran dignos á fe
de dárseles nombre tal,
diez mil duros de caudal
que en plata y oro atrapé.

PRÍNCIPE. ¡Diez mil duros! ¿Dónde están?

SIR JUAN. Pregunta á cien desalmados

de quienes fuimos cercados
los cuatro, y te lo dirán.

PRÍNCIPE. ¿Ciento eran por buena cuenta?

SIR JUAN. Que no me mueva de aquí
si yo no me defendí
por lo menos de cincuenta:
un milagro de valor
es el haber escapado;
ocho estocadas me han dado
en la ropa y ceñidor;
mi espada está hecha una sierra
como en su filo se ve;
nunca mejor me porté,
desde que sigo la guerra;
os llamé, aunque es el cobarde
sordo al riesgo de los fuertes.

EDUARDO. Plegue á Dios no hubiese muertes.

SIR JUAN. Tu plegaria llega tarde:
á dos que el rostro embozado
llevaban, dando su acero
golpes de mazo de herrero,
(Dios les haya perdonado)
con el arma uñas arriba,
que es mi método ordinario
de hacer el quite al contrario,
me puse en la defensiva.
Pues, señor, de ella cubierto,
como por ejemplo así,
arrojarse sobre mí
cuatro embozados advierto.

PRÍNCIPE. ¿Cuatro? Dijiste que dos.

SIR JUAN. Cuatro, y los cuatro de frente,
pero yo tranquilamente
les espero, vive Dios.
Sus ocho espadas detengo...

PRÍNCIPE. ¡Si eran cuatro! ¿cómo diablo?...

SIR JUAN. De los embozados hablo,
y por el nombre que tengo,
que de los nueve embozados,

aunque á cejar comenzaron
fué en vano que allí quedaron
siete de once atravesados...

PRÍNCIPE. ¿Once embozados aquí
ya de los dos han nacido?

SIR JUAN. Pero aun más comprometido
por otros cinco me vi.
Del uniforme el color
conocí inmediatamente,
y al reemplazo de su gente
se añadió un riesgo mayor;
porque era la oscuridad
tal, que yo no divisaba
la mano con que empuñaba
mi propio acero en verdad.

PRÍNCIPE. Redondas son tus mentiras,
como quien las ha engendrado;
¿de tus palabras ¡menguado!
la contradicción no miras?
¿Cómo divisar podías,
uniforme ni otra cosa
en noche tan tenebrosa
que tu mano no veías?
Avergüénzate de oir
que los dos que ante ti ves,
á ti, infame, y á otros tres
á palos han hecho huir:
y os hemos hecho dejar
todo el dinero robado,
y lo tenemos guardado,
y os lo podemos mostrar:
resultando de esta historia
ser Sir Juan un embustero,
sin que el pobre caballero
hallar pueda escapatoria.

SIR JUAN. El Príncipe tonto á fe
eres si estás persuadido
á que no te he conocido,
¡por qué allí no te maté!

¡Agradece á mi lealtad
tu vida, que no sufriera,
si del Príncipe no fuera
Sir Juan, tal burla en verdad!
Huélgome de haberte dado
prueba de lo que te quiero,
y también de que el dinero
que robé, me hayas guardado.
Dese este lance al olvido,
Príncipe, y atención presta
á una noticia funesta
que en el camino he sabido.
El Rey, de quien hasta el día
era sin duda ignorada
tu vida desordenada,
gentes en tu busca envía.
Mira qué has de responder
cuando ante la Real presencia
en severa residencia
te llegues, Príncipe, á ver.

PRÍNCIPE. Supon que tú eres el Rey,
cuando al Príncipe reprenda
porque abandonó la senda
de la virtud y la ley.

SIR JUAN. Un vaso de vino venga, *(Le traen vino.)*
para dar á mi semblante
(Sentándose en un tajo que le sirve de trono.)
aquel aire relevante
que mi majestad sostenga.
Príncipe, las pesadumbres
que oprimen mi corazón,
obras de tus vicios son,
y relajadas costumbres.
Reconocerte por hijo
me pareció decoroso,
siendo de tu madre esposo,
y ella misma me lo dijo.
Si eres, pues, de sangre real
renuncia á la compañía

de esas gentes, noche y día
ocupadas en el mal.
No conserves á tu lado
sino á cierto hombre de juicio,
que en la carrera del vicio
ha sido por ti arrastrado.
Noble, de bella presencia,
no viejo, aunque ya de edad,
de prudencia, probidad,
y majestuosa apariencia.
Tiempo es ya que á nueva vida
dés principio, y retirando
tus falsos amigos, mando
que á sir Juan no se despida.

PRÍNCIPE. No sabes de Rey hacer:
déjame el solio ocupar.

SIR JUAN. ¿Ya me quieres destronar?
¿Ya te asusta mi poder?

PRÍNCIPE. Príncipe, os quiero decir
(Echando del tajo á Sir Juan, *y sentándose él.)*
que he decretado el destierro
del vil Sir Juan, y un encierro
si os vuelve á hablar, ver ú oir
ese infame corruptor
de la incauta juventud,
escándalo á la virtud,
y sepulcro del honor;
ese gordo y craso viejo
Satanás con pelo cano,
en el vicio veterano,
odre hirviendo en vino añejo.

SIR JUAN. Esos defectos más bien
yo, padre y señor, los tengo:
en que es anciano convengo,
sus canas lo muestran bien;
más venerable es por ellas,
más digno de compasión,
más libre de tentación
en materia de doncellas.

Si en beber pecador fué,
vuestro reino, por desgracia,
cuando no pierda la gracia
es por no tener con qué.
Así, padre y Rey ¡piedad!
en horca y presidio mueran
cuantos mis amigos fueran,
pero á Sir Juan conservad.
El sin par, el sin segundo,
de años y hazañas cargado,
cual vivió muera á mi lado,
y con él la honra del mundo.

(*Entra la* Tabernera.)

TABERNERA. Piedad, Príncipe y señor,
si él muere, yo desdichada
viuda quedo y arruinada:
es mi esposo, es mi deudor.

SIR JUAN. No hagáis caso, está fatal
la infeliz de la cabeza,
por verse hoy en la pobreza,
cuando ya se vió tal cual.

TABERNERA. ¡Cómo! ¿Sir Juan, negarás
haberme palabra dado
por Pascua, estando sentado,
en mi habitación de atrás?
Levantados los manteles,
ante el fogón lo juraste
por Dios y una cruz, que echaste
en mi molde de pasteles:
y el mismo día Su Alteza,
porque del Rey murmurabas
y sochantre le llamabas,
te abrió un geme de cabeza.
¿No me dijiste aquel día,
conforme yo te curaba,
y la sangre te lavaba,
que habías de hacerme usía?
¿No vino inmediatamente
la vecina figonera,

y dijo de esta manera:
«Vecina, qué hace la gente»?
Y prestado me pidió
vinagre de lo exquisito
para un plato de bonito,
que probar te se antojó?
Por cierto que yo evité
que hicieras tales excesos
teniendo abiertos los sesos,
y entonces ella se fué.
Por señas que me encargaste
no tratar con gente tal,
pues ella no era mi igual,
y en seguida me abrazaste.
Y aún me obligaste á poner
la cara por siete duros
para sacarte de apuros,
los cuales no he vuelto á ver,
plazos dando y dilaciones
al pago de día en día,
diciendo que te debía
el Príncipe mil doblones.

PRÍNCIPE. ¿Yo te los debo, embustero?

SIR JUAN. Y aún me debéis mucho más,
pues mi amor y mi amistad
no es pagada con dinero.

TABERNERA. Vuestra alteza no le crea,
pues contra vos con desprecio
de pícaro, feo y necio
son las palabras que emplea;
y que de Eduardo gustáis
porque es otro tal que vos,
y que en sandeces los dos
el día entero empleáis,
sobre un bastón cabalgando
ó al patijuelo corriendo,
ó los peleles haciendo,
copos de estopa quemando.
Dice que le habéis robado

cincuenta onzas que tenía
consigo, y mientras dormía
se las habéis soliviado;
pero que si con certeza
supiera que el ladrón es
el Príncipe, á puntapiés
los cobrará de Su Alteza.

PRÍNCIPE. Pues bien: yo, mientras dormías
borracho, te registré,
y sólo en tu bolsa hallé
cuentas de lo que debías;
mas pues tenemos espadas,
(Sacando la espada.)
el Príncipe te perdona
que vengues en su persona
tus ofensas á estocadas.

SIR JUAN. ¿Con que vos en realidad
tuvisteis atrevimiento
de olvidar en un momento
la buena fe y amistad,
sorprendiendo á un caballero
indefenso y desarmado,
al dulce sueño entregado,
y en un abandono entero?
¡Dudé que fuese verdad!
mas pues un mortal ha habido
que á Sir Juan se haya atrevido,
Príncipe osado, escuchad:
te perdono. Tabernera,
ve y dispón el desayuno;
no te burles de hombre alguno;
á tus huéspedes venera,
cuida tu casa y ajuar,
á tu familia corrige,
y serás dichosa; dije,
y pelitos á la mar.
A vos, Príncipe heredero,
(Arrodillándose ante el Príncipe.*)*
os hago pleito homenaje;

salvo de mengua y ultraje,
vuestro trono hará este acero.

PRÍNCIPE. Sabed, Sir Juan, que no soy
encubridor de ladrones.
A hacer las restituciones
de lo que robasteis voy.
Jamás te acerques á mí
hasta que algún hecho ilustre
vuelva á tu nobleza el lustre
que se ha oscurecido en ti.
De tus vicios compañero
me juzgan; pero verán
que doy ejemplo á Sir Juan
del honor en el sendero.

(Vase con Eduardo.)

SIR JUAN. El sendero del honor

(Este soliloquio debe declamarse en tono pausado y aire reflexivo.)

al cementerio dirige:
al que el del tinelo elige,
le guía mejor olor.
La menor dislocación
no puede el honor curarme,
ni aun el dolor aliviarme
de una leve contusión.
Y á fe que el honor debía,
ya que al hombre comprometa
á que en quimera se meta,
entender de cirugía.
Para el muerto es triste cosa
no poderse levantar
á ver su honor y á admirar
el rótulo de su losa.
Para el vivo es un dolor
ver que la envidia maldita
el ganado honor le quita;
luego es un cuento el honor.

. . . .

POSDATA DEL TRADUCTOR DE ESTA ESCENA

El Célebre Shakespeare es más conocido en el teatro español como genio trágico que como genio cómico. Sin embargo, no pocos de sus dramas abundan en sales, agudezas y pensamientos que Moliere mismo no desdeñaría el adoptar. El carácter de Falstaff es original, y el contraste que resulta de su infame conducta y la de un Príncipe dado también á la vida picaresca, pero no malvado, me parece una ocurrencia muy cómica y moral. Lo que más singular parecerá es que dos grandes genios, á saber, Shakespeare y Cervantes, contemporáneos que no se conocieron ni pudieron copiarse, hayan tenido el mismo pensamiento de poner en contraste la conducta de los hombres de honor y la de los rufianes, reunidos en escenas de violencia, vicios y desórdenes de vida. El caballero que en la novela de *La Ilustre Fregona* se hace aguador en Toledo, es tan pendenciero, jugador y maleante como cualquiera de los de su oficio entonces; pero hay en él pundonor y nobleza, y si se ha reducido á aquella vida es por no abandonar á un amigo á quien el amor arrastra á servir en un mesón. Si D. Fernando y Cardenio apadrinan los disparates de *Don Quijote* en la venta, y andan á palos con los cuadrilleros por sostener el desvarío de ser jaez la albarda y la bacía yelmo de Mambrino, es para contribuir al proyecto benéfico del cura, y conseguir que el loco caballero se deje tranquilamente encerrar en la jaula y llevar á su casa.

Shakespeare nos representa al príncipe de Gales y á su amigo Eduardo asociados con un bribón, pero burlándose de sus embustes y castigando muy ingeniosa y muy severamente sus maldades. El poeta no podía sacar más partido, teniendo precisión de conformarse con la verdad de la historia que atestigua los vicios de este joven Príncipe, cuyo padre había usurpado el trono de Inglaterra, fomentando una guerra civil y otra extranjera, sólo para vivir en el contínuo susto de que un hijo bandido le arrojase del trono. Así este triste Rey y desdichado padre, que murió á la edad de cuarenta y seis años, cubierto de lepra, tuvo contínuamente, durante los dos meses de su enfermedad, la corona real consigo sobre la cabecera de su lecho, sin perderla de vista; por temor de que el hijo no se la pusiese. La pueril vigilancia de una criatura que se acuesta abrazada con su muñeca de trapos porque no se la roben, no es más ridícula ni tan funesta al público.

EL TEMÍSTOCLES DE METASTARIO

ADVERTENCIA

Que la lengua castellana sea tan apta como la italiana para la poesía lírica y cantable, no tiene duda á mi juicio. Que yo logre probarlo en este drama no es tan seguro ni cierto y es el lector quien ha de decidirlo, comparando con el original los versos, voces, frases, sílabas, rimas y sonidos. Lo que no tiene duda tampoco es que si resultase identidad en la comparación sería una novedad muy favorable á nuestro teatro y al público, á quien facilitaría la inteligencia de la fábula en la ópera, y más si se suprime el recitado, sustituyendo la declamación y empleando los recursos de la música en el fin de cada escena para expresar la pasión que haya tenido lugar en aquella escena misma. Ojalá que nuestros genios, ya poéticos, ya músicos, logren hacer este bien. Porque es un acto de beneficencia el facilitar placeres inocentes á la pobre humanidad.

Piedrahita, 16 Agosto de 1843.

José Somoza.

INTERLOCUTORES

Temístocles, *héroe griego.*
Gerges, *rey de Persia.*
Aspasia, Neocles, *hijos de Temístocles.*
Rosana, *princesa amante de Gerges*
Lisímaco, *embajador griego.*
Sebaste, *confidente de Gerges.*

La escena es en la ciudad de Suza.—Parque en el palacio real de Gerges.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Temístocles *y su hijo* Neocles.

Temístocles. ¿Qué haces?
Neocles. Dejad que vaya
y castigue á un osado. ¿Viste, oh padre,
cómo escuchó tu pretensión? ¿Qué insultos
no debemos temer?

TEMÍSTOCLES. Hijo, refrena
tu intempestivo ardor. ¿Piensas acaso
hallarte en Grecia y verme rodeado
de turba aduladora
que al que está en el poder sigue y adora?
Todo cambió; debe abrazarse el sabio
con su suerte; me veo en el palacio
de mi enemigo, y de la Grecia entera
la esperanza y amor no soy cual era.
Disfrazado, mendigo, desterrado,
lo perdí todo, y sólo en la pobreza
me queda la virtud, la fortaleza.

NEOCLES. Escuchadme, señor, casi me irrita
esa constancia en vos. Ver que te sigue
de la patria inhumana
odio perseguidor, que te rodea,
que te priva de asilo y te reduce
á que tu suerte venga
á no hallar un terrón que te sostenga
¡y quejas no te escucho!
¡y tranquilo te miro! ¿Cómo puedes
sufrir indiferente
tan horrible maldad?

TEMÍSTOCLES. Mira, hijo mío,
de la vida en la senda
nuevo eres peregrino, y te parece
todo suceso extraño; tu sorpresa
no condeno: que al fin tu inexperiencia
es hija de ignorancia y de inocencia.
El odio que te admira
es de los beneficios
frecuente recompensa. Odia el ingrato
(¡y cuántos hay!) del beneficio el peso
al ver su bienhechor, mas á éste en tanto
complácenle los beneficios suyos
y cuando el odio encarnizado lloro
de Grecia es cuando más la amo y adoro.

NEOCLES. Si sólo injustos fuesen
los hombres, soportáralo paciente,

pero lo son los dioses igualmente.
TEMÍSTOCLES. ¿Por qué?
NEOCLES. ¿De tu virtud premio se llama
tan miserable suerte?
TEMÍSTOCLES. Entre la suerte
ó contraria ó serena
¿sabes tú cuál es premio ó cuál es pena?
NEOCLES. ¿Y cómo?
TEMÍSTOCLES. Si á la virtud la justifica
la adversidad, la dicha la corrompe.
Es pura, limpia y provechosa el agua
rota entre peñas; si se estanca, impura.
Es inútil la espada si reposa;
brilla en guerra; en paz yace ferrumbrosa.
NEOCLES. ¡Pasar desde mil triunfos
á tantas desventuras!
TEMÍSTOCLES. Envidiable
será quizá para la edad futura
más que los triunfos míos mi desventura.
NEOCLES. Será así, mas señor, ¿por qué motivo
buscas nuevos peligros? ¿no es bastante
el odio de los griegos, que pretendes
ser blanco de las iras de la Persia?
Tú eres el que libró de sus cadenas
la combatida Atenas,
que contra el Asia, y de la Grecia al frente
burlaste á Xerjes y su osado puente.
No creas olvidado
el odio de este rey. Si te descubre,
¿qué es de ti? Si allá tienes enemigos
todos lo son aquí; vengarán todos
en tu sangre la sangre que tu mano
vertió del hijo, el padre ó el hermano.
Por compasión, ¡oh padre!
huyamos.
TEMÍSTOCLES. Calla; aquí acercarse veo
algunas gentes, déjame estar solo
y espérame á lo lejos.
NEOCLES. ¿Yo no puedo

á tu lado quedar?
TEMÍSTOCLES. No; no me fío
del sufrimiento tuyo, y nuestro estado
exige mucho.
NEOCLES. Al menos...
TEMÍSTOCLES. Obedece.
NEOCLES. Al menos, padre, en tempestad tan fiera
ten cuidado de ti.
TEMÍSTOCLES. Ve, calla, espera.
NEOCLES. Que espere. ¡Ah! padre amado,
y ¿cómo he de esperar?
¿cuál astro ha de guiar
á mi ignorancia?
Asústame del Hado
la adversidad injusta;
más, mucho más me asusta
tu constancia.

ESCENA II

ASPASIA, SEBASTE *y* TEMÍSTOCLES *alejado.*

TEMÍSTOCLES. Hombre de alta importancia en el semblante
éste parece, y no será grosero.
Le hablaré, mas le sigue una doncella
griega en el traje.
ASPASIA. Escúchame.
SEBASTE. No puedo,
bella Aspasia, esperarme,
me espera el Rey.
ASPASIA. Un solo instante: ¿es cierto
ese bárbaro edicto?
SEBASTE. Sí, el que entregue
vivo ó muerto á Temístocles, premiado
será al punto del Rey.
ASPASIA. ¡Padre infelice! *(Ap.)*
TEMÍSTOCLES. Señor, nadie me dice,
y lo espero de vos; ¿es permitido
hablar al Rey? decidme cuándo y dónde.

SEBASTE. A eso responderá quien corresponde.
TEMÍSTOCLES. Si erré, disimuladme;
recién llegado y extranjero en Asia,
sus costumbres ignoro.
SEBASTE. Adiós, Aspasia.

ESCENA III

TEMÍSTOCLES *y* ASPASIA.

TEMÍSTOCLES. ¡Qué necio orgullo!
ASPASIA. ¡Oh! no permita el cielo
pise mi padre el Asia.
TEMÍSTOCLES. Averigüemos
de esta griega mujer... ¿Gentil doncella...
mas ¡qué semblante, cielo!
ASPASIA. ¡Eternos dioses!
mi padre, ¿ó fíngelo mi fantasía?
¡Señor!
TEMÍSTOCLES. ¡Aspasia!
ASPASIA. ¡Oh padre!
TEMÍSTOCLES. ¡Oh hija mía!
ASPASIA. ¡Huid!
TEMÍSTOCLES. ¿Tú vives?
ASPASIA. ¡Ah! huid ó sois perdido,
querido padre, ¿quién os ha traído
en fatal hora á este palacio? Gerges
tu muerte quiere; ofrece recompensas
á quien te entregue. ¡Ah! no tardéis, pudiera
descubrir...
TEMÍSTOCLES. Tu temor me descubriera.
Di: cuando yo, por no dejarte expuesta
en Argos, te embarqué ¿no naufragaste?
ASPASIA. Yo sola me salvé, desventurada
de mi nave perdida,
y con mi libertad compré la vida.
Un bajel enemigo á esta ribera
me trajo muribunda y prisionera.
TEMÍSTOCLES. ¿Saben tu nacimiento?

ASPASIA. Presentada
á la hermosa Rosana, el Rey me ha dado
sin saber:... ¡Cuánto al cielo le he pedido
veros! por mal de entrambos lo ha cumplido.

TEMÍSTOCLES. Serénate, hija mía, en los destinos
suelen el mal y el bien estar vecinos.
Nuesta suerte infeliz ya se ha cambiado
y es dicha ya el habernos encontrado.

ASPASIA. Mas ¡cómo! fugitivo tú, yo esclava...
¿dónde está el esplendor que os rodeaba?...
Oh patria injusta y desagradecida
¿cómo el suelo te sufre, y cómo el cielo
no descarga su rayo?

TEMÍSTOCLES. Tente, Aspasia,
ten juicio en tu dolor. No es hija mía
quien maldiciones á la patria envía,
ni sufriré que de ella así se hable.

ASPASIA. Cuanto más la defiendas, más culpable.

TEMÍSTOCLES. No más.

ASPASIA. Alejaos pronto.
Huid al punto de aquí.

TEMÍSTOCLES. Pero ¿qué temes?
Desconocido soy.

ASPASIA. ¿Desconocido?
¿Dónde lo está Temístocles? Brillante
en tu frente la luz de un alma grande
basta á venderte. Es hoy mayor el riesgo.
Un orador de Atenas ha llegado.

TEMÍSTOCLES. ¿Y se sabe qué trae? ¿cómo es llamado?

ASPASIA. No; mas sé que tendrá pública audiencia,
y ya el pueblo se junta á presenciarla.

TEMÍSTOCLES. Si el pueblo asistir puede, al pueblo sigo;
voy á mirar de cerca á mi enemigo.

ASPASIA. ¿Qué vais á hacer, señor? Yo me estremezco.
Mudad de pensamiento; os lo suplico
besándoos esa mano vencedora.
Os lo suplico por la patria misma,
que no toleráis ver nunca ultrajada,
ingrata para ti, de ti adorada.

TEMÍSTOCLES. Ven á mis brazos, mi querida Aspasia;
tu temor muestra tu filial cariño;
pero no te envilezcas; el cuidado
de la fortuna sola es quien depende,
y de tu padre á despreciarla aprende.
Al furor de adversa suerte
no palpita ni se asusta
quien se arriesga en causa justa
su justicia á sostener.
La escuela de un alma fuerte
es la desgracia funesta,
que al piloto es la tormenta
la escuela en que ha de aprender.

ESCENA IV

ASPASIA *y después* ROSANA.

ASPASIA. No hay arteria en mi seno
que no esté estremecida.

ROSANA. Debo, Aspasia,
de ti quejarme. Tus felicidades
¿por qué ocultarme? Te juzgué sincera,
si no amiga.

ASPASIA. (Sin duda, oyólo todo.
Mi padre es descubierto.)

ROSANA. ¿Palideces?
¿No hablas? Luego es verdad. Á mi enemigo
tengo á mi lado.

ASPASIA. Perdonad, princesa.

ROSANA. ¡Ingrata, te descubro
todo mi corazón; de ti me fío,
y róbasme entretanto
el corazón del Rey!

ASPASIA. (No vió á mi padre.)

ROSANA. ¿Así mis beneficios son pagados?

ASPASIA. Te ofendes sin razón. No te disputo
el corazón de un Rey. Tan insensata
no soy, ni á tanto mi demencia alcanza,

que hasta un trono subiera mi esperanza.
ROSANA. No disimules; mil indicios tengo;
desde que el Rey te vió, está indiferente
conmigo; á ti se inclinan sus miradas;
habla siempre de ti; se va confuso
si le hablo de mi amor, y procurando
al desaire una excusa,
de tal indiferencia al trono acusa.
ASPASIA. Compasivo y no amante
pudiera ser.
ROSANA. Tal compasión, á veces,
no es compasión.
ASPASIA. Es mucha la distancia
entre Gerges y Aspasia.
ROSANA. Amor la iguala.
ASPASIA. Soy extranjera.
ROSANA. Son las perlas caras,
porque son extranjeras y son raras.
ASPASIA. No te atormentes; sábete que Aspasia
era ya amante cuando vino al Asia,
y que su corazón se halla ignorante
de cómo una mujer muda de amante.

ESCENA V

Las DICHAS *y* SEBASTE.

SEBASTE. Princesa, si hoy al orador de Atenas
queréis ver, pronto el Rey va á recibirle.
ASPASIA. Y de ese embajador ¿sabéis el nombre?
SEBASTE. Nómbrasele Lisímaco de Egío.
ASPASIA. (¡Éste es, eternos dioses, el bien mío!)
Y ¿se sabe á qué viene?
SEBASTE. Á Temístocles busca, suponiendo
hallarle en esta corte.
ASPASIA. ¡Contra el padre el amante! ¿Con que en gue-
contra un mísero está toda la tierra? [rra
ROSANA. Dirígeme, Sebaste. Adiós, Aspasia.
Cuidado con venderme.

Aspasia. ¡Cielos! Y ¿posible es que no desecha
un alma tan gentil tan vil sospecha?

Rosana. Con decir que soy amante,
ya comprendes que en mi seno
llevo el áspid, el veneno
de la dicha destructor;
que con cien ojos es ciego,
que delira y, sin sosiego,
que retrata en su semblante
su frenético furor.

ESCENA VI

Aspasia, *sola.*

Aspasia. ¡Con que en persecución del padre mío
mi Lisímaco viene! El inconstante
muerta me juzga, y á la sepultura
guardar fidelidad, llama locura.
Después de las desdichas que lloraba,
ésta, tiranos hados, me faltaba.
¡Quién de su infausta estrella
vió influjo tan impío!
¡quién probó como el mío
en su seno el dolor!
De pena en pena vengo
y otra sucede á aquélla,
y la última que tengo
es siempre la mayor.

ESCENA VII

Patio de audiencia pública. Trono elevado á un lado. Vista de la ciudad á lo lejos.

Temístocles *y* Neocles. *Después* Gerges *y* Sebaste, *con numerosa corte.*

Neocles. Padre, ¿hasta dónde vienes? Yo no entiendo
tu intención. El mirar de todos temo.

¡Paréceme que sólo en ti reparan,
ya las guardias! ¡El Rey! De aquí salgamos.
TEMÍSTOCLES. Mezclados entre el público, no hay cuidado.
NEOCLES. Es gran riesgo.
TEMÍSTOCLES. Silencio te he ordenado.
(Se retiran á un lado.)
GERGES. El griego embajador llegue y dé cuenta.
¿Temístocles, aún no está asegurado?
(*A* Sebaste.)
¿Mi orden, mi voluntad, mis recompensas,
entregarlo no logran, ni aun hallarle?
SEBASTE. En breve, ¡oh, Rey! espero presentarle.
GEPGES. No tendré paz, en tanto que él respire.
El vió á Gerges huir, y que mi vida
fié á un estrecho barco reducido
cuando ejército y flota hube perdido;
obligóme á apurar agua enturbiada
que apuré cual bebida regalada.
Y quien tal hizo ¿vive impunemente?
NEOCLES. ¿Lo oyes, padre? Salvémonos.
TEMÍSTOCLES. Detente.

ESCENA VIII

LISÍMACO, *embajador, con séquito de griegos, y los dichos.*

LISÍMACO. Monarca excelso, Atenas te saluda,
aunque enemigo, y una gracia espera.
GERGES. No siendo paz, proponga lo que quiera.
NEOCLES. Es Lisímaco.
TEMÍSTOCLES. Sí.
NEOCLES. ¿Podrá venderte
un tan íntimo amigo?
TEMÍSTOCLES. O calla, ó vete.
LISÍMACO. Es interés de todos los estados
prender á quien la paz pública inquieta.
Quién le oculta al común sosiego atenta,
pues el asilo al delincuente alienta.
Temístocles (perdona, ¡oh, caro amigo!)

es el reo que Atenas solicita
de ti, pues sabe que en tu corte habita.

NEOCLES. ¡Oh, atroz solicitud! ¡oh, amigo indigno!

TEMÍSTOCLES. ¡Oh, ciudadano de mi patria digno!

GERGES. Sin detenerme á examinar ahora
los motivos de Atenas, que me ruega
ni qué debo fiar de la fe griega...
El reposo de Atenas no me importa:
no soy ejecutor de órdenes vuestras,
ni leyes, ni consejos vuestros quiero.
Si una victoria al griego hizo altanero,
sabed que vuestra suerte aun es incierta;
la senda que va á Atenas me está abierta.

LISÍMACO. Un proscripto ¿de qué puede serviros?

GERGES. Cuando le tenga en mi poder, sabraslo.

LISÍMACO. Esto es decir que no lo está en el día.

GERGES. Si lo estuviese, cuenta no os daría.

LISÍMACO. Mucho el odio, Señor, os enajena.
La paz...

GERGES. Hablar de paz he prohibido.
Partid. Vuestro mensaje ha concluído.

LISÍMACO. Yo partiré, mas mira:
tal vez quien paz no admite
suele aumentar la ira
de quien se la ofreció.
Todo enemigo es grande,
y el Asia pruebas tiene
de que á ser mayor viene
quien más se despreció.

ESCENA IX

GERGES, SEBASTE, TEMÍSTOCLES *y* NEOCLES. TEMÍSTOCLES *acercándose al* REY.

TEMÍSTOCLES. ¡Rey poderoso!

SEBASTE. ¿Quién tal osadía?...
Del trono alejen á ese sandio luego.

TEMÍSTOCLES. Ni á los dioses ofende humano ruego.

GERGES. Dices bien, extranjero, ¿qué me pides?
TEMÍSTOCLES. Busco un asilo contra la desgracia.
No puedo hallarle, y en mi desconsuelo
solo ampararme puedes tú ó el cielo.
GERGES. ¿Quién sois?
TEMÍSTOCLES. Un ateniense.
GERGES. ¡Oh, atrevimiento!
Siendo griego, ¿me habláis? ¿y con qué in-
TEMÍSTOCLES. ¡Presentar á Temístocles deseo! [tento?
GERGES. ¡Digno premio no hallara á tal servicio!
mas ¿cómo ante mis ojos ya no veo
á ese enemigo fiero
que de mi odio escondió hasta aquí el abismo?
TEMÍSTOCLES. A tu vista le tienes; soy yo mismo.
Yo soy aquel Temístoles que un día
tu trono hizo temblar; soy el que ahora
á ti se acoje y tu socorro implora.
Poderoso te ve, te juzga airado
y sin embargo de esto, la esperanza
de hallar en Gerges defensor, le guía:
tanto este pecho en tu virtud confia.
En tus manos estoy: puedes salvarme,
ó á tu venganza puedes reservarme.
Si la llama de gloria arde en tu seno,
un campo te abro yo, de gloria lleno.
Tender puedes la mano á tu enemigo;
no oigas á la pasión; juzga de entrambos:
tú Rey, yo un infeliz que asilo pide;
piensa lo que has de hacer de mí, y decide.
GERGES. ¡Cielos! ¿Quién vió en el mundo alma tan fir-
¿Qué nueva especie de valor es este? [me?
Él mismo á Gerges viene á presentarse
inerme, solo, y siendo mi enemigo!
Temístocles, ¿qué quieres? ¿imaginas
fundar tu gloria en mi aborrecimiento?
Te engañaste esta vez si lo has creído,
que no seré otra vez por ti vencido.
Ven á mis brazos; soy cual me juzgaste.
Mis reinos se armarán en tu defensa,

dará por socorrerte mis tesoros
y correrán desde hoy hasta la muerte
Temístocles y Gerges una suerte.

TEMÍSTOCLES. Señor, juzgarse pudo
temeraria, excesiva, mi esperanza,
mas tu virtud á superarla alcanza:
¿qué te puedo ofrecer? ¿la vida mía?
¿mi sudor y mi sangre?
A magnanimidad tal, inferiores
son mi vida, mi sangre y mis sudores.

GERGES. Solo la amistad tuya en premio pido;
pero ten entendido
que nuestras diferencias no cesaron,
y aunque del rencor mío me despojo,
una guerra desde hoy más noble escojo.
Combate noble y digno
comienza para entrambos
hoy que la gloria en ambos
cambió el odio en amor.
Cese un rencor indigno;
yo mi venganza olvido;
sostenme y yo á ti asido
seré tu defensor.

ESCENA X

TEMÍSTOCLES, *solo.*

TEMÍSTOCLES. ¡Cómo te cambias, inconstante suerte!
pero no seré yo cual tú voltaria,
sé próspera ó adversa, no confío
de tu favor, de tu desdén me río.
No me abate tu rayo encendido,
no me engaña tu halago fingido.
No me fío, no temo de ti.
Sé que suele entre rosas fragantes
la serpiente alevosa esconderse;
sé que suele cometa temerse
fuego fatuo que yo alzarse vi.

ESCENA XI

ASPASIA. *Después* ROSANA.

ASPASIA. De mi padre, ¿qué ha sido? No le veo
y sé que á Gerges se descubrió él mismo:
mi hermano me lo dijo. ¡Oh Dios! ¡Princesa!
¡piedad! ¡socorro! ya en poder de Gerges
Temístocles está; yo soy su hija.
En vano es ocultaros ya mi suerte.
ROSANA. ¡Qué oigo! (La rival mía es ya más fuerte)
ASPASIA. Perdón del rey para mi padre alcanza.
ROSANA. ¿Perdón? ¿luego tú ignoras su privanza?

ESCENA XII

SEBASTE *y* DICHAS.

SEBASTE. Aspasia, el Rey, ansioso quiere verte.
sabe que de Temístocles sois hija.
ASPASIA. ¿Y su rencor el Rey no ha moderado?
SEBASTE. Tu padre es ya del Rey amigo amado.
ASPASIA. ¡Qué ventura! Rosana, á Dios te queda.
¡Oh, quién tal regocijo sufrir pueda!
Llega casi á tormento
éste que me rodea
exceso de contento
que no debí esperar.
Paréceme extremado;
temo que un sueño sea
y al haber despertado
temo á sufrir tornar.

ESCENA XIII

ROSANA *y* SEBASTE.

SEBASTE. Celosa está Rosana;
mi amante corazón tiene esperanza.

ROSANA. No me dirás, Sebaste,
qué significa esta impaciencia en Gerges
de verse con Aspasia?

SEBASTE. No me atrevo á explicarte mis sospechas.
Juzgo que la ama el Rey; vi su contento
cuando supo de Aspasia el nacimiento.

ROSANA. Sueños son esos de tu fantasía.

SEBASTE. Que á temer lo peor siempre me guía.

ROSANA. ¡Cielos! ¿qué debo hacer en ese caso?

SEBASTE. Fácil es la venganza á tu hermosura,
y el único consuelo es la venganza
contra amante capaz de tal engaño.

ROSANA. Es consuelo, mas no comprendo el daño.
Puse amor en un pecho
entre mil escogido;
no fué en él admitido,
fué despreciado amor.
Decidme si hay despecho
las que probáis rigores
en las penas de amores,
que pueda ser mayor.

ESCENA XIV

SEBASTE, *solo.*

Fortuna me sonríe; excitar debo
los amores del Rey, de ella los celos.
Y si estos á vengarse la provocan,
al término feliz mi estrella toca.
A los muchos parciales
que yo puedo ofrecerla
puede ella unir los suyos.
¡Hasta el trono pudieran conducirnos!
Podrá hallar mi osadía un escarmiento,
mas la fortuna exige atrevimiento.
Fué imprudente el primero
que osado el mar surcó
y á descubrir voló

tierras distantes;
pero á este marinero
que tuvo esta osadía
debemos en el día
oro y diamantes.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Habitación magnífica, destinada á Temístocles.

TEMÍSTOCLES, *después* SU HIJO.

TEMÍSTOCLES. Mudada al fin está la suerte mía.
¡Un rincón mendigué en que recogerme,
y hoy el oro y las sedas me rodean!
¡Proscripto me veía
y hoy de este reino y de su rey dispongo!
¡Cuán verdad es que es fábula la vida!
¡Y la fábula mía no está cumplida!

NEOCLES. Al fin, amado padre,
tu virtud premió el cielo y tu inocencia
y con tal nueva, Atenas aterrada,
verá su ingratitud ya castigada.
Hoy la carrera empieza
de la prosperidad; ya yo preveo
los laureles triunfales,
los trofeos marciales
que cogeré á tu lado.
De Hércules las columnas pasaremos
Reinos ganando. Reyes venceremos.

TEMÍSTOCLES. No tanta, hijo, no tanta
ambición; siempre te hallo exagerado:
en lo cobarde ayer, hoy en lo osado.
Al contrario quisiera yo que fueses;
cauto en la dicha, firme en los reveses,

y aquel temor, que tanto te oprimía,
culpable entonces, hoy justo sería.

NEOCLES. Mas ¿qué temer debemos?

TEMÍSTOCLES. ¿Y en qué hemos de fiar? ¿en los tesoros?
Son dones del momento
que llevar puede en un instante el viento.
¿De amigos? no son míos; son venidos
con la fortuna; si se va, son idos.

NEOCLES. Dichoso me juzgué, y en este instante
cambió para mí todo de semblante.
Así el mágico efecto
de engañadora escena,
de pasión y de aspecto
suele tal vez cambiar.
La cárcel más oscura
torna en morada amena
y es floresta y verdura
donde oscilaba un mar.

ESCENA II

GERGES *y* TEMÍSTOCLES.

GERGES. ¡Temístocles, aún soy deudor contigo!
grandes mercedes prometí á cualquiera
que te entregase á mí, lo he conseguido
y aun yo tales promesas no he cumplido.

TEMÍSTOCLES. Ni yo por Gerges ningún hecho honroso.

GERGES. ¿Pues fué poco juzgarme generoso,
fiarme tu vida, abrirme una carrera
que ilustre puede hacer mi vida entera
y haberme restituido
en Temístocles todo lo perdido?
Quiero, pues, que prosiga nuestra guerra.
Tú á mi poder fiaste tu existencia,
yo al valor tuyo fío el poder mío.
De mi ejército, pues, y en tu presencia,
el mando quiero darte: irás ahora,
á sujetar á Egipto; en adelante

emprenderemos más; vencer espero
con Temístocle al lado, al mundo entero.
TEMÍSTOCLES. Dioses: cumplid mi ruego. El cielo quiera
que yo por Gerges triunfe, ó por él muera.
Ya siento que en mi oído
marcial trompa retumba
y armígero crujido
me lleva tras de sí.
No me intimida el hado;
no me da horror la tumba
si al morir prueba he dado
de agradecido á ti.

ESCENA III

GERGES, *después* ROSANA, *después* SEBASTE.

GERGES. Cierto es que oprime el peso
de una corona real, que mil cuidados
da; pero se hallan todos compensados
con el placer dichoso
de premiar la virtud y libertarla
de la arbitrariedad de la fortuna.
Este noble placer, sin duda alguna
eleva á los mortales
á la altura de dioses celestiales.
Tal me parece ser desde el momento
que á Temístocles tengo
y asegurar su adquisición prevengo.
Al trono elevaré á la bella Aspasia;
digna de él es su sangre y sus virtudes.
Defenderá Temístocles el Asia
para sus nietos y serán mayores
intereses unidos con amores.
Feliz yo, si el favor, cual solicito,
logro de Aspasia y su consentimiento
Sebaste fué á pedirla
y ya impaciente su respuesta espero;
pero Rosana viene

y yo evadirme de su vista quiero.
ROSANA. ¿Huyes de mí, señor? ¿por qué te alejas?
GERGES. Un grave asunto mi presencia llama.
ROSANA. Entre graves asuntos lo es Rosana.
Bien comprendo, señor, cuan ocupado
debe tener el ánimo de Gerges
Temístocles, y acaso no extrañara
que la hija más que el padre os ocupara.
GERGES. (Desengañarla quiero.)
Oye, Rosana, en fin llegó el momento
de que sepas cuál es mi pensamiento.
SEBASTE. Señor, sabed que el embajador griego
audiencia pide para hablaros luego.
GERGES. Pues ¿cómo? ¿aún no ha partido?
SEBASTE. Que Temístocles se halla aquí ha sabido
y ofertas mil hará por obtenerlo.
GERGES. Su obstinación me cansa; confundirla
quiero; lo puedo hacer; ve á introducirlo.
ROSANA. Tus intenciones ibas á explicarme
¿y te vas de repente sin hablarme?
GERGES. Cuando callo y no respondo,
si me sabes comprender
bien te explico mi pensar;
con silencio correspondo,
porque bien se hace entender
quien responde con callar.

ESCENA IV

ROSANA, *después* ASPASIA.

ROSANA. No queda duda alguna; ¡triunfa Aspasia!
mas ella misma es la que llegar veo.
ASPASIA. ¿Estás ya cerciorada
de que la queja tuya era infundada?
Pero ¿por qué me miras
y en vez de hablarme, callas y suspiras?
ROSANA. Miro tus encantos,
contemplo el semblante

que á inquietar bastante
la paz de un rey fué.
Un alma confusa
con tanta belleza,
es digna de escusa
faltando á su fe.

ESCENA V

ASPASIA, *después* LISÍMACO.

ASPASIA. ¡Oh, qué amargas palabras, crueles celos!
¿Cómo mi alma turbáis? yo lo sé, cielos:
LISÍMACO. ¿Me engaño? ¿No es mi bien, la que aquí [miro?
Escucha, vida mía:
¿que vuelvo á verte, Aspasia mía, es cierto?
ASPASIA. No soy Aspasia yo; tu Aspasia ha muerto.
LISÍMACO. Sé que así fué juzgado;
sé que es falso, y que el cielo te ha salvado.
ASPASIA. Pues ya que sabes lo que nadie ignora,
que para ti no vivo sabe ahora.
LISÍMACO. ¿Por qué así el corazón atravesarme?
ASPASIA. ¿Por qué te atreves á venir á hablarme?
¡De mi padre enemigo, en tus furores,
infiel! ¿tienes valor de hablar de amores?
LISÍMACO. ¡Ah! ¡no conoces las angustias mías!
El deber de la patria me ha obligado;
mas el deber patricio, á cada instante
lucha con el amigo y el amante.
ASPASIA. Merced á Dios, tu encargo no has logrado.
LISÍMACO. ¡Ay, Aspasia, logré demasiado!
El Rey á mi poder tu padre entrega;
ahora mismo cumplirlo ha prometido.
ASPASIA. (¡Mísera! El Rey sin duda se ha ofendido
de que Aspasia se niega
á aceptar el amor con que la ruega.)
¡Lisímaco, piedad; sólo tú puedes
un padre devolverme!
LISÍMACO. ¿Y cómo? El Rey sin duda ya me espera

ante la corte y pueblo convocado
para el reo entregar solemnemente.

ASPASIA. Que huya ó se oculte, por mi amor consiente,
yo de tu amor lo imploro en este instante.

LISÍMACO. ¡Dioses! fuí ciudadano antes que amante.

ASPASIA. Ciudadano, ¿la ruína de otro quieres?

LISÍMACO. No la quiero, mas cumplo mis deberes.

ASPASIA. Pues bien: rotos están de amor los lazos.
Vóime á arrojar de Gerges en los brazos.
Me ama, y salvar al padre es justo elija;
también yo, antes que amante, era su hija.

LISÍMACO. ¿Darme tal prueba de ingratitud quieres?

ASPASIA. Sigo tu ejemplo; cumplo mis deberes.

LISÍMACO. ¡Poco te cuesta, por mi fe, el olvido!

ASPASIA. ¡Ingrato, escúchame y ten entendido,
para vergüenza tuya,
que Gerges, porque no quiero ser suya
ofendido, á mi padre te abandona,
porque á tu amor pospuse una corona!

LISÍMACO. ¿Qué dices, oh alma mía?

ASPASIA. No te lo he dicho todo todavía.
Razones mil de aborrecerte tengo,
mas mi aborrecimiento nó sostengo.
¡Lo debiera callar, mas valor tanto
no tengo, ingrato, y no contengo el llanto!

LISÍMACO. No llores, no; mi pecho enternecido
olvida su deber y soy perdido.
¡Oh Dios, qué dulce encanto
es de una bella el llanto!
¿Quién puede resistirle?
¿Dónde ese cruel hallar?
Huyo, mi bien amado,
porque si nó, entretanto,
de Atenas olvidado,
de ti me he de olvidar.

ESCENA VI

ASPASIA *sola.*

¿Con que entregarme á Gerges
es la única esperanza que me resta?
¡Qué pena, oh Dios! ¡Qué dura ley es ésta!
Olvidando un afecto amoroso,
ser esclava de un lazo tirano
es desdicha que igual no se da.
No es vivir, ni es vivir concedido
con quien se odia llamando querido,
con quien se ama negando piedad.

ESCENA VII

Grande y rico pabellón abierto por todos lados, bajo el cual habrá un trono á la derecha adornado de insignias militares. Vista de llanura extensa ocupada por tropas persas en batalla. Gerges y Sebaste con séquito de sátrapas, guardia y pueblo. Después Temístocles y luego Lisímaco con séquito de griegos.

GERGES, SEBASTE, TEMÍSTOCLES *y* LISÍMACO.

GERGES. ¿Con que renuncia Aspasia al lecho mío?
SEBASTE. Toda beldad se niega
á la primera invitación, y Aspasia
tal vez arde por Gerges en secreto,
y la intimida el paternal respeto.

(El Rey va al trono, seguido de Sebaste; *uno de los sátrapas trae sobre una bandeja el bastón de mando militar, y, entretanto, hablan* Lisímaco *y* Temístocles *lo que sigue.)*

LISÍMACO. ¡Funesto encargo es, caro amigo, el mío!
TEMÍSTOCLES. ¿Por qué? Yo no confundo
con el amigo al ciudadano; es numen
la patria, y se la debe el sacrificio.
En tu lugar, yo hiciera el mismo oficio.
GERGES. ¡Oh Temístocles, llega!

Allí ves mis guerreros escogidos;
les falta un digno jefe que los guíe,
y quiero que este cargo á ti se fíe.
Toma este cetro, y en mi nombre manda,
combate; premia, triunfa; está entregado
á ti mi honor, y de la patria el hado.
LISÍMACO. (Me burla el Rey ó le sedujo Aspasia.)
TEMÍSTOCLES. Rey poderoso en Asia,
de tu virtud seguro,
acepto el mando, y lealtad te juro.
Permita el cielo y quiera la fortuna
á tu ejército hacer siempre triunfante.
Jamás caiga sobre él desgracia alguna,
aunque el caudillo, de cipres cubierto,
de victoriosas lides vuelva muerto.
LISÍMACO. ¿Así, oh Rey, á Temístocles te entregas?
GERGES. Juré á Grecia enviarle; oye si cumplo
lo que te he prometido,
caudillo invicto. Tengo decidido
castigar por tu mano, finalmente,
á la Grecia orgullosa é insolente.
Pueda el peso sentir de mis cadenas
Tebas, Corinto, Esparta, Argos y Atenas.
TEMÍSTOCLES. (¡Desventurada suerte!)
LISÍMACO. ¿Para presenciar esto me has llamado?
GERGES. Dí á Grecia cómo vuelve el desterrado.

ESCENA VIII

TEMÍSTOCLES, GERGES *y* SEBASTE.

TEMÍSTOCLES. (¿Yo traidor á la patria?)
GERGES. Temístocles, ¿qué dudas? ¿por qué callas?
TEMÍSTOCLES. Señor, mudad os ruego el pensamiento.
¡Hay para las conquistas tanto mundo!...
GERGES. Si el orgullo de Grecia no confundo,
la conquista del mundo en nada cuento.
TEMÍSTOCLES. Señor, piensa y medita.
GERGES. Lo pensé, y quien se opone á ello me irrita.

TEMÍSTOCLES. Si así está decidido,
otro jefe ha de ser el elegido;
pues yo, á tus pies dejando
la insignia militar, renuncio al mando.
GERGES. Pero ¿por qué motivo?
TEMÍSTOCLES. ¿Queréis que por mí sea destruído
el patrio suelo? ¡Nunca, oh suerte dura!
Tanto no logrará mi desventura.
SEBASTE. (¡Qué osado atrevimiento!)
GERGES. Tu patria Atenas no es desde el momento
que proscripto te tiene y desterrado.
Es tu patria la Persia, en que has hallado
asilo y donde te hallas protegido.
TEMÍSTOCLES. Cierto es; mas yo en Atenas he nacido.
GERGES. ¿Qué te une á ella? ¿en qué tu afecto pones?
TEMÍSTOCLES. Señor, en todo; en los sepulcros fríos
de mis antepasados;
en sus dioses, sus leyes,
su lengua, sus costumbres,
la gloria que me ha dado
el sudor que servirla me ha costado;
en fin, cuanto dejé en la patria: suelo,
paredes, troncos, piedras, aire y cielo.
GERGES. ¡Qué horror! ¡qué obstinación! ¡qué desacato!
Resérvese al castigo ese hombre ingrato.
TEMÍSTOCLES. Mostraré un ánimo entero;
mi frente estará serena,
que es la culpa y no la pena
quien al bueno ha de afligir.
Delincuente morir quiero
si es delito el ser leal,
que por un delito tal,
honorífico es morir.

ESCENA IX

GERGES, SEBASTE, ROSANA, *y después* ASPASIA.

ROSANA. Gerges, ¡no lo creyera!
GERGES. ¿Quién tal ingratitud temer debiera?
¡En mi corte! ¡á la faz del mundo todo!
¡Temístocles me insulta, me desprecia,
de preferir á Atenas se gloría,
y huye por ella de la amistad mía!
ROSANA. La hija hacerte ceder tal vez consiga.
GERGES. La hija, como el padre, es mi enemiga.
ROSANA. Pero ¿si arrepentida te implorara?
GERGES. A tanto su osadía no llegara.
ASPASIA. ¡Salvadme, oh Rey! ¡Salvad al padre mío!
GERGES. ¿Y á implorar indulgencia por él viene
la misma que por Gerges menos tiene?
ASPASIA. Rubor fué; echadle un velo; sed humano
con mi padre, y aquí tenéis mi mano;
si no, morir con él se me conceda.
GERGES. Haz que obedezca, y perdonado queda.
De su voluntad única
su suerte aún es señora;
suspenso el rayo fúlgido,
mas no depuesto está.
De hacerse agradecido
á mi clemencia es hora,
ó el golpe suspendido
más violento será.

ESCENA X.

ASPASIA, ROSANA *y* SEBASTE.

ASPASIA. Disculpadme, Rosana,
si el deber me obligase á ser esposa.
ROSANA. ¡Quítate de mis ojos, orgullosa!
Lo confieso: ¡has triunfado!
Mas no me insultes; harto he tolerado.

ASPASIA. Sufro en paz tu ira inhumana,
y tu dolor compadezco;
tú no ves lo que padezco,
ni cómo mi seno está.
Quien no conoce la llama
que consume el alma mía,
¿cómo conocer sabría
si envidia ó lástima da?

ESCENA XI

ROSANA *y* SEBASTE.

ROSANA. ¡Oh querido Sebaste! ¿quién pudiera
tomar del Rey venganza?
SEBASTE. La tienes en tu mano sin tardanza;
si á mis parciales tus amigos unes,
quedas vengada y dueña eres del trono.
ROSANA. ¿Mas qué recursos puedes ofrecerme?
SEBASTE. Las tropas numerosas
del sublevado Egipto
de mí dependen; las conduce Oronte
bajo instrucciones y consejo mío.
Toma esta carta de él que te confío.
ROSANA. Dámela y vé á mi estancia;
allí y no aquí se ha de ordenar la empresa.
SEBASTE. Y yo podré esperar de vos entonces...
ROSANA. Agradecida soy y eres amante.
SEBASTE. Logré, por fin, un venturoso instante.

ESCENA XII

ROSANA, *sola*.

ROSANA. Cómo, Rosana, ¿y tú valor tendrías
de conspirar contra quien has amado?
¡Ah! si me ha despreciado,
padezca, pues por él he padecido.
Le veré destronado, perseguido;

lograré complacerme en su agonía.
¡Dios! ¡amenaza y tiembla el alma mía!
A veces contra un ingrato
el corazón arde en ira,
y á veces de amor suspira
olvidando su rencor.
¡Quisiera en quien le ha engañado
hacer un justo escarmiento!
y arrepentido al momento
maldice de tal furor.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Cámara de arresto de Temístocles.

TEMÍSTOCLES, *solo. Después* SEBASTE.

TEMÍSTOCLES. ¡Oh patria! ¡oh tierno nombre
para mí tan fatal! dulce hasta ahora
me ha sido el consagrarte mis fatigas,
verter por ti mi sangre
y sufrir resignado tu injusticia;
pero hallarme cual hoy, por ti obligado
á verme como ingrato detestado
por un rey generoso
que ofendido se vió, que es poderoso
y sin embargo su rencor olvida,
me da sus brazos, trono, honor y vida,
fiado en mi gratitud, perdona, Atenas,
que á serte fiel valor me basta apenas.
SEBASTE. Señor, Gerges me envía
para saber tu decisión postrera;
correspondiente á tu amistad la espera.
Aflígele, repúgnale la idea
de que ingrato con él tal hombre sea.
TEMÍSTOCLES. No lo es; lo sabe el cielo

que ve mis intenciones;
llevadme al Rey, y tenga yo el consuelo
de que oiga mis protestas, mis razones.

SEBASTE. No, el Rey no te consiente en su presencia
si no ofreces jurar en los altares
odio eterno á la Grecia.
Si su vida Temístocles aprecia,
resuélvase á venir al juramento.

TEMÍSTOCLES. Resuelto estoy; prepárese al momento
ara, taza y licor de libaciones
según costumbre en tales ocasiones.

SEBASTE. Al Rey llevo esta nueva lisonjera.

TEMÍSTOCLES. Escuchadme: ¿Lisímaco ha partido?

SEBASTE. Para darse á la vela el viento espera.

TEMÍSTOCLES. Que sea su viaje suspendido
y que al acto solemne esté presente:
decidle al Rey que yo así lo deseo.
Lo otorgará gustoso, según creo.
Arbitro eres del Rey enteramente.

ESCENA II

TEMÍSTOCLES, *solo*.

Quiero que resplandezca luminoso
el fin de mi carrera,
cual de la antorcha el rayo esplendoroso
es más brillante y vivo antes que muera.
¡Hola, guardias! traedme mis dos hijos.
¿Qué puede ser la muerte?
¿un bien? debe buscarse.
¿un mal? debe abreviarse
el temor de esperarle.
Indigno es de la vida
quien á virtud y gloria la prefiere.
El vil al nacer muere,
mas no puede morir jamás el fuerte
que una vida de honor mira en su muerte.

ESCENA III

Temístocles *con* Neocles *y* Aspasia.

Temístocles. Escuchadme en silencio.
¿Sabéis á lo que obliga la obediencia
en hijos bien nacidos? yo os la impongo:
sentáos la última vez en mi presencia.
La última vez es esta
que os hablo, ¡hijos queridos!
Para la gloria hasta hoy sólo he vivido;
pero si más la vida prolongare,
para perder el fruto de ella fuera,
y así conviene á la virtud que muera.
Es el rey Gerges el bienhechor mío,
es mi patria la Grecia;
le debo á él gratitud, lealtad á ella;
son deberes opuestos uno á otro;
si elijo el uno y si elegir dilato,
tengo que ser traidor ó ser ingrato;
evito los dos crímenes muriendo.
Traigo conmigo un eficaz veneno;
de él usaré bebiendo
en el vaso de sacro vino lleno.
Este es el solo medio que he encontrado
para ser hoy de Gerges escuchado.
Persia y Grecia serán espectadores
de mi respeto á la virtud profundo,
y por juez y testigo tomo al mundo.
Vuestro llanto enjugad, débil, siniestro.
Llorar debiérais, hijos, si jurara,
si morir no supiera el padre vuestro,
si, al morir, no os dejara
de la gloria, en sus hechos, un recuerdo
de la virtud su corazón un templo,
y en su vivir y en su morir ejemplo.
Si os dejo abandonados
en medio de enemigos
en extranjero suelo,

mi nombre recordad: tendréis consuelo.
Todas las condiciones de la vida
pueden con la virtud ennoblecerse
y toda profesión ilustre hacerse.
A un alma grande el distinguirse es dado
en el uso del cetro y del cayado.
Separémonos, hijos de mi vida;
soy padre; es dolorosa despedida
la que en este momento el alma siente;
abrazadme y adiós eternamente.
Cese el llanto afeminado,
no voy, hijos, á la muerte,
voy de la suerte, del Hado,
de la fortuna á triunfar;
voy á ornar de un laurel nuevo
el término de mis días,
voy de las fatigas mías
el fruto, en fin, á lograr.

ESCENA IV

ASPASIA *y* NEOCLES.

ASPASIA. Se fué: ¿qué es de nosotros? ¡desdichados!
¿qué hemos de hacer en tanta desventura?
NEOCLES. Ser dignos de quien vida nos ha dado
y para dar consuelo á su amargura
intrépidos marchemos
y el triunfo de su muerte presenciemos.
Cuando el semblante augusto
envuelto en muerte esté
me enseñará á ser justo,
me imprimirá virtud.
Que me mostrase fuerte
su postrer orden fué.
Me invitó á ver su muerte
en su solicitud.

ESCENA V

ASPASIA, *sola.*

¿Con que será mi hermano
más intrépido y firme? ¿por mis venas
igual sangre no corre? ¿y seré en vano
hija de un héroe? ¿en angustiosas penas
le dejaré espirar? no, que en mis brazos
repose su cabeza venerable;
que su pálida faz bese mi labio;
que sienta en la agonía mis abrazos
y que cierre sus ojos estamano
huérfana entonces, sin apoyo humano.
Mas tiemblo; me horrorizo; inútil llanto
vierto, vacilo y pierdo el padre en tanto.
El quedarme, honor lo impide;
á partir el pie se niega.
¡Oh, qué tormentosa brega
de osadía y de terror!
Por qué ¡oh, Dios! no se divide
en mi pecho el alma mía
que bastante fué hasta el día
víctima de tal furor!...

ESCENA VI

GERGES, *y después* ROSANA, *con una carta en la mano.*

GERGES. ¿Dónde está mi Temístocles, mi amigo?
En llegar á mis brazos ¿por qué tarda?
ROSANA. Gerges, vengo en tu busca y solo pido
que por última vez me des oido.
GERGES. Se, Rosana, que tienes graves quejas
de mí; sé que te juzgas ofendida.
ROSANA. ¡Y pudiera vengarme! Rey, tu vida
y tu trono peligra: en esta carta
te presento la trama más villana;
consérvate, y á Dios de tu Rosana.

GERGES. Deja que de tu celo asegurado...
ROSANA. No te quiero escuchar; ya me he vengado.
Es dulce venganza
de una injusta ofensa
tomar la defensa
de quien ultrajó.
Alegre esperanza
y alivio y contento
logro del tormento
que el alma probó.

ESCENA VII

GERGES, *leyendo. Después* SEBASTE.

GERGES. La carta es á Sebaste;
firma Oronte; leamos: ¡oh perfidia!
¿Con que es Sebaste mismo
autor del alzamiento del Egipto?
SEBASTE. Señor, vuestro favor hoy solicito
en premio de mi celo y mis servicios.
GERGES. Son grandes, en efecto,
y esperar debes mucho de mi afecto.
SEBASTE. Suplico, pues, señor, que se me nombre
jefe contra el Egipto sublevado
como antes fué Temístocles nombrado.
GERGES. Mira esa carta, y en su contenido
puedes ver si te estoy agradecido.
No tiembles, vasallo indigno;
tu temblor llega ya tarde;
cuando urdiste el vil designio
era tiempo de temblar.
Del cielo es disposición
que el alevoso cobarde
no vea su perdición
sino al ir á naufragar.

ESCENA VIII

SEBASTE, *solo.*

SEBASTE. ¡Huyamos, soy perdido! ¿pero dónde
un criminal de su terror se esconde?
Crueles remordimientos
que después del delito
lográis con vuestro grito
al reo atormentar,
¿por qué tales tormentos
como me dais ahora
no darlos en la hora
que lo iba á ejecutar?

ESCENA IX

Salón regio. Ara levantada en medio, y sobre ella el vaso sagrado, preparado para el juramento.

GERGES, ROSANA, NEOCLES, ASPASIA, *sátrapas, guardias y pueblo, y por otro lado* LISÍMACO, *con séquito de griegos.*

LISÍMACO. ¿Me llama el Rey para escuchar baldones
contra Grecia y Atenas?
¿O es que Aspasia desea
que de su deslealtad testigo sea?

ASPASIA. Lisímaco, la misma soy que he sido;
¿por qué afliges á un pecho ya afligido?

GERGES. Qué, ¿Aspasia de Lisímaco es amante?

ASPASIA. Fuera inútil negarlo en este instante.

GERGES. ¡Y no obstante, tu mano me ofrecías!

ASPASIA. La vida de mi padre lo exigía.

GERGES. ¿Y por qué era Lisímaco enemigo
del padre de su amada y la acusaba?

LISÍMACO. Porque la Patria así me lo mandaba.

GERGES. Virtud digna de encarecimiento;
Mas el héroe se acerca al juramento.

ESCENA ÚLTIMA

TEMÍSTOCLES, *y* DICHOS.

GERGES. Temístocles, al fin te has decidido
por mi amistad; los brazos te he tendido,
ven á ellos, y estrechado en este día...

TEMÍSTOCLES. Detenéos; no es tiempo todavía.
Dejad que me haga digno el acto augusto
de un homenaje voluntario y justo.
Escucha. ¡oh Rey de Persia!
Lisímaco, enviado de la Grecia,
oye, y vosotros, pueblos, sed testigos
de lo que en tan solemne instante os digo.
Yo estoy injustamente por el Hado
á ser traidor ó ingrato condenado.
La elección que me ofrece la fortuna
es entre dos delitos;
ni yo salida alguna
ni otro camino en tal conflicto encuentro
si no es el del sepulcro, y en él entro.
Este veneno que saqué conmigo,
en mi destierro compasivo amigo,
el único será que en mis dolores
de crímenes me libre y de rencores.
Tú, Lisímaco amado,
di á Atenas que Temístocles la adora
y para sus cenizas gracia implora.
Y tú, gran Rey, no estés arrepentido
del favor que me has dado,
otro recurso honor no me ha dejado
que el de morir por serte agradecido.
¡Númenes celestiales!
si ruegos escucháis de los mortales
á este Rey y á este reino dad ventura;
inspirad en su pecho generoso,
para la edad futura,
pensamientos de paz y de reposo.
No más de Atenas sean enemigos,

y á Dios quedad, ¡oh Rey! hijos y amigos.
(Se acerca Temístocles *al altar para echar el veneno en el vaso, y el* Rey *lo impide.)*

GERGES. Detente, no consiento
que á la copa fatal toque tu labio.
Vive, honor de tu patria,
ámala, lo consiento, es digna Atenas;
yo mismo á amarla á mi pesar comienzo.
¿Quién no ha de amar al pueblo afortunado
que la cuna á Temístocles ha dado?
Atiende, héroe sublime,
mira los efectos prodigiosos
de tu virtud en pechos generosos.
Sobre ese altar, para jurar dispuesto
el odio al pueblo griego,
yo á jurar paz con el Eterno llego.
Así deberá Atenas su reposo
al ciudadano odiado y virtuoso.
Tú, digna hija del héroe, ama constante
al que mereció en Grecia ser tu amante,
pues Gerges, que tu afecto ha violentado,
hoy de tantas virtudes admirado,
vuelve su corazón agradecido
á quien su vida y trono ha defendido.
(Dirigiéndose á Rosana.)

TEMÍSTOCLES. Haced que yo á tal Rey, dioses propicios,
le consagre mi vida y mis servicios.

GERGES. Quieran los dioses prolongar tu vida
y toda tu plegaria está cumplida.
Pues si con tu virtud, mi virtud guías
me restituyes más que me debías.

CORO. De la emulación movida,
la virtud se hace mayor
como en llama á llama unida
se duplica el resplandor.

APENDICES

APÉNDICE 1.º • ALGUNAS POESÍAS DE AUTENTICIDAD DUDOSA

Á CARILO • LA AMISTAD ES PREFERIBLE Á TODOS LOS BIENES • ROMANCE

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo.

Ora que en lúgubre velo
la noche envuelve á la tierra
y el silencio y el reposo
al triste mortal rodean,
vertiendo el sueño en sus sienes
de la ilusión lisonjera
la falaz copa que en vano
el infelice desea,
tomo la lira y pulsando
sus no bien templadas cuerdas
entono el himno sencillo
de la amistad pura y tierna;
de la amistad, más preciosa
que las frívolas riquezas
que envanecen al soberbio
y en la ambición lo despeñan.
¿Qué vale el nombre de gloria
en que el necio se recrea
si la plebe que lo manda
nunca es justa y siempre es ciega?
qué el cetro si á quien lo empuña
huye la virtud sincera
y la pérfida lisonja
á par del trono se sienta?
qué la espada fulminante

que entre sus manos sangrientas
el conquistador esgrime
si de muerte se alimenta?
Dulce amigo, nunca halague
el grito infausto de guerra
nuestro oido; nunca suba
nuestro incienso á las soberbias
estancias donde el tirano
respira aromas sabeas,
mientras gime el inocente
derribado en la miseria.
Canten otros las falanges
que el moscovita ora ostenta
sobre el márgen del Danubio,
ansiando por la pelea.
Por ventura ¿se dirigen
á derrocar la cruenta
imagen del fanatismo
que en Bizancio se venera?
¿ó á proteger las legiones
que pugnan contra la fuerza
del frenético otomano
do en otro tiempo fué Atenas?
Sus palabras son falaces!
dominar al mundo anhela
y atar los hombres al carro
de su ambición mal contenta.
Temblemos si luce el tiempo
de su victoria... no temas,
que tu deidad y la mía
es la amistad verdadera.
Y si al tirano le es dado
dominar mares y tierras,
los lazos romper no puede
que á dos amigos estrechan.
Hija dichosa del cielo,
que aun en medio de la afrenta
de nuestra edad sin virtudes
de esclavitud y vergüenza,
al corazón que te busca
el siglo dorado muestras
en tu seno candoroso
que sólo al malvado cierras:
dulce amistad, yo te invoco,
el norte por siempre seas
de mis sencillos deseos,
el consuelo de mis penas.
Pueda mi voz balbuciente

subir hasta ti; pluguiera
al cielo que mis palabras
sonasen cual son sinceras!
Carilo amigo, llevemos
á su planta las promesas
de consagrar á su culto
nuestra frágil existencia.
Los placeres desparecen
cual fugitiva centella
que girando impetuosa
cruza súbito la esfera.
La amargura y la fatiga,
de la vejez compañeras
vendrán sañudas á herirnos
y cuando se desvanezca
la ilusión que nos encanta
y las frescas azucenas
de la juventud se agosten
qué haremos? La amistad sea
nuestra ocupación, en tanto
que aquel instante se acerca
en que demos á la muerte
nuestras lánguidas cabezas,
que funeral cirio alumbre
á nuestras reliquias yertas,
y que el sepulcro insaciable
abra su fosa funesta.

ROMANCE MORISCO

¿Qué aprovecha corvo alfange,
ni lanza de dos aceros,
ni el jerezano caballo
ni el africano denuedo
si es amor quien me combate
y de mi estrella el decreto
que á esclavitud me condena,
cristiana, en tus ojos veo?
De mis lides, de mis glorias
el vanidoso trofeo
con una de tus miradas
derrocado vino al suelo.
Y el temido en las alarmas
y el nombrado en los torneos
hoy á tus umbrales pide
cadena de cautiverio.

Pide amparo y hospedaje
el huérfano y extranjero
que deja por ti su patria
y de una madre los besos.
Dejo mi ley por la tuya;
tu cielo ha de ser mi cielo;
dale á tu Dios y á tu gente
un cristiano y un guerrero.
Calló el moro y la cristiana
que estaba entonces abriendo
á los tonos el postigo
y á la compasión el pecho,
cerró dejando al mezquino
como incauto marinero
en mar alta y noche obscura
el estallido del trueno.
Pero amaneció otro día
y á su luz el forastero
fué admitido y acatado
de damas y caballeros.
Los padres de la que amaba
su pretensión entendieron,
tomáronse pareceres
y se consultaron deudos;
la fama fué la tercera
que negoció los conciertos,
aunque el valor y nobleza
del africano mancebo
ya la novia lo entendía
desde que le vió tan bello.
Que se precian las doncellas
de adivinar los afectos
del alma de los amantes
por la hermosura del cuerpo.
Y cargara su conciencia
la cristiana si en el gremio
del Amor y de la Iglesia
al moro no hubiere puesto.

CANCIÓN

Pláceme en un día sereno
contemplar el bosque ameno
silencioso
y bajo del sauce umbrío
ver la corriente del río
majestuoso.

Pláceme de una pastora
la dulce voz, que atesora
su garganta;
y gusto oir sus amores
cuando á las aves y flores
se los canta.

Me agrada ver su albo seno
ya agitado, ya sereno,
sin cendal,
y más, si en amor deshecha
el cuello amoroso estrecha
del zagal.

Gusto, en fin, que delirante
premie la amada al amante
con exceso
haciendo que el aura leve
de entre sus labios le lleve
dulce un beso.

Pero más me gustaría
si fueses tú, vida mía,
la pastora
y el zagal afortunado
este cantor desgraciado
que te adora.

MAL DE AMOR

Yo tengo un desasosiego
que le siento y no le toco,
y al corazón, poco á poco,
aunque me abrasa, le llego.
Tengo una alegre inquietud
que me entretiene y enoja,
tengo una dulce congoja
que me mata y da salud.
Tengo una gustosa herida
que yo mismo procuré;
tengo un veneno, que fué,
siendo mi muerte, mi vida.
Tengo un fuego que sospecho
que para rayo aprendió,
pues libre el cuerpo dejó
y volvió ceniza el pecho.

ROMANCE

Tengo una tierra en los ojos
que se les pone delante;
tengo un niño que es gigante
en darme penas y enojos.
Tengo un mal que no me ofende,
un bien que me trata mal,
un antídoto mortal,
una frialdad que me enciende.
Tengo un apacible modo
de tratarme con rigor
y digo que tengo amor,
que en esto lo digo todo.
La clara luz de mis ojos
me robaron sin piedad
y en tinieblas desde entonces
mis pobres ojos están.
El sol de sus alegrías
van buscando en su orfandad,
buscándola enamorados
y sin poderla encontrar.
Noche que escuchas mis quejas,
¡ay! dime, dime do está;
vientecillo, que recoges
en tus alas mi cantar,
si conoces á mi hermosa
y á su divina beldad
puedes, á pesar de rejas
y de guardianes llegar,
dila que muero por ella,
dila mi amor y mi afán
que enamorado la busco
y que no la puedo hallar.

EL JAQUE

Tu sandunga y un cigarro
y una caña de Jerez,
mi jamelgo y un trabuco
¿qué más gloria puede haber?
Ay manola, ¡qué jaleo!
no ya tanto zarandeo,
que me turbo, me mareo

solo al ver tu guarda-pies.
¡Ay! menéate gachona.
¡Ay! que me viene la ronda á prender.

En tu traje no hay engrudos,
ni postizos, ni almidón
que tu seno y pantorrilla
de carne maciza son.
Los usías gastan fraque,
y las damas miriñaque,
mas la maja de este jaque
solo lleva guarda-pies.
¡Ay! menéate... etc.

Cuando en ancas de mi potro
yo te llevo á pasear
todos los guardas de puertas
se acercan á mí á fisgar.
¡Ay, que gente tan ladina,
tan cuciosa, tan endina!
mas llevando carabina
¿quién te toca al guarda-pies?
¡Ay! menéate... etc.

Cuando sales á la calle
por cualquier parte que vas
los hombres al ver tu talle
se marchan todos detrás.
¿Quien te ofende, cielo mío?
que á todos los desafío
porque me entra el desvarío
solo al ver tu guarda-pies.
¡Ay! menéate... etc.

Yo no le temo á la Ronda,
aunque me venga á prender;
con mi trabuco y tu garbo
bien me puedo defender;
que la soberbia me irrita
y tu hermosura me excita
y el corazón me palpita
sólo al ver tu guarda-pies.
¡Ay! menéate... etc.

Si te mira algún usía
y te quiere requebrar
me río que un lechuguino
á tí te quiera gozar.
Soy valiente sin segundo

con genio tan iracundo
que mientras yo esté en el mundo
¿quién te toca el guarda-pies?
¡Ay! menéate... etc.

Con tu pierna y con tu talle
vas derramando la sal
y á los hombres dejas muertos
con tu modo de mirar.
¿Quién me disputa el derecho
de gozar tu blanco pecho
cuando me encuentro deshecho
al mirar tu guarda-pies?
¡Ay! menéate... etc.

Eres tan zaragatera
cuando empiezas á bailar,
que con ese cuerpecito
me haces desesperar;
otro salto, que me obligas,
vuélveme á enseñar las ligas,
que estoy pasando fatigas
por mirar tu guarda-pies.
¡Ay! menéate... etc.

EL CHARRÁN Ó LOS BOQUERONES

Es mi gusto, mare mía,
este oficio bien me está;
vendo al probe y al Usía
en el barrio y la siudá;
todos joyen mis pregones
¡Boquerones! ¿quién quié más?
Que me escurro, que me rajo,
que me rajo ¿quién quié más?
porque espera la curriya
en la playa á su charrán.

Soy un probe y es mi hacienda
los senachos y ná más,
pero gasto más fachenda,
y más genio y caliá
que esos tristes señorones,
¡Boquerones! ¿quién quié más?

Cuando viene á la marina
á comprarme alguna Já,

platicamos, y es la endina
la que quiere ser comprá.
¡Ay, Jesús, que tentaciones!
¡Boquerones! ¿quién quié más?

Sardinitas pa moraja
la Japuta y la pescá;
al mero, que me se acaba
Pinta, Roja y Calamá.
¡Vaya los buenos dentones!
¡Boquerones! ¿quién quié más?

Moza rubia, no recele
no oyes? no me yevas ná?
miá que fresquito perele
no te hagas disimulá,
que vales dos mil doblones.
¡Boquerones! ¿quién quié más?

Vámonos ya de la playa,
porque ya tengo palné;
mi curriya se desmaya
cuando no tengo un calé;
yo la doy de pescozones.
¡Boquerones! ¿quién quié más?

Tan solo una mitailla
de vino he bebío hoy;
adiós, hermosa curriya,
con mi compare me voy
á correr estos chiscones.
¡Boquerones! ¿quién quié más?

Aunque sea al sol nacío
le pego una puñalá;
á todos los desafío
y no me reparo en ná,
ni temo á los valentones.
¡Boquerones! ¿quién quié más?

EL ESTUDIANTE DE TUNA

Con un manteo raído,
cual venerable antigualla,
y con tricornio en batalla,
de mil picos guarnecido,
un estudiante, seguido
de dos compañeros más,

de la guitarrra al compás
entonaba esta canción:
que los estudiantes son
peores que Barrabás.

¡Viva la gresca!
¡viva la tuna!
corriendo el mundo
se hace fortuna;
guárdate, Bruna,
guárdate, Inés,
mira que somos
tunos los tres.

Las condiciones de Europa,
en sus furores violentos
dieron fin con los conventos
donde nos daban la sopa,
y va todo viento en popa,
y quiso fortuna ruin
acabar con el latín;
mas no es cosa de apurar
mientras sepamos rascar
la barriga á un violín.

¡Viva el tricornio!
¡viva el manteo!
¡viva la zambra!
¡viva el jaleo!
¡ay que meneo!
guárdate, Inés,
mira que somos
tunos los tres.

En vez de ser un panarra
y de servir á un cualquiera,
hago sonar la pandera
al compás de la guitarra.
Murcia, Galicia, Navarra,
Cuenca, Toledo, Aragón,
toda España, en conclusión
piensa incesante correr
quien ministro puede ser,
aunque hoy es un pobretón.

Una limosna
pido á mi Blasa;
cuando sea madre
sale de casa

¡guarda, Colasa!
guárdate, Inés
mira que somos
tunos los tres.

CANCIÓN DEL ¡AGUA VA!

Antoñuelo se me acerca
cuando riego mi rosal
y si de él me da una rosa
yo no sé lo que me da.
¡Agua va!
Apártate, vida mía,
más allá
que el premio de tu porfía
salir mojado será.
A la pila de la iglesia
vino á verme santiguar
y por poco no le baño
con el agua bautismal.
¡Agua va! etc.

Vino ayer, cuando regaba
muy temprano mi zaguan;
siempre llega este maldito
á las horas de regar.
¡Agua va! etc.

Me cogió por la cintura,
un beso me quiso dar
y preciso fué mojarle
para hacerle escarmentar.
¡Ay de mí!...
no te apartes, vida mía,
ven aquí;
todo pobre que porfía
limosna consigue al fin.

PROFECÍA POLÍTICA

Como profeta
siempre inspirado
Dios me ha mandado
pronosticar

el gran diluvio
con que á la raza
regia amenaza
hoy castigar.
Los pobres reyes
se van á ahogar.

¡Pero Dios mío!
¿en qué han pecado?
¿por qué irritado
habéis de estar
contra estos reyes
de quien las leyes
aunque pesadas
son aguantadas
sin replicar?
Los... etc.

Las olas braman
y no hay monarca
que sepa un arca
hoy fabricar
para salvarse
y no anegarse
en el diluvio
que va á llegar.
Los... etc.

El despotismo
de los tiaranos
que en africanos
pueblos reinar
veis como venden
negros que atados
van y embarcados
para ultramar.
Los... etc.

Ved en el Asia
esos sultanes
que dan firmanes
para empalar
á los vasallos
y en sus serrallos
entre mujeres
y entre placeres
se han de anegar.
Los... etc.

Los reyes nuestros
quieren juntarse
para auxiliarse
y á Dios rogar
y el Dios del Cielo
para consuelo
dice á los reyes:
reyes de Europa,
guardad la ropa,
sabed nadar,
porque el diluvio
os va á anegar.

Ay de los tronos
de oro ó de plata
que el pueblo trata
de hacer moneda
con la cual pueda
comprarse pan
y comerán
mientras los reyes
al agua van.

APÉNDICE 2.º • BIOGRAFÍA DE D. JOSÉ SOMOZA, ESCRITA POR D. BENITO VICENS Y GIL DE TEJADA, QUE VIÓ LA LUZ EN LA «REVISTA IBÉRICA», TOMO VI, AÑO 1863 • • •

Si un corazón abierto á toda emoción de caridad, si un alma pronta á sentir el infortunio ajeno y la grandeza pública, á condolerse ó entusiasmarse de todo, si una nobleza de carácter desmentida nunca, si el sacrificio desinteresado de los mejores años de la vida á procurar la felicidad de su país y de sus compatriotas, pueden suplir, como creo, á las codiciones de audacia y de brillantez en las empresas, al oropel y al fausto de la gloria efímera, á la pompa y al rumor de las hazañas, nadie tan digno de ser llevado y encarecido, cual el que muere dejando, en vez de rastro profundo, árido y seco aunque quizás provechoso, una huella que, si apenas se observa por los que disfrutan el sendero abierto con los esfuerzos del sabio, es porque la encubren hierbas y flores crecientes con más vigor en donde fué estampada. Tal fué la ruta que siguió constante: tal el objeto á que don José Somoza (1) consagró su vida.

Con esto está dicho todo. ¿Qué más alabanza cabe?

---

(1) Nació este literato en Piedrahita, donde fué bautizado en 24 de Octubre de 1781, con los nombres de José María Rafael Ignacio, siendo los de sus padres D. Ignacio de Somoza y Carvajal, y D.ª Juana Muñoz Barrientos. Estudió latinidad en la misma villa, y después pasó á Salamanca, donde cursó las asignaturas de la facultad de Jurisprudencia y se dedicó á la lectura y á la composición de todo género de obras literarias. Durante la guerra de la Independencia desempeñó el cargo de corregidor, y su hermano el de Alcalde de Piedrahita, donde su padre fué regidor perpetuo por el estado noble. En 1820 D. José Somoza fué nombrado jefe político de la provincia de Avila, sufriendo, á causa de esta y de otras circunstancias, las consecuencias de la reacción absolutista. Preso en 1823 por el cabecilla Merino, debió su libertad á la intervención de un general del ejército francés cuando ya la insalubridad de la carcel en que se hallaba le había hecho contraer achaques que duraron todo el resto de su vida; y detenido otra vez á los dos años, hubo de guardar su casa por prisión con centinela de vista. Procurador á Cortes por el estatuto de 1834, y después diputado en las Cortes constituyentes convocadas en 1836, se negó á continuar en funciones semejantes en lo sucesivo, rogando en 1837 y en 1838 á los electores que no se acordasen de él para enviarle á las

Joven de imaginación vivísima y de condición ardiente, supo enfrenar sus pasiones (1), por conservar una sola, que las dominase absoluta y creciese sin estorbo, ocupando ella ampliamente el hueco que las demás hubiesen necesitado si compartiesen el alma: la amistad caritativa. Un padre de talento, cariñoso y rico, un hermano mayorazgo ilustrado y generoso, facilitaron su empresa; y cuando estos no bastaban, quedábanle los recursos del corazón y del genio: donde no alcanzó el dinero, ó donde éste no valía, consuelos y ánimo siempre recibieron sus amigos. Tiempo después, heredero de una crecida fortuna, consagróla únicamente á su natural tendencia (2) y más bien que poseerla, parecía administrarla: de tal manera se hallaba pronto á aliviar las desgracias que él conocía del huérfano, del enfermo y del mendigo. Cuando la edad exigía que, serenando el ánimo, gozase de las dulzuras que el cariño de la esposa y de los hijos ofrece al hombre desengañado, él conoció que tenía pobres mal acostumbrados, parientes que en él veían su preciso apoyo, amigos que en la miseria habían hallado en él protector inesperado; miró en derredor, sintiendo, como el clérigo católico, lo mucho que le pudieran turbar en el ministerio de su caridad forzosa, nuevos, mayores y más queridos deberes; y prefiriendo la felicidad agena á la ventura propia, no fué padre de familia, por serlo de muchas gentes (3). Su nombre en él se extinguía, y

---

Cortes. Dedicado desde entonces á ilustrar y á socorrer modesta y discretamente á sus convecinos, tuvo, sin embargo, en 1850 que romper su silencio para sostener una controversia con el arcipreste de Piedrahita y el Obispo de Avila sobre sus escritos. Esta discusión que le causó disgustos y que aceleró su vida fué causa de que á su muerte, en 4 de Octubre de 1852, se le quisiese negar la sepultura eclesiástica; pero la villa indignada acudió unánime al entierro presidido por el Ayuntamiento, reposando hoy su cadáver en la hacienda de la Pesqueruela, propia del mismo Somoza donde él siempre deseó y había encargado que le sepultasen. Poco después del suceso, el diocesano llamó al arcipreste, causa del escándalo y le impuso corrección severa y larga que ha afectado á su carrera, dando con esta conducta el desagravio mayor á la familia de este ilustre literato, y tributando á la memoria del mismo un respetuoso homenaje.

(1) Nadie podría pintar mejor que el mismo Somoza, sus años juveniles y sus travesuras, asi como sus sacrificios en pro del bienestar de sus amigos, deudos y convecinos. D. Eugenio de Ochoa en sus apuntes para una *Biblioteca de Escritores Españoles contemporáneos*, publicó una relación que en 1839 Somoza hizo de su vida. Allí podrán estimarse á la vez y exactamente su carácter y su ingenio.

(2) Apenas heredó el mayorazgo y los cuantiosos bienes libres de su casa, se desprendió de los últimos, repartiéndolos entre sus hermanas, ya que no le era posible hacerles igual fortuna, por privárselo las leyes.

(3) Una sola vez estuvo, y cuando era ya un anciano, dispuesto á sacrificar su libertad en aras del cariño más profundo y de la estimación más completa y merecida. D. Sinibaldo de Más, en la *Revista Peninsular*, t. II, *Poesías inéditas de D. José Somoza*, págs. 391, 392 y 393, ha dejado varios datos para poder apreciar la índole de tal efecto.

su misma propiedad reclamaba un solo dueño, si había de conservarse su casa con esa fútil aureola de vanagloria que atrae hasta al moribundo; pero hombre que desdeñaba cuanto á él se refería, si era en perjuicio de la dicha de otros, partió con cuantos debían á su amparo el hábito de la holgura, los bienes que aún le podían halagar, pensando en su unión á propiedades semejantes ó más ricas. Gozan de ellos sus parientes, sus protegidos y amigos: únicamente reservó, para mansión de su cadáver, un hoyo en una de sus haciendas; y por voluntad expresa, manifestada por él constantemente, una losa sin adorno ó inscripción, sin nada que le revele, fué el gasto impuesto á su muerte por él á sus herederos.

Quien así se conducía en las acciones privadas, debió seguir igual norma en las forzosas de su vida pública. Su padre noble, regidor perpetuo, tenía con Piedrahita obligaciones nacidas del carácter mismo que ella honraba en su persona. Los hijos, por consiguiente, debían ser dedicados por éste á servir gozosos y á proteger á la villa. Por esto apenas D. José Somoza había dejado los agradables ocios literarios, los estudios más severos de la jurisprudencia y la historia, apenas comenzaban á borrarse en él los deliciosos recuerdos y á adormercerle los ecos de las aulas salmantinas, vino la invasión francesa á hacerle ser el escudo de sus vejados paisanos (1). Como en Madrid aquellos dos patricios, Aranda y Sainz de Baranda, que en cada interregno estaban prontos á asumir el mando, entonces nada envidiable, librando á la población de atropellos y zozobras; Somoza fué la persona en quien los vecinos convinieron siempre para ser el defensor y (á ser preciso) la víctima que salvase á Piedrahita. Momentos halló entre tanto para aprovechar su mando en consonancia á los impulsos naturales á su ánimo: un hombre debió la vida á su fogosa defensa ante un Consejo de Guerra de militares franceses y los niños de la villa pudieron, á pesar de la azarosa lucha, asistir á constantes, más y mejores escuelas. Quien de esta manera obraba, daba á entender claramente que no se hallaba arredrado, ni fatigado siquiera del cargo, en cumplir el cual se afanaba y desvivía: así es que, apenas volvieron los días calamitosos, volvió á recordar la villa con qué valor y abnegación había sabido sacarla á salvo en otros oscuros tiempos: pero la provincia entera le disputó á Piedrahita, logrando en su consecuencia los beneficios que Somoza destinaba únicamente á sus convecinos. Los asilos de beneficencia, espejo en que la suya miraba, el ornato general y los paseos públicos de Avila, objetos que se avenían tanto á su genial tendencia, debiéronle lo que entonces, y en tan poco tiempo, la improvisada autoridad podía por sí sola procurarles: su sueldo y su escasa renta. Mas no era tanto el dinero como la abnega-

(1) También lo fué de favores, que nunca quiso aceptar del gobierno de José Bonaparte, aunque se le atribuía haber hecho sublevarse á un regimiento suizo en pro de la independencia, y á pesar de que hizo resistencia al ser preso por tal crimen de orden del general Hugo, jefe de las tropas francesas que guarnecían á Avila.—Véanse los apuntes publicados por Ochoa.

ción con la cual devoraba sus disgustos (1), lo que Avila y su provincia tenían que agradecerle. Dos veces preso, achacoso de resultas de su estancia en una insalubre cárcel, ludibrio y escándalo de ciertas gentes, abandonado de muchas que antes aplaudieron su conducta, incitándole á seguirla, no se entibió para el bien, ni el desengaño logró arrebatarle á su patria. Cuando una niña, exaltada al trono desde la cuna, y un país sacudiendo la forzada inercia, trémulo todavía ante el opresor antiguo convertido de repente en descubierto enemigo; cuando las leyes y los preceptos á que se debían más el bienestar y la franquicia de otros, que la quietud y la seguridad propias, necesitaron su ayuda no la demoró un instante: los Estamentos de Procuradores, las Cortes constituyentes viéronle patrocinar cuantas reformas útiles se hicieron, viéronle sin esperanza ni deseo de engrandecimiento, apoyar cuantas ideas provechosas daban á luz los jóvenes, que como rivales suyos, aparecían entonces, y muchas veces con secreto halago complacerse en los aplausos tributados á éstos á causa de las que él les sugería. Bien es verdad que esta conducta noble, que esta afabilidad constante hiciéronle amigos en cuantos bandos trataban entonces por diversos medios de llegar al mismo punto: pacificar la nación y hacerla libre y dichosa. Cuando si todo no, los cimientos de este trabajo se hallaban asentados firmemente, el mismo que, para lograrlo había abandonado bienes, familia, amigos y distracciones, dejó á los demás gozar la hora de las recompensas, y regresando gozoso de su recto proceder, fué á descansar en su mansión modesta, más del peso de los años que de los peligros, á que no temía, y de las buenas obras para él tan fáciles.

Claro es que quien era así en la región política debía serlo también en la literaria. Por esto nunca admiraba, sino los escritos útiles; por esto nunca escribió, sino para propagar ideas que él sentía provechosas (2), para censurar y acriminar severamente cuanto le indignaba, cuanto hacía hervir su generosa sangre. No, como otros acostumbran, escribió por grangería ó por el público aplauso. La estimación privada y el bien público guiaron siempre su pluma. Varios artículos suyos se publicaron en revistas literarias: otros á costa del autor, huyendo de todo lucro, para enviar únicamente, como recuerdo y ofrenda á los quejosos amigos. Mas éstos y aquéllos fueron constantemente nacidos de algún impulso del alma que, como rauda centella, hizo en conversación íntima, ó en sucesos tristes, brotar la hoguera del amor á la humanidad y á la patria que en su pecho ardía. Ya complaciéndose en el valor y en la gallardía, en el cariño fraternal y la grandeza

(1) Véanse *El Risco de la Pesqueruela* y *Elegía.*

(2) Véanse como ejemplo sus apólogos: *La oropéndola en la fuente de la dehesa de la Mora*, (Obras de D. José Somoza. Artículos en prosa, edición de 1842, en Madrid, pág. 11) *Lección Marcial* (id. pág. 21) y *El pundonor* (id. pág. 25) páginas de oro para los libros de instrucción primaria, donde debieran reimprimirse siempre.

trágica del célebre lidiador Pedro Romero, le pintaba en breves líneas, vengando en el toro matador la muerte del hermano, entre el aplauso y el terror del público que trémulo asistía á la sangrienta lidia (1); ya vindicaba de su dudoso renombre á un alma, fuente de magnánimos favores (2); ya presenciando el insulto gratuitamente inferido á un infeliz forastero en unas fiestas patrióticas consignaba haberse retirado triste, pesaroso, por haber contribuido al bien público (3), bien que juzgaba aún insuficiente, cuando al despedirse de sus electores por la vez postrera, decíales no quedar cosa alguna por hacer, para dejarles felices, sino una nueva conquista, para la cual no estaban preparados. Otras veces, su pluma se movía para asuntos más festivos, más dulces ó más serenos. Ora describía gozoso las sensaciones benéficas que en él ó en sus amigos, ó en otras personas hallaban acogida (4); ora sorprendía en las orillas del Guadalquivir la conversación, más ingeniosa que frívola, de unas cuantas personas de la clase media, prestándoles el donaire, la instrucción y la crítica de su propio ingenio (5). Bien combatía las preocupaciones acogidas vulgarmente sobre espectros, brujas (6), estado de las almas en la otra vida y terrores de la muerte (7); bien vindicaba con gracia al criminal Barrabás de la execración perpetua á que ha venido su nombre (8); tan pronto le incitaban las molestias de que era víctima, á zaherir lo presente (9), como su ánimo ilustrado y recto le llevaba á censurar ó á consignar con gracia, ridículos abusos y errores de pasados tiempos (10). La sociedad que acababa halló en él un adversario bondadoso aunque tenaz; aquélla en que vivía, un impulsador constante á su perfección y su triunfo, un amigo generoso para olvidar los agravios con que le vejaba á veces y pagarlos en favores. Todos sus escritos tienen el mismo fin; y están

---

(1) *El Retrato de Pedro Romero*.—Edición de 1842, pág. 55.

(2) *Memorias de Piedrahita.—La Duquesa de Alba y fray Basilio*. Edición de 1842, págs. 37 y 49.

(3) *Las funciones patrióticas en un pueblo de Castilla en 1835*.

(4) *Mi primera sensación benéfica*. Edición de 1842, pág. 5.—*El tío Tomás ó los zapateros*. Semanario Pintoresco Español, 1838, pag. 668.—*A Cecilia: visita de tus amigas á un cuerpo de guardia*.

(5) *El árbol de la charanga*.

(6) *El Doctor Andrés Laguna y el tiempo de las brujas*. Publicado en Salamanca en 1846.

(7) *Conversación sobre la eternidad*. Edición de 1842, pág. 159.—*Una mirada en redondo á los sesenta y dos años*. Publicado en Salamanca.

(8) *Barrabás*.

(9) *La vida de un Diputado á Cortes*. Edición de 1842, pág. 67.

(10) *Usos, trajes y modales del siglo XVIII*. Edición de 1842, pág. 29.—*La justicia en el siglo pasado*. Id. pág. 59.—*Carta contra el abuso de la imprenta en España cuando no había libertad de imprenta*. Id. pág. 75.—*Carta de un amigo á otro sobre el reto ó desafío*. Id. pág. 85.—*Una conversación del otro mundo entre el español Cervantes y el inglés Shakespeare, en que intervienen otros persanajes, y se da una idea de nuestra poesía lírica en el siglo XVII*. Id. pág. 137.

hechos con propósito laudable, para la ventaja de otros, no para propia alabanza. Deseó toda su vida, según airosamente decía, *ser lo menos autor posible*, pero unas veces el sentimiento de la opinión á la patria, otras la complacencia para amistades queridas, algunas para allegar fondos con que socorrer necesidades perpetuas (1) no le dejaron soltar por un momento la pluma. Prueba de opuesto deseo son el conciso estilo y la brevedad extrema de sus opúsculos, de cuya calidad dan muestra varios que estaban inéditos y hoy salen á la luz, merced á algunos buenos amigos (2). Quizás fué debida tal y tan lacónica muestra de sus dotes literarias á la opinión que tenía de lo mucho que se escribe para deslumbrar ó sorprender al vulgo, por lucro ó por grangería. Por esto Somoza se expresaba así, al dedicar una colección de varios de estos artículos al eminente poeta y su agradecido amigo D. Manuel José Quintana: «Dedico á usted este libro para darme honor á mí y para dársele á usted, haciendo saber al público que dos autores y poetas han sido amigos sinceros y sin interrupción desde la juventud á la vejez (3).»

Somoza escribió también, aunque con menos anhelo, algunas veces en verso; y halló una correcta forma, un halagüeño donaire y pensamientos profundos para hacer compartir á sus oyentes los goces que recibía, las penas que lamentaba.

Parte de sus composiciones poéticas ha sido ya publicada; algunas quedan inéditas, pero todas muy en breve deberán nuevos lectores y renovado renombre á una persona que alterna con estudios literarios más espinosos cuidados y más austeras tareas (4). Mas como no es en sus versos, por agradables que sean, donde Somoza descubre sus mayores dotes y revela su carácter, dejo al lector que acuda espontáneamente á saciar su curiosidad directamente en sus poesías y sobre todo en la discreta, aguda y graciosa *Sed de agua* (5).

---

(1) Varias de sus composiciones se publicaron á beneficio del cuartel de inválidos, y la edición mencionada de 1842 para la escuela de párvulos, titulada de *Montesino*, establecida en Madrid por la Sociedad para propagar y mejorar la educación del pueblo.

(2) Debo los manuscritos, que á continuación se publican, á la bondad de la Excma. Sra. D.ª Paula del Acebal y Arratia de Huet y de D. Juan Antonio Hernández de la Herguijuela.

(3) Edición de 1842.

(4) El Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, que se ocupa en reunir las poesías de los literatos del siglo XVIII y de los que han fallecido en el actual, para darlas á luz en la *Colección de Autores Españoles* que publica D. Manuel Rivadeneira

(5) Las poesías de Somoza se publicaron primero en varios tomitos impresos en Sevilla en 1832 y en Madrid en 1834 y en 1835, y después en 1842 en un solo volumen dedicado al Establecimiento general de Inválidos, de este modo: «Juventud española, siempre que mires las mutilaciones de esos hombres estropeados, respétalas y bendícelas que á ellas debes tu honor, tu libertad, tu despreocupación.» D. Eugenio de Ochoa, reimprimió varias de ellas en París en sus *Apuntes para una Biblioteca de escritores españoles*

Cuando se leen sus obras, cuando se nota su incorrección y su fuego, siéntese que D. José Somoza quería más propagar la verdad, que disfrazarla para embellecerla; y medidas con tal norma, aquéllas tienen importancia grande, pues que escritas en el primer momento de fervor, lograron tan relevantes condiciones literarias. Si en el estilo se refleja el hombre, ellas son prueba evidente de la pureza del alma y del patriótico anhelo de aquél que la escribía. Es el lenguaje sencillo, natural, pero castizo, que aún se habla en Salamanca: son los impulsos férvidos del autor, jamás metáforas estudiadas los tropos de sus escritos. Por esto mismo quizás se nota en sus artículos una circunstancia rara: cuando se empieza á leerlos, siempre parecen medianos: cuando se llega al fin, se reconoce, en cambio, que el autor es literato y que la obra es profunda. (1)

No compararé á Somoza, como hizo Quintana (2) con Osian y Thomson; no le llamaré el discípulo más querido y de mayores dotes

---

contemporáneos y D. Sinibaldo de Mas, en un artículo más doctrinario que crítico ó biográfico, publicó en Lisboa, en 1857, varias composiciones poéticas que no eran conocidas sino de las personas mismas á quienes habían sido enviadas. (*Revista Peninsular*, vol. II. núm. 9, pág. 385. *Poesias inéditas de D. José Somoza.*) Espero que muy en breve serán conocidas todas.

El poeta enciclopedista tambien dedicó sus ocios á algunos ensayos dramáticos, mas nunca con el intento de que fuesen representados, ni en la forma y con las condiciones adecuadas al teatro. Parte de ellos fueron publicados con las poesías en la edición de 1842. Para ser puestos en música por D. Blas Sánchez Egido, escribió dos dramas líricos titulados *La Ninfa del Tormes* el uno, y *Temístocles* el otro, este último traducción del célebre de Metastasio. Consérvase también el manuscrito de un sainete heroico en el estilo de los de D. Ramón de la Cruz, con el título de *Los facciosos en Castilla.*

(1) Parte de sus opúsculos en prosa vió la luz en diversos tomos del *Semanario Pintoresco Español*, siendo reproducidos algunos en el mencionado libro de D. Eugenio de Ochoa y en la edición de 1842, de las obras de Somoza. Quedan, sin embargo, borradores de otros que quizás puedan publicarse un día.

Además de los escritos citados en las notas anteriores, he leído ó tengo noticia de los siguientes:

El Capón, novela histórica, publicada en Salamanca en 1844.

Breve examen moral y politico de las bofetadas últimas de la prensa periódica. Impreso en 1846.

Particularidad en el carácter del Arcediano de Avila D. Antonio de la Cuesta. Impreso en la misma época.

El Pintor Goya y Lord Welligton. Inserto en el *Semanario Pintoresco Español* del año 1838, pág. 633.

El Padre Daniel.

Sermón burlesco.

El amigo y el preso, conversación á la reja de la cárcel.

Fragmento de Montaigne sobre las riquezas. (Traducción).

Relación de la justicia que se hizo de los Condes de Egmont y de Horn en Bruselas á 5 de Junio de 1578.

(2) En la dedicatoria á Somoza del tomo IV de la *Colección de poetas liricos.*

de Meléndez; me bastará repetir las palabras siguientes del cantor de Trafalgar, que eran retrato fiel del ciudadano probo, del varon constante en practicar el bien y en velar discretamente su caridad á los otros. «Hay en las sierras de Piedrahita, dice, un hombre que reune al corazón más afectuoso y sensible la razón más fuerte y despejada; que cultiva las musas y la filosofía con ardor, y es dichoso con ellas porque las cultiva para su propia felicidad y no para la fama; que ha sabido despreciar los empleos y los honores por no dejar su retiro, y sacrificar este retiro al servicio público cuando ha sido menester; que sabe contemplar el espectáculo sublime que la naturaleza le presenta en su soledad, y sacar de esta contemplación pensamientos grandes y profundos, sentimientos sublimes y generosos... y en fin que este gusto á la meditación y á la melancolía en nada altera la indulgencia y amabilidad de su carácter y la ingeniosa festividad de su conversación (1) que hacen las delicias de cuantos tienen la satisfacción de conocerle y de tratarle.» (2)

Estas virtudes de Somoza no eran exclusivas en él, sino más brillantes que en otros notables varones contemporáneos suyos. Raza nacida en época abrumada por un yugo y un nivel de vanidosa ignorancia y degradante inercia, sabedora de lo que había sido tres siglos antes su patria, amamantada en la doctrina fecunda, aunque violenta y repulsiva, del enciclopedismo y de la filosofía sensualista que, pasando desenfrenada por Francia, trajo á España amortiguados ya pero más útiles, generadores y halagüeños rayos desde la Gran Bretaña y Alemania; quiso romper con todo lo existente, realizar sus ensueños, y dar ejemplo con su conducta de la posibilidad de conseguir que la población española fuese moral sin ser supersticiosa y beata; instruida, sin seminarios, colegios eclesiásticos y conventos; rica, sin colonias, ni prohibiciones, ni gremios; gloriosa y preponderante, sin pretensiones dinásticas en el extranjero, ni ingerencia en sus negocios; morigerada sin frenos que, no impidiendo extravíos, aniquilaban sus fuerzas. Hombres sin necesidades, no quisieron contraerlas por conservarse honrados: y aquellos que no sabían adquirir por medio del trabajo cuotidiano ó del fomento de sus propios bienes, los recursos suficientes para poder mantener con decoro su familia y con análogos sentimientos á sus hijos, permanecieron solteros dejando á los que gozaban de vida más descansada la dicha de inocular en su prole las

---

(1) Era de agudo decir y de natural donaire en su gesto y ademanes, con propensión á expresar por la acción cuanto veía de ridículo ó de bello en cualquiera otra persona. Sus cartas familiares son por eso más agradables aún que sus escritos; y éstos y sus poesías adquirían un realce extraordinario de sus labios.

(2) Dice la relación publicada por el Sr. Ochoa: «Goya aplaudió alguna vez las caricaturas que hacía enredando con el lapiz ó la pluma en su estudio; y el severo Jovellanos soltó alguna vez la risa, oyéndole las canciones picarescas que cantaba á la guitarra, porque hacían un contraste singular con el sombrío y melancólico carácter que mostraba Somoza en su semblante.»

opiniones generosas y hasta cierto punto heroicas, de aquellos imitadores de los hombres austeros que dieron leyes, protección y brillo á las repúblicas griegas y á la primitiva Roma. Su aspecto por eso, no era indigno de su propósito. No revelaba su rostro degradación semejante á la de los célibes por complacencia egoista y deseo de poder abusar voluptuosamente de su soltería: antes bien predisponía á la atención y al respeto. Siete años contaba yo cuando vi á D. José Somoza por la vez postrera: y aún recuerdo gratamente su persona; aún me parece que escucho sus cariñosos preceptos. Podrá ser exagerado en cuanto á lo literario; no llega á la realidad, en lo relativo al hombre, el retrato de Quintana.

Lista, D. Juan Nicasio Gallego, los hermanos Cuesta, Munárriz, Argüelles, D. Cayetano Valdés, el marqués de Valdegamas, Castillo y Ayensa, Núñez, D. Vicente Sancho, D. Martín de los Heros y Quintana, difuntos ya, disfrutaron en su vida de más fama que Somoza, á quien consultar solían por la opinión que de su juicio y su buen gusto tuvieron: y necesitó Somoza para llamar la atención á su nombre venerable, que un clérigo desatentado le negase en muerte el respeto de que siempre había gozado en vida (1). Lejos de Madrid,

---

(1) En el número del periódico *El Clamor Público,* correspondiente al domingo 10 de Octubre de 1852 se insertó una relación de las circunstancias que concurrieron en la muerte de Somoza. El ser enviada á aquel diario desde Piedrahita, hallarse escrita, al parecer, con ánimo imparcial, recto y templado, y el no haber destruído, antes más bien confirmado sus aseveraciones, el áspero comunicado del arcipreste D. Victoriano Prieto, inserto en el número del mismo periódico de 29 de aquel mes, me inducen á trasladar aquí cuanto se refiere en ella directamente al suceso.

Después de narrar la vida y virtudes de Somoza, continúa dicha relación, diciendo:

«Nombrado en 1850 ecónomo del arciprestazgo de Piedrahita D. Victoriano Prieto, pidió á un amigo de Somoza las obras que éste había publicado en años anteriores y las remitió al Ilmo Sr. Obispo de Ávila como censurables por sus ideas religiosas. El Ilmo. Sr. Obispo escribió sobre el particular á Somoza, quien contestó que sus obras no tenían más carácter que el literario, y que á pesar de que, como hacía tantos años que estaban publicadas, no podían menos de haberlas visto muchos señores obispos y varones piadosos, jamás habían sido censuradas, y mucho menos por el gobierno, bajo cuyo auspicio vieron la luz pública, en atención á los objetos á que estaba dedicado el producto de su venta, que era en favor de los inválidos del cuartel de Atocha y de una escuela de párvulos. Esta correspondencia vió la luz pública en el periódico titulado *La Nación*, y el asunto quedó sin ulteriores resultados; pero no pudo menos de agriar á los dos interesados, Somoza y Prieto.

»En el año anterior, con motivo de la Comunión pascual fué mayor la desavenencia entre ambos, alegando Somoza que sus achaques no le permitían asistir á la comunión, á pesar de que se había confesado con el vicario de la villa, ni á misa, lo cual no satisfizo al arcipreste. Así es que en la misa mayor se permitió algunas alusiones más ó menos embozadas que marcaban ir dirigidas al Sr. Somoza, y que no podían tener otro resultado que hacer mayor la enemistad de ambos.

contento con sus antiguos amigos, que no quiso ir aumentando porque jamás le olvidaron, mudo cuando algún deber no le obligaba á salir de su modesto silencio, gozaba más que en la intriga y el bullicio cortesanos. en la caridad continua, en el consejo y la enseñanza perennes. Por eso Piedrahita se indignó al saber el ultraje que se había guardado para su tumba y la población unánime acudió al entierro: por eso el alma de Somoza debió ver con desprecio y honda lástima

---

»En el día de su fallecimiento á las siete de la mañana, habiendo manifestado Somoza deseos de recibir los Santos Sacramentos, la familia se dirigió al vicario de un pueblo cercano que se hallaba en Piedrahita, supliendo al de la villa, pero no concurrió.

»Poco después el médico de la villa fué á prevenir al coadjutor de la parroquia que le avisarían con el indicado objeto, y aunque contestó que iría, cuando se le fué á buscar se encontró cerrada la casa, y nadie dió razón de su paradero.

»En este tiempo el Arcipreste Prieto se ausentó de la población, y habiéndose verificado el fallecimiento, pasadas las doce, un amigo del difunto se dirigió al coadjutor, único cura que quedaba en el pueblo, (pues el del anejo se había vuelto al suyo) para que mandase dar ciertas campanadas que se acostumbran cuando fallece alguna persona. El coadjutor se negó, alegando que no tenía órdenes del arcipreste más que para enterrar á otro vecino que también había fallecido.

»En este estado las cosas, la sobrina de Somoza acudió ante el alcalde pidiéndole que admitiese una información de testigos sobre los hechos referidos. Practicada ésta, el alcalde acordó oficiar al coadjutor para que diera los toques y dispusiese el entierro; pero contestó que no estaba encargado de la parroquia. y que en breve debería llegar el arcipreste, disculpándose de no haber estado en su casa cuando volvió á buscarle el médico, por no creerlo asunto tan urgente y haber salido á visitar á un enfermo.

»Al anochecer volvió el arcipreste y pasó un oficio al alcalde mandándole depositar el cadáver, por no poderle dar sepultura eclesiástica, ni hacerle otros honores religiosos, según las órdenes que tenía recibidas, por no cumplir el difunto con los deberes de cristiano. El alcalde le contestó que según las diligencias practicadas, D. José Somoza había cumplido con los deberes de cristiano en su última enfermedad, por lo que no podía menos de insistir en que se hiciese el entierro; pero se negó de nuevo, diciendo que tenía consultado al señor Gobernador eclesiastico de Avila cuya resolución esperaba. En vista de esto, el alcalde elevó la información de testigos y el expediente al Gobernador de la provincia para su resolución.

»Ayer se abrió por el juez de primera instancia el testamento cerrado del Sr. Somoza, y halló que contenía la protestación de fe y el mandamiento del testador de que se le hiciese entierro de pobre.

»Hoy a las diez se ha recibido la resolución del señor Gobernador en que previene al alcalde que suplique al señor arcipreste que permita el entierro del Sr. Somoza; que si éste se negase á ello, le entierre en cualquier paraje, menos en el Camposanto público; y que dicho arcipreste instruya un expediente en averiguación de si Somoza dió en sus últimos momentos pruebas de cristiano.

»Instruido el expediente, se ha verificado el entierro á las cuatro de la tarde en el Camposanto, asistiendo toda la población á dar este testimonio al difunto.»

la ofensa que se trató de inferirle y debió de alborozarse al elogio espontáneo y silencioso de sus convecinos, estremeciéndose en nueva y dulcísima alegria, al contemplar los niños de la villa que en corporación, guiados por sus preceptores, venían á deponer la ofrenda del respeto y del cariño de la inocencia y del fervoroso anhelo del estudio ante el cadáver del modesto anciano.

¿Qué pudo mover entonces al causante del escándalo? Un conjunto de razones en que ninguna lo era. Algo de rivalidad por la influencia que el enciclopedista tenía, más que aquél en Piedrahita: algo de exceso de celo, ya por la propensión natural en todo hombre de carrera, si es de mediano talento, á considerar como únicos ó primeros los deberes que ella impone, ya por la noble ambición de crearse en los combates adelantos y laureles, sin reflexionar tal vez en el modo de obtenerlos; algo, en fin, de falta de comprensión para juzgar de las determinaciones ajenas y discernir á los hombres. Si D. José Somoza deseó toda su vida y previno muchas veces que no se le enterrase en el cementerio sino en su más querida hacienda; si, en vez de encargar que allí se le elevase una tumba con la inscripción de costumbre, ordenó que le cubriese solamente una losa y que en ésta no se grabase epitafio, ¿puede deducirse acaso que á ello le moviesen odio ó desdén siquiera de la religión católica? ¿No fuera mejor creer y más piadoso afirmar que le impulsaban recuerdos de lecturas clásicas, el dulce fulgor con que la antigüedad se presentaba á sus ojos, la afición al campo y el recuerdo quizá de algún momento feliz que embelesando su vida ocurriese en aquel sitio? Si este literato fué poco cumplidor de prácticas que no deben imponerse sino por la irresistible fuerza de la mansedumbre y del buen ejemplo, ¿por qué en lugar de atraerle, proponerse colocarle en un conflicto entre su sana razón y el amor propio ofendido? Si alguna vez en sus obras censuró los votos religiosos (aunque sin acriminarlos y con más dulzura que lo hicieron algunos contemporáneos); si llevado de las preocupaciones generales á principios de este siglo, necesitaba tratarle, antes de apreciar á un clérigo ¿por qué no hacerse estimable, por qué ponerle en el caso de creer hallar un fundamento más á su antigua antipatía? (1)

En la intención generosa, en la aversión á toda hipocresía, en la índole de sus escritos, menos brillantes quizás pero constantemente más castos, en la tendencia á ocupar en España análoga situación (hasta donde aquí parecía necesario) y en su reputación, más personal que pública, Somoza se asemejaba á Diderot el enciclopedista.

---

(1) Véanse en contraposición el respetable eclesiástico que se cita en el escrito dedicado á *Cecilia*, con el epígrafe *Visita de tus amigas* á *un cuerpo de guardia*, y el retrato del tosco pero buen fraile, que es objeto del artículo inserto en la edición de 1842 con el título *Fray Basilio y la Duquesa de Alba*. Uno de los mejores sonetos de Somoza (inédito todavía) tiene por asunto la conversión de la Magdalena, en forma tan casta y tierna como la usada por los poetas de los siglos XVI y XVII en análogas materias.

Diferencióse, no obstante, en cuanto atañe á su muerte. El autor de *La religiosa* y de la oda *El Rey del Haba*, el filósofo que el mundo ha tachado de ateista, fué visitado con frecuencia y acompañado en sus últimos momentos por un piadoso eclesiástico, por su mismo párroco, que lloraba la pérdida del feligrés sin que alterase su aprecio la obstinación de Diderot en no querer retractarse de escrito alguno suyo; y D. José Somoza, por haber publicado el poemita en prosa *El Bautismo de Mudarra* (1), no halló, á su fallecimiento, quien ejerciese con él tan piadoso ministerio. Aquél duerme en una iglesia al amparo de la Virgen; y la familia de éste se vió obligada á alegrarse de que, por genial tendencia, mandase le sepultasen sin aparato en el campo.

Este escándalo tal vez sea la única noticia que de Somoza conserve en sus anales la historia; por eso es obligación mía decir á la par sus méritos.

La piedad y la verdad concurren al mismo fin afortunadamente; y la amistad y el respeto exigen que yo lo haga. No he vacilado en alabar al hombre. Leyendo los escritos, que á continuación se publican, y los que salieron á luz hace mucho tiempo, ¿podrá alguien achacarme haber hablado exageradamente?

BENITO VÍCENS Y GIL DE TEJADA.

---

(1) Edición de 1842, pág. 100

APÉNDICE 3.º • COMUNICADO DEL ARCIPRESTE DON VICTORIANO PRIETO, ACERCA DE LA MUERTE Y ENTIERRO DE SOMOZA, PUBLICADO EN «EL CLAMOR PÚBLICO» DE 29 DE OCTUBRE DE 1852 • • •

Señor redactor de *El Clamor Público.*

Piedrahita 25 de Octubre de 1852.

Muy señor mío: con esta misma fecha digo al periódico *La Esperanza* lo que á continuación se expresa.

Muy señor mío: estimaré á Vd. se sirva insertar en su apreciable periódico las siguientes líneas, que sirven de contestación á un comunicado dirigido desde esta villa al periódico titulado *El Clamor Público* y estampado en sus columnas correspondientes al número 2524, lunes 11 del corriente. El comunicante describe, á medida de su intención y deseos, las circunstancias que han acompañado á la muerte de D. José Somoza, acaecida en esta villa el día 4 del citado mes. Repugnante me es tener que hablar de materia tan odiosa; empero, mi honor mancillado pide una completa reparación para que, declarando la verdad, pueda el mundo entero juzgar de los hechos, quedando en el lugar que le corresponda.

Lejos de mí el querer censurar en lo más mínimo la biografía de don José, con que da principio el comunicante; pues que además de ser impropio al carácter sacerdotal con que me honro, interesa bien poco á mi principal objeto; y sólo diré con respecto á esa gran ciencia y literatura que se le atribuye, que el principio de la sabiduría es el temor de Dios. Vengamos, pues, á nuestro principal objeto. Dice el comunicante «que nombrado ecónomo arcipreste de esta villa don Victoriano Prieto en el año de 1850 (en obsequio de la verdad debió decir el de *1851*), pidió á un amigo del señor Somoza las obras que éste había publicado en años anteriores y las remitió al ilustrísimo señor obispo de Avila, como censurables por sus ideas religiosas.» Esto es evidente; pues habiendo visto el que suscribe un libro cuyo título era «Obras de Somoza», revisado detenidamente, le pareció que algunas de sus proposiciones merecían severa censura; y al efecto, le puso en manos de S. S. I. No se equivocó en el juicio, pues que examinados, de mandato de este señor por dos teólogos de conocida ciencia y virtud, fueron clasificadas algunas de sus proposiciones de inmo-

rales, escandalosas, malsonantes y próximas á herejía. Las contestaciones que mediaron con este motivo entre el Ilmo. Señor y Somoza, sin embargo de que todas pasaron por mi mano, me son enteramente desconocidas por venir en pliegos cerrados. «Esto, dice el comunicante, no pudo menos de agriar los ánimos de Somoza y Prieto.» Por lo que á mí toca, confieso á la faz de Dios y de todo el mundo que no produjo otro efecto que el de compasión, como repetidas veces lo tengo manifestado á sus mismos amigos, lamentándome del infeliz estado en que este señor se hallaba. Prosigue y dice «que en el año anterior fué mayor la desavenencia con motivo de la comunión Pascual.» Lo que hizo el arcipreste en aquel entonces sólo fué preparar á sus feligreses con algunas pláticas doctrinales que sirviesen de estímulo á sus sagrados deberes, y observando que á pesar del mucho tiempo que había transcurrido, el señor de Somoza no se presentaba al sagrado cumplimiento, se dirigió á éste, avisándole con la mayor prudencia el deber que tenía como católico é hijo fiel de la Iglesia, no sólo de verificar dicho cumplimiento, sino también de asistir en los días festivos al sacrificio de la misa; puesto que esto último, muchos años hacía que no practicaba, so pretexto de sus habituales enfermedades, las mismas que no le impedían permanecer muchas horas al lado de sus amigos, y pasear en el pórtico de la iglesia precisamente cuando todos los demás fieles se hallaban en el templo en los divinos oficios, ofreciendo un nuevo escándalo esta tan reprensible conducta. Todos mis prudentes esfuerzos para hacer entender al señor de Somoza los sagrados deberes fueron en vano: nada sirvió el aviso de sus amigos; nada el que en algunos días festivos dirigiese el que suscribe la palabra divina á los que se hallaban en el mismo caso, sin que nunca hiciese alusión alguna dirigida al citado Somoza, como falsamente asegura el comunicante (pues que mis avisos y reprensiones siempre fueron generales): nada, en fin, el ejemplo de muchos, que reconociendo el error, venían con edificación á participar del pan de los ángeles.

Agotados todos los recursos de la prudencia, me dirigí al ilustrísimo señor obispo remitiéndole la lista de los que no habían cumplido con el precepto pascual, en la que, como única persona notable, figuraba en primer lugar el difunto Somoza. Este ilustrísimo señor me ordenó que redoblase cuantos medios tuviese por convenientes para atraerlos al redil de nuestra madre Iglesia; y aunque conseguí el reconocimiento de algunos, nunca el del expresado Somoza. En este estado puse nuevamente en conocimiento del ilustrísimo el ningún fruto que había producido en la obstinación del señor Somoza; y en su contestación me manda que si continuaba en ese infeliz estado, no le contase como feligrés, y en la hora de la muerte, si no reparaba cumplidamente el escándalo que estaba ocasionando, le negase los Santos Sacramentos y sepultura eclesiástica.

Nada diré de los párrafos que hacen alusión á los dos respetables eclesiásticos, de quiénes dice, «que habiendo sido llamados, no concurrieron». Creería ofender su delicadeza si tomase su defensa, aunque podría dar una completa satisfacción.

Y como falsamente se asegura que estos dos sacerdotes se negaron á los avisos dados por la familia de Somoza, ¿por qué, pues, no se llamó al ecónomo arcipreste? Este se halló en aquel día desde las siete de la mañana hasta las nueve y media en el templo, cumpliendo con los deberes de su ministerio, y hubiera sido grande su satisfacción (lo digo con todas las veras de mi corazón) al verse en aquella hora á la cabecera del agonizante Somoza. Mas... no... no era este el hombre á quien se buscaba, era demasiado fanático, como así siempre se le apellidaba.

«En este tiempo, dice, el arcipreste se ausentó del pueblo». Es cierto que teniendo que practicar algunas diligencias con el señor arcipreste del Barco, salió para este punto á las diez menos cuarto, no sin haber encargado antes el cuidado de la parroquia al presbítero D. Juan de Dios Sánchez, y particularmente el que diese sepultura eclesiástica al cadáver de Julián de Avezuela. Nunca hubiera ejecutado esta ausencia al saber el peligroso estado del expresado Somoza, pues habiéndolo preguntado, como acostumbraba, se le aseguró que aún duraría toda la semana y contábamos el lunes. Permítaseme, pues, una digresión que forma un contraste demasiado significativo. El cadáver á quien mandé dar la sepultura eclesiástica en el mismo día en que falleció el Sr. de Somoza, era precisamente el de un hombre que habiendo sido compañero con él en la obstinación de no cumplir con el precepto pascual y seguido sus mismas huellas, se había reconocido en los últimos días de su emfermedad, abjurando todos sus errores, recibiendo todos los Sacramentos, publicando su arrepentimiento y dando una tan completa satisfacción al escándalo que había causado, que edificó á toda la villa y llenó de júbilo al ecónomo arcipreste y al citado D. Juan de Dios, su confesor. A este hombre, pues, sumido en la mayor indigencia, nada le faltó en lo espiritual ni en lo temporal. Serían las cinco de la tarde cuando se personó el que suscribe en esta villa, y noticioso de cuanto ocurría manifestó por propio que dirigió al señor gobernador eclesiático, todo lo acaecido, oficiando en seguida al señor alcalde constitucional para que dispusiese del cadáver por estarme prohibido darle sepultura eclesiástica.

Es, pues, falso, falsísimo el que yo me negase á cuanto se me anunció en un oficio en que se me manifestaba se hallaban practicando una información para aclarar las pruebas de arrepentimiento dadas por el difunto. Conservo la contestación que tengo dada á todo esto, y en ella se ve claramente mi terminante respuesta. «Siempre que, dice, se me convenza de un modo evidente, religioso y puro que el difunto D. José Somoza, quiso por sí y de su espontánea voluntad dar pruebas de un verdadero arrepentimiento, no me opondré, en ese caso, á que su cadáver reciba sepultura eclesiástica; mas esta mi disposición no podrá tener efecto hasta tanto que llegue la contestación del señor gobernador eclesiástico.»

En el testamento cerrado del Sr. Somoza no se halló cláusula ni expresión alguna que indicase había sido formado por un católico, y

solo contenía en la carpeta la protestación de fe, cuyo documento había sido formulado hace siete años y después vienen sucediéndose los hechos que desmienten la conducta del que protesta y confiesa la fe; empero no me es permitido manifestar cuanto pudiera.

Tan luego como recibí la contestación del señor gobernador eclesiástico, formé el expediente que en ella se mandaba, sirviendo de testigos el médico que le había asistido (á quien con muchos días de anticipación, por parecerme más prudente, le previne que deponiendo toda consideración le hiciese presente el deber que tenía de confesarse como verdadero cristiano, pues no ignoraba las circunstancias del enfermo), dos amigos suyos, y dos señoras de la casa del difunto, sobrina la una, y la otra persona á quien muchos años había favorecido, y resultando de sus declaraciones algunas pruebas se le dió la sepultura eclesiástica.

Nada puedo decir de la contestación del señor gobernador civil porque ni aún la he visto.

Esto es justamente lo que ha pasado en la muerte del Sr. Somoza: esta la pura verdad, y esto lo que espero se digne insertar en su apreciable periódico, de lo que quedará agradecido su afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.

El ecónomo arcipreste,
VICTORIANO PRIETO.

APÉNDICE 4.º • FPÍSTOLA DIRIGIDA Á SOMOZA, POR SU AMIGO D. MANUEL JOSÉ QUINTANA • • • • • • •

Á SOMOZA

En vano el ingenio animas
que ya olvidado reposa
y de mi lira pretendes
que á tus acentos responda.
¡Versos yo! Si los cantara
entre estas ásperas rocas
y en estos campos ingratos,
aborrecidos de Flora,
¿cómo pudiera vestirlos
de la elegancia y la pompa
con que los hijos de Apolo
dan vida eterna á sus obras?
Quizá lo fuí yo algún día
y la délfica corona
refrescó tal vez mis sienes
con el verdor de sus hojas,
cuando del padre Oceáno
canté el poder y la gloria
escuchándome las ninfas
y aplaudiéndome los ondas;
ó cuando rayos lanzaba
al opresor de la Europa
en ecos antes no usados
de las musas españolas.
Huyó aquel tiempo; los años
las desventuras me agobian
y lo que antes fué osadía
en desaliento se torna.
Huyó aquel tiempo y no es fácil
que yo con fuerzas tan pocas
para que el mundo me escuche
mi largo silencio rompa.

Canten los que son dichosos,
pero el infeliz que llora
guarde para sí el gemido
y sus lágrimas esconda;
que las orejas del mundo
son esquivamente sordas
al lamentador poeta
que, en vez de cantar, solloza.
Cuando de la vida mía,
ahora ya tan borrascosa,
pero entonces tan serena,
comenzó á rayar la aurora,
mil grandiosas esperanzas
eran la existencia toda
que el ánimo me exaltaban
entre ilusiones hermosas.
La libertad y la patria
con la luz que las corona,
la beldad con sus encantos,
con sus laureles la gloria
númenes fueron celestes
que mi alma nueva y fogosa
postrada ante sus altares
adoraba á todas horas.
¡Qué de incienso entre mis manos!
Cuantos himnos de mi boca
salieron, poblando el aire
de alabanzas y de aromas,
que después tornó la suerte
tan temeraria y tan loca,
en ponzoña que me abrasa
y en dogales que me ahogan!
¿Dónde os fuisteis desde entonces,
imágenes deliciosas,
pensamientos grandes? ¿dónde?
¿dónde aquel numen? Perdona,
dulce amigo, si tan lejos
donde la suerte me estorba
el bálsamo saludable
de tu voz consoladora,
mi corazón, hostigado
de tan acerbas memorias,
á la hiel del desaliento
tristemente se abandona.
¿Quieres que cante? pues alza
de sus ruinas lastimosas
ese templo, cuya afrenta
á ira y lástima provoca:

saca á la infeliz España
de la profunda mazmorra
en que aherrojada la tiene
la iniquidad de la Europa;
despierta en sus hijos viles
aquel sentimiento de honra
que un tiempo los alentaba
al laurel y á la victoria;
y entonces quizá se anime
mi voz trabajada y ronca
y á lucir vuelva en mi frente
del genio la sacra antorcha.
Entonces también mi lira...
Mas ¿qué esperanza traidora
á tal delirio me lleva
con sus falaces lisonjas?
Nunca ya en las manos mías,
compañera de mis glorias,
te verás, hinchendo el aire
con tu voz majestuosa,
lira de oro, nunca. Un día
como prenda ó como joya
brillante, en las nobles aras
de mi patria victoriosa
cayó y del ciprés infausto
que á su sepulcro da sombra
para padrón ó escarmiento
te miras pendiente ahora.
Allí la lluvia te ofende,
allí los vientos te azotan
y algún esclavo que pasa
con vil furor te baldona.
Yo sé que tu te extremeces
y en tus cuerdas, aunque rotas,
algún eco sordo se oye
de indignación y congoja.
Sufre, ¡oh lira!; igual destino
á tu triste dueño acosa,
juguete de la fortuna
que en sus afrentas se goza.
El calla; imita su ejemplo
y desamparada y sola
déjate mecer del aire,
guarda silencio y reposa.

Abril de 1826.

INDICE

Erratas más importantes que se han notado.

Pág.	Línea.	DICE	DEBE DECIR
11	26	Anchea	Andrea.
11	33	tuvo	hubo.
26	16	al aire	el aire.
49	35	nónicas	crónicas
149	26	1563	1863
206	9	le rompes...	te rompes
223	16	tu mano	su mano
252	12	Ninerva	Minerva.
382	2	Metastario	Metastasio.
422	19	buscándola	buscándole
422	20	poderla	poderle

estudiados en las inscripciones; Schiff, dando cuenta de su hallazgo de la primera versión de la *Divina Comedia*, hecha por D. Enrique de Villena y anotada por el Marqués de Santillana; Serrano, que publica dos canciones inéditas de Cervantes; Croce, dos ilustraciones al *Viaje al Parnaso* (acerca de Cervantes escriben también Apráiz, sobre la biografía y los autógrafos, y Eguílaz, con notas etimológicas); Wulf, que publica poesías inéditas de Juan de la Cueva; T. del Campillo, una noticia del cancionero aragonés de Pedro Marcuello; Miola describe un Cancionero manuscrito Brancacciano; Restori publica las poesías españolas de Doña Ginebra Bentivoglio; Estelrich pasa revista á los traductores españoles de Schiller; Cambronero ilustra un epigrama de Villamediana, y el Marqués de Jerez describe detenidamente los libros más preciosos de su rica biblioteca.

De la poesía épica escriben: E. Hinojosa, sobre el elemento jurídico del *Poema del Cid;* Rajna, sobre la topografía de Roncesvalles y el *Cantar de Roldán;* R. Menéndez Pidal, estudiando el *Romancero de Fernán González* y publicando crónicas y romances desconocidos.

En cuanto al teatro, Carolina Michaelis publica é ilustra la *Tragedia de la Reina Isabel*, obra inédita del Condestable D. Pedro de Portugal; Cotarelo hace un detenido estudio sobre los traductores castellanos de Molière; Farinelli trata del *Don Juan* y la literatura donjuanesca del porvenir; Franquesa estudia *La venganza en el sepulcro*, ó sea el Tenorio de D. Alonso de Córdoba; Lomba, todos los dramas que tratan de la leyenda del Rey D. Pedro. Rouanet da á conocer un auto inédito de Valdivielso.

Para la historia de nuestra novela escriben: De Haan, sobre los *Pícaros y Ganapanes;* Fitzmaurice-Kelly, sobre el hispanófilo inglés Digges, traductor de Céspedes y Meneses; Apráiz, acerca de la *Tía Fingida;* Hazañas, dando noticia de una novela manuscrita del analista Ortiz de Zúñiga.

Enriquecen nuestro epistolario: Morel-Fatio, con una larga serie de cartas eruditas cruzadas entre el Marqués de Mondéjar y Balucio; Boehmer, con cuarenta inéditas del Secretario de Carlos V, Alfonso de Valdés.

Para el idioma son interesantes el estudio del CONDE DE LA VIÑAZA sobre dos libros inéditos del Maestro Gonzalo Correas; el de FERNÁNDEZ LLERA sobre el origen de la voz anticuada *Fatilado;* el de EGUÍLAZ, que dilucida algunas etimologías de palabras del *Quijote*, y el de MÉRIMÉE acerca de un libro desconocido de Antonio de Luna, y el del P. MIR, que da noticia de importantes trabajos filológicos de D. José M. Sáenz del Prado.

Referente á la historia de nuestra filosofía, pueden verse los trabajos de RIBERA y de ASÍN acerca de los precedentes arábigos de las doctrinas de Raimundo Lulio; PONS, sobre dos importantes obras de Aben Hazam; CHABAS, acerca de Arnaldo de Vilanova y sus yerros teológicos; PAZ Y MELIA, sobre la versión y glosas de la Biblia, debidas á Rabí Arragel, etc.

Investigaciones biográficas aportan el P. BLANCO, sobre Fray Luis de León; CAÑAL, sobre el P. Martín de Roa; PÉREZ PASTOR, datos desconocidos para la biografía de Lope de Vega; RUBIÓ, documentos inéditos para la vida del Maestre J. Fernández de Heredia; RODRÍGUEZ VILLA traza una completa biografía del Almirante de Aragón D. Francisco de Mendoza; J. CATALINA escribe sobre el matrimonio del primer Marqués del Cenete; BOFARULL comunica nuevos datos acerca de Alfonso V en Nápoles; CANELLA, notas bio-bibliográficas acerca del canónigo D. Carlos González de Posada; el P. CUERVO estudia las relaciones de Fr. Luis de Granada con la Inquisición.

Para nuestra historia escriben R. HINOJOSA, acerca de la jurisdicción apostólica en España y el Proceso de D. Antonio Covarrubias; RUBIÓ, sobre la influencia de la cultura catalana en Grecia durante la Edad Media; ROCA estudia las Academias científicas en el siglo pasado; BERLANGA reseña las antigüedades de Iliberis, y JUAN GARCÍA las antigüedades de Santander.

En fin, de diversas materias citaremos los trabajos de PEDRELL, que estudia á Palestrina y Vitoria; de GÓMEZ IMAZ, sobre el Príncipe de la Paz, la Santa Caridad de Sevilla y los cuadros de Murillo; de ZARCO DEL VALLE y el CONDE DE LAS NAVAS, con nuevos datos para el estudio del célebre grabador

Pedro Perrete; de Luanco, sobre un libro apócrifo de Alfonso el Sabio; de Carmena, trazando la bibliografía completa del periodismo taurino.

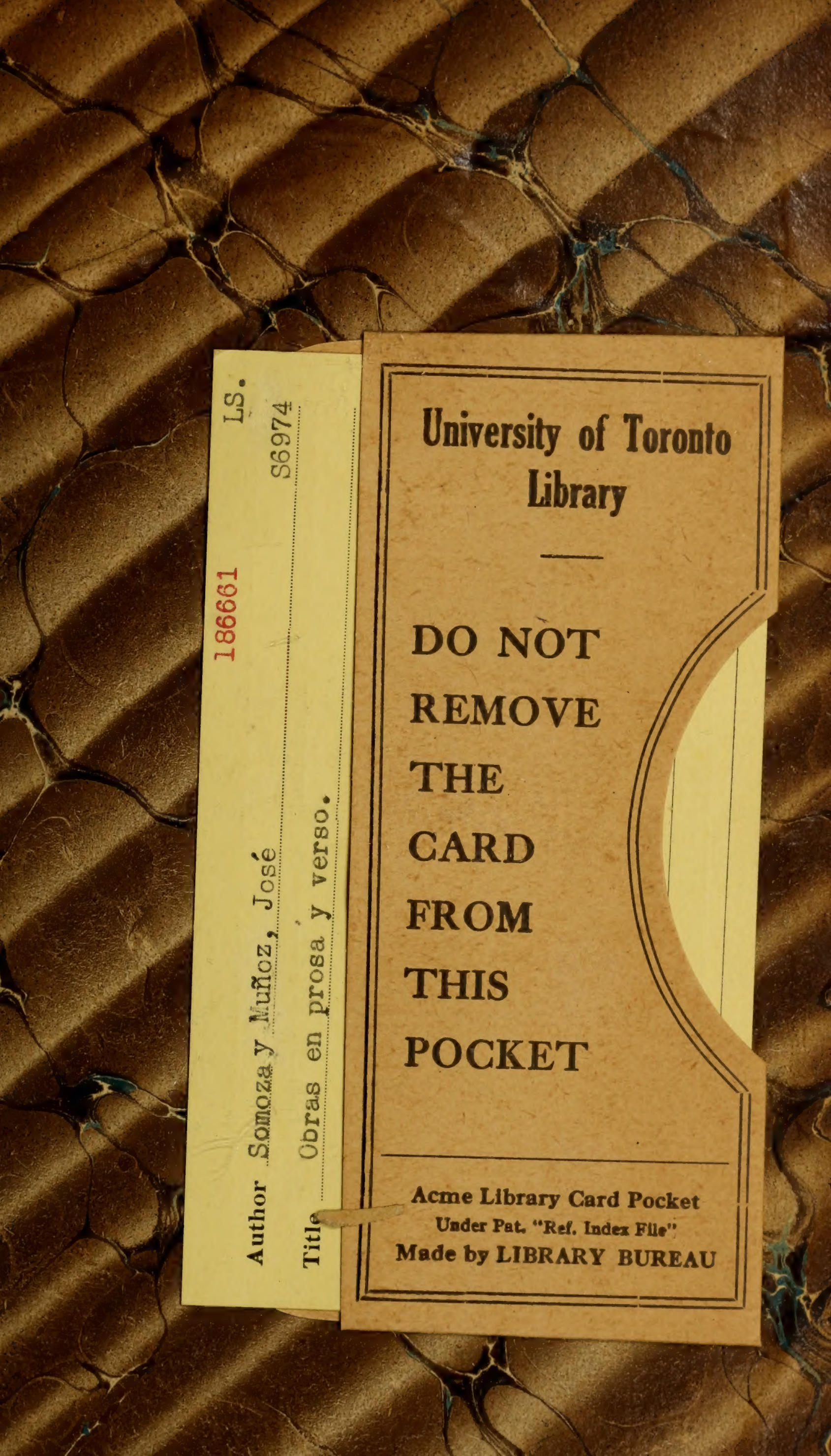
Creemos bastante esta incompleta enumeración para dar una idea de la importancia de la obra que anunciamos, la cual forma dos tomos en 4.° de 900 páginas cada uno, impresos en excelente papel y adornados con retratos, fototipias y otras reproducciones diversas por medio del fotograbado.—Precio: **30 pesetas** en Madrid, y **32** en provincias.

ADVERTENCIA

Por varias dificultades se ha ido dilatando, más de lo que al principio pensábamos, la impresión de estos dos volúmenes. Como era nuestro propósito dar á luz esta obra dentro del más breve plazo posible, para que coincidiera con el aniversario que en ella se conmemora, se abstuvo la Comisión encargada de coleccionar los artículos, de solicitar la colaboración de los eruditos hispano-americanos, amigos del Sr. Menéndez y Pelayo, por el natural recelo de que no pudiesen llegar oportunamente los trabajos. Deploramos esta laguna, pero ya no es tiempo de llenarla. Y al mismo tiempo nos complacemos en hacer constar que, á pesar de ser tan numerosos, variados é importantes los estudios que en esta Miscelánea se contienen, todavía hubiera podido acrecentarse con las investigaciones de otros escritores españoles y extranjeros á quienes por olvido dejó de invitarse, y con las de algunos cuyos trabajos llegaron á nuestras manos cuando ya estaba terminada enteramente la edición.

Est. tip. de la V. é H. de Tello, C. de San Francisco, 4.





University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
S6974
186661
Author Somoza y Muñoz, José
Title Obras en prosa y verso.

